# CREACIÓN

GORE VIDAL





**Gore Vidal**

# CREACIÓN

Título Original: Creation: A Novel (Aug 27, 2002)
Autor: VIDAL GORE
Editorial: EDHASA
Tema: NOVELAS
ISBN: 9788435033152
Encuadernación: Tapa Dura
Idioma: Español

Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país o escaneando el código QR con su celular



**Sinposis**

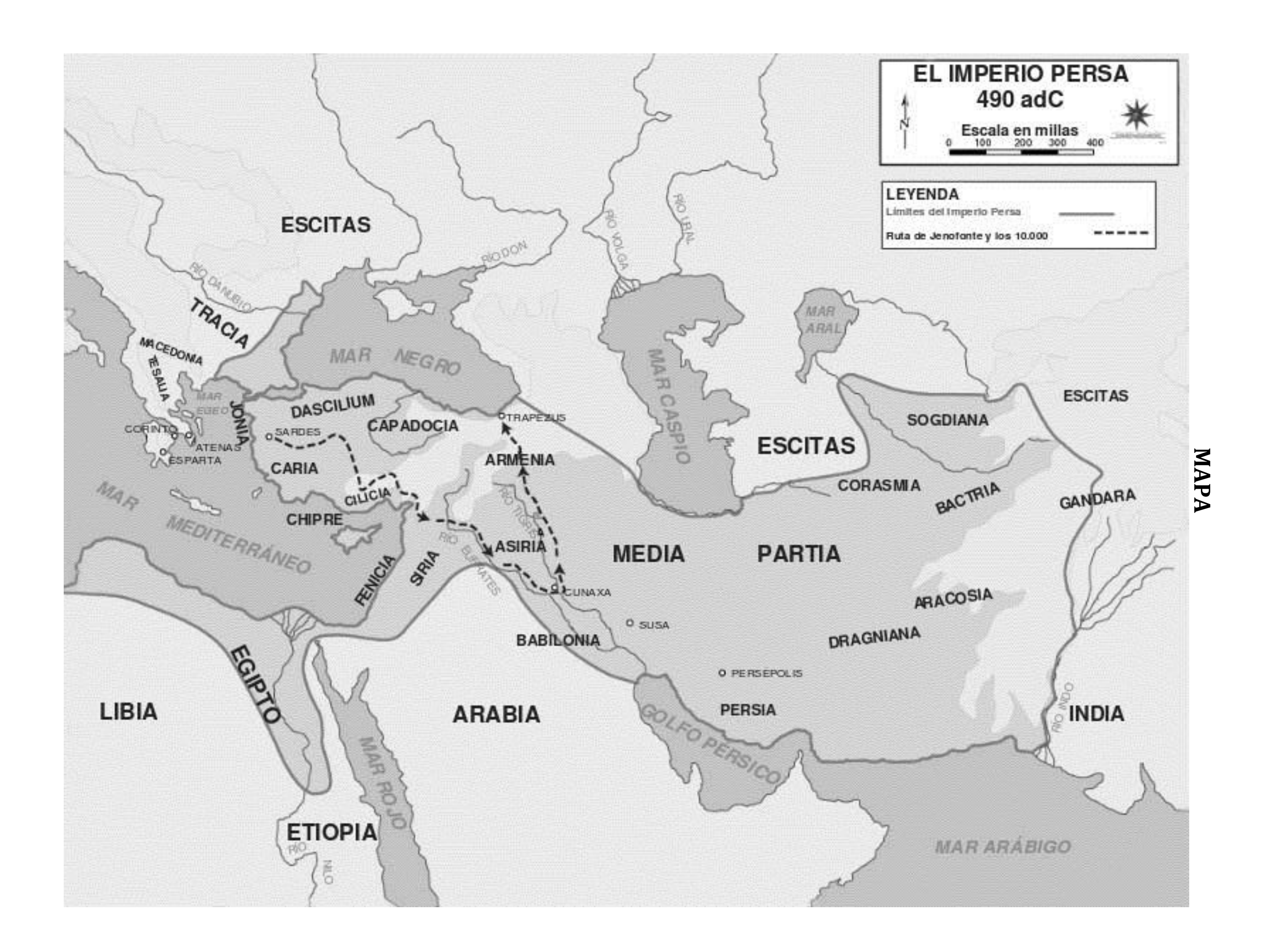
Creación, una de las novelas más ambiciosas de Gore Vidal, narra el periplo de Ciro Espitama, embajador de un imperio que se extiende desde el Mediterráneo hasta la India, en su afán por resolver algunos de los grandes enigmas de todos los tiempos. De este modo, su espléndido relato se convierte en un fascinante recorrido por los tiempos de Buda, Confucio, Anaxágoras, Herodoto, Pericles y Sócrates, en el que el lector se ve enfrentado con los extraordinarios protagonistas de una época en la que fueron concebidas muchas de las ideas espirituales, filosóficas, políticas y científicas del mundo moderno. En el ámbito de la novela histórica, probablemente no exista una obra que refleje con tanta fuerza, amplitud y precisión el ambiente de una época como Creación., y embajador de un imperio que se extiende desde el Mediterráneo hasta la India, sale a la luz uno de los períodos más espectaculares de la historia de la humanidad, el momento en que surgen en Oriente las grandes religiones —Buda, Confucio— y en que se están gestando en Occidente las primeras indagaciones sobre el significado de la vida humana y los misterios del Universo de la mano de Sócrates y sus discípulos.

## Nota del Autor

Para la gente del siglo V a.C., la India era una provincia persa sobre el río Indo, y Ch´in apenas uno de los varios belicosos principados de lo que hoy es China. Para mayor claridad, he utilizado la palabra India para describir no sólo la llanura del Ganges, sino también las regiones actualmente denominadas Pakistán y Bangladesh. Como hubiera sido un verdadero error hablar de China en este período, he usado el ya anticuado nombre de Catay para los estados situados entre los ríos Yang-Tsé y Amarillo. Siempre que ha sido posible, he elegido la palabra inglesa contemporánea para entidades como Confucio o el Mediterráneo. Por otra parte, he preferido llamar al infeliz Afganistán —y al igualmente infeliz Irán— por sus antiguos nombres de Bactria y Persia.

Para medir las distancias he empleado las familiares millas no métricas. En cuanto a las fechas, el narrador ha tenido, en general, cuidado de referir los acontecimientos al momento en que comenzó a dictar su respuesta a Herodoto (aún no conocido como «el padre de la historia»): la noche del día que nosotros llamaríamos 20 de diciembre de 445 antes de Cristo.

# MAPA



EL IMPERIO PERSA
490 adC
N
Escala en millas
0 100 200 300 400
LEYENDA
Límites del Imperio Persa
Ruta de Jenofonte y los 10.000
ESCITAS
RÍO DANUBIO
RÍO DON
RÍO VOLGA
RÍO URAL
TRACIA
MACEDONIA
TESALIA
MAR NEGRO
MAR CASPIO
MAR ARAL
ESCITAS
SOGDIANA
MAR EGEO
JONIA
DASCILIUM
CAPADOCIA
TRAPEZUS
CORINTO
ATENAS
ESPARTA
SARDES
CARIA
ARMENIA
ESCITAS
CORASMIA
BACTRIA
GANDARA
MAR MEDITERRÁNEO
CILICIA
CHIPRE
RÍO TIGRIS
RÍO EUFRATES
ASIRIA
MEDIA
PARTIA
FENICIA
SIRIA
CUNAXA
SUSA
ARACOSIA
DRAGNIANA
BABILONIA
PERSEPOLIS
EGIPTO
LIBIA
ARABIA
PERSIA
GOLFO PÉRSICO
RÍO INDO
INDIA
MAR ROJO
ETIOPIA
RÍO NILO
MAR ARÁBIGO

# L I B R O U N O



Herodoto

da una conferencia

en el Odeón, en Atenas

# 1

Soy ciego, pero no sordo. A causa de lo incompleto de mi infortunio, ayer me vi obligado a escuchar durante casi seis horas a un historiador autodidacto cuya versión de las guerras que los atenienses se complacen en llamar «persas» era un disparate tal que, si yo hubiera sido menos anciano y más privilegiado, me habría levantado de mi asiento en el Odeón para responderle y escandalizar a toda Atenas.

Pero, es claro, yo conozco el origen de las guerras griegas; él no. ¿Y cómo podría? ¿Cómo podría conocerlo un griego? Yo pasé la mayor parte de mi vida en la corte de Persia y todavía, a mis setenta y cinco años, continúo sirviendo al Gran Rey como serví a su padre —mi querido amigo Jerjes— y al padre de éste, un héroe conocido aun por los griegos como Darío el Grande.

Cuando por fin terminó su penoso discurso —nuestro «historiador» tiene una voz débil y monótona que un áspero acento dorio hace aún menos agradable— mi sobrino Demócrito, de dieciocho años, quiso saber si estaba yo dispuesto a hablar ante el intérprete de Persia.

—Deberías hacerlo —dijo—. Todo el mundo te está mirando. Saben que tienes que estar muy enfadado.

Demócrito está estudiando filosofía aquí, en Atenas. Esto significa que le encantan las disputas.

—Escribe esto, Demócrito. Después de todo, es a petición tuya que estoy dictando este informe acerca de cómo y por qué comenzaron las guerras griegas. No perdonaré a nadie; ni siquiera a ti. ¿Dónde estaba? En el Odeón.

Sonreí con la punzante sonrisa de los ciegos, como ha definido un poeta poco observador la expresión de aquellos de nosotros que no podemos ver. Y no es que yo haya dedicado mucha atención a los ciegos cuando veía. Por otra parte, nunca creí poder vivir lo bastante para llegar a viejo, mucho menos pensé posible quedar ciego, como ocurrió hace tres años, cuando las nubes blancas que se habían agrupado sobre las retinas de mis ojos se tornaron súbitamente opacas.

Lo último que vi fue mi propia cara borrosa en un espejo de plata pulida. Eso fue en Susa, en el palacio del Gran Rey. Pensé primero que la habitación se estaba llenando de humo. Pero era verano y no había fuego. Por un instante me vi en el espejo; luego ya no me vi; ni volví a ver más cosa alguna.

En Egipto los médicos hacen una operación que, según parece, despeja las nubes. Pero soy demasiado viejo para ir a Egipto y, además, ya he visto lo suficiente. ¿Acaso no he visto el fuego sagrado que es el rostro de Ahura Mazda, el Sabio Señor? Y he conocido Persia y la India y el lejano Catay. Ningún otro hombre viviente ha viajado a tantas tierras como yo.

Estoy haciendo digresiones. Es propio de los ancianos. Mi abuelo, a sus setenta y cinco años, solía hablar durante horas sin ligar jamás un tema con otro. Era absolutamente incoherente. Pero él era Zoroastro, el profeta de la Verdad; y así como el Dios Único a quien servía estaba obligado a concebir simultáneamente todos los aspectos de la creación, así también hacía su profeta Zoroastro. El resultado era inspirador si alguna vez uno lograba encontrar algún sentido en lo que decía.

Demócrito quiere que registre lo que ocurrió mientras nos marchábamos del Odeón. Muy bien. Son sus dedos los que se fatigarán. La voz no me ha fallado nunca, ni la memoria… Hasta ahora.

Hubo aplausos ensordecedores cuando Herodoto de Halicarnaso concluyó su descripción de la «derrota» persa en Salamina, hace treinta y cuatro años. De paso, la acústica del Odeón es terrible. Aparentemente, no soy el único que encuentra inadecuado el nuevo edificio destinado a la música. Incluso los atenienses sin oído musical saben que algo funciona mal en su precioso Odeón, levantado en un tiempo extraordinariamente breve por orden de Pericles, que lo pagó con dinero recolectado en todas las ciudades griegas para la defensa común. El edificio es una copia en piedra de la tienda del Gran Rey Jerjes que de algún modo cayó en manos de los griegos durante la confusión de la última campaña persa. Fingen despreciarnos; pero nos imitan.

Mientras Demócrito me llevaba hacia el vestíbulo escuché por todas partes la frase «¡El embajador persa!». Esas sílabas guturales golpearon mis oídos como esas conchas donde los atenienses solían escribir el nombre de quien los había ofendido o aburrido. Quien más votos obtenía en esa elección era desterrado de la ciudad durante un período de diez años. Y era afortunado.

Citaré algunas observaciones que oí mientras avanzaba hacia la puerta.

—Apuesto a que no le ha gustado lo que oyó.

—Es hermano de Jerjes, ¿verdad?

—No, es un mago.

—¿Qué es eso?

—Un sacerdote persa. Comen perros y serpientes.

—Y cometen incesto con sus hermanas, madres e hijas.

—¿Y con sus hermanos, padres e hijos?

—Eres insaciable, Glaucón.

—Los magos son ciegos. Tienen que serlo. ¿Ése es su nieto?

—No. Su amante.

—No me parece. Los persas son distintos de nosotros.

—Sí. Pierden batallas. Nosotros no.

—¿Cómo puedes saberlo? Ni siquiera habías nacido cuando hicimos que Jerjes volviera corriendo al Asia.

—Ese muchacho es muy guapo.

—Es griego. Tiene que ser griego. Ningún bárbaro puede ser así.

—Es de Abdera. El nieto de Megacreón.

—Un partidario de los medos. La hez de la tierra.

—Una hez muy rica. Megacreón posee la mitad de las minas de plata de Tracia.

En cuanto a mis otros dos sentidos restantes y comparativamente sanos —el tacto y el olfato—, poco puedo decir del primero, aparte del nervudo brazo de Demócrito, que tenía asido con mi mano derecha. ¡Pero del segundo! En verano, los atenienses no se bañan con frecuencia. Y en invierno (estamos ahora en la semana que contiene el día más corto del año) no se bañan jamás. Según parece, su dieta consiste enteramente en cebollas y pescado en conserva. Conservado desde los tiempos de

Homero.

Me empujaron, me insultaron, me echaron el aliento. Yo sé, naturalmente, que mi situación en Atenas, como embajador del Gran Rey, es no sólo peligrosa sino también sumamente ambigua. Es peligrosa porque, en cualquier momento, este pueblo volátil celebrará una de esas asambleas en que cualquier ciudadano varón puede decir lo que se le ocurre y, lo que es aún peor, votar. Después de escuchar a alguno de los muchos demagogos locos o corrompidos de la ciudad, los ciudadanos son muy capaces de romper un tratado sagrado, como hicieron hace catorce años, cuando enviaron una expedición para conquistar la provincia persa de Egipto. Fueron netamente derrotados. Esa aventura fue doblemente vergonzosa porque, hace dieciséis años, una embajada ateniense fue a Susa con la misión de establecer una paz permanente con Persia. El embajador principal era Calias, el hombre más rico de Atenas. Como correspondía, se redactó un tratado. Atenas reconocía la soberanía del Gran Rey sobre las ciudades griegas del Asia Menor. A su vez, el Gran Rey acordaba mantener la flota persa fuera del Mar Egeo, y así sucesivamente. El tratado era muy largo. A decir verdad, muchas veces he pensado que mis ojos se dañaron definitivamente durante la composición del texto persa. Por cierto, las nubes blancas empezaron a condensarse durante aquellos meses de negociaciones en que estuve obligado a leer cada palabra escrita por los amanuenses.

Después de la debacle egipcia, otra embajada se dirigió a Susa. El Gran Rey estuvo magnífico. Ignoró el hecho de que los atenienses hubieran roto el tratado original al invadir su provincia egipcia. Habló en cambio cálidamente de su amistad hacia Esparta. Los atenienses estaban aterrorizados. Con toda razón, temen a Esparta. En cosa de días se convino que el tratado, que ninguna parte pudo reconocer nunca, volvía a ponerse en vigor; y como prueba de la confianza del Gran Rey en sus esclavos atenienses (así los llamó) enviaría a Atenas al más intimo amigo de su difunto padre, Jerjes, es decir a Ciro Espitama, yo mismo.

No puedo decir que esto me hiciera sentir enteramente satisfecho. Nunca se me había ocurrido la posibilidad de pasar los últimos años de mi vida en esta ciudad fría y ventosa, entre unas gentes tan frías y ventosas como el lugar mismo. Por otra parte —y esto es absolutamente confidencial, Demócrito—: en realidad, todo este comentario es, sobre todo, para tu beneficio, para que lo uses como te plazca una vez que yo haya muerto… cuestión de días, me parece, a juzgar por la fiebre que me abrasa y los accesos de tos que hacen este dictado tan fatigoso para mí como para ti… He perdido el hilo de los pensamientos.

Por otra parte… Sí. Desde el asesinato de mí querido amigo Jerjes y la llegada al trono de su hijo Artajerjes, mi posición en Susa ha sido menos que cómoda. Aunque el Gran Rey es amable conmigo, se me asocia demasiado con el reinado anterior para que los nuevos miembros de la corte confíen completamente en mí. La influencia que aún me resta deriva de un accidente natal: soy el último nieto vivo y varón de Zoroastro, el profeta del Dios Único, Ahura Mazda, llamado el Sabio Señor en griego. Desde que el Gran Rey Darío se convirtió al zoroastrismo, hace medio siglo, la familia real ha tratado siempre a nuestra familia con reverencia, lo que me hace sentir hasta cierto punto un impostor. Después de todo, nadie puede elegir a su propio abuelo.

En la puerta del Odeón me detuvo Tucídides, un hombre sombrío y de edad

mediana que ha dirigido el partido conservador de Atenas desde la muerte de su famoso suegro Cimón, hace tres años. Como resultado, es el único rival serio de Pericles, el jefe del partido democrático.

Aquí las denominaciones políticas son imprecisas. Los líderes de ambas facciones son aristócratas. Pero algunos nobles —como el desaparecido Cimón— favorecen a la opulenta clase terrateniente, en tanto que otros —como Pericles— se apoyan en la muchedumbre urbana, cuya notoria asamblea él ha fortalecido, continuando la obra de su mentor político, Efialtes, un líder radical asesinado misteriosamente hace doce años. Naturalmente, se acusó del crimen a los conservadores. Si fueron ellos, habría que felicitarlos. Ninguna muchedumbre puede gobernar una ciudad; mucho menos, un imperio.

Ciertamente, si mi padre hubiese sido griego y mi madre persa, y no al contrario, yo habría sido miembro del partido conservador, aunque éste nunca se ha podido resistir a asustar al pueblo con la idea de Persia. A pesar del amor de Cimón por Esparta, y de su odio hacia nosotros, me habría gustado conocerlo. Todos aseguran aquí que su hermana Elpinice se le parece por su carácter. Es una mujer maravillosa y ha sido para mí una amiga leal.

Demócrito me recuerda cortésmente que de nuevo me alejo del tema. Yo le recuerdo a él que, después de escuchar a Herodoto durante todas esas horas ya no puedo pasar con lógica de un punto al siguiente. Herodoto escribe como salta un saltamontes. Yo lo imito.

Tucídides me habló en el vestíbulo del Odeón.

—Supongo que una copia de lo que acabamos de oír será enviada a Susa.

—¿Por qué no? —yo me mostré a la vez dulce y obtuso, el perfecto embajador—. Al Gran Rey le gustan los cuentos fantásticos. Tiene predilección por lo fabuloso.

Por lo que parece, no me mostré lo bastante obtuso. Percibí el disgusto de Tucídides y del grupo de conservadores que lo rodeaban. Los jefes de partido de Atenas raras veces salen a caminar solos, por miedo al asesinato. Demócrito me dice que cuando uno ve un gran grupo de hombres ruidosos en cuyo centro se destaca una cebolla con yelmo o una luna escarlata, necesariamente el primero es Pericles y el segundo, Tucídides. La ciudad está dividida irritablemente entre la cebolla y la luna de otoño.

Hoy fue el día de la luna escarlata. Por alguna razón la cebolla con yelmo no había asistido a la conferencia del Odeón. ¿Podría ser que Pericles estuviera avergonzado de la acústica de su edificio? Pero lo olvido: la vergüenza no es una emoción que los atenienses conozcan.

En este momento Pericles y su caterva de artistas y arquitectos le construyen un templo a Atenea en la Acrópolis, un grandioso reemplazo del miserable templo que el ejército persa quemó hasta los cimientos hace treinta y cuatro años, hecho en el cual Herodoto tiende a no reparar.

—¿Quiere decir, Embajador, que el relato que acabamos de oír es inexacto?

Tucídides era insolente. Me atrevería a afirmar que estaba borracho. Aunque a los persas se nos acusa de beber en demasía a causa de nuestro uso ritual del haoma, jamás he visto tan borracho a un persa como a ciertos atenienses; y para ser justos,

ningún ateniense podrá estar nunca tan borracho como un espartano. Mi viejo amigo el rey Demarato de Esparta acostumbraba decir que los espartanos nunca bebieron vino sin agua hasta que los nómades del norte enviaron a Esparta una embajada, poco después de asolar Darío su Escitia nativa. Según Demarato, los escitas enseñaron a los espartanos a beber vino sin agua. No creo esta historia.

—Lo que hemos oído, querido joven, es solamente una versión de acontecimientos que ocurrieron antes de que nacieras y, sospecho, antes del nacimiento del historiador.

—Todavía quedamos muchos que recordamos el día en que los persas llegaron a Maratón.

Escuché, junto a mi codo, una voz antigua. Demócrito no reconocía a su dueño. Pero uno oye con bastante frecuencia viejas voces como ésa. En toda Grecia, los desconocidos de cierta edad se saludan mutuamente con esta pregunta: «¿Dónde estabas tú y qué hiciste cuando Jerjes llegó a Maratón?» Y luego se cuentan mentiras.

—Sí —dije—. Hay quienes aún recuerdan los viejos días. Yo, ay, soy uno. En verdad, el Gran Rey Jerjes y yo tenemos exactamente la misma edad. Si él viviera, tendría hoy setenta y cinco años. Cuando llegó al trono, tenía treinta y cuatro, la flor de la vida. Sin embargo, tu historiador acaba de decirnos que Jerjes era un chico atrevido cuando sucedió a Darío.

—Un detalle mínimo —empezó Tucídides.

—Pero característico de una obra que causará tanta alegría en Susa como la pieza de Esquilo llamada *Los Persas*, que yo mismo traduje para el Gran Rey, a quien le pareció un encanto el ingenio ático del autor.

Por supuesto, nada de esto era cierto. Jerjes se habría enfurecido si hubiera sabido hasta qué punto él y su madre habían sido disfrazados para la diversión del populacho ateniense.

He optado por la política de no mostrar jamás confusión cuando me insultan los bárbaros. Afortunadamente, estoy libre de sus peores insultos: se los reservan para ellos mismos. Es una suerte para el resto del mundo que los griegos sientan mucho más disgusto entre sí que por nosotros los extranjeros.

Un ejemplo perfecto: cuando el antes aplaudido dramaturgo Esquilo perdió un premio que ganó el ahora aplaudido Sófocles, se indignó tanto que dejó Atenas y se marchó a Sicilia, donde encontró una muerte muy satisfactoria. Un águila en busca de una superficie dura donde romper la tortuga que sostenía en sus garras, tomó por una roca la calva del autor de *Los Persas* y dejó caer la tortuga con fatal precisión.

Tucídides estaba a punto de continuar con lo que parecía el comienzo de una escena sumamente desagradable, cuando el joven Demócrito me impulsó bruscamente hacia adelante con un grito:

—¡Paso al embajador del Gran Rey! —y abrieron paso.

Afortunadamente, mi litera aguardaba junto al pórtico.

Había tenido la suerte de poder alquilar una casa construida antes de que incendiáramos Atenas. Aunque menos presuntuosa, es algo más cómoda que las casas actualmente construidas por los atenienses ricos. Nada inspira tanto a los arquitectos ambiciosos como el que su ciudad natal haya sido arrasada hasta los cimientos. Sardis es ahora, después del gran incendio, mucho más espléndida que en los tiempos de

Creso. Aunque nunca vi la vieja Atenas —ni podré ver por supuesto la nueva Atenas— me dicen que todavía se hacen de ladrillos de barro las casas privadas, que las calles rara vez son rectas y nunca anchas, y que los nuevos edificios públicos son espléndidos aunque de oropel, como el Odeón.

En este momento casi toda la edificación se desarrolla en la Acrópolis, un pedazo de roca de color de león, según la poética frase de Demócrito, que domina no solamente la mayor parte de la ciudad sino también esta casa. El resultado es que en invierno —es decir ahora— tenemos menos de una hora de sol por día.

Pero esa roca tiene su encanto. Demócrito y yo vamos a caminar por allí, muchas veces. Yo toco las paredes arruinadas. Escucho el estrépito de los albañiles. Pienso en la espléndida familia de tiranos que vivía en la Acrópolis antes de ser expulsada de la ciudad, como toda persona verdaderamente noble es expulsada más tarde o más temprano. Conocí al último tirano, el amable Hipias. Estaba con frecuencia en la corte de Susa cuando yo era joven.

Hoy el rasgo principal de la Acrópolis son las casas o templos que contienen imágenes de dioses que la gente pretende adorar. Digo pretende porque, a mi juicio, a pesar del conservadurismo básico de los atenienses cuando se trata de mantener las formas de las cosas viejas, su espíritu esencial es ateo. O bien, como un primo mío, griego, dijo hace poco, con peligroso orgullo, el hombre es la medida de todas las cosas. Pienso que en su corazón los atenienses creen verdaderamente que esto es cierto. Y como resultado, paradójicamente, son inusitadamente supersticiosos y castigan con rigor a quienes consideran culpables de impiedad.

Demócrito no estaba preparado para algunas de las cosas que dije anoche, durante la cena. Y ahora no sólo me pide un informe verídico sobre las guerras griegas, sino que, lo cual es más importante, quiere que registre mis memorias de la India, de Catay, de los sabios que conocí en oriente, y al oriente del oriente. Se ha ofrecido a escribir todo lo que yo recuerde. Mis invitados a la cena se mostraron igualmente ansiosos. Pero sospecho que solamente eran corteses.

Ahora estamos sentados en el patio de la casa. Es la hora en que tenemos sol. El día es fresco, no frío, y puedo sentir la calidez del sol en la cara. Me encuentro a gusto, porque estoy vestido al modo persa: todas las partes del cuerpo cubiertas, excepto el rostro. Incluso las manos, en reposo, quedan cubiertas por las mangas. Naturalmente, llevo pantalones; un articulo indumentario que siempre turba a los griegos.

Nuestra idea del pudor divierte sobremanera a los griegos, que nunca son más felices que cuando contemplan los juegos de jóvenes desnudos. La ceguera no sólo me ahorra la visión de los jóvenes descarados de Atenas, sino también la de los hombres que los miran ávidamente. Sin embargo, los atenienses son pudorosos cuando se trata de sus mujeres. Aquí las mujeres van envueltas de la cabeza a los pies como las damas persas, aunque sin color, ornamento ni estilo.

Dicto en griego porque siempre he hablado con facilidad el griego jonio. Mi madre, Lais, es griega, de Abdera. Es hija de Megacreón, el bisabuelo de Demócrito. Como Megacreón posee ricas minas de plata y tú desciendes de él por línea masculina, eres mucho más rico que yo. Sí, escríbelo. Aunque joven e insignificante, formas parte de esta narración. Después de todo, has despertado mi memoria.

Anoche invité a cenar al sofista Anaxágoras y a Calias, el portador de la antorcha. Demócrito pasa muchas horas por día oyendo hablar a Anaxágoras. Esto se conoce como educación. En mi época y en mi país, educación significaba estudiar matemáticas, memorizar textos sagrados, practicar la música y el tiro al arco…

«Cabalgar, tensar el arco, decir la verdad.» Ésta era la educación persa, según una frase proverbial. Demócrito me recuerda que la educación griega es casi la misma, si se exceptúa decir la verdad. Él recuerda de memoria al jonio Homero, otro ciego. Tal vez sea verdad; pero en estos últimos años los métodos tradicionales de educación han sido abandonados —Demócrito dice complementados— por una nueva clase de hombres que se llaman a sí mismos sofistas. En teoría, se supone que un sofista está adiestrado en una u otra de las artes. En la práctica, muchos sofistas locales no tienen un tema único de conocimiento. Simplemente, son astutos con las palabras y es difícil determinar qué se proponen enseñar, específicamente, porque cuestionan todas las cosas, salvo el dinero. Sin duda alguna, se ocupan de ser bien pagados por los jóvenes de la ciudad.

Anaxágoras es el mejor de un mal grupo. Habla con sencillez. Escribe buen griego jonio. Demócrito me ha leído su libro *Física*. Aunque en gran parte no lo pude comprender, me asombró la audacia de ese hombre. Trata de explicar todas las cosas mediante la observación atenta del mundo visible. Puedo seguirle cuando describe lo

visible pero, cuando trata lo invisible, me extravía. Cree que no existe la nada. Cree que todo el espacio está lleno de algo, aunque no lo podamos ver, como el viento, por ejemplo. Es interesantísimo (¡y ateo!) lo que dice acerca del nacimiento y de la muerte.

«Los griegos», ha escrito, «tienen una concepción errónea del nacer y el perecer. Nada perece o llega a ser; hay la mezcla y la separación de cosas que existen. Por esto deberían hablar, con propiedad, de la generación como mezcla, y de la extinción como separación.» Esto es aceptable. Pero ¿qué son esas «cosas»? ¿Qué las reúne y separa? ¿Cómo y cuándo y por qué fueron creadas? ¿Por quién? Para mí sólo hay un tema sobre el cual vale la pena meditar: la creación.

En respuesta, Anaxágoras ha acudido a la palabra mente. «En el origen, todas las cosas, desde las infinitamente pequeñas hasta las infinitamente grandes, estaban en reposo. Entonces la mente las puso en orden.» Y esas cosas (¿qué son? ¿dónde están? ¿por qué existen?)… empezaron a girar.

Una de las cosas más grandes es una piedra caliente a la que llamamos sol. Cuando Anaxágoras era muy joven, predijo que más tarde o más temprano un trozo del sol se desprendería y caería a tierra. Hace veinte años se comprobó que tenía razón. Todo el mundo vio caer un fragmento del sol en un arco fulgurante a través del cielo, que tocó tierra cerca de Egospotami, en Tracia. Cuando el fragmento se enfrió, se vio que era sólo un trozo de roca de color castaño. Anaxágoras se tornó famoso de la noche a la mañana. Hoy su libro se lee en todas partes. Cualquiera puede comprar una copia de segunda mano en el ágora por un dracma.

Pericles invitó a Anaxágoras a Atenas y le concedió una pequeña pensión, con la que hoy se mantienen el sofista y su familia. Es innecesario decir que los conservadores lo odian casi tanto como a Pericles. Cada vez que desean avergonzar políticamente a Pericles, acusan a su amigo Anaxágoras de blasfemia, de impiedad, de todos los disparates habituales… no, disparates no, porque Anaxágoras es tan ateo como todos los demás griegos, aunque, a diferencia del resto, no sea un hipócrita. Es un hombre serio. Piensa mucho en la naturaleza del universo, y si no se tiene conocimiento del Sabio Señor hay que pensar verdaderamente mucho, pues de otro modo jamás nada tendrá sentido.

Anaxágoras tiene unos cincuenta años. Es un griego jonio, de una ciudad llamada Clazomene. Es bajo y gordo, o al menos eso es lo que me ha dicho Demócrito. Proviene de una familia rica. Cuando su padre murió, se negó a administrar las propiedades de sus mayores y a desempeñar cargos políticos. Sólo le interesaba observar el mundo natural. Finalmente cedió todas sus propiedades a unos parientes lejanos y abandonó el hogar. Cuando le preguntaban si su lugar de nacimiento le interesaba o no, respondía: «Oh, sí, mi país natal me interesa mucho». Y señalaba el cielo. Le perdono este gesto característicamente griego. Les encanta exhibirse.

En la primera mesa, mientras comíamos pescado fresco y no en conserva, Anaxágoras se interesó por conocer mi reacción ante los cuentos de Herodoto. Traté varias veces de responder, pero el viejo Calias se apropió de casi toda la conversación. Debo excusar a Calias porque nuestro invisible tratado de paz no es de ningún modo popular entre los atenienses. En realidad, siempre existe el riesgo de que nuestro acuerdo sea denunciado un día y de que yo me vea obligado a partir, siempre que se reconozca mi carácter de embajador y no se me condene a muerte. Los griegos no

respetan a los embajadores. Mientras tanto, como coautor del tratado, Calias es mi protector.

Calias volvió a describir la batalla de Maratón. Me fatiga la versión griega de ese incidente. No es necesario decir que Calias luchó con la bravura de Hércules.

—Y no porque estuviera obligado. Quiero decir, yo soy portador de antorcha hereditario. Sirvo en los misterios de Demeter, la Gran Diosa. En Eleusis. Pero ya lo sabes, ¿no es así?

—Por supuesto, Calias. Eso es algo que tenemos en común. ¿Recuerdas? También yo soy… portador de la antorcha… hereditario.

—¿Tú? —Calias no tiene mucha memoria para las informaciones recientes—. Ah, sí. Naturalmente. ¡Adoración del fuego! Sí, todo eso es muy interesante. Debes permitirnos contemplar una de vuestras ceremonias. Me han dicho que son un espectáculo. Particularmente, esa parte en que el Gran Mago come fuego. Ese eres tú, ¿verdad?

—Sí. —Ya no me preocupo por explicar a los griegos la diferencia entre el culto de los Magos y el de Zoroastro—. Pero no nos comemos el fuego. Lo atendemos. El fuego es el mensajero entre nosotros y el Sabio Señor. El fuego nos recuerda además el día del juicio, en que cada uno de nosotros deberá atravesar un mar de metal en fusión, bastante parecido al sol real, si la teoría de Anaxágoras es cierta.

—¿Y entonces qué ocurre? —aunque Calias es sacerdote por herencia, es extremadamente supersticioso. A mí me parece curioso: normalmente, los sacerdotes hereditarios tienden al ateísmo. Saben demasiado.

Le respondí en la forma tradicional:

—Si has servido a la Verdad y rechazado la Mentira, no sentirás el metal hirviente. Podrás…

—Comprendo. —La mente de Calias revolotea como un pájaro asustado—. También nosotros tenemos algo parecido. De todos modos, me gustaría verte comer fuego uno de estos días. No podré devolver el favor, naturalmente. Nuestros misterios son muy secretos, ya sabes. No puedo decirte nada de ellos. Sólo que volverás a nacer una vez que atravieses todo aquello… si lo atraviesas. Y cuando mueras, podrás evitar… —Calias se interrumpió; el pájaro asustado se afirmó sobre un arco—. Sea como sea, he luchado en Maratón, aunque estaba obligado a vestir estas ropas sacerdotales que siempre uso, como puedes ver. Está bien, no, por supuesto, no lo puedes ver. Pero, sacerdote o no, maté mi porción de persas ese día…

—Y encontraste el oro en la zanja.

Anaxágoras encuentra exasperante a Calias, como yo. Pero él no tiene que soportarlo.

—Esa historia ha sido muy deformada. —Calias se tomó bruscamente preciso—. Yo había cogido un prisionero, y él pensó que yo era una especie de rey o un general porque llevo esta cinta en torno de la cabeza, que tú no puedes ver. Como él sólo hablaba persa y yo únicamente griego, no había forma de aclarar la cosa. No podía decirle que yo no era un hombre importante, aparte de ser el portador de la antorcha. Y además, como yo tenía entonces apenas diecisiete o dieciocho años, él debía haber comprendido que yo no era importante. Pero no comprendió. Me indicó la costa del río —¡no una zanja!— donde habían escondido ese cofre con oro. Por supuesto, lo

cogí. Botín de guerra.

—¿Y qué fue del propietario?

Como todo el mundo en Atenas, Anaxágoras no ignoraba que Calias había matado al persa de inmediato. Y luego, gracias a ese cofre de oro, Calias pudo invertir en vino, aceite y barcos, y hoy es el hombre más rico de Atenas, y muy envidiado. Pero en Atenas todos son envidiados por algo, aunque sólo sea la ausencia de alguna virtud envidiable.

—Lo dejé en libertad. Por supuesto. —Calias mentía con facilidad. A sus espaldas le llamaban el magnate de la zanja—. El oro era como un rescate. Una cosa normal en la guerra. Se ve todos los días entre los griegos y los persas… o se veía. Ahora eso ha terminado, gracias a nosotros dos, Ciro Espitama. El mundo entero nos debe, a ti y a mí, gratitud eterna.

—Me bastaría con un año o dos de gratitud.

Antes de que quitaran las primeras mesas y trajeran las segundas, Elpinice se reunió con nosotros. Es la única mujer ateniense que cena con hombres cuando lo desea. Tiene ese privilegio por ser la esposa del rico Calias y la hermana del espléndido Cimón, la hermana y también la viuda. Antes de casarse con Calias, ella y su hermano vivían juntos como hombre y mujer, para escándalo de los atenienses. Los griegos no comprenden todavía, y esto revela su tosquedad esencial, que una gran familia se engrandece aún más cuando el hermano desposa a la hermana. Después de todo, cada uno es la mitad de la misma entidad: si ambas se combinan por el matrimonio, cada una es doblemente formidable.

Se dice también que Elpinice, y no Cimón, era quien dirigía realmente el partido conservador. Y en este momento tiene gran influencia sobre su sobrino Tucídides. Es admirada y temida. Su compañía es agradable. Alta como un hombre, Elpinice es hermosa pero algo estropeada… Mi informante es Demócrito, que a sus dieciocho años ve a cualquiera que tenga una sola cana como un fugitivo ilegal de la tumba. Elpinice habla con ese suave acento jonio que me gusta tanto como rechazo el duro acento dorio. Pero yo aprendí el griego de una madre jonia.

—Soy un escándalo, lo sé. No lo puedo evitar. Ceno con hombres. Sin que me esperen. Sin vergüenza. Como una compañera milesia, aunque no soy música.

Aquí se llama compañeras a las prostitutas elegantes.

Aunque las mujeres poseen escasos derechos en cualquier ciudad griega, hay diferencias tremendas. La primera vez que fui a ver los juegos en una de las ciudades jonias de Asia Menor, me asombró advertir que las jóvenes solteras eran alentadas a concurrir a los juegos y a examinar desnudos a sus maridos potenciales, en tanto que esto se prohibía a las mujeres casadas. Sin duda, por la sensata razón de que no se debe contemplar ninguna alternativa a un marido legitimo. En la conservadora Atenas, a las mujeres casadas y a las doncellas rara vez se les permite abandonar sus habitaciones, mucho menos asistir a los juegos. Excepto a Elpinice.

Pude oír cómo la mujer se acomodaba —como un hombre— en un diván, en lugar de sentarse modestamente en una silla o un taburete como se supone que deben hacer las damas griegas en las raras ocasiones en que cenan con hombres. Pero Elpinice ignora las costumbres. Hace lo que se le antoja y nadie se atreve a quejarse… en su cara. Como hermana de Cimón, esposa de Calias, tía de Tucídides, es la primera

dama de Atenas. Con frecuencia carece de tacto y rara vez se molesta en disimular el desdén que siente por Calias, quien la admira extraordinariamente. Jamás he podido decidir si Calias es estúpido o no. Yo diría que se requiere algún tipo de inteligencia para enriquecerse, con o sin un tesoro encontrado en una zanja. Pero su agudeza en asuntos de negocios es puesta en entredicho por su tontería en todos los demás aspectos de la vida. Cuando su primo, el noble, honesto, desinteresado (para ser ateniense) estadista Arístides vivía en la pobreza, Calias fue muy criticado por no prestarle ayuda a él ni a su familia.

Cuando Calias comprendió que empezaba a ganar fama de tacaño, le pidió a Arístides que dijera a la asamblea con cuánta frecuencia se había negado a aceptar dinero de Calias. El noble Arístides dijo exactamente lo que deseaba Calias, quien se lo agradeció y no le dio dinero. Como resultado, Calias es considerado ahora no sólo un miserable sino un perfecto hipócrita. Arístides es conocido como el justo. No sé exactamente por qué. Hay grandes lagunas en mi conocimiento de esta ciudad y de su historia política.

Anoche Elpinice llenó rápidamente una de esas lagunas.

—Ella ha tenido un hijo. Muy temprano, esta mañana. Él está encantado.

Ella y él, pronunciados con cierto énfasis, se refieren siempre a la compañera Aspasia y a su amante, el general Pericles.

El conservador Calias parecía muy divertido.

—Entonces el niño tendrá que ser vendido como esclavo. Eso dice la ley.

—La ley no dice eso —respondió Anaxágoras—. El niño es libre porque sus padres son libres.

—No según la nueva ley que Pericles ha hecho votar a la asamblea. La ley es muy clara. Si la madre es extranjera, o si el padre es extranjero, quiero decir ateniense… —Calias estaba empantanado.

Anaxágoras le ayudó.

—Para ser ciudadano de Atenas, los dos padres deben ser atenienses.

Como Aspasia es milesia de nacimiento, el hijo de Pericles nunca podrá ser ciudadano ni funcionario. Pero no es un esclavo, como no lo es su madre ni… el resto de los extranjeros, como nosotros.

—Tienes razón, Calias se equivoca. —Elpinice habla viva y precisamente. Me recuerda a la madre de Jerjes, la vieja reina Atosa—. Aun así, me da cierto placer que sea Pericles quien ha impuesto esa ley a la asamblea. Ahora su propia ley excluirá para siempre a su hijo de la ciudadanía.

—Pero Pericles tiene otros hijos. De su mujer legítima.

Calias está todavía resentido, o eso dice, porque hace muchos años la esposa de su hijo mayor abandonó a su marido para casarse con Pericles, haciendo así desventuradas a dos familias y no a una sola.

—Las malas leyes atrapan a quien las hace —dijo Elpinice, como si citara algún proverbio familiar.

—¿Solón ha dicho eso? —pregunté.

Solón es un sabio legendario que suelen citar los atenienses.

—No —respondió Elpinice—. Lo he dicho yo. Me encanta citarme a mí misma. Y no soy modesta. Pero ¿quién será el rey de nuestra cena?

Es costumbre en Atenas el elegir, apenas se retiran las segundas mesas, un jefe, que decidirá, primero, cuánta agua debe mezclarse con el vino —muy poca implica obviamente una noche frívola— y, segundo, el tema de conversación. Luego, este rey guía, hasta cierto punto, el debate.

Elegimos reina a Elpinice, que ordenó tres partes de agua por una de vino, proponiendo una discusión seria. Y tuvimos realmente una conversación muy seria sobre la naturaleza del universo. Digo muy seria porque hay una ley local —¡qué lugar para las leyes!— que prohíbe no sólo la práctica de la astronomía sino también todo tipo de especulaciones acerca de la naturaleza del cielo, las estrellas, el sol y la luna, la creación.

La antigua religión mantiene que las dos grandes formas celestes son deidades llamadas, respectivamente, Diana y Apolo. Cada vez que Anaxágoras sugiere que el sol y la luna son sencillamente grandes piedras ardientes que giran en el cielo, corre verdadero peligro de ser denunciado por impiedad. No es necesario decir que los atenienses despiertos especulan constantemente sobre estas cosas. Pero siempre existe el riesgo de que algún enemigo lo acuse de impiedad en la asamblea, y si esa semana tiene la mala suerte de ser impopular, puede ser condenado a muerte. Los atenienses me asombran incesantemente.

Pero antes de entrar en temas peligrosos, Elpinice me interrogó acerca de la conferencia de Herodoto en el Odeón.

Tuve cuidado de no defender la política del Gran Rey Jerjes respecto de los griegos. ¿Cómo habría podido? Pero mencioné que había oído con horror los abusos de Herodoto contra nuestra reina madre. Amestris no se parece en lo más mínimo a la virago sedienta de sangre que a Herodoto le pareció bien inventar para su público. Cuando dijo que ella, recientemente, había enterrado vivos a varios jóvenes persas, el auditorio se estremeció de júbilo. Pero la verdadera historia es muy distinta. Después del asesinato de Jerjes, ciertas familias se rebelaron. Cuando se restauró el orden, los hijos de esas familias fueron ejecutados del modo habitual. El ritual de los Magos exige que el muerto quede expuesto a los elementos. Como una buena creyente en Zoroastro, Amestris desafió a los Magos y ordenó enterrar a los jóvenes muertos. Era un gesto político calculado para demostrar una vez más la victoria de Zoroastro sobre los adoradores del diablo.

Hablé de la perfecta lealtad de Amestris a su marido, el Gran Rey. De su heroica conducta cuando él fue asesinado: De la firme inteligencia que demostró al otorgar el trono a su segundo hijo.

Elpinice estaba encantada.

—Yo debía haber sido una dama persa. Es evidente que en Atenas me desperdician.

Calias estaba escandalizado.

—Ya eres libre por demás. Y estoy seguro de que ni siquiera en Persia permiten que una señora se tienda en un diván, beba vino con los hombres y diga blasfemias. Te encerrarían en un harén.

—No, conduciría ejércitos, igual que cómo-se-llama de Halicarnaso. ¿Artemisia? Debes —me dijo Elpinice— preparar una respuesta a Herodoto.

—Y hablar de tus viajes —agregó Calias—. Acerca de todos los países

orientales que has visto. Las rutas comerciales… Eso sería verdaderamente útil. Quiero decir, ¿cómo se llega a la India o a Catay?

—Más importantes que las rutas comerciales son las ideas acerca de la creación que has encontrado. —El disgusto de Anaxágoras por el comercio y la política lo distingue de los demás griegos—. Y debes poner por escrito el mensaje de tu abuelo Zoroastro. He oído hablar de Zoroastro toda mi vida, pero nadie me ha explicado claramente quién era ni qué creía respecto de la naturaleza del universo.

Dejo a Demócrito el registro del debate que siguió. Calias dijo que creía en todos los dioses. Era predecible. ¿De qué otro modo habría podido ganar tres veces la carrera de carros de Olimpia? Pero es claro: es el portador de la antorcha en los misterios de Demeter en Eleusis.

Elpinice se mostró escéptica. Le gustan las pruebas. Esto significa un argumento bien construido. Para los griegos, la única prueba que importa son las palabras. Son maestros en el hacer plausible lo fantástico.

Como siempre, Anaxágoras hizo gala de modestia. Siempre habla como una persona «simplemente curiosa». Aunque aquella piedra que cayó del cielo demostró su teoría sobre la naturaleza del sol, se muestra más modesto que nunca, porque «hay tanto más por conocer».

Demócrito le preguntó por sus célebres «cosas»: las cosas están todo el tiempo en todas partes y no se pueden ver.

—Nada —dijo Anaxágoras, después de su tercera copa de vino muy diluido de Elpinice— es generado ni destruido; simplemente es mezclado o separado de las cosas existentes.

—Pero sin duda —respondí—, la nada no es ninguna cosa y por lo tanto no tiene ninguna existencia.

—¿No sirve la palabra «nada»? Probemos entonces con el término «todo». Pensad en todo como en un número infinito de pequeñas simientes que contienen todo lo que existe. Por lo tanto, todo está en todo lo demás.

—Eso es mucho más difícil de creer que la pasión de la sagrada Demeter cuando su hija descendió al Hades —dijo Calias—, llevando consigo la primavera y el verano, un hecho concretamente observable. —Calias murmuró entonces una plegaria, como debe hacer un gran sacerdote de los misterios eleusinos.

—No he hecho ninguna comparación, Calias. —Anaxágoras siempre tiene tacto—. Pero admitirás que un tazón de lentejas no tiene pelos.

—Esperemos que no —dijo Elpinice.

—¿Ni recortes de uñas? ¿Ni trocitos de hueso?

—Estoy de acuerdo con mi esposa. Quiero decir, espero que no haya nada de eso entre las lentejas.

—Está bien. Yo tampoco. Admitiremos también que por muy atentamente que observemos una lenteja, no veremos más que la lenteja misma. No hay pelos ni sangre ni huesos ni piel.

—Desde luego que no. A mí no me gustan las lentejas.

—Calias es un auténtico pitagórico —dijo Elpinice.

Pitágoras prohibió a los miembros de su secta comer legumbres porque contenían almas humanas transmigrantes. Esta es una noción hindú que de algún

modo recogió Pitágoras.

—No, soy una auténtica víctima de la flatulencia. —Calias creía que su aclaración era divertida.

Anaxágoras fue al grano.

—Con una dieta de solamente lentejas y agua invisible, un hombre cría pelos, uñas, huesos, nervios, sangre. Por lo tanto, todos los elementos de un cuerpo humano están de alguna manera presentes en la lenteja.

Demócrito anotará por su cuenta, pero no por la mía, el resto de nuestra cena, que fue agradable e instructiva.

Calias y Elpinice se marcharon los primeros. Luego Anaxágoras se acercó a mi diván y dijo:

—Quizás no pueda visitarte por algún tiempo. Sé que comprenderás.

—¿Medismo?

De esto acusan los atenienses a los griegos que favorecen a los persas y a sus hermanos de raza, los medos.

—Sí.

Me sentí más exasperado que alarmado.

—Esta gente no es sensata. Si el Gran Rey no quisiera la paz, yo no sería embajador en Atenas. Sería el gobernador militar.

Eso no era inteligente. El efecto del vino.

—Pericles es popular. Yo soy su amigo. Además, vengo de una ciudad que estuvo sometida al Gran Rey. Por lo tanto, tarde o temprano, me acusarán de medismo. Por el bien de Pericles, espero que sea tarde.

Cuando era muy joven, Anaxágoras combatió en Maratón, lo hizo de nuestro lado. Ninguno de nosotros ha aludido nunca a este episodio. Él no es como yo, no tiene el menor interés por la política. Por lo tanto, está condenado a ser utilizado por los conservadores como un arma contra el general Pericles.

—Esperemos que nunca te acusen —respondí—. Si te encuentran culpable, te condenarán a muerte.

Anaxágoras dejó escapar un suave suspiro que podía ser una risilla.

—El descenso al Hades —dijo— es el mismo para todos, no importa dónde ni cuándo se inicie.

Le hice entonces la más sombría de las preguntas griegas, formulada por el autor de *Los Persas*, cuya cabeza no era lo bastante dura:

¿No sería mejor para el hombre no haber nacido?

—Ciertamente no. —La respuesta no se hizo esperar—. Poder estudiar el cielo es una razón suficiente para vivir.

—Infortunadamente, no puedo ver el cielo.

—Entonces escucha música. —Anaxágoras es siempre concreto—. Pericles está convencido de que los espartanos respaldan la rebelión de Eubea. Por eso, esta temporada, el enemigo es Esparta y no Persia. —Anaxágoras bajó su voz hasta que fue un susurro—. Cuando le dije al general que venía a cenar aquí esta noche, me pidió que te presentara sus excusas. Hace tiempo que desea recibirte, pero siempre está vigilado.

—Por la libertad ateniense.

—Hay ciudades peores, Ciro Espitama.

Mientras Anaxágoras se despedía le pregunté:

—¿Dónde estaba toda esa materia infinitesimal antes de que la mente la pusiera en movimiento?

—En todas partes.

—No es una verdadera respuesta.

—Ni era una verdadera pregunta.

Reí.

—Me recuerdas a un sabio que conocí en oriente. Cuando le pregunté cómo había empezado el mundo, me dio una respuesta disparatada. Cuando le dije que esa respuesta no tenía sentido, contestó: «Una pregunta imposible obliga a una respuesta imposible».

—Un sabio, en verdad —repuso Anaxágoras sin convicción.

—¿Por qué esa mente puso en marcha la creación?

—Porque ésa es la naturaleza de la mente.

—¿Es eso demostrable?

—Se ha demostrado que el sol es una roca; gira tan rápidamente que se ha inflamado. Pues bien, el sol debe de haber estado en reposo en algún momento, o de lo contrario ya se hubiera apagado, como el fragmento que cayó a tierra.

—Entonces, ¿por qué no concuerdas conmigo en que la mente que puso en movimiento todas esas semillas era la del Sabio Señor, cuyo profeta era Zoroastro?

—Debes hablarme más del Sabio Señor, y contarme qué le dijo a tu abuelo. Quizás el Sabio Señor sea la mente. ¿Quién sabe? Yo no. Debes enseñarme.

Me gusta Anaxágoras. No se pone en primer plano, como la mayoría de los sofistas. Pienso en mi pariente Protágoras. Los jóvenes le pagan para que les enseñe algo llamado moral. Es el sofista más rico del mundo griego, según los demás sofistas, que sin duda lo saben. Hace muchos años que conocí a Protágoras, en Abdera. Un día vino a casa de mi abuelo a traer leña. Era joven, encantador, ingenioso. De alguna manera, más tarde llegó a ser educado. No creo que mi abuelo le ayudara, aunque era un hombre muy rico. Hace varios años que Protágoras no está en Atenas. Se dice que enseña en Corinto, una ciudad repleta de jóvenes ricos, ociosos e impíos, según los atenienses. Demócrito admira a nuestro pariente y se ha ofrecido a leerme uno de sus muchos libros. He declinado este placer. Por otra parte, no me molestaría volver a verle. Protágoras es otro favorito de Pericles.

Excepto por una breve reunión pública con el general Pericles, en la casa de gobierno, nunca he estado a menos de media ciudad de distancia de él. Pero es natural; como dijo Anaxágoras anoche, siempre está vigilado. Aunque Pericles es, efectivamente, el gobernante de Atenas, siempre puede ser acusado de medismo o de ateísmo, o aun del asesinato de Efialtes, su mentor político.

A Demócrito, el gran hombre le parece aburrido. Por otra parte, el muchacho admira a Aspasia. Últimamente ha visitado con asiduidad su casa, donde residen permanentemente media docena de encantadoras jóvenes milesias.

Como le estoy dictando a Demócrito, no mencionaré mis puntos de vista sobre la conducta ideal de un joven en la sociedad. Él asegura que Aspasia es todavía hermosa a pesar de su edad avanzada —tiene casi veinticinco años— y de su reciente

maternidad. También es una mujer sin miedo, lo cual es muy bueno, desde que hay mucho que temer en esta turbulenta ciudad, en particular para una meteca —el término local para extranjera— que es, además, casualmente, la amante de un hombre odiado por la vieja aristocracia y por sus numerosos dependientes. Se rodea de hombres brillantes que no creen en los dioses.

En estos días, un vidente loco amenaza con acusar a Aspasia de impiedad. Si lo hace, podría estar verdaderamente en peligro. Pero, según Demócrito, ella se ríe ante la sola mención del nombre del vidente. Sirve el vino. Instruye a los músicos. Escucha a los que hablan. Atiende a Pericles; y a su nuevo hijo.

## 3

En el principio fue el fuego. Toda la creación parecía estar en llamas. Habíamos bebido el sagrado haoma y el mundo era tan etéreo y luminoso como el fuego que ardía en el altar.

Esto ocurría en Bactra. Yo tenía siete años. Estaba junto a mi abuelo Zoroastro. Tenía en la mano el haz ritual de varas y miraba…

Justamente cuando empezaba a ver de nuevo aquel día terrible, hubo un estrépito en la puerta. Como el criado no está jamás en casa, Demócrito abrió y dejó entrar al sofista Arquelao y a uno de sus alumnos, un joven albañil.

—¡Lo han arrestado!

Arquelao tiene la voz más poderosa que yo haya oído de labios griegos, es decir, la más atronadora del mundo.

—Anaxágoras —dijo el joven albañil—. Lo han arrestado por impiedad.

—¡Y por medismo! —gritó Arquelao—. Debes hacer algo.

—Pero —dije suavemente— como soy precisamente el medo de Atenas, no me parece que mis palabras impresionen bien a la asamblea. Todo lo contrario.

Arquelao, sin embargo, no lo cree así. Quiere que me presente ante las autoridades y afirme que, desde el tratado de paz, el Gran Rey no piensa atacar el mundo griego. Y concretando: como hay ahora, demostrablemente, una paz perfecta entre Persia y Atenas, Anaxágoras no puede ser culpable de medismo. Encuentro este argumento moderadamente ingenioso, como al mismo Arquelao.

—Infortunadamente —digo—, una de las condiciones del tratado es que los términos no se discutan en público.

—Pericles puede discutirlos. —La voz reverberaba en el patio.

—Puede —dije—. Pero no lo hará. Es un asunto demasiado delicado. Además, aun cuando se pudiera discutir el tratado, los atenienses podrían encontrar a Anaxágoras culpable de medismo, o de cualquier otra cosa que excite su fantasía.

—Muy cierto —dijo el alumno.

El joven albañil se llama Sócrates. Insólitamente feo, según Demócrito, es insólitamente inteligente. El verano pasado lo contraté, por complacer a Demócrito, para que reparara la pared del frente. Hizo tal desastre que ahora tenemos una docena de rendijas nuevas por donde silba el viento helado y, como resultado, he tenido que abandonar definitivamente la habitación del frente. Sócrates se ha ofrecido a rehacer la pared, pero temo que baste con que toque la casa con su llana, para que todo el edificio de barro se derrumbe sobre nuestras cabezas. Como artesano, es de lo más desconcertante. Mientras escayola una pared puede quedarse bruscamente inmóvil mirando al frente, durante un rato, escuchando alguna especie de espíritu privado. Cuando le pregunté qué cosas le decía el espíritu, él se limitó a reír y dijo: «A mi daimon le gusta hacerme preguntas».

Me pareció que el suyo era un tipo de espíritu muy poco satisfactorio. Pero osaría decir que, a pesar de su agudeza, Sócrates es tan poco satisfactorio en su condición de sofista como en su calidad de albañil.

Arquelao coincidió conmigo en que como los conservadores no se atreven a

atacar personalmente a Pericles, deben contentarse con acusar a su amigo Anaxágoras. Pero no estuve de acuerdo con Arquelao cuando sostuvo que yo debía hablar en la asamblea y decir que la acusación de medismo era falsa.

—¿Por qué habrían de escucharme? —pregunté—. Además, la acusación principal es de impiedad. Anaxágoras es culpable de impiedad. Como lo eres tú, Arquelao. Como yo, a los ojos de la muchedumbre y de quienes lo han acusado. ¿Quién lo hizo?

—Lysicles, el vendedor de ovejas.

El nombre resonó en mis oídos como una enorme ola. Lysicles es un hombre vulgar, tortuoso, resuelto a hacer fortuna sirviendo a Tucídides y a los intereses conservadores.

—Entonces todo está claro —dije—. Tucídides atacará en la asamblea a Anaxágoras, y a su amigo Pericles. Pericles defenderá a Anaxágoras, y a su propia administración.

—¿Y tú…?

—No haré nada. —Me mostré firme—. Mi propia posición aquí es débil, para decir lo menos. En el momento en que los conservadores decidan que es hora de otra guerra con Persia, me matarán, si el tiempo no se anticipa.

Me obligué a toser patéticamente. Luego no pude dejar de toser. Estoy verdaderamente enfermo.

—¿Y qué ocurrirá —preguntó bruscamente Sócrates— cuando mueras? —Aspiré con avidez; pasó una eternidad antes de que el aire me llenara el pecho.

—Por lo menos una cosa —respondí—. Me marcharé de Atenas.

—¿Pero crees que tú mismo continuarás vivo de otro modo?

El joven parecía auténticamente interesado por lo que yo pensaba, o más bien por lo que pensaban los creyentes en Zoroastro.

—Creemos que todas las almas fueron creadas en el principio por un Sabio Señor. Cada alma nace a su tiempo, una vez y solamente una vez. Por otra parte, en el este, creen que un alma nace, muere y vuelve a nacer, miles y miles de veces, en formas distintas.

—Pitágoras piensa lo mismo —dijo Sócrates—. Cuando Arquelao y yo fuimos a Samos, conocimos a uno de los viejos alumnos de Pitágoras. Dijo que Pitágoras había tomado sus doctrinas de los egipcios.

—No —respondí con firmeza. No sé por qué. Verdaderamente, no se nada acerca de Pitágoras—. Las ha tomado de otros que viven más allá del río Indo, donde he estado…

Arquelao estaba impaciente.

—Eso es fascinante, Embajador. Pero el hecho es que nuestro amigo ha sido arrestado.

—El hecho es, también —dijo Sócrates fríamente—, que los hombres mueren, y lo que le ocurre o no le ocurre a la mente que habita su carne posee considerable interés.

—¿Qué haremos? —Arquelao parecía próximo al llanto. En su juventud había sido alumno de Anaxágoras.

—No es a mí a quien se lo debes preguntar —respondí—. Ve a ver al general

Pericles.

—Ya lo hemos hecho. No está en su casa. No está en la casa de gobierno. No está en casa de Aspasia. Ha desaparecido.

Finalmente, me libré de Arquelao. Ahora Anaxágoras está en la prisión, y en la próxima reunión en la asamblea será acusado por Tucídides. Supongo que será defendido por Pericles.

Digo supongo porque esta mañana temprano el ejército espartano cruzó la frontera y entró en el Ática. El general Pericles ha salido al campo y la guerra, que todo el mundo preveía hace tanto tiempo, por fin ha comenzado.

Estoy hasta cierto punto convencido de que Atenas será derrotada. Demócrito está trastornado. Le he dicho que no tiene ninguna importancia quién gane. El mundo sigue adelante. En todo caso, entre Atenas y Esparta, no hay mucho que elegir. Ambas son griegas.

Terminaré de explicarte, Demócrito, lo que no logré decir a tu amigo cuando me preguntó qué ocurre después de la muerte. Una vez libre del cuerpo, el alma retorna al Sabio Señor. Pero, antes, el alma debe atravesar el puente del redentor. Quienes han seguido en su vida a la Verdad irán a la casa de la mente serena, y a la felicidad. Los que hayan seguido a la Mentira, es decir, quienes hayan seguido el camino del hermano gemelo del Sabio Señor, Arimán, que es el mal, irán a la casa de la Mentira y allí sufrirán toda clase de tormentos. Y finalmente, cuando el Sabio Señor derrote al mal, todas las almas serán como una.

Demócrito quiere saber en primer término por qué el Sabio Señor creó a Arimán. Es una buena pregunta, que mi abuelo respondió una vez y para siempre.

En el momento de la creación, el Sabio Señor dijo de su hermano:

—Ni nuestros pensamientos, ni nuestros hechos, ni nuestras conciencias, ni nuestras almas están de acuerdo.

Demócrito dice que no es una respuesta suficiente. Yo digo que sí. Tú dices que es meramente una declaración de oposición. Yo digo que es más profundo que eso. Tú dices que el Sabio Señor no explica por qué creó a su hermano maligno. Porque ambos fueron creados simultáneamente. ¿Por quién? A tu manera griega, eres muy fastidioso. Te explicaré.

En el momento de la creación sólo existía el tiempo infinito. Entonces, el Sabio Señor decidió crear una trampa para Arimán. Procedió a crear el tiempo del largo dominio dentro del tiempo infinito. La raza humana está ahora encerrada en el tiempo del largo dominio como una mosca en un trozo de ámbar. Al final del tiempo del largo dominio, el Sabio Señor derrotará a su hermano, y toda la oscuridad será quemada por la luz.

Demócrito quiere saber por qué el Sabio Señor se tomó tanto trabajo. ¿Por qué consintió en la creación del mal? Porque no podía elegir, Demócrito. ¿Y quién podía elegir?, preguntas. He dedicado mi vida a tratar de responder a esa pregunta; se la he hecho a Gosala, al Buda, a Confucio y a muchos otros sabios del oriente, y del oriente del oriente.

Así que ponte cómodo, Demócrito. Tengo una larga memoria y la dejaré correr. Mientras esperamos en esta casa llena de corrientes de aire a que llegue el ejército espartano —nunca demasiado pronto por lo que me concierne— empezaré

por el principio y te diré lo que sé sobre la creación de este mundo y de todos los demás mundos. Explicaré también qué es el mal y qué no lo es.

**L I B R O D O S**



En los días de Darío,

el Gran Rey

# 1

En el principio fue el fuego. Toda la creación parecía estar en llamas. Habíamos bebido el sagrado haoma y el mundo era tan etéreo y luminoso como el fuego que ardía en el altar.

Esto ocurría en Bactra. Yo tenía siete años. Estaba junto a mi abuelo Zoroastro. Tenía en la mano el haz ritual de varas y miraba fijamente a Zoroastro mientras él avivaba el fuego del altar. Cuando el sol se puso y el fuego se elevó, los Magos empezaron a cantar uno de esos himnos que Zoroastro había recibido directamente de Ahura Mazda, el Sabio Señor. A los treinta años, mi abuelo pidió al Sabio Señor que le mostrara cómo un hombre podía practicar el bien para lograr una existencia pura, ahora y para siempre. Fue entonces cuando ocurrió el milagro.

El Sabio Señor se le apareció a Zoroastro. El Sabio Señor dijo exactamente a Zoroastro qué debía hacerse para que él y toda la humanidad fuesen purificados antes de la terminación del tiempo del largo dominio. Así como el Sabio Señor iluminó con fuego el camino de la Verdad que debemos seguir si no sucumbimos a la Mentira, de este mismo modo Zoroastro y quienes siguen la verdadera religión encienden el fuego sagrado en un lugar sin sol.

Puedo ver todavía el fuego del altar iluminando la hilera de vasijas de oro que contenían el sagrado haoma. Puedo oír todavía a los Magos cantando el himno en honor del Sabio Señor. Puedo recordar el pasaje del himno al que habían llegado cuando, bruscamente, la muerte llegó hasta nosotros desde el norte.

Cantábamos los versos que describen el fin del mundo: «todos los hombres tendrán una sola voz y con esa voz poderosa alabarán al Sabio Señor; y en ese momento él llevará su creación a su consumación, y no habrá ningún trabajo posterior que él necesite hacer».

Como el haoma había cumplido su función, yo no estaba enteramente dentro ni fuera de mi cuerpo. Por lo tanto, no estoy exactamente seguro de lo que ocurrió. Recuerdo aún el temblor característico de las manos de mi abuelo cuando, por última vez, alzó hasta sus labios la vasija de haoma. A mí me maravillaba. Pero ¿a quién no maravillaba Zoroastro? Me parecía altísimo. Yo era un niño entonces. Supe más tarde que Zoroastro era de estatura mediana y más bien grueso.

Recuerdo que a la luz del fuego los rizos de su larga barba blanca parecían hilados con oro. Recuerdo que a la luz del fuego su sangre parecía oro fundido. Sí, recuerdo muy vivamente el asesinato de Zoroastro ante el altar del fuego.

¿Cómo ocurrió?

La provincia de Bactria se encuentra en el límite noreste del imperio. La capital provincial, Bactra, está en un punto intermedio, no sólo entre Persia y la India, sino también entre las tribus merodeadoras del norte y las antiguas civilizaciones que miran hacia los mares del sur.

Aunque hacia varias semanas que corría el rumor de que las tribus del norte estaban en pie de guerra, no se habían hecho preparativos para defender Bactra. Supongo que la gente se sentía segura porque nuestro sátrapa —o gobernador— era Hystaspes, padre del Gran Rey Darío. Los bactrianos pensaban que ninguna tribu

osaría atacar la ciudad del padre de Darío. Se equivocaban. Mientras Hystaspes, con la mayor parte del ejército, estaba en camino a Susa, los turanios invadieron la ciudad. Lo que no pudieron llevarse lo quemaron.

En el altar del fuego no supimos nada hasta que los turanios aparecieron, brusca y silenciosamente. Eran hombres enormes, de pelo rubio, caras rojas, ojos claros. Cuando los Magos en éxtasis los vieron, gritaron. Cuando los Magos trataron de huir, fueron despedazados. Cuando las vasijas de haoma fueron derribadas, el dorado haoma se mezcló con el oro más oscuro de la sangre.

Demócrito quiere saber qué es el haoma. No tengo la menor idea. Sólo los Magos pueden combinar el haoma y yo no soy un Mago, es decir, un sacerdote hereditario. Todo lo que sé es que la base de esa poción mística, sagrada, inspiradora, es una planta que crece en las montañas persas y se parece, según me han dicho, a la que aquí llamáis ruibarbo.

A lo largo de los años, se han inventado toda clase de historias acerca de la muerte de Zoroastro. Como se oponía tan firmemente a los viejos devas, o dioses-demonios, los adoradores de esos espíritus oscuros atribuyen a este o a aquel demonio la muerte del profeta del Sabio Señor. Es un disparate. Aquellas bestias rubias del norte simplemente querían saquear e incendiar una ciudad rica. No tenían idea de quién era Zoroastro.

No me moví del puesto que me habían asignado al comienzo del ritual. Seguí aferrando el haz de varas. Supongo que estaba todavía en el trance del haoma.

En cuanto a Zoroastro, ignoró a los asesinos. Continuó con el ritual, los ojos fijos en la llama del altar. Aunque no me moví de mi lugar, temo no haber continuado mirando el fuego, como el ritual mandaba.

Miré con asombro la masacre que me rodeaba. No tenía miedo, debido igualmente al haoma. En verdad, las casas vecinas que se convertían en lumbre amarilla me parecieron inesperadamente hermosas. Mientras tanto, Zoroastro no dejaba de alimentar la llama sagrada del altar. Sobre su barba blanca, los labios formularon por última vez las famosas preguntas:

«Esto te pregunto, oh Señor; dime la verdad:
¿Quién es justo, entre aquellos a quienes hablo,
y quién es malvado?
¿Cuál de los dos? ¿Soy yo mismo el malvado,
o es el malvado aquel que, de modo perverso,
me aleja de tu salvación?
¿Cómo puedo no pensar que él es el malvado?»

Zoroastro cayó de rodillas.

Durante casi setenta años he narrado tantas veces la historia de lo que ocurrió después que, en ocasiones, me siento como un niño en la escuela, repitiendo infinitamente, de memoria, un texto a medias comprendido.

Pero otras veces, en sueños, veo nuevamente ese fuego, aspiro el humo, observo el brazo robusto del guerrero turanio blandiendo en alto el hacha que cae de repente sobre el cuello de Zoroastro. Mientras brotan la sangre y la espuma dorada, los labios del anciano siguen moviéndose para orar, y el bárbaro lo mira con estúpido asombro. Luego Zoroastro alza su voz, y oigo cada una de sus palabras. Habitualmente

Zoroastro formulaba preguntas rituales al Sabio Señor. Pero en esa ocasión el Sabio Señor mismo habló con la lengua de su profeta agonizante: «Como Zoroastro Espitama ha renunciado a la Mentira y abrazado la Verdad, el Sabio Señor le otorga las glorias de la vida eterna hasta la terminación del tiempo infinito, así como daré esta misma bendición a todos los seguidores de la Verdad».

El hacha del turanio volvió a caer. Mientras Zoroastro se desplomaba sobre el altar, apretó prudentemente contra su pecho lo que quedaba del hijo del Sabio Señor, el rescoldo del fuego.

También yo habría sido despedazado, pero un Mago me alzó y me llevó a lugar seguro. Afortunadamente para mí, había llegado demasiado tarde para beber haoma, y así, gracias a su mente clara, me salvé. Pasamos la noche juntos entre las ruinas humeantes del mercado central.

Poco antes del alba los bárbaros se marcharon, llevando consigo el botín con que podían cargar. Incendiaron todo lo demás, excepto la fortaleza de la ciudad, donde se habían refugiado mi madre y varios miembros de nuestra familia.

Recuerdo muy poco de los días siguientes. Nuestro sátrapa Hystaspes volvió apresuradamente a la ciudad. En su marcha capturó una cantidad de turanios. Según dice mi madre, me pidieron que mirara a los prisioneros para ver si podía identificar al asesino de Zoroastro. No pude hacerlo. De todos modos, no recuerdo nada de esto con claridad. En ese momento estaba aún en un mundo intermedio entre el sueño y la vigilia, el estado del haoma. Recuerdo haber visto a los cautivos turanios empalados en agudas estacas más allá de las ruinas de la puerta de la ciudad.

Pocas semanas después, el propio Hystaspes nos llevó, a mi madre y a mí, a la corte imperial de Susa, donde no fuimos exactamente bien recibidos. Dudo mucho, en verdad, de que, sin la ayuda de Hystaspes, yo pudiera estar vivo todavía, gozando de cada momento de mi gloriosa edad de oro en esta joya de ciudad que jamás pensé visitar y mucho menos habitar.

Demócrito cree que Atenas es maravillosa. Pero no has visto el mundo civilizado. Espero que algún día viajes y superes tu helenismo. Demócrito está conmigo desde hace tres meses. Yo trato de educarlo. Él trata de educarme. Pero está de acuerdo en que cuando yo muera —muy pronto, seguramente— él debe ir hacia el este. Por ahora es demasiado griego, demasiado ateniense. Escribe eso.

Me gustaba el viejo Hystaspes. Aun cuando yo era un niño, me trataba como si fuera un adulto. Me trataba como si de algún modo yo fuese un ser sagrado, ¡a los siete años! En verdad, yo fui la única persona que escuchó las palabras finales de Zoroastro, es decir, las primeras palabras pronunciadas por el Sabio Señor a través de los labios de un hombre. A causa de esto, hasta hoy, los Magos que siguen el camino de la Verdad y no el de la Mentira, no me consideran totalmente terreno. Por otra parte, yo no soy, en ningún sentido verdadero, el heredero de Zoroastro, a pesar de muchas tentativas bien intencionadas, y también mal intencionadas, de elevarme al rango de jefe de la orden.

Demócrito me recuerda que aún no he explicado qué es un Mago. Ciertamente, Herodoto lo confundió todo durante aquel interminable recitado del Odeón.

Los Magos son los sacerdotes hereditarios de los medos y los persas, así como

los brahmanes son los sacerdotes hereditarios de la India. Excepto los griegos, toda tribu aria tiene una casta sacerdotal. Aunque los griegos conservan el panteón ario de dioses y rituales, han perdido a los sacerdotes hereditarios. No sé cómo ha ocurrido esto, pero, por una vez, los griegos han sido más sabios o más afortunados que nosotros.

La costumbre persa exige que absolutamente todas las ceremonias religiosas sean realizadas por los Magos. Esto crea enorme tensión. Aunque la mayoría de los Magos no son zoroastrianos, están obligados por la costumbre a asistir a nuestros ritos sagrados. Mi abuelo hizo lo posible para convertirlos, de adoradores del demonio, en monoteístas. Pero lo posible no era lo bastante. Quizás uno de cada diez Magos siga la Verdad; los demás honran con entusiasmo la Mentira.

Mi padre era el tercer hijo de Zoroastro, el menor. Como comandante de caballería, combatió junto al Gran Rey Darío durante la campaña de Escitia. En una escaramuza cerca del río Danubio, mi padre fue herido. Regresó a Bactra y murió. Yo era demasiado pequeño para recordarlo. Me han dicho que era moreno, un perfecto Espitama, con los ojos brillantes, como de ónix, y la voz mágica del profeta. Al menos, eso me dice mi madre, Lais, que es griega…

Demócrito se sorprende cuando uso el presente. También yo. Pero es así. Lais vive ahora en la isla de Thasos, justamente frente a la ciudad costera de Abdera, donde nació, de familia jonia.

El padre de Lais era un súbdito leal del Gran Rey. La desagradable palabra «medizante» no había sido acuñada, porque todas las ciudades griegas del Asia Menor, y la mayoría de las del Helesponto y la costa de Tracia, se complacían en pagar tributo al Gran Rey. Los problemas llegaron después, gracias a los atenienses.

Demócrito quiere saber cuántos años tiene Lais, y cómo llegó a casarse con mi padre. Para empezar por la última pregunta, se conocieron poco después del acceso de Darío al trono. Era una época turbulenta. Había rebeliones en Babilonia, Persia, Armenia. Darío necesitaba dinero, soldados, alianzas. Para conseguir esto, envió a mi padre como embajador a la brillante corte de Polícrates, el tirano de Samos.

Durante muchos años, Polícrates había sido aliado del faraón egipcio y enemigo de Persia. Pero vio que Egipto ya no era capaz de resistir a nuestros ejércitos y tomó, o fingió tomar, nuestro partido.

La tarea de mi padre consistía en obtener dinero y barcos de Polícrates. Las negociaciones fueron largas y desagradables. Cada vez que corría el rumor de que Darío había perdido una batalla, a mi padre le ordenaban marcharse de Samos. Cuando estaba a punto de hacerse a la vela, llegaba siempre un mensajero de palacio. Vuelva, por favor. El tirano acaba de consultar el oráculo y… En otras palabras, Darío no había perdido, sino que había ganado la batalla.

En el curso de aquella ardua negociación, Megacreón de Abdera, dueño de numerosas minas de plata tracias, ayudó mucho a mi padre. Megacreón era buen amigo de Persia, y sabio consejero del escurridizo Polícrates. Era también el padre de Lais, de once años. Cuando mi padre la pidió en matrimonio, Megacreón estuvo completamente de acuerdo. No así Darío. Desaprobaba los matrimonios mixtos, aunque él mismo había tenido varios, por motivos políticos.

Finalmente, Darío consintió en la unión, siempre que mi padre se apresurara

a tomar, al menos, una esposa persa. Mi padre no se casó jamás con una dama persa ni con ninguna otra persona. El mes en que yo nací, mi padre murió. Lais tenía entonces trece años… Es decir que tiene ahora ochenta y ocho. Esto responde a tu primera pregunta.

Lais vive felizmente en Thasos, en una casa desde donde se ve Abdera. Esto significa que el viento del norte sopla constantemente en su dirección. Pero ella no siente el frío. Es como una escita. Hasta lo parece. Tiene, o ha tenido, pelo rubio: y sus ojos azules son como los míos. O como eran los míos antes de que el azul se tornara blanco.

Por una vez, no he sido distraído de mi relato por un nuevo pensamiento, sino por ti, Demócrito.

¿Dónde estaba? A mitad de camino entre Bactra y Susa. Entre una vida antigua y una vida nueva.

Es de noche. Recuerdo vívidamente esta escena. Acabo de entrar en la tienda de Hystaspes, sátrapa de Bactria y Partia. En aquel momento, Hystaspes me pareció tan viejo como mi abuelo, aunque no debía de tener más de cincuenta y cinco años. Hystaspes era un hombre bajo, vigoroso, ancho, con el brazo izquierdo inutilizado. Los músculos habían sido cortados hasta el hueso en su juventud, en un combate.

Hystaspes estaba sentado sobre un cofre de viajero. Había antorchas ardiendo a cada lado. Cuando empezaba a postrarme a sus pies, con el brazo bueno me cogió y me condujo a un taburete.

—¿Qué quieres ser?

Hablaba con los niños, o por lo menos conmigo, del mismo modo directo en que lo hacía con cualquier otra persona, incluido su hijo, el Gran Rey.

—Me parece que soldado.

Verdaderamente, no lo había pensado. Sé que nunca había querido ser sacerdote. Atención, sacerdote, no Mago. Aunque todos los Magos nacen sacerdotes, no todos los sacerdotes son Magos. Ciertamente los Espitama no somos Magos. Y me gustaría destacar que siempre, desde la infancia, las ceremonias religiosas me han aburrido y la constante memorización de textos sagrados me ha dado dolor de cabeza. En verdad, había momentos en que sentía mi cabeza llena hasta rebosar, como un vaso, a causa de los himnos de mi abuelo. A propósito, las gentes de Catay creen que la mente o alma del hombre no está localizada en la cabeza, sino en el estómago. Sin duda, esto explica por qué se preocupan tanto por la preparación y la forma de servir las comidas. Y también por qué su memoria es tanto mejor que la nuestra. La información no se atesora en una cabeza finita sino en el estómago, que puede expandirse.

—¿Soldado? ¿Por qué no? Estudiarás en palacio, con los otros muchachos de tu edad. Y, si tiras bien al arco, y… —La voz de Hystaspes se perdió. Perdía con facilidad el hilo de sus pensamientos. Yo estaba acostumbrado a sus frases inconclusas y a sus largos silencios.

Mientras aguardaba a que continuara, clavé ociosamente la mirada en la llama de una antorcha. Hystaspes interpretó esto como una especie de augurio.

—¿Ves? No puedes apartar tus ojos del hijo del Sabio Señor. Es natural.

Miré rápidamente en otra dirección. Ya a los siete años, comprendía lo que se

avecinaba. Y llegó de inmediato.

—Eres el nieto del hombre más grande que ha pisado la tierra. ¿No quieres seguir sus pasos?

—Si. Me gustaría. Trato de hacerlo. —Sabía representar el papel de niño sacerdote, y lo hice—. Pero también querría servir al Gran Rey.

—No hay tarea más elevada para nadie en la tierra, excepto para ti.

Tú eres diferente. Tú estabas allí. En el templo. Oíste la voz del Sabio Señor.

Aunque la buena fortuna, por así decir, que suponía el haber estado presente durante el asesinato de Zoroastro me ha tornado permanentemente interesante para quienes siguen a la Verdad y renuncian a la Mentira, a veces pienso que mi vida habría sido bastante menos complicada si mi nacimiento hubiese sido como el de cualquier otro noble persa, no señalado por la divinidad. Ciertamente, me siento un impostor cada vez que uno de nuestros Magos besa mi mano y me pide que cuente nuevamente qué dijo el Sabio Señor. Soy un creyente, desde luego; pero no un fanático. Y además, nunca me satisfizo la explicación —o la no explicación— de Zoroastro acerca del nacimiento del Sabio Señor. ¿Qué existía antes del Sabio Señor? He viajado por todo el mundo buscando la respuesta a esa pregunta esencial. Demócrito quiere saber si la he encontrado. Espera.

Supongo que la parte jonia de mi sangre, debida a Lais, me ha hecho más escéptico en asuntos religiosos de lo que es habitual en un persa, y más aún en un miembro de la familia sagrada Espitama. Sin embargo, de todos los jonios, los de Abdera son los menos inclinados al escepticismo. En verdad, un antiguo proverbio afirma que no es humanamente posible superar en tontería a un hombre de Abdera. Aparentemente, el aire de Tracia ha tenido un efecto embotador sobre el ingenio de esos colonos griegos de los que descendemos Demócrito y yo.

Demócrito me recuerda que el más brillante sofista griego es de Abdera: nuestro primo. También ha nacido allí el mayor pintor viviente, Polignoto, quien ha pintado la larga galería de la plaza del mercado, o ágora. Jamás la veré.

Hystaspes me hablaba de su veneración por mi abuelo. Mientras hablaba se frotaba el brazo inútil.

—Yo lo salvé de los Magos. En verdad, no. No es estrictamente cierto. El Sabio Señor salvó a Zoroastro. Yo fui solamente su instrumento. —Hystaspes se había lanzado a contar una historia de la que nunca se cansaba y que yo jamás oía—. El Gran Rey Ciro acababa de nombrarme sátrapa de Bactria. Yo era joven. Creía todo lo que los Magos me habían enseñado. Adoraba a todos los devas, en particular a Anahita y a Mitra. Con frecuencia bebía haoma por placer, y nunca daba la parte justa del sacrificio al Sabio Señor, porque no sabía quién era. Entonces Zoroastro llegó a Bactra.

«Había sido expulsado de su nativa Rages. Había viajado hacia el este de ciudad en ciudad. Pero cada vez que predicaba la Verdad, los Magos le obligaban a marcharse. Finalmente llegó a Bactra. Los Magos me pidieron que lo expulsara. Yo tenía curiosidad. Los hice discutir con Zoroastro en mi presencia. Habló durante siete días. Confundió sus argumentos uno por uno. Denunció a sus dioses como demonios y agentes de la Mentira. Demostró que existe sólo un creador, el Sabio Señor. Pero junto a este creador se encuentra también Arimán, el espíritu del mal; él es la Mentira, con la que siempre debe combatir la Verdad…»

Al recordarlo, comprendo que Hystaspes era por temperamento un Mago o un sacerdote nato. Él debía haber sido el hijo o el nieto de Zoroastro. Y espiritualmente lo era. Cuando Hystaspes aceptó las enseñanzas de mi abuelo, ordenó que también lo hicieran los Magos de Bactria. Oficialmente han cumplido. En privado, la mayoría de ellos continúa adorando demonios hasta hoy, como ha hecho siempre.

La aparición de Zoroastro fue como el terremoto que hace poco asoló Esparta. Dijo a los Magos que sus dioses eran realmente demonios. Observó que su conducta en diversos rituales —y, en particular, los del sacrificio— no sólo era impía, sino escandalosa. Los acusó de practicar orgías en nombre de la religión.

Por ejemplo, los Magos solían despedazar vivo a un buey mientras bebían haoma sagrado. Después guardaban para ellos las partes del buey que corresponden, justamente, al Sabio Señor. Es innecesario decir que los Magos se sentían profundamente resentidos con Zoroastro. Pero gracias a Hystaspes, los Magos bactrianos se vieron obligados a revisar muchos de sus rituales.

Cuando recuerdo aquella escena en la tienda de Hystaspes, empiezo a comprender sus esperanzas y temores acerca de mí y de mi vida futura en la corte de su hijo, el Gran Rey.

Pocos años antes, con grandes alharacas, Darío había aceptado al Sabio Señor y a su profeta Zoroastro. Cuando mi abuelo fue asesinado, Hystaspes decidió enviarme al lado de Darío, como un recuerdo visible y permanente de Zoroastro. Yo sería educado como si fuese miembro de una de las seis familias nobles que habían ayudado a Darío a ascender al trono.

—Encontrarás muchos enemigos en Susa. —Hystaspes me hablaba como si yo fuera un reflexivo estadista y no un niño—. Casi todos los Magos son adoradores del diablo. En particular los de la antigua Media. Siguen a la Mentira. Son también muy poderosos en la corte. Mi hijo es demasiado tolerante con ellos.

Hystaspes solía criticar a su hijo Darío y esto escandalizaba siempre a la nobleza persa, de ideas anticuadas. Pero ni él ni Darío habían sido educados en la corte. En verdad, el principal linaje de la familia imperial —el de los aqueménidas— había terminado al ser asesinados los hijos de Ciro el Grande. Como pariente lejano de los aqueménidas, el joven Darío accedió al trono con la ayuda de Los Seis, y del Sabio Señor. Luego invitó a Zoroastro a visitarle en Susa. Pero mi abuelo no quiso alejarse de Bactra. De haberlo hecho, quizás hubiese vivido una vida más larga y yo no habría corrido tantos peligros durante tantos años.

Hystaspes acomodaba y volvía a acomodar su brazo muerto.

—Mi hijo me ha jurado que sigue la Verdad. Como es un persa, no puede mentir.

Ahora que me he convertido en historiador, o contra-historiador, observo que, para nosotros, los persas, nada hay peor que la mentira, que es, para los griegos, el placer más exquisito. Esto se debe, creo, a que los griegos están obligados a vivir vendiéndose cosas recíprocamente y, por supuesto, todos los comerciantes son deshonestos. La nobleza persa tiene prohibido por la costumbre vender o comprar, y, por lo tanto, no puede mentir.

A Hystaspes jamás le agradó la falta de celo religioso de su hijo.

—Sé que Darío debe gobernar más de mil ciudades, cada una con un dios

diferente. Cuando restauró nuestros templos consagrados al fuegos tu abuelo se alegró. Pero cuando restauró el templo de Bel-Marduk en Babilonia, Zoroastro se horrorizó. Y también yo. Pero como mi hijo gobierna todas las tierras, cree que debe aceptar todas las religiones, por abominables que sean.

Hystaspes atravesó muy lentamente con su mano buena la llama de la tea que tenía a su lado, un viejo truco de los Magos.

—La corte del Gran Rey está dividida en muchas facciones. Debes estar en guardia. Sirve únicamente al Gran Rey y al Sabio Señor. Cada una de las esposas principales tiene sus defensores. Evítalas. Evita a los griegos de la corte. Muchos son tiranos expulsados por las nuevas democracias. Están constantemente tratando de que mi hijo entre en guerra contra otros griegos. Son hombres malos y muy persuasivos. Como tu madre es griega…

Hystaspes dejó también esta frase inconclusa. No le gustaba mi madre porque no era persa, ni le habría gustado su hijo si ese niño híbrido no hubiese sido elegido para escuchar las palabras del Sabio Señor en persona. Esto debe haber confundido a Hystaspes. Un chico medio griego había sido elegido para oír la voz del Sabio Señor. Evidentemente, los caminos de los dioses no son fáciles de comprender. En este punto, todo el mundo está de acuerdo.

—Vivirás en el harén hasta que seas lo bastante mayor como para asistir a la escuela. Conviene que estés alerta. Estudia a las esposas. Tres de ellas son importantes. La mayor es hija de Gobryas. Darío la desposó cuando él tenía dieciséis años. Tienen tres hijos. El mayor es Artobazanes. Es ya un hombre adulto. Se supone que sucederá a Darío. Pero el Gran Rey está bajo el hechizo de Atosa, la segunda esposa, que es la reina por ser hija de Ciro el Grande. Como le dio a Darío tres hijos cuando él ya era Gran Rey, sostiene que el mayor de los tres es el único heredero legítimo. Además, como es el nieto de Ciro, el muchacho es verdaderamente un príncipe. Se llama Jerjes. —Así oí por vez primera el nombre de quien había de ser durante toda mi vida, es decir, durante toda su vida, mi amigo.

Hystaspes me miraba con gravedad. Yo luchaba contra el sueño; hacía lo posible para mostrarme alerta.

—Debes complacer a Atosa —dijo Hystaspes, inmediatamente después de advertirme que evitara a absolutamente todas las esposas y facciones—. Pero no te hagas enemigos entre las otras esposas ni sus eunucos. Debes ser astuto como una serpiente. Debes sobrevivir, por el Sabio Señor. No será fácil. El harén es un lugar infame. Brujos, astrólogos, adoradores del diablo, todo ser malvado es popular entre las mujeres. Y la peor es Atosa. Cree que debía haber nacido hombre para ser Gran Rey como su padre Ciro. Pero como no lo es, trata de remediarlo con la magia. Tiene un altar privado donde adora a la diosa-diablesa Anahita. Tu vida no será fácil entre Atosa, de un lado, y los Magos, del otro. Los Magos tratarán de convertirte a la Mentira. Pero no cedas. No olvides que eres el representante del Sabio Señor en la tierra y que has sido enviado por él para proseguir en Susa el camino de la Verdad y para continuar la tarea de Zoroastro, el hombre más santo que jamás ha existido.

Todo esto era algo abrumador para un muchacho soñoliento que deseaba ser soldado, porque los soldados no tenían que pasar tanto tiempo en la escuela como los Magos, los sacerdotes… o los sofistas.

Viajábamos a Susa con un tiempo glacial. Envuelto en lana, iba, junto a mi madre, montado en camello, la única forma de transporte que nunca aprendí a amar. El camello es una criatura lamentable cuya marcha puede marear a una persona en la misma forma que las sacudidas de un barco. Mientras nos acercábamos a la ciudad mi madre murmuraba conjuros en griego.

Dicho sea de paso, Lais es bruja. Me lo dijo unos años después de nuestra llegada a la corte.

—Una bruja tracia. Somos las más poderosas del mundo.

Al principio pensé que bromeaba. Pero no era así—. Después de todo —solía decir—, si no fuese una bruja, jamás habríamos podido sobrevivir en Susa, quizá tuviese razón. Pero mientras se entregaba secretamente a los misterios tracios, ayudaba piadosamente a su hijo a convertirse en el heredero legítimo del único profeta del Sabio Señor, que había sido, por supuesto, el enemigo declarado de todos esos demonios que ella adoraba en secreto. Lais es una mujer inteligente.

Amanecía cuando llegamos al río Karum. En lenta fila india la caravana atravesó un puente de madera, cuyas tablas se combaban y gemían. El agua, abajo, estaba totalmente congelada y frente a nosotros Susa resplandecía bajo el sol. Yo no tenía idea de que una ciudad pudiera ser tan grande. Toda Bactra habría cabido en una sola de sus plazas. Es verdad que en su mayoría las casas de Susa son una especie de establos de ladrillos de barro o, con menor frecuencia, están construidas bajo el nivel del suelo, como estrechas trincheras cubiertas con varias capas de hojas de palmera para defenderse del ardiente calor del verano y el terrible frío del invierno. Pero también es verdad que el palacio recientemente terminado por Darío era el edificio más espléndido del mundo. El palacio, situado sobre una elevada plataforma, dominaba la ciudad, así como los picos nevados de las montañas de Zagros se erguían sobre Susa.

La ciudad se encuentra entre dos ríos, en una fértil llanura circundada por las montañas. Desde que se tiene memoria, Susa ha sido la capital de Anshan, un territorio perteneciente primero a los elamitas y luego a los medos. Al sudoeste de Anshan se encuentran las sierras de Persia, cuyo líder era Ciro el Aqueménida, señor hereditario de Anshan. Ciro salió de Anshan y conquistó Media, Lidia y Babilonia. Su hijo Cambises conquistó Egipto. En consecuencia, todo el mundo, desde el Nilo hasta el río Indo, es ahora persa, gracias a Ciro y a Cambises, y también a Darío y a su hijo Jerjes, y al hijo de éste, mi señor actual, Artajerjes. A propósito, desde que Ciro llegó al trono hasta el día de hoy, sólo han pasado ciento siete años; y durante la mayor parte de este siglo maravilloso he estado vivo, y en la corte de Persia.

En el verano, hace tanto calor en Susa que se han encontrado lagartos y serpientes calcinados en la calle a mediodía. La corte se traslada entonces a Ecbatana, doscientas millas al norte, donde los reyes medos habían construido el mayor y tal vez el más cómodo palacio del mundo. Totalmente hecho de madera, este edificio, situado en un valle alto y fresco, ocupa más de una milla cuadrada. Durante los meses más fríos, el Gran Rey prefería trasladar la corte a doscientas veinticinco millas al este, a

Babilonia, la más antigua y voluptuosa de las ciudades. Pero, más tarde, Jerjes cambió Babilonia por Persépolis, y ahora la corte pasa el invierno en la morada original de los persas. Los viejos cortesanos, como yo, echan de menos la lánguida Babilonia.

En la puerta de Susa nos aguardaba un ojo del rey. En todo momento hay allí veinte ojos del rey, uno por cada una de las veinte provincias o satrapías. Este funcionario es una especie de inspector general que reemplaza al Gran Rey. La tarea del ojo del rey que nos esperaba consistía en recibir a los miembros de la familia real. Saludó con reverencia a Hystaspes. Luego nos dio una escolta militar, indispensable en Susa, porque las calles son tan tortuosas y complicadas que el extranjero se pierde pronto, y a veces para siempre, si los guardias no lo rescatan.

Me encantó la vasta y polvorienta plaza del mercado. Hasta donde alcanza la vista había tiendas y pabellones, y brillantes banderas que señalaban el fin o el principio de esta o aquella caravana. Había mercaderes de todos los puntos de la tierra. Había también juglares, acróbatas, videntes. Las serpientes se retorcían ante la música de la flauta. Mujeres veladas y sin velos danzaban. Los Magos hacían conjuros, arrancaban dientes, restauraban la virilidad. Sorprendentes colores, sonidos, olores…

Se llega al nuevo palacio de Darío por una avenida ancha y recta, entre dos hileras de inmensos toros alados. El frente del palacio está cubierto de cerámica vidriada, con bajorrelieves que representan las victorias de Darío, de un extremo del mundo al otro. Estas ilustraciones, de tamaño natural, delicadamente coloreadas, están modeladas en la cerámica misma, y aún no he visto nada tan espléndido en una ciudad griega. Aunque las figuras se asemejan bastante entre sí —están de perfil, según el viejo estilo asirio—, es posible identificar los rasgos de los distintos Grandes Reyes y también los de algunos de sus compañeros más notables.

En la pared oeste del palacio, cerca de la esquina, frente a un monumento en homenaje a algún rey medo muerto hace mucho, hay un retrato de mi padre en la corte de Polícrates de Samos. Mi padre aparece con un mensaje cilíndrico, marcado con el sello de Darío. Está frente a Polícrates. Justamente detrás de la silla del tirano está el famoso médico Demócedes. Lais piensa que la figura no se asemeja demasiado a mi padre. Pero es que no le agradan las estrictas convenciones de nuestro arte tradicional. De niña, solía ver trabajar a Polignoto en su estudio de Abdera. Le gusta el estilo realista griego. A mí, no.

El palacio de Susa está construido sobre un eje este-oeste, en torno de tres patios. Ante la puerta principal, el ojo del rey nos dejó en manos del comandante de la guardia de palacio, quien nos escoltó hasta el primer patio. A nuestra derecha había un pórtico de altas columnas de madera sobre bases de piedra. Los guardias reales —conocidos como los inmortales—, formados en hilera bajo el pórtico, nos saludaron.

A través de altos corredores llegamos al segundo patio. Era aún más imponente que el primero. A pesar de mi juventud, me alivió ver el símbolo solar del Sabio Señor protegido por las esfinges.

Finalmente penetramos en la llamada corte privada, donde Hystaspes fue recibido por el chambelán de palacio y por los principales funcionarios de la cancillería, que se ocupan de las verdaderas tareas del gobierno del imperio. Todos los chambelanes y la mayoría de los funcionarios son eunucos. Mientras el anciano chambelán —creo que se trataba de Bagopates— saludaba a Hystaspes, una cantidad

de viejos Magos nos tendieron cuencos de humeante incienso. Mientras canturreaban sus incomprensibles plegarias, me miraban fijamente. Sabían quién era yo. No eran amistosos.

Cuando la ceremonia terminó, Hystaspes me besó en los labios.

—Mientras yo viva, Ciro, hijo de Pohuraspes, hijo de Zoroastro, seré tu protector. —Hystaspes se volvió entonces al chambelán, que se cuadró como debía—. Te encomiendo a este joven. —Traté de no llorar mientras Hystaspes se marchaba.

Un funcionario menor nos escoltó hasta el harén, que es una pequeña ciudad dentro de la gran ciudad del palacio. Luego nos indicó una pequeña habitación vacía que daba a un gallinero.

—Sus habitaciones, señora. —El eunuco sonrió.

—Esperaba una casa. —Lais estaba furiosa.

—A su debido tiempo, señora. Mientras tanto, la reina Atosa espera que estéis aquí. Ordenad, y tendréis lo que queráis.

Este fue mi primer contacto con el estilo de una corte. A uno le prometen todo; luego no le dan nada. Por más que Lais ordenó, pidió, suplicó, nos mantuvieron confinados en esa habitación, que daba a un patio polvoriento donde había una fuente seca y una docena de gallinas pertenecientes a una dama de compañía de la reina Atosa. Aunque el escándalo de las gallinas molestaba a mi madre, a mí me agradaba. Un motivo era que no tenía otra compañía. Demócrito me dice que Atenas ha empezado a importar gallinas. Y se llaman —¿de qué otra forma podría ser?— ¡aves persas!

A pesar de la protección oficial de Hystaspes, Lais y yo estuvimos prisioneros durante casi un año. No fuimos recibidos por el Gran Rey, cada una de cuyas entradas y salidas era acompañada por un tumulto de tambores y tamborines que hacía correr cómicamente a las gallinas por el patio y ponía en la cara de mi madre un gesto trágico. Y lo peor fue que en el verano no acompañamos a la corte a Ecbatana. Jamás he tenido tanto calor.

No vimos a ninguna de las esposas, con excepción de Artystone, hermana de la reina Atosa y por lo tanto hija de Ciro el Grande. Sentía, en apariencia, curiosidad por nosotros. Una tarde apareció en nuestro patio. Debo decir que era todo lo hermosa que la gente decía que era. Fue una sorpresa para Lais, siempre convencida de que aquella condición que hace notable a un personaje famoso suele ser la única de que notoriamente carece. Para una bruja, todo es ilusión. Quizá sea cierto. Creo que había algo de ilusorio en la idea de que Artystone fuera la única mujer a quien Darío había amado. En realidad, no amaba nada en la tierra excepto la tierra misma, es decir, su dominio sobre la tierra. Jerjes fue lo contrario. Amó a demasiadas personas; y así perdió el dominio sobre todas las tierras.

Artystone iba acompañada por dos bellos eunucos griegos apenas mayores que yo. Habían sido vendidos al harén por un infame mercader de Samos que traficaba con niños griegos robados. Como los griegos son los más renuentes a la castración, son los eunucos más buscados. El mercader de Samos se hizo muy rico.

En verdad, los eunucos más agradables —y útiles— son los babilonios. Cada año quinientos jóvenes babilonios se someten alegremente a la castración para servir en los harenes del Gran Rey y de sus nobles. Estos muchachos son

extraordinariamente inteligentes; son también extraordinariamente ambiciosos. Después de todo, si una persona no nace noble, sólo en carácter de eunuco puede ascender en la corte. No es un secreto que hasta hoy la verdadera fuente del poder en la corte de Persia no ha estado en el trono sino en el harén, donde conspiran las mujeres ambiciosas y los astutos eunucos. Hoy los eunucos no son sólo guardianes y servidores de las esposas y concubinas, sino también consejeros del Gran Rey, ministros de estado y aun, a veces, generales y sátrapas.

Artystone vestía un manto de hilos de oro; llevaba una vara de marfil. Su color natural era más bien oscuro y parecía siempre contrariada.

Como Lais era griega y yo medio griego, Artystone ordenó a los jóvenes que nos hablaran en griego.

Lais se opuso vivamente.

—No necesitamos intérpretes, señora. Mi hijo es el nieto del verdadero profeta.

—Sí, lo sé. —Artystone me señaló con su vara de marfil—. ¿Puedes comer fuego?

La sorpresa me impidió contestar.

Lais tiene mal genio.

—El fuego es el hijo del Sabio Señor, señora. Es peligroso hacer bromas acerca de los dioses.

—¿Sí? —Los ojos gris claro se abrieron mucho. Se parecía a su padre, Ciro el Grande, que era un hombre notablemente atractivo. Lo sé. He visto su cuerpo cubierto de cera en la sagrada ciudad de Pasargada—. De todos modos, Bactria está muy lejos.

—Bactria es el hogar del padre del Gran Rey, señora.

—No es su hogar. Simplemente es el sátrapa. Es un Aqueménida de la santa Pasargada.

Con su vestido de lana descolorida, rodeada de gallinas, Lais no sólo hacia frente a la hija de Ciro, sino también a la esposa favorita de Darío. Lais jamás ha tenido miedo. ¿Brujería?

—Darío vino de Bactria a recuperar el imperio de su padre —dijo Lais—. Y fue en Bactria donde Zoroastro habló por vez primera con la voz del Sabio Señor, en cuyo nombre tu marido, el Gran Rey, gobierna todas las tierras. Ten cuidado de no atraer sobre ti la cólera del Único Dios.

En respuesta, Artystone alzó el brazo derecho; su manga dorada ocultó su rostro. Era un extraño gesto de protección. Luego se marchó.

Lais se volvió hacia mí, con los ojos brillantes de furia.

—No olvides nunca quién eres. No renuncies nunca a la Verdad ni sigas a la Mentira. Recuerda siempre que somos más fuertes que todos los adoradores del demonio.

Esto me impresionó profundamente. Sobre todo, porque yo sabía, ya entonces, que Lais no tenía el menor interés en ninguna religión. No considero una religión la brujería de Tesalia. Pero Lais es una mujer muy aguda y muy práctica. En Bactra se había obligado a aprender mil himnos y rituales para convencer a Zoroastro de que era una seguidora de la Verdad. Luego me infundió la conciencia de que yo no era como los demás, de que había sido especialmente elegido por el Sabio Señor para

dar constante testimonio de la Verdad.

En mi juventud, jamás dudé de Lais. Pero ahora que mi vida se acerca a su fin, no sé si he cumplido o no la misión que me impuso el Sabio Señor, suponiendo que la hubiera. También debo confesar que en estos setenta años, desde la muerte de Zoroastro, he visto tantos rostros de dios en tantas partes de este mundo inmenso que no sé con seguridad nada.

Sí, Demócrito, sé que te he prometido explicar la creación. Y lo haré, en la medida en que eso se pueda saber. En cuanto a la existencia del mal, la respuesta es más fácil. Me sorprende, en verdad, que no imagines el origen de la Mentira, que define —eso es lo que supongo— a la Verdad.

# 3

Poco después de la aparición de Artystone, las gallinas del patio fueron masacradas. Yo extrañaba su compañía. Mi madre no.

A principios del otoño recibimos la visita de un funcionario menor de la cancillería. Venía del despacho del chambelán, donde se había decidido que yo asistiera a la escuela del palacio. Al parecer, en la primavera anterior, con la corte en Susa, no había habido lugar para mí. Pero ahora él mismo me escoltaría a la escuela.

Lais trató de aumentar nuestro misterioso privilegio. Pidió nuevas habitaciones. Eso no era posible, respondió el funcionario. No había instrucciones. Lais pidió una audiencia con la reina Atosa. El eunuco trató de no reír ante la inoportunidad de esa demanda.

De modo que, mientras la pobre Lais seguía viviendo como una prisionera, yo, por lo menos, iba a la escuela. Estaba encantado.

La escuela de palacio se divide en dos partes. En la primera están los miembros de la familia imperial —en aquel momento unos treinta príncipes, de siete a veinte años de edad— y también los hijos de Los Seis.

La segunda sección reúne a los hijos de la nobleza menor y a los jóvenes huéspedes del Gran Rey, como se llama a los rehenes. Cuando Lais supo que no estaba en la primera sección, se enfureció. Pero no sabia, en realidad, cuán afortunados éramos al no estar muertos.

Me agradó la escuela, establecida en una enorme sala que daba a un parque rodeado de muros donde todos los días se nos instruía en arquería y equitación.

Nuestros maestros eran todos Magos a la antigua usanza; odiaban a Zoroastro y temían su influencia. Como consecuencia de ello, yo era ignorado tanto por los maestros como por los estudiantes persas. Mis únicos compañeros eran los huéspedes del Gran Rey porque, en cierto sentido, también yo era un huésped. Yo era, además, medio griego.

Pronto me hice amigo de un niño de mi edad llamado Milo, cuyo padre, Tesalo, era medio hermano de Hipias, el tirano reinante de Atenas. Aunque Hipias había continuado la época dorada de su padre, el gran Pisístrato, los atenienses se habían cansado de él y de su familia. Debemos recordar que cuando los atenienses gozan demasiado de una cosa buena, rápidamente buscan algo malo. Esa búsqueda no suele ser ardua ni mal recompensada.

En mi clase estaban también los hijos de Histieo, el tirano de Mileto. Histieo mismo había sido retenido como huésped sólo por ser demasiado rico y poderoso. Sin embargo, Histieo había demostrado su lealtad —y su sentido práctico— durante la invasión de Escitia por Darío.

Para transportar el ejército persa a Escitia, Darío construyó un puente de barcas sobre el Helesponto. Cuando Darío fue rechazado en el Danubio —donde mi padre recibió su herida—, muchos de los jonios pensaron en quemar el puente y dejar que Darío fuera despedazado por los escitas. Una vez muerto o capturado Darío, las ciudades jonias de Grecia se declararían independientes de Persia.

Pero Histieo se opuso al plan.

—Darío es nuestro Gran Rey —dijo a los demás tiranos—. Le hemos jurado lealtad.

En privado les advirtió que, sin el apoyo de Darío, la nobleza jonia se uniría a la muchedumbre y derribaría a los tiranos, así como una alianza similar en Atenas estaba a punto de expulsar al último pisistrátida. Los tiranos siguieron el consejo de Histieo y el puente quedó intacto.

Darío regresó a su hogar sano y salvo. Agradecido, dio a Histieo algunas minas de plata en Tracia. Y de pronto, Histieo se vio señor de la ciudad de Mileto y de las ricas minas tracias; ya no era el mero tirano de una ciudad: era un rey poderoso. Siempre cauteloso, Darío invitó a Histieo y a dos de sus hijos a Susa, donde se convirtieron en huéspedes. Histieo era un hombre inquieto y sutil, y no estaba hecho para ser un huésped… He mencionado todo esto para explicar esas guerras que Herodoto llama persas.

En la escuela pasaba la mayor parte del tiempo con los rehenes griegos. Aunque los Magos nos prohibían hablar en griego, no hacíamos otra cosa cuando estábamos fuera del alcance de sus oídos.

Un frío día de invierno, Milo y yo, sentados en el suelo helado, mirábamos a nuestros compañeros mientras arrojaban la jabalina. Vestidos al modo persa, con gruesos pantalones y tres pares de calzoncillos, no sentíamos el frío. Aún hoy me visto apropiadamente, y suelo aconsejar a los griegos que hagan lo mismo. Pero no es posible convencer a un griego de que varias capas de tela liviana calientan en invierno y también refrescan en verano. Cuando los griegos no están desnudos, se envuelven en lana sudada.

Milo había heredado de su padre la predilección —cosa opuesta al talento— por la intriga. Le gustaba explicarme las divisiones de la corte.

—Todo el mundo quiere que Artobazanes suceda a Darío, porque es el hijo mayor. Artobazanes es también nieto de Gobryas, quien todavía cree que le corresponde a él, y no a Darío, ser Gran Rey. Pero los otros cinco nobles eligieron a Darío.

—Tenían que hacerlo. Darío es el Aqueménida. Es el sobrino de Ciro el Grande.

Milo me miró compasivamente. Sí, en Susa hasta los muchachos miran así. En una corte, también los niños desean aparentar que conocen secretos ignorados por otros.

—Darío —dijo Milo— no está más emparentado con Ciro que tú o yo. Por supuesto, todos los nobles persas están emparentados. Así que es probable que tenga alguna gota de sangre aqueménida, como yo la tengo por mi madre persa y tú por tu padre. Sólo que no la tienes, porque los Espitama no son verdaderamente nobles. Y en verdad, ni siquiera persas, ¿no es así?

—Nuestra familia es más grande que cualquier familia noble. Somos sagrados. —Me convertí en el nieto del profeta—. Hemos sido elegidos por el Sabio Señor, que me habló…

—¿Puedes realmente comer fuego?

—Sí —dije—. Y también respiro fuego cuando estoy inspirado o muy furioso. De todos modos, si Darío no es pariente de Ciro, ¿cómo llegó a ser Gran Rey?

—Porque mató personalmente al canciller Mago que pretendía ser hijo de Ciro y tenía engañado a todo el mundo.

—Quizás el Mago fuera realmente hijo de Ciro.

Aun a tan temprana edad presentía cómo se maneja el mundo.

Bruscamente el rostro de Milo pareció muy griego. Dorio. Los ojos azules se redondearon y los labios rosados se abrieron.

—¿Cómo puede nadie decir una mentira como ésa?

—La gente lo hace. —Había llegado mi turno de ser mundano—. Yo no puedo mentir, porque soy el nieto de Zoroastro. —Ahora era maravillosamente superior y fastidioso—. Pero otros pueden y lo hacen.

—¿Llamas mentiroso al Gran Rey?

Vi el peligro y pasé cuidadosamente a su lado.

—No. Por eso me sorprendió tanto que precisamente tú le llamaras mentiroso. Después de todo, él dice que es Aqueménida y pariente de Ciro, y el único que dice que no lo es eres tú.

Milo estaba profundamente confundido y alarmado.

—No es posible decir mentiras para un noble persa, como el padre de mi madre. Ni para un tirano ateniense como mí…

—Quieres decir un tirano como era en realidad tu tío.

—Todavía lo es. Atenas es nuestra ciudad. Porque Atenas no era nada antes de que mi abuelo Pisístrato se convirtiera en tirano y todos lo saben, aunque los demagogos de la asamblea digan lo que quieran. Y por supuesto el Gran Rey es Aqueménida, si así lo dice. No puede mentir. Yo decía solamente que todos éramos Aqueménidas. Es decir, que estábamos emparentados con ellos. En particular, Gobryas y su familia, y Otanes y su familia, y…

—Creo que no te había entendido bien.

Lo dejé escapar. En Susa es necesario ser un hábil cortesano antes de que crezca el bozo. El mundillo de una corte es un lugar eminentemente peligroso: un mal paso representa la muerte o algo peor.

Yo había oído ya bastante acerca de la forma en que Darío había derrocado al falso hijo de Ciro. Pero como nadie había osado decir en mi presencia que Darío no era pariente de Ciro, el obtuso Milo me había enseñado una cosa importante.

El hecho de que Darío fuera tan usurpador como el Mago a quien reemplazó explicaba en gran medida las facciones de la corte. Podía ver ahora por qué Gobryas, el suegro de Darío, había querido ser Gran Rey. Era mayor que Darío. Era uno de Los Seis, y tan noble como Darío. Pero éste había sido más inteligente. Gobryas aceptó a Darío como Gran Rey a condición de que la sucesión pasara a su nieto Artobazanes. Pero Darío tomó rápidamente como segunda esposa a Atosa, la hija de Ciro. Y dos años más tarde, el mismo día del mismo año que yo, nació su hijo Jerjes. Por tenue que fuera la relación de Darío con los Aqueménidas, no podía haber dudas sobre los antepasados de su hijo Jerjes. Jerjes era nieto de Ciro el Grande, y un Aqueménida.

Al nacer Jerjes, la corte se dividió en dos facciones: una respaldaba a la reina Atosa, y otra a la hija de Gobryas. Los Seis tendían a apoyar a Gobryas, mientras los demás nobles apoyaban a Atosa, así como también los Magos. Mi madre sostiene que Darío alentaba a todos a unirse contra todos los demás por el sensato motivo de que

así estarían demasiado ocupados para conspirar contra él. Esto es un poco simple, y Darío, fuera como fuese, no era nada simple. Sin embargo, es un hecho que Darío parecía alentar primero a una facción y luego a la otra.

Susa era también escenario de otra disputa significativa. Como los Magos que adoraban a los devas estaban en mayoría, hacían todo lo posible para perjudicar al puñado de Magos que seguían a Zoroastro. Los seguidores de la Mentira tenían la ayuda de la reina Atosa. Los que seguían a la Verdad deberían haber sido respaldados por el Gran Rey. Pero Darío era evasivo. Hablaba amorosamente de mi abuelo; luego daba dinero a los judíos para reconstruir su templo de Jerusalén, a los babilonios para reparar el templo de Bel-Marduk, y así sucesivamente.

Aunque yo era demasiado joven para desempeñar un papel activo en esta guerra religiosa, mi presencia en la corte era una profunda ofensa para los adoradores de los devas. Como la reina Atosa los favorecía, Lais y yo habíamos sido confinados en una triste habitación situada junto al gallinero del harén, de donde salimos gracias a Hystaspes. Al parecer, escribió a su hijo interesándose por mis progresos en la escuela de palacio. Como resultado de esta carta yo fui destinado a la segunda sección de la escuela. Y como resultado de esa carta, Lais y yo nos salvamos de lo que se llama la fiebre, una misteriosa enfermedad que mata invariablemente a las personas que tienen poderosos enemigos en la corte.

Una hermosa mañana de primavera, mi vida volvió a cambiar, de modo puramente accidental si se excluye el destino, la única deidad que vosotros, los griegos, parecéis tomar con seriedad.

Yo estaba en clase, sentado con las piernas cruzadas en la parte posterior del salón. Trataba siempre de parecer invisible; y habitualmente lo conseguía. Un maestro Mago nos aburría con un texto religioso. No recuerdo cuál era. Probablemente uno de esos himnos interminables a la fertilidad de Anahita, a quien los griegos llaman Afrodita. Era bien sabido en la corte que la reina Atosa era devota de Anahita, y los Magos siempre complacen a los grandes.

A una señal del maestro, la clase empezó a cantar las alabanzas de Anahita. Todos menos yo. Siempre que debía cantar en homenaje a uno u otro deva, guardaba silencio y los maestros Magos simulaban no advertirlo. Pero esta mañana era diferente de todas las demás mañanas.

El Mago, bruscamente, dejó de gemir y lamentarse. Todos callaron. El anciano me miró fijamente. ¿Fue un accidente o el destino? Jamás lo sabré. Sé que interpreté su mirada como un desafío. Me puse de pie. Estaba preparado para… no sé. Para la batalla, supongo.

—No has cantado el himno con nosotros, Ciro Espitama.

—No, Mago. No lo he hecho.

Cabezas sorprendidas se dieron vuelta. La boca de Milo se abrió y permaneció abierta. Mi actitud era absolutamente desdeñosa.

—¿Por qué no?

Adopté una posición que mil veces había visto en mi abuelo ante el altar del fuego, en Bactra. Una pierna cuidadosamente adelantada con respecto a la otra, y los brazos extendidos hacia adelante, con las palmas de las manos hacia arriba.

—¡Mago! —Imité lo mejor que podía la voz de Zoroastro—. Yo sólo ofrezco

sacrificio al sol inmortal, resplandeciente, de veloces caballos. Porque cuando el sol se eleva, la tierra creada por el Sabio Señor se limpia. Las aguas corrientes se limpian. Las aguas de los pozos se limpian. Las aguas del mar se limpian. Las aguas estancadas se limpian. Y todas las criaturas sagradas quedan limpias.

El Mago hizo un gesto para rechazar el mal mientras mis compañeros me miraban sorprendidos y aterrorizados. Hasta el más necio podía comprender que yo había llamado al sol del cielo para que fuera mi testigo.

—Si el sol no se elevara —comencé la parte final de la invocación—, los devas destruirían todas las cosas del mundo material. Pero aquel que ofrece sacrificio al sol inmortal, resplandeciente, de veloces caballos, rechazará la oscuridad, y a los devas, y a la muerte que se agazapa en invisibles…

El Mago murmuraba conjuros para defenderse de mí.

Pero yo no habría podido detenerme aunque hubiera querido. Con voz potente, lancé la Verdad contra la Mentira:

—Como representas a Arimán y éste es el mal, llamo al sol para que seas destruido, primero, en el tiempo del largo dominio…

Nunca llegué al final de mi anatema.

Con un chillido, el Mago huyó, y los demás le siguieron.

Recuerdo que permanecí largo tiempo solo en la clase, temblando como una hoja nueva al viento de los equinoccios.

No recuerdo cómo regresé al patio lleno de fantasmas de gallinas.

Sé que cada palabra que había dicho resonó de un extremo al otro del palacio de Susa y, poco antes de caer la noche, fui llamado a la presencia de la reina Atosa.

Se dice que nadie sabe a dónde llevan todos los corredores del palacio de Susa. Lo creo. Se dice también que hay exactamente diez mil habitaciones, lo cual dudo mucho. Supongo que si a Herodoto le contaran esta historia, diría luego que hay veinte mil.

Recuerdo que me condujeron por no menos de una milla de angostos, mohosos, mal iluminados corredores cuyos pisos tenían manchas de abominable rojo oscuro. Sin embargo, en ningún momento salimos de las habitaciones de las mujeres, en las que pronto dejaría de vivir: aproximadamente a los siete años, los niños persas salen del harén y quedan a cargo de los varones de la familia. Como Lais era toda mi familia en Susa, me permitieron vivir en el harén hasta la avanzada edad de nueve años. Aunque no se puede decir que Lais y yo viviéramos verdaderamente en el harén. En nuestro sórdido habitáculo, no vimos otras damas de la corte que las criadas.

Dos eunucos babilonios, muy altos y delgados, me recibieron ante la puerta de los apartamentos privados de la reina Atosa. Uno de ellos me indicó que, antes de la entrada de la reina, debía extenderme boca abajo sobre una primorosa alfombra de la India. Cuando la reina entrara, debía reptar hasta ella y besar su pie derecho. Si no me ordenara ponerme de pie, permanecería boca abajo hasta que me despidiera. Entonces reptaría hacia atrás, sobre la alfombra, hasta la puerta. En ningún momento podía mirarla directamente. Así debe acercarse al Gran Rey, o a su representante, un suplicante. Los miembros de las familias nobles o reales deben inclinarse profundamente ante el soberano mientras besan su mano derecha en señal de sumisión. Si el Gran Rey lo desea, puede permitir que un personaje favorecido bese su mejilla.

El protocolo era particularmente estricto en la corte de Darío, como siempre tiende a ser cuando el monarca no ha nacido para el trono. Aunque la corte del hijo de Darío, Jerjes, fue mucho más brillante que la de su padre, el protocolo era mucho menos riguroso. Como hijo y nieto de Grandes Reyes, Jerjes no tenía necesidad de recordar al mundo su grandeza. Sin embargo, he pensado muchas veces que, de haber tenido tan incómoda relación con el poder como su padre, quizás hubiese sobrevivido tanto como él. Pero cuando se trata del destino, como les agrada recordar a los atenienses en esas tragedias que con tan alto costo montan en el teatro, no se puede vencer. En el punto más alto de la celebridad de un hombre calvo, un águila dejará caer necesariamente una tortuga sobre su cabeza.

Lais dice que a los ocho años yo era un ser único y el verdadero heredero de Zoroastro, y esas cosas. Aunque ella tiene un prejuicio natural, otros concordaban en que yo era insólitamente directo y seguro de mí. Si daba esa impresión, debo de haber sido un hábil actor, porque me sentía asustado casi todo el tiempo, y nunca más que aquella noche helada en que me tendí boca abajo en la alfombra roja y negra del apartamento de la reina, mientras esperaba su entrada con el corazón latiendo a la carrera.

La habitación era pequeña. Los únicos muebles eran una silla de marfil con un apoyapiés de plata, y una estatuilla de la diosa Anahita. Frente a la estatua ardía

incienso en un brasero. Mientras aspiraba el aire densamente perfumado, temblaba sin control. Sabía dónde estaba: en manos de una adoradora de los devas.

Silenciosamente, se abrió una puerta de cedro labrada. La reina Atosa entró en la habitación con un ruido de roce de ropas y se sentó en la silla de marfil. Avancé hacia ella, con la nariz torcida hacia uno y otro lado por los ásperos pliegues de la alfombra. Finalmente, vi dos sandalias doradas, juntas, sobre el apoyapiés. En mi pánico, besé la izquierda. Pero la reina no pareció advertir mi error.

—Ponte de pie.

La voz de Atosa era casi tan grave como la de un hombre. Hablaba el persa elegante y antiguo de la primitiva corte de Anshan, un acento pocas veces oído en esos tiempos en Susa, ni en ningún otro lugar. Al escuchar a Atosa, así decían los viejos cortesanos, se volvía a oír la voz del difunto Ciro.

Aunque tuve cuidado de no mirar directamente a la reina, espié por el rabillo del ojo. Era una visión asombrosa. No más alta que yo, parecía una muñeca frágil en cuyo cuello hubiesen puesto, incongruentemente, la gran cabeza de Ciro. La curva de la nariz aqueménida era tan parecida a la de un gallo de nuestro patio que casi esperaba ver unos ollares como hendeduras a los lados del puente.

El pelo (o la peluca) de Atosa estaba teñido de rojo; y sus grandes ojos gris claro no estaban rodeados del blanco normal sino de un tono rojo tan vivo como el del pelo. Aunque padecía de una enfermedad incurable de los ojos, esa mujer afortunada no quedó nunca ciega. Una densa materia blanca cubría su rostro para ocultar (como todos decían) una barba hombruna. Tenía manos pequeñas y los dedos cubiertos de anillos.

—Has recibido tu nombre de mi padre, el Gran Rey.

El estilo de la antigua corte hacía imposible que un miembro de la familia imperial formulara nunca una pregunta. Para una persona desacostumbrada a la vida cortesana, la conversación era muy desconcertante: las preguntas directas parecían afirmaciones, y las respuestas tendían a sonar como preguntas.

—He recibido mi nombre del Gran Rey. —A continuación, recité todos los títulos de Atosa, tanto los obligatorios como los optativos. Lais me había instruido con gran cuidado.

—Conocí a tu padre —dijo la reina cuando terminé—. No he conocido a tu abuelo.

—Era profeta del Sabio Señor, el único creador.

Dos pares de ojos se desviaron fugazmente hacia la estatua sonriente de Anahita. El incienso se elevaba girando como una serpiente azul entre la reina y yo. Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Eso has dicho en la clase, asustando a tu maestro. Ahora dime la verdad. ¿Has lanzado una maldición contra él? —Ésta era una verdadera pregunta, muy al estilo de la corte moderna.

—No, Gran Reina. No sé si tengo ese poder. —Yo no quería desprenderme de ninguna arma posible—. Simplemente sirvo al Sabio Señor y a su hijo el fuego.

¿Era yo realmente tan sabio y prodigioso a los ocho años? No. Pero había sido bien aleccionado por Lais, quien estaba resuelta no sólo a sobrevivir, sino a dominar en la corte de Susa.

—Mi padre, el Gran Rey Ciro, adoraba al sol. Por lo tanto adoraba al fuego. Pero también a los otros grandes dioses. Restauró el templo de Bel-Marduk en Babilonia. Construyó templos para Indra y para Mitra. Y era muy amado por la diosa Anahita. —Atosa inclinó la cabeza ante la estatua de bronce. El cuello del ídolo estaba adornado por frescas flores del verano. Pensé que era una especie de siniestro milagro. No sabia entonces que en Susa se cultivan flores en interiores durante todo el invierno, una lujosa invención de los medos.

Atosa me interrogó acerca de mi abuelo. Le dije todo lo que podía acerca de sus revelaciones. Describí también su muerte. Le impresionó saber que yo mismo había oído la voz del Sabio Señor.

Aunque Atosa y sus Magos eran seguidores de la Mentira, estaban obligados a reconocer que el Sabio Señor era un dios singularmente y poderoso, aunque sólo fuera porque el Gran Rey en persona había proclamado de un extremo al otro del mundo que su corona y sus victorias eran un don del Sabio Señor. Como Atosa mal podía oponerse a su marido Darío, enfocaba todo el asunto con cautela comprensible.

—Zoroastro es venerado aquí. —Atosa hablaba sin mucha convicción—. Y, por supuesto, tú y tu madre sois… —Mientras buscaba la frase correcta, frunció el ceño. Luego pronunció una elegante expresión persa, muy antigua, que no se puede traducir al griego pero que significa aproximadamente «muy queridos para nosotros, al modo de los primos».

Me incliné mucho, preguntándome qué debería decir después. Lais no me había preparado para tanta urbanidad.

Pero Atosa no esperaba respuesta. Durante un largo momento la reina me miró con esos extraños ojos grises y rojos.

—He decidido trasladaros a mejores habitaciones. Debes decir a tu madre que me asombré al saber que estabais viviendo en el viejo palacio. Eso ha sido un error. Quienes lo cometieron han sido castigados. Debes decirle también que la recibiré antes de que la corte se traslade a Ecbatana. También se ha decidido que asistas a la primera sección de la escuela. Te educarás con los príncipes reales.

Debo haber demostrado mi alegría, porque la reina me pareció menos feliz.

Años más tarde, cuando Atosa y yo fuimos amigos, me dijo que la decisión no había sido de ella sino de Darío. Aparentemente, un mensaje de Lais había llegado a Hystaspes. Éste, enfurecido, se quejó a su hijo, quien entonces ordenó a Atosa que nos tratara con los honores debidos.

—Pero yo —me dijo Atosa veinte años más tarde, concediéndome la más encantadora de sus falsas sonrisas— no tenía intención de obedecer al Gran Rey. Todo lo contrario. Pensaba mataros a ti y a tu madre. Ya ves, estaba totalmente sometida a la influencia de los malvados Magos. Es difícil de creer, ¿verdad? ¡Hasta qué punto envenenaron nuestras mentes contra el Sabio Señor, Zoroastro y la Verdad! ¡Yo era verdaderamente una seguidora de la Mentira!

—Y aún lo eres. —En privado, yo siempre era osado con Atosa, lo cual le divertía.

—¡Nunca! —Atosa casi sonreía—. Lo que realmente os salvó fue esa escena que hiciste en la clase. Hasta entonces, casi nadie sabía de ti ni de tu madre. Pero apenas corrió la voz de que el nieto de Zoroastro estaba en el palacio, maldiciendo a

los Magos… ya no hubo forma de ignoraros ni de mataros.

Quiero decir, si tu madre y tú hubierais sido descubiertos estrangulados en el fondo de un pozo —era lo que me proponía, la fiebre tarda demasiado—, las otras esposas me habrían acusado y él se habría irritado. Me vi obligada a cambiar de idea. Así como Lais trataba de salvar su propia vida y la tuya, yo intentaba hacer de mi hijo mayor el heredero de Darío. Si yo caía en desgracia, el imperio persa no habría quedado en manos de mi hijo sino de Artobazanes, que no tenía una gota de sangre real, como tampoco Darío.

—Ni Ciro el Grande —añadí. La vieja Atosa admitía las bromas hasta cierto punto.

—Ciro era el líder hereditario de todos los clanes montañeses. —Atosa hablaba con serenidad—. Nació aqueménida. Nació señor de Anshan. En cuanto al resto del mundo… pues bien, lo conquistó de la manera corriente, y si su hijo Cambises no hubiese… muerto, no habríamos tenido a Darío. Pero todo eso ha pasado. Hoy Jerjes es el Gran Rey, y todo ha cambiado para bien.

Atosa se apresuraba, desde luego. Todas las cosas cambian para mal, finalmente. Y es precisamente eso, el tener final, lo que constituye la mala naturaleza de las cosas.

Lais y yo nos trasladamos al nuevo palacio. Sin saberlo, habíamos estado originariamente alojados en una parte de la cocina del viejo palacio. Aunque ahora asistía a la primera sección de la escuela, no conocí a mi contemporáneo Jerjes hasta ese verano, cuando la corte se trasladó a Ecbatana.

La primera sección de la escuela de palacio no era distinta de la segunda, salvo porque no había muchachos griegos con quienes hablar. Los extrañé. Los jóvenes nobles persas no me trataron mal, pero tampoco me hicieron sentir en mi hogar. Por supuesto, yo no estaba en mi hogar. Y además no era noble. Y mi situación peculiar como nieto de Zoroastro ponía incómodos a los maestros y a los alumnos.

A causa del anatema que había lanzado contra el viejo Mago, se pensaba que yo poseía poderes sobrenaturales y aunque, por un tiempo, negué ser distinto de los demás, comprendí pronto que el secreto del poder —o, en este caso, de la magia— no reside en su ejercicio, sino en su aura. Si mis compañeros querían creer que yo tenía poderes mágicos, pues no me oponía. También encontré útil ver, súbitamente, al Sabio Señor. Cada vez que lo hacia, los maestros Magos temblaban y no me llamaban a recitar lo que yo no quería recitar. En general, estos pequeños ejercicios teatrales no me perjudicaron. Si uno no está sostenido en la corte por una familia poderosa, lo mejor es ser un protegido del Sabio Señor.

La reina Atosa cumplió su promesa. Antes de que la corte partiera hacia Ecbatana, recibió a Lais. El hecho de que Lais no la molestara con disquisiciones acerca de la Verdad en oposición a la Mentira le agradó infinitamente. Lais ha tenido siempre el don de saber qué es lo que la gente más desea oír. Puede encantar a todo el mundo. Aunque ella diría que la causa es la brujería, sospecho que Lais es, sencillamente, más inteligente que la mayoría de las personas: la magia definitiva.

Como la reina era devota de la brujería, Lais la sedujo con toda clase de encantos y pociones y fantasías tracias, para no hablar de filtros y venenos. Sin embargo, a pesar del favor de la reina, la posición de Lais en la corte se fundaba en que

era la madre del nieto de Zoroastro, el azote de todos los devas y, por supuesto, de la magia. Esto significaba que cuando yo encontraba a Lais y a la reina mirando un caldero humeante y murmurando conjuros, tenía que aceptar la explicación de mi madre de que ambas, simplemente, experimentaban alguna medicina exótica. Muy pronto comprendí que aquello que no se dice en la corte jamás puede convertirse —sí, mágicamente— en un agudo cuchillo en la oscuridad o en un sorbo de algún lento veneno.

## 5

La corte salía de Susa en cuatro contingentes. Como el avance del harén era siempre el más lento, las mujeres y los eunucos partían primero. Es innecesario decir que Lais viajaba en una litera, con el séquito de la reina Atosa. Ahora, Lais era una importante dama de la corte. Inmediatamente después del harén venían el tesoro y los efectos del Gran Rey. Luego, los funcionarios de la cancillería con sus infinitos archivos. Y finalmente los magistrados, los nobles y el Gran Rey, a caballo o en carros de guerra. Gracias a Milo, yo iba con los nobles, en un carro tirado por cuatro caballos.

Poco después de que yo fuera destinado a la primera sección de la escuela, Tesalo insistió en que su hijo Milo pasara a la misma clase, puesto que el sobrino del tirano de Atenas era el igual de cualquier noble o sacerdote persa. Por lo tanto, Milo se unió a nuestra clase y yo tuve a alguien con quien hablar en griego. A la hora de partir hacia Ecbatana, Tesalo insistió en que yo viajara con él y con Milo.

Dejamos Susa al amanecer. Los dos ríos estaban muy crecidos a causa de las nieves que empezaban a fundirse en las montañas de Zagros. Un mes más tarde, sin embargo, esos rápidos ríos serían sólo unos arroyos fangosos. No he conocido un lugar en el mundo tan cálido como Susa en verano, y he vivido en la India; ni tan frío como Susa en invierno, y he atravesado el Himalaya.

Tesalo en persona conducía el carro de cuatro caballos. Había ganado la carrera de carros en los juegos olímpicos, y era tan insoportable al respecto como Calias. En esos juegos que se celebran cada cuatro años en Olimpia hay algo que enloquece aún a los griegos más inteligentes. Creo que si Tesalo hubiese debido elegir entre ser tirano de Atenas y conquistar la corona de vencedor en la trigésimo novena olimpiada, habría preferido las ramitas de olivo.

Para los lentos carros y literas del harén, el viaje de Susa a Ecbatana llevaba por lo menos doce días. Para dos muchachos y un campeón de carros de guerra, cuatro días. Dicho sea de paso, ése fue mi primer encuentro con el magnífico sistema de carreteras que Darío estaba construyendo. Las carreteras de Darío partían de Susa hacia el norte, el este y el sudoeste. Cada diez o quince millas había una posta, así como establos y una posada. En torno de las postas se formaban a veces pequeños pueblos.

En nuestra primera parada pude ver, a través de los capullos rosados y blancos de mil árboles frutales en flor, las cabañas de madera de un nuevo establecimiento. En los alrededores de Susa, la tierra es inusitadamente fértil.

Debido al rango de Tesalo, el posadero nos asignó una habitación pequeña de piso de tierra y techo bajo. Los menos notables dormían en los establos y los cobertizos del ganado, o en el suelo, bajo las estrellas.

Aunque los hombres de alto rango solían viajar con sus propias tiendas, sus muebles y su séquito de esclavos, Tesalo quería que nosotros lo hiciéramos «como los verdaderos soldados. Porque eso es lo que los dos seréis».

—Ciro no —dijo Milo—. Será sacerdote. Siempre está rezando y pensando maldiciones.

Aunque Milo no podía tener una idea clara de la ciudad de su nacimiento, su

estilo era típicamente burlón y ateniense. Debe ser algo que se lleva en los huesos.

Tesalo me miró con cierto interés.

—¿Eres Mago de nacimiento?

—No, no lo soy. Soy persa…

—No es persa. Es medo.

Milo no tenía tacto. Siempre se ha considerado de mal gusto en la corte mencionar el hecho de que el profeta enviado por el Sabio Señor a convertir a los persas no era persa, sino un medo de Rages. A pesar de las pretensiones de varios miembros de nuestra familia, Zoroastro no tenía sangre persa. Pero no creo tampoco que seamos medos. Sospecho que provenimos de un linaje verdaderamente antiguo, asirio, caldeo, o incluso babilonio. Excepto yo mismo, los Espitama son demasiado oscuros, de mirada demasiado intensa, demasiado exóticos para ser medos. Naturalmente, yo no soy un producto típico de la familia. A causa de Lais, soy rubio; y parezco griego.

Tesalo encendió unos carbones en un brasero. Luego preparó pan de soldado, hecho con granos partidos y mezclados con agua. El resultado tenía el aspecto y, desde luego, el sabor de estiércol de vaca secado al sol.

—Tienes una gran herencia —dijo Tesalo. Era un hombre hermoso. Se había casado muy joven con una persa de Mileto. Aunque los atenienses de esa época no se oponían tanto como hoy a los matrimonios mixtos, todo el mundo pensaba en Atenas que si un miembro de su dinastía reinante se casaba con una mujer persa, ésta debía ser, por lo menos, miembro de nuestra casa imperial.

Me han dicho que Tesalo amaba a su esposa de un modo muy poco ateniense. Ciertamente, él era un hombre extraordinariamente apasionado. Tan violento, aunque breve, fue su amor por el futuro tiranicida Harmodio, que cambió la historia de Atenas.

No creo que ninguna persona viviente comprenda hoy con exactitud lo que ocurrió. Elpinice, quien normalmente conoce bien estos asuntos, piensa que Tesalo y su medio hermano Hiparco estaban enamorados de Harmodio, un bello joven atleta de Tanagra. Por supuesto, a Harmodio le halagaba ser amado por los dos hermanos del tirano de Atenas. Además, Harmodio era bastante veleidoso. Oficialmente, era el amante de otro joven de Tanagra, un oficial de caballería llamado Aristogitón. Como suele ocurrir en Atenas en estos casos, todos disputaron con los demás. Aristogitón sentía furia contra los hermanos del tirano, y Tesalo contra su propio hermano por tratar de quitarle al joven. Y el joven mismo… Todo el asunto era una perfecta maraña, sólo interesante para un ateniense. Por otra parte, el resultado de esta confusión cambió la historia.

Hiparco insultó a la virginal hermana de Harmodio en una ceremonia pública. Según se supone, le dijo que esperaba que no fuera tan buscona como su hermano. Furioso, Harmodio se reunió con su antiguo amante Aristogitón y ambos juraron vengar la ofensa. En el gran festival panateneo, Harmodio y Aristogitón no sólo mataron a Hiparco sino que intentaron, sin éxito, matar al tirano Hipias. Aunque fueron inmediatamente condenados a muerte, la tiranía fue sacudida y la posición de Hipias se tomó tan difícil que se creyó obligado a enviar a Tesalo a Susa para aliarse con Darío. Pero las cosas habían ido demasiado lejos en Atenas. A causa de una disputa amorosa, cayo la casa de Pisístrato. Se erigieron en el ágora las estatuas de los

amantes. A propósito, cuando Jerjes conquistó Atenas, se llevó las estatuas a Susa, donde por mi consejo, fueron colocadas en un monumento a la familia de Pisistrato. Hasta el día de hoy se puede ver a los jóvenes asesinos contemplando a esos excelentes tiranos que perdieron, por sus celos y su locura, una ciudad que nunca conocerá nada semejante a la gloriosa y larga paz tan honorablemente mantenida por los pisistrátidas. Todo el asunto es muy extraño. Sólo en Atenas se ve la pasión sexual mezclada con la política.

Demócrito me recuerda que, en la corte persa, las esposas y concubinas favoritas del Gran Rey tienen con frecuencia gran poder. Esto es verdad. Pero cuando nuestras reinas ejercen el poder, no es tanto por sus encantos sexuales como por el hecho de gobernar las tres casas del harén, y también porque la reina consorte recibe una importante renta, completamente aparte de la del Gran Rey. Además, la reina consorte puede tratar directamente con los eunucos que controlan la cancillería. Aunque no he conocido a un hombre tan sensible a las mujeres hermosas como Jerjes, no recuerdo un solo caso en que sus pasiones privadas afectaran la política pública. Bien, en realidad hubo un único incidente de este tipo, pero fue al fin de su vida. Si vivo lo bastante, te lo contaré.

Mientras comíamos el pan de soldado, hice lo posible para convencer a Tesalo de que también yo quería ser un buen soldado.

—Es la mejor vida —respondió Tesalo—. Además es necesario. El mundo es peligroso si no eres capaz de pelear. O conducir un ejército. —Acomodó los carbones en el brasero—. O aun reunir un ejército. —Parecía triste.

Todos sabíamos que Tesalo no había logrado convencer a Darío de que acudiera en ayuda de Hipias. En aquellos días, Darío se ocupaba muy poco del mundo griego. Aunque controlaba las ciudades griegas del Asia Menor y ejercía cierto grado de dominio sobre una cantidad de islas como Samos, el Gran Rey no se interesaba mucho por el mundo occidental, sobre todo después de su derrota en el Danubio.

Aunque a Darío le fascinaba el oriente, nunca pudo, excepto por una expedición al río Indo, dedicar toda su atención al oriente y al oriente del oriente. Lo distraían constantemente, como le había ocurrido antes a Ciro, los jinetes norteños de piel blanca que presionaban constantemente sobre nuestras fronteras. Y ésos somos nosotros. Hace mil años, los primitivos arios descendieron como un alud del norte y esclavizaron al que aún llamamos pueblo de cabellos negros, los habitantes originales de Asiria y Babilonia. Ahora, estas tribus están civilizadas y se llaman medos y persas y su jefe de clan es el Gran Rey. Y nuestros primos de las estepas nos miran con envidia y aguardan su turno.

Tesalo hablaba de Atenas con nostalgia y, a pesar de mi juventud, yo sabia que sus palabras tenían una finalidad. La reina Atosa era amiga de mi madre. Las palabras que se me dijeran serían repetidas a la reina. «Hipias es un buen amigo de Persia. Los enemigos de Hipias en Atenas son los enemigos de Persia y los amigos de Esparta.» El rostro fruncido de Tesalo se veía enrojecido por el fulgor del brasero. «Hipias necesita la ayuda del Gran Rey.»

Alguien gritó afuera:

—¡Paso para el correo del Gran Rey!

Se oyeron ruidos metálicos mientras el mensajero cambiaba los caballos. Aun

en aquellos días, los mensajeros del rey podían recorrer en menos de una semana las mil quinientas millas que hay entre Susa y Sardis. Darío dijo siempre que no eran sus ejércitos sino sus caminos los que sostenían el imperio.

—Un día, Esparta se aliará con los enemigos de mi hermano en Atenas. Y cuando eso ocurra, atacará a Persia.

Esto parecía ridículo, aun a los oídos de un niño. Persia era todo un mundo. Aunque yo no sabía qué era Esparta exactamente, no ignoraba que era griega, pequeña, débil y lejana. Y tampoco que los persas derrotaban invariablemente a los griegos. Ésa era una ley natural.

—Mi hermano Hipias es lo único que defiende a Persia de Esparta. —No creo que Tesalo tuviese gran inteligencia. Como murió antes de que yo creciera, nunca pude conocerle de hombre a hombre.

Por otra parte, tuve mucho trato con su hermano Hipias durante el largo exilio del tirano en Persia. Hipias no sólo era un gran hombre; era un hombre culto.

—¿Por qué es tan peligrosa Esparta? —pregunté

—Viven para la guerra. No son como otras personas. Esparta es un cuartel, no una ciudad. Quieren conquistar toda Grecia. Envidian a Atenas. Odiaban a nuestro padre Pisístrato porque era amado por el pueblo y por todos los dioses. En verdad, la misma diosa Atenea condujo a mi padre a la Acrópolis y, frente a todos los ciudadanos, le entregó a él y a sus herederos el poder sobre la ciudad. —No sé si Tesalo creía o no esta historia. Ciertamente, ningún ateniense moderno la cree. ¿Acaso ocurría en aquellos tiempos? Lo dudo.

La verdad es que Pisistrato y sus amigos indujeron a una muchacha muy alta llamada Phya a que se disfrazara de Atenea. He conocido a su nieto, a quien le encanta narrar cómo su abuela escoltó en esa ocasión a Pisístrato, por el camino sagrado, hasta el templo de Atenea en la Acrópolis. Como, de todos modos, la mayoría del pueblo apoyaba a Pisístrato, simularon que Phya era verdaderamente Atenea. Los demás guardaron silencio, por temor.

En su momento, Pisístrato fue expulsado de Atenas. Se dirigió a Tracia, donde poseía minas de plata. Durante un tiempo fue socio de mi abuelo Megacreón. Tan pronto como Pisístrato logró amasar una nueva fortuna, se deshizo de los líderes del partido aristocrático de Licurgo. Luego compró el partido comercial de Megacles. Como él mismo comandaba el partido de la gente común de la ciudad, pudo así regresar y establecerse como tirano de Atenas, donde murió viejo y feliz. Fue sucedido por sus hijos Hipias e Hiparco.

Hay dos teorías —¿dos? ¡son mil!— acerca de los motivos de los asesinos de Hiparco. Algunos creen que eran políticos. Otros piensan que se trataba simplemente de un par de amantes enloquecidos. Sospecho que fue, en realidad, lo último. Elpinice también. Como ella señaló hace muy poco, ninguno de los dos jóvenes estaba vinculado con la célebre familia ni era el blanco de los aristócratas que se oponían a la tiranía. Me refiero, por supuesto, a los descendientes del maldito… sí, del literalmente maldito Alcmeón, que mató a una cantidad de personas que se habían refugiado en un templo. En consecuencia, Alcmeón fue perseguido por ese tipo de maldición que se transmite de padres a hijos durante generaciones. Digamos, de paso, que Pericles es un alcmeónida por parte de madre. Pobre hombre. Aunque no creo en los dioses

griegos, tiendo a creer en el poder de las maldiciones. De todos modos, Clístenes, el nieto de Alcmeón, dirigió luego la oposición al popular Hipias desde Delfos.

—Clístenes es un hombre peligroso. —Tesalo parecía sombrío—. Además, es desagradecido, como todos los alcmeónidas. Cuando Hipias sucedió a nuestro padre, designó magistrado a Clístenes. Y ahora Clístenes trata de convencer a los espartanos de que invadan Atenas. Sabe que sólo un ejército extranjero podrá expulsarnos. Ningún ateniense sería capaz. Somos populares. Los alcmeónidas no lo son.

El informe de Tesalo se demostró verídico, aunque no desinteresado. Más o menos un año después de esta conversación, Clístenes llegó a Atenas con el ejército espartano e Hipias fue derrocado. Entonces, Hipias juró lealtad al Gran Rey y se estableció con su familia en Sigeo, una ciudad moderna próxima a las ruinas de Troya.

Hipias era amigo de los sacerdotes de Apolo en Delfos. También ayudó a presidir los misterios de Eleusis, los mismos a que Calias asiste con su antorcha hereditaria. Se dice que sabe más que cualquier otro griego acerca de los oráculos y que puede también predecir el futuro. Una vez, en mi insolente juventud, le pregunté al tirano si había previsto su propia caída.

—Si —respondió.

Esperé detalles. No me dio ninguno.

Cada vez que ocurre un misterio moral o político, los atenienses se complacen en citar a su sabio Solón. Haré lo mismo. Solón, correctamente, no acusaba a Pisístrato, sino a los atenienses, por la elevación del tirano. Dijo, ¿cómo era…?

Demócrito ha encontrado las auténticas palabras de Solón: «Vosotros mismos habéis engrandecido a esos hombres con vuestro apoyo, y por eso habéis caído en la siniestra esclavitud. Cada uno de vosotros camina con pasos de zorro, pero en conjunto vuestra mente es vana. Porque atendéis a la lengua y a las palabras de un hombre astuto, y no a sus obras».

Me parece el mejor análisis posible del carácter ateniense, ¡y procede de un ateniense! Sólo hay una nota falsa. Nadie había caído en la siniestra esclavitud. Los tiranos eran populares; y si no hubiera sido por el ejército espartano, Clístenes jamás habría derrocado a Hipias. Más tarde, para consolidar su poder, Clístenes se vio obligado a hacer toda clase de concesiones políticas a la muchedumbre que antes había soportado a los tiranos. ¿El resultado? La famosa democracia ateniense. En ese momento, el único rival político de Clístenes era Iságoras, el jefe del partido aristocrático.

Ahora, medio siglo más tarde, nada ha cambiado. Sólo que en lugar de Clístenes está Pericles, y en lugar de Iságoras, Tucídides. En cuanto a los herederos de Pisistrato, son propietarios satisfechos de tierras próximas al Helesponto. Todos, excepto mi amigo Milo. Murió en Maratón, combatiendo por su familia y por el Gran Rey.

Aquella noche, en el camino de Susa a Ecbatana, me convertí en un ferviente partidario de los pisistrátidas. Naturalmente, no he hablado de ese entusiasmo a los atenienses de hoy, a quienes durante medio siglo se les ha enseñado a odiar a la familia que amaban sus abuelos.

En una ocasión, con gran delicadeza, le hablé del asunto a Elpinice. Ella se mostró sorprendentemente de acuerdo.

—Nos dieron el mejor gobierno que nunca tuvimos. Pero los atenienses prefieren el caos al orden. Además, odiamos a nuestros grandes hombres. Mira lo que le ha hecho el pueblo a mi hermano Cimón.

Compadezco a Pericles. Como todo el mundo concuerda en que es un gran hombre, necesariamente acabará mal. Elpinice piensa que antes de uno o dos años será condenado al ostracismo.

¿Dónde estaba? En Ecbatana.

Incluso ahora, en mi mente, donde la mayor parte de mis recuerdos no contiene imágenes de ninguna clase (de algún modo misterioso, la ceguera parece haberse extendido a gran parte de mi memoria), todavía puedo ver claramente cuán asombrosamente hermosa era la entrada a Ecbatana.

Se asciende a través de un oscuro bosque. Y cuando ya parece que la ciudad se ha desplazado o que uno se ha perdido, allí está, como una visión de una plaza fuerte, con sus siete murallas concéntricas, cada una de un color diferente. En el centro exacto de la ciudad, un muro dorado rodea la colina donde se alza el palacio.

Como las sierras de Media son muy boscosas, el palacio está hecho enteramente en madera de cedro y ciprés. Por esto, las habitaciones huelen opresivamente a madera antigua, y siempre hay incendios. Por otra parte, la fachada del palacio está cubierta de planchas cuadradas de cobre verde, como una armadura. Algunos piensan que los medos pusieron ese revestimiento para evitar que los enemigos incendiaran el palacio; yo sospecho que no es más que un adorno. Ciertamente, el efecto es muy hermoso cuando el sol hace que el verde claro del cobre brille y se destaque del oscuro verde de los bosques de coníferas que cubren las montañas, detrás de la ciudad.

La tarde en que entramos en Ecbatana, pudimos gozar de su legendaria belleza durante nueve horas, el tiempo necesario para que todos nosotros atravesáramos las siete puertas. No hay tumulto y confusión comparables a los de la corte persa al llegar a una capital.

Durante aquellas largas horas pasadas ante las puertas de Ecbatana, aprendí de Tesalo una cantidad de frases griegas que desde entonces me complace sobremanera repetir.

En mis tiempos, la vida escolar era dura. Nos levantábamos antes del amanecer. Aprendíamos a usar toda clase de armas. Nos enseñaban a cultivar la tierra y a atender una granja, así como también música y matemáticas. Aprendíamos a leer y aun a escribir, si era necesario. Y a construir no sólo puentes y fortalezas, sino también palacios. Sólo nos daban una comida frugal por día.

Cuando un noble persa llega a los veinte años, hay muy pocas cosas que no pueda hacer por sí mismo. En un principio, el sistema de educación era mucho más simple: se le enseñaba al joven a montar a caballo, a tirar al arco y a decir la verdad, y esto era todo. Pero en tiempos de Ciro era obvio que la nobleza persa debía saber también varias cosas acerca de asuntos no militares. Y en la época de Darío se nos educaba con el propósito claro de que administrásemos la mayor parte del mundo.

Pero se nos mantenía alejados de una parte del gobierno: el harén. Aunque muchos de nuestros instructores eran eunucos, nada nos decían acerca del funcionamiento interno del harén, ese misterioso mundo definitivamente cerrado para todos los varones persas excepto el Gran Rey… y yo. He pensado muchas veces que mi estancia, relativamente larga, en el harén, fue una enorme ayuda para mi carrera posterior.

Cuando finalmente fui trasladado a las habitaciones de los príncipes reales, había pasado casi tres años en el harén. Me alegro al recordar que logré vivir tanto tiempo en el harén. Habitualmente, un joven noble es apartado de su madre por lo menos tres años antes de la pubertad y enviado a la escuela de palacio. Yo fui una excepción. Por consiguiente, llegué a conocer no sólo a las esposas de Darío, sino también a los eunucos del harén, que trabajan en estrecho contacto con los de las salas primera y segunda de la cancillería.

Demócrito quiere saber qué son esas salas. La primera está situada siempre en la parte posterior del primer patio de cualquier palacio que ocupe el Gran Rey. Cien funcionarios, en largas mesas, reciben la correspondencia y las peticiones enviadas al Gran Rey. Una vez seleccionados estos documentos, los funcionarios de la segunda sala deciden qué se le debe mostrar al Gran Rey o, más probablemente, qué carta o petición se debe entregar a este o a aquel consejero de estado o magistrado. La segunda sala ejerce un enorme poder. Es innecesario decir que está en manos de los eunucos.

Más tarde, Jerjes solía fastidiarme diciendo que yo poseía toda la sutileza y astucia de un eunuco del harén. Yo respondía que si él se hubiese quedado más tiempo en el harén, podría haber aprendido de su madre a gobernar. Entonces reía y se mostraba de acuerdo. Posteriormente, no hubo nada de que reírse.

Debo observar aquí que, hasta el reinado de Darío, las mujeres casadas de la clase gobernante podían mezclarse con los hombres, y no era desusado que una viuda rica, por ejemplo, dirigiera sus propiedades personales como si fuese un hombre. En los tiempos de Ciro, las mujeres no estaban enclaustradas, excepto, claro está, durante la menstruación. Pero Darío tenía ideas distintas. Mantenía a las damas de la corte totalmente alejadas de la vista del público. Naturalmente, los nobles lo imitaban y

también sus esposas eran enclaustradas. Hoy una dama persa no puede ver ni hablar a un hombre que no sea su marido. Una vez casada, no puede volver a ver a su padre ni a sus hermanos, y ni siquiera a sus hijos cuando abandonan el harén.

No sé de cierto por qué Darío alejó tan decididamente de la vida pública a las damas de la corte. Yo sé que las temía políticamente. Aun así, ignoro por qué pensaba que serían menos peligrosas en el confinamiento del harén. En realidad, cuando fueron apartadas de la vista del público, su poder aumentó. En el más perfecto secreto, utilizaban a los eunucos y éstos a ellas. Durante el reinado de Jerjes, muchos de los principales despachos del estado eran controlados por eunucos estrechamente asociados a una u otra de las esposas del rey. Esto no siempre era bueno. Por no decir más.

Pero aun en la estricta era de Darío había excepciones a las normas. La reina Atosa recibía siempre a quien quería: hombre, mujer, niño o eunuco. Curiosamente, en mis tiempos, jamás hubo un escándalo vinculado con ella. Se susurraba que años antes había tenido relación con Demócedes, el médico que le eliminó un pecho. Me inclino a ponerlo en duda. Conocí a Demócedes, y era demasiado inteligente y receloso para meterse en problemas con una esposa del rey.

En su juventud, a Atosa le gustaban más los eunucos que los hombres. Esto sucedía con la mayoría de las mujeres. Después de todo, si un eunuco ha madurado sexualmente antes del momento de su castración, puede tener una erección normal. Los eunucos hermosos son muy disputados por las mujeres del harén. Sabiamente, nuestros Grandes Reyes han ignorado siempre estas cosas: las mujeres son enclaustradas no tanto por su bien moral como para asegurarse de que sus hijos sean legítimos. Lo que haga una mujer con su eunuco, o con otra mujer, de ningún modo importa a su amo, si es cuerdo.

Otra excepción a las reglas del harén era Lais. Como era mi única familia en la corte, ambos nos veíamos regularmente en sus habitaciones, que estaban en el límite exterior del recinto del harén. Lais, una mujer lujuriosa, no se sentía obligada a poseer eunucos y mujeres. Por lo que sé, estuvo dos veces embarazada. Las dos veces abortó, lo cual es un crimen capital en Persia. Pero Lais tiene el coraje de un león. Aunque cualquiera podía haberla denunciado, nadie lo hizo. Ello lo atribuía al hecho de haber encantado, literalmente, a la corte. Quizá fuera así. Ciertamente, hechizó al tirano Histieo, con quien mantuvo una larga relación.

Es curioso, pero no recuerdo mi primer encuentro con la figura más importante de mi vida, Jerjes. Tampoco él pudo nunca recordarlo. Aunque, ¿por qué había de recordarlo? Jerjes era un príncipe real de quien ya se hablaba como del heredero de Darío, en tanto que yo no era noble ni sacerdote, una anomalía en la corte. Nadie conocía mi rango ni sabia qué hacer conmigo. Sin embargo, tuve dos poderosos protectores: Hystaspes y Atosa.

Desde luego, Jerjes y yo nos conocimos ese verano en Ecbatana. Desde luego, debemos de habernos visto en la primera recepción de la corte a la que asistí: el casamiento de Darío con una de sus sobrinas. Siempre recuerdo vívidamente aquella ocasión porque fue allí donde vi, finalmente, al Gran Rey Darío.

Durante semanas el harén había sido un tumulto. Las mujeres sólo hablaban del casamiento. Algunos aprobaban la unión de Darío con su sobrina, una bisnieta de

Hystaspes, de once años. Algunos pensaban que el Gran Rey debía haber desposado, esa vez, a una persona que no perteneciera a la familia imperial. Incesantes —y para mí aburridas— charlas llenaban las tres casas del harén.

Demócrito quiere saber qué eran las tres casas. Creía que todo el mundo sabia que el harén se divide en tres partes. La así llamada tercera casa está ocupada por la reina o por la reina madre. Si hay una reina madre, supera en rango a la reina consorte. La casa siguiente es para las mujeres que el Gran Rey ya ha conocido. En la primera se encuentran las vírgenes, las nuevas adquisiciones a quienes aún se educa en música, danza y conversación.

El día de la boda hubo una exhibición militar ante el palacio. Para mi disgusto, mientras el resto de mis compañeros estaban con el Gran Rey ante las puertas, yo me vi obligado a mirar las maniobras desde el terrado del harén.

Aplastado en medio de una muchedumbre de mujeres y eunucos vi fascinado los intrincados ejercicios de los diez mil inmortales, como se llaman los soldados de la guardia personal del Gran Rey. Bajo el sol, sus armaduras resplandecían como las plateadas escamas de los peces recién cogidos. Cuando arrojaron sus lanzas al unísono, una nube de hierro y madera eclipsó al mismo sol.

Infortunadamente, desde donde yo estaba, con la mejilla apretada contra una columna de madera astillada, no podía ver al Gran Rey, quien se encontraba directamente debajo, protegido por un dosel de oro. Pero veía claramente a la novia. Estaba sentada en un taburete, entre su madre y la reina Atosa. Una niña encantadora, estaba asustada hasta lo indecible por lo que ocurría. De vez en cuando, durante la exhibición militar, su madre o Atosa le decían algo, murmurando. Fuera lo que fuese, no le servia de nada: parecía cada vez más alarmada.

Ese mismo día, más tarde, la boda de Darío y su sobrinita se realizó en privado. Posteriormente, hubo una recepción en el salón principal de palacio, a la que asistí con mis compañeros. En el tiempo de Darío, el ceremonial cortesano se tornó tan complejo que casi siempre algo marchaba mal. En Catay, cuando algún aspecto de una ceremonia se trastorna, se impone recomenzar todo el asunto desde el principio. Si hubiéramos debido observar esa norma en la corte persa, jamás habríamos tenido tiempo de gobernar el mundo.

Atribuyo a la gran cantidad de vino que los persas beben en las ceremonias cierta tendencia a la confusión en la corte. Esto se remonta a los días en que eran un salvaje clan montañés dado a infinitas borracheras. Observa que digo eran y no éramos. Los Espitama somos medos, o todavía más antiguos; y, por supuesto, Zoroastro odiaba la ebriedad. Ésta es una de las razones del resentimiento de los Magos. Los Magos no sólo beben vino, sino también haoma sagrado.

Aún recuerdo la emoción que sentí al ver por vez primera el trono del león sobre su tarima. El respaldo del trono, hecho para el Rey Creso de Lidia, era un león de tamaño natural, con su rostro dorado vuelto hacia la izquierda, brillantes ojos de esmeraldas, y dientes de marfil descubiertos. Una larga cadena sostenía sobre el trono un dosel de oro batido y, en dos elaborados braseros de plata, situados a la izquierda y a la derecha del dosel, ardía el sándalo.

En Ecbatana, en las paredes del apadana —o salón de las columnas— hay tapices colgados que representan acontecimientos de la vida de Cambises. Aunque la

conquista de Egipto aparece con considerable detalle, se omite cuidadosamente la muerte misteriosa del Gran Rey Cambises.

Yo estaba con mis compañeros, a la derecha del trono. Los más próximos eran los príncipes reales. Luego, los hijos de Los Seis, y finalmente los huéspedes del Gran Rey. Yo había sido situado en la línea divisora entre los huéspedes y los nobles, entre Milo y Mardonio, el hijo menor de Gobryas, y la hermana del Gran Rey.

A la izquierda del trono estaban de pie los seis nobles que habían permitido a Darío convertirse en el Gran Rey. Aunque uno de Los Seis originales había sido recientemente ejecutado por traición, se permitía a su hijo mayor representar a su familia, honrada y ennoblecida para siempre.

Como todo el mundo sabe, mientras Cambises se encontraba en Egipto, un Mago llamado Gaumata dijo ser Mardos, hermano de Cambises. Cuando Cambises murió durante el viaje de regreso, Gaumata se apoderó del trono. Entonces, el joven Darío, con ayuda de Los Seis, mató al falso Mardos, se casó con Atosa, viuda de Gaumata y de Cambises, y se convirtió en el Gran Rey. Esto es lo que saben todos.

De Los Seis, me interesaba particularmente Gobryas, un hombre alto, ligeramente encorvado, cuyo pelo y barba estaban teñidos de rojo sangre. Lais me contó más tarde que el peluquero había cometido el error fatal de equivocarse con las tinturas. Es decir, fatal para el peluquero. Fue ejecutado. En gran medida a causa de aquella primera impresión, en cierto modo ridícula, jamás pude tomar tan seriamente a Gobryas como hacían todos los demás.

Me he preguntado con frecuencia qué pensaba Gobryas de Darío. Sospecho que lo odiaba. Ciertamente, lo envidiaba. Después de todo, Gobryas tenía tanto, o tan poco, derecho al trono como Darío. Pero fue Darío quien se convirtió en Gran Rey y eso fue todo. Ahora Gobryas desea que su nieto Artobazanes sea el heredero de Darío, y la corte se encuentra dividida al respecto. Los Seis se inclinan a favor de Artobazanes; Atosa y la familia de Ciro quieren a Jerjes. Como siempre, Darío se mantiene enigmático. La sucesión no está decidida.

Hubo un brusco repique de címbalos y tambores. Las puertas de cedro labrado, situadas frente al trono, se abrieron de par en par y apareció Darío. Llevaba el cidaris, un alto sombrero de fieltro que sólo pueden usar el Gran Rey y el príncipe de la corona. Por debajo del cidaris, Darío tenía la cinta azul y blanca que había pertenecido a Ciro antes de él, a los diez reyes de Media.

Sólo tuve una fugaz vislumbre del Gran Rey mientras me arrojaba al suelo. Los príncipes reales y los nobles superiores permanecían de pie; cada uno hacia luego una profunda reverencia al Gran Rey y besaba su mano derecha. No es necesario decir que, como todos los demás, yo miraba furtivamente al Gran Rey, aunque es un grave delito hacerlo sin su permiso.

Darío tenía entonces treinta y ocho años de edad. Aunque no era alto, era muy bien proporcionado, y sus fuertes piernas se revelaban claramente debido a los ceñidos pantalones rojos que llevaba bajo una túnica morada de Media donde estaba bordado en oro un halcón a punto de atacar. Cuando se acercó al trono, observé que sus zapatos, de cuero teñido de azafrán, estaban abotonados con trozos de ámbar.

En la mano derecha, Darío llevaba una delgada vara de oro, emblema de su poder para conducir el estado. En la mano izquierda traía dos capullos de loto dorado,

el símbolo universal de la inmortalidad.

La barba del Gran Rey, no teñida, era larga y naturalmente rizada, y brillaba como el suave pelaje del zorro rojo, en tanto que el rostro estaba hermosamente adornado. Las líneas oscuras pintadas en torno de los párpados daban brillo a los ojos celestes. Decíase que el legendario Ciro había sido el hombre más hermoso de Persia. Si Darío no lo era, su imagen, mientras avanzaba por entre las veintidós columnas del apadana como un león tras una presa, era ciertamente asombrosa.

Seguían a Darío su copero, con turbante, y el chambelán de la corte, que traía la servilleta personal del Gran Rey y su palmeta para las moscas. Le acompañaban también Hystaspes, el padre de la niña a quien acababa de desposar, y su hijo mayor, Artobazanes, un joven macizo de veinte años, cuya barba era casi tan roja, naturalmente, como la desastrosamente teñida de su abuelo Gobryas. Artobazanes era ya uno de los comandantes de la frontera norte.

Al acercarse al trono, Darío rozó suavemente a Gobryas con el cetro de oro: luego indicó al hombre mayor con un gesto que lo abrazara. Éste era un signo especial de favor. Con los ojos bajos, y los brazos cruzados de modo que cada mano quedaba escondida por la manga opuesta, Gobryas besó a Darío. Apuntemos, de paso, que nadie puede mostrar sus manos ante el Gran Rey, si no es durante la reverencia o cuando se trata de algún asunto corriente que nada tiene que ver con la corte. El motivo es evidente. Como nadie puede presentarse con armas ante el Gran Rey, los cortesanos y los suplicantes son registrados previamente. Y, para mayor seguridad, se les obliga a tener las manos ocultas. Esta antigua costumbre media, como tantas otras, fue adoptada por Ciro.

Al pie del trono del león, Darío dio una palmada. Todos se pusieron de pie, aguardando la enumeración de los títulos del soberano. He asistido muchas veces a esta antigua ceremonia, que probablemente no volveré a presenciar, y siempre me ha emocionado.

Como primero de Los Seis, Gobryas comenzó.

—¡El Aqueménida! —la ruda voz de Gobryas parecía casi hostil; sin duda, era un reflejo inadvertido de sus verdaderos sentimientos.

El siguiente fue Hystaspes:

—¡Gran Rey, por la gracia del Sabio Señor! —gritó. Era un desafío a los Magos que seguían a la Mentira, la mayoría de los que ese día estaban en el salón. Aunque yo no podía verlos desde donde estaba, me dijeron luego que cambiaron señales secretas entre sí al escuchar el nombre del Sabio Señor.

Uno por uno, desde distintos puntos del salón, los hermanos de Darío proclamaron sus títulos. Hystaspes había tenido, de sus cuatro esposas, veinte hijos. Todos ellos vivían en ese momento y estaban, presumiblemente, presentes en Ecbatana. Por fortuna, Darío tenía una buena cantidad de títulos. Después de cada uno, se oía el son de los tambores y los címbalos.

El hermano mayor de Darío exclamó:

—¡Rey de Persia! —Y el hermano menor:

—¡Rey de Media! —Y el siguiente:

—¡Rey de Babel! —Este título fue desechado por Jerjes cuando se vio obligado a disolver para siempre ese antiguo reino. Y luego, desde el otro extremo del salón:

—¡Faraón del Egipto! —Y luego el nombre egipcio de Darío. Como su antecesor, Cambises, Darío pretendía ser la encarnación terrena del dios egipcio Ra, y por lo tanto el legítimo rey-dios de Egipto. Temo que Darío era tan oportunista en materias religiosas como Ciro. Pero Ciro nunca reconoció haber recibido el mundo como un don del Sabio Señor; y Darío había declarado públicamente que, de no haber sido por el Sabio Señor, no habría sido jamás Gran Rey. Luego Darío dijo a los egipcios que Ra era un dios mayor que el Sabio Señor. Me alegra decir que logré convencer a Jerjes de que omitiese el titulo de faraón. Por consiguiente, Egipto es hoy una satrapía como cualquier otra, y esos diabólicos dioses-reyes del valle del Nilo han desaparecido para siempre.

Uno por uno fueron proclamados los títulos de Darío. Triunfalmente. ¿Por qué no? Entre Ciro y Darío habían logrado que la mayor parte del mundo fuera persa, y no hay quien no sepa que el Gran Rey no sólo es rey de muchos, sino de todo el mundo a lo ancho y a lo largo.

Para sorpresa general, fue el hijo mayor de Darío, Artobazanes, quien dio un paso adelante y pronunció en voz baja el titulo más singular:

—Rey de reyes.

El hecho de que Artobazanes hubiese sido elegido para recitar, aunque fuera en voz baja, el título principal, fue interpretado como un signo de favor peculiar, y la causa de la reina Atosa sufrió inmediatamente una postergación.

Miré a Gobryas. Sombríamente, entre sus patillas rojo fuego, sonreía.

Luego el Gran Rey se sentó en el trono del león.

Lais inició su relación con Histieo poco después de que nos estableciéramos en el palacio de Ecbatana. Histieo era un hombre moreno, de ceño siempre fruncido. No puedo decir que me haya gustado nunca. Era un ser muy infortunado que difundía a su alrededor la tristeza de manera agresiva. Naturalmente, no le faltaba ninguna razón para ser infortunado. En la cumbre de su gloria como tirano de Mileto, se le ordenó retornar a Susa como huésped del Gran Rey. Es decir que se le hizo prisionero. Mientras tanto, la opulenta ciudad de Mileto era gobernada por su yerno Aristágoras.

Cuando Lais recibía a un hombre, lo hacia siempre acompañada por dos eunucos. Como los dos eunucos de Lais no sólo eran muy ancianos, sino también extraordinariamente feos, ella confiaba en que ese acto de discreción evidente tornara su viudez totalmente respetable a los ojos de las mujeres del harén. En verdad, Lais no necesitaba preocuparse por su reputación. Desde el comienzo, la corte la consideró siempre una extraña, y jamás se le aplicaron las leyes corrientes del harén. Era, después de Atosa, la mujer más libre de la corte. A nadie le importaba lo que hiciera, puesto que no tenía ninguna relación con el Gran Rey. Lais, por otra parte, tuvo cuidado de no oponerse a ninguna de las esposas. Y, como madre del nieto de Zoroastro, ocupaba en la corte una especie de puesto religioso, que a veces sentía la tentación de explotar. Le encantaba usar ropas misteriosas, que no eran griegas ni persas. En público afectaba un aire extraterreno; en privado hacía saber que estaba dispuesta, por dinero, a trazar horóscopos, o combinar filtros amorosos o venenos de acción lenta. Era muy popular.

En Ecbatana, Histieo tenía la cabeza afeitada en señal de duelo por Síbaris, una ciudad estrechamente asociada con Mileto. Aquel mismo año Síbaris había sido totalmente destruida por el ejército de Crotona.

Enfurruñado, se sentaba en una silla de madera frente al taburete plegable al que se encaramaba Lais en su pequeño patio, mientras los decrépitos eunucos dormitaban al sol. Ocasionalmente se me permitía permanecer con ellos. Se suponía que mi presencia podía prestar un aire de respetabilidad a sus encuentros. Yo no veía frecuentemente a Lais. Pasé la mayor parte de aquel primer verano en Ecbatana con los príncipes reales, mientras me instruían como soldado.

—Es una suerte que asistas a la escuela aquí. —Histieo siempre hacia el esfuerzo de hablarme—. Luego no habrá tarea que no seas capaz de cumplir.

—El ya tiene una tarea encomendada. Debe ser la cabeza de la orden de Zoroastro, y el sumo sacerdote de toda Persia.

En aquellos días, Lais se dedicaba a asegurar para mí ese alto, indeseado y, desde luego, totalmente imaginario título. No hay ningún sumo sacerdote de Zoroastro. No somos una casta sacerdotal, sino una orden.

—Pero si él no lo quiere, podrá ser sátrapa, consejero de estado, o cualquier otra cosa. —Histieo sentía el típico desdén de los jonios por todas las religiones—. Pero, hagas lo que hagas en la vida —continuó gravemente—, no olvides nunca la lengua de tu madre.

Como siempre hablábamos en griego con Histieo, éste parecía un consejo

innecesario.

—Hablo en griego con Milo —dije, para ayudarle—. No deberíamos hacerlo, pero lo hacemos.

—¿Milo, el hijo de Tesalo?

Asentí.

—Es mi mejor amigo.

—Yo he hecho todo lo que estuvo a mi alcance por esa familia. —Histieo parecía más sombrío que nunca—. Le he dicho al Gran Rey que debería enviar una flota a Atenas antes de que los viejos terratenientes llamen al ejército espartano, como harán. Ciertamente, vale más ayudar a Hipias ahora, mientras aún es el tirano, que esperar hasta que sea demasiado tarde. Persia debe actuar ya, pero infortunadamente… —Histieo se interrumpió. No podía criticar directamente al Gran Rey—. Me he ofrecido a ir personalmente, como almirante. Pero… —hubo una larga pausa. Escuchamos el suave ronquido de los eunucos. Lais y yo sabíamos, como todos, que Darío no confiaba en Histieo ni quería que se apartara de su vista.

Llegó entonces Demócedes. Siempre decía que le estaba enseñando medicina a Lais. Sospecho ahora que ella le estaba enseñando magia, si es que las dos cosas no son la misma. Cuando el tirano de Samos fue condenado a muerte por el sátrapa persa de Sardis, su médico Demócedes fue reducido a la esclavitud. Más tarde, cuando Darío visitó Sardis, cayó de su caballo y se desgarró los músculos del pie derecho. A pesar de haber pasado su vida en los campos, el Gran Rey no era un buen jinete.

Llamaron a los médicos egipcios. A consecuencia de sus elaborados remedios y sus melodiosos cantos, el pie derecho de Darío quedó totalmente tullido. El Gran Rey estaba furioso.

Alguien recordó entonces que el famoso médico Demócedes trabajaba en un depósito de Sardis, como esclavo. Ahora bien, Demócedes era un hombre astuto y, además, valiente. Si Darío descubría que era un gran médico, jamás podría comprar su libertad y retornar a Crotona, en Sicilia. Cuando lo encontraron, expresó su total ignorancia de la medicina.

—No soy yo —declaró—. Es otro Demócedes.

Darío ordenó que trajeran pinzas y hierros candentes. El atrevimiento inicial cedió su lugar a la astucia, y Demócedes aceptó al paciente. Hizo dormir a Darío durante dos días, mientras él masajeaba el pie y ejercía su arte. Al tercer día, Darío estaba curado y empezaban a cumplirse los temores de Demócedes. Fue designado médico de toda la familia imperial.

Se le concedió incluso el privilegio de visitar a las mujeres en el harén a cualquier hora del día o de la noche, sin la presencia de eunucos.

Demócedes salvó la vida de la reina Atosa. Cuando empezó a difundirse un tumor grande y doloroso en uno de sus pechos, Demócedes lo extirpó limpiamente. Para sorpresa de todo el mundo, Atosa se recobró. El resentimiento de los médicos egipcios sólo era igualado por el de las demás esposas del Gran Rey.

Aunque no le placía la pérdida de un pecho, Atosa comprendió que si hubiera seguido la cura habitual de los egipcios (un ungüento de leche de yegua, veneno de serpiente y polvo de marfil, que mata al paciente con más rapidez que una espada), habría muerto. El hecho de que pudiera vivir hasta la ancianidad cambió no solamente

mi vida —poca cosa—, sino también la del mundo, un asunto muy importante. Si Atosa hubiese muerto, su hijo Jerjes no habría sucedido a su padre. No es ningún secreto que Jerjes llegó al trono únicamente por obra de su madre.

Un hecho curioso. Cuando a Atosa le quitaron el pecho, le crecieron pelos en la cara. Aunque se los quitaba todos los días con depilatorios egipcios, los pelos volvían a crecer. Finalmente, empezó a cubrirse el rostro con un esmalte de plomo blanco para ocultar el rojo crudo que dejaban los depilatorios. El resultado era sumamente extraño. Mi madre decía siempre que, después de la mutilación, Atosa era más hombre que mujer.

Poco después de salvar la vida de Atosa, Demócedes logró ser enviado a Italia al servicio del Gran Rey. En Tarento cambió de barco, se dirigió rápidamente a Crotona, su ciudad natal, donde desposó a la hija de Milo, el luchador griego más famoso del mundo y… ganador también de los Juegos Olímpicos. Este mismo Milo fue el general que mandaba el ejército que destruyó Síbaris.

La vida en su Crotona natal aburrió pronto a Demócedes. Después de todo, había pasado la mayor parte del tiempo en brillantes cortes. Había servido a Pisistrato en Atenas, a Polícrates en Samos y al Gran Rey en Susa. Estaba acostumbrado a la vida palaciega. No podía soportar la existencia provinciana. Mansamente, Demócedes preguntó a Darío si podía regresar a Susa con su esposa. El Gran Rey lo perdonó, satisfecho, y Demócedes retornó a Persia, donde fue honrado por todo el mundo, excepto por su antigua amiga Atosa. Esta no soportaba a la esposa de Demócedes, lo cual era extraño. Como la joven nunca logró hablar más que unas pocas palabras en persa, no era posible que hubiese molestado verbalmente a la reina. Lais piensa que Atosa sentía celos. Si éste era el caso, entonces el rumor de que había tenido una relación con el médico que le había extirpado el pecho debía de ser cierta.

Demócedes se inclinó ante el antiguo tirano de Mileto, y ambos hombres se besaron en los labios, como hacen los persas cuando saludan a un amigo que es también un igual. A un amigo de rango inferior solamente se le ofrece la mejilla. En términos estrictos, Histieo debía haberse limitado a ofrecer la mejilla, porque, como tirano de Mileto, superaba en rango a Demócedes. Pero los huéspedes griegos del Gran Rey tienden a ignorar diferencias de rango. Demócedes era también un entusiasta partidario de Hipias.

—Conozco a Hipias desde que era un muchacho. Siempre fue una persona muy especial. Es a la vez justo y profundo. Una combinación rara en un tirano. —Demócedes mostró una sonrisa sin dientes—. En nuestros tiempos, sólo Atenas y Mileto son felices con sus tiranos.

—Eran felices. —Histieo era como una oscura nube de tormenta—. ¿Has hablado de Hipias con el Gran Rey?

—He tratado. Pero Grecia no le interesa. No habla de otra cosa que de la India y de los países situados al oriente del oriente.

—La India está a un mundo de distancia de Persia. —Histieo añadió agua al vino que Lais le había servido—. Pero basta con cruzar el mar para ir de Mileto a Atenas.

Demócedes asintió.

—Y basta con cruzar el mar para ir de Grecia a Italia. Como todos saben, fui

enviado a Crotona a preparar el camino del Gran Rey. Pero él no vino y yo regresé. —Era un disparate. Pero Demócedes no podía, realmente, admitir que había huido del servicio del Gran Rey. Oficialmente, su deserción había sido descrita siempre como una misión diplomática altamente secreta para la segunda sala de la cancillería.

—El Gran Rey no tiene ambiciones en el oeste.

Demócedes tosió largamente, cubriéndose con un trozo de tela. Pocas veces he conocido a un buen médico que no estuviese constantemente enfermo.

—Excepto por Samos —dijo Histieo. Las arrugas del ceño desaparecieron por un instante mientras alzaba las cejas—. Que es una isla griega y se encuentra al oeste.

—Polícrates, un hombre difícil. —Demócedes estudió la tela buscando huellas de sangre. También yo miré. Todos lo hicieron. Pero no había sangre, una ligera decepción para todos, menos para Demócedes—. Yo logré entenderme con él. Por supuesto, muchos lo encontraban…

—Traicionero, vanidoso, necio —dijo Lais.

—Siempre olvido que también tú estabas en la corte de Samos. —Demócedes sonrió. Tenía tres dientes inferiores implantados en unas pálidas encías, y ningún diente superior. Antes de comer se colocaba un trozo de madera tallado de tal forma que se adaptaba a su paladar. Así lograba masticar, más bien lentamente, todo lo que no fuera una carne dura o el pan más consistente. Ahora que soy viejo, pienso mucho en los dientes, y en lo que significa su ausencia—. Sí, sí. Te recuerdo con tu padre, cuando niño. Él era de Tracia, ¿verdad? Sí, naturalmente. El rico Megacreón. Minas de plata. Así es.

—Conocí a mi marido en la corte de Polícrates —dijo Lais, con expresión triste—. Es lo único bueno que recuerdo de aquellos días. Yo odiaba Samos. Y a Polícrates también. No era más que un pirata. Llegó a decirle a mi padre que, cuando devolvía a sus amigos los cargamentos que él les había robado, ellos quedaban más contentos que si nunca se los hubiera robado.

—Era un pirata —reconoció Demócedes—. Pero era también un espléndido personaje. Recuerdo un momento en que la corte de Samos era aún más resplandeciente que la de Pisístrato. ¿Recuerdas a Anacreonte? ¿El poeta? Era anterior a tu época, me parece. Vivía en la oscura Tracia antes de venir a Samos.

—Anacreonte vivía —respondió Lais con firmeza— en Abdera. En la Abdera griega.

Los dos hombres rieron. Demócedes se inclinó ante Lais.

—Vivía en la iluminada Tracia hasta que fue a Samos. Luego se trasladó a Atenas. Era el favorito del pobre Hiparco. Fue una triste historia, ¿no es verdad? De todos modos, debemos reconocer una cosa a Polícrates: siempre miró hacia el oeste. Era un verdadero señor del mar.

—Sí —repuso Histieo, elevando nuevamente las cejas—, un señor del mar que deseaba ser señor de todas las islas, sin excepción.

Demócedes se volvió hacia el antiguo tirano.

—Quizá debieras hablar de las islas con el Gran Rey. Después de todo, a Darío le agradó apoderarse de Samos. Le dio aún más felicidad apoderarse de la flota samia. Pero si tienes a tu disposición una espléndida flota… —Demócedes se interrumpió, mirando a Histieo.

—Cuando yo todavía estaba en Mileto —Histieo hablaba casi como en sueños—, podría haber conquistado Naxos fácilmente.

Demócedes asintió.

—Una isla hermosa. Suelo fértil. Gente robusta.

Los dos hombres cambiaron una mirada.

Así empezaron las guerras griegas.

Cuando niño, mientras escuchaba a los adultos, no comprendía el sentido de estos intercambios crípticos. Años más tarde supe cómo aquellos dos griegos, casi ociosamente, iniciaron una conspiración, que tendría éxito, para envolver al Gran Rey en los asuntos de Grecia.

Pero ésta es una visión posterior. En aquel momento, me interesaba más oír hablar a Demócedes del hacedor de maravillas: Pitágoras.

—Lo conocí en Samos —dijo el viejo médico—. Era todavía joyero, como su padre, que fue joyero privado de Polícrates hasta que riñeron. Antes o después, todo el mundo tenía problemas con Polícrates. De todos modos, Pitágoras era… es… lo vi de nuevo cuando estuve en Crotona… un hombre extraordinario. Con ideas muy extrañas. Cree en la transmigración de las almas…

Aunque los niños persas no deben hacer preguntas a los adultos, a mí me lo permitían, hasta cierto punto.

—¿Qué es la transmigración de las almas? —pregunté.

—¡Cómo se parece a su abuelo! —exclamó Lais ante esa pregunta perfectamente banal. Lais aludía constantemente a mi supuesto parecido con Zoroastro.

—Significa que después de la muerte el alma entra en otro cuerpo —respondió Demócedes—. Nadie sabe de dónde viene esta idea…

—De Tracia —dijo Histieo—. Todas las locas ideas de las brujas vienen de Tracia.

—Yo —respondió firmemente Lais— soy tracia.

—Entonces sabes perfectamente qué quiero decir. —Histieo casi sonreía.

—Yo sé que nuestra tierra es la más próxima al cielo y al infierno —dijo Lais, con su voz especial de bruja—. Así lo cantó Orfeo cuando descendió al interior de la tierra.

Dejamos pasar eso. Demócedes continuó:

—No sé de dónde proviene esa idea de Pitágoras. Pasó uno o dos años en los templos de Egipto. Quizá lo haya oído allí. No lo sé. Los rituales egipcios impresionan mucho a la gente susceptible. Afortunadamente, no lo soy. Él sí. También creo recordar que Polícrates le había dado una carta para su amigo el faraón. Era el viejo Amasis. Por lo tanto, Pitágoras debe de haber visto los rituales secretos que nadie ve ni oye. Pero luego Cambises atacó Egipto, Amasis murió y el pobre Pitágoras cayó prisionero. Aunque repetía que era amigo del tirano Polícrates, los persas lo vendieron a un joyero de Babilonia. Por suerte, era un hombre indulgente. Permitió que Pitágoras estudiara con los Magos…

—Nada bueno —dijo secamente Lais.

—Los sabios se apoderan de todo lo que encuentran, aun en los lugares menos probables. —Demócedes tenía a veces mentalidad práctica—. De cualquier

modo, Pitágoras era un hombre diferente cuando finalmente logró comprar su libertad y regresar a Samos. Se quedó conmigo, y no en la corte. Me dijo que había aprendido a leer y escribir los jeroglíficos egipcios. También había aprendido persa. Tenía nuevas teorías acerca de la naturaleza y el ordenamiento de lo que él llamaba universo.

Sí; fue Pitágoras quien acuñó esa palabra que ahora los sofistas usan mil veces por día aquí en Atenas, ignorando las sutilezas que el inventor de la palabra conocía.

Pitágoras, a mi entender —aunque, ¿quién entiende la compleja totalidad de su pensamiento?—, pensaba que la unidad era la base de todas las cosas. Del uno, la unidad, deriva el número. De los números, los puntos. De los puntos, las líneas de conexión. De las líneas, los planos; y de éstos, los sólidos. Y de los sólidos, los cuatro elementos: el fuego, el agua, la tierra, el aire. Estos elementos se reúnen y forman el universo, que está constantemente vivo y en movimiento. Una esfera que contiene en su centro una esfera más pequeña: la tierra.

Pitágoras creía que, entre todos los sólidos, la esfera es el más hermoso; y que de todas las figuras planas, la más sagrada es el círculo, donde todos los puntos están unidos y no hay principio ni fin. Jamás he podido desentrañar sus teoremas matemáticos. Demócrito me dice que él los comprende. Me alegra mucho que así sea.

Demócedes contó también cómo Polícrates había disputado con Pitágoras y ordenado a sus arqueros que lo arrestaran.

—Afortunadamente, logré inducir al ingeniero jefe de Polícrates a que lo escondiera en el túnel que estaban construyendo junto a la ciudad. Y una noche oscura llevamos a Pitágoras a bordo de un barco que partía hacia Italia. Yo le di una carta para mi viejo amigo, ahora mi suegro, Milo de Crotona…

—El destructor de Síbaris. —Histieo estaba nuevamente ceñudo. El tal Milo era un auténtico destructor. Después de derrotar a los ejércitos sibaritas, desvió el curso de un río para que toda la ciudad desapareciera bajo sus aguas.

—¿Qué puedo decir? —Demócedes se mostró cortés—. He conocido a Milo desde su infancia. Soy lo bastante viejo como para ser su abuelo. Cuando triunfó en su primera lucha en los Juegos Olímpicos…

Demócrito piensa que la destrucción de Síbaris ocurrió varios años más tarde. No lo creo. Pero debo señalar que, cuando reconstruyo una conversación de hace sesenta años, seguramente mezclo varias reuniones.

Durante varios años oí hablar de Pitágoras a Demócedes. Esto significa que mi informe siempre es preciso, en el sentido de que repito exactamente lo que me dijeron. La cronología es otra cosa. Yo no llevo anales. Sólo sé con seguridad que escuché el nombre de Pitágoras, por primera vez, durante mi primer verano en Ecbatana. Y lo que tiene aún mayor importancia: el mismo día oí a Histieo y a Demócedes hablar de Polícrates, el señor del mar. A causa de ciertos intercambios de miradas, y de algunos silencios cargados de significado, comprendí posteriormente que fue en esa reunión donde los dos hombres unieron sus fuerzas para implicar a Darío en las luchas del mundo griego. Su política consistió en tentar al Gran Rey con el único título que le faltaba, el de señor del mar. Y también hicieron lo posible para convencerle de que apoyara al tirano Hipias, con la guerra si era necesario. Y la guerra llegó a ser necesaria, a causa en gran medida de la ociosa connivencia de dos griegos,

en Ecbatana, un día de verano.

—Tu mujer me ha dicho que Pitágoras ha construido una escuela en Crotona. —A Lais le agradaba mucho la mujer de Demócedes, puesto que no constituía ninguna amenaza—. Allí va a estudiar gente de todas las partes del mundo.

—No es exactamente una escuela. Es más bien… Bueno, él y otros hombres sagrados tienen una casa donde todos viven de acuerdo con lo que él llama una vida justa.

—No comen frijoles. —Histieo se permitió una risa. Hasta hoy, la forma más segura de hacer reír a un auditorio ateniense consiste en mencionar la prohibición de comer frijoles formulada por Pitágoras. Los atenienses consideran maravillosamente divertido este tabú, particularmente si el actor cómico griego acompaña el chiste con una serie de sonoros pedos.

—Cree que los frijoles contienen almas de hombres. Y, después de todo, se parecen a fetos humanos. —Demócedes hablaba siempre como un hombre de ciencia; no había una noción acerca de la creación que, al menos, no considerara seriamente—. Pitágoras se niega también a comer carne, por temor a devorar inadvertidamente a un antepasado o un amigo cuya alma haya penetrado casualmente en ese preciso animal.

—¿Durante cuánto tiempo —pregunté— cree Pitágoras que las almas pasan de una a otra criatura?

Los dos griegos me miraron con verdadera curiosidad. Yo había formulado una pregunta esencial. Durante un instante no fui un muchacho, sino el heredero de Zoroastro.

—No lo sé, Ciro Espitama. —Demócedes pronunció mi nombre con la debida reverenda.

—¿Hasta el final del tiempo del largo dominio? ¿O hasta un momento anterior? —Estaba auténticamente fascinado por lo que era, para mí, una concepción asombrosamente nueva de la muerte, el renacimiento y… ¿qué más?— Ciertamente, nada puede nacer después del final del tiempo infinito.

—No puedo hablar desde el punto de vista… quiero decir, de la verdad de Zoroastro. —Demócedes no deseaba cuestionar la religión del Gran Rey—. Sólo puedo decir que, según Pitágoras, la finalidad de la vida de cada hombre debería residir en la liberación de la chispa de la deidad que mora en él para que pueda reunirse con el conjunto del universo, al que imagina como una especie de éter viviente, en movimiento, como un todo perfecto y armonioso.

—Soy hija de la tierra y del cielo estrellado —anunció Lais. Escuché con impaciencia mientras ella cantaba un himno a la creación, muy largo y misterioso, de las brujas de Tracia.

Cuando hubo concluido, Demócedes agregó:

—Las enseñanzas de Pitágoras tienen por finalidad la ruptura del ciclo constante de la muerte y el renacimiento. Piensa que esto se puede lograr mediante la abnegación, el ritual, la purificación mediante la dieta, y el estudio de la música y las matemáticas. Sea o no cierta esta doctrina, gracias a él y a su escuela Crotona controla hoy la mayor parte del sur de Italia.

—No es ésa la razón —respondió Histieo—. Harías mejor en agradecer eso a tu suegro Milo. Es un gran soldado. —Teniendo en cuenta que era griego, Histieo era

notablemente indiferente a la filosofía, palabra inventada por Pitágoras para describir el verdadero amor a la sabiduría.

Había sido también Pitágoras, con la ayuda de Demócedes (eso me dijo Demócedes), quien estableciera que el cerebro humano era el centro de nuestro pensamiento. No conozco la prueba de esta teoría, ni la comprendería si la conociera. Pero creo que es verdad. Solía discutir esto con los habitantes de Catay, para quienes el estómago es el centro de la mente, ya que el estómago, como se observa por el gorgoteo de sus vientos, es más sensible que cualquier otra parte del cuerpo. Demócrito dice que ya he dicho esto antes. Debes soportarme. Además, la repetición es el secreto del proceso de aprendizaje.

—Atribuyo el éxito de Crotona a la virtud de sus habitantes. —Demócedes tosió ante su pañuelo—. Creen que su maestro es un dios, y me parece probable que lo sea.

—¿Y él mismo lo cree? —Histieo iba al centro de la cuestión.

Demócedes sacudió la cabeza.

—Pitágoras cree, según pienso, que todos compartimos un cosmos único, y que cada uno participa de la divinidad. Pero no podemos reunirnos con el todo hasta que nos liberemos de la carne, que es nuestra tumba.

—¿Por qué? —preguntó Lais.

—Porque es preciso trascender el dolor de este mundo, la sensación de cosa incompleta…

—Orfeo descendió al infierno —dijo Lais, como si estuviese formulando una respuesta relevante. Tal vez fuese así. Nunca he sabido gran cosa acerca del culto de Orfeo. Era un tracio que bajó al infierno a reclamar a su esposa muerta. Él regresó, pero no ella. Los muertos tienden a no retornar. Posteriormente, Orfeo fue despedazado, supongo que por impiedad.

El culto de Orfeo siempre ha sido popular en el norte, y en particular en Tracia, una tierra habitada por las hechiceras. Luego el culto empezó a extenderse a todo el mundo griego. Por lo poco que sé del orfismo, me inclinaría a creer que sólo es una burda variación de la hermosa leyenda, verdaderamente antigua, del héroe Gilgamés. También él descendió al infierno para buscar a Enkidu, su amante muerta. No, Demócrito; Gilgamés no era griego. Era un héroe que, como la mayoría de los héroes, quería demasiado. No había nada que pudiera vencer a Gilgamés, salvo la nada misma, la muerte. El héroe quería vivir eternamente. Pero ni siquiera el glorioso Gilgamés podía invertir el orden natural. Cuando aceptó esta última verdad, alcanzó la paz… y murió.

Conocí en Babilonia la historia de Gilgamés. En una época, Gilgamés era una figura de culto mundial. Hoy ha caído en un considerable olvido, salvo en Babilonia. El tiempo del largo dominio es verdaderamente muy largo. El problema de los griegos es que no tienen idea de lo antigua que es la tierra. No comprenden, según parece, que todo cuanto ocurrirá ya ha ocurrido, excepto el fin. En la India piensan que el fin también ha acaecido, y que llega una y otra vez a medida que se apagan (y vuelven a encenderse) los ciclos de la creación.

Demócrito juzga conveniente instruirme acerca del orfismo. Aparentemente, también ellos creen en la transmigración de las almas, un proceso que sólo concluye

cuando, mediante los rituales y cosas similares, el espíritu se purifica. Te lo concedo, Demócrito; después de todo, has nacido en Tracia. También me has convencido de que Lais, a pesar de su familiaridad con las artes ocultas, jamás ha comprendido el culto de Orfeo.

—No sé con seguridad si Pitágoras manifiesta haber visitado el Hades, pero me contó una extraña historia. —Demócedes parecía levemente turbado, como si no le agradara mucho lo que iba a contarnos—. Poco después de su regreso de Babilonia, caminábamos por el nuevo muelle que acaba de construir Polícrates. De repente, Pitágoras se detuvo y bajó la cabeza hacia mí. Es mucho más alto que yo. «Puedo recordar», dijo. «Puedo recordarlo todo». Yo no sabia de qué hablaba. «Todo, ¿acerca de qué?», pregunté. «De mis vidas anteriores», respondió. Y agregó, en tono persuasivo, que en una encarnación anterior había sido el hijo del dios Hermes y de una mujer mortal. Hermes amaba tanto a ese hijo que le ofreció darle cualquier cosa que deseara, excepto la inmortalidad. Sólo los dioses son inmortales. Y el muchacho pidió lo mejor que había después de la inmortalidad: «El recuerdo de qué y quién he sido en mis vidas anteriores, en cada nueva encarnación». Hermes aceptó.

—Y ahora —continuó Pitágoras—, puedo recordar cómo era ser un ave, un guerrero, un zorro, un argivo en Troya. He sido, soy y seré todas esas cosas hasta que vuelva a unirme con el todo.

Me impresionó profundamente lo que dijo Demócedes, y muchas veces lamenté no haber conocido a Pitágoras. Cuando fue expulsado de Crotona por un grupo rival, se refugió en un templo de Metaponto donde se dejó morir de hambre lentamente. Como yo tenía entonces veinte anos, podría haber ido a verlo. Dicen que recibió visitantes hasta el fin. Suponiendo que fuera el fin. En caso contrario, quizás esté andando hoy por las calles de Atenas, con la mente llena de recuerdos de mil vidas anteriores.

Demócrito me dice que hay una escuela pitagórica en Tebas, hasta hace poco presidida por un crotoniense llamado Lysis. Demócrito está muy conmovido por algo que, según se cree, ha dicho Lysis: «Los hombres deben morir porque no pueden unir el principio con el fin».

Sí, eso es verdaderamente sagaz. La vida del hombre se puede dibujar como una línea recta descendente. Pero cuando el alma, o el fragmento del fuego divino que hay en cada uno de nosotros, se reúne con la fuente original de la vida, entonces se logra la forma perfecta; lo que era una línea recta es ahora un círculo, y el principio se une con el fin.

Debo decir aquí que, en mi infancia, no era en modo alguno un prodigio. Ciertamente no querría dar la impresión de que era un profeta, o un hacedor de maravillas, o un filósofo, a edad temprana, ni tampoco a ninguna edad. Mi destino es haber nacido Espitama y, en suma, no puedo pretender que mi lugar en el mundo no haya sido siempre placentero, a pesar de la constante hostilidad de los Magos que siguen a la Mentira, una hostilidad sobradamente compensada por la amabilidad demostrada por los tres Grandes Reyes: Darío, Jerjes, Artajerjes.

Aunque mi mente nunca se ha inclinado mucho a la religión o la magia, poseo una naturaleza especulativa. También me siento obligado a examinar otras religiones o sistemas de pensamiento, para saber en qué medida se alejan del camino de la

Verdad, que me ordenaron seguir desde el nacimiento.

En el curso de una larga vida me ha sorprendido hallar, en otras religiones, elementos que solía considerar revelaciones especiales del Sabio Señor a Zoroastro. Comprendo ahora que el Sabio Señor puede hablar en todos los lenguajes del mundo; y en todos ellos sus palabras rara vez son comprendidas o confirmadas con acciones. Pero no varían. Porque son verdaderas.

# 8

Durante la infancia viví dos vidas: una religiosa, en mi hogar, con Lais y los Magos que seguían a Zoroastro, y otra en la escuela. Era más feliz en la escuela, en compañía de mis exactos contemporáneos, Jerjes y su primo Mardonio, el hijo de Gobryas. Con la excepción de Milo, todos mis compañeros de clase eran persas. Por alguna razón, los hijos de Histieo no fueron jamás admitidos en la primera sección. No creo que esa exclusión agradara a un hombre tan ambicioso.

Nuestro entrenamiento militar era duro, pero me gustaba, aunque sólo fuera porque allí no había Magos. Nuestros maestros eran los mejores de los inmortales. Es decir, los mejores soldados del mundo.

Esa mañana, en que por vez primera tuve conciencia de Jerjes, es para mí más vívida que esta mañana de hoy. Pero entonces era joven. Podía ver. ¿Ver qué? El sol como una fuente de oro contra el cielo azul y blanco. Los bosques de cedros verde oscuro. Las altas montañas nevadas. Los campos amarillos donde pastan venados de color castaño. La infancia es toda color. ¿La vejez? La ausencia de color. De toda visión, para mí.

Iniciamos la marcha del día antes de la salida del sol. Marchábamos de a dos; todos llevábamos una lanza. Por alguna razón, yo iba con Jerjes. Él no me prestaba atención. No es necesario decir que yo lo examinaba atentamente. Como hijo del harén que era, yo sabia que si el partido de Atosa prevalecía sobre el de Gobryas, algún día seria Gran Rey.

Jerjes era un muchacho alto, de ojos gris claro bajo unas oscuras cejas que se unían en una línea recta. En sus mejillas rojizas crecía, a pesar de su juventud, una barba rizada. Era sexualmente precoz.

Si Jerjes tenía alguna conciencia de su destino, no lo demostraba. Sus maneras eran, ni más ni menos, las de uno de los muchos hijos del Gran Rey. Tenía una sonrisa encantadora. A diferencia de la mayoría de los hombres, conservó todos sus dientes hasta el fin.

No le hablé, ni él a mí.

A mediodía nos ordenaron descansar junto a un arroyo del bosque. Se nos permitía beber agua, pero no comer. Por alguna razón, en lugar de echarme en la hierba con los demás, avancé hacia el bosque. Las hojas de laurel se apartan bruscamente. Veo el hocico y los amarillentos colmillos curvados. Me quedo congelado, lanza en mano, incapaz de moverme mientras el enorme cuerpo cerdoso se abre paso a través del follaje.

El jabalí me huele y retrocede. Sin duda, está tan alarmado como yo. Pero de repente, con un extraño movimiento circular, la bestia gira y carga.

Me veo lanzado al aire. Antes de regresar al suelo, comprendo que todo el aire ha escapado de mi pecho.

Creí que estaba muerto, pero luego advertí que, si bien no podía respirar, podía oír: oí un grito casi humano del jabalí mientras Jerjes le clavaba profundamente la lanza en el cuello. Logré aspirar las primeras irregulares bocanadas de aire cuando el jabalí ensangrentado regresaba al laurel, donde trastabillaba, caía, mona.

Todos corrían a felicitar a Jerjes. Nadie me prestaba la menor atención. Afortunadamente, no estaba herido. En verdad, sólo Jerjes pensó en mi.

—Espero que estés bien. —Me miró y sonrió.

Yo alcé la vista y dije:

—Me has salvado la vida.

—Lo sé —respondió concretamente.

Como hubiésemos podido decir tantas cosas al respecto, ninguno de nosotros habló más y ni siquiera volvió a mencionar el episodio.

A lo largo de los años he tenido ocasión de observar que, cuando un hombre salva la vida de otro, suele abrigar ciertos sentimientos de propiedad hacia él. No puedo explicar de ninguna otra manera por qué Jerjes me eligió como su amigo particular. Poco después de nuestra aventura del bosque me trasladé, ante su insistencia, a las habitaciones de los príncipes.

Visitaba con frecuencia a Lais, pero ya no vivía con ella. Estaba encantada de mi amistad con Jerjes, o, por lo menos, eso decía. Años más tarde me confesó que esa amistad le había preocupado.

—En aquellos días todos pensaban que Artobazanes sería el sucesor de Darío. Y, en ese caso, Jerjes hubiera sido ejecutado con todos sus amigos.

No creo ahora haber tenido conciencia de ningún peligro. Jerjes era un compañero maravilloso. Todo le era fácil. Era un experto jinete, diestro en el uso de toda clase de armas. Aunque no le interesaban mucho las lecciones de los Magos, podía leer con cierta facilidad. No creo que supiera escribir.

Todos los años, cuando llegaba la estación, acompañábamos al Gran Rey de Susa a Ecbatana, luego a Babilonia y por fin de vuelta a Susa. Jerjes y yo preferíamos Babilonia a las demás capitales. a qué joven no le ocurría lo mismo?

Nuestras vidas de estudiante estaban totalmente sujetas al control de oficiales del ejército, Magos y eunucos. Por otra parte, la corte era la corte en todas las ciudades, y también la escuela de palacio. No teníamos más libertad que los esclavos de las minas de plata de mi abuelo. Sin embargo, teníamos conciencia de que en Babilonia había una vida verdaderamente excitante más allá de los estrictos límites de la corte de Darío. Jerjes, Mardonio y yo nos preguntábamos ansiosamente cómo sería visitar la ciudad cuando la corte no estaba en Babilonia. A los diecinueve años esa ansiedad halló respuesta.

Mardonio era un joven de rápida inteligencia que parecía agradar mucho a Darío. Digo parecía porque nadie supo nunca qué pensaba realmente Darío de otra persona. Era un consumado manipulador de hombres, con un encanto extrañamente brutal. El Gran Rey era también el más inescrutable de los hombres y casi nadie sabía con exactitud cuál era su parecer hasta que era demasiado tarde. Ciertamente, a Darío le importaba que el padre de Mardonio fuera Gobryas, un rival en potencia y, en el mejor de los casos, un hombre difícil. Por consiguiente, Darío se mostraba muy indulgente con el padre y con el hijo.

El día del aniversario del Gran Rey, éste, en presencia de los miembros y entenados de la familia real, unge su frente según el ritual y concede un deseo a quienes le agradan. Aquel año, en Susa, le tocó a Jerjes sostener el jarro de plata lleno de agua de rosas, y Mardonio secó con una toalla de seda el pelo y la barba de Darío.

—¿Qué puedo darte, Mardonio? —El Gran Rey estaba de buen animo, a pesar de su disgusto por los aniversarios y por la muerte que presagian.

—El gobierno de Babilonia durante el tercer mes del año nuevo, Gran Rey.

Aunque el protocolo impone que el Gran Rey jamás demuestre sorpresa, Jerjes me dijo que su padre estaba totalmente sorprendido.

—¿Babilonia? ¿Por qué Babilonia? ¿Y por qué el gobierno durante sólo un mes?

Pero Mardonio no respondió. Simplemente se agachó a los pies de Darío, posición ceremonial que significa: Soy tu esclavo, haz conmigo lo que quieras.

Darío miró fijamente a Mardonio. Luego contempló el salón atestado. Aunque nadie podía mirarlo directamente, Jerjes lo hizo. Y sonrió cuando su padre lo miró.

—Jamás he conocido una persona más modesta. —Darío afectaba ahora asombro—. Por supuesto, se han hecho muchas fortunas en menos de un mes. Pero no en Babilonia, sin duda. Cuando se trata de dinero, la gente de pelo negro es mucho más inteligente que nosotros, los persas.

—Iré con él, Gran Rey, si me concedes ese deseo —dijo Jerjes—. Cuidaré la virtud de Mardonio.

—¿Y quién cuidará de tu virtud? —preguntó Darío gravemente.

—Ciro Espitama, si le concedes su deseo, que él me ha encomendado formular en su nombre. —Jerjes había ensayado la escena con Mardonio—. Él se ocupará de nuestra educación religiosa.

—Ciro Espitama ha jurado convertir a la Verdad al gran sacerdote de Bel-Marduk —respondió piadosamente Mardonio.

—Soy víctima de una conspiración —dijo Darío—. Pero debo proceder como un rey. Mardonio, hijo de Gobryas: te encomiendo la administración de mi ciudad de Babilonia durante el tercer mes del año nuevo. Jerjes y Ciro Espitama te ayudarán. Pero dime por qué el tercer mes. —Darío sabía exactamente, por supuesto, qué nos proponíamos.

—Los jardines colgantes, junto al Éufrates, estarán en flor, Gran Rey —repuso Mardonio—. Es una hermosa estación.

—Y la hace más hermosa el que en el tercer mes el Gran Rey se encuentre en Susa, a muchas millas de distancia. —Darío rió, hábito plebeyo que conservó hasta el fin de sus días. Jamás lo encontré desagradable; más bien lo contrario.

Babilonia es más importante que hermosa. Está toda hecha de ladrillo opaco, lodo del Éufrates cocido. Pero los templos y los palacios tienen proporciones egipcias y, naturalmente, en aquel tiempo los muros de la ciudad eran tan anchos que, como los babilonios repetían incesantemente, un carro de cuatro caballos podía girar sobre el parapeto. Nunca vi, sin embargo, un carro de ninguna clase sobre el muro, ni nada por el estilo. No había guardias; a tal punto era completa la paz del Gran Rey en aquellos tiempos.

Hay algo misteriosamente fascinante en una ciudad que ha existido durante más de tres mil años. Aunque Babilonia ha sufrido muchas veces daños por las guerras, sus pobladores, conocidos como la gente de pelo negro, siempre la han reconstruido exactamente como era antes; o eso dicen. La ciudad se halla en el centro de un enorme cuadrado al que el rápido y oscuro curso del Éufrates divide casi exactamente por la mitad. Originariamente, Babilonia estaba protegida por un muro exterior, otro interior y un profundo foso. Pero cuando Darío se vio obligado a atacar la ciudad por segunda vez, derribó parte del muro exterior. Años más tarde, cuando Jerjes sometió una rebelión, destruyó prácticamente todos los muros y rellenó el foso. Me parece ahora poco probable que los babilonios nos vuelvan a dar trabajo. La gente de pelo negro es, por naturaleza, sensual, indolente y obediente. Durante siglos han sido gobernados por una casta sacerdotal muy corrompida y compleja. De vez en cuando, los sacerdotes de un templo levantan al pueblo contra los sacerdotes de otro templo y estalla la violencia como una tormenta de verano; y como una tormenta de verano, desaparece. Pero estas confusiones periódicas son un fastidio para los administradores.

Aunque me alegro de no haber nacido babilonio, debo decir que ningún lugar de la tierra es tan agradable para los jóvenes, y en particular los educados al austero modo persa.

Al ocaso atravesamos la puerta de Ishtar, así llamada en honor de una diosa no muy distinta de Anahita o Afrodita, excepto porque es tanto hombre como mujer. En ambas formas, Ishtar es sexualmente insaciable y su culto dicta el carácter de toda la ciudad. La puerta de Ishtar consta en realidad de dos puertas, una en el muro exterior y otra en el interior. Las enormes puertas están cubiertas de losas de cerámica de color azul, negro y amarillo, que representan toda clase de bestias extrañas y terribles, incluso dragones. El efecto es más alarmante que hermoso. De las nueve puertas de la ciudad, cada una de las cuales lleva el nombre de un dios, la de Ishtar es la más importante porque conduce directamente al corazón del sector izquierdo de Babilonia, donde se encuentran los templos, los palacios y los tesoros.

Justamente después de la primera puerta, Mardonio fue recibido por el verdadero gobernador de la ciudad y su comitiva. Por razones obvias, mi identidad y la de Jerjes fueron mantenidas en secreto. Éramos simplemente los acompañantes del gobernador del tercer mes.

Después de la ofrenda ritual de pan y agua, fuimos escoltados por el camino de las procesiones. Esa impresionante avenida está pavimentada con bien ajustadas

losas de piedra caliza. Los muros laterales están cubiertos de leones de cerámica.

A la izquierda se encuentra el templo de algún dios diabólico; a la derecha, el así llamado palacio nuevo, construido por el rey Nabucodonosor en quince días, según afirman los pobladores. Nabucodonosor, el último héroe babilonio, expulsó de Asia a los egipcios; conquistó también Tiro y Jerusalén. Infortunadamente, como tantos babilonios, estaba enloquecido por la religión. Supongo que no tenía opción: los sacerdotes de Bel-Marduk controlan la ciudad, y ningún rey de Babilonia reina verdaderamente hasta que se viste de sacerdote y coge las manos de Bel. Esto significa literalmente que debe coger las manos de la estatua dorada de Bel-Marduk en el gran templo. Ciro, Cambises, Darío y Jerjes se apoderaron, cada uno a su turno, de las manos de Bel.

Nabucodonosor dedicó casi por entero sus últimos días a ceremonias religiosas en las que pretendía, con frecuencia, ser el macho cabrío del sacrificio. En una oportunidad se puso a cuatro patas y comió la hierba de los jardines colgantes. Sin embargo, nunca fue sacrificado como los machos cabrios habituales. Había muerto unos cincuenta años antes de nuestra visita a Babilonia, completamente loco. Jamás conocí a un babilonio a quien no le agradara hablar de él. Fue su último verdadero rey. Dicho sea de paso, era de antiguo linaje caldeo, como —estoy todo lo seguro que se puede estar cuando se carece por completo de pruebas— la familia Espitama.

Treinta años después de la muerte de Nabucodonosor, Ciro fue acogido en Babilonia por el partido de la oposición a los sacerdotes, un conjunto de mercaderes y cambistas internacionales que había depuesto al último rey, Nabonid, una poco lúcida figura. Aquel extraño soberano solamente se interesaba en la arqueología y casi siempre se encontraba, no en Babilonia, sino desenterrando las ciudades perdidas de Sumeria en el desierto. A causa de su abstracción total en el pasado, los sacerdotes se ocuparon del presente. Gobernaron el estado y lo dejaron ir a la ruina o, más exactamente, a la gloria, puesto que cayó en manos de Ciro.

Nos asignaron espléndidas habitaciones en el palacio nuevo. Justamente debajo se hallaba el puente de piedra que une el lado izquierdo de la ciudad con el derecho. Cada noche se levanta una parte de madera del puente para que los ladrones no puedan pasar de un lado a otro.

Debajo del río, Nabucodonosor construyó un túnel. Esta notable obra de ingeniería tenía unos veinte pies de ancho, y casi otros tantos de alto. A causa de la constante infiltración de agua del Éufrates, el suelo y las paredes están siempre peligrosamente barrosos; y el aire apesta, no sólo por los bueyes que arrastran los carros, sino a causa de las teas de humeante brea que cada viajero es alentado a alquilar en la entrada. Yo estaba sin aliento cuando llegamos al lado opuesto, y Jerjes dijo que se sentía como si hubiera sido enterrado vivo. Sin embargo, el túnel está en uso desde hace medio siglo sin que haya ocurrido ningún incidente.

Nuestras habitaciones estaban en lo alto del palacio nuevo, unos cuatro pisos sobre la ciudad. Desde una galería central teníamos una hermosa vista de lo que en Babilonia se llama un zigurat, o torre elevada. Aquel zigurat en particular era conocido como la Casa de los Cimientos del Cielo y la Tierra. Es el edificio más grande del mundo, y a su lado son pequeñas aun las más altas pirámides egipcias, según sostienen los babilonios. Jamás he estado en Egipto. Se han colocado unos sobre otros

siete enormes cubos de ladrillo; el mayor es la base; el menor, la cúspide. Una escalera rodea toda la construcción. Como cada nivel está consagrado a una divinidad diferente, cada uno tiene un color. Aun a la luz de la luna podríamos distinguir el brillo fantasmal de los rojos, azules y verdes de diversos dioses solares, lunares, estelares.

Cerca del zigurat está el templo de Bel-Marduk, un conjunto de enormes edificios de color de barro y patios polvorientos. El templo no es de una especial belleza exterior, aparte de las altas puertas de bronce del salón de la deidad. En verdad, el templo sólo tiene una característica notable: no es en modo alguno diferente, según se supone, de como era hace tres mil años. El verdadero dios o espíritu de esta ciudad es la inmutabilidad. Jamás se permite que algo cambie.

Es una pena que tan pocos atenienses visiten Babilonia. Podrían aprender humildad ante la idea de la larga duración del tiempo, y la brevedad de nuestros insignificantes días —por no hablar de las obras—. En presencia de tanta historia, no es extraño que el pueblo de pelo negro viva tan exclusivamente para el placer, en el aquí y ahora. En general, Babilonia es un lugar calculado para deprimir a los ambiciosos. Ciertamente, a ninguno de nuestros Grandes Reyes le ha gustado nunca reunir allí su corte. Fue Jerjes quien finalmente interrumpió esa costumbre anual inaugurada por Ciro.

El gobernador de la ciudad había dispuesto un banquete para nosotros en los jardines, en el terrado del palacio nuevo. Esos celebrados jardines fueron creados para Nabucodonosor. Primero los ingenieros construyeron una serie de columnatas, suficientes para sostener seis pies de tierra. Luego se plantaron árboles y flores para alegrar a una reina que padecía nostalgia —¡entre todas las ciudades!— de Ecbatana. Finalmente, se instalaron bombas mecánicas. De día y de noche, incesantemente, cubos de agua del Éufrates alimentan los altos jardines. El resultado es que, aun en el calor del corazón del verano, los jardines están siempre verdes y frescos. Debo decir que hallarse entre pinos, en el terrado de un palacio, es un placer incomparable.

Por primera vez en nuestras vidas éramos hombres libres, y recuerdo esa noche como una de las más mágicas que he vivido. Estábamos reclinados en divanes, bajo lo que parecía, a la luz de la luna, una glicina de plata maciza. Hasta hoy no puedo aspirar la fragancia de una glicina sin recordar Babilonia… y la juventud. No, Demócrito: la visión o el tacto de la plata no estimulan mi memoria. No soy un mercader ni un banquero.

El gobernador de la ciudad usaba un turbante dorado y traía un bastón de marfil. Aunque sabía quién era Jerjes, logró reprimir el terror que el Gran Rey y sus hijos inspiraban con tanta frecuencia. Huésped solícito, nos entregó una docena de muchachas bien instruidas en las artes de Ishtar.

—El sátrapa Zopiro se encuentra en su casa, río arriba, jóvenes señores —dijo el gobernador—. Lleva un tiempo enfermo.

—Envíale nuestros saludos. —Mardonio representaba con satisfacción el papel de gobernador, mientras Jerjes y yo simulábamos atenderlo según la mejor tradición de la corte. Posteriormente concordamos en lo afortunado de que el sátrapa no nos recibiera, porque se hubiese visto obligado a besar a los enviados del Gran Rey, y Zopiro, por supuesto, no tenía labios. Y tampoco nariz, ni orejas.

Cuando Darío sitió Babilonia por segunda vez, la ciudad resistió casi dos años.

Zopiro era hijo de uno de Los Seis, y oficial del ejército persa. Finalmente, Zopiro preguntó al Gran Rey qué significaba para él la posesión de Babilonia. Una pregunta algo tonta, se podría pensar, después de diecinueve meses de sitio. Cuando Darío reconoció que la ciudad le importaba decisivamente, Zopiro dijo que le regalaría Babilonia al Gran Rey.

Entonces llamó al carnicero y le ordenó que le cortara las orejas, la nariz y los labios. Luego, Zopiro desertó y se pasó a los babilonios. Señalando su rostro mutilado, dijo:

—Mirad lo que me ha hecho el Gran Rey.

Le creyeron. ¿Quién no le hubiese creído?

Por último, Zopiro fue conducido ante el consejo de sacerdotes que gobernaban la ciudad. Cuando los alimentos empezaron a escasear, aconsejó que se matara la mayor parte de las mujeres, de modo que los soldados tuviesen comida suficiente. Cincuenta mil mujeres fueron masacradas. Y una noche, cuando los babilonios celebraban una de sus ceremonias religiosas, Zopiro abrió la puerta de Nanar y Babilonia cayó una vez más. La justicia de Darío fue expeditiva. Tres mil hombres fueron crucificados fuera de las murallas. Se derribaron varias puertas y parte del muro exterior. Para repoblar la ciudad, Darío importó varios miles de mujeres de diversas partes del mundo. En el momento de nuestra visita, las extranjeras ya habían cumplido su tarea, y la mayor parte de la población de la ciudad estaba por debajo de los dieciséis años de edad.

Como exigía la costumbre, Darío cogió una vez más las manos de Bel y volvió a ser —una vez más— el legítimo rey de Babel, como se llamaba la nación. Y luego designó a Zopiro sátrapa vitalicio. Es curioso: hace pocos días encontré a su nieto en el ágora. Es mercader, y «ya no más un persa», me dijo. Le respondí que siempre sería el nieto del hombre a quien Darío llamó el más grande de los persas después de Ciro. Pero está bien; no somos responsables de nuestros descendientes. Irónicamente, el nieto se llama Zopiro. Es hijo de Megabizo, hasta hace poco el mejor general de Persia.

—¿Dónde está el tesoro de la reina Nitocris?

—Mardonio tenía ánimo juguetón.

—Juro que no está en su tumba, señor. —La respuesta del gobernador fue tan seria que no pudimos dejar de reír.

—Como descubrió el Gran Rey. —Jerjes bebía cerveza, un vaso tras otro. Podía beber más que cualquier otro hombre que yo haya conocido, y demostrarlo menos. Y debería señalar que era notablemente bello a sus diecinueve años, y que esa noche, a la luz de la luna, sus ojos claros parecían piedras lunares y su barba era como la piel del zorro de Escitia.

—¿Cómo fue posible —pregunté— que una mujer gobernara este país?

—Porque, señor, algunas de nuestras reinas pretendían ser hombres, a la manera egipcia. Y, por supuesto, la diosa Ishtar es tanto hombre como mujer.

—Querríamos ver su templo —dijo Jerjes.

—Quizás el famoso tesoro esté escondido allí —agregó Mardonio.

Al recordar, ahora, comprendo qué bien había entendido Darío al joven Mardonio. La broma de Darío acerca de la posible adquisición de una fortuna en un mes tenía un sentido preciso. El Gran Rey sabía ya entonces lo que a mí me llevó años

aprender: que mi amigo Mardonio era un hombre avaro.

Jerjes deseaba ver la tumba de la reina, situada encima de una de las puertas de la ciudad. En el muro, en la parte interior de la puerta, está grabada en piedra la sentencia: «Si un futuro gobernante de mi país necesita oro, que abra mi tumba».

Como Darío siempre necesitaba oro, ordenó que la tumba de la reina fuera abierta. Y, además del cuerpo de la reina, conservado en miel, sólo había en el sepulcro una tableta de piedra donde ella había escrito: «Si hubieses sido menos porfiado y codicioso, no te habrías convertido en ladrón de tumbas». Darío en persona arrojó al Eufrates el cuerpo de la reina. No demostró tacto; pero es que estaba muy furioso.

El gobernador nos aseguró que el tesoro de Nitocris era sólo una leyenda. Por otra parte, aunque no hizo mención del hecho, se podía ver en el templo de Bel-Marduk lo que parecía ser la mayor parte de todo el oro del mundo.

Años más tarde, Jerjes se llevó del templo todos los objetos de oro, incluyendo la estatua de Bel-Marduk. Los fundió todos para hacer dáricos —monedas de oro— con que sostener las guerras griegas. Como era de prever, los babilonios de hoy se complacen en afirmar que los problemas posteriores de Jerjes se debieron a este sacrilegio, lo cual no tiene sentido. En verdad, Ciro, Darío y el joven Jerjes hicieron demasiadas concesiones a los numerosos dioses locales del imperio. Nuestros Grandes Reyes, con sagacidad, permitían a la gente adorar a sus dioses locales; pero ellos mismos no debían haber reconocido jamás a otro dios que el Sabio Señor. Una Verdad a medias es igual a toda la Mentira, decía Zoroastro.

Zopiro demostró ser un huésped perfecto. Se quedó en su casa, situada río arriba, y nunca lo vimos. Disfrazados de medos comunes, éramos libres de explorar la ciudad. No es necesario decir que los guardias nunca se alejaban de Jerjes. La reina Atosa se había ocupado de ello. En verdad, hasta había pedido a Darío que retuviera a Jerjes en su casa. Pero como una promesa hecha por el Gran Rey no puede deshacerse, Atosa insistió en que se le permitiera, al menos, elegir a los guardias de Jerjes. Me hizo jurar también que yo vigilaría a Mardonio. Lo creía capaz de matar a Jerjes, y nada de lo que dije pudo convencerla de lo contrario.

—Su padre es Gobryas. Y Artobazanes es su sobrino. Me basta con eso. Es una conspiración. Apenas mi hijo esté solo en Babilonia…

Por una vez, Atosa se equivocaba. Mardonio quería a Jerjes. O, más exactamente, le disgustaba su padre y nada sentía hacia su sobrino Artobazanes.

Como todo visitante de Babilonia, fuimos directamente al templo de Ishtar, donde las mujeres se prostituyen. Según una antigua ley del país, toda mujer babilonia debe ir, una vez en su vida, al templo de Ishtar, y aguardar en el atrio a que un hombre le ofrezca plata por hacer el amor. El primero que le ofrece dinero se queda con ella. En otros templos de la diosa, muchachas y hombres jóvenes reemplazan a las prostitutas; y se considera que el hombre que se acuesta con un homosexual del templo gana la bendición especial de la diosa. Afortunadamente para ellos, los varones babilonios no están obligados a prostituirse en el templo una vez en la vida. Sólo las damas tienen este honor.

Con los ojos muy abiertos, los tres nos quedamos al borde del atrio. Quizás hubiese allí, sentadas en el suelo bajo el sol ardiente, unas mil mujeres de todo tamaño, forma, edad y clase. No había toldos. El pórtico situado en el extremo opuesto

estaba reservado para los lánguidos eunucos del templo, quienes se ocupaban de impedir que los visitantes se apartaran de las líneas trazadas en el suelo. Todo hombre debe seguir la línea. De otro modo, la confusión sería tremenda. Las mujeres están sentadas entre las líneas.

Es curioso, pero los babilonios rara vez visitan el templo. Supongo que estarán acostumbrados. O quizá sientan algún embarazo al ver a sus esposas, hermanas o hijas sirviendo a la diosa. Afortunadamente, llega de todos los rincones del mundo una cantidad de extranjeros suficiente para ayudar a las mujeres a obtener la bendición de Ishtar.

En fila, Jerjes, Mardonio y yo seguimos una línea que pasaba por entre las mujeres. Nos habían advertido que aquellas que daban la impresión de pasarlo bien eran verdaderas prostitutas, que simulaban servir nuevamente a Ishtar. Aunque a veces son atractivas, conviene evitarlas. Son preferibles las mujeres a las que se ve graves y turbadas, como si de algún modo estuvieran apartadas del cuerpo que ofrendan a la deidad.

La mayoría de los hombres que acuden al recinto sagrado son singularmente poco atractivos; me figuro la alegría que debe representar para, digamos, un panadero contrahecho, el recibir, a cambio de una pieza de plata, la hermosa hija de algún hombre distinguido. Aun para un trío de bellos príncipes persas (estoy aumentando mi rango), la situación era sumamente placentera. Y como además éramos jóvenes, atraíamos muchas miradas suplicantes.

Según la costumbre, para elegir basta con arrojar una pieza de plata al regazo de la mujer. Ella se levanta, coge del brazo al hombre y lo conduce al templo, donde hay cientos de tabiques de madera que crean una serie de celdillas sin puerta. Si encuentran una celdilla libre, se acuestan en el suelo. Si bien los eunucos no alientan a los espectadores, los hombres y mujeres hermosos suelen atraer, aunque durante poco tiempo, considerable público. En tales circunstancias, la precipitación tiende a ser la norma del servicio de Ishtar. Y hay otro motivo: para disimular el omnipresente olor de la sexualidad, es tanto el incienso quemado en los braseros que no sólo el aire estancado es azul opaco, sino que uno mismo puede tornarse azul si se demora excesivamente en la celebración de la diosa.

Mientras la mayoría de los extranjeros se desnudaban por completo, nosotros, decorosos jóvenes persas, nada nos quitábamos, lo que parecía divertir particularmente a los griegos. En un instante, santificamos tres muchachas a las que supusimos de alto rango. No parecían sentirse a disgusto con nosotros. Pero cuando Mardonio le preguntó a la suya si estaría dispuesta a volver a verle, ella replicó gravemente que, en ese caso, sufriría la eterna maldición de Ishtar. Y además, estaba casada. Luego le agradeció cortésmente por lo que había hecho.

La muchacha que yo elegí parecía muy turbada por la situación. Me dijo que se había casado recientemente. En un principio, había pensado en servir a Ishtar cuando aún era virgen, pero su madre la había disuadido. Demasiadas vírgenes babilonias habían padecido experiencias infortunadas a manos de extranjeros brutales. Por eso había aguardado hasta hoy. Y, en suma, estaba contenta.
Compusimos nuestras ropas después del breve acto sexual que tanto había divertido a dos rubios hombres del norte que repetían en mal griego:

—¿Cómo pueden hacer nada con toda esa ropa?

Los ignoramos.

—Lo terrible —dijo ella mientras salíamos— es coger alguna enfermedad. Realmente, no hay forma de saber quién te toca. Mi madre me dijo que si se me acercaba un hombre de aspecto sucio, debía hacer muecas y babear como una idiota. Y si veía a alguien agradable, debía sonreír. Y por cierto que me alegro de haberlo hecho.

Me sentí halagado, como ella se proponía. Y afuera, mientras limpiábamos nuestros pulmones del humo aromático que habíamos respirado, me dijo:

—Las mujeres realmente feas deben venir aquí un día tras otro y, a veces, un mes tras otro, esperando que un hombre las compre. He oído contar que alguna familia ha tenido que pagar a un extranjero para que aceptara a la mujer. Eso está mal, por supuesto, y es un acto impío. Pero no tan impío, a los ojos de la diosa, como no hacerlo.

Nos separamos amistosamente. La experiencia fue totalmente dichosa pero, una semana más tarde, advertí que me había contagiado ladillas. Me afeité el vello púbico, algo que siempre he hecho desde entonces.

En los alrededores del templo de Ishtar hay casas de prostitución de carácter secular y no religioso. Habitualmente, estos establecimientos se encuentran encima de las tiendas de vino o cerveza. Casi todos pertenecen a mujeres. En verdad, las mujeres de clase baja de Babilonia son más libres que todas las demás mujeres del mundo. Pueden tener propiedades. Hacen gran parte de la compra y venta en el mercado. Hasta las he visto trabajar junto a los hombres en los hornos de ladrillo y extrayendo fango de los canales.

Después de abandonar el templo de Ishtar, encontramos a un edecán del sátrapa Zopiro. Fue nuestro guía mientras, a una distancia discreta, los guardias de Jerjes vigilaban.

En Babilonia, las avenidas principales son paralelas. Las calles más pequeñas las cortan en ángulo recto. He visto ciudades semejantes en la India y en Catay, pero en ningún otro lugar. El efecto es espléndido, particularmente cuando uno se detiene a la sombra del zigurat, y mira la larga y bulliciosa avenida hasta donde finaliza, en una baja puerta de hierro que señala la ribera del río.

Una de las avenidas estaba llena de enfermos. Apenas nos vieron, empezaron a gritar sus síntomas. El guía explicó:

—Los babilonios no confían en los médicos. Las personas enfermas vienen aquí. Cuando ven a alguien que les parece sabio, le cuentan su enfermedad. Y si él sabe de algo que pueda curarla, lo discute con ellos.

Mientras mirábamos, una buena cantidad de personas se detuvo a conversar con los enfermos, a hablarles de hierbas o raíces que podrían resultar eficaces.

—Demócedes se escandalizaría —observó Jerjes—. Piensa que la medicina es un arte.

—De hechicería, probablemente.

Mardonio hizo una señal para ahuyentar el mal.

Al pie de la ancha escalera que lleva hasta la cumbre de la Casa de los Cimientos del Cielo y la Tierra nos recibió el gran sacerdote de Bel-Marduk. Era un hombre de mal genio a quien los príncipes persas no impresionaban. Los Grandes

Reyes van y vienen; los sacerdotes de Bel-Marduk son eternos.

—En el nombre de Bel-Marduk, acercaos.

El anciano extendió las manos hacia nosotros. Cuando Mardonio se dispuso a cogerlas, fueron retiradas de inmediato. Nuestro guía no nos explicó qué se esperaba que hiciéramos. No creo que lo supiera. El gran sacerdote pronunció un incomprensible discurso en la antigua lengua de los babilonios. Luego, bruscamente, en el primer nivel del zigurat, nos abandonó.

Mil escalones llevan hasta la cima de la Casa de los Cimientos del Cielo y la Tierra. En la mitad nos detuvimos, sudando como caballos. Debajo estaba la ciudad, exactamente encuadrada por las altas murallas, y dividida en dos por el oscuro río que penetra en ella por entre orillas fortificadas. Como un espejismo, la verde nube de los jardines colgantes flota sobre el polvoriento castaño oscuro del ladrillo.

El guía nos explicó el intrincado sistema de canales que no sólo irriga las tierras más ricas del imperio persa, sino que facilita el transporte. El agua que va hacia donde uno desea constituye la forma más barata de viajar, aunque sea en una barca circular babilonia. A propósito: ningún babilonio me ha podido explicar nunca por qué las barcas son no sólo redondas, sino también notablemente ineficientes.

Respirando hondo, continuamos hasta la parte superior del zigurat, donde dos centinelas montaban guardia ante la puerta de un pequeño templo de ladrillo amarillo brillante.

—¿Qué es esto? —preguntó Mardonio.

—El altar de Bel-Marduk. —El guardia parecía poco dispuesto a decir más.

En mi carácter de autoridad religiosa, pregunté qué había en el interior.

—Después de todo —dije, sin la menor ingenuidad—, si hay alguna clase de imagen de dios, debemos honrarla apropiadamente. —Zoroastro se hubiese horrorizado al oír a su nieto hablar con tanto respeto de un deva. Por otra parte, hubiera aprobado mi insinceridad. Siempre decía que no vivimos en un mundo hecho por nosotros.

—No hay ninguna clase de imagen. Ya habéis visto la única imagen verdadera de Bel-Marduk.

Por la mañana, el guía nos había llevado hasta el gran templo, donde había una enorme estatua de un hombre, de oro macizo, junto a una mesa, también de oro macizo, donde pusimos flores como estaba prescrito. La mano derecha de la estatua era más suave y brillante que el resto, porque ésa era la mano que los reyes de Babilonia habían cogido obligadamente con las propias durante no se sabe cuántos siglos. En voz baja, dije una plegaria al Sabio Señor, pidiendo que el ídolo fuera derribado. Veinte años más tarde, la plegaria fue atendida.

Las evasivas del guía acerca del altar situado en lo más alto del zigurat excitaron a tal punto nuestra curiosidad que Jerjes dijo finalmente:

—Entraremos.

Como no cabe discutir con el heredero del Gran Rey, nuestro guía habló con los guardias. Sombríamente, abrieron la puerta del altar y penetramos en una habitación sin ventanas, agradablemente fresca después de la larga ascensión. Una sola lámpara suspendida revelaba el único mueble de la habitación: una gran cama.

—¿Quién duerme aquí? —preguntó Jerjes.

—El dios Bel-Marduk. —El guía parecía disgustado.
—¿Lo has visto alguna vez? —pregunté.
—No. Por supuesto que no.
—lo ven los sacerdotes?
Preguntas así siempre me interesan.
—No lo sé.
—Y entonces —dijo Mardonio—, ¿cómo sabéis que el dios duerme verdaderamente en esta cama?
—Nos lo han dicho.
—¿Quiénes? —Jerjes miró fijamente al hombre con todo el gris de su mirada aqueménida. El efecto es muy intranquilizador.
—Las mujeres, señor —susurró el guía—. Todas las noches, al ocaso, traen aquí una mujer distinta, elegida por Ishtar, la esposa de Bel-Marduk. A medianoche, el dios se presenta ante la mujer en esta habitación y la posee.
—¿Qué apariencia tiene el dios?
Yo tenía auténtica curiosidad.
—Las mujeres no lo pueden decir. No se atreven a hacerlo. Guardan eterno silencio. Ésa es la ley.
—Una ley excelente —observó Jerjes.
Cuando regresamos al palacio nuevo, Mardonio ordenó al gobernador de la ciudad que hiciese comparecer a los dos sacerdotes que atendían el altar superior en la Casa de los Cimientos del Cielo y la Tierra.
Cuando los sacerdotes vinieron, Jerjes preguntó:
—¿Quién se presenta realmente ante la mujer del altar?
—El mismo Bel-Marduk, señor —contestaron los sacerdotes al unísono.
Repitieron esto tres veces, y Mardonio pidió una cuerda de arco de las que sirven para estrangular a una persona en un instante. Al preguntarlo por cuarta vez, supimos que cada noche de la semana Bel-Marduk era representado por un sacerdote diferente.
—Exactamente lo que pensé. —Jerjes estaba contento—. Esta noche —agregó con generosidad— aliviaré de su tarea a un sacerdote. Yo seré Bel-Marduk.
—Pero no eres sacerdote.
Los guardianes del zigurat estaban horrorizados.
—Puedo representar a Bel-Marduk tan bien como cualquier sacerdote. Es una mera cuestión de disfraz, ¿no es verdad?
—Pero el sacerdote es Bel-Marduk. Se convierte en el dios. El dios entra en él.
—Y él, a su vez, entra en la muchacha. Sí. Ya comprendo. Se crea un circuito de absoluta santidad. —Jerjes era muy competente para este tipo de cosas—. No dudéis que el dios entrará también en mí. Después de todo, y os lo digo en confianza, para que os sintáis seguros, mi padre ha cogido las manos de Bel-Marduk.
—Aun así, sería un sacrilegio, señor príncipe.
—Aun así, es mi voluntad.
Jerjes dijo luego que Mardonio y yo le acompañaríamos al altar. Aunque los sacerdotes estaban espantados, nada podían hacer. Reptando sobre sus vientres, nos pidieron que al menos simuláramos ser dioses. Jerjes se vestiría de Bel-Marduk, el

amo de todos los dioses; Mardonio aparecería como el dios del sol, Shamash, y yo me disfrazaría del dios de la luna, Nanar, un deva adorado en Ur. Luego, los sacerdotes nos imploraron que no habláramos con la mujer, sin duda porque Bel-Marduk nunca habla en persa con sus novias babilonias.

Éste es un momento tan bueno como cualquier otro para recordar que los babilonios adoran a sesenta y cinco mil dioses. Como sólo el gran sacerdote conoce los sesenta y cinco mil nombres, debe pasar gran parte de su tiempo enseñando los nombres a su sucesor.

Poco antes de medianoche subimos a lo alto del zigurat. Nuestros trajes nos esperaban. Los guardianes nos ayudaron a vestirlos. Debían haber sido especialmente seleccionados para el sacrilegio, porque tenían muy buen humor, no como los hoscos guardianes de la mañana.

Yo llevaba en la cabeza el disco de plata de la luna llena, y una vara que terminaba en una media luna creciente. Mardonio estaba coronado con el disco solar. Jerjes, cubierto de cadenas de oro, tenía una corta hacha dorada, indispensable para el jefe de sesenta y cinco mil dioses turbulentos.

Cuando estuvimos listos, los guardias abrieron la puerta del altar y entramos. En la cama había una muchacha más joven que nosotros. Era extremadamente hermosa, de pelo negro como la obsidiana y piel blanquísima, un estilo típicamente babilonio. Estaba desnuda debajo de una sábana de lino como las que se emplean para envolver los cadáveres. Después de una aturdida mirada a los tres dioses supremos de Babilonia vimos el blanco de sus ojos. Se desvaneció.

En voz baja discutimos qué hacer. Mardonio pensaba que la muchacha reviviría si Jerjes se acostaba a su lado. Jerjes estaba de acuerdo en honrarla con su cuerpo. Me encomendaron retirar la sábana, lo cual hice. La chica no sólo tenía bellas formas; además, se había desmayado, en la más atractiva de las poses.

Jerjes se acercó alegremente a la cama.

—Los babilonios hacen el amor sin ropas —dijo con picardía Mardonio.

—Pero no sus dioses. —Jerjes estaba confuso.

—Especialmente sus dioses. Eres ahora el primer hombre. Ella es la primera mujer. Aún no habéis inventado las ropas.

Como ya he dicho, los persas nunca se desnudan ante otros hombres, y tampoco se dejan ver totalmente desnudos por sus esposas o concubinas. Se distinguen en esto de los griegos, que visten modestamente ante sus mujeres, excepto en los juegos, y se muestran indecorosamente desnudos entre ellos. Pero era ése un momento singular. Después de todo, nunca más jugaríamos a ser dioses en Babilonia, donde la carne desnuda es omnipresente, incluso en la cumbre de la Casa de los Cimientos del Cielo y la Tierra. Y además, éramos jóvenes. Jerjes se despojó de sus vestiduras. Me asombró la extraordinaria belleza de su cuerpo. Era evidente que había heredado las perfectas proporciones de Ciro y no el torso largo y las piernas más bien cortas de Darío.

Sin preocuparse por su desnudez, Jerjes se extendió sobre la muchacha, ahora totalmente despierta. Mardonio y yo mirábamos las dos figuras a la luz de la lámpara: verdaderamente, parecían el primer hombre y la primera mujer de la tierra. Debo confesar que hay algo extrañísimo en Babilonia y sus antiguas costumbres.

Cuando Jerjes terminó, se secó con la sábana de lino y le ayudamos a vestirse. Con gesto imponente, alzó el hacha de Bel-Marduk. Y antes de que pudiera hablar, la muchacha sonrió y dijo en perfecto persa:

—Adiós, Jerjes, hijo de Darío el Aqueménida.

Jerjes estuvo a punto de dejar caer el hacha. Mardonio, de rápido ingenio, dijo en lengua babilonia:

—Este es Bel-Marduk, muchacha. Y yo soy el dios del sol, Shamash. Y aquí está el dios de la luna…

—Os conozco a todos. —Era sorprendentemente dueña de sí para sus trece años de edad—. También yo soy persa. O medio persa. Te he visto en Susa, príncipe. Y a ti, Mardonio. Y a Ciro Espitama.

—¿Te dijeron los sacerdotes quiénes éramos? —preguntó sombríamente Jerjes.

La chica se sentó en la cama.

—No —respondió, sin el más mínimo temor—. Mi madre es sacerdotisa de Ishtar. Este año le corresponde elegir a las muchachas para el altar. Hoy me dijo que era mi turno de recibir a Bel-Marduk. Ha sido sencillamente una coincidencia.

Supimos más tarde que la madre de la chica era babilonia y su padre persa. Vivían parte del año en Susa, parte en Babilonia, donde el padre estaba vinculado con la casa de banca de Egibi y sus hijos: una gran recomendación para el codicioso Mardonio. La madre era sobrina del último rey de Babilonia, Nabonid, lo cual interesó a Jerjes. Era inteligente y nada supersticiosa, lo cual me encantó.

Diecinueve años más tarde, Jerjes se casó con ella. Es, por supuesto, la temible Roxana.

—A quien tomamos como esposa —declaró Jerjes en Persépolis— para demostrar nuestro amor al leal reino de Babel y a la casa de Nabucodonosor.

En realidad, Jerjes la desposó porque esa relación tan curiosamente iniciada en lo alto del zigurat continuó, de modo clandestino y satisfactorio, hasta la muerte de Darío. Después de la boda, Jerjes no volvió a hacer el amor con ella. Pero ambos estuvieron siempre en buenos términos. De las muchas esposas de Jerjes, Roxana era sin esfuerzo la más encantadora. Y, sin duda, la mejor actriz.

—Yo sabia perfectamente lo que iba a ocurrir, antes de que llegarais al altar —me dijo Roxana, años después, en Susa—. Cuando el gran sacerdote advirtió a mi madre que el impío príncipe de Persia se proponía personificar a Bel-Marduk, ella se espantó. Era una mujer muy religiosa y muy tonta. Por suerte, escuché todo. Y cuando los sacerdotes se marcharon, le dije que estaba deseosa de hacer el sacrificio supremo. Iría al altar. «Nunca», gritó; y, cuando insistí, me golpeó. Entonces dije que si no me dejaba, le contaría a todo el mundo la impiedad de Jerjes, y también que eran los sacerdotes quienes representaban a Bel-Marduk. Me dejó ir, y así fui desflorada por Jerjes y me convertí en la reina de Persia.

Esto era exagerado. No era reina. Su verdadero rango entre las esposas era el séptimo. Pero Jerjes siempre se alegró de su compañía, así como todos los que solíamos ser admitidos a su presencia en el harén. Roxana mantuvo la tradición de Atosa, recibiendo siempre a quien ella deseaba, aunque sólo después de la menopausia y en presencia de eunucos.

Para sorpresa de todos, la reina Amestris no odiaba a Roxana. Las mujeres son imprevisibles.

## L I B R O T R E S



Comienzan

las guerras

griegas

# 1

Durante la época en que Jerjes, Mardonio y yo crecimos, nos tornamos más y más (y no menos y menos) apegados. Los Grandes Reyes y sus herederos no hacen tan fácilmente amigos como enemigos. Por consiguiente, los amigos de la juventud son para toda la vida, si el príncipe no es loco ni los amigos envidiosos.

A medida que pasaban los años, se iba haciendo más frecuente encontrar a Hystaspes en la corte que en Bactria. Siempre fue una buena influencia para Darío. En verdad, de haber vivido unos pocos años más, estoy seguro de que hubiese neutralizado el partido griego de la corte, evitando aquellas guerras caras y tediosas.

A mis veinte años, Hystaspes me nombró comandante de su guardia militar personal en Susa. Como no disponía de fuerzas militares fuera de su satrapía, ese cargo era totalmente honorario. Hystaspes quería que estuviese a su lado para ayudarle a seguir el camino de la Verdad y a eludir la Mentira. Yo me sentía un impostor. No era religioso. En todos los asuntos relativos a la orden de Zoroastro, me remitía a mi primo, que se encontraba ahora en un palacio de Susa donde encendía regularmente el fuego sagrado para Darío. Ahora que ese primo ha muerto puedo decir que tenía el alma de un mercader. Pero era el hijo del hijo mayor de Zoroastro, y esto era lo único que importaba.

A pesar de la presión constante de Hystaspes para que desarrollara mis dones proféticos y espirituales, mi vida había sido tan enteramente modelada por la corte del Gran Rey que sólo podía pensar en la guerra y en la intriga, o en viajes a países remotos.

En el vigésimo primer año del reinado de Darío, más o menos durante el solsticio de invierno, Hystaspes me llamó a sus habitaciones del palacio de Susa.

—Saldremos de caza —dijo.

—¿Es ésta la estación, señor?

—Cada estación tiene su caza.

El anciano parecía preocupado. No hice más preguntas.

Aunque Hystaspes tenía bastante más de setenta años y estaba invariablemente achacoso —las dos condiciones son la misma—, se negaba a que lo llevaran en litera, aun en los días más fríos del invierno. Al salir de Susa iba muy erguido junto al conductor de su carro. Los lentos copos de nieve que se adherían a su larga barba blanca brillaban en la blanca luz del invierno. Yo montaba a caballo. Excepción hecha de mí, Hystaspes no llevaba escolta alguna. Esto era insólito. Cuando lo comenté, respondió:

—Cuanto menos gente lo sepa, mejor. —Luego dio una orden al conductor—: Seguiremos la ruta a Pasargada.

Pero no fuimos a Pasargada. Poco después de mediodía llegamos a un pabellón de caza, en un valle boscoso. Había sido construido por el último rey de Media y reconstruido por Ciro. A Darío le agradaba creer que cuando estaba allí nadie sabía dónde se encontraba. Por supuesto, el harén sabía siempre exactamente dónde y con quién estaba el Gran Rey en cualquier momento de cualquier día. Excepto ese día.

En absoluto secreto, el Gran Rey había llegado la noche anterior. Era evidente

que los sirvientes no estaban prevenidos. El salón principal estaba helado. Los braseros de carbón estaban recién encendidos. Las alfombras para el Gran Rey —sus pies no deben tocar jamás el suelo— habían sido extendidas tan apresuradamente que yo mismo ayudé a alisarlas.

En un estrado se hallaba el trono de Persia: una alta silla dorada con un apoyapiés. Frente al estrado, se habían colocado en hilera seis taburetes. Esto era desusado. En la corte, sólo el Gran Rey está sentado. Pero había oído hablar de ciertos consejos secretos en que figuras importantes se sentaban en presencia del Gran Rey. No es necesario aclarar que estaba muy excitado ante la perspectiva de ver al Gran Rey en su papel más real y secreto: el de jefe guerrero del clan montañés que había conquistado el mundo.

Fuimos recibidos por Artafrenes, hijo de Hystaspes y sátrapa de Lidia. Aunque esa poderosa figura tenía rango real en Sardis, la capital del rico y antiguo reino de Lidia que Ciro había arrebatado a Creso, aquí era un mero sirviente de su hermano menor, el Gran Rey. Cuando Artafrenes abrazó a su padre, éste le preguntó:

—¿Está él aquí?

En la corte sabemos, por la forma de hablar, cuándo «él» se refiere o no al Gran Rey. Este «él» era evidentemente otra persona.

—Sí, señor y padre. Está con los demás griegos.

Aun en aquel momento, comprendí que un encuentro secreto con griegos significaba complicaciones.

—Ya sabes lo que pienso. —El viejo Hystaspes acarició su brazo inútil.

—Lo sé. Pero debemos escucharles. Las cosas están cambiando en el oeste.

—¿Alguna vez no lo están? —dijo Hystaspes, con amargura.

Pensé que tal vez Artafrenes deseara hablar un instante a solas con su padre, pero antes de que pudiera excusarme fuimos interrumpidos por el chambelán, quien se inclinó con profunda reverencia ante los dos sátrapas y dijo:

—¿Querrán sus señorías recibir a los huéspedes del Gran Rey?

Hystaspes asintió y el huésped menos importante entró primero. Era mi viejo amigo, el médico Demócedes. Siempre actuaba como interprete cuando Darío recibía griegos de importancia. Luego, Tesalo de Atenas. Luego Histieo, que no necesitaba intérprete: era tan versado en lengua persa como diestro para la intriga persa.

El último griego era un hombre delgado, de pelo gris. Se movía lenta, grave, hieráticamente. Tenía, ante los demás, esa sublime naturalidad que sólo se halla en quienes han nacido para gobernar. Jerjes poseía esa cualidad. Darío no.

El chambelán anuncio:

—Hipias, hijo de Pisístrato, tirano de Atenas por la voluntad del pueblo. —Lentamente, Hystaspes atravesó la habitación y lo abrazó. En un instante, Demócedes estuvo al lado de ambos, traduciendo rápidamente a ambas lenguas las frases ceremoniales. Hystaspes siempre trató a Hipias con verdadero respeto. Hipias era el único soberano griego que el anciano podía soportar.

En el pabellón, las idas y venidas del Gran Rey siempre eran silenciosas. No había tambores, címbalos, flautas. Por este motivo, Darío estuvo antes de que nos diéramos cuenta en su silla, con Jerjes de pie a su derecha y el comandante general Datis a su izquierda.

Aunque Darío se encontraba sólo en la cincuentena, empezaba a mostrar signos de vejez. Solía quejarse de dolor en el pecho. Tenía dificultad para respirar. Como Demócedes no hablaba jamás de su paciente, nadie supo nunca el verdadero estado de salud de Darío. Sin embargo, para mayor seguridad, y cumplimiento con una antigua costumbre de Media, Darío había ordenado ya que se le construyera una tumba cerca de Persépolis, unas veinte millas al oeste de la santa Pasargada.

Ese día, Darío estaba cubierto de pesadas vestiduras de invierno. Salvo la cinta azul y blanca, no llevaba insignias de realeza. Jugueteaba constantemente con la daga que llevaba en el cinto. No podía estar totalmente inmóvil: otra señal de que, contrariamente a Jerjes y a Hipias, no había nacido soberano.

—He dado la bienvenida al tirano de Atenas —dijo—. Los demás estáis siempre cerca y no necesitáis que os dé la bienvenida en mi casa. —A Darío le impacientaban las ceremonias cuando la tarea a realizar no era la ceremonia misma.

—Comenzaremos. Éste es un consejo de guerra. Sentaos.

Darío tenía el rostro arrebatado, como si tuviese algo de fiebre. Tenía tendencia a las fiebres durante la estación fría.

Se sentaron todos, menos Jerjes, Datis y yo.

—Hipias acaba de llegar de Esparta.

Esto fue un choque para todo el mundo, como Darío deseaba. Sin la ayuda del ejército espartano, los mercaderes y terratenientes no habrían logrado expulsar al popular Hipias.

Darío extrajo a medias de la vaina roja la curva daga plateada. Aún puedo ver la brillante hoja en esa parte de mi memoria en que las cosas son visibles.

—Habla, tirano de Atenas.

Considerando que éste se veía obligado a detenerse a cada momento para que Demócedes pudiera traducir, no sólo se mostró eficaz sino elocuente.

—Gran Rey, estoy agradecido por cuanto has hecho por la casa de Pisístrato. Has permitido que conservásemos las tierras familiares de Sigeo. Has sido el mejor de los señores. Y si el cielo nos obliga a ser huéspedes de otro poder terreno, estaremos felices de ser los tuyos.

Mientras Hipias hablaba, Histieo miraba a Darío con la intensidad de esas serpientes de la India que primero inmovilizan con su mirada vidriosa al conejo asustado y luego atacan. Pero Darío no era un conejo asustado. A pesar de una década en la corte, Histieo no comprendía al Gran Rey. Hubiera sabido, en ese caso, que la cara de Darío nunca demostraba nada. En un consejo, el Gran Rey parecía un monumento de piedra en su honor.

—Pero ahora, Gran Rey, deseamos regresar a la ciudad de donde, hace siete años, nos exiliamos a causa de un puñado de aristócratas atenienses que lograron obtener la ayuda del ejército espartano. Afortunadamente, la alianza entre Esparta y nuestros enemigos se ha deshecho. Cuando el rey Cleomenes consultó el oráculo de la Acrópolis ateniense, supo que los espartanos habían cometido un grave error al unirse a los enemigos de nuestra familia.

Los griegos tenían gran fe en sus confusos y, a veces, corrompidos oráculos. Es posible que el rey espartano creyese en un oráculo que siempre había favorecido a la familia de Pisístrato. Pero me parece más probable que no congeniara con los

terratenientes de Atenas, conducidos en aquel momento por uno de los alcmeónidas malditos, llamado Clístenes, cuyo fervor por la democracia ciertamente no haría feliz a un rey espartano muy convencional. En todo caso, Cleomenes reunió un congreso de representantes de todos los estados griegos, en Esparta. Cleomenes atacó a Clístenes. A propósito: he sabido que Cleomenes hubiese aceptado como tirano al aristócrata Iságoras; y, en verdad, a cualquiera, con excepción de Clístenes.

Hipias se defendió con elocuencia. Pero los demás griegos no se convencieron, y se negaron a constituir una liga contra Atenas, con un motivo sensato: como temían al ejército espartano, tampoco deseaban un gobierno proespartano en Atenas. Era tan sencillo como esto. Pero los griegos rara vez son directos. El representante de Corinto fue particularmente sutil. Denunció ante Hipias a todos los tiranos, los buenos y los malos. Derrotados en la votación, los espartanos se vieron obligados a jurar que no fomentarían la rebelión en Atenas.

—En ese punto, Gran Rey, dije al congreso que me sentía en el deber de advertir a los corintios, como estudioso de los oráculos durante toda mi vida, que su ciudad seria aplastada a su tiempo por la misma facción que sostenían en Atenas.

La profecía de Hipias se cumplió. Pero cualquiera que conozca el voluble carácter griego puede suponer que, más tarde o más temprano, dos ciudades vecinas disputarán entre sí, que la más fuerte derrotará a la más débil y que, aunque no desvíe un río sobre sus ruinas —como hizo Crotona con Síbaris—, ensombrecerá tanto la reputación de la ciudad derrotada que jamás se sabrá la verdad de la guerra. Con toda espontaneidad, los griegos siguen a la Mentira. Está en su naturaleza.

—Gran Rey, si apoyaras la restauración de nuestra casa, Esparta te ayudaría. Abjuraría de lo que ha dicho. Seguiría al rey Cleomenes. Y los usurpadores, que también son tus enemigos, serían arrojados de la ciudad que su impiedad ha manchado.

Hipias se interrumpió. Darío asintió. Hipias se sentó. Darío hizo un gesto a Datis. El comandante general estaba bien preparado. Habló rápidamente y, al mismo tiempo, Demócedes tradujo a Hipias las palabras vertidas en persa con acento medo.

—Tirano —dijo Datis—: según la ley espartana, hay ya dos reyes. Poseen igual rango. Uno de los reyes de Esparta favorece tu restauración. El otro no. Antes de una campaña militar, se echa a suertes quién conducirá el ejército. ¿Qué ocurriría si el comando espartano en la guerra contra Atenas no fuese entregado a tu aliado, el rey Cleomenes, sino a tu enemigo, el rey Demarato?

La respuesta de Hipias estaba igualmente bien preparada.

—Hay, general, dos reyes en Esparta, como has dicho. Uno me apoya y el otro no. El que no me apoya dejará de ser rey en breve plazo. Lo ha dicho el oráculo de Delfos.

Hipias miraba el suelo mientras esto se traducía. Darío mantenía su expresión pétrea. Como a todos nosotros, los oráculos griegos no le importaban mucho. Había creído en demasiados.

Hipias concretó.

—Demarato será depuesto en Esparta porque es ilegítimo. El mismo Cleomenes me ha dicho que posee las pruebas.

Cuando Darío escuchó la traducción, sonrió por primera vez.

—Me interesaría saber —dijo suavemente— cómo se puede probar o desmentir la legitimidad treinta años después de la concepción.

La versión de Demócedes fue algo menos ruda que la broma de Darío. Pero, es curioso, se demostró que Hipias estaba absolutamente en lo cierto. Se probó que Demarato era ilegítimo, y fue depuesto. Se dirigió inmediatamente a Susa, donde sirvió lealmente al Gran Rey, y a Lais. Cleomenes murió poco después, completamente loco. Incapaz de dejar de morderse a sí mismo, se desangró hasta la muerte. A Demarato le encantaba describir el extraño fin de su enemigo.

Darío dio una palmada, y el copero le llevó un jarro de plata que contenía agua, hervida, del río que pasa junto a Susa. Esté donde esté, el Gran Rey bebe agua del Choaspes, que jamás le ofrece a nadie. Y sólo vino de Helbon, y trigo de Assis, y sal del oasis de Ammón. No sé cómo comenzaron estas costumbres. Probablemente sean heredadas de los reyes de Media, a quienes los aqueménidas imitan en tantas cosas.

Mientras Darío bebía, observé que Demócedes estudiaba cuidadosamente a su paciente. Una sed constante es inicio de fiebres epidémicas. Darío siempre bebía cantidades de agua, y con frecuencia estaba afiebrado. Pero era un hombre robusto y podía soportar toda clase de duros trabajos en campaña. Sin embargo, en todas las cortes del mundo hay una pregunta constante, jamás expresada: ¿cuánto tiempo más vivirá el monarca? Aquel día de invierno, en el pabellón de caza del camino a Pasargada, a Darío le restaban trece años de vida, y no teníamos por qué atender particularmente a la cantidad de agua que bebía. Darío se secó la barba con el dorso de su mano gruesa, cuadrada, cubierta de cicatrices.

—Tirano de Atenas —empezó. Y se detuvo. Demócedes también empezó a traducir y se interrumpió. Darío había hablado en griego.

Darío alzó la vista hacia las vigas de cedro que sostenían el techado lleno de rendijas. Frías corrientes de aire silbaban. Aunque los nobles montañeses persas no debían inquietarse por las temperaturas extremas, todos los presentes se estremecían, excepto Darío, muy abrigado.

El Gran Rey improvisaba, algo que yo nunca le había visto hacer, puesto que únicamente había estado ante él en ocasiones ceremoniales, en que las preguntas y respuestas estaban tan ritualizadas como las antífonas sagradas de mi abuelo.

—Lo primero es el norte —dijo—. Allí está el peligro. Allí murió mi antepasado Ciro, combatiendo contra las tribus. Por eso fui hasta el Danubio, y hasta el Volga. Por eso maté a todos los escitas que encontré. Pero ni siquiera el Gran Rey puede encontrarlos a todos. Aún están allí. Las hordas están esperando. Esperan el momento de dirigirse al sur. Si esto ocurre durante mi época, volveré a matarlos, pero… —Darío se interrumpió. Tenía los ojos cerrados, como si examinara un campo de batalla. Quizá volviese a vivir su derrota— ahora se puede usar la palabra exacta— en los bosques de Escitia. Si Histieo no hubiera impedido que los jonios quemaran el puente entre Asia y Europa, el ejército persa habría perecido. Darío nunca dejaba de agradecer a Histieo. Y tampoco dejaba de desconfiar de él. Creía por eso que Histieo era menos peligroso como huésped que en un hogar de Mileto. Como se demostró posteriormente, estaba en un error.

Yo podía ver la ansiedad de Histieo por recordarnos su papel crucial en la guerra escita, pero no se atrevía a hablar mientras no le dieran permiso. En cambio,

Artafrenes, el hermano del Gran Rey, tenía derecho a hablar en los consejos cuando lo deseara.

Todo ello era para mí muy revelador. Por lo pronto, comprendí que si bien había crecido en la corte, nada sabía sobre la forma en que realmente era gobernada Persia. Cuando Jerjes me hablaba de su padre, sólo decía frases convencionales. Hystaspes murmuraba a veces algo acerca de su hijo, y esto era todo.

Sólo en el consejo del pabellón empecé a comprender qué y quién era Darío, y aun en su ancianidad —ahora tengo edad suficiente para ser su padre en aquel momento— pude vislumbrar algo del joven osado e ingenioso que derribó al así llamado usurpador Mago y se convirtió en amo del mundo conservando la lealtad de los seis nobles que le ayudaron a conseguir el trono.

Darío indicó al copero que se retirara. Luego se volvió a Artafrenes. Los hermanos no se parecían en nada. Artafrenes era una versión algo más tosca de su padre Hystaspes.

—Hermano y Gran Rey. —Artafrenes inclinó la cabeza. Darío parpadeó: era suficiente. Cuando los jefes de los clanes persas se reúnen, la verdadera sustancia del debate es, con frecuencia, lo que no se expresa con palabras. Años más tarde, Jerjes me dijo que Darío disponía de una amplia variedad de gestos para comunicar su voluntad. Lamentablemente, no le vi lo suficiente para aprender ese código indispensable.

Artafrenes comenzó:

—Creo que Hipias es nuestro amigo, como lo fue su padre, a quien concedimos el mando de Sigeo. Creo que nos interesa la restauración de la casa de Pisístrato en Atenas.

La cara de Tesalo mostraba alegría. La de Hipias era tan impasible como el rostro de Darío. Era un hombre prudente, acostumbrado a las decepciones.

Artafrenes no escatimó una nueva, al cambiar bruscamente de tema.

—Hace dos semanas recibí en Sardis a Aristágoras de Mileto.

Histieo estaba sentado muy erguido. Sus pequeños ojos negros estudiaban cada gesto del sátrapa.

—Como bien sabe el Gran Rey —ésta era la frase empleada en la corte para referirse a algo que el Gran Rey ignoraba, había olvidado o no quería saber—, Aristágoras es el sobrino y yerno del leal amigo y aliado que hoy nos honra con su presencia. —Artafrenes indicó a Histieo con un gesto de la mano derecha—. El tirano de Mileto, que prefiere la compañía del Gran Rey a su país natal.

Creo que Darío sonrió en ese instante. Pero su barba era muy tupida y no puedo estar seguro.

—Aristágoras actúa en Mileto en nombre de su suegro —continuó el sátrapa—. Se declara tan leal a nosotros como el tirano mismo. Le creo. Después de todo, el Gran Rey jamás ha dejado de apoyar a los tiranos de las ciudades griegas que le pertenecen. —Artafrenes se interrumpió. Se volvió hacia Darío. Ambos cambiaron una mirada. ¿Un código de alguna clase?

Darío continuó:

—Aristágoras goza de nuestro afecto. —Sonrió a Histieo—. Porque goza del tuyo, y eres nuestro amigo.

Histieo interpretó que podía hablar. Se puso de pie.

—Gran Rey, mi sobrino es un guerrero de nacimiento. Es un comandante naval de probado valor.

La historia del mundo podría haber cambiado si, en aquel momento, alguien hubiese preguntado cómo y dónde y cuándo Aristágoras había demostrado alguna competencia como jefe militar.

Sé ahora que Histieo y Artafrenes se habían puesto de acuerdo. En aquel momento era sólo un joven inexperto con una borrosa idea de la situación de Atenas, Mileto y Sardis, por no hablar de su importancia. Sabia que la política persa consistía en apoyar a los tiranos griegos. Y también que nuestros tiranos favoritos eran constantemente arrojados al exilio por los nuevos mercaderes en combinación con la nobleza, si es posible usar esta palabra para describir alguna clase griega. En este país, para ser noble, basta con poseer dos caballos y una cabaña junto a un olivo.

—Aristágoras cree que la isla de Naxos es vulnerable —dijo el sátrapa—. Si el Gran Rey le concede una flota, jura que agregará Naxos a nuestro imperio.

Recordé súbitamente el día en que Demócedes e Histieo habían hablado de Naxos, años antes, en Ecbatana; y, pese a mi escasa experiencia, establecí de inmediato la conexión.

—Cuando nos apoderemos de Naxos, controlaremos toda la cadena de islas llamadas Cícladas. Y cuando esto ocurra, el Gran Rey será señor del mar, tanto como señor de todas las tierras.

—Soy señor del mar —repuso Darío—. Soy dueño de Samos. El mar es mío.

Artafrenes tomó una actitud servil.

—Me refería a las islas, Gran Rey. Ya eres todopoderoso. Pero necesitarás las islas si quieres aproximarte, paso a paso, al continente griego, para que nuestros amigos vuelvan a reinar en Atenas.

Delicadamente, Artafrenes había conectado la aspiración de Aristágoras, de conquistar Naxos, con la restauración de la casa de Pisístrato, razón ostensible del consejo.

Hubo un largo silencio. Pensativo, Darío arregló y volvió a arreglar su pesado manto de lana. Finalmente habló.

—El comercio con nuestras ciudades griegas no es bueno. Los astilleros están ociosos. La recaudación de impuestos disminuye. —Darío miró la disposición de las lanzas en la pared que tenía al frente—. Cuando Síbaris cayó, Mileto perdió el mercado italiano. Es un asunto serio. ¿A quién le venderá Mileto la lana que los italianos compraban? —Darío miró a Histieo.

El tirano respondió:

—No hay un mercado comparable en ninguna otra parte. Por eso afeité mi cabeza cuando Síbaris desapareció bajo las aguas.

Me sorprendió que Darío supiera algo sobre un tema tan prosaico como el comercio de lanas milesio. Descubriría más tarde que Darío pasaba la mayor parte de sus días ocupándose de rutas comerciales, mercados, negocios. Había cometido el error común de pensar que el Gran Rey era igual en público que en privado, que siempre era hierático, pomposo, espiritual. Lo cierto era lo contrario.

Por cierto, en esa fría habitación del pabellón de caza, Darío había hablado de un asunto inadvertido por todos sus consejeros. Ellos deseaban convertirlo en el señor

del mar; él quería revitalizar las industrias, en ese momento poco activas, de las ciudades jonias de Asia Menor. Darío siempre prefirió el oro a la gloria, sin duda, por el excelente motivo de que siempre se puede comprar la segunda con el primero.

—¿Cuántos barcos se necesitan —preguntó— para la conquista de Naxos?

—Aristágoras estima que puede tomar Naxos con cien naves de guerra. —Artafrenes hablaba con precisión. Nunca le faltaban palabras. Parecía conocer siempre la respuesta correcta a cualquier pregunta. Era también absolutamente incompetente, como lo demostrarían los hechos por venir.

—Con doscientos barcos —agregó Darío— podrá convertirse en el señor del mar. En mi nombre, por supuesto. —Ahora, la sonrisa de Darío era claramente visible. Y encantadora.

—Juro que te servirá como yo lo he hecho y lo hago, Gran Rey. —Histieo decía la verdad, como lo demostrarían también los hechos por venir.

—Estoy seguro de ello. —Darío ordenó a continuación—: Se deben construir cien nuevas trirremes en los astilleros de nuestras ciudades jonias. Han de estar terminadas para el equinoccio de primavera. Irán a Mileto, donde se les unirán cien nuevas de nuestra flota samia. Nuestro hermano, el sátrapa de Lidia, velará por la ejecución de este plan.

—Serás obedecido en todo, Gran Rey. —Artafrenes pronunció la respuesta ceremonial. Tuvo cuidado de no demostrar que estaba encantado. Y por otra parte, Histieo resplandecía obviamente de placer. Sólo los atenienses parecían tristes: hay un largo camino de Naxos a Atenas.

—Pondremos la flota bajo el mando de nuestro más leal almirante…

El grave rostro de Histieo se abrió en una ancha sonrisa.

—… nuestro primo Megabetes. —Darío no pudo evitar mirar cómo se cerraban los labios de Histieo.

—El segundo será Aristágoras. —Cuando Darío se puso de pie, todos nos inclinamos—. Tal es el deseo del Gran Rey —concluyó Darío y, de acuerdo con la costumbre, repetimos al unísono:

—Tal es el deseo del Gran Rey.

Las guerras griegas habían comenzado.

Hystaspes y yo permanecimos dos días en el pabellón de caza. Cada uno de ellos Darío nos agasajó con un formidable festín. Aunque el Gran Rey comía solo o con Jerjes, se reunía con nosotros para beber. Como todos los montañeses se jactan de la cantidad de vino que pueden consumir, no me sorprendía ver que a medida que el festejo avanzaba, era menor la cantidad de agua del río Choaspes que se mezclaba con el vino de Helbon del Gran Rey. Pero, al igual que todo su clan, Darío tenía la cabeza fuerte. Por más que bebiera jamás decía tonterías. Tendía, en cambio, a quedarse dormido de improviso. En el momento en que esto ocurría, su copero y el conductor de su carro lo llevaban a su cama. Los montañeses bebían más que los griegos de tierras bajas, con excepción de Hipias, que simplemente se mostraba cada vez más triste, a medida que iba comprendiendo que, por el momento, su misión había fracasado.

Recuerdo muy poco más acerca de ese famoso consejo. Eso sí: Jerjes deseaba tomar parte en la campaña contra Naxos, pero había algunas dudas acerca de si se le

permitiría ir o no.

—Soy el heredero —me dijo mientras cabalgábamos una fría y clara mañana de invierno—. Está decidido. Pero nadie debe saberlo. Todavía, por lo menos.

—Todo el mundo lo sabe en el harén —respondí—. No hablan de otra cosa. —Era verdad.

—Aun así, sólo será un rumor hasta que el Gran Rey hable, y no hablará hasta el momento en que marche a la guerra.

Según la ley persa, el Gran Rey debe nombrar a su heredero antes de marchar a la guerra. De otro modo, si muriera, podría sobrevenir el caos, como ocurrió tras la inesperada muerte de Cambises.

Mientras corríamos con nuestros caballos y el aire frío despejaba nuestro cerebro del vino de la víspera, yo no podía saber que estábamos en el cenit del imperio persa. Irónicamente, en el punto culminante de la edad de oro de Persia, y en el vigor de mi juventud, sufría constantes dolores de cabeza y malestares de estómago, a causa de los banquetes interminables y de la bebida. Pocos años más tarde habría de anunciar que, por ser el nieto del profeta, sólo podía beber en ocasiones rituales. Esta sabia decisión me permitió vivir la larga vida que he vivido. Como una larga vida es una maldición, comprendo ahora que debí haber bebido más vino de Helbon.

## 2

En el verano del año siguiente, Mardonio y yo salimos de Babilonia con rumbo a Sardis. Viajábamos con cuatro compañías de caballería y ocho de infantería. Mientras salíamos por la puerta de Ishtar, las damas del harén nos saludaban desde el terrado del palacio nuevo. Y también los eunucos, es verdad.

Los oficiales jóvenes teníamos gran respeto a la docena de hombres —para nosotros terriblemente viejos— que habían combatido junto a Darío, de un extremo del mundo al otro. Se encontraba entre ellos un anciano oficial que había conocido a mi padre; lamentablemente, no recordaba nada interesante para contarme. Artanes, hermano de Darío, comandaba nuestro pequeño ejército. Era una figura sin relieve. Más tarde enfermó de lepra y se vio forzado a vivir aislado en el desierto. Se dice que los leprosos poseen grandes poderes espirituales. Afortunadamente, jamás he estado lo bastante cerca de uno como para saberlo.

Nunca me he divertido más que en las semanas que nos ocupó nuestro viaje de Babilonia a Sardis. Mardonio era un compañero excelente. Como ambos extrañábamos la compañía de Jerjes, gran parte del afecto que sentíamos hacia el amigo ausente se transfería al otro.

Todas las noches disponíamos nuestras tiendas junto a una de las postas establecidas a intervalos de trece millas a lo largo de la carretera de mil quinientas millas que une las dos ciudades. Y luego salíamos a beber, y yo desarrollé cierta afición al vino de palma, una bebida fuerte muy apreciada en Babilonia.

Recuerdo una noche en que Mardonio, yo y varias muchachas que se ocupaban de los equipajes decidimos averiguar cuánto vino de palma podíamos beber. Estábamos sentados en el parapeto de la llamada muralla de Media, una vieja estructura que se disgregaba y retornaba al polvo con que se habían hecho sus ladrillos. Todavía puedo ver la dorada luna llena que rodaba sobre el parapeto. Y también el sol, igualmente dorado, ardiendo en mis ojos a la mañana siguiente, cuando me encontré tendido en una duna al pie de la muralla. La noche anterior me había caído, y la arena blanca me salvó la vida. Mardonio se divirtió mucho; yo estuve enfermo durante varios días a causa del vino de palma.

Teníamos el Éufrates a la derecha mientras avanzábamos hacia el mar. Me impresionó como nunca la extensión y diversidad de nuestro imperio. Pasamos de los cálidos y bien regados campos de Babilonia, a través del desierto de la Mesopotamia, a las sierras boscosas de Frigia y Caria. Cada pocas millas el paisaje cambiaba. Y también las personas. La gente de las tierras bajas es pequeña, oscura e inteligente. Tienen grandes cabezas. En las montañas los hombres son altos, pálidos, de cabeza pequeña, y se mueven con lentitud. En las ciudades costeras griegas se ven curiosas mezclas raciales. Aunque predominan los jonios y los dorios, se han combinado con rubios tracios, oscuros fenicios, egipcios blancos como el papiro. La variedad física de los seres humanos es tan asombrosa como la igualdad de su carácter.

Por razones obvias, no salimos de la carretera real en Mileto. Lo hicimos en Halicarnaso, la más meridional de las ciudades griegas del Gran Rey. Los habitantes de Halicarnaso son dorios, y tradicionalmente leales a Persia.

El rey Lydagmis nos recibió cordialmente y nos alojó en su palacio sobre el mar, una especie de cuartel de húmeda piedra gris que domina la costa. Mardonio y yo compartíamos una habitación desde donde se veía en la distancia la verde isla de Cos. Yo estaba siempre en la ventana. Por primera vez en la vida contemplaba el mar. Debo tener sangre de marinos en las venas (¿por los antepasados jonios de Lais?) porque no podía dejar de mirar esas turbulentas aguas moradas. Impulsadas por los vientos otoñales, grandes olas rompían contra la base del palacio con tal estrépito que no podía dormir por las noches; en los, intervalos entre una ola y otra escuchaba, si ponía atención como solía, el susurro de la espuma debajo de la ventana.

Mardonio encontraba absurda mi fascinación por el mar.

—Espera hasta que nos hagamos a la vela. Te marearás, como todos los Magos. —Desde la infancia, a Mardonio le gustaba llamarme el Mago. Como era un joven de buen natural, nunca me molestó demasiado el epíteto.

En aquellos días conocía tan bien a Mardonio que, en cierto sentido, no lo conocía en absoluto. Jamás me detuve a observar su carácter, como se hace con un nuevo amigo o con los personajes importantes que uno tiene el privilegio de ver desde cierta distancia.

Como Mardonio había de ser mundialmente célebre, supongo que debería tratar de recordar cómo era en nuestra juventud y —lo que es más importante— cómo era cuando empecé a comprender, en Halicarnaso, que no era simplemente otro joven noble, distinguido tan sólo por la posición de su familia y por su amistad con Jerjes.

Siempre había sabido que Mardonio era capaz de aprovechar hábilmente cualquier situación en que se encontrara. Era también profundamente reservado acerca de sus acciones, y aún más de sus motivos.

Pocas veces tenía uno la menor idea de lo que se proponía. Jamás revelaba nada voluntariamente. Pero en Halicarnaso descubrí en buena medida qué clase de hombre era. Si yo hubiese sido más atento, habría podido empezar a comprenderlo. Y si lo hubiese comprendido… Pero no tiene sentido especular sobre lo que podría haber ocurrido.

Los hechos fueron los siguientes:

Veinte de nosotros fuimos invitados aquella noche por el rey Lydagmis. El hombre, de unos cincuenta años y aspecto insignificante, estaba echado sobre un diván en el extremo opuesto del salón. A su derecha se encontraba Artanes, hermano del Gran Rey, y a su izquierda Mardonio, segundo en rango entre todos los persas presentes. Los demás estábamos dispuestos en semicírculo entre los tres personajes principales. Los esclavos colocaron ante cada uno de nosotros una mesilla de tres patas con toda clase de pescados. Esa noche comí por vez primera una ostra, y vi, aunque no me atreví a probar, un calamar cocido en su propia tinta.

La sala del banquete era alargada y de estilo dórico, algo despojado y —a mis ojos— siempre inconcluso. El suelo estaba cubierto de juncos enmohecidos, de los que rezumaba continuamente agua de mar. No es extraño que los gobernantes de Halicarnaso sufran con frecuencia esas enfermedades que endurecen las articulaciones.

Justamente detrás de Lydagmis había una silla donde estaba sentada su hija

Artemisia. Era una muchacha delgada, de pelo rubio. Como su marido estaba constantemente enfermo, cenaba con el padre como si fuera su hijo o su yerno. Se decía que tenía un hermano, loco. Y en consecuencia, según las leyes dorias, era heredera natural del reino. No pude apartar los ojos de ella; lo mismo les ocurrió a los demás. Era la primera vez que cenaba en presencia de una mujer que no fuera Lais. Mis compañeros persas estaban igualmente intrigados.

Aunque Artemisia no hablaba, a menos que su padre le dirigiese primero la palabra, escuchaba atentamente lo que se decía y se comportaba modestamente. Yo estaba demasiado lejos para oír sus palabras. Pero aprendí a comer erizos de mar observando la delicadeza con que desprendía con sus dedos la carne del centro de la espinosa concha. Aún hoy, no podría comer un erizo de mar sin recordar a Artemisia. Aunque, para ser preciso, ya no pruebo erizos: son demasiado peligrosos para un ciego. Quizá se explique así que no haya pensado en Artemisia durante tantos años.

Se bebía bastante vino, a la manera doria, que es como la tracia. Un cuerno pasa de mano en mano. Se bebe y se le alcanza al vecino. Las últimas gotas que quedan se derraman siempre sobre la persona más próxima al último bebedor. Se considera que esa sucia costumbre atrae la buena fortuna.

Cuando me fui a dormir, Mardonio no estaba en la habitación. Cuando me desperté, de madrugada, estaba en la cama, a mi lado, roncando. Lo desperté y le propuse que visitáramos el puerto.

No creo que haya una parte del mundo más hermosa que la costa de Asia Menor. El terreno es escabroso y abundan las caletas. Las sierras están cubiertas de vegetación, y las llanuras costeras son fértiles y bien irrigadas. A la distancia, las agudas montañas azules parecen erigidas como templos del fuego para el culto del Sabio Señor. Sin embargo, en aquellos días el Sabio Señor era desconocido en esa región del mundo, tan bella y tan escasa en bienes espirituales.

El puerto estaba atestado de barcos de todas clases, y el aire olía a la brea que usan los marinos para calafatear los cascos y las cubiertas. Las barcas de pesca amarraban, los hombres arrojaban sobre la costa redes llenas de peces brillantes que se retorcían, y los mercaderes del muelle se disponían a regatear. El ruido era ensordecedor, pero alegre. Me gustan los puertos de mar.

Justamente antes del mediodía, a la hora del mercado lleno (una expresión griega que oí por vez primera en Halicarnaso), un marino de alta estatura se aproximó a nosotros desde el muelle. Saludó gravemente a Mardonio, que me presentó a él. Su nombre era Escílax. Mardonio daba por sentado que yo sabia quién era, pero me avergüenza reconocer que no había oído hablar de ese hombre, el más grande navegante del mundo. Escílax, un griego de la vecina Caria, había sido enviado varias veces por Darío a realizar expediciones. Él había trazado las cartas del océano al sur de la India, y de las zonas occidentales del Mediterráneo. Él había inducido a Darío a construir un canal entre el Mediterráneo y el Mar Arábigo. Cuando Jerjes llegó a ser Gran Rey, quiso que Escílax diese la vuelta al África. Infortunadamente, el navegante de Caria era ya demasiado anciano para realizar tal viaje.

—¿Habrá una guerra? —preguntó Mardonio.

—Tú debes saberlo, señor. —Escílax lo miró de soslayo. Como tantos marinos, tenía los ojos siempre entrecerrados, como si hubiese mirado el sol demasiado tiempo.

Aunque la piel de su rostro estaba oscurecida por la intemperie, el cuello era blanco como la espuma.

—Pero tú eres griego. —Las maneras de Mardonio eran siempre sinuosas con aquellos a quienes consideraba iguales, por temporalmente que fuera—. ¿Qué hace Aristágoras?

—No ha estado aquí. Dicen que se encuentra en el norte. Dudo que venga hasta tan al sur. Somos dorios, recuerda. Tenemos nuestro propio rey. Aquí no hay tiranos.

—¿Es muy grande su flota?

Escílax sonrió.

—No importa cuántos barcos tenga Aristágoras, se las arreglará para hundirlos a todos.

—¿No es el señor del mar?

—No, no lo es. Pero —Escílax frunció el ceño— si Histieo estuviera en Mileto, él si lo sería.

—¿Te parece verdaderamente capaz?

Como el resto de los jóvenes cortesanos de nuestra generación, Mardonio no dudaba que los hombres mayores que nosotros eran necesariamente inferiores en todos los aspectos.

—Lo conozco bien. Y también el Gran Rey. Darío hace bien en mantenerlo a su lado. Histieo podría ser un hombre peligroso.

—No lo olvidaré.

Escílax se despidió; Mardonio y yo subimos por las estrechas y empinadas callejuelas que llevan desde el puerto con olor a pescado hasta el palacio de Lydagmis.

Hablamos de la guerra inminente. No teníamos ninguna clase de información, y no éramos muy distintos de los escolares que habíamos sido hasta poco antes; por lo tanto, nos vanagloriamos de las grandes hazañas que haríamos algún día, cuando fuéramos adultos. Por fortuna, el futuro era —siempre lo es— un perfecto misterio.

En el palacio construido a la orilla del mar, Mardonio me dijo:

—Una persona quiere hablar contigo. Es alguien que está muy inquieto por lo que respecta al Sabio Señor. —Aunque Mardonio jamás se atrevió a burlarse abiertamente de la religión de los aqueménidas, poseía, como Atosa, el don de ser delicadamente ofensivo cuando se mencionaba el tema.

—Soy un seguidor de la Verdad —respondí con severidad, como siempre que alguien espera de mí el reflejo de la sabiduría del Sabio Señor.

Para mi asombro, dos ancianas nos condujeron a las habitaciones de Artemisia. En aquellos tiempos, en las cortes dorias no se conocían los eunucos. Cuando entramos al pequeño aposento, Artemisia se levantó para saludarnos. Vista de cerca, no me pareció una persona totalmente natural. Indicó a las mujeres que se retiraran.

—Sentaos —dijo Artemisia—. Os transmito los saludos de bienvenida de mi marido. Quería recibiros, pero no se encuentra bien. Está en la habitación vecina.

Artemisia señaló una puerta de madera labrada, burdamente implantada en un muro de piedra desnuda. Las únicas artes que conocen los dorios son la guerra y el robo.

Luego Artemisia procedió a formular algunas desganadas preguntas acerca del Sabio Señor. Sólo después de mi duodécima desganada respuesta comprendí que Mardonio se había acostado con Artemisia la noche anterior. Y que ahora me utilizaba para poder hacer una respetable visita diurna, con el plausible motivo de que la hija del rey discutiera temas religiosos con el nieto del profeta.

Irritado, dejé de responder a las preguntas de la muchacha, que apenas lo advirtió. Miraba fijamente a Mardonio, como si quisiera devorarlo en ese instante, así como había devorado diestramente una serie de espinosos erizos de mar la noche precedente.

Cuando Mardonio advirtió que yo no me mostraba cooperativo, habló él de religión, mientras ella escuchaba solemnemente. Por fin, a Mardonio se le empezaron a agotar los textos religiosos. Sabía tan poco del Sabio Señor como yo de su amado Mitra.

Finalmente, los tres guardamos silencio. Mientras los enamorados se contemplaban, yo pretendía estar extraviado en la visión del mundo al final del tiempo del largo dominio. Sé hacerlo muy bien. Aun mejor que mi primo, el actual sucesor de Zoroastro, quien siempre parece a punto de venderle a uno la carga de alfombras de un camello.

El rey Lydagmis entró sin fanfarrias; es un modo de decirlo: en realidad, se deslizó en la habitación de un modo totalmente furtivo. Sorprendidos, nos pusimos en pie de un salto. Si sabía que Artemisia y Mardonio habían hecho el amor en el suelo de ese mismo aposento la noche anterior, no lo demostraba. Nos trató con la solemnidad de quien sabe cómo se recibe a los compañeros de la mesa de Darío. O al compañero. Mardonio había cenado con Darío. Yo no. Posteriormente, por supuesto, había de ser el compañero de mesa de Jerjes hasta el fin de su vida. Y esto fue un gran honor, porque yo no formaba parte de la familia real, ni era uno de Los Seis.

—Ciro Espitama es el nieto de Zoroastro —explicó Artemisia. No estaba en modo alguno embarazada por la situación. Era obvio que Mardonio no había sido el primero en gozar de sus favores.

—Lo sé. Lo sé. —El rey Lydagmis hablaba bondadosamente—. Me han dicho que recibías a estos dos jóvenes príncipes. Y su encanto te ha hecho olvidar que debías salir a cabalgar por el parque conmigo.

Artemisia se mostró bruscamente culpable.

—¡Lo había olvidado! Lo siento. ¿Pueden venir ellos también?

—Naturalmente. Si así lo desean.

—¿Adónde? —preguntó Mardonio.

—A cazar ciervos —respondió Artemisia—. Venid.

De manera que aquel extraño día Mardonio y yo terminamos cazando ciervos invisibles con Lydagmis y Artemisia. La muchacha, más bien ostentosamente, cabalgaba al frente, con su manto flameando al viento y la jabalina en la mano derecha.

—Es como la diosa Artemisa, ¿verdad? —Lydagmis estaba orgulloso de su amazónica hija.

—Más hermosa y más rápida —respondió Mardonio, sin mirarme.

Como Artemisa es un peligroso demonio, hice un gesto para prevenir el mal; con demasiado éxito. Artemisia fue inmediatamente desmontada por una rama baja.

Como era yo quien estaba más cerca, la oí jurar como un soldado de la caballería doria. Pero cuando se aproximó Mardonio empezó a llorar suavemente. Con gran ternura, Mardonio la ayudó a subir nuevamente al caballo.

En el camino de Halicarnaso a Sardis sostuvimos una conversación bastante profunda acerca de Artemisia. Mardonio admitió que la había seducido.

—O lo contrario —añadió—. Es muy voluntariosa. ¿Son así todas las mujeres dorias?

—No conozco a ninguna. Lais es jonia.

Avanzábamos juntos por una hondonada boscosa. Durante la noche había helado en la montaña, y los cascos de nuestros caballos hacían crujir las plantas, hojas y ramillas escarchadas bajo su peso. La caballería nos precedía y nos seguía, en doble fila, a través de la fría floresta.

Mardonio y yo íbamos siempre en el centro, justamente detrás de nuestro comandante Artanes. En caso de combate, Artanes dirigiría el ataque desde el centro, puesto que la columna frontal se convierte siempre en el ala izquierda y la posterior en la derecha. Me refiero, naturalmente, a un combate en campo abierto, porque cualquiera que nos hubiese emboscado en esa alta quebrada montañesa nos habría matado a todos. Pero nuestras mentes no se ocupaban del peligro militar.

Bruscamente, Mardonio dijo:

—Quiero casarme con ella.

—La señora es casada. —Me pareció que valía la pena decirlo.

—Morirá pronto, el marido. Ella cree que es cuestión de semanas, o meses.

—¿Se propone… apresurar la cosa?

Mardonio asintió. Estaba totalmente serio.

—Apenas le diga que puedo casarme con ella, será viuda. Me lo ha prometido. En el suelo.

—Una esposa así me pondría nervioso.

Mardonio rió.

—Apenas se case conmigo entrará en el harén y no volverá a salir. Ninguna de mis esposas recibirá a un hombre como ella me ha recibido. Ni cazará ciervos.

—¿Por qué la quieres?

Mardonio se volvió y me mostró de frente su bella cara sonriente, de mandíbula cuadrada.

—Porque quiero Halicarnaso, Cos, Nisyros y Calymna. Cuando el padre muera, Artemisia será la reina de esos lugares, de acuerdo con la ley doria. Su madre también era doria, de Creta. Y me ha dicho que también puede aspirar a Creta. Y lo hará, si su marido tiene suficiente valor.

—Eso te convertiría en señor del mar.

—Eso me convertiría en señor del mar. —Mardonio se apartó. Su sonrisa había desaparecido.

—El Gran Rey no permitiría nunca ese matrimonio. —Fui al grano—. Piensa en Histieo. Apenas recibió esas minas de plata en Tracia fue llamado a Susa.

—Pero él es griego. Yo soy persa. Soy el sobrino de Darío. El hijo de Gobryas.

—Sí. Y por ser quien eres, ese casamiento es imposible.

Mardonio no dijo nada. Sabía, por supuesto, que yo tenía razón, y jamás osó

mencionar el tema ante Darío. Pero algunos años más tarde, cuando Artemisia era reina, pidió permiso a Jerjes para desposarla. Jerjes se divirtió mucho, y hasta se burló un poco de Mardonio.

—Los montañeses —dijo desde el trono— nunca deben mezclar su sangre con la de una raza inferior.

Por irreverente que pudiera ser Mardonio en ocasiones, Jerjes sabía que no le recordaría la sangre aqueménida que él mismo había mezclado tan voluble —y a veces ilegalmente— con mujeres extranjeras. Es curioso que los descendientes de las esposas extranjeras de Jerjes terminaran tan mal. Pero, para ser justos, no se les dio gran oportunidad de demostrar sus méritos. Casi todos fueron ejecutados durante el siguiente reinado.

## 3

Llegamos a Sardis a comienzos del otoño. Toda la vida había oído hablar de esa fabulosa ciudad, creada o recreada por Creso, el hombre más rico del mundo, cuya derrota a manos de Ciro es el tema de mil baladas, dramas y leyendas, y aun de obscenos y excesivos cuentos milesios.

No recuerdo ahora qué esperaba ver. Edificios de oro macizo, supongo. En cambio, encontré una ciudad totalmente corriente, de unos quizá cincuenta mil habitantes hacinados en casas de barro y paja. Como las calles eran simples senderos al azar, era aún más fácil extraviarse en Sardis que en las igualmente desangeladas Susa y Atenas.

Una vez que Mardonio y yo ayudamos a nuestras tropas a instalarse en un campamento al sur de la ciudad, cabalgamos juntos hasta Sardis, donde a poco de llegar, nos perdimos. Para hacer peor aún la cosa, la gente no hablaba persa ni griego, y en toda la tierra sólo los lidios hablan lidio.

Anduvimos de un lado a otro durante lo que parecían horas. Los balcones y los pisos superiores eran un peligro constante, sobre todo cuando estaban encubiertos por la ropa lavada. Ambos encontramos a los pobladores insólitamente bellos. Los hombres usan largas trenzas y se enorgullecen de la blancura de su piel. Ningún hombre de alcurnia se aventura a exponerse al sol. Y, sin embargo, la caballería lidia es la mejor del mundo, y un baluarte del ejército persa.

Finalmente desmontamos y llevamos nuestros caballos a lo largo del río que atraviesa el centro de la ciudad y también el de la gran plaza del mercado. En la duda, sigue un río, como ha dicho, según se cuenta, Ciro el Grande.

La plaza del mercado de Sardis era aún mayor que la de Susa. Diez mil tiendas y bazares, rodeados por un muro de ladrillo, ofrecen en venta todo lo que existe en la tierra. Mientras vagábamos, boquiabiertos como dos campesinos de Caria, nadie nos prestó la más mínima atención. Los oficiales persas no son, sin duda, una noticia en Sardis.

Mercaderes de todas las regiones del mundo ofrecían sus mercancías. Ánforas y crateras de Atenas. Rubíes y telas de algodón de la satrapía de la India. Alfombras de las montañas de Persia. Junto al fangoso río había una fila de palmeras, a las cuales estaban atados cien camellos de mal genio. Algunos eran aliviados de sus exóticos cargamentos; otros eran cargados con los productos de Lidia: higos rojos, arpas de doce cuerdas, oro… Sí, Sardis es una verdadera ciudad de oro, porque ese río fangoso está lleno de oro en polvo, y fue el padre de Creso quien primero fundió el oro en lingotes, lo convirtió en joyas, y acuñó las monedas iniciales.

Detrás de Sardis, en las montañas, hay minas de plata, el metal más raro del mundo. Yo tenía una moneda lidia de plata que, según se creía, superaba los cien años. Si era cierto, había sido acuñada por el abuelo de Creso. En ese caso, la acuñación de moneda proviene de Lidia, como sostienen los lidios. Mi moneda lidia tenía grabado un león, desgastado y bruñido. Me la robaron en Catay.

—¡Qué ricos son! —exclamó Mardonio.

Parecía capaz de saquear el mercado con sus solas manos.

—Es porque gastan poco en sus casas. —Yo todavía estaba disgustado por la fealdad de la fantaseada ciudad.

—Supongo que el placer es lo primero.

Mardonio llamó a un mercader de Media, que aceptó ser nuestro guía. Mientras atravesábamos lentamente el mercado, me sentía bastante mareado por los brillantes colores, las acres fragancias, la tediosa cháchara en cien lenguas.

Inmediatamente al otro lado de la muralla del mercado hay un pequeño parque sombreado por los árboles. En el extremo opuesto del parque está el viejo palacio de Creso, una construcción de madera y ladrillos de barro, de dos pisos. Allí vivía el sátrapa persa de Lidia.

Mientras seguíamos a un chambelán por un polvoriento pasillo hacia la sala del trono de Creso, Mardonio movió la cabeza.

—Si hubiese sido el hombre más rico del mundo, ciertamente se me habría ocurrido algo mejor que esto.

Artafrenes estaba sentado en una silla al lado del trono, siempre vacío cuando el Gran Rey no está presente. Me sorprendió ver que el trono era una réplica exacta —en feo metal plateado— del trono del león del Gran Rey.

Aunque Artafrenes estaba en plena audiencia con un grupo de lidios, se puso de pie al ver a Mardonio y lo besó en la boca. Yo besé al sátrapa en la mejilla.

—Bienvenidos a Sardis. —Artafrenes me recordó más que nunca a su padre, Hystaspes—. Os alojaréis aquí, con nosotros. —Luego Artafrenes nos presentó a los lidios. Un hombre muy anciano resultó ser Ardes, hijo de Creso. A su debido tiempo, llegué a conocer bien a este fascinante nexo con el pasado.

En los días siguientes vimos con frecuencia a Artafrenes y a los griegos. Al parecer, todos los aventureros griegos del mundo se dieron cita en Sardis. Es innecesario decir que todos estaban en alquiler. Artafrenes los alquilaba porque no sólo eran excelentes soldados y marinos, sino exactamente tan inteligentes como traicioneros.

Demócrito es demasiado cortés para disentir. Pero he visto un aspecto de los griegos que normalmente ellos no se muestran entre sí. Los he visto en la corte de Persia. Los he oído pedir al Gran Rey que atacase sus ciudades natales porque ningún griego puede sufrir el éxito de otro griego. Si no hubiera sido por los griegos de Persia, las guerras griegas no habrían ocurrido, y Jerjes habría llevado nuestro imperio hasta el final de la India, hasta el Himalaya, y quizá más allá. Pero la categoría de lo que podría haber sido está ya demasiado repleta.

Hipias estaba en el primer consejo a que asistí en Sardis. Le acompañaban Tesalo y mi antiguo compañero de escuela, Milo.

Hipias recordó nuestro encuentro en el pabellón de caza, el invierno anterior.

—Desde entonces, he leído profundamente las obras de tu abuelo.

—Me alegro de que sigas a la Verdad, tirano. —Fui cortés. No dije que en aquellos días se había escrito muy poco de las enseñanzas de mi abuelo. Ahora, por supuesto, hay mil pieles de buey cubiertas de himnos, diálogos y plegarias, todos atribuidos a Zoroastro.

En el primer consejo a que asistí en Sardis, Hipias propuso un inmediato ataque persa a Mileto. El viejo tirano habló con su habitual gravedad.

—Sabemos que Aristágoras está todavía en Chipre con su flota. Sabemos que los demagogos de Atenas le han enviado veinte barcos. En este momento, esos barcos no deben estar demasiado lejos de Chipre. Antes de que las dos flotas se reúnan, debemos recuperar Mileto.

—La ciudad está bien defendida. —Artafrenes jamás se apresuraba a comprometerse a ninguna estrategia. Indudablemente, se fundaba en la idea de que saber cuándo no hacer nada es la esencia del arte de gobernar.

—Mileto —dijo Hipias— comenzó su historia como una colonia de Atenas, y hasta el día de hoy hay muchos milesios que ven con afecto a mi familia.

Eso no tenía sentido. Si alguna vez Mileto fue colonia de Atenas, lo fue mucho antes de los pisistrátidas. De todos modos, había pocos amantes de los tiranos en Mileto, como descubrió Aristágoras cuando apostó por la independencia. Las clases superiores de la ciudad se negaron a rebelarse contra Persia, a menos que Aristágoras les permitiera darse una democracia al estilo ateniense. Y el aventurero se vio obligado a conceder lo que deseaban. Como pronto descubriríamos, la época de los tiranos había sido prolongada artificialmente debido a la política del Gran Rey en sus ciudades griegas. En apariencia, las clases gobernantes no podían soportar a los tiranos ni a la aliada de estos, la gente común. Por eso, todas las ciudades griegas son ahora democracias de nombre, pero oligarquías de hecho. Demócrito piensa que el actual gobierno de Atenas es más complejo que esto. Yo no lo creo.

Mardonio secundó la propuesta de Hipias. Veía la posibilidad de distinguirse militarmente.

—Esta será mi obra —dijo una noche en que habíamos bebido demasiado dulce vino de Lidia—. Si me dejan dirigir el ataque a Mileto, estaremos en casa el verano siguiente.

Mardonio acertaba al decir que aquella guerra sería su obra. Pero no volvimos el verano siguiente. La guerra con los rebeldes jonios duró seis años.

Al cabo de una semana de discusiones en el consejo, Artafrenes acordó utilizar la mitad del ejército persa y la mitad de la caballería lidia para un ataque a Mileto. Mardonio fue designado segundo de Artobazanes, hijo mayor de Darío y rival de Jerjes. Yo debía quedarme en Sardis, con el estado mayor del sátrapa.

Las primeras malas noticias llegaron durante una ceremonia en el templo de Cibeles. Me pareció apropiado. Después de todo, yo no tenía por qué tomar parte de los ritos de un culto diabólico, pero Artafrenes insistió en que todo el estado mayor le acompañara en el templo.

—Debemos halagar a los lidios. Son, como nosotros, esclavos del Gran Rey. Como nosotros, son leales.

Miré bailar a las sacerdotisas y a los eunucos, con disgusto. No siempre era fácil saber cuáles eran las sacerdotisas y cuáles los eunucos, porque todos estaban vestidos de mujer. En verdad, los eunucos estaban mejor vestidos que las sacerdotisas. Jamás he comprendido la veneración que tantas razas descarriadas sienten por Anahita, Cibeles, Artemisa, o el nombre que adopte cualquier voraz diosa madre.

En Sardis, el día de la diosa, los jóvenes que deseaban honrarla se cortaban los genitales y corrían por las calles llevando en la mano el despojo. Los adoradores menos ambiciosos consideraban de buen augurio las salpicaduras de sangre de un

nuevo eunuco. Esto no es difícil. Hay sangre por todas partes. Finalmente, el eunuco arroja con su propia mano sus genitales a la puerta abierta de una casa, cuyo dueño queda obligado a recibirlo y atenderlo hasta que sane.

He visto esta ceremonia muchas veces, en Babilonia y en Sardis. Los jóvenes parecen trastornados, y pienso que antes deben beber haoma o alguna sustancia que les altere la mente, como esa miel de la Cólquide que induce alucinaciones. No puedo comprender, por otra parte, que nadie en sus cabales pueda honrar de esa manera a un demonio.

Ese día, en Sardis, vi a un pobre desventurado arrojar sus genitales a una puerta abierta. Por desgracia, no dio en el blanco. Y entonces procedió a desangrarse lentamente hasta la muerte en mitad de la calle, puesto que se considera blasfemo acudir a socorrer a un aspirante a sacerdote de Cibeles que no logra hallar, por así decirlo, un hogar apropiado para su sexualidad.

La ceremonia era interminable. El vaho de incienso era tan espeso que ocultaba casi por entero la imagen de la diosa que está —estaba— en el pórtico de estilo griego, entre un león y dos serpientes entrelazadas.

El viejo Ardes se encontraba junto a la suprema sacerdotisa, cumpliendo el papel que menos se podía esperar que cumpliera el último miembro de la casa real de Lidia en tan alta ocasión. Los sardios parecían debidamente extáticos, en tanto que Hipias y Artafrenes hacían lo posible para no demostrar aburrimiento. Pero Milo bostezaba.

—Odio esto —me dijo con sus maneras sencillas y juveniles.

—Yo también —respondí con perfecta sinceridad.

—Son todavía peores que los Magos de la escuela.

—Quieres decir, que los Magos seguidores de la Mentira. —Adopté el correcto tono reverente.

Milo rió.

—Si todavía eres un adorador del fuego, ¿qué haces vestido de soldado?

Antes de que se me ocurriera una respuesta desalentadora, un jinete de la caballería apareció ruidosamente; desmontó y ató su caballo en el interior del templo, cometiendo sacrilegio. Artafrenes lo miró con furia cuando el hombre se le acercó trayendo un mensaje. La furia de Artafrenes se tomó más intensa después de leer el mensaje. La flota jonia se había reunido con la ateniense y ambas estaban ahora ancladas en Éfeso. Y lo que era peor: todas las ciudades griegas de Jonia, desde Mileto en el sur hasta Bizancio en el norte, estaban en rebelión abierta contra el Gran Rey.

Una semana más tarde, Artafrenes ofreció un banquete en el palacio de Creso. No logro recordar el motivo. Pero si que sólo a medianoche uno de los invitados advirtió que había un incendio en la ciudad. Como Sardis estaba tan mal construida, a nadie le pareció extraño. Todos los días hay casas que arden y son reconstruidas. El emblema de Sardis no debería ser el león sino el ave fénix.

Mientras Hipias nos recordaba una vez más el afecto que todos los griegos sentían por su familia, llegó una serie de mensajes. Fuerzas griegas habían desembarcado en Éfeso. Marchaban hacia Sardis. Estaban en las puertas de la ciudad. Estaban dentro de la ciudad. Habían prendido fuego a la ciudad.

Artafrenes no sólo se sorprendió sino que lo demostró, clara señal de que no

era capaz de conducir lo que se estaba convirtiendo en una gran guerra. Por otra parte, ¿quién hubiese creído que una banda de insolentes jonios y atenienses tendría la temeridad de penetrar tan profundamente en territorio persa e incendiar la capital de Lidia?

Artafrenes ordenó llamar a las armas. Como las llamas hacían de la noche día, podíamos vernos claramente unos a otros mientras corríamos hacia el parque, donde se reunían las tropas. Como un solo hombre, estaban listas para el combate. dónde estaba el enemigo? Brillaban ya en el cielo llamaradas rojas y doradas, y la fresca noche se había tornado tan ardiente como el verano de Susa.

Finalmente, apareció un edecán de Artafrenes. Debíamos retirarnos, dijo, «en buen orden» hacia la Acrópolis. Lamentablemente, la orden llegó tarde. Todas las salidas de la ciudad estaban bloqueadas por las llamas. Hicimos entonces lo único que podíamos: correr a la plaza del mercado. En el peor de los casos, podríamos nadar en el río hasta que el fuego se extinguiera. No es necesario agregar que lo mismo se les había ocurrido a todos los habitantes de Sardis. Cuando llegamos al mercado, estaba repleto de gente, y también de tropas persas y lidias.

Supongo que el último día de la creación será parecido al incendio de Sardis. El ruido ensordecedor de las voces de hombres y animales, el derrumbe de unos edificios sobre otros, mientras el fuego saltaba hacia uno y otro lado obedeciendo a un voluble viento.

Pero el viento que destruyó Sardis salvó nuestras vidas. Si no hubiese soplado con cierta firmeza, las llamas nos habrían sofocado. Pero había, en realidad, suficiente aire para que pudiésemos respirar. Y la alta muralla que rodeaba el mercado sirvió para contener el fuego. En el interior, nada se incendió, aparte de la fila de palmeras situada junto al profundo río donde se reflejaban las llamas.

Dirigí una plegaria al Sabio Señor, y me estremecí al evocar los metales fundidos del fin de la creación. Nunca me he sentido más desamparado.

—Podríamos construir una almadía —sugirió Milo— y bogar río abajo.

—Es allí donde están los atenienses. Cuando pasemos a su lado, nos matarán uno por uno.

—Podríamos usar troncos. Ocultarnos debajo… como aquella gente.

Gran cantidad de sardios flotaban en el agua, cogidos a trozos de madera o a vejigas infladas.

—Deberíamos quitarnos la armadura. —Yo prefería morir ahogado y no quemado; pero en aquel preciso momento deseaba esperar todo lo posible antes de hacer una elección final.

Milo movió la cabeza.

—No puedo desarmarme. —Como soldado profesional y heredero de tiranos, debía morir en la batalla. Sólo que esa batalla era únicamente contra dos de los cuatro elementos.

De repente, la caballería lidia cargó a través de la plaza del mercado. Las crines de un caballo ardían, así como las largas trenzas del jinete. Como si estuvieran de acuerdo, tanto el caballo como el jinete se lanzaron al río.

Afortunadamente, apareció entonces en escena el jefe de estado mayor de Artafrenes. He olvidado su nombre, lo cual es una ingratitud porque salvó nuestras

vidas. Recuerdo que era un hombre alto y corpulento y que llevaba un látigo corto, y lo empleaba liberalmente con cualquiera, civil o militar.

—¡Alinearse! ¡Cada uno a su puesto! La caballería a la izquierda, junto a la muralla. La infantería, por compañías, a lo largo del río. Alejados de los árboles en llamas. ¡Todos los civiles al otro lado!

Para mi sorpresa, volvíamos a ser un ejército disciplinado. Recuerdo haber pensado: Ahora nos quemaremos vivos en perfecto orden. Pero el fuego había sido contenido por las murallas. No así los griegos: con un sonoro peán penetraron a la carrera en la plaza. Y al ver al ejército persa y a la caballería lidia en orden de combate, se detuvieron instantáneamente.

Mientras los ciudadanos de Sardis se ponían a cubierto, el comandante persa dio la orden de ataque. Sin una voz, los griegos desaparecieron como habían venido. Aunque la caballería intentó seguirlos por las tortuosas callejuelas, los griegos eran más veloces y el fuego demasiado vivo.

Al día siguiente, a mediodía, dos terceras partes de Sardis estaban convertidas en cenizas, que continuaron ardiendo durante semanas. Pero la ciudad tan azarosamente construida fue reconstruida con asombrosa rapidez, y seis meses más tarde Sardis era la misma, y aun algo mejor, excepto por el templo de Cibeles, que se dejó en ruinas. Esto era conveniente para nosotros. Aunque los lidios tendían a ser pro-griegos, el sacrilegio contra Cibeles les inspiró tal furia que la caballería lidia aniquiló la mitad de las fuerzas griegas camino a Éfeso.

Pero, a pesar de todo, la estrategia general griega había tenido éxito. Habían desafiado al Gran Rey en el corazón de su imperio. Habían incendiado la capital de Lidia. Habían obligado a Artobazanes a levantar el sitio de Mileto para defender Lidia. Y mientras tanto, en el mar, las flotas combinadas de Aristágoras y los atenienses demostraban ser invulnerables y, durante cierto tiempo, invencibles.

Más entrado aquel invierno, la isla de Chipre se unió a las ciudades griegas rebeldes, y Persia entró en guerra con una nueva y formidable coalición conocida como la comunidad jonia.

## 4

Me quedé dos años en Sardis. Cumplí mis funciones de oficial de estado mayor. Fui enviado a varias expediciones en el interior. En cierto momento, intentamos recuperar la ciudad de Bizancio, situada al norte, pero fracasamos. Estaba en Sardis cuando me enteré de la muerte de Hystaspes. Había fallecido mientras supervisaba la construcción de la tumba de Darío. Lo lamenté. Era el mejor de los hombres.

En Sardis, celebré con Mardonio, primero, su victoria en Chipre, que recobró para Persia; luego, su matrimonio con Artazostra, hija del Gran Rey. Según Lais, era una bella muchacha, aunque sorda de nacimiento. Mardonio tendría de ella cuatro hijos.

Poco antes de mi regreso a Susa, Histieo se rebeló contra el Gran Rey y Lais decidió que era hora de visitar a su familia en Abdera. Siempre supo cuándo desvanecerse y cuándo reaparecer. A su debido tiempo. Histieo fue capturado y condenado a muerte por Artafrenes. Para entonces, Lais no lograba recordar su nombre con facilidad.

Cuando volví a Susa, me sorprendió —yo era aún inocente— comprobar que casi nadie quería oír hablar de la rebelión jonia. Aunque el incendio de Sardis había sido un golpe, la corte confiaba en que los griegos fueran prontamente castigados. Todo el mundo estaba infinitamente más interesado en el último pretendiente al trono de Babilonia. No he visto un momento en que no hubiera algún pretendiente a ese antiguo trono. Aun hoy, de tanto en tanto, aparece algún salvaje de los campos babilonios y anuncia que es el heredero auténtico de Nabucodonosor. Esto es siempre embarazoso para lo que queda de la familia real y molesto para el Gran Rey. A pesar de su indolencia nativa, los babilonios sufren accesos de violencia, en particular la gente del campo, cuando bebe demasiado vino de palma.

—Me envían a reprimir la rebelión —dijo Jerjes.

Estábamos en el campo de ejercicios donde habíamos pasado una parte tan grande de nuestra juventud. Allí, la siguiente generación de la nobleza persa practicaba el tiro al arco. Recuerdo haber pensado cuánto mayores éramos ambos, y qué alivio sentía yo al verme libre de aquellos maestros Magos.

—¿Tienen mucho apoyo?

—No. El ojo del rey dice que no debería llevarme más de unos pocos días. —Jerjes fruncía el ceño. Yo no le había visto nunca tan preocupado. Pronto conocí la razón—. Mardonio ha obtenido una verdadera victoria, ¿no es cierto?

—Chipre es nuestra de nuevo. —Yo no había pasado en vano una vida en la corte. Sabia cómo dirigirme a un príncipe celoso—. Pero Mardonio no estaba solo. El plan de invasión era de Artafrenes. Y el almirante a cargo…

—Mardonio ha recibido el crédito. Eso es lo que importa. Y yo estoy aquí, sin hacer nada.

—Te has casado. Ya es algo. —Jerjes había desposado poco antes a Amestris, hija de Otanes.

—No es nada.

—Tu suegro es el hombre más rico del mundo. Es algo.

En otro momento, Jerjes se habría divertido. Pero no entonces.

Estaba auténticamente turbado.

—Todos vosotros sois verdaderos soldados.

—Algunos más que otros —respondí, procurando hacerlo reír. Pero no me escuchó.

—Soy prácticamente un eunuco —dijo—. Una pieza del harén.

—Irás a Babilonia.

—Sólo porque no hay peligro.

—Eres el heredero del Gran Rey.

—No —dijo Jedes—. No soy el heredero.

Me asombré tanto que sólo pude abrir la boca.

—Ha habido un cambio —agregó.

—¿Artobazanes?

Jerjes asintió.

—Está haciendo una buena tarea en Caria. O eso dicen. Mi padre habla constantemente de él.

—Eso no es una señal.

—El Gran Rey ha dicho desde el trono del león que no se determinará la sucesión mientras Atenas no haya sido destruida.

—¿Y si muere antes?

—El Gran Rey es todopoderoso. Morirá en el momento que él mismo elija. —Sólo ante mí traicionaba Jerjes alguna amargura acerca de su padre. Pero, en ciertos sentidos, yo estaba más cerca de él que cualquiera de sus hermanos. Yo no era miembro de la familia real. No constituía una amenaza.

—¿Qué dice la reina Atosa?

—¡Qué es lo que no dice! —Jerjes logró sonreír. No imaginas el desfile de Magos, brujas y sacerdotes que pasa por sus habitaciones.

—¿Y Darío… desfila también?

—No. —La respuesta era breve, pero no concluyente. Como Atosa controlaba en gran parte la administración del imperio por medio de los eunucos del harén, con frecuencia podía influir sobre Darío a una distancia potencial.

—Iré a verla —dije.

Cuando hables con ella, me habré marchado. Estaré conquistando Babilonia. —Jerjes intentaba bromear sin éxito. De repente dijo—: Ciro hizo rey de Babel a su hijo antes de morir.

No contesté. No me atreví.

Mientras arrojábamos la jabalina le conté a Jerjes el sitio de Mileto y la quema de Sardis. Pero estaba mucho más interesado en el romance de Mardonio con Artemisia.

—Lo envidio —dijo Jerjes. Con tristeza, no con envidia.

# 5

Lais tenía numerosas quejas respecto de Abdera, de su viaje por mar, de los recientes acontecimientos en la corte. Había engordado.

—La cocina tracia. Todo nada en grasa de cerdo. Se ha restablecido, ¿sabes? Mi padre, tu abuelo. Lamento que no lo conozcas. Nos llevamos muy bien. Lo curé, ¿sabes? Pero ¡qué lugar! Nuestros parientes son ahora más tracios que griegos. He llegado a ver a mis primos con gorros de piel de zorro.

Se me dio una descripción completa de las posesiones de la familia de mi padre en Abdera y, además, una serie de inspirados retratos de familiares a quienes aún no conocía.

Como era característico en ella, Lais, después de una separación de tres años, no me preguntó una sola vez por mí mismo. En verdad, jamás ha demostrado el menor interés por mis asuntos cuando estamos juntos y a solas. Cuando hay extraños presentes, o cuando yo no estoy, alaba constantemente mis poderes místicos y mi fervor religioso. Pero si no hubiera sido por mí, Lais no habría tenido lugar en la corte. Debo decir que el hecho de no haber interesado jamás a mí madre no me ha causado ningún dolor. Comprendo demasiado bien su carácter. Y también comprendí desde muy joven que cuando se ponía en primer plano, también yo me beneficiaba. Éramos como un par de viajeros unidos por la casualidad que llegan a ser aliados ante una sucesión de peligros comunes.

Por mi parte, hallé siempre fascinante a Lais. Es, con mucho, la mejor mentirosa que he conocido; y eso que he pasado mi vida en las cortes y entre griegos.

Le dije a Lais que había pedido audiencia a la reina Atosa, pero que aún no me la había concedido. Hizo unos extraños gestos, seguramente para apresurar la hora de mi encuentro con la reina.

Luego, confirmó las sospechas de Jerjes. Desde que Artobazanes comenzó a mostrarse un eficaz comandante en el campo de batalla, Darío había empezado a hablar de un posible cambio en la sucesión.

El hecho de que Mardonio hubiese conquistado Chipre aumentaba también la gloria de la familia de Gobryas.

Mientras tanto, la reina Atosa se había retirado a las cámaras interiores de la tercera casa del harén. Aunque nadie sabía qué estaba planeando, Lais era optimista.

—Atosa hallará la manera de apoyar a su hijo. Sencillamente, es más inteligente que nadie en la corte, sin excluir a —Lais bajó dramáticamente la voz, como si alguien pudiera espiarnos, lo cual no era cierto: no éramos lo bastante importantes— Darío.

—¿Y por qué no le da él a Jerjes la misma oportunidad que a los demás?

—Porque Darío teme la combinación de Atosa y Jerjes. Darío reina en Persia, pero quien gobierna es Atosa. Si Jerjes estuviera a la cabeza de un ejército victorioso en las llanuras de… Caria, o un lugar semejante, y Atosa se encontrara en Susa, y las estrellas mostrasen cierta conjunción…

—¿Traición?

—¿Por qué no? Esas cosas han ocurrido antes. Y Darío lo sabe. Por eso

mantiene en casa a Jerjes. Por eso envía a sus demás hijos y sobrinos a ganar toda clase de victorias. Pero Atosa compensa la diferencia.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Pero no será fácil. Todos debemos ayudar. Tú puedes hacerlo ocupando tu legitimo puesto como jefe zoroastriano. Tu tío es un tonto. Puedes reemplazarlo de inmediato.

Luego Lais esbozó su estrategia. Yo seria el jefe de nuestra orden.

No le dije que antes habría preferido la picadura de una de las serpientes de Cibeles. No había nacido para ser sacerdote; y, sin embargo, al mismo tiempo, no sabía con certeza dónde estaba mi futuro. No había demostrado verdaderas aptitudes para la guerra. Siempre podía convertirme en un consejero de estado o en un chambelán de la corte; infortunadamente, los eunucos cumplen estas funciones mejor que nosotros. En el fondo del corazón, sólo quería servir a mi amigo Jerjes, y ver lugares lejanos.

Una semana después de la partida del sombrío Jerjes a Babilonia, la reina Atosa me concedió audiencia. Como siempre, la puerta de sus habitaciones estaba guardada por imponentes eunucos vestidos como reyes. Nunca pude verla en sus habitaciones sin recordar al niño aterrorizado que yo había sido, reptando por la alfombra roja y negra. La alfombra estaba ahora muy deshilachada, pero Atosa jamás reemplazaba nada (ni a nadie) que le gustara.

No encontré cambiada a Atosa. Pero ¿cómo podía cambiar una máscara de esmalte blanco? La acompañaba un sordomudo, lo cual era buena señal. Podríamos hablar libremente.

Se me concedió el privilegio de sentarme a sus pies.

Atosa fue de inmediato a la cuestión.

—Sospecho que Gobryas emplea la magia. Creo que Darío ha sido hechizado. Hago lo que puedo, naturalmente. Pero no puedo deshacer conjuros que no conozco. De modo que ahora apelo al Sabio Señor.

—¿Por mediación mía?

—Sí. Se supone que estás en comunicación con el único dios, el que es distinto de todos los dioses del cielo y de la tierra. Pues bien, quiero que invoques al Sabio Señor. Jerjes debe ser Gran Rey.

—Haré lo que pueda.

—Eso no será suficiente. Quiero que tengas autoridad, que seas el jefe zoroastriano. Por eso estás aquí. Sí. Yo soy quien ha ordenado tu regreso a Susa. En el nombre del Gran Rey, por supuesto.

—No lo sabía.

—No tenias por qué saberlo. A nadie se lo he dicho. Ni siquiera a Lais, que me dio la idea, debo reconocerlo. Lais no ha hablado de otra cosa desde que la conozco. De todos modos, he hablado con los Magos, los tuyos tanto como los míos. Quiero decir, los nuestros. Si aceptas, tu tío se apartará. Todos tienen miedo de ti y hasta es posible que un poco de mí.

Los labios de Atosa estaban pintados de un rosa coral algo llamativo. Por un instante, una sonrisa resquebrajó el esmalte blanco.

—Y yo temo al Gran Rey.

—A Darío le gustas. No pondría objeciones a que fueras el jefe zoroastriano.

Ya lo hemos discutido. Además, no perderá un gran general. —La crueldad de Atosa nunca estaba totalmente refrenada.

—Cumplo con mi deber…

—Tu deber está aquí, en la corte. Como jefe zoroastriano, el Gran Rey te escuchará. Como pretende seguir a Zoroastro, tendrá que escucharte. Eso significa que podrás influir sobre él contra el enemigo.

—Gobryas.

—Y su nieto Artobazanes y su hijo Mardonio; todos ellos. Darío está hechizado y debemos exorcizar todos los demonios que lo controlan. —Atosa abría y cerraba las manos. Observé que la estatuilla de Anahita estaba cargada de cadenas y objetos extraños. Era evidente que la reina sitiaba vigorosamente el cielo. Ahora era el turno de importunar al propio Sabio Señor.

No me atreví a decir que no. Atosa era una amiga peligrosa, pero una enemiga letal. Le dije que vería a mi tío.

—No estoy seguro de lo que dirá. Le encanta ser jefe…

Atosa dio una palmada. Se abrió una puerta y entró el jefe de la orden. Parecía aterrorizado, como debía estar. Se inclinó ante la reina, que permaneció de pie, por respeto al Sabio Señor.

Mi tío empezó a canturrear entonces uno de los más famosos himnos de Zoroastro:

—¿Hacia qué tierra he de huir? ¿Adónde conduciré mis pasos? Me alejan de la tribu y la familia…

Así se había dirigido Zoroastro al Sabio Señor al comienzo de su misión. Dejé que mi tío continuara adentrándose largamente en el texto a pesar de la inquietud de Atosa, que prefería las afirmaciones inequívocas de los dioses a las preguntas de los profetas.

Entonces interrumpí con la gozosa promesa, la respuesta suprema, las palabras del profeta mismo:

—A aquel que me sea fiel, le prometo con mente sincera aquello que yo mismo más deseo. Y opresión a quien busca oprimirnos, Oh, Sabio, intento cumplir tu voluntad a través de la justicia. Ésta es la decisión de mi voluntad y de mi mente.

No creo que mi tío se lo tomase muy bien. Era el hijo del profeta. Yo, el nieto. Él estaba en primer término, yo en segundo. Pero sólo dos hombres que caminan por la tierra han oído la voz del Sabio Señor. El primero fue asesinado en Bactra, en el altar. Yo soy el segundo. ¿Habrá alguna vez un tercero?

Cuando terminé el himno, Atosa se volvió hacia mi tío.

—¿Sabes qué se espera de ti?

El jefe de la orden de Zoroastro estaba nervioso.

—Sí. Sí. Volveré a Bactra. Me ocuparé allí del altar del fuego. Y también me ocuparé de transcribir las palabras verdaderas de mí padre. Sobre pergamino. El mejor pergamino. Es aquel que se obtiene cuando la vaca ha sido adecuadamente sacrificada, cuando se bebe haoma exactamente como Zoroastro ha prescrito que se ha de beber, ni una gota de más, en ese lugar sin sol…

—Muy bien. —La voz de Atosa interrumpió la tendencia de mi tío al balbuceo. Le dijo que yo debía ser inmediatamente instalado en mi puesto.

—Todas las ceremonias necesarias se realizarán en el altar del fuego, aquí, en Susa.

Luego, el jefe zoroastriano fue despedido.

—Debemos… rodear al Gran Rey —dijo Atosa.

Pero, como siempre había oídos atentos en las paredes de Atosa, era Darío quien nos rodeaba. El día antes de mi investidura como jefe de la orden, recibí la orden de visitar al Gran Rey.

Me espanté. Siempre ocurre. ¿Sería ejecutado, mutilado, aprisionado? ¿O recibiría honrosas cadenas de oro? La corte aqueménida ha sido siempre un lugar de sorpresas, por lo general desagradables.

Me vestí con ropas de sacerdote. Fue idea de Lais.

—Darío debe respetar a Zoroastro. Y a su heredero.

Pero también Lais estaba preocupada.

Silenciosamente, maldijo a Atosa. Yo pude leer sus labios:

—Es arrogante, peligrosa, senil.

Aunque la vieja reina de ningún modo era senil, había sido descuidada. Nuestra conversación había sido comunicada al Gran Rey.

# 6

El Gran Rey me recibió en la habitación en que trabajaba. Esta cámara se conserva aún como estaba cuando él vivía. Es una habitación cuadrada, de cielo raso elevado. Los únicos muebles son una mesa de pórfido macizo y un banco alto de madera, un poco incongruente, en el que a Darío le agradaba encaramarse cuando no estaba caminando, para dictar a los secretarios, sentados con las piernas cruzadas al otro lado de la mesa. Si no dictaba, los funcionarios le leían informes de sátrapas, ojos de rey, consejeros de estado, embajadores. Estos documentos que sólo Darío debía leer estaban escritos en un lenguaje especial, de sintaxis simplificada. Era considerable el arte invertido en escribir para sus ojos. Pero, como he dicho, estaba aún más en su terreno con las cifras. Podía restar, sumar y hasta dividir mentalmente, sin utilizar de modo visible los dedos.

Anunció mi entrada el jefe de chambelanes, una reliquia del tiempo de Ciro. Mientras hacía una reverencia ante el Gran Rey, dos secretarios se deslizaron a mi lado, veloces como serpientes. Tendría una cosa única: una audiencia privada. Los latidos de mi corazón eran tan sonoros que apenas oí la orden de Darío:

—De pie, Ciro Espitama.

Con la sensación de estar a punto de desvanecerme, me enderecé. Aunque desvié respetuosamente la vista, observé que Darío había envejecido bastante durante los años que yo había pasado en Sardis. Como ese día no se había molestado en tener el cabello bien peinado, unos rizos grises escapaban de la cinta azul y blanca que usaba, única enseña de su rango. La barba era una maraña gris.

Darío me miró fijamente un largo momento. Inadvertidamente, mí pierna izquierda empezó a temblar. Esperé que mi hábito sacerdotal ocultara ese signo externo de un terror interior absolutamente real.

—Nos has servido bien en Sardis —dijo brevemente. ¿Acaso ese cuasi cumplido era el prefacio de un ominoso «pero»?

—Sirvo en todas las formas al Gran Rey, cuya luz…

—Sí, Sí. —Darío interrumpió mi respuesta ceremonial. Hizo a un lado una pila de rollos de papiro de la satrapía de Egipto. Reconocí los jeroglíficos. Luego hurgó entre una segunda pila de documentos hasta que halló un rectángulo de seda roja donde se había pintado un mensaje con una laminilla de oro, una forma de escribir cartas lujosa pero poco práctica.

Yo no conocía el lenguaje. No era, por cierto; griego ni persa. Darío me ilustró.

—Esto viene de la India. Procede del rey de algún país del que jamás he oído hablar. Desea comerciar con nosotros. Siempre he deseado regresar a la India. Allí está nuestro futuro. En el oriente. Siempre lo he dicho. Ciertamente, nada hay en occidente que valga la pena poseer. —Y agregó, en el mismo tono de voz—: No serás el jefe de la orden de Zoroastro. Lo he decidido.

—Sí, Señor de todas las tierras.

—Sospecho que estarás aliviado. —Darío sonrió, y de repente me sentí casi tranquilo.

—Siempre he deseado servir solamente al Gran Rey.

—¿Y las dos cosas no son la misma?

—Sólo pueden coincidir, señor.

En apariencia, no sería ése el día de mi ejecución.

—Hystaspes no habría estado de acuerdo contigo. —Y entonces, para mi asombro, Darío echó a reír como un guerrero montañés. Nunca recurría en privado a la refinada tos de la corte—. Mi padre te tenía en muy buen concepto. Deseaba que fueras el jefe zoroastriano, como también, naturalmente, la reina.

La tensión retornó. Darío conocía cada palabra cambiada entre la reina Atosa y yo. Ociosamente, el Gran Rey jugueteaba con las letras de oro del cuadrado de seda roja.

—Pero yo he decidido otra cosa. No tienes vocación para eso. Esto ha sido siempre tan claro para mí como para el Sabio Señor, el primero de todos los dioses. —Darío se interrumpió, como si esperara que yo le denunciase por blasfemia.

—Reconozco, señor, lo que siempre ha sido claro para ti. —Era lo mejor que podía decir.

—Tienes tacto, lo cual es bueno. Contrariamente a tu abuelo. Ciro le habría cortado la cabeza a Zoroastro si le hubiese hablado como me hablaba a mí. Pero yo soy… indulgente. —Los dedos de soldado de Darío jugaban con la seda roja y dorada—. En asuntos religiosos. En otros asuntos… —Se interrumpió. Pude ver que trataba de resolver hasta qué punto podía ser franco conmigo.

Pienso que, en definitiva, Darío fue tan directo como podía con cualquier otra persona. Después de todo, el secreto del poder es la reserva total. El monarca debe ser el único que conozca todas las cosas. Sólo él es el águila dorada.

—No estoy contento con la guerra griega. Histieo piensa que puede ponerle fin, pero dudo que pueda. Veo que la guerra no terminará hasta la destrucción de Atenas, y eso exigirá gran cantidad de tiempo y gran cantidad de dinero. Y sólo habré agregado al imperio, finalmente, unos trozos de roca del continente occidental donde nada crece aparte de esas inmundas olivas. —Darío sentía el verdadero desdén de los persas por las olivas. Nuestro mundo occidental se divide entre quienes se alimentan sólo de olivas y quienes tienen acceso a una variedad de aceites civilizados—. Esperaba poder avanzar, en mis últimos años, hacia el oriente, donde sale el sol. El símbolo del Sabio Señor —dijo, sonriendo. Me hubiera sorprendido que Darío creyera en otra cosa que en su propio destino—. Pero las guerras griegas no nos llevarán más de uno o dos años, y pienso que aún aguantaré un año o dos…

—¡Qué el Gran Rey viva eternamente! —Era la exclamación tradicional.

—Sería mi deseo. —Darío no era nada ceremonioso en privado. En las ocasiones en que estuvimos juntos, tuve la sensación de que nos parecíamos mucho a un par de cambistas o de mercaderes de caravana tratando de idear modos para desplumar a los clientes del mercado.

—¿Sabes matemáticas?

—Sí, señor.

—¿Puedes aprender rápidamente lenguas extranjeras?

—Creo que sí, señor. He aprendido algo de lidio y…

—Olvida el lidio. Ciro Espitama, necesito dinero. Mucho dinero…

—Para las guerras griegas. —Había hecho algo imperdonable. Aunque no

había formulado una pregunta directa, le había interrumpido.

Pero Darío parecía más bien satisfecho de que la conversación no fuera formal.

—Para las guerras griegas. Para las obras que estoy haciendo en Persépolis. Para la defensa de la frontera norte. Por supuesto, podría aumentar los tributos que pagan mis leales esclavos; pero con las ciudades jonias en rebelión, y una situación confusa en Caria y un nuevo pretendiente en Babilonia, no es éste un buen momento para aumentar los impuestos. Y, sin embargo, necesito dinero. —Darío se interrumpió.

Yo debía haber imaginado para qué me había citado.

—Quieres que vaya a la India, señor.

—Sí.

—Que haga alianzas comerciales.

—Sí.

—Que analice la naturaleza de los estados de la India.

—Sí.

—Querrías añadir toda la India al imperio persa.

—Sí.

—Señor, no puedo imaginar una misión más elevada.

—Está bien. —Darío cogió el mensaje de seda roja—. Esta gente desea comerciar con Persia.

—¿Qué pueden ofrecer, señor?

—Hierro. —Darío sonrió con malevolencia—. Me han dicho que este país está hecho de hierro. Pero en toda la India abunda el hierro, por lo que sé, y quien se apodere de esas minas hará su fortuna. —El Gran Rey era como un joven mercader estudiando un golpe comercial.

—¿Quieres que negocie un tratado?

—¡Mil tratados! Deseo un informe completo sobre las finanzas de los países que visites. Deseo conocer el estado de los caminos, las formas de imposición, si usan moneda acuñada o trueque. Estudia cómo se aprovisionan y desplazan sus ejércitos. Averigua qué siembran y cuántas cosechas obtienen por año. Atiende en particular a sus dioses. Mi política ha consistido siempre en apoyar las religiones verdaderamente populares. Cuando simulas honrar a los dioses locales, los sacerdotes se ponen inmediatamente de tu parte. Una vez que tienes a los sacerdotes, ya no necesitas una gran guarnición para mantener el orden. Esto es vital para nosotros. Los persas somos pocos, y el mundo es vasto. Como Ciro y Cambises, gobierno a quienes no son persas a través de sus sacerdotes. Y por esto tú me puedes ser muy útil. —Darío adoptó un tono de conspiración. Hasta bajó la voz—. He oído decir que en algunas partes de la India se tiene a Zoroastro en gran estima. Así que no sólo serás mi embajador, sino un sacerdote.

—Como sacerdote, me veré obligado a proclamar el carácter único del Sabio Señor. Tendré que atacar a los demonios que esos pueblos adoran.

—No lo harás. —Su voz era muy dura—. Agradarás a todos los sacerdotes. Hallarás los puntos de coincidencia entre sus dioses y los nuestros. No los desafiarás. Un día, tendré que gobernar la India. Necesitaré a los sacerdotes. Por lo tanto, debes… hechizarlos. —Era la palabra empleada por Atosa.

Me incliné profundamente.

—Te obedeceré en todo, señor.

Darío dejó caer ruidosamente su mano cubierta de anillos sobre la mesa. El chambelán de palacio apareció en seguida en la puerta. Lo acompañaban dos hombres. Uno era un eunuco hindú; el otro el marino Escílax, a quien había conocido en Halicarnaso. El Gran Rey trataba a Escílax casi como a un igual, e ignoraba al eunuco, que temblaba de miedo.

Darío señaló el gran bolso de piel que Escílax traía en la mano.

—Lo has traído. Muy bien. Buscaré el mío.

Darío apartó un tapiz que representaba a Cambises cazando ciervos. Es curioso: no recuerdo haber visto un tapiz que mostrara a Darío en ninguno de los palacios. Pero Cambises estaba en todas partes. Y por lo que sé, únicamente hay en Susa un tapiz de Ciro. Está en la sala de la reina. Una tosca labor que las polillas no han mejorado.

Detrás del tapiz había un nicho profundo donde estaba colocado un cofre ordinario de madera, de los que usan los mercaderes para guardar el dinero. Darío alzó la tapa y buscó un momento. Luego extrajo un pequeño escudo de cobre. Mientras tanto, Escílax había sacado de su bolso de piel un escudo similar.

Yo no había visto nunca, hasta ese momento, un buen mapa de viajeros. El único que conocía era uno algo fantasioso que cubría una pared entera del palacio nuevo de Babilonia. Con piedras raras, representaba las ciudades y puertos de Babilonia, Egipto y Asia Menor, tal como eran en tiempos de Nabucodonosor. Como los babilonios son buenos matemáticos, las distancias debían ser exactas.

Darío colocó los dos mapas de cobre sobre la mesa, uno al lado del otro. Luego empezó a indicar las diferencias significativas entre su mapa y el de Escílax.

—Sólo estamos de acuerdo en el Río Indo, que has dibujado para mí. —Darío señaló la larga línea del río, que corre desde las altas montañas del este de Bactria hasta un complejo delta situado sobre lo que se llama el mar de la India.

Escílax respondió que su mapa era el más reciente. Pero reconoció que ninguno de los dos era digno de confianza.

Bruscamente, Darío arrojó al suelo el cuadrado de seda roja para que el eunuco pudiera leerlo.

—¿De quién es este mensaje? —preguntó—. ¿Y de dónde viene? —Se volvió hacia Escílax—. ¿Cuánto has visto de la India?

—El río, señor. Parte del delta. La ciudad de Taxila, al norte.

—Es mía, ¿no es verdad?

—Sí, señor. Todo el valle al este del Indo es hoy tu vigésima satrapía. La frontera está aproximadamente aquí. —Escílax tocó un punto en el mapa—. Al este se encuentra la tierra de los cinco ríos, que los hindúes llaman… ¿Cómo? —Escílax bajó la vista hacia el eunuco, que leía el mensaje en el suelo.

—El Punjab, señor almirante.

—El Punjab. Y en el norte está el reino de Gandhara…

—Mi reino.

—Su rey te paga tributo, señor —dijo Escílax, con tacto. Luego siguió las ondulaciones del Rió Indo de norte a sur—. Me llevó trece meses llegar desde las

montañas al delta, señor. Pero, al final, todo esto pasó a ser tuyo.

—Para no mencionar un tributo anual de trescientos cincuenta talentos de oro en polvo. —Darío chasqueó los labios, una vulgaridad negada a los demás presentes—. Es el mayor tributo anual de todas mis satrapías, sin excluir Egipto. Piensa cuál podría ser el rendimiento de todo esto. —La mano cuadrada pasó de la izquierda a la derecha, del oeste al este, sobre el disco de cobre. Luego, Darío frunció el ceño—. ¿Pero qué es esto? Mi mapa muestra dos ríos y tres ciudades cuyos nombres no puedo leer. Y además… mira el dibujo. Mi India es como un disco redondo. A la tuya le falta una península. ¿Y qué hay allí, en el borde más lejano? ¿Un mar? ¿O nos caemos al llegar al fin del mundo?

—Hay otro mar, señor. Y también altas montañas, junglas, y luego otro gran imperio. Por lo menos, eso dicen.

—Catay. Si, he oído el nombre. ¿Pero dónde está?

—Durante el reinado de Ciro, señor, llegó una vez una embajada de Catay. Trajeron seda y jade.

—Lo sé. Lo sé. He visto el inventario. Quiero comerciar con ellos. Pero es difícil tener tratos con un país cuya posición se ignora. Sueño con vacas, oh Escílax, deseo vacas —dijo Darío, riendo.

Escílax sonrió, sin atreverse a reír.

Yo estaba desconcertado. No tenía idea de lo que significaba esa referencia a las vacas. Más tarde, en la India, habría de escuchar esa frase miles de miles de veces. Las vacas eran la medida de la riqueza para las tribus arias que conquistaron Persia, así como Asiria, Grecia y la India. Aunque ya no medimos la riqueza en vacas, los herederos hindúes, elevadamente civilizados, de aquellos ladrones de ganado muertos hace mucho, dicen todavía «sueño con vacas» para hablar de riqueza. Como un auténtico caudillo ario, Darío jamás dejó de soñar con vacas, una expresión común para los aqueménidas y los arios hindúes, y oscura para todos los demás.

—Pues bien, Escílax, ha llegado el tiempo de que consigamos más vacas. Aparentemente, nos han pedido que visitemos las dehesas de… ¿dónde es eso? —Darío se dirigió al eunuco.

—Magadha, Gran Rey. El mensaje es del rey Bimbisara, quien envía sus saludos desde su capital Rajagriha.

—¡Qué nombres extraordinarios! Son peores que los griegos. Entonces, Escílax, aunque eres griego, ¿dónde está Magadha? No figura en mi mapa.

Escílax señaló un largo río que corría desde el borde noroeste hacia el sudoeste del mapa.

—Este es el río Ganges, señor. Aquí, al sur, se encuentra Magadha. Rajagriha debería estar por aquí. Nada está bien situado.

—Quiero un mapa perfecto de la India, Ciro Espitama.

—Sí, señor. —Yo estaba excitado ante la idea de la aventura, y asombrado ante la vastedad de la India: ¡trece meses simplemente para recorrer un río aguas abajo!

—¿Qué más puede decir este… indio?

—Dice que su abuelo intercambió embajadores con el Gran Rey Ciro. Que él mismo está en estrecha comunicación con el reino de Gandhara…

—Mi reino.

—Sí, Gran Rey.

—Acaso este Bimbi… como se llame, ¿no reconoce mi soberanía?

—Todo el mundo la reconoce. —El eunuco temblaba incontrolablemente.

—Pero él no. Esto significa que tenemos trabajo. ¿Quiere comerciar con nosotros?

—Sí, Gran Rey. Habla de hierro. Teca. Algodón. Rubíes. Monos.

—Todo lo que mi corazón desea. —Darío golpeó el mapa con el dedo índice. El sonido fue como el de un gong en miniatura. Luego cogió la tela roja de manos del eunuco y la acercó a su cara. En su mediana edad, Darío era muy corto de vista. Cuidadosamente, separó una letra de oro de la seda roja. Luego se la puso en la boca y, como un joyero, mordió el metal—. Oro —dijo con satisfacción—. Y de la mejor calidad.

Darío escupió el oro en el suelo, y dio al eunuco un puntapié juguetón.

—Escribirás un mensaje para este Sarabimba. Le dirás que el Gran Rey, el señor de absolutamente todas las tierras, el Aqueménida, y demás, mira con afecto a su esclavo y condesciende a enviarle, como embajador, a uno que ama, a Ciro Espitama, nieto de Zoroastro, el profeta ario… Destaca «ario» y también el hecho de que somos una misma raza, sólo separada por la geografía. Una separación que yo encuentro personalmente intolerable. No, no pongas eso. No queremos alarmarlo. Dile que pagaremos el hierro con monedas de oro, si usan monedas acuñadas, o en especie. Agrega la lista usual del contenido de nuestros depósitos. Eres indio, debes de saber qué les agradará. ¿De dónde eres?

—De Koshala, Gran Rey. Es el más antiguo y glorioso de los reinos arios. Está al norte del Ganges.

—¿Quién es tu jefe? Realmente, no puedo llamarle rey. Sólo hay un rey en esta tierra.

—Si aún vive, señor, es Pasenadi, un hombre bueno y santo cuya hermana es la reina principal de Bimbisara de Magadha y la madre de…

—Ahórrame los detalles. Pero proporciónaselos todos a mi embajador. —Darío me sonrió. Soñar con vacas le daba un aspecto juvenil. Los rizos grises fugitivos parecían casi rubios, y los ojos azules brillaban—. Debes prepararte, Ciro Espitama. Y tú le enseñarás a hablar lo que se hable en esa parte del mundo. Viajarás con mi embajador. —Darío dio al eunuco un puntapié de despedida—. Prepara un mensaje similar para tu jefe. Presenta a mi embajador y demás.

Cuando el eunuco se retiró, Escílax y Darío empezaron a planear el viaje. Mi viaje.

—Cogerás el camino de los correos hasta Bactra. Eso seguramente te agradará —me dijo Darío—. Verás tu antiguo hogar. Yo estuve allí el año pasado. Ha sido totalmente reconstruida. —Trazó una línea en el mapa—. Luego seguirás por el río Oxo hacia las montañas. Cruzarás por este paso, que probablemente no exista. Nunca aparecen cuando los necesitas. Y estarás entonces en Gandhara, desde donde podrás hacer un maravilloso viaje por el Indo hasta… ¿dónde? —Darío se volvió hacia Escílax.

—Taxila. Desde el río Indo hay tres días de marcha hasta la ciudad, donde

convergen todas las huellas de las caravanas.

—¿Huellas? ¿No hay caminos?

—Verdaderamente, no, señor. Pero el terreno es llano y los senderos están bien definidos. Por otra parte, las junglas son densas. Abundan los animales salvajes y los bandidos. Necesitaremos una compañía de soldados. Es preciso atravesar cinco ríos antes de llegar al Yamuna. Y luego, con botes o almadías, podremos pasar a la llanura del Ganges, donde se encuentran los dieciséis reinos.

—¿Cómo lo sabes? —Darío miraba a Escílax con cierto asombro—. No has estado nunca al este del delta del Indo.

—También yo, señor, sueño con vacas —respondió Escílax—. En tu nombre, por supuesto.

Darío dio a Escílax un afectuoso abrazo; cualquiera de sus hijos o hermanos hubiesen dado un brazo por otro igual.

—Tendrás tus vacas, Escílax. Cuida al muchacho. —Se refería a mí—. Puedes llevar cien soldados, suficientes para proteger al embajador pero no bastantes para alarmar a los pastores de vacas. Y los asistentes necesarios, dibujantes de mapas, arquitectos y demás. El eunuco —¿cómo se llama?— preparará regalos apropiados para los dos gobernantes. Nada demasiado rico. Después de todo, como señor de todas las tierras, soy dueño de las que posean, en nombre de… del Sabio Señor —agregó, para mi delectación.

Luego, Darío se volvió hacia mí. Me sorprendió comprobar que tenía mi estatura. Yo había pensado siempre que era un gigante. El Gran Rey me miró a los ojos, y yo perdí por completo el ánimo. No está permitido, recuerdo que pensé, mientras esos ojos azul oscuro me miraban fijamente por debajo de sus párpados levemente enrojecidos.

—No debes fallarme, Ciro Espitama. Te doy un año. A lo sumo, dos. En ese tiempo, quiero saber todo lo necesario para preparar la invasión de la India. Quiero ir hasta el fin del mundo, o a Catay, sea cual sea el que esté primero.

—Oír es obedecer, señor.

—Pienso en la India como en mi último regalo a mi pueblo. Por esto debes ser observador, inteligente, inquisitivo. Predicarás el camino de la Verdad, pero no amenazarás a los seguidores de la Mentira.

Con toda razón, Darío temía el celo del verdadero zoroastriano. No deseaba perder dieciséis reinos en la India por el fanatismo religioso de su embajador.

—Haré lo que ordena el Aqueménida. —Llamar por su verdadero nombre al Gran Rey es casi equivalente a jurar por el Sabio Señor.

—Está bien. —Darío me tendió su mano, que besé.

De ese modo fui ennoblecido. Podía ahora comer en su mesa, si era invitado. Como se vio más tarde, jamás fui invitado. Pero mi rango estaba asegurado. Era un noble persa; y si sobrevivía a mi embajada, mi fortuna estaba hecha.

**L I B R O C U A T R O**



La India

1

Desde Susa, la embajada a los dieciséis reinos de la India, como nos llamaba, burlonamente, la segunda sala de la cancillería, se dirigió hacia el río Tigris. Descendimos el río hasta el delta en barcas de fondo plano. Allí encontramos a Escílax, con dos trirremes que habían sobrevivido al desastroso sitio de Naxos. Supongo que hubiese debido considerar aquello como un augurio, pero mi humor era demasiado bueno.

Debido al material de aluvión constantemente transportado por las aguas, nunca ha existido un verdadero puerto en el delta, donde el Tigris y el Éufrates se unen para formar una especie de feo lago de escasa profundidad. Los persas, los babilonios, los asirios, han tratado de crear un puerto en esa estratégica confluencia, pero el fango que fluye incesantemente desde la parte alta hasta la parte baja del mundo ha sepultado finalmente cada tentativa. En el reino de Darío se construyó un puerto provisional al borde de una marisma que sólo se podía atravesar por una serie de balsas que se extendían a lo largo de casi una milla sobre el fango y las arenas movedizas. En una oportunidad, vi desvanecerse a un camello y a su conductor antes de que éste pudiera gritar.

Escílax había pensado utilizar aquellas naves para circunnavegar el África. Pero la India adquirió prioridad, y no creo que él se sintiese muy decepcionado, aunque rodear el África era el sueño de su vida, algo que ningún hombre ha hecho, ni hará, probablemente, a pesar de las pretensiones de los fenicios. A juzgar por lo que ellos mismos dicen, han trazado mapas de cada pie del océano que circunda el mundo.

Cada trirreme llevaba ciento veinte remeros y unos treinta marineros, carpinteros, cocineros. Como estas naves han sido construidas para la guerra, y no para el comercio, no hay mucho espacio para los viajeros, a diferencia de lo que ocurre con los soldados. Además de cien soldados, me acompañaba un grupo de doce hombres que tenían fama de conocer bien la India, así como un valioso regalo de la reina Atosa: un esclavo indio llamado Caraka.

—Servirá a nuestros fines —dijo la reina. Y no agregó una sola palabra.

Por otra parte, llevábamos innumerables presentes para los dos reyes. Y transportábamos alimentos para todos, y ocho caballos con sus mozos. Los barcos estaban muy sobrecargados.

Para mi fastidio, Escílax demoró casi toda una semana en acomodarnos a bordo. Pero tenía razón. En los viajes largos, es importantísimo el puesto que inicialmente se asigna a cada hombre. Si hay alguna duda acerca de quién debe hacer qué tarea y dónde, estallan disputas y se deteriora la disciplina. Afortunadamente, como debíamos navegar a lo largo de la costa persa hasta el río Indo, todas las noches los marinos subían las naves a la playa y todo el mundo podía dormir cómodamente bajo las estrellas. Aunque hice lo posible por desempeñar el papel de comandante, Escílax, para mi satisfacción, asumió el mando en mi nombre.

Jamás olvidaré la emoción de la partida. Al despuntar el sol, cuando empezó a soplar el viento del oeste, Escílax ordenó que se alzaran los mástiles. Los remeros iniciaron su tarea y, por vez primera, oí sus rítmicas canciones al compás de la flauta.

Cuando esta canción coincide con la de la pulsación interna de un hombre, es posible convertirse en una parte del barco, el cielo y el mar, como en un acto de amor.

A cierta distancia de tierra, se desplegaron las velas cuadradas. Cuando cogieron viento, las naves empezaron a avanzar dando bordadas, y los remeros descansaron. A la izquierda, el desierto brillaba al sol. El cálido viento del oeste olla a mar, a sal, a peces podridos. En toda aquella parte de la costa los nativos habían construido toscas salinas. Cuando el sol evaporaba el agua, los nativos recogían el residuo de sal pura para venderla a las caravanas. Y también hacían conservas de pescado. Esa extraña gente vivía en curiosas tiendas, cuyos armazones eran esqueletos de ballena.

Sólo llevábamos una hora de navegación cuando se presentó Caraka, en apariencia para mi lección diaria de lengua india, pero en verdad con otras preocupaciones en su mente.

—Señor embajador —dijo Caraka. Me pareció muy satisfactorio recibir ese tratamiento, aun cuando mi nueva dignidad sólo fuera la sombra premonitoria de Darío sobre la India—. He estado examinando la nave —dijo Caraka, bajando la voz, como si temiera que Escílax pudiera oírle. Pero el almirante se encontraba a proa, conversando con el piloto.

—Es una magnífica nave —dije, como si la hubiera construido yo.

Desde el principio amé el mar; y si algo lamento ahora es no volver a oír el canto de los remeros, sentir la espuma salada en el rostro, ver salir y ponerse el sol sobre la curva del mar, inmutable y siempre cambiante.

—Sí, señor. Pero el casco está lleno de clavos.

Esto me sorprendió.

—¿Y de qué otra manera se pueden unir las partes de un barco? —pregunté, sin saber a ciencia cierta cómo. Excepto en mi breve visita a Halicarnaso, jamás había observado el trabajo en un astillero.

—Pero los clavos son de metal, señor. —Caraka temblaba de miedo.

—Las clavijas de madera no son buenas para el mar. —Me mostré conocedor. Por lo que sabia, las clavijas de madera bien podían ser superiores a los clavos de metal. Mientras hablaba, me mantuve con las piernas separadas, a imitación de los marinos experimentados.

—Señor, ya he hecho este viaje. Pero en naves indias, en las que no se usan clavos. No nos atrevemos. Es fatal.

—¿Por qué?

—A causa de las rocas magnéticas. —La redonda cara negra me miró con auténtico espanto. Caraka tenía la nariz chata y los gruesos labios de la raza original de la India, los nagas, a veces llamados dravidianos.

Este pueblo de piel oscura domina todavía el sur de la India. Es muy diferente, por el lenguaje y las costumbres, de las tribus de piel blanca y alta estatura que hace mucho conquistaron sus reinos y repúblicas del norte.

—¿Y qué es una roca magnética? —pregunté, verdaderamente curioso, sí no alarmado.

—Eso. —Caraka señaló los desnudos promontorios de la costa—. Esas sierras están hechas de unas rocas que tienen el poder de atraer los metales. Si el barco se

acerca mucho, los clavos vuelan a las rocas, los maderos se separan y todos nos ahogamos.

Como no tenía motivos para dudar de sus palabras, llamé a Escílax y le pregunté si había algún riesgo. Escílax se mostró tranquilizador.

—Existen ciertas rocas que atraen el metal; pero si el metal está cubierto de brea, el poder magnético se anula. Como todos nuestros clavos están cuidadosamente protegidos, nada debemos temer. Después de todo, éste es mi tercer viaje por esta región, y te prometo que llegaremos a la India con todos nuestros clavos en su lugar.

Pregunté entonces a Escílax si lo que Caraka había dicho era verdad. Escílax se encogió de hombros.

—¿Quién puede saberlo? Quizá sea cierto con determinadas rocas de algunas costas, pero no en esta costa. Lo sé.

—Entonces, ¿por qué están cubiertos de brea los clavos?

—No lo están. Pero siempre aseguro a los indios que es así. De otro modo, huyen del barco. He observado, por otra parte, una cosa extraña. Nadie ha mirado nunca si los clavos están embreados o no.

Hasta hoy, siento curiosidad por saber si esas rocas magnéticas existen. Por cierto, todos los marinos indios que he conocido, sin excepción alguna, están convencidos de que si se emplea un sólo trocito de metal en la construcción de una nave, será extraído por una fuerza diabólica y la nave se hundirá. En la India, las naves están sujetas con cuerdas.

—No es un mal método para construir barcos —concedió Escílax—. Por violentos que sean las olas o el viento, no es posible hundirse, puesto que el agua no hace otra cosa que pasar por entre los maderos.

Desde el delta del Tigris y el Éufrates hasta el delta del Indo hay unas novecientas millas. La franja desértica que se extiende entre el mar y las tierras altas de Persia debe ser la más árida de la tierra. Como el agua dulce es muy escasa, la costa apenas puede alimentar a un puñado de pescadores, salineros, pescadores de perlas y piratas.

Al tercer día, al ocaso, justamente detrás de un grupo de islas de coral, vi el altar del fuego en Bactra, vi a mi abuelo, vi el ataque de los turanios, vi la masacre. Aunque esa aparición mágica o espejismo duró apenas un instante, entendí, maravillado, que era un mensaje de Zoroastro. Él, en persona, me recordaba que todos los hombres deben seguir a la Verdad, y me sentí culpable, puesto que mi viaje no recorría el camino de la Verdad, sino el del águila dorada de los Aqueménidas. Posteriormente, en la India, me sentiría aún más desleal a mi abuelo. Aunque jamás perdí la fe en las enseñanzas de Zoroastro, los sabios de la India me dieron la incómoda conciencia de que hay tantas teorías de la creación como dioses en Babilonia. Algunas de estas teorías me parecen fascinantes, si es que no responden a la verdad o a la Verdad.

Demócrito quiere saber cuál es la más extraña. Puedo responder que ésta: nunca hubo una creación; no existimos; todo es un sueño. ¿Quién es el que sueña? El que despierta… y recuerda.

Durante las semanas que nos llevó alcanzar el río Indo encontramos calmas, y fue preciso recurrir a los remeros, que se debilitaban cada vez más bajo el sol

ardiente, o fuimos impulsados hacia el noreste por los vientos. Con las velas desplegadas, estábamos siempre en peligro, porque nunca nos veíamos lo bastante lejos de los puntiagudos corales como para que una súbita ráfaga no pudiera provocar el naufragio. Pero Escílax era un avezado marino que jamás había perdido un barco. Quienes no han sufrido desastres menores, están normalmente reservados para los mayores.

Sin embargo, pude utilizar ventajosamente aquellas semanas. En mi juventud aprendía rápidamente cosas nuevas, y Caraka era un excelente maestro. Cuando avistamos el fango azul-negro del delta del Indo, ya dominaba los fundamentos de la lengua india, o así lo creía. Como luego descubrí, Caraka me había enseñado un dialecto dravidiano, casi tan ininteligible como el persa para los arios de los dieciséis reinos.

Afortunadamente, Caraka conocía las suficientes palabras arias para ayudarme a empezar a comprender no sólo una nueva lengua, sino también un nuevo mundo. La lengua de un pueblo es la que mejor explica los dioses que adora y la clase de hombres que sus miembros son o querrían ser. Aunque la lengua de los indo-arios no se parece al dravidiano, es similar al persa; esto demuestra la antigua teoría de que en un tiempo todos éramos parte de una misma tribu del norte y compartíamos, hasta Zoroastro, los mismos dioses. Ahora, los dioses arios se han convertido en nuestros demonios.

Escílax me habló mucho de su primer viaje por el Indo.

—Al principio, Darío deseaba toda la India. Aún la desea, por supuesto; pero, entre nosotros, es demasiado viejo para una larga campaña. Debía haber marchado hacia el este apenas conquisté para él el valle del Indo.

—Pero no podía. Había una rebelión en Babilonia. Había…

—Siempre hay alguna otra cosa que hacer. Pero si se quiere el mundo, hay que olvidar los lugares insignificantes, como Babilonia.

Reí. Siempre es un alivio no estar en la corte. Como Escílax, sólo llevaba un trozo de tela pasado por entre las piernas y arrollado a la cintura, y un chal de algodón de la India, para protegerme del sol. En nada nos diferenciábamos de los remeros. Aunque Escílax debía de tener más de cincuenta años en aquel momento, su cuerpo era duro y delgado como el de un joven. La sal conserva a los hombres tanto como al pescado. Los marinos siempre parecen más jóvenes de lo que son.

—Babilonia es la mayor ciudad del mundo —dije.

Escílax no estaba de acuerdo.

—Tal vez en un tiempo lo fuera. Pero las ciudades de la India son mucho más grandes y más ricas.

—¿Has visto realmente alguna de ellas?

—Solamente Taxila. Es mayor que Sardis, y su riqueza no tiene comparación. Pero los hindúes aseguran que no es más que una ciudad de frontera.

—Entonces, ¿por qué Darío ha esperado tanto?

Escílax se encogió de hombros.

—Tal vez le ocurra lo mismo que a los faraones con sus tumbas. Quizá piense que si domina la India morirá, pues ya nada más habrá en el mundo para conquistar.

—¿Y Catay?

—¿Es realmente una parte del mundo? —Escílax era a veces poco curioso, teniendo en cuenta que era un marino profesional. Pero es preciso reconocer que fue el primero en trazar un mapa sistemático del océano de la India hasta la isla de Ceilán. Digo el primero, y no es del todo verdad. Algunos años más tarde, cuando entregué al Gran Rey un mapa aceptablemente preciso de la India, él me mostró uno similar que acababa de encontrarse en los archivos del templo de Bel-Marduk en Babilonia. En apariencia, los babilonios y los indios tenían relaciones regulares mucho antes de Escílax y Darío. En este viejo mundo, no hay nada nuevo excepto nosotros mismos.

En el extenso delta del Indo, se entrecruzan toda clase de ríos y riachos. En parte de las buenas tierras negras se cultiva arroz, pero hay marismas que solamente son útiles para aves como el pato de la india, un plato delicioso si está lo bastante cocido. Aquí y allá, se veían las bellas formas de los sauces contra el cielo plomizo. Aquel año, las lluvias se habían retrasado un mes, y los indios no hablaban de otra cosa. Sin esas lluvias, medio país muere. Pero en esa ocasión no había motivos de preocupación. El mismo día en que desembarcamos, río arriba, en el puerto de Patalene, empezó a llover a torrentes y no logramos secarnos por completo durante los tres meses siguientes. Mi primera impresión de la India fue determinada por la lluvia. La teoría de la creación del griego Tales resulta apetecible para quien haya soportado los monzones de la India.

Durante el viaje a Patalene, Escílax me mostró con un gesto el paisaje.

—Las dos márgenes del río son persas —dijo, con cierta satisfacción.

—Gracias a ti —respondí cortésmente.

—Sí —dijo, sin la menor vanagloria—. Me llevó trece meses. Afortunadamente, la gente de aquí prefiere tener un amo a mil millas que uno cerca. Prefieren ser gobernados por el Gran Rey Aqueménida de Susa a serlo por un rey local.

—Pero hay un sátrapa.

Escílax asintió, el ceño fruncido.

—Yo mismo elegí al primero. Era un ario del Punjab. Murió y ahora le ha sucedido su hijo.

—¿Es leal?

—Lo dudo. Pero, al menos, es siempre puntual con el tributo. Nunca has visto tanto polvo de oro como hay en esta parte del mundo.

Un banco de delfines, salidos de la nada, describían brillantes arcos en torno de la nave. Uno saltó por encima de la proa. Suspendido un instante en el aire quieto, nos dedicó una mirada jocosa.

—Señal de buena suerte —dijo Escílax.

—¿Delfines de agua dulce? —Ignoraba que existieran.

—Sí. Pero sólo se encuentran en la India, por lo que sé.

Escílax era un severo explorador que no aceptaba nada porque sí. Era siempre escéptico respecto de lo que oía decir. Si no había visto algo con sus ojos, no informaba de su existencia como un hecho. Nada parecido a ciertos dorios que escriben lo que llaman historia.

Desembarcamos en Patalene, un puerto grande, pero sin relieve. El aire era sofocante, a causa de toda la lluvia que aún no había caído del cielo opresivamente

bajo.

Debo señalar aquí que en la India hay tres estaciones. Desde el comienzo de la primavera hasta el inicio del verano el sol brilla despiadadamente; si no fuese por los grandes ríos y los elaborados sistemas de riego, la tierra no tardaría en convertirse en polvo y la gente moriría. Apenas comienza el verano, los monzones soplan y llueve una tercera parte del año, desbordando los ríos. A esta estación le sigue un invierno demasiado breve: días perfectamente frescos se suceden. El cielo es de un azul vívido, y crecen las flores en tal profusión que las rosaledas de Ecbatana parecen áridas en comparación.

Apenas puse el pie en el muelle de Patalene, una violenta ráfaga de aire golpeó rudamente la trirreme contra el embarcadero, y dos de nuestros caballos cayeron al río. Luego, el cielo se abrió en dos y cayó una densa cortina de agua. Completamente empapados, fuimos recibidos por el ojo del rey, que nos dijo:

—El sátrapa está en Taxila. Os envía sus excusas.

Fuimos escoltados hasta la casa de gobierno, una destartalada construcción de madera con un techo sumamente imperfecto. Nunca había sentido antes simultáneamente humedad y calor, desagradables características de la estación lluviosa en esa parte del mundo.

Al día siguiente, Escílax y yo nos separamos. Él continuó río arriba hacia Taxila, mientras yo iniciaba mi viaje por tierra hacia los reinos de Koshala y Magadha. Estaba feliz de encontrarme en camino, y solo. No sentía ningún temor. Era estúpido. Era joven. Demócrito cree que debería invertir estúpido y joven, por ser lo último causa de lo primero. Pero yo no puedo ser tan descortés como para establecer un nexo semejante. El ojo del rey nos proporcionó camellos, provisiones, guías; y Caraka conocía, aproximadamente, la ruta.

Partimos en dirección noreste hacia Mathura, una ciudad situada sobre el río Yamuna. A cien millas al este de Yamuna se encuentra el Ganges. Los dos ríos corren paralelamente de norte a sur hasta que llegan al centro de lo que se denomina la llanura del Ganges. Luego, el Ganges tuerce bruscamente al este, y sobre esa rama del río, que corre de oeste a este, están situados los reinos y repúblicas principales, así como las ciudades importantes de la India moderna.

Me lancé a la lluvia, acompañado por Caraka; me sentía un poco como un Gran Rey. Mi comitiva estaba formada por trescientos hombres, cinco concubinas y ningún eunuco. En Susa, Caraka me había advertido que a los indios les disgusta tan intensamente la castración que ni siquiera la practican en animales. A causa de esa excentricidad, los harenes de la India están guardados por hombres y mujeres muy viejos. Aunque esto no parece conveniente, las personas ancianas vigorosas de ambos sexos tienden a ser no sólo vigilantes, sino incorruptibles. Después de todo, no tienen que ocuparse de su futuro, como nuestros jóvenes y ambiciosos eunucos.

Yo iba a caballo, como Caraka y mi guardia personal. Todos los demás montaban en camellos o caminaban por el sendero, que la lluvia había convertido en una larga ciénaga de barro amarillento y denso. Avanzábamos lentamente, con las armas preparadas. Sin embargo, aunque la India está plagada de bandas de ladrones, no es común que salgan durante la estación de los monzones. En verdad, sólo un embajador celoso e ignorante podía intentar un viaje de mil millas por tierra con ese

tiempo.

Éramos detenidos por soldados armados cada vez que llegábamos a una frontera, lo que ocurría al menos una vez por día. No sólo había en esa parte de la India numerosos principados, sino que, además, cada uno se subdividía en una cantidad de estados semiautónomos cuyo ingreso fundamental era el impuesto a las caravanas. Como embajador del Gran Rey, estaba exento de ese impuesto. Pero, en la práctica, me preocupaba de pagar siempre algo. Y como resultado muchas veces me ofrecían una guardia de honor que nos acompañaba hasta la frontera siguiente. Es presumible que tales escoltas intimidaran a los ladrones.

Sólo un rey poderoso puede hacer que los caminos del interior sean seguros para los viajeros, y en ese momento sólo había un rey poderoso en toda la India. Era Bimbisara, ante cuya corte, establecida en Magadha, yo estaba acreditado. Aunque Pasenadi de Koshala gobernaba un reino más grande, más antiguo y más rico que Magadha, era un gobernante débil y Koshala era un lugar peligroso para los viajeros.

Atravesábamos junglas en las que chillaban loros de colores brillantes, y leones sin melena huían cuando nos acercábamos. En una oportunidad alcé la vista y vi un tigre agazapado en las ramas de un árbol. Cuando miré sus pupilas, amarillas como el sol, me devolvió una fija mirada. Me espanté. El tigre también, y se esfumó en la oscuridad húmeda y verde como un espejismo o un ensueño al despertar.

El más peligroso de todos los animales de la India es el perro salvaje. Se mueven en manadas. Son mudos. Son irresistibles. Aun los animales más rápidos caen finalmente, porque la manada no cesa de perseguir día tras día al ciervo, al tigre, incluso al león, hasta que se fatiga y vacila. Y entonces, en absoluto silencio, los perros atacan.

En las afueras de la ciudad desierta de Gandhai, observé una serie de surcos pequeños que formaban un ordenado semicírculo a un lado del sendero del barro. Cuando pregunté a Caraka qué era eso, dijo:

—Cada perro cava un hoyo; luego se mete adentro y duerme. O vigila. ¿Ves? Esos ojos brillantes.

A través de la lluvia, alcancé a ver los ojos de los perros salvajes. Observaban todos nuestros movimientos.

Aquella noche, con cierta brusquedad, nuestra escolta nos abandonó ante las puertas de Gandhai.

—Creen —dijo Caraka— que la ciudad está encantada.

—¿Lo está? —pregunté.

—Si lo está —respondió con una sonrisa—, los espíritus son de mi pueblo. Así que no corremos peligro.

Cabalgamos por la ancha avenida central hasta la plaza principal de una ciudad construida por sus primeros habitantes miles de años antes de que llegaran los arios. La ciudad era muy parecida a Babilonia, con casas de ladrillo cocido y avenidas rectas. Al oeste de la ciudad había una ciudadela en ruinas, derrumbada por los arios. Éstos expulsaron luego a la población nativa, por alguna razón, y la ciudad ha estado abandonada desde entonces.

—El pueblo de los harapas construyó esta ciudad. Supongo que quienes no murieron se marcharon al sur. —Caraka hablaba con amargura.

—Pero eso fue hace mucho tiempo.
—Treinta y cinco generaciones no es mucho tiempo para nosotros —repuso.
—Pareces un babilonio —dije, y él lo interpretó como un cumplido.
Poco antes del ocaso, llegamos a un edificio enorme que había sido un granero. Aunque el viejo techado de tejas estaba en mejores condiciones que el techado nuevo de la casa de gobierno de Patalene, sus vigas estaban peligrosamente combadas. Cuando conseguimos expulsar a una colonia de monos furiosos, ordené que levantaran mi tienda en un ángulo del salón. Luego se encendieron fuegos y se preparó la comida.
Caraka me estaba iniciando en la comida india. Un proceso lento, porque me alimento cautelosamente. Aunque mi primera experiencia con los mangos fue desagradable, la piña fue un deleite inmediato. Y también las gallinas de la India, unas aves de carne blanca y tan útiles que los indios las crían no sólo por sus huevos y su carne, sino también por sus plumas, que se usan para hacer cojines. Estas aves están emparentadas con las que los griegos llaman aves persas, actualmente una novedad en Atenas.
Por lo general, yo cenaba a solas con Caraka. En primer lugar, los oficiales persas preferían su propia compañía; en segundo lugar, en cierto modo, yo estaba reemplazando al Gran Rey. Por lo tanto, debía rodearme de alguna parte de su dignidad.
—Verás que nuestra cultura ha sido eminente. —Caraka describió con un gesto el inmenso salón. Yo sólo pensaba en las vigas debilitadas.
—Imponente —dije.
—Construimos esta ciudad mil años antes de que llegaran los arios. —Caraka hablaba como si él mismo hubiese sido el arquitecto—. Éramos artesanos, comerciantes, hacedores de cosas. Ellos vivían en tiendas, eran pastores de ganado, nómadas, destructores.
Si preguntaba a Caraka, o a cualquier otra persona, quiénes y qué habían sido los harapas, jamás obtenía una respuesta coherente. Aunque sus príncipes y mercaderes solían hacer rodar sellos cilíndricos sobre arcilla húmeda para obtener una bella escritura pictográfica, nadie ha sido capaz de leerla.
—Adoran a la madre de todos los dioses —agregó Caraka, con cierta vaguedad—. Y al dios con cuernos.
Pero no logré saber más que eso por él. Años más tarde supe algo más acerca de algunos dioses harapas, como el dragón Naga, el toro Nandi, el mono Honuman, y varios otros dioses árboles y animales. Aparentemente, el más poderoso es el dios serpiente, y su más siniestra deidad de aspecto humano tiene una serpiente que brota de cada uno de sus hombros, como Arimán.
Sin gran ayuda de Caraka, pronto aprendí a hablar el indo-ario de los gobernantes. Me sorprendió descubrir que tanto los persas como los indo-arios utilizan el mismo término para su común hogar ario, del que proceden también los dorios y los aqueos de Grecia. Ese hogar se halla en alguna parte del mundo situada al norte, y por esto la estrella del norte es sagrada para todos los arios. Debo decir que siempre he encontrado difícil creer que estemos tan estrechamente emparentados con esas tribus bravías, de rubios pastores de ganado, que todavía hoy bajan al sur y

atacan a la gente oscura y no muy alta, y queman y saquean sus ciudades, como hicieron los turanios con Bactra.

Hace mil años, por motivos olvidados hace mucho, ciertas tribus arias decidieron no destruir las ciudades del sur, sino habitarlas. Cuando esto sucedió, en Media, en el Ática, en Magadha, los hombres de las tribus fueron civilizados por sus esclavos. Y a pesar de todos los tabúes, se mezclaron por matrimonio. Cuando esto ocurre, el peor salvaje se torna igual al pueblo civilizado que ha conquistado. Se puede ver cómo todavía hoy ocurre esto en las fronteras de Persia, constantemente asediadas por los pueblos salvajes de las estepas, que son ahora como nosotros hemos sido antes, y que querrían ser como somos ahora. Civilizados.

A propósito: Ciro tenía perfecta conciencia del peligro de que sus montañeses persas se asimilaran a la lujuriosa gente de pelo negro a la que habían conquistado. Para defenderse, Ciro insistió en la dura educación militar de todos los jóvenes persas. Nunca debíamos olvidar nuestra herencia aria. Pero cuando Jerjes llegó a la melancólica conclusión de que los persas no difieren de los pueblos a los que gobiernan, abandonó en gran medida el sistema educativo de Ciro. Le dije que era un error. Pero él era el Aqueménida.

Aunque los arios estaban establecidos en el norte de la India mucho antes de Ciro, creo que los antepasados comunes de los medos y los persas llegaron a lo que hoy es Persia aproximadamente al mismo tiempo. Pero mientras los arios persas se establecían en las montañas, los arios medos se apropiaban de las civilizaciones asiria y elamita. Finalmente, los medos fueron tan completamente absorbidos por las antiguas razas oscuras que habían conquistado que, en tiempos de Ciro, el rey ario de Media podría haber sido igualmente un rey asirio o elamita. Debido a un accidente geográfico, los clanes persas lograron conservar su bravo espíritu ario hasta que Ciro se convirtió en monarca universal, como dicen en la India.

Por otra parte, a diferencia de los medos, los indo-arios se mantuvieron aislados durante casi cuarenta generaciones, sin dejarse absorber por los nagas, los dravidianos o los harapas. Estaban orgullosos de su piel blanca, sus ojos claros, sus narices rectas. Y, con gran sagacidad, se dividieron en cuatro clases. Los sacerdotes, a quienes llaman brahmanes, muy parecidos a nuestros propios Magos; luego los guerreros; la tercera clase es la de los mercaderes, y la cuarta está integrada por los campesinos y artesanos. Y, aparte, se encuentran los pueblos originales de la región. Son oscuros, sombríos, tristes, como Caraka. En el norte viven todavía millones, sirviendo de mala gana a sus amos extranjeros.

En teoría, los miembros de cada una de las cuatro clases indo-arias no pueden casarse con miembros de otra, y el matrimonio con los pobladores originarios está absolutamente prohibido. Sin embargo, en el milenio transcurrido desde la llegada de los arios a la India, se han tornado considerablemente más oscuros de ojos y de piel que sus primos persas. Los indo-arios te dirán con toda seriedad, a pesar de todo, que esto se debe al violento sol de la estación seca. Yo siempre les dije que sí.

Justamente cuando estaba a punto de retirarme a mi tienda a dormir, un hombre alto y desnudo apareció en la puerta del granero. Por un momento permaneció inmóvil, parpadeando ante la luz. El pelo le llegaba casi hasta los tobillos. Las uñas de las manos y de los pies eran tan largas y curvadas como picos de loros; es

de presumir que al llegar a cierta longitud, se le rompieran. Traía una escoba. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, se movió lentamente hacia mí, barriendo el suelo por delante.

Aquellos de mis criados que aún estaban despiertos lo miraron con igual asombro que yo. Finalmente, un guardia desnudó la espada; le hice una seña para que lo dejara pasar.

—¿Qué diablos es esto? —pregunté a Caraka.

—Un santón de alguna clase. Podría ser un jain. O un loco. O ambas cosas.

El hombre se detuvo y alzó la escoba a modo de saludo. Luego dijo algo que Caraka comprendió y yo no.

—Está loco —afirmó Caraka—. Y es un jain. Es una de nuestras sectas más antiguas.

—¿Son locos todos los jain?

—Al contrario. Pero éste dice que él ha cruzado el río, y no es así. No puede ser. Sólo ha habido veintitrés cruzadores del río desde el principio del tiempo.

Esto no tenía el menor sentido para mí.

—¿Qué es un cruzador de ríos? —pregunté—. ¿Y por qué está desnudo este hombre? ¿Y para qué sirve la escoba?

Sin pedir permiso, el hombre barrió cuidadosamente el suelo y se sentó a mis pies. Con las piernas cruzadas, murmuró una plegaria.

Caraka estaba tan confuso como yo ante su compatriota. Tanto, que al principio se negó a explicar. Le dije que el Gran Rey estaba particularmente interesado en todas las religiones de la India, lo cual era cierto. Si había que andar desnudo y con una escoba para apoderarse de la India, Darío lo hubiera hecho.

—Un cruzador de ríos es un hombre muy santo. El último existió hace unos doscientos años. He oído decir que ha aparecido uno nuevo, pero dudo que sea éste. En primer lugar, solamente los extremistas van desnudos. O vestidos de cielo, como dicen los jain.

—¿Y la escoba?

—Para espantar insectos. Un jain no debe matar a ninguna criatura viviente. Con frecuencia llevan una máscara para no inhalar insectos. Se niegan a trabajar el campo para no matar animalillos al dar vuelta a la tierra. No pueden probar la miel, porque las abejas quedarían sin alimento. No pueden…

—¿Y qué pueden hacer?

—Son excelentes comerciantes. —Caraka sonrió—. Mi padre era jain. Yo no lo soy. Es un culto muy antiguo… pre-ario, en realidad. Los jain no han aceptado nunca los dioses arios. No creen en Varuna; ni en Mitra ni en Brahma…

—Porque son demonios. —Cité brevemente a Zoroastro.

—Pueden ser demonios para Zoroastro, pero son verdaderos dioses para los arios. Para nosotros, nada significan. Somos muy diferentes. Los arios creen en una vida después de la muerte. Un cielo para los buenos. Un infierno para los malos. Nosotros no creemos en esto. Creemos en el paso de las almas de una persona a otra, o a una planta, una roca, un árbol o un animal. Pensamos que el estado más alto es el nirvana. Es decir, ser extinguido, como la llama de una vela. La interrupción de la larga cadena del ser. Existir, finalmente, en la cumbre del universo, de un modo perfecto,

quieto, completo. Pero, para alcanzar este estado, debemos, como diría un jain, cruzar el río. Dejar de ambicionar las cosas de esta tierra. Obedecer a las leyes eternas.

Durante años he tratado de averiguar si Pitágoras tuvo algún contacto con los jain. No he hallado pruebas de que lo tuviera. Si nunca oyó hablar de la reencarnación, y si la idea de la transmigración de las almas se le ocurrió sin influencia ajena, existe la posibilidad de que esa noción anterior a los arios sea verdadera.

Personalmente, el pensamiento me espanta. Ya es suficiente con nacer una vez y morir una vez. Según nos dice Zoroastro, después de la muerte seremos juzgados. Los buenos vivirán en el paraíso, los malvados en el infierno. Por último, cuando la Verdad elimine a la Mentira, todo se transmutará en Verdad. Ésta me parece una religión no sólo racional, sino sumamente útil. Por eso no puedo imaginar nada más horrible que saltar de un cuerpo a otro, o de serpiente a avispa y a árbol. Naturalmente, uno no tiene por qué recordar —como hacía Pitágoras— encarnaciones previas. Pero éste no es el punto esencial. Yo estoy personalmente a favor del nirvana, una palabra difícil de traducir. El nirvana es algo semejante a la extinción de una llama. Pero hay otros sentidos de la palabra que no sólo son imposibles de traducir, sino difíciles de comprender para un no creyente como yo.

—¿Cómo fue creada la tierra? —solía ser mi primera pregunta.

—No lo sabemos y no nos importa —respondió Caraka en nombre del santón, que continuaba musitando plegarias—. Los arios dicen que una vez, en el comienzo, había unos gemelos, un hombre y una mujer.

—¿Yama y Yima? —Eso me asombró. Yama y Yima eran también reconocidos por Zoroastro, y aún son adorados por los campesinos.

Caraka asintió.

—Son los mismos. Yama quería tener un hijo. Yima temía el incesto. Finalmente, ella convenció a su hermano de la necesidad de aparearse, y así comenzó la raza humana. Pero ¿quién había creado a los gemelos? Los arios hablan de un huevo empollado por el dios Brahma. Está bien. ¿Y quién puso el huevo? No lo sabemos ni nos importa. Somos como los seis ciegos que trataban de definir un elefante. Uno tocó una oreja y dijo «esto no es un animal sino una hoja correosa». Otro cogió la trompa y afirmó «es una serpiente». Y así sucesivamente. Lo importante es lo que es, y cómo lo que es se revela cuando uno ya no quiere las cosas que tornan la vida miserable e impura.

No necesito explicar que Caraka no dijo un discurso cómo éste. Intento destilar en un breve espacio una cantidad de información que adquirí en muchos años.

Pero recuerdo vívidamente aquella noche en el granero de la antigua ciudad harapa. De repente, el jain desnudo empezó a hablar, y gracias a Caraka, que me había enseñado la lengua equivocada, pude comprender unas palabras que no sólo me asombraron entonces, sino que todavía vibran en mí memoria.

—Cuando nació el noveno de los cruzadores de ríos antes del último, tenía un hermano que era tan malvado como bueno era él. De los hombros del hermano malvado brotaban serpientes. Cometía todos los crímenes. Así como uno era enteramente bueno, el otro era enteramente malo. Y así continuaron existiendo hasta que, finalmente, la luz absorbió a la oscuridad y la luz prevaleció. Y así acontecerá cuando el último de los cruzadores de ríos nos lleve de la costa oscura a la costa

iluminada por el sol.

Hice lo posible por interrogar al santón. Pero no podía o no quería razonar conmigo. Simplemente repetía historias, cantaba, oraba. Caraka no me ayudaba mucho. Pero a partir de aquel momento anhelé dar con la respuesta a una pregunta cuya solución debe estar en alguna parte del mundo.

¿Se había limitado Zoroastro a revelar una religión que ya era nuestra antes que los arios conquistaran Media y Persia? Ciertamente, Zoroastro no era ario. Como he dicho anteriormente, creo que la familia Espitama es caldea. Pero esa raza está tan mezclada con otras que nuestra religión original ha sido en gran medida olvidada o confundida. Sin embargo, si las así llamadas reformas de Zoroastro sólo eran una nueva afirmación de la verdadera religión original de la raza humana, se explicaría la ferocidad con que Zoroastro atacaba a los dioses que los arios habían traído del norte.

—No son dioses, son demonios —solía decir. Y el hecho de que tanta gente común aceptara su mensaje indicaba que, secretamente, la visión divina original jamás se había extinguido en sus almas. Y también se explica así por qué los aqueménidas nunca han tomado en serio las enseñanzas de Zoroastro. Con la excepción de Hystaspes, sólo pretenden honrar a mi abuelo porque, como caudillos arios, son todavía leales a los dioses tribales que les entregaron todo el mundo al sur de las estepas.

Debo reconocer que mi verdadera educación religiosa empezó en Gandhai. Mientras la lluvia repicaba sobre el tejado, el santón desnudo nos decía, con toda clase de floreos retóricos, que la mente está en todas las cosas, incluso las rocas.

A propósito: la palabra que usaba para decir «mente» es casi idéntica a la griega, cuya acuñación se atribuye a Anaxágoras. También nos dijo que nada es verdad excepto desde un solo punto de vista. Desde otro punto de vista, la misma cosa parece muy distinta. Como en la historia de los ciegos y el elefante. Sin embargo, existe una verdad absoluta que sólo puede ser conocida por un cruzador de ríos, un redentor. Infortunadamente, nuestro santón explicaba en forma bastante vaga cómo se llega a ser un redentor. Él lo era, nos dijo, porque había cumplido los cinco votos: no matar, no mentir y no robar, ser casto y no buscar el placer.

Este último punto presentaba algunas dificultades, como le dije a Caraka al día siguiente, mientras proseguíamos nuestro camino:

—Imagina que tu placer consiste en andar desnudo adoctrinando embajadores persas. ¿No sería esto romper el quinto voto?

—Imagina que odie hacerlo.

—No. Se divertía enormemente. Pienso que no debe ser un verdadero cruzador de ríos.

—Tal vez ni siquiera un jain.

Caraka estaba desconcertado por todo el asunto. De algún modo, sentía que yo había entrado en contacto con un aspecto de la cultura dravidiana que a él le inquietaba un poco. Aunque detestaba manifiestamente a los conquistadores arios, había vivido con ellos toda su vida, tanto en la India como en Persia. Por consiguiente, no era una cosa ni la otra. Una situación en que yo mismo me he encontrado con frecuencia. Después de todo, soy mitad persa, o caldeo, y mitad jonio. Sirvo al Gran Rey ario; pero soy el nieto de Zoroastro. Rechazo a los dioses arios, pero no a sus reyes.

Creo en el camino de la Verdad; pero no sé, realmente, dónde está.

# 2

A unas cuatrocientas millas al este del Indo se encuentra el río Yamuna, y la rica ciudad de Mathura. Fuimos recibidos por el gobernador, un hombre bajo y grueso con la barba violeta y amarilla. Mientras nuestros barberos intentan devolver los colores de la juventud a los ancianos, el barbero indio se caracteriza por su fantasía. Una barba de cuatro colores se considera muy apetecible. Por lo tanto, no hay visión más curiosa que una reunión de cortesanos indios, con sus barbas color arco iris, sus zapatos de suela blanca peligrosamente gruesa, y sus sombrillas de colores vivos.

Aunque el gobernador había sido designado por el rey Pasenadi de Koshala, Caraka me aseguró que Mathura era prácticamente independiente, como la mayoría de las ciudades de Koshala.

—Nadie teme a Pasenadi. Su reino se está disgregando. A él no le importa.

—¿Qué le importa?

—Los cortadores de cabellos y los domadores de anguilas.

—¿Y eso qué es?

—Vagabundos. Sabios, a juzgar por lo que ellos dicen.

Como puedes ver, la India de hace cincuenta años era muy parecida a la Atenas actual, donde medran domadores de anguilas y cortadores de cabellos como Protágoras y Sócrates, y donde nada es verdad ni mentira.

Ahora, en la ancianidad, empiezo a comprender finalmente qué ha estado ocurriendo en nuestro mundo. Durante cierto tiempo, las poblaciones originales de Grecia, Persia y la India han intentado derribar los dioses —o demonios— de los arios. En todos los países se niega hoy a Zeus-Varuna-Brahma. Como el pueblo ateniense es todavía ario en sus supersticiones, pocos se atreven a cuestionar abiertamente a los dioses del estado. Pero, en privado, se vuelven hacia los cultos prearios del misterio, o a los profetas radicales como Pitágoras… o al ateísmo. Las cosas son más claras en la India. Los dioses arios son desafiados de todas las direcciones. Las antiguas creencias, como la transmigración de las almas, han vuelto a ser populares, y en el campo abundan los santones y ascetas que han cambiado a los dioses arios por las antiguas creencias. Se sabe aun de reyes arios que han abandonado sus tronos para vivir en las junglas, donde mortifican la carne y meditan.

Concedo crédito total a Zoroastro por mostrar a la humanidad no sólo la unidad de dios, sino la dualidad simultánea, condición necesaria de una verdadera deidad. La Verdad no puede ser verdadera sin la Mentira, ni la Mentira refutada sin la Verdad. Por lo tanto, cada vida humana es un campo de batalla entre ambas.

Demócrito ve una contradicción donde yo veo la más completa claridad. Pero él pasa su tiempo con los sofistas.

En Mathura fuimos alojados en una casa de madera, pequeña y cómoda, parecida a una versión en miniatura del palacio de Media en Ecbatana. Lamentablemente, en la estación lluviosa la fragancia de la madera húmeda es curiosamente opresiva y, por más incienso que se queme, en todas las habitaciones persiste un olor a podrido.

Permanecimos dos semanas en Mathura. Durante ese tiempo, llegaron

mensajeros de los reyes de Koshala y Magadha. Cada uno pedía que visitase su reino en primer término. Como ya estábamos en Koshala, Caraka pensaba que debía presentarme ante Pasenadi. Pero como era Bimbisara quien había escrito a Darío, me sentía obligado a hacerle el honor de visitarlo en Rajagriha. Además, Bimbisara era el dueño de las minas de hierro que tanto inquietaban a Darío.

Envié un mensajero a Susa, informando sobre mi embajada hasta aquel momento. Luego hice los arreglos pertinentes para la próxima etapa de mi viaje: el cruce del río Yamuna y el descenso por el Ganges hasta Varanasi. Me sentía preocupado: si el Ganges se había desbordado, deberíamos seguir por tierra, o quizás esperar en Mathura hasta el final de la estación lluviosa. Resultó que tanto el Yamuna como el Ganges estaban desbordados, y fue preciso esperar. Las lluvias seguían cayendo incesantemente, y yo me sentía cada vez más deprimido. Al mismo tiempo, Caraka florecía bajo la lluvia. La lluvia es la vida para esta gente.

En Mathura conocí a la figura más odiada, y al mismo tiempo más venerada, de toda la India.

Le había pedido al gobernador que me mostrara los diversos templos y establecimientos religiosos de la ciudad. Él se mostró complaciente, hasta el punto de fingir que sabía quién era Zoroastro. Gracias a sus esfuerzos, pasé varios días corriendo de un templo a otro. No sé por qué me tomé esa molestia. Los dioses arios son siempre los mismos, se llamen como se llamen. Un dios del fuego, Agni, y un dios de las tormentas, Indra. Y las tan populares diosas madres, cuyos idolátricos santuarios tanto complacían a Atosa. Y así sucesivamente.

Una mañana, temprano, Caraka y yo, provistos de parasoles para protegernos de la lluvia, salimos a pasear por los bazares. Ante una mesa donde había cestos de mimbre con serpientes, un hombre anciano me detuvo. No traía un parasol, sino un báculo de madera. Aunque estaba empapado, no se preocupaba por el agua que caía por sus ojos negros y por su nariz. Durante un instante nos miramos.

Advertí que su barba era blanca, no estaba teñida. Finalmente, le pregunte:

—¿Deseas una limosna?

El hombre movió la cabeza.

—Ven conmigo —dijo.

Su acento era el de un ario de la casta superior. Mientras atravesaba el mercado no se volvió: suponía evidentemente que le obedecíamos. Así era. Y, por una vez, la gente no nos miraba a nosotros sino a él. Algunos hacían señales contra el mal de ojo y otros besaban el ruedo de su vestidura mojada. Él los ignoraba a todos.

—Un santón —dijo Caraka, con su habitual sagacidad.

Le seguimos por estrechas callejuelas atestadas, hasta una gran casa cuadrada construida alrededor de un patio: una galería de madera protegía una serie de grandes agujeros. Cada uno de éstos era la entrada a la celda de un monje. Fue ése el primero de los muchos monasterios que había de ver en la India.

El anciano nos condujo a una gran habitación vacía. Se sentó en cuclillas y nos indicó que le imitáramos. El suelo estaba desagradablemente húmedo, como toda la India en esta terrible estación.

—Soy Gosala —dijo el anciano—. Vosotros venís de Persia. Me han dicho que vuestro Gran Rey desea conocer nuestra sabiduría. Eso es bueno. Pero debo advertiros

que en esta tierra hay muchos farsantes que pretenden ser iluminados o cruzadores de ríos. Debéis estar en guardia, y transmitir sólo la verdad al Gran Rey.

—¿Y qué es la verdad, Gosala? —Me abstuve de decírselo yo.

—Puedo decirte qué no es verdad.

Comprendí que me hallaba ante un maestro consumado. No hace falta decir que yo no tenía idea de quién era Gosala. Si lo hubiese sabido, habría podido aprender más de ese único encuentro.

—Los jain creen que uno puede tornarse sagrado o acercarse a la santidad si se abstiene de matar criaturas, de decir mentiras y de perseguir el placer.

Recibimos la lista habitual de lo que no se debe hacer. Esta lista es común a todas las religiones que se proponen purificar el alma o, más simplemente, al hombre. Las dos cosas no son la misma, gracias a la dualidad esencial de la creación. El alma proviene directamente del Sabio Señor. La carne es materia. Aunque la primera se establece en la segunda, no son iguales. La primera es eterna; la segunda, transitoria.

—Pero tú, Gosala, eres un jain.

Caraka sabia exactamente quién era Gosala.

—Soy un jain. Pero me he alejado de ése que se llama a sí mismo Mahavira. Se dice que es el vigésimo cuarto cruzador del río. No lo es.

—¿Lo eres tú? —Caraka estaba auténticamente interesado.

—No lo sé. No me importa. Yo amaba a Mahavira. Éramos como hermanos. Éramos como uno. Observábamos juntos los votos. Reafirmábamos la antigua sabiduría. Pero luego empecé a estudiar cosas que los hombres han olvidado, y nos vimos obligados a alejarnos. Porque ahora sé exactamente qué es verdad, y debo decir la verdad a quien quiera escuchar.

—Acabas de decir que sólo nos dirías lo que no es verdad. —Le recordé rápidamente su gambito de apertura.

—La afirmación surge de la negativa —respondió pacientemente—. No es verdad que una criatura viviente pueda acercarse a la santidad o al nirvana mediante la sola observancia de todos los votos. La verdad —Gosala me dirigió una severa mirada—… La verdad es que cada uno de nosotros es inicialmente un átomo, una mónada vital. Cada una de estas mónadas está obligada a sufrir una serie de ochenta y cuatro mil renacimientos, a partir del átomo original, atravesando cada uno de los elementos, el aire, el fuego, el agua y la tierra, y pasando luego a ciclos más complejos como las rocas, las plantas, y las criaturas de todas las clases. Una vez cumplida la serie de ochenta y cuatro mil encarnaciones, la mónada vital es liberada y desaparece.

Debo haber mostrado inusitada estupidez, porque de repente, como para complacer a un niño, Gosala se puso en pie. Cogió de su cinturón un ovillo de hilo y lo sostuvo en la mano.

—Piensa que este hilo es el curso completo de una mónada vital. Mira cómo se eleva.

Gosala arrojó el ovillo hacia el cielorraso reteniendo el cabo. El hilo se desenrolló completamente en el aire, y luego cayó al suelo.

—Ahora se ha acabado. Y ésta —continuó Gosala— es la historia de toda nuestra existencia. Pasamos de átomo a fuego, a tierra, a roca, a hierba, a insecto, a reptil, a hombre, a dios y… a nada. Finalmente, todas esas máscaras que nos hemos

visto obligados a ponernos y quitarnos pierden toda importancia, puesto que nada hay que enmascarar. Esa es la verdad de nuestra condición. Pero mi antiguo hermano Mahavira os dirá que este proceso se puede apresurar llevando una vida virtuosa, y cumpliendo los cinco votos. Es mentira. Cada uno de nosotros debe soportar el ciclo entero del comienzo al fin. No hay salida.

—Pero, Gosala, ¿cómo sabes que eso es verdad?

—He pasado mi vida estudiando la sagrada sabiduría. Todo nos ha sido revelado a lo largo de los siglos. El proceso es tan evidente como ese hilo en el suelo. Nadie puede apresurar ni alterar su destino.

—Pero Mahavira enseña la justicia. ¿No es bueno eso?

Caraka estaba tan equivocado como yo acerca de la inalterable frialdad de Gosala.

—Mahavira se encuentra en esa etapa de su desarrollo. —Gosala era amable—. Es evidente que se acerca al final de su propio hilo. Después de todo, algunos hombres están más próximos al nirvana. Pero que hagan el bien o el mal es absolutamente indistinto. Simplemente existen. Hacen lo que se supone que deben hacer, sufren lo que deben sufrir, y llegan al fin cuando es el momento, y no antes.

—Y entonces, ¿por qué enseñas? —Cogí el extremo más próximo del hilo, buscando, ¿qué? ¿consuelo?— ¿Por qué te afanas en decirme lo que es verdad y lo que no es verdad?

—Estoy cerca del fin, hijo. Es mi obligación. Y es también la prueba de que me acerco al fin. No tengo opción en esto. Estoy obligado —sonrió— a jugar con el hilo.

—¿Conoces a Zoroastro?

Gosala asintió.

—Según me han dicho, debe de haber sido muy joven.

El anciano retorció su ropa mojada. Empecé a sentirme mojado, de sólo mirarlo.

—Es un signo de extrema juventud preocuparse por los correctos procedimientos religiosos, como también inventar cielos, infiernos y días del juicio. No quiero ser descortés. Hace miles de años, también yo atravesé ese estado. Es inevitable, ¿comprendes?

Inevitable.

Ése era el glacial mensaje de Gosala, y jamás lo he olvidado. En toda mi larga vida, no he encontrado jamás una imagen del mundo más implacable que la suya. Aunque era censurado en la India entera, una cantidad muy grande de personas le veía como a alguien muy próximo a la salida y creía en cada una de sus palabras. Naturalmente, yo no le creía.

Un motivo, en términos prácticos, era el siguiente: si prevalecía la imagen de Gosala, la de una creación inexorable e inmutable, el resultado sería el derrumbe completo de la sociedad humana. Si el bien y el mal eran simplemente las características del sitio ocupado por una criatura a lo largo de ese hilo que se desenrollaba, entonces no era indispensable una acción justa, por ejemplo, en el comienzo del hilo. Sin acciones justas no puede haber ninguna clase de civilización, menos aún puede tener lugar la salvación cuando la Verdad derrota a la Mentira. Sin embargo, es curioso que no haya transcurrido un solo día de mi vida en que no

pensara en Gosala y en su hilo.

## 3

Como en la India hay tantos ríos, y faltan puentes apropiados, las barcas son absolutamente necesarias. No lo comprendí verdaderamente hasta que tuvimos que atravesar el crecido Yamuna. Cuando nos poníamos a merced de un par de viles barqueros, recordé de repente que los veinticuatro supuestos salvadores de los jain reciben el nombre de cruzadores de ríos. Los jain ven este mundo como un rápido río. Nacemos en una de sus orillas, que es la vida cotidiana. Pero si obedecemos al cruzador de ríos, podemos pasar a la orilla opuesta, y obtener consuelo para el dolor, y aun la liberación final. Esa barca espiritual es el emblema de la purificación.

La mundanal barca de Mathura, demostró no ser otra cosa que una gran balsa que dos salvadores muy poco robustos impulsaban con pértigas. No he estudiado lo suficiente la religión jain para saber si enriquece su metáfora náutica con los infortunados que se ahogan, como estuvo a punto de ocurrirnos a nosotros durante el cruce a la ribera opuesta. Pero sobrevivimos a las revueltas aguas amarillentas como si nos hubiésemos purificado debidamente.

Luego nos dirigimos hacia el Ganges por tierra. Varias barcas de fondo plano nos aguardaban allí para llevarnos, unas doscientas millas río abajo, hasta la antigua y sagrada ciudad de Varanasi, que se encuentra en el reino de Koshala pero no lejos de la frontera de Magadha.

El viaje entre los dos ríos se desarrolló sin novedad. El terreno es llano. La jungla original ha sido talada en gran parte para sembrar arroz. Durante el último siglo, la población de la llanura del Ganges se ha duplicado con creces, debido a la facilidad del cultivo del arroz. Las lluvias monzónicas alimentan ese grano tan ávido de agua, y cuando acaban, el terreno liso permite a los campesinos regar sus campos sin dificultad alguna con las aguas siempre rápidas, profundas y sorprendentemente frías, del Ganges.

Los caminos eran tan malos como me habían advertido. En campo abierto seguíamos huellas de espeso fango. En la floresta estábamos a merced de guías, a quienes pagábamos por jornada. Por ese motivo, pasamos más días de los necesarios en esa cálida barbarie verde donde las serpientes se deslizan entre la maleza y mosquitos de tamaño fantástico se alimentan de la sangre de los viajeros. Aunque el vestido persa cubre toda la superficie del cuerpo, con excepción del rostro y las puntas de los dedos, la trompa del mosquito de la India puede atravesar un turbante de tres capas.

La gente de las aldeas era tímida pero amable. Según Caraka, los campesinos son de origen pre-ario, y los invasores arios residen en las ciudades. Sólo por excepción se mezclan.

—Aquí ocurre lo mismo —dijo Caraka— que en el sur dravidiano.

—Pero me has dicho que no hay arios en el sur.

Caraka se encogió de hombros.

—Puede ser. —Caraka padecía de la congénita imprecisión india—. Pero la gente del campo y la gente de la ciudad son muy distintas. Los campesinos jamás quieren abandonar su tierra y sus animales.

—Salvo cuando lo hacen —señalé.

Muchos cuentos populares indios se refieren a un jovencito de la aldea que va a una gran ciudad, se hace amigo de un mago, se casa con la hija del rey y se unge con ghee, o manteca clarificada, una sustancia nauseabunda que encanta a los ricos. Periódicamente, los sacerdotes de los templos bañan las imágenes de sus dioses en ese viscoso líquido maloliente.

Varanasi es una ciudad inmensa construida sobre la margen sur del Ganges. Sus pobladores se complacen en afirmar que es la ciudad habitada más antigua del mundo. Como el mundo es muy grande y muy antiguo, no veo cómo pueden estar seguros. Pero comprendo el sentimiento. También los babilonios se jactan de la antigüedad de su capital. En Babilonia, sin embargo, hay muchos registros escritos de épocas anteriores, en tanto que en ninguna ciudad de la India se hallan muchas escrituras. Como los persas, han preferido, al menos hasta hace poco, la tradición oral.

Durante más de mil años, los conquistadores arios han recitado sus himnos y canciones de origen supuestamente divino, conocidos como vedas. La lengua de los vedas es muy antigua y nada parecida a los dialectos modernos. Es posible presumir que sea la misma lengua aria que hablaban los primitivos persas, y muchas narraciones se asemejan a los cuentos persas que todavía recitan los ancianos en el mercado. Hablan de héroes y monstruos similares, de guerras complicadas y apariciones repentinas de las deidades. Curiosamente, la deidad más evocada es Agni, el dios del fuego.

En toda la India los brahmanes conservan cuidadosamente esos himnos. Entre los brahmanes es corriente un alto grado de especialización: unos son conocidos por su dominio de los vedas que se refieren, por ejemplo, al dios Mitra o al héroe semidivino Rama; otros se ocupan de que los sacrificios se cumplan como corresponde, y así sucesivamente.

Aunque los brahmanes conforman la casta más alta de los arios, los guerreros tienden a burlarse de ellos, y aún sus inferiores se mofan abiertamente de ellos en canciones y representaciones teatrales. Se dice que los brahmanes son haraganes, impíos y corrompidos. ¡Qué familiar era para mí todo esto! Así consideran los persas a los Magos. Y, sin embargo, muchas personas toman muy en serio a los dioses a los que los brahmanes sirven. Agni, Mitra, Indra tienen sus adoradores, en particular entre las castas menos refinadas.

No creo que nadie en el mundo comprenda todas las complejidades de las religiones superpuestas de la India. Cuando Zoroastro enfrentó una confusión similar de deidades, se limitó a denunciarlos a todos como demonios, y a arrojarlos al fuego sagrado. Infortunadamente, continúan reapareciendo, como humo.

Bajo una fuerte lluvia amarramos en un embarcadero de madera, en lo que parecía el centro de Varanasi. El gobernador de la ciudad había sido informado de nuestra llegada, y fuimos recibidos por una delegación de funcionarios empapados. Nos felicitaron por haber llegado sanos y salvos. Cortésmente, nos dijeron que los dioses nos favorecían.

Me dieron una escalera para subir a un elefante. Como ésa era mi primera experiencia con este animal, el conductor intentó tranquilizarme asegurando que los elefantes son tan inteligentes como los seres humanos. Aunque sospecho que no era el

mejor juez de hombres posible, es cierto que los elefantes responden a una variedad de órdenes verbales; son, además, afectuosos y celosos. En realidad, cada elefante considera que su conductor es su propiedad privada; y si éste demostrara el menor interés por otro elefante, cogería una rabieta. Un establo de elefantes se parece, más que a ninguna otra cosa, al harén de Susa.

Me senté en un trono de madera, debajo de una sombrilla. Luego el conductor le habló al animal, y nos pusimos en marcha. Como yo nunca había viajado a tal altura sobre el suelo, pasó largo tiempo antes de que osara mirar la calle fangosa, donde se había reunido una gran muchedumbre para ver al embajador del lejano oeste.

Hasta hace muy poco, el nombre de Persia era desconocido en la llanura del Ganges. Pero como el reino en expansión de Magadha carece de buenas universidades, los jóvenes más capaces son enviados a educarse en Varanasi o en Taxila. Por supuesto, prefieren Taxila, porque está más lejos y a los jóvenes les agrada poner toda la distancia posible entre ellos y su hogar. Por lo tanto, los jóvenes de Magadha no sólo conocen el poder de Persia, sino que conocen personalmente a los persas de la vigésima satrapía.

Fuimos recibidos en su palacio por el virrey de Varanasi. Aunque tan moreno como un dravidiano, pertenecía a la casta aria de los guerreros. Cuando me acerqué, se inclinó profundamente. Mientras yo pronunciaba mi habitual discurso vi que temblaba como un sauce en la tormenta. Estaba a todas luces aterrorizado, y yo me sentí muy gratificado. Que tema a Darío, pensé para mis adentros, y a su embajador.

Una vez concluidas mis amables palabras, el virrey señaló a un hombre alto y pálido con una cenefa de pelo color cobre apenas visible debajo de un turbante bordado en oro.

—Señor embajador, éste es nuestro huésped de honor, Varshakara, chambelán del rey de Magadha.

Varshakara se acercó a mí con la torpeza de un camello. Nos saludamos a la formal manera india. Esta consta de numerosas inclinaciones de cabeza y apretones de manos: de las propias manos. No hay contacto físico entre una persona y otra.

—El rey Bimbisara espera ansiosamente al embajador del rey Darío. —La voz de Varshakara era sorprendentemente fina para un hombre tan grande—. El rey se encuentra en Rajagriha, y espera recibirte antes de que acaben las lluvias.

—El embajador del Gran Rey espera con impaciencia el momento de conocer al rey Bimbisara.

Para entonces, ya era capaz de mantener conversaciones ceremoniales sin intérprete. Al final de mi embajada en la India, le enseñé a Caraka el lenguaje de la corte.

Al principio me refería siempre a Darío como el Gran Rey. Pero cuando los cortesanos de Bimbisara empezaron a llamar así a su monarca, otorgué a Darío el título de rey de reyes. Nunca pudieron superarlo.

—Es la más feliz de las coincidencias —dijo el chambelán, tirando de su barba verde— que ambos nos encontremos en Varanasi al mismo tiempo. Mi mayor deseo y esperanza es que podamos viajar juntos a Rajagriha.

—Eso sería una gran alegría para nosotros.

Me volví hacia el virrey, deseoso de que se uniera a la conversación. Pero

miraba despavorido a Varshakara. Obviamente, no era yo sino él quien asustaba al virrey y a su séquito.

Intrigado, dejé de lado el protocolo y pregunté:

—¿Qué ha traído a Varanasi al chambelán?

La sonrisa de Varshakara reveló unos dientes de color rojo brillante: mascaba continuamente hojas de betel.

—He venido a Varanasi para estar cerca del semental —respondió—. En este momento, se encuentra en el parque de los ciervos, fuera de la ciudad. No le agradan las lluvias, así como tampoco a nosotros. Pero ahora debe continuar su sagrado viaje, y entrar en Varanasi…

Varshakara no terminó la frase. Me mostró en cambio sus dientes rojos. El rostro oscuro del virrey tenía el color de las cenizas de un fuego apagado mucho antes.

—¿Qué caballo está en el parque de los ciervos? —pregunté—. ¿Y por qué es sagrado su viaje?

—Por lo menos una vez, durante el reinado de un rey verdaderamente grande, se debe realizar el sacrificio de un caballo.

No me gustó la manera en que el chambelán usaba la palabra «grande», pero nada dije. Ya habría tiempo para ponerlo en su sitio. Con los ojos de la mente, veía el águila de Darío volando muy alto sobre toda la India, con las alas goteando.

—Con una escoba se empuja al semental hacia el agua. Y luego el hijo de una prostituta mata a palos a un perro de cuatro ojos. Como sacerdote ario, comprenderás el sentido de esto.

Mi expresión era solemne. No comprendía nada.

—El cadáver del perro pasa por debajo del vientre del caballo, hacia el sur, donde residen los muertos. Y luego el caballo queda libre de dirigirse a donde quiera. Si penetra en otro país, el pueblo de ese país debe optar entre aceptar el dominio de nuestro rey, o luchar por su libertad. Y, naturalmente, si capturan al caballo, el destino del rey se ve gravemente… ensombrecido. Como puedes advertir, el sacrificio del caballo no sólo es uno de nuestros rituales más antiguos, sino, potencialmente, el más glorioso.

Comprendí entonces la inquietud del virrey de Varanasi. Si el caballo entraba en la ciudad, los habitantes se verían obligados a reconocer como rey a Bimbisara, o a pelear. Pero ¿contra quién?

El chambelán me lo explicó con satisfacción. Gozaba con el espanto de nuestros huéspedes.

—Naturalmente, no podemos correr riesgos cuando se trata del destino de nuestro rey. Siempre siguen al caballo trescientos de nuestros mejores guerreros. Todos están montados, aunque no en yeguas. El semental no puede tener intercambio sexual durante un año, y tampoco el rey. Por la noche, el rey debe dormir castamente entre las piernas de su más bella esposa. Ahora, hemos llegado hasta aquí. Y si el corcel entrara en Varanasi, estas excelentes personas —con un gesto airoso, el chambelán indicó al virrey y a sus acompañantes— se convertirían en súbditos del rey Bimbisara. Estoy seguro de que no les importaría. Después de todo, nuestro rey está casado con la hermana de su actual gobernante, el rey de Koshala.

—Todos somos… todos… criaturas del destino —suspiró el virrey.

—Por eso he venido a hablar con nuestros amigos, vecinos y primos. Ya consideramos al pueblo de Varanasi como parte de la familia de Magadha. Y queremos convencerles de que no resistan si nuestro semental decide entrar en la ciudad, y beber largamente el agua del Ganges.

Bien mirado, fue un comienzo poco auspicioso para una embajada, como pensé mientras nos mostraban nuestras habitaciones en el palacio del virrey. Sin duda, una guerra entre Magadha y Koshala perturbaría el comercio del hierro. Por otra parte, a veces se puede resolver una guerra entre dos estados poderosos mediante la intervención de un tercero. Años antes, un rey de la India se había ofrecido como mediador entre Ciro y el rey de los medos; naturalmente, fue rechazado por ambos lados. ¡Los occidentales pueden dirigirse hacia el este, pero nunca se debe alentar a los orientales a avanzar hacia el oeste!

Por el futuro del comercio del hierro, yo esperaba que el caballo se quedara en el parque de los ciervos. Para la gloria del imperio persa, esperaba que sintiese sed y abrevara en el Ganges.

Dos días más tarde, el semental se dirigió al sur y Varanasi quedó a salvo. Aunque estaba furioso, Varshakara hizo lo posible por mostrarse sereno.

—Debes venir conmigo al templo de Agni —dijo al día siguiente al de la partida del animal—. Es como vuestro dios del fuego, y estoy seguro de que desearás adorarlo en un lugar de la India.

No hablé, con el chambelán, del Sabio Señor. Ya había resuelto que únicamente hablaría de religión con los brahmanes, los santones y los reyes. Sin embargo, me interesaba descubrir si la influencia de mi abuelo había llegado más allá de Persia.

Fuimos llevados en literas doradas, a través de lo que parecían millas y millas de callejuelas estrechas, retorcidas e increíblemente atestadas, hasta el templo de Agni, un feo y pequeño edificio de madera y ladrillo. Fuimos recibidos respetuosamente por el sacerdote principal en la puerta. Tenía la cabeza enteramente afeitada, excepto por una larga coleta. Llevaba vestiduras rojas y blandía una antorcha.

Junto a la puerta del templo había un altar circular de piedra protegido de la lluvia por un dosel. Con un gesto casual, el sacerdote encendió un poco de ghee con su antorcha. Debo decir que me escandalizó el sacrilegio. *El fuego sagrado sólo debe encenderse en un lugar sin sol*. Pero supongo que el hecho de que el sol no hubiese brillado una sola vez en varios meses debía convertir a toda la India en un lugar sin sol.

Varshakara y yo entramos entonces en el templo, donde había una estatua de madera de Agni, resplandeciente de manteca rancia. El dios estaba sentado sobre un macho cabrio. En uno de sus cuatro brazos sostenía una jabalina, que representaba el fuego, y llevaba en la cabeza una primorosa corona de madera que simbolizaba el humo. En otras imágenes del templo, Agni tenía siete lenguas. Como la mayoría de los dioses indo-arios, asumía varias personificaciones. En el altar, Agni es el fuego. En el cielo, el relámpago. Siempre, el intermediario entre el hombre y lo divino; porque es el fuego quien transporta el sacrificio al cielo. En este sentido, y sólo en él, Agni se parece al fuego de Zoroastro.

Hubo un largo ritual, en su mayor parte muy confuso para quien no fuera un

brahmán. Por ejemplo, los sacerdotes empleaban una lengua arcaica que ni Caraka ni yo comprendíamos.

—Hasta dudo que ellos la comprendan —me dijo más tarde.

Los padres de Caraka eran jain, pero él se proclamaba adorador de Naga, el dios serpiente dravidiano sobre cuyas ondulaciones descansa el mundo. Pero, en realidad, Caraka no era religioso.

Al cabo de una hora de ininteligible canturreo, nos ofrecieron a cada uno un líquido de mal sabor en una copa común. Respetuosamente, probé un sorbo. El efecto, muy rápido, era infinitamente más poderoso que el del haoma. Pero como yo no aceptaba a los dioses védicos, mis ensueños no tenían relación con la ceremonia que se desarrollaba. Aun así, en un momento dado los cuatro brazos de Agni parecieron moverse y la jabalina, por algún truco, dio la impresión de estar en llamas.

Murmuré una plegaria al fuego, por ser mensajero de Ahura Mazda, el Sabio Señor. Descubrí más tarde que uno de los nombres del principal dios ario, Varuna, es Ashura. Esto significa que es la misma deidad que nuestro Ahura, el Sabio Señor. Y comprendí entonces que cuando mi abuelo reconoció al dios central de los arios como el único creador, redujo a todos los demás dioses a la categoría de demonios irrelevantes. Pero aparte de Ashura-Varuna, o Ahura Mazda, no compartimos con los adoradores de los dioses védicos otra cosa que la creencia de que se debe mantener la armonía entre lo que crea y lo que es creado mediante los rituales y sacrificios adecuados. Sin embargo, no puedo dejar de pensar que esa lunática confusión hecha por los indo-arios con sus dioses es la señal de que avanzan hacia el concepto zoroastriano de una unidad que contiene todas las cosas. ¿Acaso no está la infinita pluralidad de los dioses —como en Babilonia— muy cerca de la idea de que sólo hay Uno?

En suma, los sacrificios ofrecidos a uno u otro demonio deben ser interpretados por el Sabio Señor como sacrificios en su honor. De otro modo, no los permitiría. Y mientras tanto, envía hombres santos para decirnos cómo, cuándo y qué sacrificar. El más santo de todos fue Zoroastro.

En la India hay toda clase de santones o maestros, y muchos de ellos resultan fascinantes y turbadores. En su mayoría, rechazan los dioses védicos y la noción de una vida posterior. Según la religión védica, los malvados acaban en un infierno denominado la casa de arcilla, y los buenos ascienden a algo que se llama el mundo de los padres; y eso es todo. En general, el rebaño de santones cree en la transmigración de las almas, un concepto pre-ario. Algunos santones, los arhats, creen que este proceso puede detenerse. Otros no. Muchos son enteramente indiferentes, y se integrarían sin dificultad a las cenas de Aspasia.

Pero como los adoradores de demonios indo-arios piensan que el fuego es parte del bien porque aleja la oscuridad, no tuve ningún inconveniente en participar en la ceremonia de Varanasi. Los indios llaman a la bebida que induce imágenes, y que yo bebí, soma. Es evidentemente una variación de nuestro haoma. Por desgracia, los brahmanes gozan de sus pequeños secretos tanto como nuestros magos, de modo que no pude averiguar cómo se hace, ni a base de qué. Sé que en un momento vi —es decir, imaginé— que Agni lanzaba su llameante jabalina hacia lo alto.

También oí claramente al sacerdote principal cuando hablaba del origen de

todas las cosas. Para mi sorpresa, no se refería a un huevo cósmico, a un hombre gigantesco, ni a unos hermanos gemelos. Hablaba de un momento en que no existía ni siquiera la nada.

Me sorprendió vivamente esa imagen. Nunca he podido imaginar la nada, quizá, supongo, porque es imposible para una cosa —un hombre— comprender algo que no es ninguna cosa.

—No había existencia ni inexistencia; ni aire ni cielo. —Cuando el gran sacerdote concluía cada línea del llamado himno de la creación, golpeaba un pequeño tambor que tenía en la mano.

—¿Qué cubría todo? ¿Y dónde estaba?

Luego el himno mencionaba un tiempo que era anterior al tiempo, donde «no había muerte ni inmortalidad, día ni noche». Y entonces, a causa del calor —me pregunté de dónde podía venir ese calor— apareció una entidad llamada el Uno. «Y luego surgió el deseo, la semilla primigenia y el germen del espíritu». Del Uno brotaron los dioses y los hombres, este mundo, el cielo y el infierno. Y luego el himno seguía un curso muy extraño.

—¿Quién sabe —canturreó el gran sacerdote— de dónde vino todo? ¿Cómo se produjo la creación? Los dioses, el mismo Agni, no lo saben porque aparecieron más tarde. Entonces, ¿quién lo sabe? El mayor de todos los dioses del cielo, ¿lo sabe, o también lo ignora?

Aquello me parecía ateísmo. Aunque, en verdad, jamás he podido figurarme en qué creen realmente los brahmanes, si es que creen en algo. Aunque nuestros propios Magos son complicados, confusos, astutos, en algunas cosas se muestran coherentes. Para ellos, los gemelos originales existen en la forma del primer hombre y la primera mujer. Y no puedo concebir a un Mago que cuestione de pronto —¡y en mitad de una ceremonia religiosa!— la existencia misma del dios creador.

Sumamente embriagado por la droga, retorné al palacio del gobernador, donde Varshakara pretendía sostener una larga conversación conmigo sobre asuntos políticos. Me excusé. El soma, las lluvias y un viaje de más de mil millas me habían dejado exhausto. Dormí durante tres días.

Finalmente, Caraka me despertó.

—Varshakara se ofrece para escoltarnos hasta Rajagriha. ¿Debo contestar afirmativamente?

—Sí. —Aunque todavía estaba a medias dormido, comprendí de repente que algo no marchaba bien. Y luego advertí que por primera vez en casi cuatro meses no oía el rumor de la lluvia repicando en el techado—. La lluvia…

—… ha cesado. Al menos por el momento. El monzón se aleja gradualmente.

—Estaba soñando con ese caballo. —Era verdad. En mi sueño, me encontraba junto a la tumba de Ciro, cerca de Persépolis. Yo montaba el semental. Frente a mí se hallaban Atosa y Lais; cada una con una espada en la mano.

—¡Esto es Persia! —gritaba Atosa.

—Y ése es el caballo equivocado —decía Lais con firmeza.

En ese momento me despertó Caraka.

Debería haber hecho interpretar el sueño de inmediato. Los indios son maravillosamente hábiles para esto. Pero lo olvidé enseguida, y sólo ahora, medio

siglo más tarde, lo he recordado vívidamente, aunque de nada puede servir.

—El caballo ha regresado a Rajagriha —dijo Caraka—. Todo el mundo está indignado, y especialmente Bimbisara. Esperaba añadir Varanasi a su reino. O, si esto fallaba, alguna de las pequeñas repúblicas del norte del Ganges. Pero hasta el momento el caballo no ha salido de Magadha. He hecho los arreglos necesarios para que conozcas a Mahavira.

—¿A quién? —Yo no estaba aún despierto del todo.

—El cruzador de ríos. El héroe de los jain. Está en Varanasi, y te aguarda.

Mahavira significa gran héroe. El nombre real del vigésimo cuarto y último cruzador de ríos era Vardhamana. Aunque provenía de una familia de guerreros, sus padres eran tan devotos que tomaban con absoluta seriedad un precepto jain: que la mejor muerte consiste en extinguir lenta, deliberada y reverentemente la propia vida dejándose morir de hambre.

Cuando Vardhamana tenía treinta años de edad, sus padres ayunaron hasta la muerte. Debo decir que me parecieron, si no grandes, verdaderos héroes. Vardhamana recibió tal impresión que abandonó a su mujer y a sus hijos y se convirtió en sacerdote jain. Después de doce años de aislamiento y abnegación, alcanzó un estado que los indios denominan kevala. Esto significa que se ha logrado, de alguna manera, una unión especial con el cosmos.

Vardhamana fue aclamado como Mahavira, y pasó a ser la cabeza de la orden de jain. Cuando yo estuve en la India, la orden estaba integrada por unos catorce mil hombres y mujeres solteros. Los hombres residen en monasterios, las mujeres en conventos. Algunos de los hombres andan desnudos o, como dicen en la India, vestidos de cielo. Las mujeres no pueden ir tan adornadas.

En una sierra baja, sobre el Ganges, un grupo de monjes jain había convertido un depósito arruinado en un monasterio, en el que Mahavira había pasado la estación lluviosa. Nos habían recomendado que llegáramos inmediatamente después de la comida del mediodía. Como los monjes sólo se alimentan con un bol de arroz que han mendigado, la comida empieza y termina a mediodía. De modo que momentos más tarde un par de monjes nos escoltó hasta un cavernoso salón húmedo donde varios cientos de miembros de la orden oraban en alta voz. Observé que en su mayoría no se lavaban a menudo, y que muchos parecían enfermos o físicamente deformados.

Nuestros guías nos llevaron a una especie de balcón, separado del depósito por una cortina. Detrás se encontraba el héroe en persona. Mahavira estaba sentado, las piernas cruzadas, sobre una suntuosa alfombra de Lidia. Usaba una vestidura dorada. Me pareció poco ascético, pero Caraka me aseguró que cada uno de los veinticuatro cruzadores de ríos había tenido, desde el principio de los tiempos, su color y su emblema particulares. El color de Mahavira era el dorado, y su emblema el león.

Supongo que Mahavira debía tener casi ochenta años cuando lo conocí. Era un hombre bajo y grueso con una voz fuerte y autoritaria. Casi nunca miraba de frente, lo cual me resultaba desconcertante. Yo he nacido en una corte donde no se debía mirar directamente a los miembros de la familia real. Por lo tanto, si alguien no me mira, creo que estoy con alguien importante, o ¿con quién? ¿un impostor?

—Bienvenido, embajador del Gran Rey Darío. Bienvenido, nieto de Zoroastro,

por cuya voz, según se dice, ha hablado el Sabio Señor.

Me agradó que Mahavira me conociera. Me disgustó la ambigüedad de ese «según se dice». ¿Acaso quería decir que Zoroastro no era un legítimo profeta? Pronto lo supe.

Saludé a Mahavira a la complicada manera india mientras Caraka besaba sus pies en señal de respeto. Luego nos sentamos en el borde de la alfombra. Detrás de la cortina, oíamos a los monjes cantar a coro algún interminable himno.

—He venido a enseñar a todos los hombres los caminos del Sabio Señor —dije.

—Si alguien puede hacerlo, debes ser, sin duda, tú. —Nuevamente la sonrisita de alguien que sabe o cree que sabe más que uno. Controlé mi irritación. Para ponerlo en su sitio, canté uno de los gathas de Zoroastro.

Cuando terminé, Mahavira dijo:

—Hay muchos dioses, exactamente como hay muchos hombres y muchos… mosquitos. —Esto último se le ocurrió mientras un enorme mosquito giraba lentamente en torno de su cabeza. Mahavira, un jain, no podía matarlo. Pensé que, por ser huésped de los jain, tampoco yo podía hacerlo. Y el perverso insecto terminó por chupar sangre del dorso de mi mano, y no de la del dueño de la casa.

—Todos poseemos la misma substancia —dijo—. Diminutas partículas, mónadas vitales, se reúnen y disgregan de una y otra manera. Algunas ascienden en el cielo de la vida —agregó— y otras descienden.

Los jain piensan que el cosmos está lleno de átomos. Uso la palabra creada por Anaxágoras para los infinitesimales trocitos de materia que componen la creación. Sin embargo, las mónadas de los jain no son exactamente iguales a los átomos.

Anaxágoras no pensaría, por ejemplo, que un grano de arena infinitamente pequeño contiene vida. Pero para los jain todo átomo es una mónada vital. Algunas se combinan entre sí y ascienden en el ciclo de la vida, desde la arena y el agua, a través del reino vegetal y el animal, hasta las criaturas superiores que poseen los cinco sentidos, categoría que no sólo incluye a los seres humanos sino a los mismos dioses. O bien, las mónadas combinadas se desintegran y descienden en el ciclo. Primeramente, pierden las llamadas facultades de acción, que son cinco, y los cinco sentidos; luego se descomponen gradualmente en sus elementos básicos.

—¿Pero cuándo y cómo empezó este proceso de ascenso y descenso? —pregunté, con el temor de oír la respuesta que efectivamente recibí.

—No hay principio ni fin. Estamos obligados a pasar de un nivel a otro, subiendo o bajando, como siempre hemos hecho y haremos hasta que este ciclo termine… Y vuelva a empezar. Por ahora, soy el último cruzador de ríos de este ciclo. Ahora estamos descendiendo. Todos nosotros.

—¿También tú?

—También yo, como todas las cosas. Pero soy el cruzador del río. Y he logrado, por lo menos, tornar clara como un diamante la mónada vital que anima mi ser.

Aparentemente, una mónada vital es semejante a un cristal oscurecido o nublado por uno de los seis colores del karma o destino. Si se destruye deliberadamente uno de esos colores, la mónada se vuelve negra. Si se destruye

inadvertidamente, azul oscuro, y así sucesivamente. Pero si se observan fielmente todas las reglas de la orden, se alcanza la pureza, pero no el carácter de cruzador del río. Con éste se ha de nacer.

La certidumbre con que hablaba Mahavira era producto de su aceptación de una antigua religión, hasta el punto de no poder concebir otra cosa que sus preceptos. Cuando señalé que la tensión entre la mónada vital y esos colores que la sombrean se parece a la lucha entre el Sabio Señor y Arimán, sonrió amablemente y dijo:

—En toda religión, por poco desarrollada que esté, suele encontrarse una tensión entre la idea de lo bueno y la idea de lo malo. Pero las religiones jóvenes no alcanzan la verdad absoluta. No pueden aceptar el final de la personalidad humana. Insisten en una caverna de arcilla, o en alguna clase de morada ancestral donde el individuo puede subsistir como tal durante todo el tiempo. Ahora bien: esto es pueril. ¿Acaso no es evidente que no puede tener fin lo que no ha comenzado? ¿No está claro que lo que asciende debe también descender? ¿No está claro que no hay forma de escapar? Sólo hay una: tornarse un ser completo, como yo he hecho, integrándome con el universo entero.

—¿Cómo lo has logrado? —pregunté con cortesía y hasta con curiosidad.

—Durante doce años me aislé. Vivía sin ropas, apenas comía, guardaba castidad. Naturalmente, fui golpeado y apedreado por los aldeanos. Pero como sabía que el cuerpo es impuro, transitorio, el ancla que retiene la barca en mitad del cruce, ignoré todas las necesidades del cuerpo hasta que, por fin, gradualmente, mi mónada vital se tornó clara. Como ahora soy indiferente a todas las cosas, no puedo volver a nacer, ni siquiera como rey de los dioses. Esto es algo que se debe temer, porque esa clase de grandeza ha nublado más de un cristal. En verdad, ser uno de los dioses superiores es la última tentación, la más exquisita e irresistible. Piensa en vuestro Ahura Mazda. Ha elegido ser el Sabio Señor. Pero si hubiese sido verdaderamente sabio, habría dado el paso siguiente, el último, integrándose con esa criatura cósmica de la que todos nosotros somos simplemente átomos que incesantemente se combinan y recombinan. Con la integración, uno se libera del yo y flota como una burbuja hasta la coronilla de ese curvo cráneo estrellado y todo se acaba.

Lo que me fascina de los jain no es tanto su seguridad, característica de demasiadas religiones, como la antigüedad de sus creencias. Es posible que su visión atomística del hombre sea la teoría religiosa más antigua que se conoce. Durante siglos han estudiado cada aspecto de la vida humana, relacionándolo con su visión del mundo. Aunque la integración es la meta oficial de todo monje jain, sólo unos pocos la lograrán. Sin embargo, su esfuerzo por lograrlo determina un renacimiento más elevado, si tal cosa es posible.

—¿Puedes recordar alguna de tus encarnaciones anteriores?

Mahavira me miró por primera vez.

—No. ¿Qué sentido tendría? Después de todo, nada cuesta imaginar cómo es ser un león, o el dios Indra, o una mujer ciega, o un grano de arena.

—Un griego llamado Pitágoras sostiene que puede recordar sus vidas anteriores.

—¡Ah, pobre hombre! —Mahavira parecía verdaderamente lleno de compasión—. ¡Recordar ochenta y cuatro mil existencias anteriores! Si existiera un

infierno, sería ése.

El número ochenta y cuatro mil me trajo el recuerdo de Gosala. Dije que había conocido a su antiguo amigo.

Mahavira parpadeó. Parecía un amistoso monje gordo.

—Durante seis años fuimos como hermanos —dijo—. Luego, dejé de ser yo mismo. Ya no me preocupé más por él. Ni por nadie. Había logrado la integración. El pobre Gosala no lo ha hecho, no puede. Entonces nos separamos. Dieciséis años más tarde, cuando volvimos a encontrarnos, yo era un cruzador del río. Y como él no podía soportarlo, se odiaba a sí mismo. Y entonces negó la creencia esencial de los jain. Si alguno de nosotros no consigue integrarse, todo pierde sentido para él. Gosala decidió, pues, que no tiene sentido nada que se haga porque… ¿No arrojó un ovillo de hilo al aire?

—Sí, Mahavira.

Mahavira río.

—¿Qué ocurre, me pregunto, con las diminutas partículas que se desprenden del hilo cuando se desenrolla? Sospecho que algunas se integrarán con el todo, ¿no crees?

—No lo sé. Háblame de este ciclo de la creación que toca a su fin.

—¿Qué puedo decir? Que se acaba…

—¿Para volver a comenzar?

—Sí.

—¿Pero cuándo comenzaron los ciclos? ¿Y por qué continúan?

Mahavira se encogió de hombros.

—Lo que es infinito no tiene comienzo.

—¿Y ese hombre colosal? ¿De dónde vino? ¿Quién lo creó?

—No fue creado, porque ya era. Y todo es, para siempre, una parte de él.

—El tiempo…

—El tiempo no existe. —Mahavira sonrió—. Si te parece difícil de comprender —miró a Caraka, el dravidiano—, piensa en una serpiente que se come la cola.

—¿El tiempo es un circulo?

—El tiempo es un círculo. No hay principio. No hay final. —Mahavira inclinó la cabeza, y con esto concluyó la audiencia. Cuando me levantaba para marcharme, advertí un mosquito sobre el hombro desnudo de Mahavira. No se movió mientras le picaba.

Uno de los monjes insistió en mostrarnos el hospital de los animales, donde toda clase de animales heridos o enfermos eran atendidos.

En mi vida he sentido un hedor comparable, ni oído tales aullidos y ladridos como ante aquella serie de destartaladas cabañas.

—¿Atendéis también a los seres humanos? —pregunté, cubriéndome la nariz.

—Otros se ocupan de eso, señor. Preferimos ayudar a los verdaderamente desvalidos. Te mostraré una vaca que partía el corazón cuando la encontramos…

Pero Caraka y yo escapamos a toda prisa.

Aquel mismo día, más tarde, conocí a uno de los más importantes mercaderes de la ciudad. Aunque la clase de los mercaderes es despreciada por los guerreros y los

brahmanes, controla casi toda la riqueza de los estados de la India. Los mercaderes suelen ser halagados por las castas sociales superiores.

Mencionaría su nombre, pero lo he olvidado. Curiosamente, mantenía correspondencia con los ubicuos Egibi e hijos, los banqueros de Babilonia. Durante años había intentado organizar con ellos un intercambio de caravanas.

—Las caravanas son la base de la prosperidad —decía. Parecía citar algún texto religioso. Cuando le conté que el Gran Rey deseaba importar hierro de Magadha, dijo que quizá podría ayudarme. Tenía, dijo, varios socios en Rajagriha, y podría hablar con ellos. Algunos eran banqueros y empleaban moneda.

En general, los indios no acuñan muchas monedas. O practican el comercio de trueque, o se valen de burdos lingotes de plata o cobre. Curiosamente, no hacen acuñaciones de oro, aunque tienen en gran estima nuestros dáricos persas, y en la India se producen grandes cantidades de oro que extraen del suelo las hormigas gigantes. Me parecía extraño que esos países tan antiguos y civilizados fueran tan primitivos respecto de la moneda y, sin embargo, me impresionó sobremanera su sistema de crédito.

A causa de los ladrones, los indios rara vez viajaban con oro o con objetos de valor. En cambio, depositan estos bienes en manos de algún mercader de buena fama de su propia ciudad, que les entrega una declaración escrita, donde afirma que ha recibido bienes de un valor determinado, y solicita a los comerciantes de los dieciséis reinos que proporcionen dinero o bienes a quien posee la declaración, garantizada por el dinero o los objetos valiosos que él mismo retiene. Y esto se cumple sin la menor dificultad; ¡no es extraño! El mercader que presta recibe un interés del dieciocho por ciento sobre lo que entrega. Y, afortunadamente, el otro mercader, el que guarda el depósito, suele pagar un buen porcentaje por los préstamos que ha hecho entre tanto.

Es un sistema sin defectos, en lo que concierne a la seguridad y a la comodidad. Durante mi embajada, gané un poco más de dinero del que gasté. Hace algunos años, logré introducir en Persia un sistema de crédito similar; pero no creo que se mantenga. Los persas son a la vez honestos y desconfiados, características poco apropiadas para los negocios.

Mientras el mercader y yo conversábamos, una anciana criada entró a la habitación con un jarro de agua.

—Debo cumplir uno de los cinco sacrificios, si me excusas.

El mercader se acercó a un nicho donde, sobre un estante de baldosines elegantemente vidriados, había una serie de toscas figuras de arcilla. Derramó agua en el suelo ante el nicho, murmuró unas plegarias, y devolvió el jarro a la mujer, que salió silenciosamente.

—Era una plegaria a mis antepasados. Cada día debemos cumplir los cinco grandes sacrificios, como se suelen llamar. El primero a Brahma, el espíritu del mundo. Se recitan partes de los vedas. El segundo, de agua, a nuestros antepasados. Y para todos los dioses se derrama ghee sobre el fuego sagrado. Luego sacrificamos cereales a los animales, las aves, los espíritus. Finalmente, honramos a los hombres ofreciendo hospitalidad a un extranjero. Ahora —continuó, haciendo una reverencia— he tenido el honor de cumplir simultáneamente dos sacrificios.

Mencioné entonces una costumbre aria semejante, anterior a Zoroastro. Y

luego mi anfitrión me preguntó cómo educan los persas a sus hijos. Le interesó particularmente el sistema escolar del palacio de Ciro.

—Nuestros reyes deberían hacer lo mismo —dijo—. Aquí somos muy indolentes. Supongo que se deberá al calor y a las lluvias. Nuestros guerreros aprenden a utilizar el arco, y algunos verdaderamente saben combatir; pero muy poco más. Cuando aprenden de memoria un solo veda se los considera muy ilustrados. En general, pienso que los mercaderes somos los mejor educados. Naturalmente, los brahmanes aprenden miles y miles de versículos de los vedas. Sin embargo, rara vez saben las cosas que nosotros juzgamos importantes, como matemáticas, astronomía o etimología. Nos fascinan los orígenes del lenguaje. En Taxila, en el norte, se estudiaba el persa mucho antes de que Darío dominara el río Indo. Siempre nos han interesado las palabras, que a la vez nos unen y nos separan. Yo mismo sostengo aquí, en Varanasi, una escuela donde se enseñan las seis formas de la metafísica y los secretos del calendario.

Aunque me atemorizaban un poco las complejidades de la educación india, acepté hablar con un grupo de estudiantes antes de partir hacia Rajagriha.

—Se sentirán honrados —dijo el mercader— y escucharán con atención.

La escuela ocupaba varias habitaciones en un viejo edificio, detrás de un bazar especializado en objetos metálicos. El ruido incesante de los martillos sobre el cobre no contribuyó a mejorar la calidad de mis palabras. Pero los estudiantes eran verdaderamente atentos. Muchos tenían la piel razonablemente clara. Unos pocos pertenecían a la clase de los guerreros; los demás eran mercaderes. No había brahmanes.

Demócrito quiere saber cómo podía yo saber a qué clase pertenecían. Le expliqué la manera. Cuando un muchacho indio alcanza la edad que se llama del segundo nacimiento, se le entrega un cordón hecho con tres hilos trenzados, que llevará toda su vida sobre el pecho, desde el hombro izquierdo hasta la axila derecha. Los guerreros llevan un cordón de algodón; los sacerdotes, de cáñamo; los mercaderes, de lana. En Persia conocemos un rito de iniciación semejante, pero sin marcas visibles de casta.

Me senté en una silla junto al maestro. Aunque de la clase de los mercaderes, era profundamente religioso.

—Soy discípulo de Gautama —me dijo gravemente—. Le llamamos el iluminado, o el Buda.

Los estudiantes me parecieron amables, inquisitivos, tímidos. Tenían gran curiosidad geográfica. ¿Dónde estaba Persia? ¿Cuántas familias vivían en Susa? No medían la población por la cantidad de hombres libres, sino por la de familias. En ese momento había en Varanasi cuarenta mil familias o, quizás, doscientas mil personas, sin contar a los extranjeros y a los nativos no arios.

Hablé con cierta extensión del Sabio Señor. Se mostraban interesados. No utilicé el estilo altanero que caracterizaba las exhortaciones de mi abuelo. Como los indios aceptan todos los dioses, hallan fácil aceptar la idea de un solo dios. Aceptan incluso la posibilidad de que no haya un creador, y de que todos los dioses arios sean sencillamente superhombres que se extinguirán un día, cuando este ciclo de la creación termine, como debe terminar, y comience un nuevo ciclo, como ocurrirá,

según creen.

Comprendo por qué esta falta de certidumbre acerca de la deidad ha conducido al reciente florecimiento de tantas nuevas teorías sobre la creación. Yo había sido educado en la creencia de que el Sabio Señor era eterno y estaba totalmente dispuesto a aniquilar en debate a cualquiera que negara la verdad de la visión de Zoroastro. Pero jamás un indio la negó. Todos aceptaban a Ahura Mazda como el Sabio Señor. Llegaban a aceptar que sus propias deidades superiores, Varuna, Mitra o Rudra, fueran, para nosotros, demonios.

—Todas las cosas evolucionan y cambian —dijo el joven maestro al final de la clase. Luego insistió en que visitáramos el parque de los ciervos, fuera de la ciudad. Mi amigo el mercader nos había proporcionado un carro de cuatro caballos, de modo que atravesamos Varanasi con toda comodidad. Como tantas de nuestras ciudades más antiguas, había crecido sin ningún plan ni avenidas rectas. La mayor parte de la ciudad estaba pegada al río. Muchas de las casas tenían cuatro o cinco pisos de altura, y cierta tendencia al derrumbe. Las estrechas y torcidas callejuelas estaban atestadas, de día o de noche, de gente, animales, carros y elefantes. No había templos ni edificios públicos de interés. La residencia del virrey era simplemente una casa mayor que las de los vecinos. Los templos eran oscuros, pequeños, y apestaban a ghee.

El parque de los ciervos no contenía ciervos, por lo que pude ver.

Era simplemente un encantador parque descuidado, lleno de flores extrañas y árboles aún más extraños. Como la gente común puede usar el parque a su gusto, la población se complace en sentarse bajo los árboles a comer, jugar o escuchar a narradores profesionales o incluso a algún santón.

Gracias a tres o cuatro meses de lluvia, los verdes de la vegetación eran tan intensos que mis ojos se llenaron de lágrimas. Sospecho que ya entonces mis ojos eran excesivamente sensibles y débiles.

—Aquí es donde se sentó Gautama cuando llegó a Varanasi. —El joven maestro señaló un árbol que sólo se diferenciaba de otros en que nadie se acercaba, salvo para mirarlo, como hicimos nosotros.

—¿Quién? —Supongo que yo había logrado olvidar el nombre que me había dicho apenas una hora antes.

—Gautama. Le llamamos el Buda.

—Ah. Tu maestro.

—Nuestro maestro —precisó mi compañero—. Recibió la iluminación mientras se encontraba debajo de ese árbol. Aquí se convirtió en Buda.

Escuché con menos de la mitad de mi atención. No me interesaba Sidarta Gautama, ni tampoco su iluminación. Pero me interesó saber que el rey Bimbisara era budista, y recuerdo haber pensado: «Si, ha de ser budista en el mismo sentido en que Darío es zoroastriano… Los reyes respetan siempre la religión de sus pueblos».

Cuando nos separamos dije al maestro que me marchaba a Rajagriha.

—Entonces sigues ya las huellas del Buda —observó él, con seriedad. Cuando terminó la estación de las lluvias, el Buda salió de este parque y se dirigió a Rajagriha, como tú piensas hacer. Y fue recibido por el rey Bimbisara, como lo serás tú.

—Pero sin duda, allí terminará la coincidencia.

—También puede comenzar. ¿Quién sabe cuándo o cómo llegará la

iluminación?

No había respuesta. Como los griegos, los indios están mejor dotados para las preguntas que para las respuestas.

Con gran boato, la embajada persa salió de Varanasi. Normalmente, los viajeros descienden por el Ganges hasta el puerto de Pataliputra, donde desembarcan para seguir por tierra hasta Rajagriha. Pero como el Ganges estaba aún peligrosamente crecido, Varshakara insistió en que realizáramos el viaje por tierra, en elefante.

Al cabo de un día o dos de algo que se parece mucho a un mareo, uno se acostumbra a este tipo de viaje, y hasta termina por amar a la bestia.

No me extrañaría que los elefantes fueran más inteligentes que los seres humanos. Después de todo, tienen la cabeza más grande; y el hecho de que no hablen bien puede ser una muestra de superioridad.

Nuestro fresco otoño es, en la llanura del Ganges, una época tormentosa y caliente. Cuando se retiran los monzones, el aire es cálido y húmedo, y se tiene la sensación de flotar debajo de la superficie del agua. Los extraños árboles parecen helechos acuáticos, y entre sus copas los pájaros multicolores se mueven como peces.

El camino a Rajagriha es particularmente malo. Cuando se lo dije a Varshakara, se mostró asombrado.

—Es una de nuestras mejores carreteras, embajador. —Rió y apenas logré esquivar una roja gota de saliva—. Si fuera mejor, tendríamos ejércitos en marcha para atacarnos todos los días.

Era una frase enigmática, para decir lo menos. Como Magadha era el estado más poderoso de la India, ningún ejército se atrevería a marchar contra ella. A menos que el chambelán estuviera refiriéndose sutilmente a Darío, por supuesto. Aunque con frecuencia me resultaba difícil comprender sus palabras, no tenía ninguna dificultad en comprenderlo a él. Varshakara era un hombre despiadado y de grandes ambiciones, capaz de cualquier cosa para aumentar el poder de Magadha. Aún de… pero a esto llegaré a su debido tiempo.

Me impresionó la riqueza de la tierra en la gran llanura. Había dos cosechas anuales. Una en invierno, la única estación soportable. La otra durante el solsticio de verano. Inmediatamente después de la cosecha del verano, se plantan arroz y mijo. Los campos sembrados con estos granos me parecían tapices de color verde amarillento extendidos sobre el terreno liso. Sin gran esfuerzo, la población estaba bien alimentada. En verdad, si no fuera por la compleja labor de alimentar grandes áreas urbanas, los aldeanos de la India podrían vivir sin trabajar. Las frutas y bayas de los árboles, las aves domésticas y acuáticas, las mil variedades de peces fluviales proporcionan abundante alimentación gratuita.

Pero las ciudades imponen una agricultura elaborada. La consecuencia es que los enormes rebaños de ganado de los conquistadores arios son alejados poco a poco, a medida que la tierra de pasto se convierte en tierra de cultivo, y hay grandes debates acerca de este cambio en la forma de vivir del pueblo.

—¿Qué es un ario sin su vaca? —preguntan los brahmanes. Naturalmente, no esperan respuesta.

Inmediatamente después de la jungla, al este de Varanasi, hay numerosos

poblados. Todos están rodeados por una inconsistente estacada, que no tiene por finalidad la defensa contra un ejército, sino el impedir que los tigres y otros animales de presa ataquen al ganado o a los niños. En el centro de cada una de estas aldeas diseminadas al azar hay una casa comunal donde los viajeros pueden dormir en el suelo por nada, y comprar una comida por casi nada.

Me sorprendió descubrir que la mayoría de los campesinos de la India son hombres libres y que cada poblado elige su propio consejo. Aunque deben pagar impuestos a cualquier persona que conquiste el poder, gozan de gran libertad. Esto explica, sin duda, el gran rendimiento de las cosechas en el campo indio. Como cualquier propietario sabe, un campesino contratado o un esclavo producen exactamente la mitad de alimentos que un hombre libre, dueño de la tierra que trabaja. Obviamente, el sistema de la aldea india es un resabio de una época más temprana y transparente de la humanidad.

El viaje de Varanasi a Rajagriha nos llevó dos semanas. Avanzábamos lentamente. Era un viaje cómodo, si se exceptúa el calor del día. Cada noche se montaban primorosas tiendas para el chambelán y para mí. Caraka compartía mi tienda, y el resto de la embajada dormía en la casa comunal del pueblo más próximo, o bajo las estrellas.

Todas las noches hacía arder un incienso nocivo que ahuyenta a los insectos que pican a los hombres dormidos. Las serpientes de la India eran un problema muy distinto. Como ni el incienso ni las oraciones las asustaban, Varshakara me sugirió el empleo de una pequeña criatura peluda y que se alimenta de serpientes, llamada mangosta. Encadena una mangosta cerca de tu cama y ninguna serpiente turbará tu sueño. Las noches eran tranquilas. Caraka y yo escribíamos notas acerca de lo que habíamos visto y oído durante el día. Supervisábamos también la confección de nuevos mapas, puesto que el mapa de Escílax del interior de la India era tan deficiente como preciso el de la región costera. Una vez preparadas las tiendas, solía cenar con Varshakara. Sentía tanta curiosidad por mí como yo por él. Aunque nos decíamos numerosas mentiras necesarias, yo pude recoger una buena cantidad de información útil acerca del exótico mundo en que acababa de penetrar. Nos reclinábamos en divanes, que en cierto modo se asemejaban a los griegos, aunque éstos estaban tapizados y cubiertos de cojines. Junto a cada diván había una inevitable escupidera. Los indios mastican constantemente hojas narcóticas de alguna clase.

La comida india no difiere mucho de la lidia. Se usa mucho el azafrán, y una picante mezcla de especias llamada curry. Para cocinar, los ricos usan ghee, que se conserva largo tiempo en épocas de calor. Terminé por acostumbrarme al ghee. De lo contrario, me hubiera muerto de hambre. Todo lo que no se fríe en ghee, está bañado en él. Yo prefería el aceite que emplean los pobres. Se hace con un grano que se llama sésamo; es más ligero que el ghee y no tiene peor sabor. El aceite de sésamo es para las masas lo que el de oliva para los atenienses.

Pero en las mesas de los reyes y los ricos sólo se servía ghee; yo comía obstinadamente todo lo que me ofrecían, y por primera y única vez en la vida me torné gordo como un eunuco. A propósito: los indios admiran la gordura en ambos sexos. Ninguna mujer les parece lo bastante gruesa, y un príncipe de proporciones esferoidales es considerado felizmente bendito por los dioses.

No obstante, el chambelán comía moderadamente. Bebía en exceso, en cambio, un poderoso licor que se obtiene destilando azúcar de caña. También a mí llegó a agradarme. Pero ambos cuidábamos de no beber demasiado cuando estábamos juntos. Varshakara me miraba con la misma suspicacia con que yo lo miraba a él. Nos halagábamos con extravagancia, al modo indio, mientras esperábamos que el otro hiciera un movimiento imprudente. Ninguno de los dos lo hizo jamás.

Recuerdo una conversación en la tienda. Después de una comida insólitamente abundante, continuamos bebiendo licor de azúcar de caña que una criada servía constantemente en nuestras tazas de cerámica. Yo estaba medio dormido, y él también. Pero recuerdo que le pregunté:

—¿Cuánto tiempo más debe seguir errando el caballo?

—Hasta la primavera. Unos cinco o seis meses más. ¿Tenéis alguna ceremonia similar en Persia?

—No. Pero el caballo es particularmente sagrado para nuestros reyes. Una vez por año, nuestros sacerdotes sacrifican un caballo ante la tumba de Ciro el Grande.

El sacrificio del caballo en la India me causó gran impresión. En primer lugar, me asombró la infinita rareza de la costumbre de desencadenar una guerra simplemente porque un caballo elige para pastar los campos de otro país. Por supuesto, había escuchado esos interminables versos del ciego Homero: afirman que en cierta oportunidad los griegos atacaron Troya (ahora se llama Sigeo y pertenece a nuestro imperio) porque la esposa de un reyezuelo griego se había escapado con un joven troyano. Para cualquiera que conozca Sigeo, y también a los griegos, es evidente que éstos deseaban controlar la entrada al Mar Negro desde siempre, así como las ricas tierras situadas más allá. Y para esto era necesario conquistar primeramente Troya, o Sigeo. Éste es actualmente el sueño de Pericles. Le deseo suerte. La necesitará. Y el que ahora la esposa de Pericles se escapara con el hijo del viejo Hipias, de Sigeo, constituiría un adecuado pretexto griego para una guerra, y tú, Demócrito, podrías celebrar el resultado en verso.

Nosotros, los persas, somos más ingenuos que otros pueblos. Admitimos abiertamente que hemos creado un imperio para ser más ricos y estar más seguros. Además, si no hubiésemos conquistado a nuestros vecinos, ellos nos habrían conquistado. Así es el mundo. Y así son ciertamente las tribus arias a quienes canta Homero, como los brahmanes de la India cantan a los héroes de su pasado ario. A propósito: un relato védico acerca de un joven rey llamado Rama bien puede ser el himno más largo que se ha escrito nunca. Se me dice que un brahmán inteligente necesita por lo menos diez años para aprenderlo de memoria. Después de haber escuchado ese texto uno o dos días, creo poder afirmar con cierta justicia que es aún más aburrido que la historia de Homero. Para mí, lo único interesante en cualquiera de estas narraciones arias es el hecho de que los dioses sean simplemente superhéroes. No se siente en ninguna parte de ambas historias la presencia de una verdadera deidad. Los dioses arios son exactamente como hombres y mujeres ordinarios, excepto porque, en apariencia, viven eternamente. Poseen también apetitos exagerados a los que se entregan desaforadamente, por lo general a expensas de los seres humanos.

Demócrito me dice que los griegos inteligentes jamás han tomado en serio a

los dioses homéricos. Quizá sea así. Pero el enorme templo de Atenea que se está construyendo actualmente detrás de esta casa, en la Acrópolis, constituye un costoso homenaje a una diosa a quien no sólo el pueblo, sino también los gobernantes de una ciudad que de ella ha recibido su nombre, toman muy en serio. Y por otra parte, en Atenas es un delito capital burlarse de los dioses homéricos, o negar su existencia, al menos en público.

Los indios de mi época, y quizá también los actuales, eran más sagaces que los griegos. Para ellos los dioses simplemente están o no están, según uno los perciba o no. La noción de impiedad es absolutamente ajena a la mente india. Los reyes arios se complacen en hablar con ateos que abiertamente se mofan de los dioses principales de las tribus arias; y ningún jefe ario soñaría en desterrar los dioses locales pre-arios del campesinado.

El intento de mi abuelo de convertir a los dioses arios en demonios impresionaba a los arios de la India no tanto como una muestra de impiedad como de inutilidad. Bajo los nombres de Brahma o Varuna el Sabio Señor prevalece en todas partes. Entonces, me preguntaban, ¿por qué negar a los dioses menores? Yo repetía los mandamientos de Zoroastro: purificarse; expulsar a los demonios; convertir a todos los hombres a la Verdad. No logré ni una sola conversión. Pero, en definitiva, yo tenía una misión política.

Varshakara no sabía cómo ni cuándo ni por qué había comenzado el sacrificio del caballo.

—Es una práctica muy antigua. Muy sagrada. En realidad, después de la ceremonia de la coronación, es la más importante en la vida de un rey.

—¿Porque añade territorio al reino?

Varshakara asintió.

—¿Qué mejor señal del favor divino? Si el caballo hubiese entrado en Varanasi, nuestro rey habría tenido verdadera gloria. Pero… —Varshakara suspiró.

—No querría mostrarme poco religioso, señor chambelán. —El licor había soltado un poco mi lengua—. Pero esos guerreros que siguen al caballo, ¿pueden determinar su dirección?

Cuando Varshakara sonrió, sus dientes manchados de betel parecían cubiertos de sangre.

—La más mínima sospecha que el caballo sea guiado por otra cosa que el destino es intolerable, impía… y en parte justificada. El caballo puede ser sutilmente guiado, pero sólo hasta cierto punto. Como en general las ciudades aterran a los caballos, tratamos de que el nuestro se mueva alrededor de una ciudad. Eso es excelente para nosotros. Si dominas el perímetro de una ciudad, la plaza es tuya. Naturalmente, nuestros soldados deben derrotar a los defensores. Pero esa parte es sencilla para nosotros. Koshala se está desintegrando y habría sido muy fácil… pero el caballo se dirigió al sur. Ahora, nuestra única esperanza es que vuelva hacia el noreste, hacia el Ganges, hacia las repúblicas que están más allá. Es donde se encuentra el verdadero peligro.

—¿Las repúblicas?

Varshakara volvió a mostrar sus dientes rojos. Ahora no era una sonrisa.

—Hay nueve repúblicas. Desde la república de Sakya, en las montañas del

norte, hasta la de Licchavi, frente a Magadha. Las nueve están unidas por su odio feroz a Magadha.

—¿Cómo nueve pequeñas repúblicas pueden ser una amenaza para un gran reino?

—Porque en este preciso momento están formando una federación, que será tan poderosa como Magadha. El año pasado eligieron un sangha general.

Pienso que «asamblea» es la mejor traducción de esta palabra. Pero mientras la asamblea ateniense está abierta tanto a los comunes como a los nobles, el sangha de las repúblicas indias estaba formado por representantes de cada uno de los nueve estados. Como supe luego, sólo cinco repúblicas se habían adherido a la federación: eran las más próximas a Magadha y, por lo tanto, las más temibles para el rey Bimbisara y su chambelán Varshakara. Tenían motivos para su temor. Esas repúblicas mantenían con Magadha una relación similar a las de las ciudades griegas de Jonia con Persia. La única diferencia era que, en los días de Darío, las ciudades griegas de Asia Menor no eran repúblicas sino tiranías.

Aun así, la analogía me parecía válida. Lo dije.

—Según nuestra experiencia, ninguna república puede oponerse a una monarquía popular. Piensa en los griegos. —Hubiera sido igual hablar de los habitantes de la luna. Varshakara tenía cierta noción de qué era Persia, y sabía algo acerca de Egipto y Babilonia; pero el oeste no existía para él.

Traté de explicarle que dos griegos eran incapaces de ponerse de acuerdo durante cierto tiempo en una política común. Como consecuencia, eran derrotados por ejércitos disciplinados del exterior, o desgarrados por las facciones democráticas internas.

Varshakara comprendió esto bastante bien y definió la palabra república en la India.

—Estos países no son gobernados por asambleas populares. Eso se acabó mucho antes de que llegáramos. No: las repúblicas están gobernadas por asambleas o consejos integrados por las cabezas de las familias nobles. Lo que llamamos república es, en realidad, una… utilizó la palabra india equivalente a oligarquía.

Más tarde supe que las antiguas asambleas tribales a que se había referido no eran pre-arias; eran, por el contrario, una parte importante del sistema tribal original ario. En una asamblea abierta se elegía a los líderes. Pero las asambleas desaparecieron gradualmente, como tiende a ocurrir en todas partes, y la monarquía hereditaria las reemplazó, como también tiende a ocurrir en todas partes.

—Es verdad que no tenemos por qué temer a ninguna de esas repúblicas. Pero una federación sería un peligro real. Después de todo, sólo el Ganges nos separa de ellas.

—¿Y Koshala?

Aunque mi conocimiento de la geografía india nunca sería completamente preciso, ya en aquel momento tenía una imagen mental, no del todo inexacta, de esa parte del mundo. Podía ver con la imaginación las altas montañas del norte. Se dice que son las más altas del mundo, como si alguien las hubiese medido, o visto todas las montañas de este vasto mundo. Pero el Himalaya es ciertamente impresionante, sobre todo cuando se ve desde la baja y chata llanura del Ganges. Al pie del Himalaya se

encuentran las nueve pequeñas repúblicas, en un valle fértil entre el río Rapti, al oeste, y las boscosas estribaciones de la cordillera, al este. El río Gandak corre aproximadamente por el centro de este territorio, hasta que se une con el Ganges, que forma la frontera norte de Magadha. Las rutas de comercio más importantes de la India comienzan en el este, en el puerto de Tamralipta, y atraviesan las repúblicas en camino a Taxila y, más allá, a Persia. Magadha siempre ha codiciado esa ruta comercial.

Al oeste de las repúblicas se encuentra Koshala, una nación populosa, increíblemente rica. Infortunadamente, el rey Pasenadi era un rey débil. No podía mantener el orden. No podía percibir tributo de muchas de sus propias ciudades, porque los señores se rebelaban con frecuencia. Y sin embargo, en aquel tiempo, arios y dravidianos concordaban en que no existía en el mundo una ciudad comparable a Shravasti, la capital de Koshala. Merced a la riqueza acumulada en el pasado, y al carácter muy cultivado de Pasenadi, Shravasti era un lugar encantador, como había de descubrir posteriormente. Fue mi hogar durante un tiempo; si mis hijos viven aún, se encuentran allí.

Koshala es un peligro para nosotros. —Todo el mundo era un lugar peligroso para el peligroso Varshakara—. Naturalmente, nuestra política consiste en apoyar al reino contra la federación. Pero, en última instancia, el arte del estadista consiste en el dominio del círculo concéntrico. —Los indios han desarrollado intrincadas normas para las relaciones entre estados soberanos—. El vecino es siempre el enemigo. Ésa es la naturaleza de las cosas. Por lo tanto, es preciso buscar alianzas con el país que está más allá del vecino, con el siguiente circulo concéntrico. Por eso miramos hacia Gandhara…

—Y hacia Persia.

—Y hacia Persia. —Fui obsequiado con una rápida vislumbre de los dientes rojos—. En todas partes tenemos agentes o amigos. Pero la federación es mucho más astuta que nosotros. No hay un rincón de Magadha que no esté infiltrado.

—¿Espías?

—Peor. Mucho peor. Pero tú sabes. Has estado con nuestros enemigos.

Mi corazón latió algo desacompasadamente.

—Todavía, señor chambelán, no he tenido oportunidad de tratar, conscientemente, con un enemigo de Magadha.

—Oh, estoy seguro de que no lo sabías. Pero igualmente has estado con nuestros enemigos. Y son mucho peores que los espías porque se proponen debilitarnos con ideas ajenas, así como han debilitado a Koshala.

Comprendí.

—¿Te refieres a los jain?

—Y a los budistas. Y a los seguidores de Gosala. Debes haber advertido que el así llamado Mahavira y el así llamado Buda no son arios.

—Pensé que tu rey era protector de Buda…

Con el índice y el pulgar, Varshakara se sonó la nariz. En general, las maneras indias son tan delicadas como las nuestras; sin embargo, se suenan la nariz y orinan en público.

—Sí, nuestra política ha consistido en permitir que esa gente vaya y venga a

su antojo. Pero los vigilamos de cerca y sospecho que, muy pronto, nuestro rey los considerará enemigos de Magadha, como lo son.

Pensé en Gosala y su ovillo de hilo; en Mahavira y su perfecto desapego al mundo que lo rodeaba.

—No puedo creer que esos… ascetas… tengan el menor interés en el nacimiento o la caída de los reinos.

—Eso pretenden. Pero si no hubiera sido por los jain, Varanasi, hoy, seria nuestra.

La masticación de betel altera los sentidos de un modo bastante similar al del haoma. Si se bebe con excesiva frecuencia, el haoma destruye la barrera entre el sueño y la vigilia. Por esto, Zoroastro estableció reglas tan precisas para su uso. A la larga, masticar betel tiene el mismo efecto; y esa noche pensé que la mente de Varshakara había sufrido trastornos muy peligrosos. Y digo peligrosos porque, aunque su visión de las cosas reales estuviese distorsionada, siempre era capaz de expresarse del modo más plausible.

—Cuando el caballo entró en el parque de los ciervos, se dirigió, con tremenda lentitud, hacia la puerta que lleva a la ciudad. Lo sé. Allí estaban mis agentes. De repente, dos jain vestidos de cielo salieron por la puerta, velozmente. El animal se asustó. Y corrió en dirección opuesta.

—¿No crees que su aparición fuera una simple coincidencia?

—¿Una coincidencia? ¡No! La federación no quiere que Varanasi esté en nuestras manos. Y Mahavira ha nacido en la capital de la república de Licchavi. Pero ya habrá otra ocasión. Particularmente ahora, que tenemos, en Persia, una valiosa aliada nueva.

Brindamos por la alianza.

Yo esperaba que Varshakara no hubiese sido informado por sus agentes de la meticulosidad con que los geógrafos de mi séquito trazaban mapas de llanura del Ganges. Yo no pensaba en otra cosa que en la conquista de la India. ¡Soñaba con vacas! El ejército persa ocuparía Taxila. Con esa base al norte, nuestros guerreros barrerían la llanura. Aunque Koshala no opusiera resistencia. Magadha combatiría. Deberíamos enfrentarnos con sus formidables elefantes acorazados. ¿Se espantaría la caballería persa? No importaba. Yo estaba convencido de que Darío, de algún modo, triunfaría. Siempre lo lograba.

Mientras hablábamos de los espías y enemigos que amenazaban a Magadha, me pregunté si Varshakara comprendía que yo era el principal espía del peor enemigo. Pensé que sí. No era ningún tonto.

Desde el principio de la historia ha habido una guarnición en Rajagriha. Esto se debe a las cinco sierras que conforman una fortaleza natural, unas veinte millas al sur del Ganges. Pero en los comienzos del reinado de Bimbisara, la ciudad empezó a expandirse por la llanura, y el rey construyó una sólida muralla de rocas toscamente cortadas para rodear y proteger no sólo la nueva ciudad, sino también tierras de cultivo, parques, jardines y lagos. Por esto, en el caso de un sitio, la ciudad tendría agua y alimentos suficientes dentro de las murallas. Inicialmente, eso me preocupó. Sin embargo, Caraka observó que una capital siempre se rinde si queda aislada del resto del país, como una cabeza del cuerpo.

Nos aproximamos a Rajagriha mientras el sol se ponía. A esa media luz, las murallas parecían promontorios naturales de donde brotaban a intervalos irregulares unas torres de guardia de burda factura. Como la India es muy rica en madera y lodo, pocas veces se emplea la piedra para la edificación, y escasean los buenos canteros. Las estructuras importantes están hechas de madera, o de una combinación de madera y ladrillos de barro.

El cielo estaba aún iluminado cuando entramos en la ciudad. Se hicieron sonar las caracolas en nuestro honor, y la gente común nos rodeó en montón, como suele hacer cuando aparecen personajes importantes, y aún más si llegan en elefante.

La ciudad construida por Bimbisara tenía el mismo trazado en damero que tanto había admirado yo en Babilonia y en la ciudad harapa abandonada. Largas avenidas rectas corrían paralelamente. Cada una comenzaba en una de las puertas de la ciudad, y todas terminaban en la plaza central, dominada por un enorme edificio en que los viajeros podían comer y dormir por dinero.

Justamente detrás de la ciudad nueva se encuentran las cinco sierras y la ciudad vieja, una confusión de senderos y callejuelas muy parecida a Sardis o a Susa.

El arquitecto de la embajada y yo solíamos discutir si las ciudades humanas más antiguas tenían o no calles rectas que se encontraran en ángulo recto. Él pensaba que las primeras ciudades no eran más que pueblos que se habían agrandado, como Sardis, Susa, Ecbatana o Varanasi. En épocas posteriores, cuando un rey fundaba o reconstruía una ciudad, tendía a emplear el trazado en damero. Yo no estaba de acuerdo. Pensaba que las primeras ciudades eran en damero. Cuando se deterioraban, las grandes avenidas quedaban interrumpidas y aparecían callejones retorcidos entre los nuevos edificios construidos al azar entre las ruinas de los anteriores. Jamás conoceremos la verdad.

La parte nueva de Rajagriha es impresionante. Muchas casas tienen cinco pisos de altura, y todas están bien construidas. El rey había establecido una serie de normas de construcción que se obedecía al pie de la letra. En realidad, el rey era estrictamente obedecido en todo porque el servicio secreto de Magadha, merced a Varshakara, era un excelente instrumento. No había nada que no supiera el rey o, si no el rey, su chambelán.

Entronizado en mi elefante, veía las ventanas del segundo piso, desde donde las mujeres podían mirar, sin ser vistas, la vida de la ciudad, ocultas por unas celosías exquisitamente trabajadas. En muchos terrados había unos encantadores pabellones donde dormían los propietarios las noches de calor.

En su mayoría, las ventanas del piso superior tenían balcones llenos de tiestos con plantas en flor. Hombres y mujeres arrojaban flores a nuestro paso. Todos parecían amistosos.

Pesaban en el aire las fragancias que siempre he asociado con la India: el jazmín, el ghee rancio, la madera de sándalo y, por supuesto, el olor a podrido, no sólo de origen humano sino de la misma ciudad. Los edificios de madera tienen ya corta vida en los países donde la lluvia no equivale a una inundación.

El palacio real se encuentra en el centro de una gran plaza sin pavimentar, donde no hay monumentos de ninguna clase. Supongo que esto se debe a que la ciudad es —o era en aquel momento— tan nueva. Es curioso que no hubiese arcadas.

En un clima donde uno vive empapado por la lluvia o desollado por el sol, las arcadas parecían indispensables. Pero no se conocen en Magadha. Los nativos realizan sus negocios bajo los toldos de colores brillantes que bordean las avenidas, o bajo el sol ardiente. La mayor parte de los habitantes tiene piel oscura, a veces de un negro azulado.

Aparte de sus cimientos de ladrillo, el palacio de cuatro pisos del rey Bimbisara está hecho de madera. Pero no se parece al palacio medo de Ecbatana, cuyo único y opresivo material de construcción es la madera de cedro: la elegante estructura de Bimbisara incluye toda clase de maderas muy pulidas, como ébano, teca y ceiba, y en las paredes de muchas habitaciones se ven incrustaciones de madreperla y placas de marfil tallado. Cada sector del palacio tiene su olor peculiar, debido a la cuidadosa selección de las maderas aromáticas, así como el incienso y las plantas florecidas. Los cielos rasos abovedados hacen que el interior sea tolerablemente fresco, aun en los días más calientes.

El palacio está construido en torno de cuatro patios internos. Dos pertenecen a las damas del harén, y el tercero es utilizado por la corte.

El patio privado del rey está lleno de árboles, flores y fuentes. Como las ventanas que dan a este patio están condenadas, salvo aquellas que pertenecen a sus propias habitaciones, nadie puede espiar cuando él está en el jardín. Al menos, esa es la teoría. Pronto descubrí que el servicio secreto había abierto una cantidad de agujeros para vigilar constantemente al rey, aunque eran los agentes quienes habrían debido ser los ojos del rey. Nunca he visto una corte más corroída por las intrigas, y eso que he acompañado a Jerjes hasta el fin, en Susa.

Me alojaron con Caraka en el segundo piso del palacio, en las habitaciones llamadas de los príncipes. Esto era un gran honor, o al menos todo el mundo se complacía en recordárnoslo. Era una suite de seis habitaciones, con vista al patio de los nobles de un lado y a la plaza de la ciudad del otro. El resto de la embajada se instaló en una casa vecina.

Yo había advertido a mis principales agentes que en el país pululaban los espías y que todo lo que se dijeran entre sí podría ser escuchado. Nunca debían suponer que quien los oyera no hablaba persa. Y su misión consistía en averiguar cuáles eran los verdaderos recursos militares de Magadha. Digo verdaderos porque jamás he conocido un estado que no describa engañosamente su poderío militar y que no termine por engañarse a sí mismo a su debido tiempo.

No transcurre un día aquí, en Atenas, sin que me cuenten cómo dos o tres mil griegos, o quizás un centenar, derrotaron a un ejército y una marina persas de dos o tres millones de hombres. Los griegos han mistificado a tal punto aquellas guerras que han acabado por confundirse. Esto es siempre un error. Si no sabes contar bien, harías mejor en no ir al mercado. Y tampoco a la guerra.

## 5

Creo que en toda la vida no he visto tanta desnudez como en la India. Pero los indios no muestran sus cuerpos para excitarse unos a otros, como hacen los griegos; simplemente lo hacen porque residen en un país cálido. Sólo llevan dos prendas. Tanto los hombres como las mujeres visten una especie de falda, atada a la cintura con un elegante cinturón o ceñidor. Y además, un chal, sujeto o anudado al cuello. Cuando están en su casa suelen descartar la prenda superior. El traje de la corte sólo difiere de la ropa ordinaria en la riqueza de sus telas.

Las damas de la corte muestran a sus iguales, sin inmutarse, los pechos con los pezones pintados, las axilas depiladas, el ombligo adornado con piedras preciosas. Cuando no son demasiado gruesas, pueden ser extraordinariamente hermosas. Su piel, embellecida por pomadas fragantes, es particularmente delicada.

Tanto los hombres como las mujeres se pintan el rostro. Dibujan cuidadosamente con kohl el contorno de los ojos, una costumbre meda adoptada por Ciro y mantenida luego por todos los Grandes Reyes y la mayor parte de la corte. Ciro tenía la teoría de que los persas debían parecerse, tanto como fuera posible, a dioses, en particular cuando se presentaban ante sus súbditos extranjeros. Afortunadamente, los persas tienden a ser más altos y musculosos que otros hombres, y con los ojos pintados y las mejillas realzadas con carmín parecían verdaderamente espléndidas efigies vivientes de los dioses guerreros.

Los hombres y mujeres de la India no sólo destacan sus ojos con kohl sino que además pintan de rojo rubí sus labios con algo llamado lac. No hay duda de que los cosméticos mejoran la propia apariencia, pero es un fastidio ponérselos y quitárselos. Mientras estuve en las cortes de la India tuve que pintarme, o hacerme pintar, dos veces por día. Como le habría ocurrido a cualquier persa de mi generación, hallaba esa preocupación por la apariencia a la vez ridícula y poco viril, además de fatigosa. Sin embargo, es tentador y voluptuoso que bonitas muchachas te bañen y te froten con aceite, y que luego un hombre anciano lave tus ojos con colirio y tiña tu barba mientras te cuenta los chismes cotidianos. Dicho sea de paso, los indios sólo dejan crecer su barba en el mentón. Creo que esto se debe a que no les crece en las mejillas.

Al día siguiente al de nuestra instalación en el palacio, el rey Bimbisara me hizo llamar. Había varios cientos de cortesanos reunidos en un salón alto y largo, con unas claraboyas protegidas por celosías, de modo que la luz del sol caía como en lentejuelas sobre las baldosas verde claro del suelo.

Varshakara me recibió en la puerta de la sala del trono. Llevaba un turbante rojo y un chal translúcido sujeto por una cadena de rubíes en bruto. Como tantos cortesanos indios, tenía pechos como una mujer. Como tantos indios, usaba zapatos de plataforma alta para parecer más alto.

Era evidente que Varshakara se había tomado bastante trabajo para impresionarme. Pero conociendo la corte aqueménida, la de Magadha era, por no decir menos, provinciana. Me trajo el recuerdo de Sardis. El chambelán tenía una vara de marfil, y pronunció un breve discurso, para mí y para mi séquito de siete persas. Respondí en pocas palabras. Luego Varshakara nos condujo hasta el alto trono de

marfil en que Bimbisara, rey de Magadha, estaba sentado con las piernas cruzadas. Un dosel de plumas de avestruz cubría su cabeza tocada con un turbante dorado.

La anciana reina estaba sentada en un taburete a la izquierda del rey. Dentro de ciertos límites, las mujeres de la India, al contrario de lo que ocurre en Persia y en Atenas, son libres de ir y venir a su aire. Por ejemplo, la mujer india puede ir a una tienda con una sola dama de compañía. Eso sí, debe ir a la madrugada o al ocaso, para que el tendero no pueda verla bien. Y sin embargo, paradójicamente, se puede mostrar prácticamente desnuda a los hombres de su propia clase.

La vieja reina llevaba un complejo tocado de perlas enhebradas en lo que parecían hebras de plata ingeniosamente entrelazadas con su propio cabello blanco. Tenía un manto de plumas de pavo real. Parecía muy distinguida y hasta inteligente. Por un momento pensé que podía ser el equivalente indio de Atosa. Era, después de todo, la esposa principal de Bimbisara y la hermana de Pasenadi. Pero en una corte donde las mujeres no están totalmente recluidas y donde, lo que es aún más relevante, no hay eunucos, el poder está enteramente, en manos del rey y sus consejeros. El harén carece prácticamente de influencia.

A la derecha del rey se encontraba el príncipe Ajatashatru. El heredero del trono era decidida y admirablemente (para el gusto indio) gordo. Su rostro era el de un niño enorme, cuya suave y triple papada producía, como una cosecha, un fino penacho de barba verde hoja. El príncipe sonreía con frecuencia y dulzura. Los lóbulos de sus orejas estaban cargados de pendientes de diamante; y su dilatada cintura, cinchada por un ancho cinto de eslabones de oro. Sus brazos eran, sorprendentemente, musculosos.

El rey Bimbisara era un anciano de larga barba violeta. Nunca vi el pelo de su cabeza (si lo tenía), porque siempre llevaba puesto el primoroso turbante de hilo de oro que era el equivalente del cidaris persa. Bimbisara era alto y nervudo, y se podía ver que en sus buenos tiempos había sido un hombre físicamente poderoso, e incluso formidable.

Como yo era la sombra, por borrosa que fuera, del Gran Rey, no podía prosternarme. Pero me dejé caer sobre una rodilla. Mientras tanto, mi escolta abría los cofres que contenían los regalos de Darío a Bimbisara. Había cierta cantidad de joyas mediocres y varios exquisitos tapices de Lidia y de Media.

Cuando terminé mi discurso inicial, entregué a Varshakara la carta que el eunuco indio había escrito en nombre de Darío. Con un gesto florido el chambelán dio la carta al rey, quien ni siquiera la miró. Luego supe que el rey no sabia leer. Pero hablaba muy bien, y no empleaba la antigua lengua aria de la corte y los templos, sino el dialecto moderno.

—Te recibimos como a nuestro hermano Darío, cuyas hazañas conocemos a pesar de la gran distancia. —La voz de Bimbisara era tan ruda como la de cualquier comandante de caballería. Hablaba concretamente. Jamás vacilaba buscando una palabra—. Estamos felices de que hayáis recibido nuestra carta. Y de que él haya enviado a nuestra presencia a un santo al par que un guerrero. —En verdad, si yo hubiese sido indio no habría pertenecido a la casta de los guerreros. Habría sido un brahmán. Pero me halagó la distinción de Bimbisara porque los gobernantes de la India son, casi sin excepciones, miembros de la casta de los guerreros, y desafían

constantemente a sus superiores nominales, los brahmanes—. Te mostraremos todo lo que desees ver. Cambiaremos nuestro hierro por vuestro oro. Trataremos con vosotros como si fuéramos verdaderamente hermanos, y como sí sólo un río nos separara, y no todo un mundo.

Hubo más expresiones de este carácter.

Aquel largo día terminó con una serie de sacrificios religiosos a los dioses arios, tan bien dotados de brazos y cabezas extra como de misteriosos deberes y poderes mágicos.

Luego fuimos invitados a las habitaciones del rey para un banquete cuyo primer plato coincidió con la aparición de la luna llena sobre el terrado del palacio. Durante un instante de maravilla permaneció apoyada como un escudo de oro sobre el empinado declive del tejado.

Cenamos en una amplia galería que daba a los jardines privados del rey. Era un gran honor, como señaló rápidamente Varshakara.

—Sólo la familia real y los ministros por herencia son invitados aquí. El rey ha aceptado realmente a Darío como a un hermano menor.

Yo era un diplomático. No mencioné el hecho de que muchas de las veinte satrapías de Darío eran más ricas y extensas que Magadha. Por otra parte, ninguna posee tanto hierro ni tantos elefantes. Confieso que me veía como el sátrapa de los dieciséis reinos de la India. Y de las nueve repúblicas, además. ¿Por qué no? Me preguntaba qué nombre podía dar a mi satrapía. ¿La Gran India? ¿Los Estados del Ganges? Soñaba con un imperio, como todo el mundo cuando es joven. Y comprendía también que si un hombre construía un solo imperio con todos esos estados, sería un rival del Gran Rey. A consecuencia de mi embajada, la política de Persia consiste actualmente en asegurar que ningún estado de la India crezca tanto que pueda absorber a todos los demás. Así como Darío y Jerjes soñaban con conquistas en el este, nada se oponía a que alguna vez la India tuviese un emperador que mirara codiciosamente hacia el oeste.

En la época de mi embajada, Bimbisara era el rey más poderoso de toda la India y, por añadidura, el señor local de casi todas las tierras.

Por intermedio de su esposa había recibido una parte considerable del estado de Kasi, en Koshala. Como la capital de Kasi era Varanasi, había esperado que el sacrificio del caballo le diese un pretexto para anexar esa antigua ciudad. Ahora necesitaría uno nuevo.

Me tendí en un diván situado frente al del rey. Nuevamente Bimbisara se encontraba entre la reina y su heredero. Muchas damas de la corte cenaban con el rey. Y algo aún peor. Dejaban caer sus prendas superiores de un modo que parecía absolutamente despreocupado. Supe posteriormente que el arte de desvestirse en público es en la India aún más elaborado que el de vestirse. Muchas de las mujeres tenían los pezones pintados de rojo. Y algunas ostentaban complejos dibujos sobre el vientre. Pensé al principio que eran tatuajes. Luego ver que estaban hechos con una pasta coloreada de madera de sándalo. Nada me ha escandalizado tanto en mi vida.

Otra rareza: éramos atendidos por mujeres. Naturalmente, para un persa es extraña la ausencia de eunucos, pero no comprendí hasta qué punto los consideraba indispensables hasta que fui a la India.

Me sirvieron una docena de clases distintas de licores y de zumos de fruta. Y durante una eternidad continuaron apareciendo, a intervalos regulares, pescados, carnes de caza y hortalizas. En el jardín, media docena de músicos tocaban o improvisaban a la luz de la luna una cantidad de raras melodías monótonas, escandidas por el ritmo irregular del tamboril. Como la música griega, la india exige cierto acostumbramiento. El principal instrumento se parece un poco a un arpa lidia, pero con diez cuerdas. También son populares las flautas y los címbalos.

La familia real casi no habló durante la cena. Ocasionalmente, el padre y el hijo cambiaban unas pocas palabras. La reina guardó absoluto silencio. Como comía mucho y no era gruesa, supuse que padecía alguna enfermedad que la consumía, lo que se comprobó luego. Caraka había observado lo mismo apenas la vio.

—No vivirá hasta las próximas lluvias —dijo con la seguridad del médico a quien no se hará responsable del destino del enfermo. En realidad, la reina sobrevivió dos años.

A mi lado había una mujer muy hermosa. Usaba un tocado que debía de tener cuatro pies de alto, una fantasiosa composición de pelo y de joyas. El pelo era en parte de su propiedad y en parte no. Se quitó el chal y advertí que sus pechos estaban rodeados por una guirnalda de pasta de sándalo, de florecillas rojas, exquisitamente dibujadas, como no podía dejar de ver. Parecía discretamente seductora, obedeciendo sin duda a órdenes superiores. Era la esposa del ministro de la guerra y la paz.

—Me han dicho que en tu país las mujeres viven encerradas, sin que nadie pueda verlas.

—Excepto sus maridos… y sus eunucos.

—¿Sus qué?

Le expliqué lo que era un eunuco. Era desconcertante ver cómo se ruborizaba una mujer desconocida, desnuda desde la frente hasta el ombligo.

La mujer estaba igualmente desconcertada.

—No estoy segura de que sea un tema adecuado —dijo, y lo cambió decorosamente—. Podemos cenar con hombres de nuestra misma casta. Naturalmente, las mujeres de cualquier casa tienen sus propias habitaciones y hay cierto grado de alejamiento, como es normal. En el pasado, se permitía que los hombres y mujeres jóvenes se vieran a su gusto. Había incluso muchachas que combatían en las batallas. Y todavía en tiempos de mi abuela se enseñaba a las mujeres poesía, danza y música. Pero hoy sólo se permite a las mujeres de casta inferior que satisfacen los deseos masculinos el aprendizaje de las sesenta y cuatro artes, lo que es una terrible injusticia. Ya sabrás que los brahmanes…

—¿Ordenan?

—Ordenan o prohíben. No estarán contentos hasta que todas nosotras estemos encerradas como las monjas jain.

Es poco común, y fascinante, hablar con una mujer inteligente que no sea una prostituta. Aunque tales mujeres abundaban en las cortes de la India, sólo he conocido fuera de este país a tres damas inteligentes de verdad: Elpinice, Lais y la reina Atosa. El hecho de que conociera a las dos últimas fue puramente accidental. Si hubiese sido educado estrictamente como un noble persa, jamás habría visto a ninguna de ambas después de los siete años de edad.

—¿Y no hay problemas con…? —Yo deseaba referirme a la ilegitimidad, el motivo esencial de la reclusión femenina. El hijo debe ser del padre. Si existe alguna duda, las propiedades, y mucho más los reinos, están en peligro. Busqué entre mi pequeña reserva de palabras indias, y sólo encontré una—: ¿Los celos? Quiero decir, cuando las damas de la corte se reúnen con los hombres, como aquí.

Se echó a reír. Era una joven de excelente humor.

—Oh, nos conocemos demasiado bien unas a otras. Además, estamos vigiladas. Si se encontrara un hombre extraño en las habitaciones femeninas de cualquier gran casa, y aún más en el palacio, sería inmediatamente empalado, como corresponde. Por supuesto, la gente común no nos ve nunca; y esto se refiere también a los brahmanes —añadió con firmeza—. Los despreciamos.

—Poseen grandes conocimientos —respondí de modo neutral. Comprendí que no le causaba gran impresión, a pesar de mi exótica indumentaria persa. Además, yo estaba sudando copiosamente. Antes del fin de la estación cálida, el embajador de Persia vestía ropas indias.

—¿Eres casado? —preguntó ella.

—No.

—¿Es verdad que los occidentales tenéis muchas esposas?

Asentí.

—Como ocurre también entre vosotros.

—Pero no es así. De veras. El rey debe casarse con frecuencia por motivos políticos. Pero en nuestra casta lo corriente es casarse una sola vez.

—¿Entonces, quiénes son las mujeres del harén?

—Criadas, esclavas, concubinas. Para nosotros, la relación ideal entre un hombre y una mujer es la de Rama y Sita.

Se refería al héroe y la heroína de su libro sagrado. Rama tiene alguna semejanza con el Ulises homérico, aunque es siempre honesto en sus tratos con los demás. Pero como Ulises y Penélope, Rama y Sita son esencialmente fieles; y a esto se debe que, en general, un hombre de la casta gobernante de la India rara vez tenga más de una mujer a la vez.

Después de que sirvieran un maravilloso pavo real, adornado con sus propias plumas, el rey Bimbisara me sugirió con un gesto que saliera a caminar con él por el jardín.

Mientras descendíamos de la galería, los sirvientes retiraron las mesas, y los huéspedes se mezclaron. Hubo bastantes platos rotos, y me acostumbré a oír ese ruido en la India, donde los criados son tan torpes e incompetentes como inteligentes y amables.

El jardín del palacio estaba lleno de colores, incluso a la luz de la luna. La fragancia de los jazmines inundaba el aire tibio. En los altos árboles cantaban las aves nocturnas. El palacio parecía una montaña de plata cuidadosamente tallada. Las ventanas cerradas contribuían a sustentar esa ilusión.

Bimbisara me cogió del brazo y me condujo por un sendero que la luna convertía en plata pura.

—Me alegra que estés aquí.

—Es un gran honor…

El anciano oía pero no escuchaba. Es costumbre de los reyes.

—Estoy ansioso por saber más acerca de Darío. ¿Cuántos guerreros tiene?

La pregunta era previsible, pero yo no estaba preparado para tal celeridad.

—En treinta días, señor, puede reunir un ejército de un millón de hombres. —Era más o menos cierto. No agregué que la mayor parte de ese millón estaría formada por inútiles tontos de pueblo. En aquellos tiempos, el ejército del Gran Rey no alcanzaba a los cien mil hombres bien entrenados.

Sin duda, Bimbisara dividió mentalmente mi cifra por diez, como era usual.

—¿Y cuántos elefantes?

—Ninguno, señor. Pero su caballería lidia…

—¿No tiene elefantes? Le enviaré algunos. Yo tengo mil.

Dividí mentalmente la cifra por diez.

—Sobre cada elefante —continuó el rey— puedo poner seis arqueros en una torre de metal, tan protegidos que nadie puede matarlos. Así pueden destruir cualquier ejército.

—Pero ¿no es posible matar a los elefantes?

—También llevan armadura. Son invencibles. —Bimbisara enviaba por mediación mía una advertencia a Darío.

En el centro del jardín había un pequeño pabellón con un enorme diván en el que Bimbisara se echó. Yo me senté en el borde. A través de las ventanas con celosías penetraba la brillante —y cálida, como pude observar— luz de la luna. La India es el único país donde la luna llena calienta. Afortunadamente, en las sierras de Rajagriha siempre sopla, de noche, la brisa.

—Vengo aquí con frecuencia. —Bimbisara peinó su barba violeta y perfumada con los dedos de ambas manos—. Nadie nos puede oír. ¿Ves? —Indicó los cuatro arcos con ventanas que constituían las paredes del pabellón—. Nadie se puede acercar sin ser visto.

—Seguramente nadie espía al rey.

—Todo el mundo espía al rey —respondió, sonriendo, Bimbisara. A la luz de la luna, parecía esculpido en plata—. Y el rey espía a todo el mundo. No ocurre en Magadha ni en Koshala nada que ignore.

—¿Y en Persia?

—Tú mismo serás mis ojos y mis oídos. —Hizo un gesto de cortesía—. Me inspira curiosidad un rey que puede poner cien mil hombres en pie de guerra en tan poco tiempo. —Esto demostraba que había dividido realmente por diez. No corregí. Empecé a hablarle de las tierras que Darío dominaba, pero Bimbisara me interrumpió—: Mi abuelo le envió un mensaje a Ciro, muy similar al que yo le envié a Darío. Pero no hubo respuesta.

—Tal vez la embajada no llegó.

—Tal vez. Pero una generación más tarde, Darío llegó con su ejército al río Indo. ¿Puede haber sido esto una… respuesta retardada, señor embajador?

—Oh, no.

Hablé del amor a la paz que sentía Darío. De su admiración por Bimbisara. De los problemas con los griegos. Hasta aquí, dije la verdad. Mientras hablaba, el anciano permanecía inmóvil a la luz lunar, con una media sonrisa en la media cara que tenía

vuelta hacia mí.

Los músicos continuaban tocando muy cerca. Por una ventana podía ver la galería donde habíamos cenado. Un conjunto de muchachas desnudas danzaba. Más tarde me convertí en un amante de la danza india, que no tiene comparación en la tierra. Para comenzar, la cabeza de la bailarina se mueve hacia atrás y hacia adelante de un modo que uno juraría que es imposible. Mientras tanto, el cuerpo parece muy separado de la cabeza, y las ondulaciones del vientre y las caderas son maravillosamente incitantes. Muchas bailarinas se tornan ricas, famosas, poderosas. En verdad, una bailarina de Magadha podía reunir y administrar una fortuna considerable sin el inconveniente de ser la esposa ni la concubina de nadie. Las reuniones en su casa podían ser tan codiciadas como las invitaciones a la casa de la amiga de Demócrito, la prostituta Aspasia.

—¿Darío desea tan seriamente ser nuestro amigo como para enviar tropas que nos ayuden a romper la federación de repúblicas?

—No lo dudo.

Yo estaba muy excitado. Bimbisara nos daba una apertura. Yo había imaginado ya una manera de vencer a los elefantes. Las ratas los asustan. En el momento crucial, nuestros hombres soltarían mil roedores. Los elefantes huirían a la desbandada, y yo sería sátrapa de la Gran India. Así soñaba.

—Tal vez lo visite. —Bimbisara jugaba con su barba—. También irás a ver a nuestro querido hermano Pasenadi de Koshala.

—Sí, señor. El Gran Rey me ha dado un mensaje para el rey de Koshala.

—Pasenadi es un hombre bueno, pero débil. Mi esposa es su hermana. Siempre ha dicho que un día perderá su reino porque no tiene interés en gobernar. Es verdaderamente triste. Cuando yo era muchacho, Koshala era la nación más grande del mundo. Ahora es apenas un nombre. Entre la arrogancia de sus nobles y la temeridad de sus ladrones, el reino se ha disuelto. Me parece trágico.

Ahora la media sonrisa era una sonrisa entera. La tragedia ajena produce ese efecto en los príncipes.

—¿El rey Pasenadi te ha pedido ayuda?

—No. No tiene conciencia del peligro. O no tiene conciencia o quizás no le importa. Es budista, ¿sabes? En realidad, el Buda suele pasar la estación lluviosa en Shravasti. Luego viene aquí por uno o dos meses. Como debes saber, hay numerosos monasterios budistas en Rajagriha. Pensamos que es un gran santo.

No pude evitar la comparación entre Bimbisara y Darío. El soberano indio admiraba realmente a Buda, en tanto que Darío no sentía el menor interés por Zoroastro.

—¿Quién te ha impresionado más, embajador: Gosala o Mahavira?

No le pregunté cómo sabía que yo había conocido a los dos hombres. Comprendo con bastante rapidez los puntos esenciales. Me habían espiado constantemente desde mi llegada.

—Ambos —respondí sinceramente—. Encuentro algo desapacible el punto de vista de Gosala. Si no hay modo de alterar el destino propio por medio de las buenas acciones, ¿por qué no conducirse lo peor posible?

—Le he dicho lo mismo. Pero él parecía creer que observar los votos era una

cosa buena en sí; si puedes hacerlo, eso significa que te acercas a la salida. Piensa también que la vida del hombre se parece mucho a una laguna: si no agregas nuevas aguas, la laguna terminará por evaporarse. Pero rechaza la teoría de que el destino, el karma, sea alterado por las buenas o malas acciones. Todo está predeterminado. Llegas a la salida cuando es tu turno, no antes. Según él, los dioses y los reyes de este mundo no están de ningún modo cerca de ese momento —Bimbisara parecía entristecido. Estoy convencido de que realmente creía en lo que afirmaba—. Temo un retroceso en mi próxima vida. Hay signos de que me convertiré en Mara, el dios de todos los males, y de este mundo. Ruego que no sea así. Trato de observar todos los votos. Sigo las cuatro nobles verdades de Buda. Pero el destino es el destino. Ser un dios es peor que ser un rey como yo.

Por supuesto, yo no podía disentir. Pero la idea de ser un dios me resultaba muy tentadora y embarazosa. Si los dioses no pueden morir o terminar hasta que concluya este ciclo de la creación, ¿cómo es posible que alguien se transforme en un dios que ya existe? Cuando le pregunté esto a un brahmán, le llevó medio día responder. Hace largo tiempo que he olvidado las dos mitades de ese día.

—Me asombra, señor, el sentido del tiempo que tienen vuestros santones. Miden las existencias por miles.

—Más que eso —respondió Bimbisara—. Ciertos brahmanes aseguran que un karma particularmente malvado sólo puede ser eliminado por medio de treinta millones de millones de millones de reencarnaciones, multiplicadas por todos los granos de arena que contiene el lecho del Ganges.

—Es un largo tiempo.

—Es un largo tiempo —replicó gravemente Bimbisara. No podía saber si el rey creía todo esto. Solía repetir la última frase que se le decía, y luego cambiaba de tema—. ¿Quién es el rey actual de Babilonia?

—Darío, señor.

—No lo sabía. Hace mucho tiempo comerciábamos con Babilonia. Pero luego se perdieron muchos barcos en el mar. No valía la pena.

—Hay una ruta terrestre, señor.

—Sí, y mi más profundo deseo es que avancemos velozmente por esa ruta que se interpone entre nosotros. ¿Querrías una esposa?

Yo estaba demasiado sorprendido para responder. El rey repitió sus palabras, y luego agregó:

—Como esperamos que te sientas en Rajagriha como en tu ciudad natal, nos agradaría que desposaras a una de nuestras damas. Así, también, desposaré a una hija de tu rey, y él a una de las mías.

—Es un honor inmerecido —dije—. Pero lo acepto con gran alegría, señor.

—Está bien. Arreglaremos todo. ¿Tienes otras esposas?

—No, señor.

—Mejor. Algunos brahmanes son tontamente rígidos respecto de la cantidad de esposas que puede tener un hombre, aunque nuestra religión es flexible en ese sentido.

Bimbisara se puso de pie. La audiencia había terminado.

Mientras regresábamos a la galería por en medio del aire plateado y fragante,

sentí por un instante que Rajagriha era mi ciudad natal.

Me casé al concluir la semana del sacrificio del caballo. Ambas ceremonias se cumplieron a finales del invierno, una estación breve y encantadora que corresponde al comienzo del verano en Ecbatana.

El sacrificio del caballo, al contrario que mi matrimonio, no fue precisamente un éxito. En todo un año de vagabundeo, el animal había logrado evitar Koshala y también la federación de repúblicas. Corría el rumor de que, en cierto instante, el desesperado Varshakara había intentado espantar al caballo hacia una barca que lo hubiese trasladado, a través del Ganges, a la república de Licchavi. Pero en el último momento el caballo se resistió y no cruzó el Ganges.

Con una perversidad casi humana, el semental no salió jamás del reino de Magadha durante su año de libertad. Esto era un mal augurio para Bimbisara. Por otra parte, tampoco había sido capturado por un enemigo, y esto era un buen augurio. Al concluir el año, el caballo fue conducido de regreso a Rajagriha para ser sacrificado tras un festival de tres días.

El sacrificio del caballo es de lo más extraño que he visto nunca. El origen del rito es oscuro. Todos los brahmanes concuerdan en que el origen es ario, por la sencilla razón de que el caballo era desconocido en esta parte del mundo antes de que llegaran del norte los hombres de piel blanca de los clanes. Pero no concuerdan en nada más. Gran parte de la ceremonia se desarrolla en una lengua tan antigua que ni siquiera los sacerdotes que recitan los himnos sagrados tienen la más remota idea de lo que significan las palabras canturreadas. En esto se parecen a los Magos seguidores de la Mentira. Sin embargo, los Brahmanes principales de la corte me interrogaron a fondo acerca de los sacrificios persas que se parecen a los de ellos; y pude contestar que, en Persia, los seguidores de la Mentira todavía sacrifican un caballo al dios del sol. Aparte de eso, sé tan poco del origen de nuestros sacrificios, como ellos de los propios.

Para un gobernante indio el sacrificio del caballo tiene inmensa importancia. Representa, para comenzar, la renovación de su reinado. Si el rey logra, además, aumentar el reino que ha heredado, recibe el nombre de maharajá, titulo que, según pretenden ciertos indios ambiciosos, equivale al de Gran Rey. Con tacto, sugerí que un maharajá se parecía más al rey de Babel o al faraón de Egipto, títulos que Darío poseía.

El sacrificio del caballo se realizó en un parque destinado a los festejos, junto a la muralla y del lado interior. Se había construido en el centro una torre dorada de cuatro pisos. Trescientos mástiles formaban un cuadrado alrededor de la torre. Como ese día no había viento, las banderas de vivos colores pendían serenamente de los mástiles.

Mientras, el semental, dócil, drogado, era atado a uno de los mástiles, los brahmanes ataban otras aves y animales a todos los demás. Aquel día debían sacrificarse caballos, vacas, gansos, monos y hasta delfines de fauces abiertas. Mientras tanto, los músicos tocaban, los juglares y los acróbatas actuaban. Aparentemente, todo Rajagriha estaba allí.

Yo me encontraba en la puerta de la torre, rodeado por la corte. La familia real estaba en el interior, preparándose para el ritual.

Exactamente a mediodía, el rey y sus cinco esposas salieron. Todos vestían de blanco. No se oía un solo ruido, aparte de las voces de los animales y aves, y el estertor casi humano de los delfines.

El sumo sacerdote condujo personalmente al caballo desde su poste hasta el rey. Bimbisara y las esposas caminaron en torno al animal. Una de ellas ungió sus flancos y otra arrojó una guirnalda sobre su cuello. Cerca, un grupo de brahmanes representaba una especie de comedia, o pantomima del matrimonio, con abundantes gestos obscenos. Yo no alcanzaba a comprender las palabras.

El carácter de la reunión era curiosamente solemne. En general, las muchedumbres indias son alegres y ruidosas. Pero en aquella ocasión percibían, supongo, la magia de un acontecimiento que raramente se produce más de una vez durante el reinado de un monarca, pese a la antigua tradición de que el primer rey de este mundo que celebre cien sacrificios del caballo derrocará al dios Indra y ocupará su lugar en el cielo.

No pienso que pueda haber nada tan aburrido como una larguísima ceremonia en una lengua extranjera, y dedicada a uno o varios dioses en que no se cree.

Pero hacia el final de la parodia, la ceremonia se tornó interesantísima. El caballo fue conducido nuevamente hasta su poste. El sumo sacerdote cubrió su cabeza con un paño. Lentamente, sofocó a la bestia. El animal cayó al polvo con estrépito, y durante cierto tiempo sus patas se revolvieron agónicamente. Luego se acercó la anciana reina. La multitud estaba en gran silencio. Cuidadosamente, la reina se acostó junto al cuerpo muerto. El sacerdote cubrió al caballo y a la reina con una sábana de seda.

Una vez que quedaron ocultos dijo en voz alta y clara:

—Ambos estáis ahora cubiertos en el cielo. Que el fértil semental, el dador de la simiente, la ponga en su sitio.

Me llevó un momento comprender lo que ocurría. Después de los ritos de Ishtar en Babilonia, creía que ya nada podía asombrarme o escandalizarme. Pero esto lo consiguió. Esperaban que la vieja reina, debajo de la sábana, introdujera en su cuerpo la verga del caballo muerto.

El diálogo ritual era oscuro y obsceno. Se inició con un grito de la reina, capaz de helar la sangre.

—¡Oh, madre, madre, madre! ¡Nadie me toma! El pobre animal duerme. Soy una bella y maravillosa criatura, vestida con las hojas y cortezas del árbol pampila.

El gran sacerdote exclamó:

—Incitaré al procreador. También tú debes incitarlo.

La vieja reina se dirigió al caballo muerto:

—Ven, deposita tu simiente en lo más hondo del vientre de la que ha abierto los muslos para ti. ¡Oh, símbolo de la virilidad, pon en movimiento el miembro que para las mujeres es el hacedor de la vida, que entra y sale de ellas velozmente en la oscuridad, el amante secreto!

Hubo gran agitación bajo la sábana.

—¡Oh, madre, madre, madre! ¡Nadie me toma! —aulló la vieja reina.

A esto siguió un obsceno diálogo entre el sumo sacerdote y otra de las

esposas del rey. Él señaló el sexo de ella.

—Esa pobre gallinita está agitada y hambrienta —dijo—. Mirad cómo pide comida.

La mujer señaló el sexo del sacerdote.

—Es casi tan largo como tu lengua, y se agita. Calla, sacerdote.

La anciana reina gritaba sin cesar:

—Madre, madre, madre, ¡nadie me toma!

El sacerdote intercambió crípticas obscenidades con cada una de las esposas del rey. Éste no decía una palabra. Finalmente, lo que debía hacerse se hizo. Es posible que la vieja reina haya metido de algún modo en su vagina la verga del caballo. Luego la sábana fue retirada. Las esposas del rey cantaron al unísono un himno en honor de un caballo que volaba por el cielo. Les trajeron lebrillos, lavaron ritualmente sus caras y sus manos, y cantaron un himno al agua. Luego, todos los animales, aves y peces fueron sacrificados, y se encendieron las hogueras.

La vieja reina se sentó en una silla junto al caballo muerto y contempló cómo cuatro brahmanes lo descuartizaban con destreza. El sumo sacerdote puso personalmente al fuego los huesos. Cuando la médula empezó a sisear, el rey Bimbisara inhaló el vapor. Así quedaba libre de pecados. Dieciséis sacerdotes acercaron entonces al fuego cada uno un trozo del animal, y una vez hecho esto, se oyó un gran grito de la multitud. Bimbisara era monarca universal.

He oído hablar de toda clase de cultos a la fertilidad en las regiones salvajes de Lidia y de Tracia, pero el sacrificio del caballo es el más extraño y, según los brahmanes, el más antiguo. Se cree que la ceremonia nació como un medio para asegurar la fertilidad del rey y de sus esposas. Pero nadie lo sabrá nunca con certeza, porque ninguna persona viviente comprende totalmente los himnos que los brahmanes guardan en la memoria y cantan desde hace dos mil años. Sé que la contemplación de esta ceremonia es terrible. Fue como si todos nosotros hubiésemos retornado instantáneamente a un tiempo anterior al tiempo.

La fiesta y las danzas prosiguieron toda la noche. A la madrugada, la familia real se retiró a su torre dorada. Como la mayoría de los concurrentes al sacrificio, dormí echado en el campo.

Al día siguiente me dijeron que debía casarme con la hija del príncipe Ajatashatru. Era un gran honor, como me recordaban sin cesar. En primer lugar, como vicario del Gran Rey, me aceptaban como miembro de la casta de los guerreros. Pero dado que no era el Gran Rey mismo, no podía aspirar a una hija del rey Bimbisara, aunque si era lo bastante digno como para desposar a una de las veintitrés hijas de Ajatashatru.

Al principio, temí que alguna antigua ley védica me obligase a comprar a la novia. Pero la antigua ley védica, como se vio, imponía exactamente lo contrario. Recibí una generosa dote por aceptar como esposa a Ambalika, quien aún no había menstruado, como me mintió su amante padre. Este es para los indios un detalle importante, y por un excelente motivo: no es probable que una muchacha núbil se conserve virgen largo tiempo en ese clima y esa corte, dada la libertad que se otorga a las mujeres.

Aunque las primeras negociaciones fueron formalmente realizadas por

Varshakara, en nombre de la familia real, y por Caraka, en el mío. Ajatashatru y yo llegamos al acuerdo final en forma amistosa y casi encantadora, en la sala de juegos de las Cinco Colinas, el mayor de los numerosos establecimientos de juego de la capital.

Los indios juegan con pasión. Y también despiadadamente. Se pierden fortunas a los dados, o al juego de adivinar los números. En el reinado de Bimbisara, todas las salas de juego eran estrictamente supervisadas por el estado. Se destinaba un cinco por ciento de las apuestas al mantenimiento del establecimiento. Como ningún jugador podía utilizar sus propios dados, el estado obtenía una buena ganancia del alquiler de dados. Como el establecimiento jamás perdía demasiado (¿los dados estaban cargados? ¿los números estaban secretamente marcados? ¿operaba en favor del local la ley de los promedios?) los beneficios percibidos por el rey eran tan enormes que su monto era uno de los secretos mejor guardados de Magadha. Ciertamente, mí embajada jamás logró conocerlo.

Aunque el rey Bimbisara detestaba personalmente jugar, y trataba de desalentar este hábito en la corte, su heredero frecuentaba constantemente la sala de las Cinco Colinas, la más elegante de la capital. Se rumoreaba que Ajatashatru era el dueño y que engañaba alegremente al gobierno con respecto a su padre de las ganancias.

Mi futuro suegro era apenas unos años mayor que yo. Desde el comienzo nos llevamos bien; y cuando se proponía mostrarse encantador, nadie podía compararse con él. Aquella noche en la sala de juegos Ajatashatru resplandecía. Incluso había pintado sus tetillas de rojo, algo que los elegantes de la corte sólo hacían en las grandes festividades.

Cogidos del brazo entramos al salón principal, una larga habitación estrecha con mesas de juego a los lados. En el extremo, en una alcoba escondida por las cortinas, había divanes cubiertos con telas de Catay. Allí el príncipe podía descansar, sin ser visto, pero observando lo que ocurría a través de varios agujeros abiertos en las polvorientas cortinas.

Observé que mientras el administrador nos conducía a la alcoba, ninguno de los jugadores miraba al príncipe.

—Como puedes ver —susurró Ajatashatru, cuyo aliento olía fuertemente a perfumes—, soy invisible.

Pensé que se considerada descortés observar al príncipe cuando se entretenía entre la gente común. Supe más tarde que era peor. La osadía de mirar al príncipe durante sus diversiones se pagaba con la vida.

Apenas nos echamos en nuestros divanes, las cortinas fueron corridas. Muchachas muy jóvenes nos trajeron diversos licores en jarros de plata. Una de ellas no era todavía púber, lo cual excitó al príncipe. Mientras me hablaba, la acariciaba como podría un Mago palmotear a un perro mientras habla solemnemente de la correcta preparación del haoma, o de la creación del mundo.

—Nos traerás alegría y buena fortuna. —El príncipe sonreía. A diferencia del chambelán, mantenía sus dientes blancos merced a una especie de resma cosmética que extrae las partículas de alimento. Yo estaba tan cerca que pude ver que todo su cuerpo estaba afeitado o depilado. Si no hubiera sido por esos brazos musculosos y esas manos brutales, habría creído que me encontraba junto a mi futura suegra.

—Me has honrado de un modo que no puede medirse con oro ni plata. Mi señor el Gran Rey se sentirá muy complacido.

—Debemos invitarle a Magadha. Aunque no para la boda, por supuesto —agregó, rápidamente, Ajatashatru.

Siempre supuse que el servicio secreto de Rajagriha estaba más o menos al tanto de las intenciones de Persia. Sin embargo, pienso que nuestro espionaje era notablemente sutil. Ninguno de los cinco hombres a quienes encargué la misión de medir la potencia militar de Magadha escribió jamás una palabra. Cada uno de ellos debía memorizar los mismos hechos, con la esperanza de que al menos uno regresara vivo a Susa.

En lo que se refería a rutas comerciales, manufacturas y materias primas, nuestros tratos eran perfectamente transparentes. Pronto tuvimos una idea precisa de la notable riqueza del país. Gran parte de las rentas del reino provenían de impuestos a las caravanas que atravesaban Magadha. El famoso camino del sudeste al noroeste (aunque la palabra camino es simplemente imposible de aplicar a nada en la India) era el más lucrativo.

El estado ejercía el monopolio en la fabricación de armas y textiles. El intendente de hilanderías invirtió tres días en mostrarme numerosos talleres donde las mujeres trabajan desde el amanecer hasta la noche hilando y tejiendo. La exportación de telas de algodón es la principal fuente de beneficios de los reyes de Magadha. Aunque no me mostraron el arsenal, varios miembros de la embajada lograron descubrir unos pocos secretos. Les sorprendió la ineficiencia con que se trabaja el hierro, y también la eficiencia con que se montan las armas y los aperos de labranza.

Un conjunto de operarios se encarga, por ejemplo, del mango de madera de las azadas. Otro vierte el metal fundido en el molde para obtener la pieza de hierro. Un tercer conjunto afirma el mango y la cabeza, y un cuarto carga en carros los artículos terminados. Es increíble la celeridad con que se fabrica y despacha una cantidad de azadas.

Infortunadamente, jamás logré interesar a nadie, en Susa, en estos asuntos. Para comenzar, los nobles persas desprecian el comercio. Y, por ser un miembro de la corte, jamás pude conocer la clase de personas que podrían haber deseado producir objetos en cantidad.

—Verás que mi niña es un perfecto tesoro. Te amará tanto como Sita a Rama. —Era una frase de circunstancias.

—Que sea tu hija es más que suficiente para mí.

—Es mi preferida entre todos mis hijos. —A los ojos lavados con colirio asomaron las lágrimas. En realidad, como Ambalika me contaría más tarde, su padre jamás se había molestado en aprender el nombre de ninguna de sus hijas. Sólo le importaban los varones.

—Me inspiraba terror —dijo luego Ambalika—. Como a todas las demás. En realidad, nunca me dirigió la palabra hasta el día en que me anunció mi matrimonio con un persa. Cuando le pregunté dónde estaba Persia, respondió que no era de mi incumbencia.

—Y querrás conocer también al abuelo de mi niña, el príncipe Jeta. También

él está emparentado con mi querido tío el rey de Koshala. La nuestra es una familia hermosa y feliz cuya única división es el río Ganges, como digo siempre. Y —añadió, con su cara blanduzca bruscamente arrugada en el entrecejo— la federación. Oh, querido, debes aconsejarme. —La fuerte mano se apoyó durante un instante sobre el dorso de la mía. El calor de sus dedos era intenso. El vino de palma que habíamos estado bebiendo calienta sin duda la carne sin trastornar los sentidos—. Somos más fuertes. Pero ellos son más astutos. Provocan incidentes en las fronteras. Se infiltran en las órdenes religiosas. Los monasterios budistas y jain están llenos de agentes de las repúblicas. Pero como mi padre, que viva siempre, tiene devoción personal por Buda, nada podemos hacer. Hay algo peor. El año pasado, agentes republicanos lograron introducirse en los gremios. En este momento, controlan el consejo de alfareros aquí, en la propia Rajagriha. Tienen también dos hombres en el consejo de la corporación de tejedores. Y el principal, en la de zapateros, es abiertamente republicano. Nos están devorando lentamente desde dentro y… Oh, querido amigo, ¿qué podemos hacer?

—Limpiar las corporaciones, príncipe. Eliminar a los partidarios de las repúblicas.

—Pero, querido, no conoces nuestro pequeño mundo. Nuestros gremios son tan antiguos y casi tan sagrados como la monarquía. Limpiarlos… Sí, los haría pedazos. Y también lo haría mi padre, secretamente, por supuesto. Pero son demasiado poderosos. Demasiado ricos. Prestan dinero a intereses exorbitantes. Mantienen sus propias milicias.

—Pero eso es peligroso, príncipe. Sólo el gobernante debe poder armar tropas.

Me había desconcertado descubrir que las corporaciones de Magadha no sólo controlaban la vida comercial del país, sino que los operarios de cada gremio vivían todos juntos en el mismo barrio de la ciudad. Formaban diminutas naciones: cada una poseía sus propias cortes de justicia, sus tesoros, sus soldados.

—Dominamos las corporaciones, pero atiende: sólo hasta cierto punto. En tiempos de guerra, las milicias se unen automáticamente al ejército del rey. Pero cuando no hay guerra…

—¿Son prácticamente independientes?

—Así es. Naturalmente, las corporaciones son muy útiles. Ningún rey, ningún servicio secreto, podría dominar una población tan grande como la india. Ellas conservan el orden. Y cuando se trata de fijar los precios, suelen conocer mejor que nosotros las demandas del mercado.

—Pero entonces, ¿cómo dominarlas? Si yo fuera el… principal del gremio de zapateros, por ejemplo, querría obtener el mayor provecho posible de un par de zapatos. Duplicaría el precio, y todo el mundo debería comprar, puesto que sólo mi corporación puede hacer y vender zapatos.

El príncipe sonrió con dulzura. Empezaba a demostrar que había bebido mucho vino.

—En primer lugar, sólo nosotros tenemos derecho de vida y muerte. Rara vez lo utilizamos contra las corporaciones, pero lo tenemos, y ellas lo saben. En la práctica, nuestro poder se funda en el hecho de que controlamos todas las materias primas.

Compramos barato y sólo vendemos lo necesario para obtener una pequeña ganancia. Por ejemplo, se matan vacas en cierta época del año. En ese momento, compramos todas las pieles y las guardamos en depósitos. Cuando escasean, las vendemos a precio razonable a la corporación. Si ésta tuviese la tentación de vender sus zapatos a un precio excesivo, retiraríamos la piel hasta que volvieran a entrar en razones.

En ninguna parte del mundo he encontrado un sistema monárquico tan delicada e inteligentemente balanceado para obtener de la población el máximo de beneficio con el mínimo de coerción.

—¿Iríais a la guerra contra la federación? —Yo estaba lo bastante ebrio como para formular al príncipe la pregunta cuya respuesta esperaba con inquietud toda la India.

Ajatashatru abrió los brazos, con las palmas de las manos hacia arriba. Las puntas de los dedos estaban pintadas de rojo.

—La guerra es siempre lo último que se desea. Si el sacrificio del caballo hubiese dado un resultado diferente, al menos tendríamos una señal del cielo, sabríamos que era la hora de pelear por nuestra supervivencia. Pero ahora… No lo sé, querido.

El príncipe acariciaba a una niña desnuda de nueve o diez años, extendida sobre sus rodillas. Sus ojos eran enormes y atentos. Supuse que era una agente del servicio secreto. En Magadha, los agentes se reclutan jóvenes, usualmente entre los huérfanos sin hogar.

Si la niña era una agente, aquella noche no debe de haber averiguado nada. El príncipe fue discreto, como lo era siempre. Aunque yo le vi embriagarse hasta la inconsciencia más de una vez, jamás le oí decir algo que no deseara que el mundo supiese. El vino lo tornaba sentimental, afectuoso, confuso. Los «querido» se agrupaban como falanges griegas. Su mano caliente apretaba la mía, su brazo ceñía mis hombros cariñosamente. Esa noche fui objeto de palmadas, abrazos, «queridos», y fui también aceptado, más o menos, como un miembro de la familia real de Magadha, sólo separada de sus primos de Koshala por el río Ganges y por esa perversa federación de repúblicas. Esa noche, en la sala de juegos de las Cinco Colinas, tuve la impresión de que la decisión de ir a la guerra estaba ya tomada.

—Jamás ha habido un soldado capaz de igualar a mi padre, ¿sabes? Ni siquiera Ciro el Grande. Créeme, Bimbisara era un gran rey mucho antes del sacrificio del caballo. Después de todo, él conquistó Anga, que nos entregó el puerto de Champa, que domina todo el tráfico río abajo del Ganges hasta el mar que conduce a Catay.

Ajatashatru lloraba ahora, a causa del vino.

—Sí, fue Bimbisara el creador de la nación que es hoy la más poderosa del mundo. Él construyó mil millares de caminos y de pasarelas sobre las ciénagas. Él…

Dejé de escuchar. Cuando los indios hablan de números, no saben cuándo detenerse. Es verdad que Bimbisara había creado una cantidad de sucios caminos que se convertían en barrizales en la época de los monzones, pero ni siquiera fue capaz de mantener en condiciones la gran ruta de caravanas de Champa a Taxila. Y es curioso que no haya en la India ninguna clase de puentes. Te dirán que los puentes son poco prácticos a causa de las inundaciones periódicas; pero creo que ni siquiera saben cruzar los ríos con balsas unidas entre sí. Por supuesto, una de las corporaciones más

poderosas de Magadha es la de los barqueros y, como los indios repiten incesantemente, jamás una corporación se ha disuelto a sí misma. Aquella noche, más tarde, cuando el príncipe se durmió, jugué un rato con Caraka. Apenas empecé a perder a los dados, dejé de jugar. Caraka no podía detenerse. Finalmente, le ordené que se marchara. No había comprendido, hasta ese momento, hasta que punto la pasión del juego puede enloquecer a los hombres. Es como el haoma o el sexo. Pero el haoma o la pasión sexual terminan con el agotamiento, en tanto que la necesidad de jugar no tiene fin.

Debo decir que admiraba entonces la forma en que Bimbisara, con tan poco esfuerzo, lograba obtener tal ganancia de los vicios de su pueblo. Durante un tiempo, intentamos mantener una sala de juego en Susa. Pero los persas no son jugadores —¿quizá porque no son comerciantes?—, y solamente acudían griegos. Como los griegos invariablemente perdían más dinero del que jamás hubieran podido pagar, la sala se cerró.

# 7

Tan pronto como constaté cuán parecidos son todos los seres humanos, tuve que enfrentarme a la realidad de algunas grandes diferencias entre las razas. Los indios juegan. Los persas no. Los dioses védicos de la India son los demonios zoroastrianos de Persia. ¿Por qué algunos hombres creen que el cosmos es una sola entidad, y otros que se divide en muchas entidades? ¿O que es muchas cosas dentro de una? ¿O que no es ninguna? ¿Quién o qué ha creado el cosmos? ¿Existe o no? ¿Existía yo antes de preguntar esto a Demócrito? ¿Existo ahora? ¿Existía de algún modo antes de nacer? ¿Volveré a nacer como alguna otra cosa? Si en la tierra no hubiera gente que ve alargarse las sombras cuando cae el sol, ¿existiría el tiempo?

Al príncipe Jeta le agradaba aún más que a mí meditar sobre lo que él llamaba las primeras cosas. Vino a Magadha desde Koshala para asistir a la boda de su nieta. En nuestro primer encuentro me invitó a su casa de campo, al norte de Rajagriha. Se me indicó que fuera a mediodía. Yo no debía, dijo, preocuparme por el calor. Por lo común, en esa estación, las visitas se hacían al atardecer. Pero él afirmó:

—Tendrás tanto fresco al mediodía como en el país de la nieve. —Era una antigua expresión, heredada de los primeros arios. Dudo que se encontrara siquiera una docena de personas en la corte de Magadha que hubiesen visto alguna vez la nieve.

Caraka y yo viajábamos en una carreta cubierta. Caraka acababa de regresar de una visita a las minas de hierro del sur; le había impresionado su extensión. Como el conductor de nuestros bueyes era un espía que comprendía el persa, hablábamos en clave. ¿Cómo podíamos saber quién hablaba persa y quién no? Todos los que lo hablaban provenían del noroeste, de Gandhara o del valle del Indo. Eran, hasta el último, más altos y más hermosos que los habitantes de Magadha. Y tenían tantas dificultades como nosotros con el dialecto local. En mi honor, Varshakara había importado varias docenas, para que nos espiaran.

La propiedad del príncipe Jeta estaba rodeada por un muro de ladrillos de barro, interrumpido por una sola puerta de madera situada exactamente junto al camino principal. Puesto que ni el muro ni la puerta llamaban la atención, la misma impresión nos hubiese dado una visita a la casa central de la corporación de molineros. Pero, una vez en el interior, hasta el anti-ario Caraka se sintió conmovido.

Al final de una larga avenida de árboles en flor había un primoroso pabellón cuyas altas ventanas estaban protegidas por toldos celestes. Al tacto, parecían de seda, pero luego vimos que se trataba de una nueva clase de tela de algodón.

El aroma de las hierbas y las flores variaba de una parte a otra del jardín. Como el campo es totalmente llano entre el Ganges y Rajagriha, el príncipe Jeta había roto la monotonía construyendo una cantidad de pequeñas sierras y montañas en miniatura. Las sierras artificiales estaban cubiertas de flores y arbustos, y las montañas en miniatura simulaban la cordillera gris del Himalaya. El efecto era singularmente bello.

El interior del pabellón, en penumbra, era fresco, como nos habían prometido, porque unos chorros de agua humedecían periódicamente la verde hierba junto a las

ventanas y enfriaban el aire. Más tarde, un miembro de mi embajada logró desentrañar el principio hidráulico de este sistema y, durante un tiempo, lo utilizamos en los jardines del nuevo palacio de Babilonia. Pero fue abandonado pronto, como todas las innovaciones en esa ciudad. Cualquier cosa posterior al modernizante Nabucodonosor es considerada levemente pecaminosa. Los babilonios son, sin duda, el pueblo más conservador de la tierra.

El príncipe Jeta no era joven ni viejo. Su piel era más clara que la del habitante corriente de Magadha, y revelaba ese curioso pliegue sobre los ojos que caracteriza a los montañeses del Himalaya y a los habitantes de Catay. Teniendo en cuenta que se trataba de un noble indio, en verano, los movimientos de su cuerpo delgado resultaban sorprendentemente vivaces, sin duda a causa del fresco creado por el agua corriente, los árboles, los abanicos que giraban mágicamente.

El príncipe Jeta nos recibió formalmente. Estaba encantadísimo, me dijo luego, de que me casara con su nieta, que era, como todos reconocían, tan fértil como una lechuga, de pies tan leves como los de una gacela, y demás. No simulaba conocerla, y eso me gustó.

Una vez terminadas las ceremonias, nos sirvieron una comida ligera pero deliciosa.

—Yo no como carne —dijo—. Pero, por supuesto, puedes hacerlo si quieres.

—No —respondí con alivio. En un cálido día de verano, la combinación de carne con ghee me tornaba tan obtuso como un brahmán sobrealimentado. Pregunté al dueño de casa si evitaba la carne por motivos religiosos.

El príncipe Jeta hizo un gesto delicado de culpabilidad.

—Querría verdaderamente ser un iluminado. Pero no lo soy, observo los votos hasta donde puedo, pero eso es muy poco. Estoy muy lejos del nirvana.

—Quizás —dije— el Sabio Señor encuentre que tus intenciones son iguales a los hechos; quizás te permita cruzar el puente de la redención hacia el paraíso.

No me puedo explicar por qué tuve tan poco tacto, como para proponer el tema de la religión en casa de un amigo del Buda. Aunque me habían enseñado que la nuestra era la única religión verdadera, y que debía ser transmitida a todos los hombres —y a sus demonios—, les gustara o no, era también un cortesano y, sobre todo, un embajador. Darío me había dicho, con gran firmeza, que no debía atacar a otros dioses ni imponer el Sabio Señor a los extranjeros.

Pero el príncipe Jeta decidió no tomar a mal mis torpes palabras.

—El Sabio Señor obraría con gran generosidad si ayudara a un ser tan indigno a cruzar su puente al… al paraíso.

En general, la concepción del paraíso como el mundo de los padres es poco clara para los indo-arios y totalmente ignorada por quienes han reemplazado a los dioses védicos por el concepto de una larga cadena de muertes y renacimientos que concluye con la iluminación personal o con la terminación (para volver a comenzar) de uno de los ciclos mundiales de la creación.

Dejé de lado el tema del Sabio Señor. Y lo mismo hizo el príncipe Jeta, como constaté con pena. Habló del Buda.

—Lo conocerás cuando nos visites en Koshala, y me sentiré desconsolado si nos privas —¿cómo lo diré?— de tu radiante presencia en Shravasti, no sólo como

emisario del Gran Rey sino, especialmente, como nieto de Zoroastro.

Como todos los indios, el príncipe Jeta podía tejer guirnaldas de flores con sus palabras. Como cualquier cortesano persa, también yo. Pero después de la comida dejamos marchitar las flores y nos dedicamos a los asuntos importantes.

—Saldremos a pasear —dijo el príncipe Jeta, cogiéndome del brazo. Me condujo entonces hasta un lago artificial, tan deliciosamente adornado por juncos y lotos que cualquiera habría pensado en una obra, insólitamente acertada, de la naturaleza. Debido a un ingenioso efecto de perspectiva, el lago parecía rodeado de montañas en la orilla opuesta, además de muy ancho y profundo.

En la orilla, el príncipe Jeta se quitó la prenda superior.

—¿Sabes nadar? —preguntó.

—Es una de las primeras cosas que nos enseñan —respondí.

En realidad, nunca había aprendido a nadar bien. Pero pude mantenerme a la par del príncipe Jeta, que braceaba decorosamente por las someras aguas del lago hacia las montañas en miniatura. Peces de vivos colores pasaban rápidamente por entre nuestras piernas; desde la ribera nos miraban los encendidos flamencos. Aquel día, en ese lugar había algo propio del paraíso.

Cuando estábamos a unos pocos pies del promontorio artificial, el príncipe Jeta dijo:

—Bucea conteniendo la respiración por debajo de las rocas. —Y desapareció bruscamente, como una gaviota que persigue a un pez.

Como no sabia bucear, metí cuidadosamente la cabeza debajo del agua y moví con fuerza los pies. Supuse que me ahogaría, pero, por primera vez en la vida, abrí los ojos bajo el agua y contemplé, hechizado, los peces de colores, los helechos, los tallos de los lotos. Cuando ya casi estaba sin aliento, vi la entrada de una caverna. Con un gran impulso de los pies me lancé hacia ella y subí de inmediato a la superficie.

El príncipe Jeta me ayudó a salir del agua. Había esparcidos sobre la fina arena blanca, divanes, mesas, sillas. En realidad, la arena no era blanca sino azul. Todo, en aquella gruta, poseía una intensa tonalidad azul, como si un fuego ardiese bajo el agua. Ese efecto se debía a varias pequeñas aberturas en el nivel del lago. Aunque había aire y luz, nadie podía atisbar el interior.

—Ni escuchar —dijo el príncipe, mientras se echaba en un diván—. Éste es el único lugar de Magadha donde Varshakara no podrá oír lo que digamos.

—¿Has construido tú esta caverna?

—Y también la montaña y el lago. Y el parque. Yo era joven entonces, por supuesto. No había hecho mis votos. Estaba aún aferrado a todas las cosas placenteras de este mundo; y ese apego es la causa de todos los dolores, ¿no es verdad?

—Con frecuencia hay, sin embargo, más alegría que dolor. Mira tu propia y maravillosa creación.

—Por la que deberé pagar en mi próxima encarnación como un perro paria. —Su tono era tan sereno que no pude descubrir si hablaba en serio o en broma, lo que siempre indica una educación superior.

Pero el príncipe Jeta también sabía ser directo.

—Entiendo que has llegado a un acuerdo con mi primo Bimbisara.

—Estamos preparando un tratado, es verdad. Hierro para Persia. Oro para

Magadha. Aún no se ha decidido el precio. Quizá deba regresar a Susa antes de comprometer la palabra del Gran Rey.

—Comprendo. ¿Cuándo vendrás a Koshala?

—No lo sé.

—No sólo estoy aquí para asistir a tu casamiento con mi nieta, sino para invitarte, en nombre del rey Pasenadi, a visitar su corte tan pronto como te sea posible.

Después de una pausa diplomática, respondí a la urgencia del príncipe:

—¿Crees que habrá guerra?

—Sí. Pronto. Hay tropas en marcha hacia el río.

—¿Para invadir la federación?

—Si… —Los ojos del príncipe Jeta eran tan azules como el lago bajo la gruta. A la luz normal, tenían en realidad un color que llegué a conocer como gris-Himalaya, porque sólo se ve en los nativos de esa parte del mundo.

—¿Qué hará Koshala?

—¿Qué hará Persia?

Yo no estaba preparado para una brusquedad que compensaba la mía con ventaja.

—Hay mil millas desde Taxila hasta Magadha.

—Hemos oído decir que los ejércitos del Gran Rey se mueven velozmente.

—Entonces debes saber que el ejército del Gran Rey está ocupado combatiendo, en el oeste, a los griegos.

No creí necesario explicar quiénes eran los griegos a un hombre tan educado como el príncipe. Si hubiese tenido necesidad de saberlo, lo habría sabido. Pero, como descubrí más tarde, nada sabía de Europa.

—Y otro contingente se encuentra en la frontera norte —agregué—, luchando contra las tribus.

—Nuestros primos —respondió, sonriendo, el príncipe Jeta.

—Hace treinta o cuarenta generaciones. Pero, a pesar de nuestra antigua relación, son ahora el enemigo común.

—Por supuesto. Pero sin duda el Gran Rey tiene un ejército junto al río Indo, en su satrapía.

—Sólo para la defensa. Jamás lo enviaría a Magadha.

—¿Estás seguro?

—Hace menos de una generación que el Gran Rey domina el valle del Indo. Sin una guarnición persa…

—Comprendo. —El príncipe suspiró—. Había esperado… —Hizo con una mano un gesto a la vez lánguido e intrincado. Pero yo no conocía aún el idioma de las manos, como lo llaman los indios. Generalmente, expresan los puntos más sutiles con gestos y no con palabras: una forma de comunicación derivada de las danzas prehistóricas.

—¿Te parece simpático mi yerno?

—Oh, sí. Es muy elegante y… sentimental.

—Ciertamente lo es. Lloró toda una semana cuando murió su pájaro favorito.

—Pero el chambelán no llora. —Pensé que así sabría si el servicio secreto de

Magadha penetraba o no en la gruta del príncipe Jeta.

—No. Es un hombre duro. Sueña con apoderarse de Varanasi. Y con el desmembramiento de Koshala.

—¿Es sólo un sueño?

—Pasenadi es un santo. No se preocupa por este mundo. Es un arhat. Esto significa que está cerca de la iluminación, de la disolución final del ser.

—¿Es por eso que su reino también está cerca de la disolución, si no de la luz?

El príncipe Jeta se encogió de hombros.

—¿Por qué habrían de ser distintos los reinos y los seres humanos?

Nacen. Crecen. Mueren.

—¿Por qué te preocupa, entonces, que Koshala se asemeje hoy al cuerpo de un hombre que ha muerto hace meses?

—Me preocupa. Me preocupa. Por el sangha.

Sangha es la palabra que designa a la orden o comunidad budista. Pero la palabra y el concepto son anteriores al Buda en siglos o milenios. En las repúblicas, el sangha es el consejo de todas las cabezas de familia. En algunas repúblicas, cada miembro del consejo o asamblea se llama rajá o rey, una bonita manera de evitar el principio de la monarquía: si todo el mundo es rey, nadie lo es. En aquellos tiempos, nadie gobernaba en ninguna de las repúblicas.

Como el mismo Buda era hijo de un miembro del consejo de la república de los Sakyas, frecuentemente se le considera hijo de rey. Su padre era simplemente uno de los mil reyes que participaban en la administración de la república. Pero en tanto que un sangha republicano toma resoluciones con la mitad más uno de sus miembros, el sangha budista no puede actuar sin unanimidad. Cuando el Buda desapareció, este sistema provocó bastantes dificultades en la orden.

—¿Temes al rey Bimbisara?

—No. Es nuestro amigo.

—¿A Varshakara?

Distraída o premeditadamente, el príncipe Jeta dibujó una estrella en la suave arena blanca. No, azul.

—Es un típico chambelán de la monarquía. Para él, la orden —cualquier orden—, es peligrosa.

—¿Por las repúblicas?

—Exactamente. Y como Bimbisara es viejo y Varshakara joven, sería inteligente esperar lo peor. —El príncipe rió—. ¿Sabes por qué soy tan mal budista? Me veo obligado a ocuparme de la política cuando debería observar mis votos.

—¿Cuáles son los votos que no observas? —En aquella época, yo solía tomar las cosas al pie de la letra. Y además, las mil y una religiones de la India me habían llevado a un estado de perfecta confusión. Los indios parecen aceptar todas las cosas, lo que equivale a no aceptar nada. Cada vez que encendía el fuego sagrado en un lugar sin sol, solían acudir unos pocos brahmanes curiosos. Eran siempre corteses y hacían preguntas con interés. Pero nunca volvían por segunda vez. No imagino cómo habría hecho mi abuelo para convertirlos.

—Soy demasiado mundano —dijo el príncipe Jeta.

Arrojó una piedrecilla a las brillantes aguas azules que había a nuestros pies.

Un momento más tarde vimos acercarse lo que parecía una escuela de marsopas. Pero, cuando emergieron eran unas muchachas que traían instrumentos musicales envueltos en pieles impermeables.

—Pensé que te gustaría oír un poco de música. Para eso construí originariamente la gruta y la montaña. Temo no conocer las sesenta y cuatro artes, pero sí la música, a la que me siento muy próximo. —Sabiamente, no se medía con algo que él mismo considerara incomparable.

No puedo decir que el concierto me haya gustado tanto como la luz azul y acuosa que tornaba todas las cosas tan incorpóreas como un ensueño de haoma.

Y me pregunto ahora si todo eso estaba deliberadamente planeado. Sé que muchas cosas que el príncipe Jeta me dijo acerca del Buda permanecieron en mi memoria. ¿Acaso es posible que la luz y la música se combinaran para inducir el tipo de visión que se obtiene con el haoma sagrado, o incluso con el soma de los demonios? Sólo el príncipe Jeta puede saber la respuesta, y hace largo tiempo que ha cambiado ese cuerpo que estaba en la gruta por… ¿por qué? Al menos, por el de una deidad menor, espero que con sólo dos brazos, y una cuasi eternidad de bienaventuranza antes de la nada final.

Mientras sonaba la música, el príncipe Jeta describió las cuatro nobles verdades del Buda.

—La primera verdad es que toda la vida es sufrimiento. Si no consigues lo que quieres, sufres. Si obtienes lo que deseas, sufres. La vida humana es como un fuego que chisporrotea entre lo que se logra y lo que no se logra. ¿No estás de acuerdo?

—Sí, príncipe Jeta.

Siempre he dicho que sí para saber más. Un domador de anguilas competente, como Sócrates o Protágoras, querría saber exactamente qué significa sufrir, o lograr. O no lograr. Y si el cortador de cabellos a lo largo posee un cuchillo lo bastante afilado, el mismo hecho de vivir puede ser reducido a la nada. Esto me parece una pérdida de tiempo. En una caverna azul, debajo de una montaña artificial, no tengo inconveniente en aceptar, aunque sólo sea por un momento, la idea de que la vida es un fuego chisporroteante.

—Nos deleitamos en los cinco sentidos. Naturalmente, tratamos de evitar el dolor o el sufrimiento. ¿Cómo lo hacemos? A través de los sentidos, que añaden leña al fuego y provocan llamaradas. De modo que la segunda verdad afirma que el deseo de placer, o, peor aún, el deseo de permanencia en una creación donde todo se mueve, sólo puede hacer más intenso el fuego. Esto significa que cuando se apague, tanto mayores serán el dolor y la pena. ¿No lo crees así?

—Sí, príncipe Jeta.

—Es evidente, entonces, que el sufrimiento no cesará mientras se alimente el fuego. ¿Comprendes que para evitar el sufrimiento es preciso no añadir más leña al fuego?

—Sí, príncipe Jeta.

—Está bien. Ésta es la tercera verdad. La cuarta explica cómo extinguir el fuego. Esto se consigue evitando el deseo.

El príncipe se interrumpió. Escuché la música un instante: me pareció curiosamente atractiva. Digo curiosamente porque todavía no me había acostumbrado

a la música india. Pero la ocasión era tan maravillosa que todo me gustaba, y me sentía más lejano que nunca de las cuatro verdades del Buda. De ningún modo quería desapego ni liberación, y ciertamente no deseaba que me extinguieran.

Bruscamente comprendí que la cuarta verdad del príncipe Jeta no era nada, lo que era en sí una verdad, como podría decir algún ciudadano de Atenas, o incluso de Abdera. Me volví hacia el dueño de casa: sonreía. Antes de que pudiera formular mi pregunta, la contestó:

—Para apagar la llama de esta penosa existencia, es necesario seguir el óctuple camino. Ésa es la cuarta noble verdad.

Más tarde o más temprano, los indios exhiben números. Como son matemáticos exagerados, hago siempre un descuento en la cifra que me dice un indio, a veces tan grande como treinta millones de millones de millones de veces los granos de arena que hay en el lecho del Ganges.

—¿Óctuple? —Traté de mostrarme interesado—. Creí que sólo había cuatro verdades.

—La cuarta verdad exige que se siga el óctuple camino.

—¿Cuál es, príncipe Jeta?

Una de las flautistas me distraía. O desafinaba, o tocaba una tonalidad que yo jamás había escuchado.

Te explicaré, Demócrito, en qué consiste el óctuple camino. Uno, puntos de vista correctos. Dos, correctas intenciones o finalidades. Tres, palabras justas. Cuatro, acciones justas. Cinco, vida correcta. Seis, el esfuerzo adecuado. Siete, conciencia justa. Ocho, la concentración debida.

Finalmente, el príncipe Jeta advirtió que yo me aburría.

—Esto puede parecerte obvio…

—No, no —respondí cortésmente—. Pero es tan general… No hay nada especifico… como las precisas instrucciones del Sabio Señor a mi abuelo acerca del modo de sacrificar un buey.

—Al Buda no se le sacrifican animales, sino el animal que hay dentro de uno mismo.

—Lo comprendo. Pero ¿qué es, exactamente… bueno, una vida correcta?

—Existen cinco reglas morales.

—Cuatro nobles verdades, un camino óctuple, y cinco reglas morales… Al menos, los números del Buda no son tan enormes como los de Mahavira. —Esto era una grosería.

Pero el príncipe Jeta no se inmutó.

—Encontramos en cierto modo similar la visión de Mahavira —respondió con suavidad—. Pero él sólo ayuda a cruzar el río. El Buda lo ha cruzado. Ha recibido la luz. Es perfecto. No existe.

—Sólo que ahora reside en Shravasti.

—Hay allí un cuerpo. Pero él no está.

Ya que tú, Demócrito, quieres conocer las cinco reglas morales, te diré cuáles son. La flautista desafinada ha fijado en mi memoria cada una de las palabras del príncipe. Estas son las reglas. No matar. No robar. No mentir. No embriagarse. No entregarse a la sexualidad.

Puse en duda la última regla.

—¿Qué le ocurriría a la raza humana si todo el mundo cumpliera realmente las cinco reglas morales?

—La raza humana cesaría de existir, lo que a los ojos del Buda es una cosa perfecta.

—Aunque cesara de existir también la orden budista.

—La finalidad de la orden consiste en extinguirse a sí misma. Infortunadamente, apenas una diminuta fracción de la raza humana se acercará a la orden; y sólo una cifra infinitesimal de sus miembros recibirá la luz, en el curso de los milenios. Nada tienes que temer, Ciro Espitama —dijo, divertido, el príncipe Jeta—. La raza humana continuará hasta que termine el presente ciclo.

—qué sentido tiene una religión que sólo puede atraer a unos pocos? ¿Si de estos pocos, como acabas de decir, casi ninguno alcanzará el estado final del nirvana?

—El Buda no tiene interés en la religión. Simplemente, desea ayudar a quienes están en la orilla. Les muestra la barca. Si alcanzan la ribera opuesta, descubrirán que no hay un río, ni una barca, ni siquiera dos orillas…

—Ni Buda…

—Ni Buda. El fuego estará apagado y el sueño de esta existencia habrá sido olvidado, y el que ha recibido la luz despertará.

—¿Dónde?

—Yo no he sido iluminado. Estoy todavía muy cerca de la orilla equivocada.

Esto deseaba el príncipe que yo recordara de aquella tarde encantada, aunque desconcertante, en su gruta. Posteriormente, cuando vi y oí al Buda, tuve una idea algo más clara de sus enseñanzas, que no son verdaderas enseñanzas.

Demócrito observa semejanzas entre las verdades del Buda y las de Pitágoras. Yo no. Pitágoras, Gosala y Mahavira creían en la transmigración de las almas, desde el pez hasta el hombre y más allá, a través del árbol. Pero el Buda era indiferente a la transmigración, porque en definitiva no creía en la existencia. No estamos aquí, decía. Tampoco estamos allí. Sólo imaginamos que un fuego chisporrotea.

Sin embargo, existimos… No hay absolutamente ninguna duda de que yo soy un hombre viejo y ciego, de que estoy en una casa fría y llena de corrientes de aire, en Atenas, casi ensordecido por los ruidos de la construcción que se eleva a mis espaldas. No existen dudas, al menos en mi mente, de que estoy hablando del tiempo pasado con un joven pariente de Abdera. Por lo tanto, existo, aunque no mucho, aunque sea menos llama que ceniza.

Para el Buda, la idea de la existencia era absolutamente dolorosa. ¡Cuánta razón tenía! Algo de lo que uno debía liberarse eliminando todo deseo, incluido el deseo de liberarse de todo deseo. Es obvio que muy pocos pueden alcanzar el éxito. Pero estoy bastante convencido de que quienes siguen el camino del Buda están en mejor posición que quienes no lo siguen, al menos en lo que concierne a este mundo.

Es curioso. Jamás pensé que pudiese llegar a creerlo. Y tampoco lo pensó el príncipe Jeta.

—Nada de lo que te he dicho tiene verdaderamente importancia —agregó, mientras nos preparábamos para salir de la caverna luminosa.

—Porque el fin de la materia es sunyata —dije, para su sorpresa, y para mi

propio mundano deleite en mi talento—; y sunyata es la nada, la palabra que empleas también para el circulo que representa a la nada, y sin embargo existe.

Durante un instante, el príncipe Jeta permaneció inmóvil al borde del lago. El reflejo del agua azulada fluctuaba sobre su cara como una telaraña iridiscente.

—Debes ver a Tathagata —dijo en voz baja, como si no quisiera que aun el agua oyese.

—¿Quién es?

—Es otro nombre del Buda. Nuestro nombre privado. Tathagata significa el que ha venido y se ha ido.

También el príncipe se fue. Desapareció en el agua. Sin la menor gracia, me zambullí a mi vez.

Años más tarde supe que cada una de las palabras pronunciadas en la gruta, debajo de la montaña, había sido cuidadosamente anotada por un agente del servicio secreto de Magadha. De algún modo, Varshakara había logrado que se perforara la piedra blanda de la montaña hasta la gruta. Afortunadamente, el príncipe Jeta era demasiado importante para ser arrestado, y un embajador del Gran Rey era sagrado.

El viaje de retorno a Rajagriha fue interminable. El polvoriento camino estaba repleto de gente, carros, contingentes de soldados, camellos, elefantes. Todo el mundo se apresuraba a regresar a la ciudad antes de que se pusiera el sol y las puertas se cerraran.

Debo reconocer que jamás me acostumbré a ver cómo los indios alivian sus necesidades en público. No es posible recorrer el menor trecho de un camino de la India sin ver docenas de hombres y mujeres alegremente acuclillados al costado de la calzada. Los monjes jain y los budistas son los peores. Un monje sólo puede comer lo que ha mendigado; con frecuencia le sirven en su escudilla comida en mal estado, a veces deliberadamente. Y está obligado a comerla. A consecuencia de esa dieta, de veras atroz, la mayoría de los sacerdotes sufren toda clase de trastornos intestinales, a la vista de todo el mundo.

Encontré en el camino unos doce monjes budistas. Todos vestían harapos arrojados a la basura y tenían su escudilla de mendigo. No usaban las túnicas anaranjadas que hoy caracterizan a los miembros de la orden, porque, en aquellos días, la mayoría de los budistas fieles vivía en el desierto y lejos de las tentaciones. Pero llegó un momento en que la vida solitaria chocó con la necesidad de la orden de registrar y transmitir todos los sutras, o palabras, que el Buda pronunciaba. Y gradualmente los hombres y mujeres que creían devotamente en el Buda formaron comunidades. Ya durante mi primera visita a la India la orden era bastante menos peripatética que al comienzo.

Los discípulos originales viajaban con el Buda. Excepto en la estación lluviosa, éste se desplazaba constantemente. En sus últimos años, tendía a describir círculos que empezaban y terminaban en Shravasti, donde pasaba la estación lluviosa en un parque cedido a la orden por el príncipe Jeta, y no por el mercader llamado Anatapindika. Ese mercader afirmaba que había pagado al príncipe Jeta una enorme cantidad de dinero por el parque. Como el príncipe se tomaba gran trabajo para evitar todo crédito o alabanza por sus acciones, Anatapindika es hoy considerado el más generoso protector del Buda. Jamás he conocido a un hombre tan noble como el

príncipe Jeta.

Al finalizar las lluvias, el Buda visitaba a veces su antiguo hogar en Sakya, al pie del Himalaya. Luego se dirigía hacia el sur, a través de las repúblicas, pasando por Kushinara y Vaishali. Luego cruzaba el Ganges en el puerto de Pataliputra y seguía hacia el sur hasta Rajagriha, donde pasaba por lo menos un mes en un bosquecillo de bambúes situado justamente dentro de los muros de la ciudad. Siempre dormía debajo de los árboles. Prefería mendigar alimentos en los senderos del campo y no en las calles atestadas de Rajagriha. Durante las horas de calor meditaba a la sombra, y toda clase de gente acudía a visitarlo, incluido el rey Bimbisara.

Conviene recordar aquí que la vista de un santón sentado bajo los árboles, con las piernas cruzadas, es muy común en la India. Muchos han permanecido en la misma posición durante años. Empapados por las lluvias, desollados por el sol y los vientos, viven de los alimentos que les dan. Algunos no hablan jamás; otros no cesan de hablar.

Desde Rajagriha, el Buda continuaba a Varanasi. Allí era recibido siempre como un héroe después de una conquista. Miles de curiosos lo acompañaban hasta el parque de los ciervos, donde había puesto en movimiento inicialmente la rueda de su doctrina. A causa de las multitudes, rara vez permanecía mucho tiempo en el parque. Y en lo más oscuro de la noche salía de Varanasi hacia las ciudades de Kaushambi y Mathura, en el noroeste, para retornar justamente antes del comienzo de las lluvias a Shravasti.

Todos reverenciaban al Buda, incluso los brahmanes que podían considerarlo una amenaza a su prestigio. Después de todo, el Buda pertenecía a la casta de los guerreros. Pero era más que un guerrero, más que un brahmán. Era la excelencia. Los brahmanes le temían porque no era como ninguna otra persona. Pero, hablando con propiedad, no era ninguna persona. Había venido; y se había ido.

Ajatashatru me entregó mi dote y dijo:

—Ahora debes comprar una casa. Ni muy grande ni muy pequeña. A mitad de camino entre mi casa y el palacio del rey. Con un patio central y un pozo de agua pura. Con diez clases distintas de arbustos en flor. Tendrá una hamaca suspendida entre dos árboles, lo bastante amplia para que dos personas puedan mecerse, juntas, durante muchos venturosos años. En el dormitorio habrá una ancha cama con un dosel de tela de Catay. Y un diván, ante la ventana, por la que se verá un árbol.

Después de detallar todos los objetos que mi casa debía contener, arqueó mucho las cejas y preguntó:

—¿Pero dónde se encuentra ese lugar perfecto? Debemos empezar a buscarlo, querido. ¡No hay un momento que perder!

Es innecesario decir que Ajatashatru ya había encontrado la casa ideal. En verdad, era una de sus propiedades. De modo que finalmente devolví a mi suegro la mitad de mi dote para comprar una casa agradable, aunque algo derruida, en una calle bulliciosa.

Para mi sorpresa, nadie intentó convertirme a la adoración del demonio antes de la boda. Yo debía solamente representar el papel del novio en una antigua ceremonia aria que no se diferenciaba mucho de las nuestras. Como en Persia, la parte religiosa de la ceremonia estaba a cargo de la casta sacerdotal. Es decir, uno no estaba obligado a prestar la menor atención a lo que hicieran y dijeran.

Al final de la tarde, llegué a la larga y baja casa de madera de Ajatashatru. Fui aclamado en la entrada por una gran multitud de gente común, que comentó favorablemente mi apariencia. Yo estaba resplandeciente, aunque muerto de calor, con un chal de tela de oro y un turbante que un criado había tardado una hora en arrollar y ajustar. El propio barbero del rey había pintado mis labios con lac y el contorno de mis ojos de negro. Luego había decorado mi cuerpo con pasta de sándalo de colores, transformando mi pecho en las hojas y ramas de un árbol cuyo tronco, delicadamente dibujado, descendía vientre abajo hacia los genitales, que representaban las raíces. Una serpiente centelleaba en torno de cada una de mis piernas. El barbero era, sí, dravidiano, y no había podido resistir la tentación de ese toque preario. Cuando hace calor, los indios elegantes suelen cubrirse de pasta de sándalo con el pretexto de que los refresca. No es así. Uno suda como un caballo, aunque, al menos, el sudor huele al más exótico de los perfumes.

Yo iba acompañado por Caraka y toda la embajada. Para entonces, todos vestíamos al modo de la India. El calor había vencido al patriotismo.

En la puerta del palacio nos aguardaban Ajatashatru y Varshakara. Estaban aún más lujosamente ataviados que yo. Varshakara estaba adornado con rubíes birmanos del mismo color que sus dientes, y el heredero del trono con un millar de millares de diamantes, como habría dicho un indio. Los diamantes rodeaban su cuello, cubrían sus dedos, caían en cascadas de sus orejas y ceñían su enorme abdomen.

Según la antigua costumbre, Ajatashatru me ofreció una copa de plata llena de miel y cuajada. Después de beber esa empalagosa mezcla, fui conducido al patio

central, donde habían instalado una tienda de brillantes colores. Al otro lado de la tienda estaba mi futura novia, a quien aún no había visto, acompañada por su madre, su abuela, sus hermanas, sus tías y sus criadas. De nuestro lado se encontraban los hombres de la familia real, encabezados por Bimbisara, quien me saludó grave y amablemente.

—Este día verá la reunión de los arios de la lejana Persia y los arios de Magadha.

—Reflejas, señor, como el Gran Rey Darío, la verdadera luz de los arios; me siento feliz de ser el humilde puente entre los dos brillantes señores de todo el mundo.

Yo había estudiado de antemano este disparate, y muchos más que podemos ignorar sin gran desperdicio. Lo único que importaba era dar la nota justa, es decir, pretender que Persia y Magadha estaban ahora unidas contra la federación de repúblicas y, si era necesario, contra Koshala.

Flanqueado por Bimbisara y Ajatashatru, entré en la tienda. Ardían en el interior lámparas de plata. Las flores eran un millar de millares. Observa, Demócrito, que estoy pensando en este momento en ese florido dialecto indio y traduciendo mis pensamientos al pétreo griego. Los estilos de ambas lenguas son totalmente diferentes, aunque muchas palabras se asemejen. Había una cantidad de guirnaldas de flores, y el aire encerrado olía a sándalo y a jazmín.

El suelo estaba cubierto con tapices de Catay. Uno era notablemente hermoso: un dragón azul sobre un cielo blanco. Más tarde, cuando Ajatashatru preguntó a su hija qué objeto deseaba más, ella respondió que ese tapiz. Él lloró de alegría. Nada, declaró, le haría más feliz que ver el tapiz del dragón en la casa de su hija favorita. Pero jamás tuvimos el tapiz. Se trataba de una felicidad de la que tendía a privarse.

La tienda estaba dividida en dos partes por una cortina rosada. En nuestro sector, los brahmanes canturreaban pasajes de los textos védicos. Evocaban, con infinita extensión, el amor perfecto de Rama y Sita. Me divertía observar que los nobles ni siquiera fingían escuchar. Estaban demasiado ocupados en examinar las vestiduras y pinturas de los demás.

Finalmente, el gran sacerdote de Magadha encendió un brasero. Tres brahmanes se acercaron. Uno traía un cuenco de arroz, otro uno de ghee, el tercero uno de agua.

Hacía tanto calor en la tienda que yo alcanzaba a percibir cómo el árbol pintado en mi pecho perdía sus hojas. Sudaba como Ciro decía siempre que debía sudar un soldado persa antes de que se le permitiera probar su única comida del día.

Oíamos las voces de las mujeres cantando mantras al otro lado de la cortina. Luego, el rey Bimbisara susurró algo al gran sacerdote. Un momento después, se alzó la cortina y las damas de la familia real aparecieron ante los hombres.

Mi primera impresión fue que sus tocados eran casi tan altos como ellas mismas. Mi esposa me dijo más tarde que, como a veces lleva un día y una noche hacerlos, la mujer así adornada debe dormir sobre una mesa inclinada para no echar a perder la obra de arte creada para ella.

Entre la vieja reina y la esposa principal de Ajatashatru había una jovencita bella y pequeña. Podía tener tanto seis como veintiséis años. Tenía pintado entre las cejas el punto rojo que encanta a las mujeres de la India. Estaba vestida con sencillez,

como una virgen.

Durante un momento, los hombres miraron a las mujeres, que simulaban no mirarlos. Observé, complacido, que ambos sexos llevaban el pecho cubierto, un homenaje a la modestia aria original, tan eficazmente socavada por el lánguido clima de la llanura del Ganges.

Finalmente, el gran sacerdote se movió. Cogió de manos de una criada un cesto de arroz sin cocer y dejó caer siete montoncillos sobre el tapiz. Mientras tanto, Ajatashatru atravesaba la línea divisoria entre los hombres y las mujeres. Cuando cogió a su hija de la mano, Varshakara me empujó suavemente.

—Ve a su lado —murmuro.

Me reuní con el padre y la hija junto al fuego sagrado. Había aprendido las respuestas que debía dar. Afortunadamente, eran pocas.

—Ciro Espitama —dijo Ajatashatru—, guerrero ario, embajador del rey de Persia, recibe a mi hija, Ambalika, y promete que observarás los votos arios, que le darás riqueza y placer.

Dije que lo haría tan bien como pudiera. Luego Ajatashatru ató el extremo de mi prenda superior al chal de Ambalika. Así unidos, Ambalika y yo alimentamos el fuego con arroz y ghee. Hallé agradable esta parte de la ceremonia, porque estábamos con el hijo del Sabio Señor en un lugar sin sol. Cogí de la mano a la muchacha y giramos en torno del fuego hasta que alguien colocó, delante de ella, una pequeña piedra de molino. Ambalika se paró sobre la piedra un instante. Ignoro todavía qué significaba esa piedra de molino.

Con nuestras ropas incómodamente anudadas, dimos siete pasos, cuidando de que los pies de ambos descansaran un momento en cada uno de los siete montones de arroz. Sé qué representaban: las siete diosas madres de la India pre-aria. Esas mujeres son eternas y ubicuas.

Cuando terminamos de saltar sobre el tapiz del dragón, el sumo sacerdote nos salpicó con agua. Estaba lo bastante fresca como para que yo recordara cuánto calor tenía. Y eso fue todo. Ya estábamos casados.

El matrimonio no debía consumarse hasta que hubiésemos dormido juntos tres noches. Me explicaron entonces el origen de esa estricta abstinencia, pero lo he olvidado. También debíamos, la primera noche en nuestra casa, contemplar juntos la estrella del norte; así recuerda la reciente pareja aria que las tribus llegaron del norte… y quizás que al norte han de volver un día.

Me gustó Ambalika. Estaba preparado para que no me gustara. Después de todo, me he preocupado siempre por esperar lo peor en la vida; y el hecho de que alguna vez se frustre esa expectativa es una fuente de oscura satisfacción.

Era casi medianoche cuando se marcharon los últimos asistentes a la boda. Mi suegro estaba muy embriagado.

—Querido —lloriqueó—, estas lágrimas se deben a un dolor incomparable: el de saber que nunca, nunca más en mi vida tendré una alegría tan perfecta.

Mientras parpadeaba, la pintura negra de sus pestañas penetró en sus ojos, ocasionando verdaderas lágrimas de dolor. Ajatashatru frunció el ceño y frotó sus ojos con el dorso de una mano resplandeciente de diamantes.

—Oh, mi querido más querido: trata bien al loto de mi corazón, a la favorita

entre todos mis hijos. —Con un revoloteo de ropas perfumadas y joyas centelleantes, la familia real se marchó y me dejó solo con mi primera mujer.

La miré, preguntándome qué decir. Pero no tenía por qué preocuparme. Ambalika había sido exquisitamente educada en las habitaciones de las mujeres. Era como una dama mundana que hubiese pasado medio siglo en la corte.

—Creo —dijo ella— que, cuando hayas encendido el fuego sagrado, deberíamos subir al terrado a mirar la estrella del norte.

—Por supuesto. El fuego es sagrado también para nosotros —respondí.

—Ah. —Ambalika jamás mostraría el menor interés por Zoroastro o por el Sabio Señor. Pero le fascinaban los cuentos de la corte de Persia.

Encendí el fuego en un brasero. La media docena de criados que se había presentado a trabajar más temprano había dejado todo preparado. Eran, ostensiblemente, el regalo de la vieja reina. En realidad, eran todos miembros del servicio secreto. ¿Cómo lo sabia? Cuando un sirviente es, en Magadha, eficaz y obediente, es un agente secreto. Los demás son perezosos, deshonestos y alegres.

Juntos trepamos al terrado por una temblorosa escalera.

—Termitas —dijo suavemente Ambalika—. Mi amo y señor, tendremos que matarlas con humo.

—¿Cómo sabes que son termitas?

—Es una de las cosas que debemos saber —respondió con cierto orgullo—. La vieja reina, que realmente las conoce, me enseñó las sesenta y cuatro artes. Es de Koshala, donde se considera que las mujeres deben saber estas cosas. Magadha es diferente. Aquí sólo le enseñan las artes a las prostitutas. Y es una pena, porque más tarde o más temprano los maridos encuentran aburridas a sus mujeres, las encierran y se van a pasar los días y las noches a las casas de las prostitutas, que son absolutamente encantadoras. Una de mis criadas trabajó con una de ellas y me dijo: «Piensas que tus habitaciones son bonitas… pero espera a ver la casa de Tal». Naturalmente, tendría que esperar toda la vida, porque jamás podría visitar a una persona así. Pero los hombres pueden. Aunque, de todos modos, espero que no empieces a recorrer sus casas hasta que yo sea bastante vieja.

En el terrado de la casa habían colocado una tienda. A la luz de la luna creciente podíamos ver las cinco suaves colinas de la ciudad antigua.

—Allí está la estrella del norte. —Ambalika me cogió de la mano y juntos miramos eso que Anaxágoras cree una roca, y yo pensé, como hago con frecuencia, ¿de dónde hemos venido todos? ¿Dónde se reunieron primeramente los arios? ¿En los bosques, al norte del Volga? ¿En las grandes llanuras de Escitia? ¿Y por qué nos dirigimos al sur, a Grecia, a Persia, a la India? ¿Y quiénes eran esos pueblos de pelo negro que encontramos en las ciudades de Sumeria y de Harapa, y de dónde habían venido? ¿O acaso habían brotado simplemente de la tierra, como las flores de un loto en el momento de la floración?

Demócrito quiere saber por qué el loto es sagrado para los pueblos de oriente. Esta es la razón: cuando el loto se abre paso desde el fango hasta la superficie del agua, forma una cadena de capullos. Apenas un capullo pasa del agua al aire, se abre, florece, y muere, y es reemplazado por el siguiente capullo de una serie interminable. Sospecho que si alguien meditara acerca del loto durante el tiempo suficiente, se le

ocurriría la idea de la muerte y el renacimiento simultáneos. Por supuesto, también puede haber ocurrido lo contrario; un creyente en la reencarnación bien podría haber pensado que el loto reflejaba la cadena del ser.

Después de contemplar debidamente la estrella del norte, entramos en nuestra tienda. Me quité el chal. El árbol de mi pecho apenas había sobrevivido al diluvio de mi sudor.

Ambalika miraba fascinada.

—Debe de haber sido un árbol hermoso.

—Lo era. ¿Tienes tú un árbol?

—No. —Se quitó el chal. Como yo no compartía la pasión de su padre por las niñas, me alivió descubrir que era una muchacha totalmente desarrollada. Alrededor de sus pequeños pechos habían dibujado hojas y flores. Más abajo, sobre su ombligo, un pájaro de rostro blanco extendía sus alas rojas—. Éste es Garuad —dijo, dándose una palmadita—. El ave sol. Vishnú cabalga en él. Trae buena suerte, excepto a las serpientes. Es enemigo de todas las serpientes.

—Mira —respondí, y le mostré mis piernas con serpientes.

Ambalika tenía una risa fresca y natural.

—Eso significa que, si no obedeces nuestras leyes, mi Garuda destruirá tus serpientes.

Yo estaba algo inquieto.

—¿Debemos acostarnos juntos tres días sin hacer el amor?

Ambalika asintió.

—Tres días. Pero no te parecerá largo. Sabes, conozco las sesenta y cuatro artes. Bueno, la mayor parte. Podré entretenerte. Mira que no soy una experta en ninguna. Quiero decir, no soy una prostituta. Puedo tocar el laúd e improvisar. Bailo muy bien. Canto, no tan bien. Puedo representar las obras antiguas, eso sí, muy bien, especialmente en el papel de dioses como Indra. Prefiero las partes de los semidioses. También sé escribir poesías que saco de mi cabeza, aunque no en el momento mismo, como hace la vieja reina. Y no puedo esgrimir con la espada o el bastón, aunque no tiro mal con el arco. Hago flores artificiales que tomarías por verdaderas. Y también guirnaldas de ceremonias, y sé arreglar las flores…

Ambalika describió los diversos grados de capacidad con que practicaba cada una de las sesenta y cuatro artes. He olvidado la lista completa hace mucho tiempo. Pero recuerdo que me pregunté entonces cómo un hombre, y menos aún una mujer, podía ser igualmente capaz de tantas cosas como decía, además de ser hechicera, carpintera, creadora de trabalenguas y maestra de pájaros, en particular esto último. Todas las mujeres de la India tienen al menos un ave de brillante plumaje a quien han enseñado a chillar «Rama» o «Sita». Cuando pienso en la India, pienso en pájaros que hablan, en ríos, en lluvias, en un dios como un sol.

Sin embargo, Ambalika cumplió su palabra. Me entretuvo y me turbó durante tres días y tres noches; y aunque dormimos juntos en la tienda sobre el terrado, logré respetar la ley védica.

Cuando le dije que Ajatashatru la había llamado su hija favorita, rió.

—No lo vi hasta que decidió que debía casarme contigo. En realidad, fue la vieja reina quien me eligió. Soy su nieta favorita. ¿No fue una maravilla el sacrificio del

caballo? La reina estaba muy excitada. «Ahora puedo morir con mi tarea cumplida», nos dijo después. Se morirá pronto, ¿sabes? El último horóscopo no fue bueno. ¡Mira! Cae una estrella. Los dioses están de fiesta. Se arrojan cosas unos a otros. Pidamos un deseo.

Como aún no había conocido a Anaxágoras, no podía explicarle que tomaba por un puñado de luz pura lo que era en realidad un trozo de metal ardiente camino a la tierra.

—¿Tu padre tiene una esposa favorita?

—No. Le gustan las nuevas. No las nuevas esposas, por supuesto. Cuestan demasiado a la larga, y ya tiene tres. Podría casarse con otra más, o quizá dos más. Pero sólo cuando sea rey. Ahora no podría permitirse una nueva esposa. De todos modos, se acuesta con las prostitutas elegantes. ¿Has ido con él a sus casas?

—No. Cuando dices que no tiene dinero…

—Muchas veces, mis hermanas y yo hablamos de vestirnos de hombre y deslizarnos en la casa de una prostituta, durante una fiesta, para ver cómo practica las sesenta y cuatro artes. O tal vez disfrazadas de bailarinas, con velo, pero, por supuesto, si nos sorprendieran…

—Iré yo. Y te contaré cómo es.

—No deberías decir una cosa así a tu primerísima esposa, antes de hacer la prueba con ella.

—¿No seria peor que te lo contara después?

—Verdad. Y eso de que mi padre no tiene dinero… —Era rápida la niña. Me había oído. Trató de cambiar de tema. Y ahora se mostraba cándida y cautelosa. Se tocó una oreja, para indicar que nos espiaban. Luego frunció el ceño y rozó sus labios apretados con un índice pintado de rojo. Su mímica era excelente. Me advertía que no habláramos del asunto en nuestra casa, y ni siquiera en el terrado a medianoche—. Es demasiado generoso con todo el mundo —dijo en alta voz—. Quiere que la gente sea feliz. Les hace demasiados regalos. Y por eso no puede tener otras esposas, lo cual nos hace muy felices. Lo queremos para nosotras. No queremos compartirlo. —Ese discurso era una pequeña obra maestra del vigésimo octavo arte, la representación teatral.

Al día siguiente, mientras nos mecíamos en el centro de la hamaca del jardín, murmuró junto a mi oído:

—Mi padre destina todo su dinero a levar un ejército para atacar las repúblicas. Es un secreto, pero todas las mujeres lo saben.

—¿Y por qué no hace eso el rey?

—La vieja reina dice que él desea verdaderamente la paz. Y después del sacrificio es el monarca universal. ¿Por qué habría de ir a la guerra?

No respondí que el monarca universal era Darío —y no Bimbisara— porque desde el comienzo estimaba que Ambalika sería leal en primer término a su familia, y no a mí. Daba por sentado que si le hablaba de política, mis palabras serian transmitidas a su padre o a Varshakara.

—¿Qué piensa el rey de los planes de tu padre?

—No los conoce. ¿Cómo podría? La vieja reina no le ha dicho nada porque tiene miedo de mi padre. No comprendo por qué. Después de todo, ella es su madre.

—Pero el chambelán se lo habrá contado.

—Nadie sabe qué le dice a nadie el chambelán en secreto. —Bruscamente, Ambalika parecía tener el doble de edad—. Pero odia las repúblicas.

—Así me ha dicho.

—Todo el mundo sabe qué es lo que dice —respondió ambiguamente.

Me pregunté en aquel momento, cuál sería, de haberlo, el arte número sesenta y cinco. ¿La diplomacia o la conspiración?

Nos interrumpió la llegada del abuelo de Ambalika, el príncipe Jeta. Como era el tercer día, nos traía regalos. Lo recibimos en el salón principal. A pesar de la elegancia del mobiliario y de los cortinajes, era imposible esconder el hecho de que aquella casa no tardaría en desmoronarse a causa de las termitas y la carcoma. Como siempre, mi suegro había realizado una transacción ventajosa.

Cuando Ambalika se disponía a retirarse, el príncipe Jeta le indicó que se quedara.

—Después de todo, ¿cuántas oportunidades tiene un hombre de ver a una de sus nietas?

Ambalika permaneció con nosotros.

El príncipe se volvió hacia mí.

—Has sido oficialmente invitado a la corte del rey Pasenadi. —El príncipe Jeta no hablaba con urgencia; yo sabia que la sentía—. El rey desearía recibirte antes de que empiecen las lluvias.

—Es un honor. —Dije luego el discurso consabido, y agregué—: Infortunadamente, debo esperar hasta que el primer cargamento de hierro salga para Persia.

—Eso será a comienzos del mes próximo, embajador. —El príncipe Jeta sonrió y yo traté de no demostrar la menor preocupación porque conociera los arreglos secretos establecidos con Varshakara. Habíamos determinado el precio del hierro, resolviendo que fuera cambiado por oro en Taxila. En general, yo estaba satisfecho con mí primer tratado comercial. No me complacía que el príncipe Jeta lo conociera—. Como la caravana irá por Shravasti, esperábamos que pudieras ir con ella.

—Además, estaremos bien protegidos —dijo Ambalika, bruscamente interesada—. ¿Sabes?, hay bandas de ladrones desde un extremo al otro de Koshala. Y piratas en el río, además. Pero aun así, estoy ansiosa por ver Shravasti. La vieja reina dice que no hay en el mundo una ciudad más hermosa.

—Estoy de acuerdo —dijo el príncipe Jeta—. Pero, naturalmente, yo sólo he visto las tierras entre los dos ríos, como llamamos a nuestro pequeño mundo.

—Por supuesto, trataré de ir —empecé.

—¡Oh, di que sí! —Ambalika tenía un sentido infantil de la urgencia Todo debía hacerse ya mismo. Lais posee la misma cualidad.

El príncipe Jeta sonrió a su nieta.

—Tu marido querrá también conocer al Buda, de quien has oído historias tan terribles en las habitaciones de las mujeres.

—No es cierto, príncipe Jeta. Muchas de nuestras damas admiran al Buda. —Ambalika era de repente una princesa llena de tacto.

—¿Y tú?

—No lo sé, realmente. No puedo decir que me agrade la idea de ser extinguida como una vela. Creo que Mahavira es más interesante.

—¿Has visto y oído a Mahavira? —El príncipe parecía curioso.

Ambalika asintió.

—Cuando tenía unos seis años, la niñera me llevó al convento jain, que no está lejos de tu casa, en el camino al río. Mahavira estaba sentado en el polvo, frente al convento. Nunca he visto una multitud mayor.

—¿Recuerdas algo de lo que dijo? —Jeta estaba ahora auténticamente interesado en su nieta. ¿Porque era mi mujer?

—Me gustó cómo describió la creación del mundo. Ya sabes, cómo todas las cosas son en realidad una parte de un hombre gigantesco… Y nosotros estamos en algún punto, cerca de su cintura. Naturalmente, la geografía de Mahavira no es la que aprendí en la escuela, pero me gustaron esos círculos oceánicos. Uno de leche, otro de manteca clarificada, otro de caña de azúcar. Oh… —Tenía la costumbre de interrumpirse bruscamente—. Y me gustó mucho su descripción del primer ciclo de la creación, cuando todas las personas tenían seis millas de altura, y todos éramos hermanos gemelos, y cada hermano se casaba con su hermana gemela, como hacen hoy en Persia, y nadie debía trabajar porque había diez árboles donde crecía todo lo que uno podía querer. Un árbol tenía hojas que se convertían en tazas y escudillas. Otro daba alimentos ya cocinados. Este era el que más me gustaba. Supongo que yo era una chiquilla golosa. Y otro daba ropas y otro palacios, aunque no me imagino de qué modo puede pelarse un palacio como si fuera un plátano. Pero quizá cuando el palacio estaba maduro, descendía hasta posarse en el suelo, hecho de azúcar, con ríos de vino… —Ambalika volvió a interrumpirse—. Pero esto que digo no es serio. Sólo he contado lo que recuerdo. Creo que era muy viejo. Y recuerdo una cosa que me agradó: llevaba vestiduras, no estaba vestido de cielo.

Aquella noche se consumó alegremente nuestro matrimonio. Yo estaba contento. Ella estaba contenta. Presumiblemente, los dioses védicos estaban satisfechos, porque nueve meses más tarde nació mi primer hijo.

Poco después de la boda, en lo más cálido de la estación seca, el rey Bimbisara me concedió audiencia. Me recibió en un salón pequeño que daba a un jardín seco y polvoriento invadido por las langostas.

Bimbisara fue directamente a la cuestión. Aunque no fuera exactamente un monarca universal, era ciertamente el rey guerrero que había sido siempre. A propósito: hasta que llegué a Catay, yo pensé que la idea de un monarca universal era una idea aria. La prueba era el Gran Rey. Pero en Catay me dijeron que en un tiempo un solo monarca había gobernado el Reino Medio —su nombre para Catay— en perfecta armonía con el cielo; y que un día volvería y sería llamado el hijo del cielo. Como solamente existe un dios, debe haber necesariamente sólo un monarca universal. En la realidad, por supuesto, hay tantos falsos dioses en el cielo como reyes y príncipes en el mundo. Sin embargo, es absolutamente evidente para mí que todos los hombres de la tierra anhelan la unidad. Los habitantes de Catay no tienen la menor relación con los arios, pero piensan lo mismo. Está claro que han recibido su inspiración del Sabio Señor.

Pedí permiso a Bimbisara para viajar con la caravana a Shravasti.

—Eres libre de ir, hijo mío. —Bimbisara me trataba como a un miembro de su familia, lo cual era cierto, de acuerdo con la ley védica.

—Tengo gran curiosidad y deseo de conocer al Buda. —Naturalmente, no mencioné la urgente invitación de Pasenadi.

—Daría mi reino por seguir al Buda —dijo Bimbisara—. Pero no me está permitido.

—El monarca universal puede obrar a su antojo. —En la corte de un rey no se puede ser jamás del todo sincero.

Bimbisara tironeó su barba violeta.

—No hay ningún monarca universal —respondió sonriente—, como sabes. Y si hubiera uno, sería probablemente Darío. Naturalmente, digo esto sólo para tus oídos. Tu Darío es el señor de muchas, muchas tierras. Pero no es, como sostiene, el señor de absolutamente todas las tierras. Como no ignoras…

—Sí, mi señor…

—Como no ignoras —repitió con vaguedad—. Si el Buda te interroga sobre el sacrificio del caballo, le dirás que yo estaba obligado a rendir homenaje a los dioses arios.

—¿Él lo desaprobará?

—El nunca desaprueba. Nunca aprueba. Pero, en principio, mantiene que toda vida es sagrada. Por lo tanto, el sacrificio de animales siempre está mal, al igual que la guerra está mal.

—Pero tú eres un guerrero, un rey y un ario. Debes sacrificar animales a tus dioses, y matar a los enemigos en la guerra y a los malhechores en la paz.

—En la medida en que soy todas esas cosas, me veo privado de la luz en esta encarnación. —Había en los ojos del rey verdaderas lágrimas, y no esos fluidos que se derramaban libre y permanentemente por las mejillas de su hijo—. Siempre tuve la esperanza de poder un día alejarme de todo esto. —Tocó su turbante—. Entonces, cuando ya no fuera nada, podría seguir el óctuple camino del Buda.

—¿Por qué no lo haces? —pregunté, con auténtica curiosidad.

—Soy débil. —Con otras personas, Bimbisara era reservado, hermético, cauteloso. Conmigo se mostró muchas veces asombrosamente confiado. Supongo que podía hablar libremente, siempre que no se tratara de asuntos políticos, porque yo estaba enteramente fuera de su mundo. Aunque estaba casado con su nieta, yo era siempre el embajador del Gran Rey: un día mi embajada terminaría.

Por delicadeza, nadie de la corte hablaba de mi eventual partida. Sin embargo, el regreso a Persia no se alejaba de mi mente y, en nuestra última entrevista, estaba también en la mente de Bimbisara. Él no podía saber si yo decidiría o no continuar viaje a Persia con la caravana. Era algo que yo bien podía hacer. Mi misión estaba cumplida. El comercio entre Persia y Magadha era cosa resuelta, y no había motivo para que no continuara desarrollándose mientras una tuviera oro y la otra hierro.

Pero en el momento de mi entrevista con Bimbisara, yo no había tomado ninguna decisión. Ciertamente, no pensaba abandonar a Ambalika. Por otra parte, no sabía qué sentimientos podía inspirarle la idea de salir de la India. Y también temía lo que sin duda podía hacer y decir Ajatashatru si le anunciaba mi regreso a mi hogar.

Quizá no terminara mis días ahogado en lágrimas, sino en el Ganges.

—Soy débil —repitió Bimbisara, secándose los ojos con el chal—. Todavía tengo tareas que cumplir aquí. Estoy tratando de crear un sangha de jefes de aldea. Naturalmente, los veo uno por uno. Ahora quiero que se reúnan al menos una vez al año para contarme sus problemas.

—Harás de Magadha una república. —Sonreí, para significar que era una broma. Me inquietaba un poco, lo confieso, el que deseara discutir asuntos de política interna con un extranjero.

Pero Bimbisara sólo estaba pensando en voz alta.

—Los jefes de las aldeas son el secreto de nuestra prosperidad. Si los controlas, floreces; si los oprimes, pereces. Soy el primer rey de Magadha que ha conocido personalmente a cada uno. Por eso soy un monarca universal. No, no haré una república. —Me había oído, después de todo—. Desprecio esos estados donde cualquier dueño de propiedades se cree rey. Eso no es natural. No puede haber más que un rey en cada país, así como sólo hay un sol en el cielo o un general a la cabeza de un ejército. Di a Pasenadi que nuestro afecto por él es constante.

—Sí, mi señor. —Bimbisara parecía ahora dispuesto a pasar a un tema que me costaba anticipar.

—Dile que su hermana está floreciente. Dile que ha cumplido el sacrificio del caballo. Que no atienda a quienes desean… sembrar la discordia entre nosotros. No lo conseguirán, mientras yo viva.

Lo miré con expectativa. Se puede mirar de frente a un rey indio. En realidad, él se ofendería y se alarmaría si uno no lo mirara directamente, aunque con humildad.

—Ve al Buda. Prosternate ante el hombre de oro. Dile que yo, en los treinta y siete años que han pasado desde que nos encontramos por vez primera, he practicado la óctuple moralidad seis veces por mes. Y que sólo recientemente he comenzado a comprender la verdad que me dijo: «El único logro absoluto es el absoluto abandono». Dile que he formulado un voto privado, y que dentro de un año abandonaré las cosas terrenas y lo seguiré.

Nadie sabrá nunca si el rey Bimbisara hablaba seriamente de abandonar el mundo. Creo que lo pensaba, cosa que en asuntos religiosos es muy poco más que nada.

Ajatashatru se despidió de mí en la cancillería del palacio de su padre. Para ser un amante de los placeres, pasaba una buena parte de su tiempo con el consejo privado del rey y con el jefe del consejo.

En Magadha, el jefe del consejo es quien realiza verdaderamente la tarea de administrar el país, con la ayuda de unos treinta consejeros, muchos de ellos hereditarios y en su mayoría incompetentes. Como chambelán de palacio, Varshakara estaba a cargo de la corte, y además de la policía. No es necesario decir que era más poderoso que el canciller, y habría sido más poderoso que el rey, si Bimbisara no hubiese decidido gobernar en estrecha alianza con los jefes de aldea, que no sólo consideraban al soberano un amigo en mitad de una corte muy compleja y corrompida, sino que recogían los impuestos en su nombre, deducían su parte y enviaban el resto al tesoro. Era muy raro que engañaran al rey.

Como en Susa, los diversos consejeros se hacían cargo de diferentes funciones

del estado. Tradicionalmente, en todo reino, el sacerdote principal está muy cerca del rey. Pero el budista Bimbisara rara vez consultaba al custodio oficial de los dioses védicos, cuyo único momento de gloria había sido la reciente celebración del sacrificio del caballo. De entre los miembros del consejo privado, el rey designaba un ministro para la guerra y la paz y un juez supremo, que presidía el conjunto de magistrados del país y resolvía, en su corte, los casos que no pasaban directamente al rey. Nombraba además un tesorero y un recaudador principal de impuestos. Estos dos últimos funcionarios tenían gran importancia, y era proverbial que morían ricos. Sin embargo, durante el reinado de Bimbisara, sus poderes estaban muy restringidos. Bimbisara conseguía esto merced a su alianza con los jefes de aldea.

Había un ejército de viceministros que recibían el nombre de superintendentes. Como todos los metales en bruto pertenecían al rey, las minas eran administradas por un superintendente. Este funcionario sólo me pidió un patriótico porcentaje del cinco por ciento sobre el valor de exportación del hierro de su amo, que pagué. Dado que todos los bosques pertenecían al rey, los elefantes, los tigres, las aves exóticas, la madera para la edificación o para utilizar como combustible, estaban bajo el dominio de un solo superintendente. En verdad, cada aspecto provechoso de la vida india estaba reglamentado por el estado. Había superintendentes del juego, de la venta de licores, de las casas de prostitución. En general, el sistema funcionaba aceptablemente. Si un monarca es activo, puede hacer que las cosas se hagan rápidamente. De otro modo, la administración cotidiana es cosa lenta, lo cual me parece bueno. Lo que no se hace, no puede ser totalmente malo. Esta observación, Demócrito, es política y no religiosa.

Los treinta miembros del consejo privado se sentaban en divanes muy bajos en un salón de techo alto y abovedado, en la planta baja del palacio. En cierto sentido, este salón equivalía a la segunda sala de nuestra cancillería. Cuando entré, Ajatashatru se puso de pie. Me incliné reverentemente, ante el príncipe y el suegro, y él se acercó y me estrechó en sus brazos.

—No nos abandonarás, querido. ¡Di, por favor, que no lo harás! —Por una vez, esos ojos no estaban llenos de lágrimas. Estaban tan claros y brillantes como los de un tigre que te mira fijamente desde la rama baja de un árbol.

Pronuncié un agradable discurso preparado. Luego Ajatashatru me condujo hasta el extremo más alejado de la habitación. Bajó la voz, como hace la gente en todos los palacios del mundo.

—Queridísimo, di al rey Pasenadi que su sobrino se preocupa por él como si fuera su hijo.

—Lo haré, príncipe.

—Dile —Ajatashatru susurraba en mi oído; su aliento olía a curry—, tan delicadamente como sea posible, que nuestra policía ha descubierto que se atentará contra su vida. Muy, muy pronto. Comprenderás, y él comprenderá, que no podemos darle directamente esta advertencia. Sería embarazoso para nosotros admitir que tenemos agentes en Koshala. Pero tú eres neutral. Tú vienes de afuera. Puedes decirle que se cuide.

—Pero ¿quiénes son los conspiradores? —Me permití entonces una inspiración de cortesano—. ¿La federación de repúblicas?

Ajatashatru se sintió evidentemente agradecido ante esa sugerencia, que, hasta ese momento, no se le había ocurrido.

—¡Sí! Quieren que Koshala esté en ruinas, como ya casi está, de todos modos. Trabajan firme y secretamente, y oh, de modo tan traicionero, con el jefe de la conspiración que es —Ajatashatru movió los labios sin sonido— Virudhaka, el hijo del rey.

No sé por qué eso me escandalizó. Me habían puesto el nombre de alguien que había matado a su suegro. Pero un suegro no es un padre, y la creencia aria en el carácter sagrado del padre es parte esencial de su código. ¿Creí entonces lo que me dijo Ajatashatru? Lo he olvidado hace tiempo. Sospecho que no. Tenía tendencia a hablar como cantan los pájaros: trinaba, parloteaba, hacía vibrar el aire con sonidos sin significación.

Al día siguiente, a mediodía, Varshakara me acompañó hasta la puerta norte de Rajagriha. La primera parte de la caravana había partido antes del amanecer, y casi dos millas separaban ahora la cabeza de la cola. Yo debía viajar en el centro, rodeado apenas por un puñado de miembros de la embajada. Aún no sabía con certeza si retornaría a Persia con la caravana. Había estado alejado del mundo real durante más de dos años, en los cuales no había recibido ningún mensaje de Susa. Me sentía aislado, para decirlo con moderación.

—Consideramos a Pasenadi un buen aliado. —Varshakara lanzó un rojo escupitajo de zumo de betel contra un perro paria, manchando la oreja del animal.

Hacia el norte, hasta donde alcanzaba la vista, mil carretas de bueyes cargadas de hierro se movían lentamente entre la polvareda amarillenta. Era hierro fundido de calidad poco usual, porque un miembro de mi embajada había logrado enseñar a los indios cómo se depura el hierro al modo persa.

—¿Tal vez porque un aliado débil es un buen aliado? —Bromear con Varshakara era como clavarle un palo a un tigre encerrado en una jaula de cañas.

—A veces. A veces no es así. Pero ciertamente preferimos al viejo y no al hijo.

Como la multitud que nos rodeaba era muy ruidosa, no había mayor riesgo de que nos escucharan.

—¿Es verdad? —pregunté.

Varshakara asintió.

—Antes de que termine la estación lluviosa, habrá un nuevo rey.

—Espero no estar allí.

—Espero que tú puedas evitarlo.

—¿Cómo?

—Debes poner sobre aviso al viejo. Estoy seguro de que a Persia le agradaría tan poco como a nosotros un rey fuerte en Koshala.

—¿Cómo puede haber un rey fuerte si los budistas controlan el país?

Varshakara parecía sorprendido.

—Pero es que no es así. Y si lo fuera, ¿cuál seria la diferencia?

Evidentemente, Varshakara había olvidado su discurso acerca del peligro que representaban los jain y los budistas para el orden establecido. Como pensé que estaba irritado, hablé muy cuidadosamente:

—Yo creía entender que los monasterios estaban llenos de republicanos, y

que éstos procuraban deliberadamente debilitar el reino de Koshala, y también el de Magadha.

—Al contrario. —Varshakara contradecía vivamente todo lo que me había dicho durante el viaje desde Varanasi—. Los jain y los budistas son una enorme ayuda para cualquier rey. No, el problema es Pasenadi mismo. Es un santo, piensa solamente en el otro mundo, o en ningún mundo, o en lo que sea que esa gente cree. Esto puede ser digno de admiración en un hombre cualquiera, pero no en un rey. Ese viejo loco debía haber abdicado hace mucho. Entonces podríamos haber… domesticado a su hijo.

Aunque el análisis que hacía Varshakara del carácter de Pasenadi no me interesaba —como norma, yo no le creía una palabra a Varshakara en temas de política—, me intrigó descubrir que ahora parecía aprobar el budismo. Le pregunté por qué.

La respuesta me pareció ingenua.

—Es sumamente útil, para un gobernante, cualquier religión que considere este mundo como una especie de enfermedad curable por medio de la plegaria, que suprima el deseo de las propiedades terrenas y respete toda vida. Si la gente no quiere cosas materiales, no aspirará a lo que nosotros poseemos. Si respetan la vida, no intentarán matarnos ni derrocar nuestro gobierno. En verdad, hacemos todo lo posible, con la ayuda de la policía secreta, para alentar a los jain y a los budistas. Y, naturalmente, si alguna vez pensáramos que constituyen una amenaza…

—Pero sus virtudes son totalmente negativas. No trabajan. Son mendigos. ¿Cómo podrías convertirlos en soldados?

—No lo intentamos. Además, solamente los monjes son así. En su mayor parte, los jain y los budistas se limitan a honrar al Buda y a Mahavira, mientras se ocupan de sus asuntos como todo el mundo. Con una diferencia: nos crean menos problemas que los demás.

—¿Porque en el fondo son republicanos?

Varshakara rió.

—Y si lo fueran, ¿qué podríamos hacer? De todos modos, el mundo no les importa, y eso es magnifico para nosotros, los que adoramos el mundo tal cual es.

Mi carreta estaba ya preparada. Varshakara y yo nos despedimos. Luego, acompañado por Caraka, me abrí paso a través de la multitud hacia mis guardias. Estaban vestidos como indios, pero armados como persas.

Yo había insistido en que la carreta estuviera provista de un toldo y de cojines. Para mi sorpresa, me habían obedecido. Apenas Caraka y yo nos instalamos, el látigo del carretero rozó los flancos de los bueyes y, con una sacudida, iniciamos nuestro viaje de doscientas veinte millas a Shravasti.

Ambalika no venía porque padecía unas fiebres. Como además era muy probable que estuviera embarazada, ambos concordamos en que era peligroso un viaje.

—Pero volverás, ¿verdad? —Ambalika parecía desolada y tan niña como correspondía a sus años.

—Si —dije—. Apenas termine la estación lluviosa.

—Entonces me verás dar a luz a tu hijo.

—Rogaré al Sabio Señor que me traiga de vuelta a casa para entonces. —La

abracé.

—El invierno que viene —dijo Ambalika firmemente— los tres iremos a Susa.

9

La caravana atravesó el Ganges en el puerto de Pataligama, cuyos barqueros son célebres no sólo por su torpeza sino por el regocijo que les inspiran los desastres de toda clase. En nuestro caso, tuvieron dos momentos de gran júbilo, en ocasión de la pérdida de dos carretas cargadas de hierro un día en que el río estaba tan sereno y liso como un espejo de metal pulido.

A causa del calor del sol, viajábamos de noche y dormíamos de día. No vimos bandoleros hasta que penetramos en los bosques, al sur de Vaishali. Allí fuimos atacados por varios cientos de bandidos bien armados que hacían mucho ruido, pero que no nos causaron ningún daño. Esa banda era famosa en toda la India porque no aceptaba en sus filas a nadie que no fuera hijo, nieto y bisnieto de un miembro de la corporación de los ladrones. El robo es una actividad tan provechosa que esa corporación se oponía a que un negocio viejo como el tiempo fuera menoscabado por aficionados.

Vaishali, capital de Licchavi, lo era también de la unión de repúblicas, conocida a veces como federación Vaijiana.

Fuimos recibidos por el gobernador de la ciudad, quien nos mostró el salón del congreso, donde se reunían los delegados de todas las repúblicas. Pero como el congreso no estaba reunido, el enorme salón de madera estaba vacío. También nos llevaron a la casa natal de Mahavira, una construcción imposible de distinguir en un suburbio que ya tenía el inconfundible aire de un santuario.

Me llevó largo tiempo comprender que tanto el Buda como Mahavira eran, para sus seguidores, mucho más que maestros o profetas. Se los consideraba muchísimo más grandes que cualquiera de los dioses. Esta idea era para mí desconcertante y asombrosa. Aunque los jain y los budistas corrientes continuaban adorando a Varuna, Mitra y los demás dioses védicos, consideraban que todas estas deidades eran inferiores al vigésimo cuarto iluminado y al vigésimo cuarto cruzador de ríos, con el argumento de que ningún dios podía llegar al nirvana o al kevala sin haber renacido como hombre. Repetiré esto, Demócrito. Ningún dios puede llegar a ser un iluminado y lograr la extinción sin renacer previamente como un hombre.

Es sorprendente pensar que millones de personas, en mi época —y supongo que también ahora—, podían creer que, en un momento dado de la historia, dos seres humanos han evolucionado hacia un estado superior al de todos los dioses que ha habido o habrá. Esto es titanismo, como dirían los griegos. Locura.

Mientras estaba en Vaishali tuve la sensación de que las repúblicas, si bien esperaban un ataque de Magadha, tenían cierta dificultad para levar tropas. Esto siempre ocurre en los países donde los ricos se creen reyes. No se puede combatir con diez mil generales. A pesar del constante homenaje a la sabiduría del pueblo que es preciso soportar aquí, cualquier tonto sabe que el pueblo puede ser fácilmente manipulado por los demagogos y que, además, es susceptible al soborno. Y lo que es peor: la gente rara vez está dispuesta a someterse al tipo de disciplina que es indispensable para ir a la guerra, y aún más para vencer. Yo predigo que los tiranos retornarán a Atenas. Demócrito no lo cree.

Al amanecer llegamos a la costa norte del río Ravati. Shravasti se encuentra sobre la costa sur. Como ese río lento y empequeñecido por el calor describe una amplia curva en ese punto, Shravasti tiene la forma de una media luna. Está rodeada, por tierra, de altos muros de ladrillo y formidables torres. Sobre el río había muelles, embarcaderos, depósitos: la confusión habitual de los puertos fluviales de la India. Una débil empalizada de madera separaba el puerto de la ciudad propiamente dicha. Era evidente que sus habitantes no temían un ataque por el río. En un país sin puentes ni barcos de guerra, el agua es una defensa perfecta. Observé, complacido, que el Gran Rey podía apoderarse de Shravasti en un solo día. Y también que a la primera luz de la mañana las altas torres de Shravasti parecían hechas de rosas.

Como la caravana debía seguir hacia Taxila, en el norte, no tenía sentido que cruzara el río. De modo que me despedí de toda la embajada, con excepción del inapreciable Caraka y de mi guardia personal.

Mientras cruzábamos el río en barcas, empecé a comprender de alguna manera las referencias de los jain y los budistas a los ríos, las barcas, los cruces y la orilla opuesta. En verdad, en mitad del río, mientras veía cómo la caravana de la costa norte disminuía rápidamente de tamaño y simultáneamente se agrandaban los muros, torres y templos de la ciudad, recordé vívidamente las palabras del príncipe Jeta. Al acercarme a la residencia del hombre de oro, tuve, por así decirlo, una experiencia de esas palabras. La ribera que había abandonado era la vida familiar, ordinaria. El río era el torrente de la existencia, donde uno podía ahogarse fácilmente. Al frente no se hallaba tanto la ciudad de Shravasti como lo que los budistas llaman «la costa opuesta al nacimiento y a la muerte».

En Shravasti esperaban mi llegada, y una delegación resplandeciente me recibió en el embarcadero. El príncipe Jeta me presentó al gobernador de la ciudad y a su comitiva. Los notables de esa región tienen la piel y el cabello más claro que sus iguales de Magadha. Y se observa en ellos un aire de confianza en sí mismos que rara vez se encuentra en la corte de Magadha. El rey Pasenadi, conviene recordar, no tenía aspiraciones a la monarquía universal, ni un chambelán como Varshakara, cuya policía secreta y sus bruscas detenciones mantenían una tensión constante. Fueran los que fuesen los infortunios de Koshala como estado, la vida era sin duda muy agradable para quienes podían vivir cómodamente en Shravasti, la más opulenta y lujosa ciudad del mundo.

—Los huéspedes de honor suelen venir por el sur, y entonces los recibimos en las puertas, con una ceremonia muy atractiva. Pero aquí, en el río…

El gobernador se disculpaba por la muchedumbre de trabajadores portuarios, boteros y pescadores. Nos empujaban y codeaban, a pesar del contingente de policías que rechazaban a la gente, la cual enseguida volvía a presionar contra la policía. Aunque todo el mundo parecía amable, siempre es una experiencia alarmante hallarse sumergido en la oscura y olorosa carne de una multitud en la India.

De repente, el cordón policial se rompió y la presión de la muchedumbre nos lanzó contra la estacada de madera. Afortunadamente, mis guardias impidieron que nos aplastaran. Los persas desenvainaron sus espadas. La multitud retrocedió. Las puertas seguían cerradas. Con voz rotunda, el gobernador ordenó que se abrieran. Continuaron cerradas. Estábamos entre la muchedumbre, bruscamente predatoria, y

la empalizada.

—Así son las cosas en Koshala —dijo el príncipe Jeta, golpeando el brazo de un ladrón, que había logrado deslizarse por entre dos guardias persas.

—Pues, la gente parece… alegre —dije.

—Sí, son notablemente alegres.

—¿Y son muchos?

—Oh sí. En Shravasti viven cincuenta y siete mil familias.

Mientras tanto, el gobernador gritaba con toda su voz y golpeaba las puertas con sus puños. Después de lo que parecía un ciclo entero de la creación védica, las puertas de maderos crujieron y se abrieron. Me alivió ver, detrás, una línea de soldados con las lanzas preparadas. La muchedumbre retrocedió, y entramos en Shravasti con más prisa que dignidad.

Unos carros tirados por caballos nos aguardaban. Dije que prefería caminar, porque «tres semanas en una carreta de bueyes me han endurecido las piernas». Y así, a la cabeza de una procesión algo irritada recorrí la que afortunadamente era la más corta de las cuatro avenidas que convergen en la plaza de las caravanas. Cada una de las tres avenidas largas comenzaba respectivamente en las puertas del sudoeste, sudeste y sur, punto de llegada o partida de las rutas de las caravanas.

La vasta riqueza de Shravasti se debe a la geografía: la ciudad se encuentra en la encrucijada de las caravanas que van del sur al norte y las que se dirigen de este a oeste. El resultado es que dominan la ciudad los magnates, es decir que, en la práctica, los brahmanes y los guerreros ocupan el segundo y el tercer lugar respecto de la casta de los mercaderes, una anomalía en el mundo védico muy lamentada por las clases dominantes, desplazadas o, más bien, ignoradas. En tiempos de paz, el rey, los nobles y los brahmanes dependen por completo de los mercaderes, que, como los de todas partes, se interesan por el comercio, el dinero y la paz. Sólo en tiempo de guerra las clases dominantes recuperan sus prerrogativas, obligando a los mercaderes a permanecer a cubierto hasta que pase el peligro.

El príncipe Jeta creía que los mercaderes sostenían a los budistas y a los jain porque las dos órdenes respetaban la vida y desaprobaban la guerra. Ambas órdenes agradaban también a los aldeanos, adoradores de los dioses pre-arios. En primer lugar, los aldeanos prefieren la paz a la guerra; en segundo lugar, detestan las enormes y costosas masacres de bueyes, caballos y machos cabrios que los brahmanes ofrecen continuamente a los dioses védicos. Ningún aldeano quiere regalar su buey a nadie, ario o no ario, hombre o dios. Me parece sumamente posible que un día las órdenes jain y budista desplacen a los dioses arios, gracias al esfuerzo de los mercaderes ricos unidos a la población no aria de las zonas rurales.

Hasta que llegué a la India, creí que las ciudades eran solamente muros desnudos, irregulares, de diferentes alturas, dispuestos al azar a lo largo de tortuosas callejuelas. Aun en Babilonia, las casas que dan a las largas avenidas rectas son tan vacías y sin ventanas como las de cualquier ciudad persa o griega. Si no fuera por los ocasionales pórticos griegos, la monotonía sería deprimente, en particular en aquellos climas donde la gente común tiende a vivir en el exterior todo el año.

Pero Shravasti no se parece a las ciudades occidentales. Todas las casas tienen ventanas y balcones, y los terrados ostentan fantásticas torres. Muchas veces,

los muros están decorados con escenas de la interminable vida de Rama. Muchas de éstas están hermosamente pintadas; o repintadas, porque las lluvias las lavan y borran todos los años. Algunos dueños de casa cubren ahora sus paredes con bajorrelieves, y el efecto es encantador.

Los carros tirados por caballos nos abrían paso. El gobernador y yo avanzábamos lentamente por el centro de la atestada avenida, mientras los ricos mercaderes nos miraban desde lo alto de sus elefantes. La gente de la ciudad parecía correcta, a diferencia de la muchedumbre del puerto. Era natural: estaban acostumbrados a los extranjeros. Habían visto persas antes, así como babilonios, egipcios, griegos y aun visitantes venidos desde más allá del Himalaya, la gente amarilla de Catay.

—A la izquierda —dijo el príncipe Jeta, quien se conducía constantemente como un atento guía— se encuentran los bazares y los obradores. —No era necesario que me lo dijera. Alcanzaba a oír, y a veces a oler, la especialidad de cada una de las calles que desembocaban en la avenida. Una olía a flores; otra hedía a pieles en proceso de curtido. En algunas se oía el estrépito del metal martilleado, en otras el canto de las aves que se vendían como alimento o como adorno del hogar—. A la derecha están los edificios del gobierno, las grandes casas, el palacio del rey. Y aquí está la gran plaza central, donde se reúnen caravanas de todo el mundo.

La plaza de las caravanas de Shravasti es una visión asombrosa. Miles de camellos, elefantes, bueyes y caballos ocupan la plaza más grande que he visto nunca en una ciudad. Las caravanas llegan y parten, cargan y descargan de día y de noche. Tres grandes fuentes calman la sed de hombres y bestias. Las tiendas y los tenderetes están instalados totalmente al azar. Imperturbables mercaderes compran y venden toda clase de productos, saltando solemnemente de un cargamento a otro, con los ojos tan brillantes como los de esas aves de presa que aparecen después de las batallas.

Más allá de la plaza de las caravanas, el camino real continuaba hasta un verde parque en cuyo centro se elevaba un maravilloso palacio de ladrillo y madera. Aunque algo menos imponente que la reciente creación de Bimbisara, era mucho más hermoso.

Yo estaba ya exhausto, como también mi escolta. Sus miembros no se sentían precisamente satisfechos de la larga y calurosa caminata a que los había sometido. Cuando llegamos al palacio pudieron vengarse sin el menor esfuerzo.

—El rey ha dicho que debes acudir a su presencia de inmediato —anunció, con aire de felicidad, el sudoroso chambelán.

Yo no me sentí feliz.

—Pero es que estoy cubierto de polvo…

—Hoy el rey es indiferente al protocolo.

—En ese caso, al rey no le molestará que me cambie de ropas y que…

—El rey es indiferente al protocolo, señor embajador; pero espera ser puntualmente obedecido en todo.

—Pero traigo presentes del Gran Rey…

—En otro momento.

—Lo lamento —murmuró el príncipe Jeta.

Mientras el chambelán me conducía a través de una serie de salas de alto cielo

raso, con incrustaciones de plata, marfil y madreperla en las paredes, tuve clara conciencia del vivido contraste entre el esplendor del ambiente y el desaseo de mi persona.

Finalmente, sin ceremonia, se me indicó una habitación pequeña cuyas ventanas arqueadas daban a unos árboles y enredaderas en flor, y a una fuente de mármol sin agua. Vi, recortados contra la ventana, dos ancianos monjes budistas con la cabeza afeitada.

Durante un momento pensé que me habían llevado a una habitación equivocada. Miré en silencio a los dos ancianos. Ellos sonrieron. Parecían hermanos. Entonces, el más pequeño de los dos dijo:

—Bienvenido a nuestra corte, Ciro Espitama.

Cuando me disponía a dejarme caer sobre una rodilla, el rey Pasenadi me detuvo.

—No, no. Eres un sacerdote. Sólo debes arrodillarte ante aquellos que adoran… el fuego, ¿no es verdad?

—Sólo adoramos al Sabio Señor. El fuego es simplemente su mensajero. —Aunque estaba demasiado fatigado para predicar un sermón mucho más largo, pude percibir la insistencia presente en la amabilidad del rey.

—Por supuesto. Por supuesto. Adoras a un dios del cielo. También nosotros, ¿no es verdad, Sariputra?

—En efecto. Tenemos todos los dioses imaginables —dijo Sariputra, alto y de aspecto endeble.

—Incluso inimaginables —agregó Pasenadi.

—El Sabio Señor es el dios único —dije.

—También nosotros tenemos dioses únicos. ¿No es así, Sariputra?

—En cantidad, querido.

Yo estaba ya acostumbrado a la forma en que los sacerdotes de la India se dirigen a sus discípulos: como si hablaran con niños pequeños a quienes aman. Prodigan los «querido», aunque muy diferentes de los «querido» de Ajatashatru, destinados a coger desprevenido al interlocutor.

—Pienso que eso es una contradicción —respondí secamente.

—Tampoco nos faltan contradicciones —dijo humildemente el rey Pasenadi.

—En verdad, la vida misma es una contradicción —dijo, con una risilla, Sariputra—, aunque sólo sea porque en todos los casos, el nacimiento es la causa directa de la muerte.

Los dos ancianos rieron alegremente.

Como yo ya estaba de muy mal talante, hablé formalmente:

—Vengo aquí en nombre del Aqueménida Darío, el Gran Rey, amo de todas las tierras y rey de reyes.

—¡Querido, lo sabemos, lo sabemos! Y podrás decirnos todo acerca de Darío cuando te recibamos con honores en nuestra corte. Entonces, y sólo entonces, conversaremos con el mensajero, con el embajador del rey persa, cuya presencia en el valle del río Indo es tan importante para nosotros. Pero, en este momento, somos solamente dos ancianos que desean seguir el óctuple camino. No puedo llegar tan lejos como desearía en mi carácter de rey. Pero afortunadamente soy ahora un arhat, en

tanto que Sariputra está muy próximo a la iluminación.

—¡No es así, querido! Sirvo en cosas pequeñas al Buda y a la orden…

—¿Oyes eso, Ciro Espitama? Ha sido Sariputra el creador de la orden. Él ha creado las normas. Él se ocupa de que todo aquello que el Buda dice o ha dicho sea recordado. ¡Sariputra recuerda todas las palabras que el Buda ha pronunciado desde aquel día en el parque de los ciervos de Varanasi!

—Mi querido, exageras. Es Ananda, y no yo, quien recuerda todas las palabras. Lo que yo he hecho es poner esas palabras en versos que incluso los niños pequeños pueden aprender. —Se volvió hacia mí—. ¿Puedes cantar, querido?

—No. Quiero decir, no sé hacerlo bien. —Yo tenía la sensación de que me estaba volviendo loco. No podía creer que uno de esos dos ancianos gobernara un país tan grande como Egipto, y que el otro fuera la cabeza de la orden budista. Me parecían dos perfectos tontos.

—Ya veo que no ves. Pero estás cansado. Aun así, querrás saber una cosa que ocurrió una vez. Una muchacha llegó a Shravasti. Dijo que pertenecía al clan de Gautama, ¡cómo el propio iluminado! ¡Oh, yo estaba muy emocionado! Y después que nos casamos, el Buda me contó qué broma encantadora me habían hecho. Aparentemente, los Sakyas no querían mezclar su noble sangre con la casa real de Koshala. Por otra parte, no se atrevían a ofenderme. Así que me enviaron una prostituta; y yo me casé con ella. Pero cuando lo descubrí, ¿me enojé acaso, Sariputra?

—Estabas furioso, queridísimo.

—Oh, no, no es así. —Pasenadi parecía ofendido.

—Sí que lo estabas. Y tanto, que temíamos por ti.

—Tal vez lo pareciera.

—No, querido, estabas furioso.

—No, querido, no era así.

Afortunadamente, una gran mano ha eliminado de mi memoria el resto de esa escena. Quizás haya caído desvanecido como una piedra.

La embajada persa fue alojada en un pequeño edificio en un extremo de los jardines del palacio, del que nos separaban fuentes, árboles, flores, y el silencio. Ni siquiera los pavos reales emitían sonidos. ¿Les habrían cortado la lengua? Y los monos sagrados nos miraban en perfecto silencio desde las copas de los árboles. En el centro de aquella gran ciudad, el rey había creado un bosque donde retirarse.

Durante la semana que me concedieron para preparar mi presentación formal al rey, el príncipe Jeta me tomó a su cargo. Me invitó a su casa, un alto edificio que miraba al río. En la civilizada compañía del príncipe, mi encuentro con aquellos dos tontos ancianos parecía un sueño provocado por una fiebre. Pero cuando le conté al príncipe la historia de mi recepción por el rey Pasenadi, se mostró al mismo tiempo divertido y perturbado.

—El viejo es así —dijo.

Estábamos sentados en el terrado de la casa. El sol se ponía sobre las colinas azul opaco, y las nubes trazaban extrañas franjas, características del comienzo de la estación de los monzones.

Sobre la India, la bóveda celeste parece misteriosamente alta. ¿Un efecto de la luz? No conozco la razón, pero produce una impresión profunda, y un hombre se

siente disminuido.

—¿La conducta de Pasenadi explica por qué se deteriora el estado?

—Las cosas no están tan mal —respondió Jeta con precisión—. Koshala es todavía una gran potencia. Pasenadi es todavía un gran rey.

—¿Espías? —pregunté en voz muy baja.

El príncipe Jeta asintió. Pero hasta cierto punto había dicho lo que realmente pensaba.

—El problema es que Pasenadi es al mismo tiempo un arhat y el rey; y es muy difícil ser ambas cosas. Yo lo sé por mí mismo, en medida más pequeña.

—¿Qué es un arhat?

—La palabra significa «uno que ha matado al enemigo». En este caso, el deseo del hombre.

—Como ha hecho el Buda.

—Excepto porque un arhat aún existe; no como el Buda, que ha venido y se ha ido. Hay quienes piensan que, como Sariputra es tan santo como Gautama, también él ha alcanzado el nirvana. Pero eso no es posible. El Buda es único, en el presente. En el pasado, ha habido veintitrés Budas. En el futuro, habrá aún uno más. Y ése ha de ser el fin, en este ciclo temporal.

—¿Se considera realmente un santo a Sariputra?

—Oh, sí. Puede haber dudas acerca de Pasenadi, pero no hay ninguna en el caso de Sariputra. Después de Buda, es quien está más cerca de la liberación entre todos los hombres. Y además, es el creador de la orden. Ha sido Sariputra quien ha trazado las reglas de los monjes. Y ahora, él y Ananda están compilando todas las palabras pronunciadas por el Buda.

—¿Las reúnen por escrito?

—No, por supuesto. ¿Para qué?

—Es verdad. No deben hacerlo.

En aquella época, yo creía que si las palabras sagradas se escribían, perdían su poder religioso. Pensaba que las palabras del Sabio Señor no debían perdurar inscritas en una piel, sino en la mente del verdadero creyente. Lamentablemente, jamás pude convencer a mis primos zoroastrianos de Bactra, que habían tomado de los griegos la manía de escribir.

Demócrito piensa que los primeros textos religiosos eran egipcios. ¿Quién sabe? ¿A quién le importa? Pienso todavía que escribir los himnos y las historias sagradas disminuye necesariamente el sentimiento religioso. Nada es más mágico que una narración religiosa, una exhortación o una plegaria que se desarrolla en la mente. Nada es más eficaz que una voz humana para extraer de los abismos de la memoria las palabras de la Verdad. Y, sin embargo, a lo largo de los años he cambiado. Ahora quiero un registro completo, por escrito, de las palabras de mi abuelo; pero solamente porque si nosotros, los sobrevivientes, no lo hacemos, lo harán otros. Y el verdadero Zoroastro se desvanecerá debajo de una pila de pergaminos pintados.

Sin ceremonia, un hombre bien plantado, de unos cuarenta años, se acercó a nosotros en el terrado. Tenía armadura completa, y traía en la mano un casco que parecía de oro.

El príncipe Jeta se echó de rodillas. Yo también, sobre una rodilla, pensando,

correctamente, que se trataba de Virudhaka, el heredero del trono.

Virudhaka se apresuró a pedir, con un gesto elegante, que nos sentáramos en el diván.

—Mañana nos veremos oficialmente, señor embajador. Pero he pensado que podía ser más agradable encontrarnos así, con nuestro noble amigo.

Asentí, en nombre del Gran Rey. Con el rabillo del ojo estudié al príncipe. Yo tenía tres interrogantes en la mente. ¿Se proponía cometer un parricidio? En ese caso, ¿tendría éxito? Y si así era, ¿qué significaría ello para Persia?

Sin advertir mis oscuros pensamientos, Virudhaka formuló una cantidad de preguntas inteligentes acerca de Persia. Era el primer indio de alto rango —aparte de Bimbisara— que reconocía la dimensión del poder del Gran Rey.

—En cierto sentido —dijo—, Darío parece aproximarse a ese monarca universal de las antiguas predicciones.

—Pensamos, príncipe, que es el monarca universal. —Todo el color se había retirado del cielo. Las aves nocturnas descendían y se elevaban. El aire olía a lluvia.

—Y ese universo, ¿no debería incluir a Koshala? ¿Y a las repúblicas? ¿Y a Magadha? ¿Y al sur de la India? Y detrás de esas montanas —señaló la alta y oscura cordillera del Himalaya— está Catay, un mundo mucho mayor que Persia y todas las tierras occidentales reunidas. ¿No debería estar también Catay bajo el dominio del monarca universal?

—Se dice que ellos creen tener su propio monarca universal —respondí, con tacto.

Virudhaka movió la cabeza.

—Hay muchos reinos en Catay. Y no hay un monarca capaz de unirlos.

—¿Un monarca o un dios? —preguntó el príncipe Jeta—. Pienso que un monarca verdaderamente universal se parecería mucho a un dios.

—Creí que los budistas erais ateos. —Virudhaka rió, para expresar que hablaba seriamente.

—No, aceptamos a todos los dioses. Son una parte necesaria del paisaje cósmico. —El príncipe Jeta hablaba con serenidad—. Naturalmente, el Buda los ignora. Y naturalmente, los dioses lo veneran.

—No pretendo intervenir en esas cuestiones —dijo Virudhaka—. Sólo tengo un interés. Es Koshala. —Se volvió hacia mí—. Tenemos algunos problemas.

—¿Qué reino no los tiene, príncipe?

—Algunos menos que otros. Ahora Bimbisara se dice monarca universal. Tú has asistido al sacrificio del caballo. Has visto. Has oído.

—Pero no puedo decir que haya comprendido. Después de todo, el territorio íntegro de Bimbisara no es mayor ni más rico que la satrapía de Lidia del Gran Rey.

Desde el comienzo, había optado por la política de imponer respeto a los indios, sin alarmarlos. No creo haber tenido mucho éxito.

—Y Lidia —agregué— es sólo una de las veinte satrapías.

—Puede que así sea —respondió Virudhaka—. Pero en esta parte del mundo, sólo el valle del Indo pertenece a Persia; y esa… satrapía está muy lejos de Koshala. Y tu rey no ignora, sin duda, que nunca hemos sido derrotados en la guerra. Lo que nos preocupa es esto: Bimbisara se proclama monarca universal. Sin embargo, el sacrificio

del caballo no sale bien. Él espera apoderarse de Varanasi. No lo consigue. Y ahora, mi primo Ajatashatru está preparando un ejército. Eso significa que, cuando termine la estación de las lluvias, cruzará el Ganges y estaremos en guerra.

—Según creo comprender —dije, avanzando como un nadador debajo del agua—, el príncipe Ajatashatru sólo teme a las repúblicas.

—Le inspiran tanto temor como a nosotros; es decir, ninguno. No —dijo vivamente Virudhaka—, la guerra no será con las repúblicas sino con nosotros. Venceremos, naturalmente.

—Por supuesto, príncipe. —Aguardé la inevitable petición.

—Persia controla el valle del Indo.

—Pero, como acabas de decir, la satrapía de la India está muy lejos de Koshala.

Dejé que sus propias palabras se burlaran de él. Pero prosiguió sin el menor rubor:

—En la estación seca —dijo—, quinientas millas no son el otro extremo del mundo.

Mientras hablábamos nos sumergimos en una noche sin luna, en que nuestras voces, incorpóreas, se mezclaban con las que llegaban desde la orilla del río, abajo. En cierto momento hubo un silencio en la conversación e imaginé, bruscamente, que nos habíamos extinguido. ¿Es esto el nirvana?, pensé.

Virudhaka me llevó nuevamente al mundo real. Era muy directo, considerando que era un príncipe indio. Dijo que deseaba una alianza con Persia, contra Magadha. Cuando le pregunté qué ganaría Persia con un arreglo semejante, me abrumó con las ventajas.

—Controlamos la ruta terrestre a Catay. Tenemos el monopolio del comercio de la seda. Estamos en el centro de todas las rutas importantes hacia el este. Importamos rubíes y jade de Birmania. A través de Koshala se podrá llegar al sur de la India, no sólo por tierra, sino también por el río, apenas recuperemos el puerto de Champa. —Agregó bastante más en este mismo sentido. Y luego me dijo exactamente qué cantidad de soldados necesitaba, y dónde y cuándo. El discurso de Virudhaka había sido cuidadosamente preparado.

Mientras el príncipe hablaba, imaginé la expresión del rostro de Darío cuando le hablara de la riqueza que había visto reunida en la plaza de las caravanas de Shravasti. También imaginé lo que pasaría por su cabeza cuando supiera que el príncipe deseaba una alianza con Persia. Era el pretexto ideal para conquistar toda la India. Koshala daría la bienvenida al ejército persa. Magadha sería aplastada y Koshala absorbida sin dificultad.

Darío era un maestro en el delicado arte de atraer a sus manos los reinos ajenos. No era extraño: todos los escolares de Persia sabían de memoria el famoso discurso de Ciro a los medos: «Mediante la sumisión habéis preservado vuestras vidas. Si en el futuro os comportáis del mismo modo, ningún mal caerá sobre vosotros, aparte de que no os gobernará la misma persona que antes os gobernaba. Pero en vuestras mismas casas, y cultivaréis las mismas tierras…»

Ese discurso definía la política permanente de los aqueménidas. Sólo cambiaba el soberano del pueblo conquistado. Y como los aqueménidas eran siempre

soberanos justos, solían ser aceptados con satisfacción, como fue aceptado Ciro por los medos. Y además, si era posible, se trataba de lograr que las viejas clases gobernantes mantuvieran al menos la apariencia del poder. Ninguna razón se oponía a que Ajatashatru y Virudhaka permanecieran en el gobierno como sátrapas… excepto una. Un aqueménida que confiara en cualquiera de esos dos sutiles personajes sería un tonto.

—Haré lo que pueda, príncipe. —Me mostré a la vez enigmático y alentador, en el mejor estilo de Susa.

—No queda demasiado tiempo. Las lluvias están a punto de comenzar. Cuando empiecen, la ruta marítima será imposible y la terrestre… ¿Dónde permanecerá tu caravana durante los monzones?

—En Taxila. Hay un plazo de tres meses para completar las negociaciones.

—¿Podrás regresar a Persia cuando terminen las lluvias?

—Sí. Pero si… hay prisa, podría enviar al sátrapa de la India un proyecto de tratado. Él lo enviaría a Susa, y tendríamos una respuesta antes de que se inicie la estación seca. —No es necesario aclarar que no pensaba hacerlo. Trataba de ganar tiempo. Primero, la caravana debía llegar a su destino. Luego, yo debía informar a Darío. Y después… ¿quién podía saberlo?

Virudhaka se puso en pie. Nosotros también. Parecíamos, los tres, más sombríos que el cielo nocturno. Virudhaka me dio el abrazo ritual.

—El consejo privado preparará el tratado —dijo—. Espero que trabajes con él. Y también que traduzcas personalmente el tratado al persa. Esto es importantísimo.

—El rey… el príncipe Jeta se limitó a iniciar la frase.

—El rey estará de acuerdo —respondió Virudhaka—. Aún no se ha desligado por completo del reino.

Luego se marchó.

El príncipe Jeta y yo avanzamos hasta el parapeto y miramos hacia abajo. Mil pequeñas hogueras ardían en la oscuridad, como otras tantas estrellas atrapadas en la tierra. Las gentes del río preparaban su cena. Mientras mirábamos, susurré al oído del príncipe lo que me habían dicho en Magadha.

El príncipe Jeta hizo un extraño gesto, dejando caer las manos.

—Querían que tú me lo dijeras.

—Sin duda. Pero ¿es verdad?

El príncipe Jeta movió la cabeza.

—El hijo es leal a su padre. ¿Por qué no había de serlo? Es libre. Pasenadi rara vez interfiere. Él… —El príncipe se interrumpió. Luego, agregó—: Nos han enviado un mensaje. Pero ¿de qué se trata? ¿Qué es lo que realmente quieren?

—Una guerra con las repúblicas.

—Y también con Koshala. Pero no pueden enfrentarse a la vez con Koshala y con las repúblicas. Por lo tanto, si pudieran dividir Koshala sembrando discordias entre el padre y el hijo… —No era necesario que el príncipe Jeta continuara.

—Es inteligente —dije.

—Pero si no se lo dijéramos a nadie… —El príncipe me miró como si realmente pudiera discernir mi expresión en la oscuridad—. No habría ninguna posibilidad de división, ¿verdad?

Acordamos no informar a nadie de la advertencia de Ajatashatru a Pasenadi. Pero, naturalmente, ambos nos proponíamos utilizar esa información para lograr nuestros propios fines, porque así se manejan las cortes y el mundo. Sin embargo, me asombró que el príncipe Jeta se hubiese asombrado. ¿Me había mentido Ajatashatru? Y si así era, ¿por qué?

A la mañana siguiente, mientras me vestían a la manera persa para mi presentación al rey, cayó sobre los techos de Shravasti el primer chubasco. Pocos minutos más tarde, un empapado y despeinado Caraka se reunía conmigo.

—Algo marcha mal —anunció, sin preocuparse por el atento barbero—. El rey ha estado toda la mañana en el consejo. El príncipe se encuentra en las murallas, con los arqueros… —Caraka se interrumpió, por fin consciente del barbero.

—¿No podría ser que…? —No terminé la frase, que Caraka entendió.

—No sé —respondió—. No lo creo.

El barbero sonreía mientras pintaba mis labios con lac. Como era un miembro de alto rango del servicio secreto de Koshala, sabía qué era lo que nosotros pensábamos.

A mediodía fui escoltado hasta el atestado salón de recepción. Aunque los dones del Gran Rey habían sido colocados al pie del trono de plata, éste se encontraba vacío. Los nobles de Koshala, por lo general serenos y más bien fríos, parecían ansiosos; y sus voces se mezclaban con el ruido de la lluvia que caía sobre el tejado. Permanecí en la puerta, sin que nadie advirtiera mis esplendorosos bordados.

Finalmente, el chambelán me vio. Se acercó deprisa, y dejó caer su vara ceremonial. La recogió después de buscarla donde no estaba, me saludó de modo poco formal y balbuceó:

—Lo siento, embajador. Debes de creer que somos salvajes. Pero es que ha ocurrido algo que… Por favor. Ven conmigo. Llama también a tu comitiva.

Fuimos conducidos a una pequeña habitación situada justamente al lado de la antecámara. No cerraron la puerta; dieron un portazo. Caraka y yo nos miramos. La lluvia sobre el techado era tan violenta que apenas oímos lo que seguramente habían sido mil voces gritando al unísono:

—¡Larga vida al rey!

Caraka susurró:

—¿Qué rey?

Abrí las manos. Estaba preparado para negociar con Pasenadi o con Virudhaka. Mi único temor era que estallara la guerra entre Magadha y Koshala antes de que Darío pudiera aprovechar la situación.

De repente, un caracol resonó tres veces. Como ésta es la llamada tradicional al combate, me alarmé por primera vez. ¿Había sido derrocada la casa real? ¿Había soldados enemigos en palacio? El chambelán apareció sin aliento, como si hubiese estado corriendo.

—El rey está en el trono —dijo—. Por aquí, embajador.

Nos empujaron a la cámara de audiencias, donde una figura rutilante estaba sentada sobre el trono de plata. En una mano tenía una espada; en la otra, un cetro de marfil.

El chambelán anunció la llegada de la embajada del Gran Rey de Persia. Escoltado por los ujieres, me dirigí hacia el trono, cuyo ocupante, lleno de brillo, en nada se parecía al tenue monje que había encontrado al llegar a Shravasti. Sólo

después de saludar al soberano comprendí que ese duro y enjoyado monarca era verdaderamente Pasenadi. Su cara estaba tan cuidadosamente pintada y carente de expresión como la de cualquier dios védico. No había la menor huella del sonriente sacerdote que había visto junto a Sariputra.

Con fría formalidad, el rey dijo:

—Esperamos tener buenas relaciones con nuestro hermano de Persia. —La voz era vigorosa, clara, sin emoción—. Nos esforzaremos por conseguirlo. Le enviamos nuestra bendición fraternal. Nosotros…

Pasenadi se interrumpió. Parecía haber olvidado lo que quería decir. Hubo un largo momento de confusión mientras mirábamos al rey, que miraba, por encima de nosotros, hacia la puerta. Aunque oí pasos detrás de mí, no me atreví a volverle la espalda al rey. Luego Virudhaka avanzó hasta más allá de donde yo me encontraba; chorreaba lluvia. Al pie del trono hizo un saludo filial, y dijo, en voz que sólo el rey y yo pudimos escuchar:

—Es verdad.

Pasenadi depositó el cetro en el suelo. Se puso de pie. Alzó la espada con las dos manos, como si fuera la antorcha que iluminaba un sangriento camino.

—Acabamos de saber que nuestro querido hermano, el rey Bimbisara, ha sido depuesto por su hijo, el príncipe Ajatashatru, quien solicita nuestra bendición. No se la concedemos. Maldito es el hijo que alza su mano contra quien lo engendró. Maldita sea la tierra cuyo soberano usurpa el lugar de su padre. Maldito sea Ajatashatru.

Con notable agilidad, el anciano descendió los escalones hasta el suelo, y el rey, el príncipe y los consejeros del estado abandonaron la habitación entre el revuelo de sus vestiduras. Luego el chambelán nos hizo salir a toda prisa. Era evidente que las ceremonias formales de la corte de Shravasti no se cumplían debidamente. Nadie recibió los presentes del Gran Rey. Caraka se sentía particularmente frustrado; después de todo, habíamos atravesado medio mundo con aquellos cofres y tapices.

—Es lamentable —dijo— que los regalos del Gran Rey sean menospreciados.

—La guerra es lo primero —respondí, con la sagacidad del estadista—. Pero como no se puede pelear hasta que llegue la estación seca, seguramente veremos pronto al rey.

Sin embargo, no vimos al rey ni al príncipe durante dos meses. A pesar de las lluvias, todos los días llegaban a la corte delegaciones de todos los puntos del reino. El consejo privado estaba constantemente reunido. La calle de los herreros estaba cerrada para todo el mundo, excepto los espías, y fue en calidad de espía que Caraka penetró en ella.

—Espadas, lanzas, armaduras —dijo—. Trabajan de día y de noche.

La guerra, evidentemente, era lo primero.

Fue el príncipe Jeta quien me contó lo ocurrido en Rajagriha. En una reunión del consejo, Ajatashatru había pedido permiso para cruzar el Ganges y atacar a la federación de repúblicas. Aunque Bimbisara reconoció que la federación no podía resistir el empuje de los ejércitos de Magadha, objetó que la tarea posterior de gobernar esos belicosos estados no valía la pena de una guerra. Y además, ¿no era él, acaso, el monarca universal? Tomaba con seriedad el sacrificio del caballo. Con demasiada seriedad, como se comprobó. Unos pocos días más tarde, sin consultar a su

padre, Ajatashatru exigió, en nombre de su madre, el dominio de Varanasi. Bimbisara se enfureció. Dijo que Varanasi formaba parte de Koshala, y despidió al consejo.

Al día siguiente, poco después de la puesta del sol, la guardia personal de Ajatashatru entró en el palacio real y arrestó al rey. El movimiento fue tan fulminante como inesperado, y no hubo resistencia.

—Bimbisara está ahora prisionero en el Pico del Buitre, una torre de la ciudad vieja. —El príncipe Jeta no demostraba sorpresa ni dolor. Conocía el mundo—. Se dice que nadie ha podido huir del Pico del Buitre.

—¿Qué ocurrirá?

—Mi yerno, tu suegro, es un hombre duro y determinado que al parecer quiere la guerra. Si eso quiere, habrá guerra.

Estábamos sentados en la galería interior, en la casa del príncipe Jeta. Justamente enfrente, una hilera de plátanos temblaba al viento con olor a lluvia.

—Nunca lo hubiera creído —respondí—. Ajatashatru siempre… lloraba con tanta facilidad…

—Representaba un papel. Ahora será él mismo.

—No. Simplemente representará otro papel, sin esas lágrimas, o incluso con ellas. En una corte, la mayor parte de la vida —agregué, con certidumbre brahmánica— se pasa en ponerse y quitarse máscaras.

El príncipe, divertido, dijo:

—Pareces uno de nosotros. Sólo que nosotros cambiamos de existencia, y no de máscara.

—Pero no tenéis memoria de las vidas anteriores, como los cortesanos.

—El Buda sí. Él puede recordar cada una de sus encarnaciones anteriores.

—Como Pitágoras.

Jeta ignoró esa mención incomprensible.

—Pero el Buda dijo en cierta oportunidad que si realmente tuviera que tomarse el trabajo de recordar todas sus reencarnaciones no le quedaría tiempo para vivir esta existencia, la más importante, puesto que es la última.

Sopló una brusca ráfaga. Se desgajaron algunos racimos de plátanos verdes ante nosotros. Llovía.

—Bimbisara me dijo que esperaba convertirse en monje antes de que pasara un año.

—Roguemos por que se lo permitan.

Durante un rato miramos la lluvia.

—Ajatashatru deseaba que yo pusiera en guardia a Pasenadi contra su propio hijo —dije finalmente—. Qué curioso.

—¡Pero qué sagaz! Mientras buscábamos una conspiración en Shravasti, él desarrollaba una en Rajagriha.

—¿Y por qué se tomó el trabajo de inducirme a error?

—Para que no pudieras seguirle el rastro. Más tarde o más temprano, tendrá que vérselas con Persia. —El príncipe Jeta me dirigió una mirada extraña—. Todos tendremos que hacerlo. Es evidente desde que tu rey se apoderó de uno de nuestros países más ricos.

—No se apoderó, príncipe. Los gobernantes del valle del Indo pidieron al Gran

Rey que el territorio fuera incluido en su imperio.

—Perdón. No tengo el menor tacto. —El príncipe Jeta sonrió—. Además, Ajatashatru quiere sembrar la discordia en Koshala de todas las maneras posibles. Lo que no se puede capturar desde afuera, debe ser adquirido mediante la división en el interior. Por eso intenta volver al hijo contra el padre.

—¿Es posible?

—No es necesario. Pasenadi desea ser al mismo tiempo rey y arhat. Eso no es posible. Virudhaka no está… satisfecho. ¿Quién podría censurarlo?

Varios días más tarde, Caraka me trajo un mensaje personal de Ajatashatru. Estaba escrito en un pergamino con tinta roja, un color adecuado. Juntos desciframos la difícil escritura. Lo principal era esto: «Estás, como siempre, cerca de nuestro corazón. Te queremos como si fueras nuestro propio hijo. Por eso llorarás, como lo hago yo, la muerte de mi padre, el monarca universal Bimbisara, en el septuagésimo octavo año de su vida, y el quincuagésimo primero de su reinado. La corte estará de duelo hasta el fin de la estación de las lluvias. Esperamos que nuestro querido hijo, Ciro Espitama, asista entonces a nuestra coronación».

Ninguna referencia a la forma en que había muerto Bimbisara, como era natural. Algunos días después supimos que Ajatashatru había estrangulado personalmente a su padre con el cordón de seda que recomienda el protocolo indio para el caso de un soberano depuesto.

Pasé varias semanas de inquietud en los húmedos jardines del palacio de Pasenadi. Ni el rey ni el príncipe me llamaron. No se recibió ningún mensaje de Susa. Tampoco de Taxila, de la caravana. Finalmente, la llegada del príncipe Jeta y del monje Sariputra interrumpió mi aislamiento. Aparecieron, sin anuncio previo, en la galería. Les ayudé a retorcer sus ropas.

—Encontré por casualidad a Sariputra en el jardín —dijo el príncipe—, y le dije que te agradaría mucho conversar con él.

Excusé su mentira. Estaba desesperado por tener compañía, así fuera la de un arhat budista con las encías negras.

Mientras Caraka pedía vino, Sariputra se sentó en el suelo y el príncipe en un cojín. Yo me encaramé en un taburete.

El anciano me dirigió lo que yo interpreté como una sonrisa.

—Querido —dijo, y se interrumpió.

—Quizá te gustaría hacerle preguntas. —El príncipe Jeta me miró expectante.

—O quizá —dije insidiosamente, recordando mi propia misión espiritual— a él le agradaría interrogarme.

—Se sabe que el Buda hace a veces preguntas —dijo con cautela el príncipe—. Y también Sariputra.

—Sí. —En el aspecto infatigablemente bondadoso del anciano había algo que me recordaba a un bebé bien alimentado. Sin embargo, su mirada era tan firme y fría como la de una serpiente.

—¿Te gustan los juegos, hijo mío?

—No —respondí—. ¿Y a ti?

—Los juegos eternos, sí. —Sariputra se echó a reír, solo.

—¿Por qué razón no tienes interés en el Sabio Señor ni en su profeta

Zoroastro? —pregunté.

—Todas las cosas tienen interés, hijo mío. Y como a ti te importa hablarme de tu Sabio Señor, debes hacerlo. Ahora mismo. La Verdad no puede esperar, como dicen. No sé por qué. Todo lo demás puede esperar. Pero habla.

Lo hice.

Cuando terminé, Sariputra le dijo al príncipe:

—Este Sabio Señor se parece mucho a Brahma tratando de disfrazarse de persa. ¡Ah, estos dioses! Cambian de nombre de un país a otro, creyendo que no vamos a caer en la cuenta. Y siempre los descubrimos. No nos pueden engañar, ¿no es verdad? Ni escapar de nosotros. ¡Pero Brahma! Es el más ambicioso de todos. Se considera el creador, imaginaos. Tendríais que haberlo escuchado la primera vez que se acercó al Buda. No, no fue la primera: la segunda. La primera le pidió al Buda que pusiera en marcha la rueda de la doctrina. Brahma es muy insistente, muy persuasivo. Él sabe que debe renacer como ser humano antes de llegar al nirvana; y cuando lo haga, sólo podrá alcanzar el nirvana por medio del Buda. No es ningún tonto, ¿sabéis? Aunque lo parece. De todos modos, el Buda se dejó convencer porque Brahma es el mejor de los dioses, lo que no es decir mucho, ¿verdad? De modo que el Buda aceptó —eso fue después de su primera visita— poner la rueda en movimiento, un gran sacrificio para el Buda, puesto que él ya ha llegado al nirvana y no está allí, ni aquí, ni en ninguna parte. Y el pobre Brahma sí.

»Luego, Brahma regresó por segunda vez. Fue en Rajagriha. Debemos preguntarle a Ananda exactamente cuándo y dónde: lo recuerda todo, por trivial que sea. Todo esto ocurrió antes de mi época. Entonces, Brahma le dijo al Buda: «Soy Brahma. Soy el gran Brahma, el rey de los dioses. No he sido creado. He creado el mundo. Soy el amo del mundo. Puedo crear, alterar y originar. Soy el padre de todas las cosas». Ahora bien: todos sabemos que eso era un disparate. Pero el Buda siempre es cortés. Y también sublime. «Si existes, Brahma», dijo muy amablemente, «has sido creado. Si has sido creado, evolucionarás. Si evolucionas, tu finalidad debe ser la liberación del fuego y el flujo de la creación. Por lo tanto, debes convertirte en lo que yo soy ahora. Debes dar el último paso del óctuple camino. Debes cesar de evolucionar y de ser».

—¿Y qué respondió Brahma? —Nunca, antes ni después, he oído una blasfemia semejante.

—Ah, se turbó muchísimo. ¿Acaso tú no te turbarías? Quiero decir, que estaba allí, exactamente como tu Sabio Señor, muy pagado de sí y de su poder. Pero si era todopoderoso, entonces era perfectamente capaz de no ser, un estado que anhela y no puede alcanzar. Y por eso pedía al Buda que pusiera en movimiento la rueda de la doctrina.

—¿Estás absolutamente seguro de que era el Sabio… quiero decir, Brahma, quien hablaba con el Buda?

—Naturalmente que no. Todo esto es un sueño, querido, y en los sueños algunas cosas tienen menos sentido que otras. Es decir, todo depende de lo que ocurre cuando sueñas, ¿no es verdad?

Confesaré que yo mismo tenía la sensación de estar soñando o volviéndome loco.

—Zoroastro oyó verdaderamente la voz del Sabio Señor —empecé—, así como Brahma oyó las respuestas del Buda.

Sariputra asintió de modo alentador, como si un escolar torpe hubiese logrado sumar uno más uno.

—Debo decir, por motivos de respeto, que Zoroastro oyó las respuestas del Sabio Señor, y no lo contrario.

—Y yo digo lo contrario, por respeto al Buda. Sólo hay un Buda en un momento dado.

—Y sólo un Sabio Señor.

—Excepto cuando llega furtivamente a la India y trata de pasar por Brahma. Y de todos modos, no es el único dios. Es el más engreído.

Mantuve mi rígida máscara de cortesano lo mejor que pude.

—¿Niegas que el Sabio Señor sea el único creador de todas las cosas?

—Por supuesto, querido. Y tú también. —Entonces, aquel hombre malévolo repitió lo que yo había canturreado; el más sagrado de nuestros textos—: «Ahura Mazda, antes del acto de la creación, no era el Sabio Señor. Después del acto de la creación, se convirtió en el Sabio Señor, sagaz, libre de toda adversidad, ansioso de todo crecimiento…» —He olvidado el resto de los atributos, que tan amablemente nos has recitado. Mi memoria ya no es como era antes.

Sombríamente, continué:

—… generoso, dispensador del orden, capaz de percibirlo todo.

—Sí, sí. «Y con su clara visión, Ahura Mazda vio que el espíritu destructivo no cesaría jamás en su agresión…» Y entonces hizo una trampa para el espíritu destructivo; inventó el tiempo del largo dominio dentro del tiempo infinito. Oh, querido, es tan complicado todo esto… Para comenzar, ¿por qué creó el espíritu destructivo? ¿Qué sentido tenía? Y una vez creado, ¿por qué debía preocuparse tanto por derrotar su propia obra? Eso no demuestra mucha sagacidad, ¿no es cierto? Y además, insistir en que la humanidad, otra de sus invenciones, combatiera constantemente contra su primera creación… Eso no tiene nada de amable.

—El mal no es amable, Sariputra. Y así como existe el bien, existe también el mal; y la batalla entre ambos continuará hasta que triunfe el bien, al final del tiempo del largo dominio.

—Pero si el bien debe triunfar, ¿para qué la batalla?

—Porque ésa es la voluntad del Sabio Señor. Él sacó de sí mismo, simultáneamente, todas las almas humanas. Y esos espíritus eternos están con él hasta que se ven obligados a adoptar la forma humana. Y entonces hacen una elección. Siguen a la Verdad o a la Mentira. Si siguen a la Verdad, ganarán méritos. Si es a la Mentira…

—Sí, hijo querido. Aunque mi cerebro es lento, ha captado el concepto. Pero ¿por qué hacer sufrir tanto a todos?

—¿De qué otro modo se podría derrotar el mal?

—Eliminando primero el mundo y después el yo. O, si lo prefieres, y puedes, primero el yo y después el mundo.

—El mundo existe. El yo existe. El mal existe. El bien existe. La lucha es inevitable. Ha sido ordenada.

—Entonces, es mejor no existir, ¿verdad? Eso se puede lograr si se sigue el óctuple camino.

El anciano era aún más irritante que el peor de nuestros sofistas locales.

—Todas las cosas luchan… —empecé.

—Excepto las que no luchan —terminó—. Pero tu Sabio Señor, exactamente como nuestro orgulloso, y más bien tramposo, Brahma, está tan en las tinieblas como el resto de sus criaturas. No tiene idea de a dónde va, así como ignora de dónde viene.

—El Sabio Señor sabe que atrapará y destruirá al malvado Arimán en el tiempo del largo dominio. Cuando lo haga, todas las almas se salvarán.

—Eso es lo que él dice. Pero también él evoluciona. Hubo un tiempo en que no existía. Después, existió. Ahora existe. Y más adelante, ¿existirá?

—Antes del Sabio Señor, existía el Sabio Señor.

—¿Y antes aún? Él dice, si lo has citado correctamente, «Antes de la obra de la creación, yo no era el señor». Y si él no, ¿quién lo era? ¿Y de dónde vino ese creador?

—El tiempo…

—Ah, el tiempo. ¿Y de dónde vino el tiempo?

—El tiempo era. Es. Será.

—Tal vez. Tal vez no. Te estoy hablando, hijo querido, de las primeras cosas porque te interesan. A nosotros no nos interesan. No tenemos curiosidad acerca del origen de las cosas, de la creación. No tenemos manera de saber qué estaba primero, o si hubo alguna vez una cosa que fuera la primera en el tiempo o en el espacio, o fuera del tiempo y del espacio. Todo es lo mismo. Los dioses, los hombres, los fantasmas, los animales, los peces… Todo es manifestación de una creación donde el dolor es constante, porque todo se agita y nada se mantiene igual. ¿No es verdad esto?

—Sólo hay una fuente…

Pero Sariputra no me escuchaba.

—Lo primero que hago con nuestros novicios es llevarlos al cementerio. Les muestro los cuerpos en descomposición. Estudiamos la vida nueva que brota de los muertos. Miramos los gusanos que ponen sus huevos en la carne putrefacta. Los huevos se abren y aparece una nueva generación de gusanos que se alimentan a su gusto hasta que en el tiempo de un dominio muy, muy corto, querido, sólo quedan los huesos. Entonces los pobres gusanos se quedan sin alimento y mueren. Y del polvo que dejan surgen plantas, insectos, invisibles núcleos de vida, y la cadena continúa y continúa… ¿Y quién no querría romper esa dolorosa cadena, si pudiera?

—La cadena se rompe cuando el Sabio Señor triunfa y todo es luz.

—Reconozco que eso se parece mucho a las palabras de Brahma. Pero como él mismo admite, es decir, cuando no dice mentiras, él mismo no tiene idea de cómo terminarán las cosas, ni sabe cómo él mismo ha comenzado. Está, como todos nosotros, en medio del río. Naturalmente, su río es más ancho; pero el principio de todos los ríos es el mismo. Como tú has cantado tan bien… No, no, hermosamente, de veras, «el tiempo es más poderoso que ambas creaciones, la creación del Sabio Señor y la del espíritu destructivo». Para nosotros, hijo, el tiempo es sólo parte de un sueño del que es preciso despertar para ser iluminado.

—¿Y extinguido?

—¡Has aprendido la lección, Ciro Espitama! —Aquella malvada criatura me

aplaudió.

Aunque no hubiese sido posible defender inteligentemente uno sólo de los argumentos de Sariputra, recordé la orden de Darío. Yo debía aprender tanto como enseñar; o, para ponerlo de otra manera, no se puede enseñar sin saber primero qué creen en verdad los demás. En aquella época yo no dudaba de mi misión, que consistía en conducir a todos los hombres hacia la Verdad. Pero al mismo tiempo, sentía profunda curiosidad acerca del origen, si lo hay, de la creación. Y para mi embarazo, Sariputra había señalado un curioso fallo en la percepción zoroastriana de la divinidad. Sí, Demócrito: también tú has advertido esa omisión. Pero eso es porque sólo te interesa lo material. A nosotros nos interesa lo sagrado.

Acepto que nunca ha estado claro cómo, cuándo ni por qué el Sabio Señor nació del tiempo infinito, que no puede ser comprendido en sí mismo, puesto que lo infinito es, por definición, no sólo aquello que no es todavía, sino lo que no será nunca todavía. Pero hasta que conocí a los budistas, no creía posible que pudiera existir una religión, una filosofía, o una visión del mundo de cierta complejidad, sin alguna teoría de la creación, por imprecisa que fuera. Por ahí teníamos una secta, una orden, una religión que había cautivado la imaginación de dos poderosos reyes y de muchos hombres sabios, sin ocuparse nunca seriamente de la única pregunta esencial: ¿cómo empezó el cosmos?

Y lo que era peor: los budistas consideraban a todos los dioses con el mismo amable desdén de los atenienses educados. Pero los atenienses temen ser perseguidos por la opinión pública, en tanto que los budistas son indiferentes a las supersticiones de los brahmanes. Ni siquiera se preocupan por convertir a los dioses en demonios, como hacia Zoroastro. Los budistas aceptan el mundo tal como es, y tratan de eliminarlo.

Y mientras tanto, en el ahora y aquí, sugieren que probablemente lo mejor para el budista laico y corriente sea ser amistoso, alegre, compasivo y sereno. En cambio, los miembros de la orden no sólo deben abandonar las penas de este mundo, sino también sus alegrías.

—Después de estudiar los cadáveres en descomposición, recuerdo a los novicios hasta qué punto es desagradable el cuerpo viviente. Como muchos de ellos son jóvenes, se sienten atraídos por las mujeres, lo cual, naturalmente, los apega a la cadena del ser. Entonces les explico que el cuerpo de la mujer más hermosa es como una herida, con nueve aberturas repulsivas, y que está cubierto en toda su superficie por una piel viscosa que…

—Aunque mi cerebro es lento, he comprendido el concepto —dije, igualando un poco nuestra puntuación.

—Querido, si es así, estás haciendo girar por tu propio esfuerzo la rueda de la doctrina. ¡Qué inteligente es este hijo! —Sariputra miró al príncipe Jeta. Aunque la cara del monje sonreía, sus ojos eran duros y fijos como los de un loro. Era un personaje desconcertante.

—Creo —dijo el príncipe Jeta— que ha llegado el momento de que nuestro amigo conozca al Buda.

—¿Por qué no?

Demócrito quiere saber exactamente quién era el Buda y de dónde venia.

Probablemente sea imposible responder a la primera pregunta. Muchas veces traté de averiguarlo cuando estaba en la India, y recibí una increíble variedad de respuestas. Los indios no tienen nuestro interés por los hechos; su sentido del tiempo es diferente, y su idea de la realidad se basa en el profundo sentimiento de que el mundo no importa porque consiste únicamente en materia cambiante. Creen que están soñando.

Esto es lo que pienso acerca del Buda. Cuando lo conocí, hace más de medio siglo, tenía setenta y dos o setenta y tres años. Había nacido en la república Sakya, situada el pie de la cordillera del Himalaya. Provenía de una familia de guerreros, los Gautama. Recibió, al nacer, el nombre de Sidarta. Se educó en la ciudad de Kapilavastu, la capital. En cierta oportunidad, el padre de Sidarta desempeñó un alto cargo en la república, si bien no fue un rey, como pretenden todavía algunos esnobs de Shravasti y de Rajagriha.

Sidarta se casó. Tuvo un hijo, Rahula —nombre que significa nexo o unión—. Sospecho que ese hijo debe haber vivido bajo otro nombre, pero nunca pude saber cuál. Ciertamente, debe de haber sido un nexo con ese mundo que el Buda eliminó para sí.

A los veintinueve años, Sidarta se embarcó en lo que él mismo dio en llamar la noble búsqueda. Como era agudamente consciente de que «era posible que volviera a nacer, por causa del yo, y conocía el peligro que corre todo lo que nace, buscó la máxima protección contra las ataduras de este mundo: el nirvana».

La búsqueda de Sidarta duró siete años. Vivía en el bosque. Mortificaba su carne. Meditaba. A su tiempo, por sus propias fuerzas, o simplemente porque había evolucionado durante sus encarnaciones anteriores, descubrió no sólo la causa del dolor, sino la forma de curarlo. Vio todo lo que había sido y todo lo que será. En un combate mágico derrotó al dios maligno Mara, señor de este mundo.

Sidarta se convirtió en el iluminado, en el Buda. Como no sólo había eliminado su propio yo, sino también el mundo tangible, era superior a los dioses. Ellos continuaban su evolución, y él no. Ellos continuaban existiendo dentro de un mundo que él había disuelto por completo. Como la iluminación es un fin en sí misma, el fin esencial, ese mundo retornó a él, por así decirlo, cuando el gran dios Brahma descendió del cielo y le pidió que mostrara a otros el camino. Al Buda no le interesaba. ¿Para qué hablar —dijo— de lo que no se podía describir? Pero Brahma se mostró tan insistente que el Buda aceptó ir a Varanasi y poner en marcha la rueda de la doctrina. Explicó las cuatro verdades y reveló el óctuple camino. Y al mismo tiempo, paradójicamente, todo esto carecía —carece— de sentido, porque había abolido este mundo, y también todos los demás mundos.

«Todo lo que está sujeto a causas —ha dicho el Buda— es como un espejismo.» Para él, la personalidad humana es como una pesadilla, algo de que es preciso liberarse, preferiblemente andando hacia… ¿la nada? No puedo seguir al Buda más allá de cierto punto. Es natural: él es un iluminado y yo no lo soy.

En todos los sentidos, la enseñanza del Buda se opone a la del Sabio Señor. Para los budistas y los jain, el mundo desgasta. Por lo tanto, la meta de los sabios es la extinción. Para Zoroastro, cada hombre debe trazar su camino hacia la Verdad o la Mentira, y en la eternidad será juzgado por lo que hizo o no hizo en el curso de una sola vida. Finalmente, después de un tiempo en el cielo o en el infierno, todas las almas humanas compartirán la victoria del Sabio Señor sobre Arimán, y todos alcanzaremos un estado perfecto que no se diferencia mucho del sunyata, o vacío brillante, de los

budistas, si se puede traducir así una palabra que explica con tanta precisión lo inexplicable.

Para los indios, todas las criaturas están sometidas a constantes reencarnaciones. El premio y el castigo en cualquier vida son resultado de las acciones previas anteriores. Uno está totalmente sujeto al propio karma, o destino. Para nosotros, hay sufrimiento o alegría en el tiempo del largo dominio y, finalmente, se producirá la unión con Ahura Mazda en el tiempo eterno. Para ellos, hay infinitas muertes y renacimientos, solamente interrumpidos por unos pocos, mediante el nirvana, que no es nada, y el sunyata, que es lo que es si es.

Demócrito piensa que estas dos actitudes no están tan alejadas entre sí. Yo sé que son totalmente diferentes. Desde luego, hay algo luminoso, aunque huidizo, en la concepción budista del sunyata; y sé que cuanto más pienso en sus verdades, más me veo tratando de coger con las manos torpes una de esas veloces anguilas que ondulan por la noche en los cálidos mares del sur, irradiando una luz fría. En el corazón del sistema budista hay un espacio vacío que no es solamente el ansiado nirvana. Es el perfecto ateísmo.

Por lo que sé, el Buda jamás habló de ningún dios sino de modo informal. No negaba su existencia, simplemente la ignoraba. Pero, a pesar de su formidable soberbia, nunca se instaló en el lugar de los dioses, porque, cuando puso en marcha la rueda de su doctrina, él mismo había dejado de ser, lo cual constituye la última etapa de la evolución. Y mientras aún habitaba la carne de Gautama, permitía que otros crearan el sangha y aliviaran a los pocos elegidos, en parte, el dolor de la vida.

Al comienzo, únicamente se admitían hombres en la orden. Luego Ananda indujo al Buda a recibir también mujeres: vivirían en sus propias comunidades, y seguirían el óctuple camino. Aunque el Buda no se opuso, hizo una broma muy citada por los misóginos: «Si la orden sólo tuviera hombres, Ananda, duraría mil años. Ahora que hay también mujeres, no pasará de quinientos años». Sospecho que era demasiado optimista en ambos casos.

Hacia el fin de la estación lluviosa acompañé al príncipe Jeta al parque, el mismo que él podía o no haber hecho comprar por el mercader Anatapindika para uso del Buda. Vivían allí un millar de monjes, discípulos, admiradores. Muchos ascetas dormían al aire libre; los peregrinos estaban instalados en casas de huéspedes, y los miembros de la orden en un gran edificio con techado de paja.

No muy lejos de este monasterio; se había construido una cabaña de madera sobre una plataforma baja. Allí se encontraba el Buda, sentado sobre una estera. Como la cabaña no tenía paredes, estaba a la vista de todo el mundo.

Sariputra nos dio la bienvenida al monasterio. Se movía como un muchacho, con paso leve y saltarín. No tenía sombrilla: aparentemente la cálida lluvia jamás le molestaba.

—Tienes suerte. Tathagata siente deseos de hablar. Nos alegramos mucho por ti. Desde la luna llena ha guardado silencio, hasta hoy. —Sariputra me dio una palmada en el brazo—. Le he dicho quien eres.

Si esperaba que le preguntara si el Buda había dicho algo acerca del embajador de Persia, habrá sufrido una decepción. Dije, ceremoniosamente:

—Espero con ansiedad nuestro encuentro. —Utilicé la palabra «upanishad»,

que no sólo significa encuentro, sino también discusión seria sobre temas espirituales.

Sariputra nos escoltó, al príncipe Jeta y a mí, hasta el pabellón, construido sobre una plataforma a la que se subía por ocho bajos escalones. ¿Uno por cada parte del óctuple camino? En el primer escalón, un amarillo alto y fornido recibió a Sariputra, que nos presento.

—Éste es Fan Ch'ih —dijo Sariputra—. Ha venido desde Catay para aprender del Buda.

—Es imposible no aprender del Buda. —Fan Ch'ih hablaba el dialecto de Koshala aun mejor que yo, aunque con peor acento.

Como Fan Ch'ih y yo terminaríamos por ser íntimos amigos, sólo diré aquí que no había ido a la India para recibir las enseñanzas del Buda; una pequeña nación del sudeste de Catay lo había enviado en misión comercial. Me dijo luego que había acudido al parque aquel día para conocer al embajador persa. Estaba tan fascinado por Persia como yo por Catay.

Seguimos a Sariputra hasta el pabellón, donde todos los que estaban sentados se pusieron de pie para saludarnos, excepto el Buda, que continuó en su esterilla. Pude ver por qué lo llamaban el hombre de oro: era tan amarillo como los nativos de Catay. No era ario, ni tampoco dravidiano. Evidentemente, alguna tribu de Catay había atravesado el Himalaya, generando el clan de los Gautama.

El Buda era pequeño, delgado, flexible. Estaba muy erguido, con las piernas cruzadas bajo el tronco. Los ojos oblicuos eran tan estrechos que nadie hubiera podido decir si estaban abiertos o cerrados. Alguien ha dicho que los ojos del Buda son tan luminosos como el cielo nocturno en verano. No lo sé. Jamás los he visto. Las cejas, claras y arqueadas, se unían de tal modo que un mechón de pelo brotaba en la juntura. En la India, esto se considera una señal de divinidad.

El anciano tenía piel arrugada, pero resplandeciente de salud, y su cráneo afeitado brillaba como alabastro amarillo. El aroma de sándalo que exhalaba me parecía bastante poco ascético. Durante el tiempo que estuve con él, apenas movió la cabeza o el cuerpo. De vez en cuando hacía un gesto con la mano derecha. Su voz era grave y de timbre agradable y parecía no exigirle aliento. En realidad, por alguna razón misteriosa, no parecía respirar en absoluto.

Me incliné profundamente. Me indicó que me sentara. Pronuncié un discurso preparado de antemano. Cuando terminé, el Buda sonrió. Eso fue todo. No se molestó en responder. Fue un momento de incomodidad.

Entonces, un hombre joven preguntó de pronto:

—Oh, Tathagata, ¿crees que el mundo es eterno y que toda otra idea es falsa?

—No, hijo, no creo que el mundo sea eterno y toda otra idea sea falsa.

—Entonces, ¿crees que el mundo no es eterno y que toda otra idea es falsa?

—No, hijo; no creo que el mundo no es eterno y que toda otra idea es falsa.

Luego el joven preguntó a Buda si el cosmos era finito o infinito; si el cuerpo era o no similar al alma; si un santo existía o no después de la muerte, y otras cosas por el estilo. A cada pregunta; Buda oponía la misma respuesta o no respuesta que había dado a la pregunta sobre la eternidad del mundo. Finalmente el joven pregunto:

—Entonces, ¿qué objeción halla Tathagata a cada una de estas teorías para no aceptar ninguna de ellas?

—La teoría de que el mundo es eterno, hijo, es una jungla, un desierto, una comedia de títeres, una angustia, y una cadena atada para siempre a la miseria, el dolor, la desesperación y la agonía: esa idea no contribuye al retiro, la ausencia del deseo, el abandono, la quietud, el conocimiento, la suprema sabiduría y el nirvana.

—¿Ésa es la respuesta de Tathagata a todas las preguntas?

El Buda asintió.

—Esa es la objeción que hallo a esas teorías aparentemente contradictorias, y es por eso que no he adoptado ninguna de ellas.

Hubo una pausa. Debo confesar que la sangre ardía de repente en mis mejillas, y me sentía como febril. Deseaba desesperadamente conocer la respuesta, o la no respuesta.

—El Buda está libre de todas las teorías. —La voz era suave. Los ojos parecían fijos, no en nosotros, sino en el mundo o no mundo que era imposible comprender—. Hay cosas que sé, por supuesto. Conozco la naturaleza de la materia. Sé cómo llegan a ser las cosas y cómo perecen. Conozco la naturaleza de la sensación. Sé cómo llega la sensación, y cómo desaparece. Sé cómo son el principio y el fin de la percepción. Cómo surge la conciencia, sólo para detenerse. Porque sé estas cosas, he logrado liberarme de toda atadura. El yo se ha ido, ha sido descartado, abandonado.

—Pero Tathagata, tú… un sacerdote que se encuentra en un estado como el tuyo, ¿ha renacido?

—Decir que ha renacido no es exacto.

—¿Significa eso que no ha renacido?

—Tampoco eso es exacto.

—Entonces, ¿al mismo tiempo ha renacido y no ha renacido?

—No. La simultaneidad no es una respuesta adecuada.

—Estoy confundido, Tathagata. O una cosa, o la otra, o ambas a la vez, pero…

—Está bien, hijo. Estás confundido porque muchas veces no es posible ver lo que se tiene al frente por mirar en la dirección equivocada. Permíteme que te haga una pregunta. Si hubiese un fuego ardiendo delante de ti, ¿lo advertirías?

—Sí, Tathagata.

—Si se apagara, ¿lo advertirías?

—Sí, Tathagata.

—Entonces, cuando el fuego se apaga, ¿a dónde va? ¿Hacia el este, el oeste, el norte o el sur?

—Pero esa pregunta no tiene sentido, Tathagata. Cuando un fuego se apaga por falta de combustible, pues… se acaba, se extingue.

—Has contestado a tu propia pregunta sobre si un hombre santo ha renacido o no. Esa pregunta no tiene sentido. Como el fuego que se extingue por falta de combustible que quemar, se acaba, se extingue.

—Ah —dijo el joven—, comprendo.

—Quizá comiences a comprender.

El Buda miró en mi dirección. No puedo decir que en ningún momento me mirara.

—Muchas veces hemos tenido esta discusión —dijo—. Siempre empleo la imagen del fuego porque parece fácil de entender.

Hubo un largo silencio.

Bruscamente, Sariputra anuncio:

—Todo lo que está sometido a causas es un espejismo. —Se creó otro silencio. Para ese momento, yo había olvidado las preguntas que me proponía formular. Como ese fuego proverbial, mi mente se había apagado.

El príncipe Jeta habló por mí.

—Tathagata, el embajador del Gran Rey de Persia siente curiosidad por saber cómo ha sido creado el mundo.

El Buda volvió hacia mí sus extraños ojos ciegos. Sonrió.

—Tal vez —dijo— quieras decírmelo tú. —Sus dientes eran amarillentos, estaban manchados, y recordaban, de modo desconcertante, unos colmillos.

No sé qué dije. Supongo que describí la creación simultánea del bien y del mal. Que repetí las doctrinas de mi abuelo. Observaba esos ojos estrechos apuntados —no puedo usar otra expresión— hacia mí.

Cuando terminé, el Buda dio una respuesta cortés.

—Como nadie puede saber con seguridad si su idea de la creación es correcta, también es absolutamente imposible saber si la de otra persona es equivocada.

Así dejó de lado el único tema importante que existe.

El silencio siguiente fue el más largo. Escuché el ruido de la lluvia sobre el techado de paja, el viento en los árboles, el canturreo de los monjes en el monasterio cercano.

Finalmente, recordé una de las muchas preguntas que había previsto.

—Dime, Buda, si la vida de este mundo es un mal, ¿para qué existe el mundo?

El Buda me miró. Creo que en aquel momento pudo verme, aunque la luz era tan verde y opaca como la de una laguna cuando uno abre los ojos bajo la superficie.

—El mundo está lleno de dolor, sufrimiento y mal. Ésa es la primera verdad —dijo—. Si comprendes esta primera verdad, las demás serán evidentes. Si sigues el óctuple camino…

—… el nirvana podrá o no extinguir el yo. —Algunos abrieron levemente la boca, asombrados: había interrumpido al Buda. Con todo, persistí en mi actitud áspera—. Pero mi pregunta es ésta: ¿Quién o qué ha creado un mundo cuyo único sentido, para ti, es que causa dolor porque sí?

El Buda se mostró bondadoso.

—Hijo mío, imagina que hayas luchado en un combate. Has sido herido por una flecha envenenada. Sufres. Tienes fiebre. Temes a la muerte, y a la próxima encarnación. Yo estoy cerca. Soy un hábil cirujano. Vienes a mí. ¿Qué me pides que haga?

—Que me quites la flecha.

—¿De inmediato?

—De inmediato.

—¿No quieres saber qué arco lanzó esa flecha?

—Tendría curiosidad, por supuesto. —Vi en qué dirección iba.

—¿Acaso querrías saber si el arquero era alto o bajo, un guerrero o un esclavo, hermoso o feo, antes de que te quitara la flecha?

—No, pero…

—Pues eso es todo lo que te puede ofrecer el óctuple camino. La supresión del dolor del flechazo y un antídoto para el veneno, que es este mundo.

—Sin embargo, una vez arrancada la flecha, todavía podría querer saber quién me había herido.

—Si has seguido verdaderamente el camino, la pregunta es irrelevante. Habrás visto que esta vida es un sueño, un espejismo, algo creado por el yo. Cuando el yo se va, ella se va.

—Tú eres Tathagata, el que ha venido, se ha ido y ha vuelto. Cuando estás aquí, estás aquí. Y cuando te marchas, ¿dónde estás?

—Donde está el fuego cuando se apaga. Hijo mío, no hay palabras para definir el nirvana. No intentes coger con una red de frases familiares lo que es y no es. Contemplar solamente la idea del nirvana demuestra que uno está todavía en la parte más próxima del río. Quienes han logrado este estado no intentan nombrar lo innombrable. Mientras tanto, arranquemos la flecha. Subamos a la barca que va hasta el lado opuesto. Así seguiremos el camino intermedio. ¿Es esto lo justo? —La sonrisa del Buda era apenas visible en el ocaso. Luego agregó—: Así como el espacio está lleno de incontables ruedas de ardientes estrellas, la sabiduría que trasciende de esta vida es abismalmente profunda.

—Y difícil de comprender, Tathagata —dijo Sariputra—, aun para quienes están despiertos.

—Y por eso, Sariputra, nadie puede comprenderla por medio del despertar.

Los dos ancianos rieron de lo que obviamente era una broma habitual.

No recuerdo nada más de ese encuentro con el Buda. Creo que antes de salir del parque visitamos el monasterio. Y creo que allí vi a Ananda por primera vez. Era un hombre pequeño. El trabajo de toda su vida consistía en aprender de memoria lo que el Buda había dicho y hecho.

Pregunté al príncipe Jeta si el Buda me había dicho alguna cosa que no hubiera dicho mil veces anteriormente.

—No. Usa la misma imagen una y otra vez. Lo único nuevo, para mí, fue la paradoja del despertar.

—Pero no era nueva para Sariputra.

—Sariputra lo ve más que ninguna otra persona, y suelen hacerse bromas muy complejas. Se ríen mucho juntos. No sé de qué. Aunque he progresado lo suficiente para sonreír ante el mundo, aún no me puedo reír.

—¿Por qué es tan indiferente a la idea de la creación?

—Porque la considera literalmente irrelevante. La tarea humana definitiva es la desmaterialización del yo. En su propio caso, ha tenido éxito. Ahora ha puesto en marcha la rueda de la doctrina para que los demás la hagan girar tan bien como puedan. Él mismo ha venido… y se ha ido.

Para Demócrito, estas ideas son más fáciles de comprender que para mí. Puede aceptar algunas nociones: toda la creación está en movimiento; lo que tomamos por mundo real es una especie de sueño que fluye y que cada uno percibe de manera diferente, y diferente también de la realidad misma. Pero la ausencia de una deidad, de un origen, de un final, del bien en conflicto con el mal… La carencia de finalidad hace que las verdades del Buda sean demasiado extrañas para que yo pueda aceptarlas.

En la última semana de la estación lluviosa, el río se desbordó. Las aguas amarillentas se elevaron, cubrieron los embarcaderos, rebasaron la estacada, dejaron semisumergida la ciudad.

Los que tenían casas altas, como el príncipe Jeta, se limitaron a subir a los pisos superiores. Pero los que tenían casas de un solo piso se vieron obligados a instalarse en el techado. Afortunadamente, el palacio se encontraba en terrenos levemente más altos que el resto de la ciudad, y mis habitaciones sólo se anegaron hasta la altura del tobillo.

El segundo día de la inundación yo estaba cenando con Caraka y Fan Ch'ih. El vigoroso sonido de las caracolas interrumpió bruscamente nuestra comida, seguido por el entrechocar de los hierros, cargado de malos presagios. Como en la India las inundaciones y la desobediencia civil suelen aparecer juntas, todos pensamos que las personas desposeídas por el río habían atacado súbitamente el palacio.

Acompañados por los guardias persas, corrimos hacia él. Recuerdo que el aire caliente arrojaba la lluvia contra nuestros ojos. Recuerdo la viscosidad del fango bajo nuestros pies. Recuerdo nuestra sorpresa cuando vimos que la entrada al palacio del lado del jardín estaba desguarnecida.

Con las espadas desenvainadas entramos en el vestíbulo, con el agua hasta la cintura. Aunque no había gente a la vista, alcanzábamos a oír gritos en otros puntos del edificio. En la puerta del salón de recepción vimos algo sorprendente. Los guardias del rey peleaban unos contra otros, aunque muy lentamente, porque el agua obstaculizaba sus movimientos. Mientras contemplábamos esa curiosa batalla que parecía soñada, las puertas se abrieron de par en par y apareció una línea de lanceros con armas listas para el ataque. Al verlos, los guardias envainaron sus espadas. En silencio, la lucha concluyó. En silencio, apareció en la puerta el rey Pasenadi: traía al cuello una larga cadena cuyo extremo opuesto retenía en la mano un oficial de su propia guardia. En aquel anegado silencio, el rítmico entrechocar de los eslabones generaba ese tipo de disonancia que tanto agrada a los dioses védicos.

Me incliné cuando el rey pasó ante nosotros. Pero no me vio. En realidad, nadie prestaba la menor atención a la embajada persa. Una vez que el rey desapareció, fui andando por el agua hasta la puerta del salón y vi una docena de soldados muertos que flotaban en el agua amarillenta listada de rojo. En el otro extremo, el trono había sido derribado. Varios hombres trataban de ponerlo sobre el estrado. Uno de esos hombres era Virudhaka.

Cuando Virudhaka me vio, abandonó a los demás la tarea de restablecer la silla de plata en su sitio. Se acercó lentamente a mí, mientras se secaba el rostro con un extremo del chal mojado. Pensé, recuerdo, qué extraño era que un hombre empapado en sangre y agua de río intentara secar su cara sudorosa con una tela mojada.

—Como ves, embajador, estamos poco preparados para una ceremonia.

Me dejé caer sobre una rodilla, en el agua. Había visto lo suficiente para saber qué se esperaba de mí.

—Que los dioses otorguen larga vida al rey Virudhaka.

Caraka y Fan Ch'ih repitieron esa piadosa esperanza.

La respuesta de Virudhaka fue solemne:

—Haré todo lo posible por ser digno de lo que hoy me han concedido los dioses.

El trono volvió a caer del estrado ruidosamente. En conjunto, no era el mejor principio posible para un reinado.

—Mi padre deseaba abdicar desde hacia varios años —agregó suavemente Virudhaka—. Esta mañana me llamó y me pidió que le permitiera declinar el peso de este mundo. Por lo tanto, ante su insistencia, he aceptado su deseo como un buen hijo, ocupando su lugar.

Evidentemente, la insistencia budista en el carácter onírico del mundo no sólo afectaba a Virudhaka, sino a toda la corte. Nadie se refirió jamás, al menos en mi presencia, al sangriento derrocamiento de Pasenadi. En las raras ocasiones en que oí mencionar su nombre, se decía que había partido a un largamente anhelado retiro en los bosques. Y también que era absolutamente feliz; y hasta se rumoreaba que había alcanzado el nirvana.

En realidad, aquel mismo día, más tarde, Pasenadi fue finamente troceado y ofrecido en sacrificio al dios del río. Como el río retornó rápidamente a su cauce, el sacrificio fue, sin duda, aceptado.

Poco después, el príncipe Jeta y yo nos encontramos en una calle colmada de gente. El aire estaba tan impregnado de polvo proveniente del fango seco, que debíamos respirar poco a poco y a través de una tela húmeda.

Mientras nos dirigíamos hacia la plaza de las caravanas el príncipe dijo:

—Pasenadi prometía constantemente que se iría, pero siempre, a último momento, cambiaba de idea y decía: «El mes próximo». Es evidente que se quedó un mes de más.

—Sin duda. Pero era tan viejo… ¿Por qué él no esperó?

En la India siempre es una buena idea reemplazar los grandes nombres por un pronombre.

—Por temor. Él es un hombre piadoso; y aunque sabía que su padre estaba destruyendo Koshala, estaba decidido a esperar. Pero cuando Ajatashatru se apoderó del poder en Magadha, comprendió que habría guerra. Cumplió entonces con lo que era su deber: salvar lo que resta del reino.

Nos detuvimos ante una mesa cargada de cerámica vidriada, de extraño aspecto, traída de Catay poco antes por Fan Ch'ih.

—¿Apruebas lo que ha hecho? —pregunte.

El príncipe Jeta suspiró.

—¿Cómo podría? Yo soy budista. Creo que no se debe hacer daño a ningún ser viviente. Y además… el rey muerto era mi viejo amigo. Pero —ociosamente, el príncipe señaló un jarrón con una cabeza de dragón—… Me han dicho que en Catay abundan esas criaturas.

—Eso dice Fan Ch'ih. La mejor medicina se hace con huesos de dragón. —Yo esperaba una respuesta.

El príncipe Jeta compró el jarrón.

—Si alguien puede salvar de Ajatashatru este país, es el nuevo rey —declaró.

—¿Cuál fue la reacción del Buda?

—Se echó a reír como un león.

—No es muy compasivo.

—¿Cómo podría? Él ha venido y se ha ido. Los reyes son simplemente personajes de ese teatrillo de títeres que tanta distracción crea y que el perfecto ya no contempla.

Durante la estación seca, Ambalika llegó de Rajagriha con nuestro hijo. El príncipe Jeta ofreció a su nieta y a su bisnieto un ala de su mansión sobre el río, y allí me instalé con ellos. Mientras tanto, había llegado de Susa, a través de Taxila, un mensaje. El Gran Rey me acusaba de haber pagado demasiado por el cargamento de hierro; pero, como yo había reabierto la vieja ruta comercial entre Persia y Magadha, estaba más satisfecho que enfadado con su esclavo. Y yo era el héroe de la corte, o eso dejaba suponer la carta del canciller del oriente. Decía que regresase de inmediato.

Tracé cuidadosamente mis planes. Ordené que Caraka retornara a Rajagriha, donde se desempeñaría como agente comercial del Gran Rey. Prepararía una segunda caravana cargada de hierro, pagando un precio más razonable. Ambalika y nuestro hijo permanecerían en Shravasti hasta que yo retornara, o los hiciera llamar.

Para agradable sorpresa de todo el mundo, no estalló la guerra entre Magadha y Koshala. Ajatashatru había enviado tropas a Varanasi, pero no intentó sitiar la ciudad. Mientras tanto, Virudhaka llevó el ejército de Koshala, no a la amenazada Varanasi, en el sur, sino hacia la república de Sakya, en el este. En cuestión de días la república se desmoronó y su territorio fue absorbido por Koshala. La federación de repúblicas se puso en pie de guerra.

En suma, me hacía feliz retornar a Persia, donde las guerras se desarrollaban a considerable distancia de Susa; y el supremo crimen del parricidio era virtualmente desconocido entre nuestros arios. Aunque yo encontraba curiosamente abominable que los reyes arios más poderosos de la India hubiesen sido asesinados por sus hijos, el príncipe Jeta no parecía afectado.

—Tenemos un antiguo proverbio: «Los príncipes, como los cangrejos, devoran a sus padres».

Después de todo, mi embajada a los reinos de la India se había cumplido bajo la cruenta influencia del signo astrológico del cangrejo.

En términos prácticos, hallé mucho más fácil el trato con Virudhaka que con su padre. Era un magnífico administrador; y en muy breve plazo Koshala volvió a ser como había sido en aquellos grandes días de los que todo el mundo hablaba jubilosamente. Pero en todas las ciudades que he visitado me han dicho siempre que había perdido, por poco tiempo, la edad de oro. Aparentemente, jamás he llegado a tiempo.

Fui uno de los invitados de honor a la coronación de Virudhaka, un antiguo ritual que se cumplió en un parque en las afueras de la ciudad. No recuerdo gran cosa de la compleja ceremonia, aunque me pareció algo acelerada.

Hubo un momento mágico en que el nuevo rey dio tres pasos sobre una piel de tigre, imitando los que había dado el dios Vishnú a través de la creación antes de llenar el universo de luz. Ananda dice que el Buda hizo lo mismo poco después de

haber recibido la luz. Pero, por lo que sé, el Buda mismo sólo mencionó ese notable paseo por el universo al mismo Ananda. Tengo la impresión, quizás errónea, de que el Buda no es demasiado proclive a acciones tan exageradas.

Aunque Virudhaka había pedido al Buda que asistiera a su investidura, el perfecto había considerado conveniente partir la noche anterior. Había sido visto por última vez en el camino hacia la tierra de los sakyas. Se dijo después que el Buda, sabiendo que el rey pensaba atacar su país natal, deseaba estar con su pueblo cuando comenzara la guerra. Pero cuando, años más tarde, pregunté al príncipe Jeta si esa teoría era acertada, movió la cabeza.

—Al Buda eso no le importaba. Todas las tentativas de comprometerlo en política fracasaron. Al final, se reía del teatrillo de títeres. Es verdad que en Sakya pensaban que él podía salvarlos porque parecía aprobar el sangha. Tal vez fuera así. Pero, en todo caso, el sangha que le interesaba no era el de la república Sakya, sino el budista.

Esa conversación se desarrolló durante mi última visita a la India.

Si eres lo bastante afortunado, Demócrito, vivirás lo suficiente para decir de algo que es lo último, y saber que has dicho la verdad. Nunca más volveré a ver loros rojos, tigres de ojos amarillos, locos vestidos de cielo. Nunca más andaré por esa tierra llana y caliente donde unos ríos claros y rápidos se desbordan y vuelven a su cauce, y donde siempre hay algún río que cruzar.

—¿Por qué atacó Virudhaka a los sakyas?

Al principio, el príncipe Jeta me dio la razón oficial:

—Deseaba vengar la afrenta a su padre. Como arhat, Pasenadi debía perdonarlos porque le habían enviado como esposa una prostituta. Virudhaka, como guerrero, no podía olvidar el insulto.

—Pero debe de haber alguna otra razón.

Yo no aceptaba jamás la razón oficial de ningún hecho. Yo mismo he inventado, en la segunda sala de la cancillería de Susa, demasiados nobles pretextos para justificar acciones horribles, aunque necesarias.

—Virudhaka temía a las repúblicas tanto como Ajatashatru. Pensaba, supongo, que, si era el primero en fracturar la federación, sería más poderoso que su primo. ¿Quién sabe? Virudhaka nunca tuvo suerte.

Pero el día de su coronación parecía bendecido por el cielo. Cuando dio el último de los tres pasos sobre la piel del tigre, todos los dioses descendieron del cielo o subieron desde el infierno para saludarlo, mientras la muchedumbre aplaudía el fascinante espectáculo.

—Aquí llega Vishnú —dijo el príncipe Jeta—. Siempre es el primero.

El dios Vishnú, dos veces más grande que un ser humano, se alzaba sobre las cabezas de la excitada multitud. El hermoso rostro del dios era negro azulado, y usaba un alto y primoroso turbante. En una mano sostenía un loto, como el Gran Rey; en la otra, una caracola. Fue un alivio que decidiera, ese día, no usar sus otros dos brazos. Mientras Vishnú avanzaba lentamente hacia la piel de tigre en que se hallaba Virudhaka, la gente se prosternó. Muchos se arrastraban hacia él para tocar el borde de sus vestiduras. En un instante, el lugar parecía cubierto de serpientes con cabeza humana.

Inmediatamente detrás de Vishnú venía su esposa Lakshmi. La diosa tenía los pezones pintados de rojo, y su piel dorada brillaba por el ghee, como sus propias estatuas de la puerta de la ciudad. Mientras los dos dioses adornaban a Virudhaka con guirnaldas, la muchedumbre, en éxtasis, empezó a aullar y a bailar como los Magos ebrios de haoma.

—¿Qué son? —pregunté al príncipe Jeta.

—Los dioses de los arios, tanto en la tierra como en el cielo —respondió, divertido ante mi asombro.

También Caraka rió.

—Vuestro Vishnú ha estado demasiado tiempo en la India —le dijo al príncipe—. Tiene el mismo color de nuestros antiguos dioses.

—No dudo que todos están relacionados. —El príncipe Jeta cambió de tema, como convenía—. Naturalmente, es una ocasión muy especial. Sólo una o dos veces en una generación ocurre que un rey llame a su lado a todos los dioses.

Mientras el príncipe hablaba, el maléfico Indra se materializaba en el extremo más alejado del campo. En una mano tenía un rayo, en la otra un enorme jarro de soma, del que bebía. Cerca, vestido de negro, estaba Agni, en un carro tirado por caballos rojos como el fuego.

Los dioses védicos convergían desde todas las direcciones hacia el rey Virudhaka, brillantes, solemnes, fantasmagóricos.

El príncipe Jeta no estaba totalmente seguro de mi reacción. Tampoco yo, y sigo sin estarlo. ¿Creí realmente, por un instante, que los dioses estaban realmente presentes? Es posible. Ciertamente, la representación era sorprendente. Pero, como explicó claramente el príncipe, era sólo una representación.

—Los dioses —dijo— son encarnados por actores.

—¡Pero son gigantes!

—Cada dios es personificado en realidad por dos actores. Uno se sienta sobre los hombros del otro, y las vestiduras cubren ambos cuerpos. El efecto es convincente, ¿verdad?

—Y alarmante. —Yo tenía la sensación de padecer un ensueño de haoma—. ¿La gente cree que verdaderamente son sus dioses?

El príncipe Jeta se encogió de hombros.

—Algunos sí. Otros no.

—La mayoría lo cree —dijo Caraka. Se volvió hacia el príncipe—. Los arios recibieron la idea de nosotros. El día de Año Nuevo, cuando nuestra gente va a los templos a hacer sacrificios, todos los dioses aparecen. Amenazan al pueblo con hambres y plagas. Entonces, los sacerdotes piden una contribución para el templo, con el objeto de evitar el desastre. Si nuestros dioses-actores ofrecen una buena representación, las ganancias del templo se duplican.

—Si es así, ¿quién visitó al Buda en el parque de los ciervos? ¿Brahma o una pareja de actores? —agregué, para fastidiar al príncipe.

—No lo sé. No estaba allí —dijo el príncipe, imperturbable—. Pero en todo caso, tampoco el Buda se encontraba, porque ya había logrado extinguirse. De modo que Brahma, o quien hubiera ocupado su lugar, estaba perdiendo el tiempo.

Debo confesar que esas inmensas deidades que se movían por entre la

muchedumbre del parque me causaban bastante desazón. Eran la representación de los demonios de mi abuelo, la visión del infierno zoroastriano.

Pero Ambalika se divertía enormemente.

—¡Parecen tan reales! Es como si lo fueran, ¿verdad? —Había asistido a la coronación con el cortejo de la vieja reina. Sus formas eran algo más redondeadas que antes del nacimiento de mi hijo—. ¿No estoy demasiado gorda para ti?

Ése había sido su saludo cuando la recibí en la puerta de la ciudad. En un momento de torpeza, me había quejado una vez de que todo el mundo era demasiado grueso en la corte de Magadha, incluido yo mismo. En tres años, había casi duplicado mi peso.

—No —respondí—. Estás muy bien.

—Si no es así, ¿me lo dirás? —Nos hallábamos en el jardín principal de la casa del príncipe Jeta.

—Te lo diré. —Ambalika me hacía perfectamente dichoso—. Se lo dije.

—Entonces, ¿me dejarás ir a Susa?

—Si puedo.

—Porque estoy segura de que nunca volverás aquí. —Ambalika parecía triste, pero su voz sonaba alegre.

Respondí que no dudaba de volver, por una razón prosaica:

—El comercio de Persia con Magadha aumentará inevitablemente. Y con Koshala también.

Esto se demostró cierto. En verdad, antes de partir de Shravasti fui abordado por todos los comerciantes de importancia de la ciudad. Deseaban concesiones especiales. Aunque deseché intentos de soborno por valor de varias fortunas, acepté un adelanto de la corporación de alfareros sobre un préstamo sin interés. El préstamo mismo sería pagado por la corporación si yo lograba que las importaciones persas de cerámica india no fueran gravadas por impuestos. Hice esto para que Ambalika y mis hijos (ella estaba nuevamente embarazada) no quedasen sin recursos si el príncipe Jeta moría o caía en desgracia. Suponía, naturalmente, que cuando volviera a ver a mi familia, lo haría junto al señor de toda la India, Darío, el Gran Rey.

En el otoño de aquel año, me uní a una caravana que partía hacia el oeste. Además de mis guardias personales, me acompañaba Fan Ch'ih. Los demás miembros de la expedición original que no habían perecido por las fiebres o por las armas, habían retornado a Persia.

—A la gente de Catay no le gusta viajar. —Fan Ch'ih ostentaba su sonrisa constante pero nunca desagradable—. Si Catay es todo el mundo, ¿para qué ir a otro lugar?

—Los persas piensan lo mismo.

Como el tiempo era seco y fresco, montábamos a caballo. En verdad, el clima era tan espléndido que uno se sentía absolutamente gozoso de ser joven y estar vivo. Una extraña sensación, en suma.

Durante nuestro viaje al oeste aprendí mucho acerca de Catay; volveré sobre esto en el momento oportuno. Yo había esperado sorprender a Fan Ch'ih con el esplendor del imperio persa. En cambio, me sorprendió él con la magnificencia —a juzgar por sus palabras solamente, desde luego— de Catay. En cierta oportunidad

había existido allí un imperio único llamado el Reino Medio. Pero, como ocurre con los imperios, se había disgregado y ahora Catay era, como la India, un grupo de estados beligerantes.

También como en la India, esos estados no estaban constantemente en guerra entre sí; pero no había uno solo de sus señores que no soñara, en su fortaleza, con llegar a ser un día el amo único de un nuevo Reino Medio.

—Pero eso únicamente es posible si el gobernante, sea quien sea, recibe el mandato del cielo.

Oí esa frase por vez primera en el mismo momento en que veía las maravillosas torres de Taxila, en la brumosa lejanía violeta. Normalmente, el viajero huele una ciudad antes de verla. Pero percibimos primero las torres, y luego el humo de las cocinas.

—Nosotros damos un nombre a ese mandato del cielo: la divina gloria real —dije—. Sólo podía ser otorgada por uno de nuestros antiguos dioses-demonios; él y sólo él la entregaba a un gobernante, o se la quitaba. Pero ahora sabemos que no es un dios-demonio sino el Sabio Señor quien concede o retira la divina gloria real.

—El maestro K'ung diría que el dador es el cielo, lo cual es la misma cosa, ¿no es verdad?

Algunos años más tarde, había de conocer al maestro K'ung; de todos los hombres que he conocido, era el más sabio. Acepta mi palabra, Demócrito. Aunque no tienes muchas opciones: probablemente yo sea el único hombre del mundo occidental que ha conocido a ese notable maestro.

No: el maestro K'ung —o Confucio, como también es llamado—, no se parecía a Protágoras. No era ingenioso. Era sabio. Trataré, en su oportunidad, de explicar la diferencia. Pero quizás, aunque haga todo lo posible, esto no sea suficiente. No olvidemos que el griego es la lengua del sofista y del ganador de debates; la lengua de los dioses, y no la de Dios.

# L I B R O C I N C O



La decadencia

de la Divina

Gloria Real

# 1

Llegué a Susa cuatro años menos tres días después del comienzo de mi embajada a los dieciséis reinos de la India, nombre totalmente inadecuado, aun en el momento mismo de mi partida. En la llanura del Ganges no había dieciséis reinos, y nadie se ha molestado jamás en contar las naciones que hay hacia el sur. La cancillería, de acuerdo conmigo, decidió que los futuros embajadores serían enviados solamente a los reinos de Magadha y Koshala.

Aunque la corte aún estaba en Susa, Darío se había trasladado a sus cuarteles de invierno en Babilonia. La cancillería se aprestaba a partir, y el harén había iniciado ya su lenta marcha en carretas hacia el oeste. De la familia real sólo quedaba Jerjes.

Durante mi ausencia, la guerra del harén había concluido con la completa victoria de Atosa, como era indudable que debía ocurrir. Salvo en un caso, cuando quiso que me designaran jefe de la orden zoroastriana, no había fracasado nunca en nada que emprendiera. Había obligado a Darío a reconocer a Jerjes como su heredero, y eso era todo.

El príncipe de la corona me recibió en sus habitaciones privadas. Cuando me disponía a echarme a sus pies, me cogió con la mano izquierda y nos abrazamos como hermanos.

Comprendo ahora, al recordarlo, cuán afortunados éramos. Estábamos ambos en la flor de la edad. Lo lamentable era que no nos dábamos cuenta. Yo estaba cansado de viajar. Jerjes estaba cansado de Mardonio. Ningún hombre sabe nunca cuándo es feliz; sólo puede saber cuándo lo fue.

Bebíamos vino de Helbon mientras yo le contaba mis aventuras en la India. Jerjes estaba fascinado.

—¡Debo conducir el ejército! —Sus ojos gris claro brillaban como los de un gato—. El Gran Rey está demasiado viejo. Tendrá que enviarme. Sólo que —las cejas, habitualmente una línea recta mostraban una hendidura— no lo hará. Enviará a Mardonio.

—Podríais ir los dos. Y Mardonio estaría bajo tus órdenes.

—Si me permiten ir. —La luz de los ojos grises se apagó—. Él lo hace todo. Yo nada. Ha obtenido cien victorias. Yo, ninguna.

—Has conquistado Babilonia —dije—. O estabas a punto de hacerlo cuando yo me fui.

—Apenas sofoqué una rebelión. Y cuando pedí que se me hiciera rey de Babilonia, como lo fue Cambises, el Gran Rey dijo que no. Dijo que ya tenía bastante con administrar Babilonia, como lo estoy haciendo. He construido allí un palacio nuevo, en el que sólo se me permite residir cuando él no está.

Jamás he podido averiguar si a Jerjes le gustaba o no su padre. Sospecho que no. Ciertamente, estaba resentido por las dudas acerca de la sucesión, e interpretaba como un insulto deliberado el que no le hubieran ofrecido nunca un mando militar de alguna importancia. Sin embargo, era absolutamente leal a Darío; y le temía tanto como el propio Darío a Atosa.

—¿Por qué estás aquí cuando la estación se encuentra tan adelantada? —En

privado, nos tratábamos de modo directo, y nos mirábamos a los ojos.

—Hace frío, ¿verdad? —La habitación estaba helada. No hay en el mundo una ciudad con cambios de clima tan bruscos como Susa. El día anterior había sido húmedo y caluroso. Y aquella mañana, cuando me dirigía desde mis habitaciones, situadas en la parte norte del palacio, hacia las de Jerjes, las piscinas ornamentales estaban cubiertas con una delgada capa de escarcha iridiscente, y mi aliento flotaba como humo en el aire brillante. Darío aborrecía el frío al acercarse a la vejez. Era comprensible: al primer amago de heladas, se retiraba a Babilonia—. Soy el principal albañil del Gran Rey. —Jerjes alzó sus manos. Las cortas uñas estaban llenas de cemento—. Le gustó tanto el palacio que construí en Babilonia, para mí, no para él, que me ha encargado terminar éste. Y también me deja hacer lo que quiera en Persépolis. Así que construyo y construyo, gastando y gastando. He reemplazado a la mayoría de los albañiles egipcios por jonios. Trabajan mejor la piedra. Y hasta tengo unos cuantos de tus indios como carpinteros. He acumulado de todo, excepto dinero. Darío me da el dinero gota a gota; creo que no veo un arquero desde las guerras griegas.

Era la primera vez que oía la popular expresión «arquero», usada por los griegos para denominar la moneda de oro que muestra a Darío, coronado, con el arco en la mano. Una broma persa habitual: ningún griego resiste a un arquero persa.

Jerjes me dio su versión de lo ocurrido mientras yo estaba en la India. Digo su versión, porque no existe algo que pueda llamarse un informe verídico. Cada uno ve el mundo desde su propia posición. Y no es necesario decir que un trono es muy mal sitio para ver nada, salvo espaldas de hombres postrados.

—Después de un largo sitio, Mileto cayó. Matamos a los hombres. Trajimos las mujeres y los niños a Susa. El Gran Rey se propone instalarlos en algún lugar cercano y, mientras tanto, tenemos viviendo aquí, en los antiguos depósitos, a varios miles de milesias muy atractivas. Puedes elegir. Ya casi han dejado de llorar y de quejarse. Y he traído a mi harén a una joven viuda. Me enseña griego, o por lo menos lo intenta. Es inteligente, como todos los milesios.

Esa mujer inteligente era la tía de Aspasia.

Y debemos mantenerlo en secreto, Demócrito. Los atenienses condenarían a Pericles al ostracismo si supieran que la madre de su hijo ilegítimo es sobrina de una concubina del Gran Rey. Demócrito no cree que la asamblea sea lo bastante perspicaz como para imaginar la relación. Seguramente no. Pero Tucídides sí lo es.

Una ráfaga fría sacudió el toldo que aún no había sido retirado para el invierno. Por la galería abierta pude ver hojas de color castaño girando en el aire. Pensé en mis días de escuela en ese mismo palacio y tuve un escalofrío. Cuando era un muchacho, en Susa, me parecía que siempre era invierno.

—Después de tomar Mileto, un grupo de medos —¿quiénes podían ser si no ellos?— incendió el templo de Apolo en Dídima, que quedó arrasado con el oráculo incluido. Y luego, el idiota de Artafrenes envió un mensaje a todas las ciudades griegas diciendo que el incendio del templo era la venganza por el incendio del templo de Cibeles en Sardis.

—¿Y no lo era?

—Hermano de la infancia: los sacerdotes de Apolo en Dídima, y en Delos, y en

Delfos, son todos ellos sostenidos por el Gran Rey. Todos los años les manda divisiones enteras de «arqueros».

Demócrito quiere saber si aún financiamos el oráculo griego de Delfos. No, no es así. Ahora las guerras han terminado. Y además, los sacerdotes han aprendido la lección. Los oráculos rara vez comentan asuntos políticos.

—De todos modos, el Gran Rey está pidiendo excusas desde entonces. Y paga la reconstrucción del templo. Eso significa menos dinero para Persépolis.

En aquellos tiempos, Jerjes podía beber media docena de jarros de vino de Helbon puro en una noche sin malos efectos. Pero yo, aun en mi juventud, mezclaba siempre el vino con agua, como los griegos.

Jerjes ordenó al copero traer más vino. Luego describió el colapso de la rebelión caria.

—Tras la caída de Mileto, llegó el fin para esos palurdos. ¿Qué otra cosa podía ocurrir? Histieo fue capturado y ejecutado por el idiota de Sardis, lo cual enfureció al Gran Rey, porque Histieo le agradaba y jamás lo hizo responsable del asunto de Mileto. Por supuesto, a ese viejo delincuente lo acusaron de piratería, y no de traición, y ciertamente fue un pirata durante los últimos años de su vida. Tu madre se conmovió mucho cuando lo ejecutaron. —Jerjes encontró siempre divertidas las intrigas de mi madre.

—Ya no eran amigos después de la rebelión milesia. O por lo menos, eso es lo que me figuro. Verdaderamente, no lo sé. —Yo siempre tenía cuidado de mantenerme al margen de la facción griega.

—Sólo en el sentido de que nunca más volvieron a verse. Pero aún se querían. —Jerjes sonrió—. Lo sé muy bien —dijo, y naturalmente era cierto. Jerjes tenía una docena de espías en el harén. A diferencia de Darío, que tendía a ignorar las intrigas del harén a menos que Atosa estuviese involucrada. No es necesario agregar que la espiaba constantemente, como ella a él. Eran como dos reyes de países vecinos—. Después de Mileto, enviamos la flota a la costa de Jonia. Las ciudades griegas se rindieron. La flota, sobre todo los barcos fenicios, atravesó los estrechos y el tirano local se alarmó tanto que regresó a su hogar, a Atenas. No comprendo por qué. Como leal vasallo del Gran Rey, estaba perfectamente a salvo. Ahora es un traidor.

De ese modo despreocupado, Demócrito, Jerjes se refería a Milcíades, un jefe menor persa que menos de tres años más tarde fue elegido comandante supremo por la alianza griega. Se le acredita la supuesta victoria griega de Platea. Demócrito me dice que Milcíades no combatió en Platea, sino en Maratón. Detalles como éste son importantes, sin duda, para la historia griega. Pero ésta es una historia persa.

—Y en la primavera pasada, se encomendó a Mardonio el mando de la flota y el ejército. —Como Jerjes amaba a Mardonio como un hermano, su éxito era para él aún más insoportable—. En menos de seis meses, Mardonio conquistó Tracia y Macedonia. Desde que Cambises nos dio Egipto, nadie ha añadido tanto territorio al imperio. Es una suerte para mí que sea el sobrino del Gran Rey y no su hijo.

—¿Por qué no os da a ambos las mismas oportunidades?

Jerjes alzó el brazo derecho, con la palma de la mano hacia arriba; era el gesto de homenaje al Gran Rey en el ceremonial del estado.

—Dicen que mi vida es demasiado valiosa. ¿Pero cómo seré un Gran Rey si

jamás salgo al campo de batalla? Necesito victorias. Necesito ser como Mardonio. Sólo que… —Jerjes dejó caer el brazo sobre la mesa, cerrando el puño.

—¿La reina Atosa?

—Sí. Gracias a ella soy el heredero. O gracias a ella soy menos que mi primo, menos que mis hermanos, menos que tú.

—Ciertamente, eres más que yo.

—Está bien, sí. Pero no he visto la India, como tú. Y por ti estamos hoy en condiciones de anexionamos todo un mundo. Roguemos porque sea ésa mi tarea. Y roguemos también porque Darío permita que Mardonio continúe combatiendo a los griegos, como desea. No comprendo por qué. En el oeste no hay nada que alguien pueda querer.

—¿El Gran Rey no desea vengar la quema de Sardis?

—Uno cualquiera, entre cien generales, podría ocuparse de eso. Lo único que hay que hacer es incendiar Atenas. Es fácil. E inútil. ¡Pero la India! —Jerjes se sentía más feliz a causa del vino que había bebido. Me cogió por el brazo. Sus dedos eran fuertes a causa de la práctica militar—. Cuando te presentes al Gran Rey, dile que… No, no puedes decirle a él que debe hacer algo…

—Puedo sugerirlo. Y también hablar con la reina Atosa.

—No. Ella quiere que esté en Babilonia, libre de todo riesgo.

—Si pensara que la conquista de los reinos indios no es difícil, no te impediría ir. Ciertamente, no es ninguna tonta.

Con la punta de una daga, Jerjes limpió el mortero que tenía debajo de la uña del pulgar.

—Tal vez ayudara. No es fácil saberlo. Veremos. —Sonrió—. Si vas a verla, iremos juntos.

Planeábamos, felices, la gloria, como hacen los jóvenes; un exquisito placer negado a la vejez, cuando todos los planes llegan a su término, como una telaraña cuando la araña muere.

—Con un poco de buena fortuna, pondremos las cosas en movimiento antes de que Mardonio esté curado. —Inesperadamente, Jerjes se hirió el pulgar. La roja sangre brotó en dos diminutas perlas. Lamió la pequeña herida.

—¿Mardonio está enfermo?

—Herido. —Jerjes trató de no mostrarse encantado—. Fue víctima de una emboscada durante el viaje de regreso de Macedonia. Fueron los tracios. Tiene cortado un tendón en una pierna. Así que cojea y se queja constantemente, aunque se sienta todos los días a la mesa del Gran Rey. Se sienta a su derecha cuando yo no estoy presente, y Darío le da de comer de su propio plato.

—Pero si él está herido, el asunto de Grecia está concluido.

Yo hacía siempre lo posible por distraer la atención de Jerjes cuando empezaba a lamentarse de la indiferencia de su padre hacia él. Aunque indiferencia no es la expresión adecuada. Darío veía a Jerjes como una prolongación de Atosa, la hija de Ciro; y no solamente respetaba a su mujer y a su hijo, sino que les tenía miedo. Pronto explicaré las razones de esto.

—Debería estar concluido. En realidad, lo único que nos retiene en el oeste es la ambición de Mardonio de ser sátrapa de todos los griegos. Afortunadamente, no

estará en condiciones de iniciar una campaña de primavera. Y yo sí. De modo que con un poco de… buena fortuna —Jerjes usaba la frase griega— yo conduciré el ejército persa esta primavera. Iremos hacia el este, no hacia el oeste. —Luego, Jerjes habló de mujeres. Este tema le parecía de infinito interés. Quería saberlo todo acerca de Ambalika. Se lo dije. Concordamos en que mi hijo se educaría en la corte persa. Jerjes se refirió después a su esposa principal, Amestris—. ¿Sabes? Atosa la eligió. Al principio, yo no sabía por que.

—Yo diría que el motivo es el dinero de Otanes.

—Ése era un aspecto importante. Pero Atosa va más lejos. Ha elegido a Amestris porque Amestris es como Atosa. —Jerjes sonrió, sin mayor alegría—. Revisa todas las cuentas. Administra mi casa. Pasa horas con los eunucos, y ya sabes lo que eso significa.

—¿Le interesa la política?

—Le interesa. Atosa quiere asegurarse de que, cuando ella muera, yo quede al cuidado de otra Atosa. Naturalmente, quiero y respeto a mi madre. Por ella soy el heredero.

—El nieto mayor de Ciro debía ser el heredero necesariamente.

—Tengo dos hermanos menores.

Jerjes no tenía necesidad de decir nada más. Siempre había temido ser reemplazado, no por Artobazanes, sino por uno de sus reales hermanos. Después de todo, conviene recordar que cuando Darío se convirtió en Gran Rey, tenía tres hermanos mayores, un padre y un abuelo, todos vivos. Desde luego, no era probable la repetición de esa anómala situación en la historia persa; pero ha habido numerosos casos en que el hermano menor ha prevalecido sobre el mayor. Basta con pensar, por ejemplo, en mi amo actual, Artajerjes.

—Debemos buscar una esposa persa para ti. —Jerjes eludió el peligroso tema—. Te casarás con una de mis hermanas.

—No puede ser. No soy uno de Los Seis.

—No creo que esa regla se aplique a las muchachas de la casa real. Lo preguntaremos a los juristas —Jerjes terminó el último jarro de vino—. Los juristas deberán elegir también una esposa para ese indio…

—Ajatashatru.

Jerjes sonrió.

—Iré personalmente a su boda.

—Seria un gran honor para Magadha.

—Asistiré también a su funeral. Un honor aún más grande.

Al día siguiente, salimos de Susa bajo una granizada. En la India me había acostumbrado tanto al mal tiempo que no me preocupé en lo más mínimo; pero Jerjes consideró siempre el mal tiempo como un signo de menosprecio del cielo. Hubiese querido castigar al viento y a la lluvia.

—¿De qué sirve ser amo del universo —solía decir— si no se puede salir a cazar por la tormenta?

Yo trataba de inspirarle serenidad, sin mucho éxito. En una ocasión llegué a hablarle del Buda. Jerjes se echó a reír al oír las cuatro nobles verdades.

Me irrité. No sé por qué. El Buda me había parecido una figura escalofriante y

hasta peligrosa. Pero realmente no podía haber nada de malo en las obvias y nobles cuatro verdades.

—¿Tanta gracia te hacen?

—Tu Buda me hace gracia. ¿Ignora acaso que no querer es también querer? Sus verdades no son nobles. Y ni siquiera son verdades. No tiene respuesta para nada. No hay manera de dejar de ser, salvo por medio de la muerte.

Jerjes pertenecía por entero a este mundo.

Al sudoeste de una hilera irregular de colinas de arenisca roja que señalaba el limite natural del campo de Susa, la temperatura era suave y cálida, y el ánimo de Jerjes mejoró rápidamente. Cuando llegamos a Babilonia, ni siquiera él podía acusar de nada a las veleidades del clima.

Poco antes de medianoche estábamos ante las puertas de la ciudad. Con tacto, pero sin exactitud, los guardias aclamaron a Jerjes como rey de Babel. Con un rugido, las grandes puertas de cedro se abrieron y penetramos en la ciudad dormida. A ambos lados de la amplia avenida que lleva al palacio nuevo, las pequeñas fogatas de los pobres brillaban como estrellas caídas. Allí están siempre, en cualquier punto de la tierra en que uno se encuentre.

## 2

Como había explorado un mundo del que nadie en la corte había oído hablar ni, mucho menos, había visto, pensé que mi retorno causaría bastante revuelo e imaginé que me convertiría en centro de atracción. Había algo que yo debía haber sabido. A la corte, lo único que le interesa es la corte. Mi ausencia no había sido advertida, y mi regreso fue ignorado.

En cuanto a Fan Ch'ih, su aspecto físico hacía reír a la gente. Afortunadamente, él no se preocupaba.

—También a mí ellos me parecen raros —observó con serenidad—. Y huelen muy mal, como a ghee rancio. Supongo que eso se debe a que son muy velludos. —Como los cuerpos de los amarillos de Catay prácticamente carecen de vello, tienen un olor muy curioso, como a naranjas hervidas.

Me presenté en la primera sala de la cancillería. Nada había cambiado allí. Fui enviado a la segunda, donde los mismos eunucos, ante las mismas mesas, hacían cuentas o escribían cartas en nombre del Gran Rey, dirigiendo los tediosos asuntos del imperio. El hecho de que yo hubiese estado en la India no les interesó en absoluto. Un vicechambelán me dijo que posiblemente el Gran Rey me recibiera muy pronto, en audiencia privada. Pero… La corte persa era eternamente igual a sí misma.

Tampoco Lais había cambiado.

—Se te ve mucho mayor —dijo. Luego nos abrazamos. Como de costumbre, no me preguntó nada acerca de mí mismo. Tampoco le interesaba la India.

—Debes ir a ver a tu viejo amigo Mardonio. Inmediatamente. Es el hombre más poderoso de la corte.

Lais sentía el poder exactamente como una vara de rabdomante que se inclina al detectar la más mínima humedad bajo la tierra.

—Darío lo adora. Atosa está furiosa. ¿Pero qué puede hacer?

—¿Quizás envenenarlo? —sugerí.

—Lo haría si lo creyera posible. Pero yo le repito que Mardonio no constituye ninguna amenaza. ¿A quién puede amenazar? Él no es el hijo del rey. «A veces un sobrino hereda. Ya ha ocurrido», dice ella. Este año ha perdido cuatro dientes. Se le cayeron. Pero si no le entiendes lo que dice, no se lo hagas saber. Finge haber comprendido cada palabra. Es muy vanidosa, y odia tener que repetir. ¿Te gusta el palacio de Jerjes?

Estábamos en el terrado de las habitaciones de Lais en el palacio nuevo. Hacia el norte, más allá del zigurat, se alzaba, espléndida y dorada, la construcción de Jerjes.

—Sí; lo poco que he visto. Sólo he estado en la cancillería.

—El interior es hermoso. Y cómodo. A Darío le gusta tanto que el pobre Jerjes tiene que venir aquí cuando la corte se establece en Babilonia, lo cual es cada vez más frecuente —Lais bajó la voz—. Darío está viejo. —Me miró con su mirada secreta de bruja. En su mundo, nada es natural. Si Darío había envejecido, no era por la tarea natural del tiempo, sino a causa de algún hechizo o poción mágica.

El antiguo eunuco de Lais apareció en la puerta, con un ruido de vestiduras que se rozan. La miró. Me miró. Volvió a mirarla. Se marchó. Se conocían tan bien que

podían comunicarse sin palabras ni señales.

—Tengo un nuevo amigo —dijo Lais, con cierta inquietud—. Espero que te guste tanto como a mí.

—Siempre me han gustado tus griegos. ¿De dónde es éste? ¿De Esparta?

A Lais nunca le ha gustado un hecho: yo puedo ver en ella tan claramente como ella afirma que puede ver en los demás. Después de todo, soy nieto del hombre más santo que ha existido nunca y, además, hijo de una hechicera. Tengo poderes negados al común de las personas.

Demócrito me pide una demostración de esos poderes. Ya te estoy dando una. Mi memoria.

El griego no era mucho mayor que yo. Tampoco mi madre era mucho mayor que yo. Era alto. Tenía rostro pálido y ojos azules, de dorio. Llevaba sandalias y no zapatos; aparte de esto, vestía como un persa, y por cierto que parecía sumamente incómodo. Yo había acertado en mi suposición. Era espartano. ¿Cómo lo sabia? El cabello rojizo oscuro que caía hasta sus hombros no había sido lavado por otras aguas que la lluvia.

—Demarato, hijo de Aristón —dijo Lais, con voz profundamente respetuosa—. Rey de Esparta.

—Ya no más rey. Ni hijo de Aristón. Gracias a Delfos.

—La sibila ha sido expulsada. —Lais hablaba como si fuera personalmente responsable de este hecho.

—Demasiado tarde para mí.

En aquel momento, yo no tenía la menor idea de lo que querían decir. Más tarde llegué a saber demasiado acerca del llamado Escándalo Espartano, un titulo bastante impreciso, dada la cantidad de escándalos que había cada año en Esparta, ocasionados en general por funcionarios sobornados. De todos los griegos, los espartanos son los más ávidos de «arqueros».

La constitución espartana requiere no un rey, sino dos, lo cual es una estupidez. Demarato tuvo una disputa con Cleomenes, el otro rey: éste, mediante el soborno, hizo decir a la sibila de Delfos que Demarato no era el hijo de Aristón. Cuando quedó así probada la ilegitimidad de Demarato, éste dejó de ser rey. Hipias nos había dicho, aquel día, en el pabellón de caza de Darío, que eso iba a ocurrir. Pero nadie le había creído. El Gran Rey pensaba que ni siquiera el oráculo de Delfos podía demostrar quién había engendrado a quién, tantos años después. Sin embargo, el oráculo prevaleció; y, como todos los demás reyes, tiranos o generales griegos desacreditados, Demarato vino inmediatamente a Susa, y Darío lo recibió. Le concedió tierras en la Tróade, y lo designó general.

Intercambiamos las cortesías de rigor. Luego, con la sensación de haber vivido lo mismo antes, con Histieo, dije:

—Intentas convencer al Gran Rey de la conveniencia de atacar Atenas en la primavera. Cuando Atenas caiga, ¿querrás también que el Gran Rey conquiste Esparta?

—Sólo Atenas —respondió Demarato. Observé que sus fríos ojos azules tenían la misma tonalidad que la cerámica que revestía la puerta de Ishtar, que teníamos ante nosotros—. El ejército espartano es más poderoso que el persa.

—Ningún ejército es más poderoso que el del Gran Rey —dijo, inquieta, Lais.

—Excepto el del Gran Rey —respondió Demarato—. Eso es un hecho.

Admiré la frialdad del ex rey. Pero no sus pies: usaba sandalias abiertas que revelaban unos dedos tan sucios como los de un campesino babilonio. Tratando de evitar sus pies y su pelo, terminé por clavar la vista en la barba de Demarato. Contenía tal cantidad de polvo antiguo que parecía hecha de arcilla cocida.

—Sin aliados, Esparta es vulnerable —observé—. Esparta depende de la flota ateniense. Y si Atenas cae… —No agregué lo que era obvio. Demarato me dirigió una mirada asesina. Luego, irritado, se remangó las largas mangas persas.

—Eretria, Eubea, y Atenas. Esos son los objetivos del Gran Rey el año próximo. El asunto de Esparta es otra cosa, y quedará a cargo de espartanos. Mientras tanto, Mardonio volverá a conducir el ejército.

Lais me miró como si yo debiera sentirme encantado. Yo la miré con el deseo de recordarle que nuestro partido no era precisamente el de los griegos, sino el de Jerjes y Atosa.

—¿Estás seguro? —La pregunta que yo dirigía a Demarato fue contestada por Lais.

—No —dijo—. Los médicos dicen que no volverá a caminar.

—Mardonio es el mejor general del Gran Rey —agregó Demarato—. Si es preciso, puede conducir la expedición desde una litera. Pero no habrá necesidad. He visto su pierna. Curará.

—Y si no es así —Lais se tornó bruscamente grave y sibilina—, no hay ninguna razón para que un rey espartano no pueda conducir el ejército.

Los negros dedos de los pies de Demarato se cerraron como dos puños. Miré en otra dirección.

—Hay una buena razón. —La voz de Demarato era curiosamente amable—. No soy persa… todavía.

Aquel mismo día, más tarde, Lais y yo tuvimos una furiosa pelea.

—Lo último que tú y yo podemos desear es otra expedición a Grecia —le dije.

—Nuestro futuro está en el oeste —proclamó Lais—. Deja que Mardonio brille más que Jerjes durante uno o dos años más. ¿Qué diferencia puede haber? Jerjes será el Gran Rey de todos modos; y gracias a Mardonio o a Demarato, será el señor de todos los griegos, desde Sigeo hasta Sicilia, y, además, el señor del mar.

Lais y yo estuvimos, a partir de aquello, en posiciones diferentes. En verdad, no volvimos a hablarnos durante varios años. Como yo apoyaba a Jerjes, hacía lo posible por inclinar la política persa hacia el este, mientras Lais continuaba recibiendo a todos los griegos de la corte y defendiendo sus numerosas causas. Sin embargo, conservaba su afectuosa amistad con Atosa. Cuando, años más tarde, Lais y yo nos encontramos en mejores términos, me explicó de qué modo había logrado mantenerse a la vez en ambos partidos.

—Convencí a Atosa de que yo estaba envenenando a Mardonio. Muy lentamente, por supuesto, para que, si moría, todo el mundo atribuyera la muerte a la herida de la pierna.

—¿Y qué pensó Atosa al ver que Mardonio no moría?

—Cuando fue reemplazado en su cargo de general, le dije «¿Para qué matarlo?» y ella estuvo de acuerdo. Así que interrumpí el supuesto envenenamiento.

Poco después de mi encuentro con Demarato fui recibido por Atosa, quien deploró mi disputa con Lais.

—Después de todo, ella te salvó la vida.

—Tú, Gran Reina, salvaste mi vida.

—Es verdad. Pero lo hice por Lais. Cómo odio esta ciudad. —Aun cuando la tercera casa del harén del palacio de Jerjes era más suntuosa que la equivalente de Susa, Atosa se quejaba constantemente del calor, el ruido y los babilonios. Aunque no veía jamás a ningún babilonio que no hubiese estado siempre en la corte.

—Naturalmente, estoy muy satisfecha de ti.

La reciente pérdida de varios dientes importantes dificultaba mucho la dicción de Atosa. Ella compensaba su incapacidad comprimiendo y amohinando los labios de tal modo que me distraía constantemente.

—Sé que es por Jerjes que obras como obras. Sé que has discutido con tu madre acerca de Mardonio y los griegos. Mardonio…

Se controló. Sospecho ahora que tuvo la tentación de contarme que su brillante sobrino Mardonio moriría pronto, con la ayuda de Lais. Pero si esa fue su tentación, no cedió a ella. En cambio, Atosa pisó con fuerza la vieja y deshilachada alfombra con un brillante zapato plateado.

Fuera a donde fuera, llevaba consigo la alfombra. Creo que su relación con ella tenía algo de supersticioso. En todo caso, sé que la mía lo tenía.

Atosa se dirigió a la alfombra.

—Dicen que Mardonio no podrá salir a combatir esta primavera. —Me miró directamente—. Cuéntame de la India.

Lo hice.

Los viejos ojos brillaron de codicia.

—Cuánta, cuánta riqueza —repetía.

—Y fácil de obtener —respondí—. Será de Jerjes.

—No debe correr riesgos —dijo Atosa, firmemente.

—Debe demostrar que es capaz de conducir los ejércitos antes de que muera el Gran Rey.

—Es demasiado peligroso. Especialmente ahora. En estos tiempos. Somos todos tan viejos, Oh, la tumba. —A causa de sus dificultades vocales, era particularmente difícil seguir las palabras de la reina cuando cambiaba bruscamente de tema.

La miré sin comprender.

—La tumba. La tumba de Darío. —Disponía cuidadosamente los labios para pronunciar cada sílaba—. Es indignante.

—¿Por qué? ¿Por el símbolo de la luna? —Ese símbolo diabólico decora la fachada de la tumba de Darío, equilibrando el sol del Sabio Señor. Hystaspes había muerto allí mismo, furioso por la blasfemia. Ahora, Hystaspes está en el interior de la tumba, y el símbolo de la luna sigue en la fachada.

—Eso está bien. —Atosa desprendió una flor de la guirnalda que llevaba en el cuello y la arrojó hacia la imagen de Anahita, en el rincón—. La luna es el símbolo de ella, y yo no quería descansar bajo ningún otro. No; ha ocurrido otra cosa. Sólo hay lugar, en la tumba, para doce de nosotros. El viejo Hystaspes y dos hermanos de Darío

están ya en uno de los nichos. Luego, Darío, yo y mi hermana Artystone ocuparemos otro nicho, y los seis sobrinos los tres restantes. Habíamos arreglado todo con Darío. Y esta mañana, Darío ha asignado a Parmys el lugar previsto para el joven Artafrenes. ¡Precisamente a Parmys! A propósito: murió la semana pasada. Me han dicho que fue muy doloroso.

Atosa colocó su fina mano amarilla en el lugar donde había estado su pecho.

—Sí, la misma enfermedad. Pero yo tenía a Demócedes, y sobreviví. A ella la atendieron solamente los egipcios. Y murió, muy dolorosamente. Dicen que al final pesaba menos que un niño de un año. —Esa agradable fantasía fue disipada por otra idea—: Parmys, con nosotros, en esa cámara de piedra, por toda la eternidad, Oh, es intolerable. Y misterioso. Por supuesto, se dice que… Pero la cuestión es, ¿por qué ha hecho lo impensable? Sólo para fastidiarme, y el caso es que lo ha conseguido. No puedo soportar la idea de tener que yacer durante toda la eternidad junto a la hija de un asesino, un traidor y un impostor.

Debo reconocer que había olvidado completamente a Parmys, hija del usurpador Mago Gaumata. Lais me había contado la sorpresa de la corte cuando Darío anunció que pensaba casarse con ella. Y aún se asombraron más ante su explicación:

—Impostor o no, el Mago fue Gran Rey durante un año. Por lo tanto, su hija Parmys es la hija de un Gran Rey de Persia, y una digna esposa para mí.

—Debes prometerme en nombre de Anahita… bueno… del Sabio Señor, que cuando Darío y yo estemos muertos convencerás a Jerjes de la necesidad de sacar de esa tumba a esa mujer horrible. ¡Júralo!

Mientras lo hacía, Atosa me miró con suspicacia.

—Si rompes tu juramento, no podré hacerte nada corpóreamente. Pero la diosa es fuerte. La diosa está en todas partes. —Los ojos rojos de Atosa me miraban intensamente.

—Haré lo que pueda. Pero, sin duda, una palabra a Jerjes…

—Ya la ha oído. Pero es olvidadizo. Y también puede caer bajo la influencia de otras consideraciones. —No explicó cuáles—. Así que cuento contigo. Solamente contigo.

Atosa tenía otras quejas. Rara vez veía a Jerjes. Cuando la corte estaba en Susa o en Ecbatana, él estaba en Babilonia o en Persépolis.

—Tiene la manía de las construcciones. —Atosa frunció el ceño—. Como mi padre, naturalmente. Pero como él descubrió, es una afición muy costosa. E infinita.

Al cabo de los años, yo habría de contemplar cómo Jerjes creaba en Persépolis el más hermoso conjunto de edificios inconclusos del mundo. Cuando Calias fue a Persia a negociar la paz, lo llevé a Persépolis. Elpinice me dijo que se asombró a tal punto de la obra de Jerjes que encargó a uno de sus esclavos la realización de una serie de dibujos de los principales edificios. En este mismo momento, los atenienses están atareadísimos imitando el trabajo de Jerjes. Afortunadamente, he visto el original. Y, afortunadamente, jamás veré las toscas copias de Fidias.

Atosa reconoció sufrir cierta soledad, cierto aislamiento.

—Tengo a Lais, por supuesto. Pero está como loca con la política griega. En general, siempre he estado satisfecha de los eunucos. Han sido mis ojos, mis oídos, y mis manos desde la infancia. Pero esta nueva generación no es de ningún modo como

la anterior. Se parecen demasiado a las mujeres, o a los hombres. No sé qué es lo que va mal. En los tiempos de mi padre, eran perfectamente equilibrados y fieles. Sabían qué quería yo sin necesidad de que hablara. Ahora son arrogantes, necios, descuidados, y las dos salas de la cancillería son un desbarajuste. Nada se hace bien. Debe ser por todos esos griegos de Samos. Son guapos, por supuesto. E incluso inteligentes. Pero no son buenos eunucos. Y lo único que hacen con gran eficacia es armar líos. ¿Sabes que Lais está conspirando de nuevo?

—Sí. He conocido al rey de Esparta.

—En el harén, la llaman la reina de Grecia. No, no me importa. Si no fuera por ella, jamás sabría lo que se propone esa gente tan turbulenta.

—¿Qué se propone? —En los asuntos serios, yo le hacía preguntas directas a Atosa. A veces, ella me daba respuestas directas.

—Quieren una ofensiva de primavera. La destrucción de Atenas y demás. Todo eso es absolutamente inútil, pero Hipias…

—Siempre Hipias.

—No interrumpas.

—Era un eco, Gran Reina.

—Detén el eco. Hipias ha convencido a Darío, una vez más, de que los atenienses quieren que vuelva como tirano. Darío se está haciendo viejo. —Atosa no era como Lais. No susurraba frases prohibidas: las gritaba, sabiendo que el servicio secreto repetiría cada una de sus palabras a Darío. Así se comunicaban entre sí. Sólo después de la muerte de Darío logré saber por qué ella no le tenía miedo, y sí él a ella.

—Darío está en un error. Cree realmente que Atenas quiere restaurar a los tiranos ahora, cuando todas las demás ciudades griegas se han convertido en democracias.

Eso me sorprendió.

—Pero seguramente las ciudades de Jonia son…

—Son ahora democracias. Los tiranos han desaparecido; hasta el último. Gracias a Mardonio. Al principio, Darío estaba furioso. Pero luego comprendió cuán inteligente era Mardonio. —Los ojos de Atosa eran, a la luz de la tea, como de esmalte polvoriento—. Mardonio es sutil. Demasiado, pienso a veces. De todos modos, mientras iba de ciudad en ciudad, comprobaba que los tiranos eran impopulares por su lealtad a Persia.

—Excelente razón para apoyarlos.

—Eso habría pensado yo. Pero Mardonio es más sutil que nosotros. Se preocupó especialmente por tratar con los comerciantes griegos. Ya sabes, la clase de gente que controla al populacho cuando se reúne y vota. Y luego, de repente, y en nombre del Gran Rey, Mardonio expulsó a los tiranos. Así, como te lo digo. Y ahora es el héroe de las democracias jónicas. Verdaderamente, me ha dejado sin aliento.

—Aunque los tiranos se hayan ido, estoy seguro de que Mardonio ha dejado una reina en Halicarnaso. —A la reina, estas cosas le encantaban.

—Oh sí. Artemisia es todavía reina. Es también una viuda hermosa.

—Una viuda aceptable.

—Todas las reinas deben ser consideradas hermosas —respondió Atosa con firmeza—, excepto por sus maridos. De todos modos, ahora, gracias a Mardonio,

Persia se encuentra en la ridícula posición de defensora de la democracia en las ciudades de Jonia, al mismo tiempo que intenta derribar la democracia ateniense para restaurar la tiranía.

—Mardonio es muy impetuoso.

—En tiempos de mi padre, lo hubiesen quemado vivo ante las puertas del palacio por arrogarse la autoridad del Gran Rey. Pero estos tiempos son diferentes, como me digo a menudo. —Atosa dio un golpecito experimental a uno de los dientes que le quedaban, e hizo una mueca de dolor—. Mardonio ha tenido suerte al conquistar Tracia y Macedonia. De otro modo, quizá Darío se hubiera enojado mucho con él. Pero ahora Darío lo escucha a él, y sólo a él. Por lo menos, durante esta estación. Y eso significa que habrá otra campaña griega, con o sin Mardonio. A menos que… Dime más de la India.

Atosa era una política sumamente práctica y realista. Sabía que, tarde o temprano, Jerjes debía probarse en la guerra y, a la luz de las victorias de Mardonio, cuanto antes mejor. Atosa no temía que Jerjes fracasara en el combate, ¿no era, acaso, el nieto de Ciro? Temía que la facción de Gobryas lo asesinara. Y sabía que es mucho más fácil matar a un comandante en el campo de batalla que a un príncipe bien protegido, en la corte.

Cuando terminé, Atosa pronunció unas palabras terribles:

—Hablaré con Darío.

En todos los años que nos tratamos, creo que no le oí decir esas palabras más de tres veces. Era como una declaración de guerra. Con gran agradecimiento, besé su mano. Una vez más, éramos compañeros de conspiración.

Traté varias veces de ver a Mardonio, pero estaba demasiado enfermo para recibirme. La pierna estaba gangrenada y se hablaba de amputación. Era una vergüenza, decían todos, que Demócedes hubiera muerto.

Fan Ch'ih estaba encantado con Babilonia.

—Hay por lo menos seis hombres de Catay viviendo aquí; uno es socio de los Egibi. —Todo el mundo sabe, con excepción de Demócrito, que Egibi e hijos son los banqueros más ricos del mundo. Durante tres generaciones han financiado caravanas, flotas y guerras. Nunca conocí bien a ninguno, pero Jerjes tenía demasiada relación con ellos. A causa de su pasión por la construcción, Jerjes estaba constantemente necesitado de dinero. Los Egibi estaban siempre dispuestos a ayudar, y a veces hasta se mostraban razonables. Solían prestar dinero al veinte por ciento. Con Jerjes, reducían la comisión al diez por ciento. Por esta razón pudo iniciar, aunque no completar, la edificación de una docena de palacios, y conducir las guerras griegas. Roxana, la esposa de Jerjes, era nieta de un Egibi. Se avergonzaba de ello, lo cual divertía mucho a Jerjes.

—No le pueden negar dinero a un miembro de la familia —solía decir él.

Darío despreciaba a los banqueros, lo cual era extraño, porque era esencialmente un mercader. Supongo que deseaba eliminar intermediarios. En todo caso, dirigía las finanzas del reino mediante el tributo y el saqueo. Según Jerjes, Darío nunca tomó dinero en préstamo.

—No creo —decía— que mi padre comprendiera el sistema.

Nunca le dije al Gran Rey Jerjes que, en materia de finanzas, había muy pocas

cosas que su predecesor no comprendiera. Los descuentos que retiraba Darío del dinero ingresado en el tesoro eran notorios. Aunque se supone que Hipias le enseñó la manera de engañar al estado en las cuentas, yo pienso que fue exactamente al revés. Y, por otra parte, la acuñación de monedas de oro fue siempre honesta en tiempos de Darío. «Yo soy el arquero» decía, arrojando una moneda sobre la mesa. «Aquí están mi cara, mi corona, mi arco. Todo el mundo debe apreciar mi verdadero peso.» Así fue hasta hace muy poco. Sólo recientemente se ha degradado la ley de las monedas de oro.

Logré organizar varios encuentros entre Jerjes y Fan Ch'ih. Como intérprete, me ocupaba de que se entendieran bien. No sólo conseguí interesar a Jerjes en la India; además, los relatos de Fan Ch'ih sobre las ciudades de Catay nos excitaban a los dos.

—¡Qué grande es el mundo! —exclamó una vez Jerjes. Nos faltaban mapas, y Fan Ch'ih no era muy preciso en la descripción de las vías de acceso a Catay. Nos dijo que había dos caminos terrestres. Uno pasaba a través de las altas montañas, al este de la antigua república de Sakya; el otro cruzaba el gran desierto del norte, más allá del río Oxo. Fan Ch'ih había llegado por mar hasta el puerto de Champa, en Magadha.

—Pero me llevó más de un año —dijo—. Y no quiero volver por el mismo camino. Quiero encontrar una buena ruta por tierra, un camino de seda que nos acerque a vosotros.

Más tarde, en Catay, Fan Ch'ih me dijo que había sido deliberadamente poco explícito acerca de los accesos al Reino Medio, porque le había anonadado la inmensidad del imperio de Darío.

—Yo había pensado que Persia sería como Magadha. En cambio, encontré un monarca universal que, por fortuna para nosotros, no sabía cuánto universo había. Decidí entonces que no era conveniente su visita a Catay. La llegada de un ejército persa al río Amarillo hubiera causado grandes perturbaciones.

Vale la pena observar el contraste entre un hombre de Catay y un griego. Un griego siempre está dispuesto a traicionar a su tierra natal por amor propio herido. Aunque el Reino Medio está dividido en docenas de estados en lucha, ningún hombre de Catay, salvo, quizás, el llamado hijo del cielo, soñaría en pedir ayuda al ejército de una potencia extranjera. La gente amarilla no sólo es excepcionalmente inteligente; está convencida de que es la mejor del mundo. A sus ojos, los bárbaros somos nosotros. Por eso únicamente algunas almas aventureras, como Fan Ch'ih, salen de Catay. El resto es indiferente a lo que pueda haber más allá del Reino Medio.

Fan Ch'ih hizo rápidamente una cantidad de arreglos comerciales con Egibi e hijos. Explotó con habilidad su pasión por la seda y las telas de Catay. Vendió lo que tenía, compró lo que podía, y tomó dinero en préstamo a cuenta de futuros beneficios.

Mientras yo esperaba todavía una audiencia privada con el Gran Rey, Fan Ch'ih organizó un convoy de naves de carga que lo llevaría a la India. Allí desembarcaría con sus mercancías, y continuaría con una caravana. Proyectaba atravesar la India y entrar en Catay por las altas montañas, un viaje largo y azaroso, de aquellos que los jóvenes suelen emprender sin pensarlo dos veces.

Después de un breve período de duelo por Parmys, Darío ofreció una recepción y yo aproveché la oportunidad para presentar a Fan Ch'ih en la corte. Al principio hubo toda clase de objeciones de la segunda sala de la cancillería. ¿El

hombre amarillo era verdaderamente un embajador? ¿De qué rey? Si era sólo un mercader, no podía ser recibido. Esto era definitivo. Finalmente Jerjes intervino y el embajador Fan Ch'ih fue invitado a presentarse ante el Gran Rey y obsequiarle con el reconocimiento de su autoridad por el duque de Lu.

A mediodía llegamos a la sala de las columnas. Jerjes acababa de concluir ese bello edificio situado al noroeste del palacio. Fui recibido por el chambelán, y tratado con gravedad por los nobles persas, que nunca supieron muy bien qué pensar de mí. En principio, no les agradan los sacerdotes. Yo era, en realidad, tan poco sacerdote como noble. Sin embargo, aunque no era ni una cosa ni la otra, estaba próximo a la familia real. Por lo tanto, los nobles me ofrecieron sus mejillas, sus sonrisas corteses, sus cumplidos. Todos ellos, con la sola excepción de Gobryas, quien apenas me saludó con un leve movimiento de la cabeza. Como miembro del partido de Atosa y Jerjes, yo era su enemigo. Observé que las patillas del anciano habían sufrido una nueva transformación. De un color rojo vivo habían pasado, como las hojas en otoño, a un dorado opaco.

Aunque Mardonio no estaba presente, había más de un centenar de hijos y sobrinos del Gran Rey. Vi por primera vez a Artafrenes, hijo del sátrapa de Lidia. Se parecía a su padre, excepto por la expresión del rostro, como petrificada por la ambición. A su lado se encontraba el almirante medo Datis, a quien había conocido años antes, en el pabellón de caza del camino a Pasargada. El continente griego estaba agrupado a la izquierda del trono. Hipias parecía muy envejecido, pero resuelto. Se apoyaba en el brazo de Milo, ahora un hombre de gran belleza. Me incliné ante Hipias. Abracé a Milo, que me dijo asombrado:

—Te has vuelto negro.

—Por comer demasiado fuego —respondí, volviéndome. No deseaba hablar con el rey de Esparta.

Fan Ch'ih no se apartaba de mí. Los nobles lo miraban como si fuese un extraño animal, y él devolvía esa mirada. Aunque no le agradaba la arquitectura persa, admiró el esplendor de los vestidos.

—¿Dónde están los Egibi? —preguntó bruscamente.

—Esto es la corte. —Pensé que era una respuesta suficiente.

—Lo sé. Y también sé que le prestan dinero al príncipe de la corona. Entonces, ¿por qué no están aquí?

—Esto es la corte —repetí—. Los Egibi son banqueros y mercaderes. El Gran Rey no puede recibirlos.

—Pero su familia negocia con ellos.

—Sí, pero sólo en privado. En la corte, únicamente los nobles pueden presentar sus respetos al Gran Rey. ¿No ocurre lo mismo en Catay?

—Se dice que así era, seguramente, en los antiguos tiempos. —Fan Ch'ih era un consumado artífice de la reticencia informativa, arte cuya creación suele atribuirse a su maestro K'ung.

En cada una de las capitales del Gran Rey, el ceremonial de la corte se ajusta al protocolo existente antes de la creación del imperio persa. En Menfis, el Gran Rey es un faraón y un dios; en la ciudad santa de Pasargada, es el jefe del clan. En Babilonia, es el rey caldeo, cuyo poder deriva de la casta sacerdotal. Los sacerdotes entendían,

allí, que si bien la ciudad puede pertenecer a un rey persa mortal, el ceremonial de la corte no debe ser otra cosa que un reflejo terrestre de la gloria inmortal de Bel-Marduk. Como resultado, los músicos tocan melodías más apropiadas para una fiesta con prostitutas que para una recepción del Gran Rey. Las bailarinas del templo, con movimientos indeciblemente obscenos, rinden homenaje a Ishtar, que es Cibeles, que es Anahita, que es Diana, y tantas diosas de otras partes.

En Babilonia, el gran sacerdote de Bel-Marduk era el maestro de ceremonias. Aquel día su voz se encontraba en estado excelente. De pie en la entrada del salón de las columnas, aullaba en la antigua lengua de Caldea. Entonces, el comandante de la guardia rugió:

—¡El Gran Rey Darío, señor de todas las tierras, rey de Babel, rey de reyes!

Darío apareció en el vano de la puerta, con el sol detrás. Cuando pisó la larga alfombra de Sardis que llevaba al trono, nosotros nos prosternamos.

El Gran Rey vestía la túnica púrpura meda que sólo puede usar el soberano. En su cabeza tenía el alto cidaris de fieltro adornado con la cinta azul y blanca de Ciro. En la mano derecha traía el cetro; en la izquierda, un loto dorado. El chambelán de la corte tenía una palmeta para ahuyentar moscas y una servilleta plegada sobre el brazo. El comandante de la guardia le seguía, con un taburete. Un miembro de la familia real babilonia sostenía el tradicional parasol dorado sobre la cabeza del Gran Rey. Aquel parasol en particular había pertenecido a los antiguos reyes asirios. Unos pocos pasos más atrás del Gran Rey se encontraba el príncipe de la corona.

Mientras Darío avanzaba lentamente por el centro del salón, los sacerdotes de Bel-Marduk empezaron a cantar con solemnidad. Aunque debíamos mirar el suelo, todos mirábamos al Gran Rey.

Darío era en aquel momento rubio como un escita. Busqué huellas del tiempo y las encontré. Siempre es fácil hacerlo, salvo en el propio espejo. Unos meses antes, Darío había sufrido una especie de parálisis. Como resultado, cojeaba levemente del pie izquierdo; y su mano izquierda, que sostenía el loto, parecía rígida. Luego me dijeron que Darío no poseía la menor fuerza con el lado izquierdo de su cuerpo, y que el loto estaba atado a sus dedos.

Sin embargo, su rostro todavía era hermoso, y no parecía más pintado que de costumbre. Los ojos azules brillaban. Aun así, el contraste con Jerjes era demasiado vívido. Jerjes era una cabeza más alto que su padre, y era joven. Llevaba un loto dorado en la mano izquierda, y nada en la derecha, todavía.

Sospecho que Darío tenía perfecta conciencia de que no había en el salón una sola persona que no se preguntará cuánto tiempo pasaría antes de que hubiese un nuevo ocupante en el trono del león. Sólo que en Babilonia no se usaba el trono del león. Ante la insistencia de los sacerdotes, el Gran Rey se había visto obligado a sentarse en una silla dorada, no muy esplendorosa, que había sido utilizada durante mil años por los reyes acadios, o al menos eso afirmaba el sumo sacerdote. Cuando Babilonia se rebeló por última vez, Jerjes hizo despedazar y arrojar al fuego la silla. Mientras miraba las llamas azules, exclamó:

—¡Mirad! ¡Yo tenía razón! Es madera nueva. Aquí se falsifica todo.

El culto de la antigüedad siempre había sido una especie de locura en Babilonia. El responsable de esto era Nabonides, el último rey babilonio. Había pasado

su vida excavando en busca de las ciudades olvidadas. Cuando Ciro invadió Babilonia, Nabonides estaba muy ocupado tratando de descifrar las inscripciones de la piedra fundamental de un templo de treinta y dos siglos de antigüedad. Sólo advirtió que ya no era rey cuando retornó a la ciudad por la noche y encontró a Ciro instalado en el nuevo palacio. Al menos, esto es lo que cuenta, complacida, la gente de pelo negro. En realidad, Nabonides fue capturado, aprisionado y liberado. Y luego volvió a sus excavaciones.

Nabonides y su amigo Amasis, el faraón de Egipto, no se limitaban a desenterrar constantemente el pasado, sino que también lo imitaban. Nada es lo bastante viejo ni lo bastante feo para el verdadero amante de las antigüedades. Además, y esto es lo peor, se han revivido, particularmente en Egipto, toda clase de ritos religiosos olvidados desde mucho tiempo atrás. Para su eterna vergüenza, Ciro alentó la pasión por lo antiguo de sus súbditos babilonios y egipcios. Su deplorable política consistía en identificar a los aqueménidas con cualquier dinastía extinguida de alguna importancia. Excepto Jerjes, todos sus sucesores persistieron en esa locura. Durante más de veinte años, una docena de Magos se esforzó, en una recóndita habitación del palacio de Susa, por inventar genealogías plausibles para Darío. Finalmente, Darío quedó emparentado con todo el mundo, desde Zeus hasta Amón-Ra, y siempre en línea directa.

Darío se sentó. Jerjes permaneció de pie a su lado. Nos pusimos todos de pie, con las manos ocultas en nuestras mangas, y las cabezas respetuosamente inclinadas. El sacerdote babilonio canturreó los títulos del Gran Rey. Luego hubo una danza erótica de las mujeres del templo de Ishtar. La ceremonia en su conjunto era muy poco persa.

Con unas listas en la mano, el chambelán de la corte susurraba al oído de Darío las cosas que debía saber. Como Darío estaba por entonces bastante sordo, había bastantes confusiones. Con frecuencia se otorgaba a la persona equivocada el mando de un puesto fronterizo inexistente. Sin embargo, Darío insistía en hacer personalmente todos los nombramientos, a diferencia de Jerjes, quien cedía a la cancillería todas las tareas de rutina. Como resultado, Darío nunca perdió el control de una máquina de gobierno que Jerjes no logró dominar.

Darío habló luego de temas generales. De vez en cuando pronunciaba mal alguna palabra sencilla, lo que es característico de quienes han sufrido una parálisis parcial o total del lado izquierdo. Demócedes me dijo en una ocasión que nada se puede hacer cuando ocurre eso. Pero si el paciente es un hombre fuerte y voluntarioso, se pueden prescribir ciertos apósitos de hierbas, puesto que «no le causarán prácticamente ningún daño». Demócedes era un médico muy extraño.

Todo marchaba bien en las fronteras del norte, dijo Darío. Las tribus estaban en paz. Había habido desobediencia civil en Armenia. El Gran Rey le había puesto fin. Las alarmas habituales en Egipto. Pero Egipto era como Babilonia: estaba lleno de fanáticos religiosos, locos y aventureros. El Gran Rey había restaurado la tranquilidad.

Mientras Darío hablaba, yo miraba a los griegos. Hipias y Demarato encabezaban conjuntamente un grupo de unos veinte exiliados. Con excepción de Hipias, no había ya tiranos en la corte. Aquella era había concluido. Los griegos eran en su mayoría decepcionados generales, almirantes, magistrados, que se sentían —

muchas veces con razón— maltratados por las democracias. Los atenienses eran los más amargados. Pero era natural: la asamblea ateniense era particularmente inicua. Cualquier ciudadano podía verse obligado a embalar sus posesiones si una mayoría de la asamblea de la ciudad, corrompida en ocasiones, pero siempre frívola, votaba el ostracismo. Tarde o temprano, todos los hombres distinguidos del estado eran desterrados. Demócrito cree que exagero, pero no es así. Un día eliminarán al general Pericles simplemente porque les aburre.

—En lo que se refiere al oeste —Darío cruzó sus brazos; el cetro y el loto cambiaron de lado, como la vara curva y el mayal cuando el faraón de Egipto desea representar su dominio sobre el doble reino—; estamos satisfechos de nuestro sobrino Mardonio. Ha acabado con las antiguas formas del poder de los griegos. Los tracios nos han enviado agua y tierra, en reconocimiento de nuestra soberanía. El rey Alejandro de Macedonia ha enviado también el agua y la tierra. Es nuestro esclavo desde ahora en adelante. El problema de los griegos de occidente ha sido resuelto. No habrá campaña de primavera.

Aunque Jerjes estaba obligado a mantenerse inexpresivo como una estatua detrás de su padre, pude ver cómo sus labios se entreabrían en un esbozo de sonrisa.

No hubo sonrisas entre los griegos. El Gran Rey había hablado desde el trono. Los griegos sólo podían discutir el tema en audiencias privadas, y sin duda lo harían. Darío no tendría un invierno apacible.

El Gran Rey recorrió el salón con la vista. Cuando me vio, hizo un gesto con su cabeza.

—Recibiremos ahora a nuestro embajador ante los dieciséis reinos situados más allá del río Indo. Congratulamos a Ciro Espitama por haber abierto una ruta comercial entre nuestra satrapía de la India y los países de…

Darío y el chambelán de la corte intercambiaron murmullos. El chambelán no podía pronunciar con facilidad las palabras Magadha y Koshala, y, de todos modos, Darío no las podía oír. Irritado, Darío hizo callar al chambelán con un golpecito del cetro.

—… y los dieciséis países —concluyó Darío, con firmeza—. La primera caravana llegó a Bactra justamente antes de la luna llena, con un gran cargamento de hierro fundido. El año próximo recibiremos metales, textiles y joyas de… de esos lejanos países. Acércate, Ciro Espitama.

Dos ujieres se acercaron. Me escoltaron hasta el trono.

Me prosterné ante el taburete dorado.

—Desde ahora en adelante, serás mi ojo —dijo Darío.

El canciller me había anunciado ya que sería designado ojo del rey. Eso significaba que, como alto funcionario del estado, recibiría un considerable salario del tesoro. Podría además residir en cualquiera de los palacios reales y viajar a donde quisiera, a costa del gobierno, acompañado por un guardia ceremonial y un heraldo cuya voz «¡Paso al ojo del rey!» era suficiente para hacer que media población del imperio se arrojara al suelo aterrorizada. A intervalos regulares, un ojo del rey investigaba cada una de las satrapías. Las quejas que pudiera tener cualquier ciudadano contra el sátrapa y su administración eran formuladas al ojo del rey, que tenía autoridad para resolver en el acto. Durante el tiempo que permanece en su

cargo, el ojo del rey es el vicario del monarca. Como muchas satrapías son enormemente ricas y complejas, por ejemplo, en particular, Egipto, Lidia y la India, un ojo del rey corrompido muere rico. Por supuesto, yo no fui jamás enviado a una provincia rica. Hice una inspección de rutina en las ciudades de Jonia, donde no hay mucha riqueza, y otra en Bactria, que es pobre.

Expresé mi gratitud al Gran Rey y al Sabio Señor, que lo había inspirado. Finalmente, Darío me dio un amable puntapié en el hombro. Ya había oído bastante acerca de mi gratitud. Cuando me puse de pie, observé que su rostro estaba muy demacrado. Sin embargo, los ojos parecían vivaces e incluso maliciosos.

—Al oriente del oriente —anunció el Gran Rey—, hay una tierra llamada Catay. —Darío, evidentemente, se estaba divirtiendo a expensas de los griegos, que no tenían el menor interés en mi embajada. Era curioso que también la mayoría de los nobles persas fuese indiferente a la atracción de nuevos mundos por conquistar. Pensaban que Persia era ya lo bastante grande. Siempre han carecido de curiosidad—. Ese remoto país está lleno de ríos y ciudades, de oro y de vacas. —Ahora, Darío hablaba para su propia diversión y quizá para la mía—. Sus habitantes descienden de un dios amarillo, y residen a ambos lados de un río amarillo que jamás se seca. En una época, tuvieron un gobernante enviado por el cielo. Pero desde que murió, los nobles no han hecho otra cosa que disputar entre sí, como se acostumbraba hacer también entre nosotros. Lo que fue una vez un solo y opulento reino, es ahora un infeliz conjunto de pequeños estados turbulentos necesitados de un gran rey que pueda protegerlos y darles una moneda sólida y una justicia perfecta. El señor de uno de esos países, al este del este, está dispuesto a ofrecernos el agua y la tierra, y nos ha enviado un embajador.

Todo esto era bastante poco exacto, para decir lo menos. Fan Ch'ih era titular de una misión comercial, no de una embajada. Pero Darío sabía muy bien lo que hacía. Quería avivar el interés de los clanes. Deseaba convencerlos de un hecho del que jamás había dudado: el futuro de Persia se hallaba al oriente, y al oriente del oriente.

Afortunadamente, Fan Ch'ih no entendía una palabra de persa, y yo solamente traduje lo que deseaba que él oyera. Luego le dije al Gran Rey lo que él quería oír. Como ninguno de los presentes comprendía el dialecto indio que usábamos Fan Ch'ih y yo, pude hacer una versión perfectamente libre.

Fan Ch'ih se prosternó ante el Gran Rey. Por lo menos, nuestra corte, que sólo se miraba a sí misma, se asombró ante su apariencia. Todo el mundo lo contempló. Aunque hay hombres amarillos en todas las ciudades persas importantes, ningún noble había visto uno de cerca, a menos que se dedicara al comercio; y esto era muy poco probable porque un noble persa no puede comerciar ni tomar dinero en préstamo. Al menos, en teoría. La gente amarilla de Catay era sólo un rumor en la corte, como los africanos de dos cabezas que Escílax afirmaba haber visto.

Fan Ch'ih estaba cubierto de tela roja de Catay de pies a cabeza. Era un hombre bien parecido, aproximadamente de mi edad. De la clase de los guerreros, había servido en el ejército de una de las familias principales del ducado de Lu. A diferencia de la mayoría de los jóvenes de su raza y clase, deseaba ver mundo. Para eso había propuesto el comercio con el oeste como pretexto para un viaje a la India y a Persia.

Fan Ch'ih dijo:

—Me inclino con reverencia ante el Gran Rey. —Yo cambié «Gran Rey» por «monarca universal».

Fan Ch'ih agregó:

—He venido a reabrir la ruta terrestre entre Persia y Catay.

Traduje esto exactamente. Y añadí:

—He venido como embajador del duque de Lu, una tierra tan grande y rica como Lidia. Mi señor ha dicho que si vienes con tus ejércitos, te ofrecerá la tierra y el agua y se someterá a ti como tu esclavo.

Esto causó cierta conmoción en la sala de las columnas, excepto entre los griegos. Para los griegos, si algo no es griego, no existe.

Darío parecía muy feliz.

—Di a tu señor que iré hacia él con mis ejércitos. Dile que cogeré con mis propias manos la tierra y el agua que me ofrece. Dile que lo haré luego sátrapa de… todo Catay. —Darío era magnifico. No tenía la menor idea de lo que era Catay, como tampoco yo. Podríamos haber estado hablando de la luna. Pero, ante la corte, se mostraba sereno, conocedor, todopoderoso.

Fan Ch'ih parecía obviamente asombrado ante semejante intercambio de palabras, considerablemente más largo que su humilde solicitud de apertura de una ruta comercial. Le dije:

—El Gran Rey protegerá todas las caravanas que vayan de Persia a Catay. Te encomienda que le prepares una lista de los productos que tu país desee cambiar por el oro persa, o por otras especies.

—Di al Gran Rey que obedeceré su orden. Dile que ha respondido a todos mis deseos.

Me dirigí al Gran Rey:

—Si vienes a Lu, responderás al mayor deseo de su jefe, que te promete servir lealmente como sátrapa de todo Catay.

Esta representación que montamos con Darío fue la comidilla de la corte durante el resto del invierno. Hasta el más obtuso de los nobles persas estaba intrigado ahora por esa posible campaña en el este, y en el este del este.

De la noche a la mañana surgió la moda de usar alguna tela de Catay. La consecuencia fue que se vendió hasta el último retal de seda que había en plaza, para alegría de los Egibi, que entonces controlaban —y controlan ahora— el comercio de la seda. Las telas de Catay se compraban con oro persa, y Egibi e hijos extraían su veinte por ciento del préstamo a Fan Ch'ih, más el beneficio adicional por la venta de la seda.

El Gran Rey me llamó al día siguiente al de la recepción. Darío había tenido preferencia, siempre, por las habitaciones pequeñas. En el lugar en que me recibió parecía un león de la montaña que ha hecho su morada en una hendidura en la roca. Como la mayoría de los señores de este mundo que he conocido, se sentaba invariablemente de espaldas a la pared.

Lo hallé examinando una pila de cuentas. Por la edad, sólo podía leer acercando mucho la escritura a sus ojos. Me incliné. Durante unos instantes no me prestó atención. Escuché su respiración fatigosa y pude oír una especie de siniestro ronroneo en su pecho. Finalmente dijo:

—En pie, Ojo del Rey. Esperemos que no seas tan defectuoso como los verdaderos ojos del rey.

Lo estudié intensamente a través de los párpados respetuosamente bajos. El pelo, teñido en forma irregular, y la barba, ostentaban su habitual desorden. Su cara, sin pintura, estaba cenicienta. Por su túnica manchada y arrugada, podría haber sido un entrenador de caballos de Grecia. Sus debilitados brazo y mano izquierdos estaban colocados de forma natural sobre la mesa, y no se observaba ninguna incapacidad física.

—Has pagado demasiado por el hierro.

—Sí, Gran Rey. —No se discutía con Darío.

—Pero quiero un segundo cargamento. Esta vez no pagaremos en oro, sino en especie. ¿Sabes qué desea esa gente?

—Sí, señor. He preparado una lista y la he entregado en la segunda sala de la cancillería.

—Donde desaparecerá para siempre. Dile al consejero de oriente que deseo esa lista hoy mismo. —Darío depositó sobre la mesa los documentos que sostenía en la mano derecha. Se echó hacia atrás en su silla. Sonreía francamente. Sus dientes eran fuertes y amarillentos y, sí, como de león. Ésa es la persistente imagen que guardo del Gran Rey—. Sueño con vacas —dijo el león.

—Existen, señor. Por millones, y sólo esperan al pastor.

—¿Cuánto tiempo se necesita para traerlas al corral?

—Si el ejército partiera hacia el valle del Indo la próxima primavera, podría pasar el verano, que es la estación lluviosa, en Taxila. Y al comenzar el buen tiempo, correspondiente a nuestro otoño, tendrías cuatro meses para conquistar Koshala y Magadha.

—O sea que desde el principio al fin necesitaré un año. —Darío hizo a un lado los documentos, dejando a la vista el mapa de cobre que yo había preparado para él. Golpeó el metal con el anillo de oro de su dedo índice—. Háblame de las distancias. ¿Cómo es el terreno? ¿Y todos esos ríos? Jamás he visto tantos en un país. ¿Son rápidos? ¿Necesitaremos una flota? ¿O hay suficiente madera para construir una en el lugar? En caso contrario, ¿tendremos que llevar la madera? ¿Qué tipo de nave sería apropiado?

Nunca me han hecho tantas preguntas como en esa hora. Afortunadamente, conocía la mayor parte de las respuestas. Y afortunadamente, el Gran Rey poseía una memoria perfecta y jamás preguntaba dos veces la misma cosa.

Darío mostró especial curiosidad por Ajatashatru. Rió cuando le conté que yo era el yerno de su futuro vasallo.

—¡Es perfecto! —dijo—. Te haré sátrapa de Magadha. Después de todo, eres miembro de la familia real, y nuestra política consiste en cambiar la situación lo menos posible. Tendremos que oscurecerte un poco. Son todos negros, ¿verdad?

—La gente común, sí. Pero la clase gobernante es casi tan clara como nosotros. Son arios, también.

—Signifique eso lo que signifique. De todos modos, te teñiremos con henna. Aunque, ahora que lo pienso, eres ya bastante negro. ¿Y esa gente de Catay? ¿Son todos tan amarillos como ése que trajiste a la corte?

—Eso he oído decir, señor.

—Nunca había visto uno tan de cerca. Los ojos son muy raros, ¿verdad? ¿Cómo puedo llegar a Catay? —Darío estaba ya soñando con las vacas de Catay.

Señalé el ángulo noreste del mapa.

—Hay un paso a través de estas montañas. Sólo es practicable en la estación cálida. Se dice que es un viaje de seis meses.

—¿Y por mar?

—Llevaría, desde Persia, por lo menos tres años.

—O sea, uno desde la India. Pasaremos por muchas islas, seguramente. Islas ricas.

—Islas, penínsulas, un continente. Fan Ch'ih dice que al sur de Catay hay solamente una jungla. Pero dice también que hay una cantidad de buenos puertos, y que abundan las perlas.

—Entonces cogeremos las perlas de Catay después de ordeñar las vacas de la India. —Con el ceño fruncido, Darío se cogió el brazo izquierdo con la mano derecha y lo retiró de la mesa. Tuve una sensación extraña. Había visto hacer el mismo gesto a su padre, cien veces. Darío tuvo conciencia de lo que había hecho delante de mí—. Todavía puedo montar a caballo —dijo serenamente.

—Y conducir un ejército, señor. —Me incliné.

—Y conducir un ejército. A Jerjes le agradaría ir a la India. —La sonrisa de Darío era a veces la de un joven, a pesar de la enmarañada barba cuadrada que casi ocultaba los labios llenos—. Sé que te ha expuesto sus quejas.

Sentí que la sangre afluía a mis mejillas. Así comenzaban las acusaciones de traición.

—Señor, jamás se ha quejado…

—Tonterías. —Darío estaba de buen humor—. Así como tengo ojos leales —me señaló—, tengo también oídos leales. Y no le reprocho eso al muchacho. Tiene la misma edad que Mardonio, y mira todo lo que ha hecho Mardonio. La reina tiene la culpa de la vida que lleva mi hijo. Ella quiere que esté seguro. Y eso me ha guiado. —Darío tuvo un breve acceso de tos y agregó—: No soy demasiado viejo para conducir el ejército.

El hecho de que Darío sintiera la necesidad de repetir esa declaración fue, para mí, el primer signo de que empezaba a decaer y de que era consciente de ello.

—Me he mantenido al margen de las guerras griegas porque no valen la pena de que pierda mi tiempo y mi esfuerzo. Y estoy harto de griegos. En la última recepción de Susa había más griegos que persas.

Quizá Darío tuviese cierta dificultad para leer, pero podía contar con gran facilidad.

—Estoy rodeado de griegos hambrientos de arqueros. —Siempre me chocaba un poco que Darío emplease esa palabra vulgar—. De las dos clases —añadió—. Pero ahora he terminado con eso. No habrá campaña de primavera. Mardonio está consternado. Pero le dije que no podría conducir el ejército aunque la hubiese. Y me hizo un discurso acerca de las batallas que han ganado generales en litera, lo cual es un disparate. Yo sí que aún estoy en condiciones de cabalgar desde la madrugada hasta el ocaso. —Esa brusca salida de tono me convenció de que Darío no volvería a

salir al campo de batalla. Me alegré. Jerjes tendría pronto su oportunidad—. Has hecho una buena tarea. —Darío hizo a un lado el mapa—. Informa a la cancillería de lo que, a tu juicio, deberíamos enviar a Catay. Escribe a esos dos reyes, los indios, haciéndoles saber que el Gran Rey dedica una sonrisa a sus esclavos. Las fórmulas habituales. Y que despacharemos una caravana antes del final del año próximo. —Darío sonrió—. No les dirás que yo seré el jefe de esa caravana. Y que nuestra mercancía será de metal: espadas, escudos, lanzas. Antes de morir, seré… ¿Cómo has dicho que se llamaba ese hombrecillo?

—Monarca universal.

—Seré el primer monarca universal verdadero. ¡Sueño con perlas y con sedas, con islas y con Catay!

Si Darío hubiese sido diez años menor, y yo diez años mayor, no dudo de que la porción más importante del mundo conocido habría sido ahora persa. Pero, como yo había calculado, Darío no había de conducir nunca más los clanes al combate. Antes de cinco años, estaría junto a su padre en la tumba de roca, en las afueras de Persépolis.

## 3

Mardonio me recibió en una casa flotante amarrada al embarcadero del nuevo palacio. El comandante en jefe de los ejércitos y las flotas del Gran Rey se veía pálido, frágil, y aún más joven de lo que era en realidad. Se encontraba en una hamaca suspendida entre dos vigas. Cuando la barca se movía, respondiendo a las corrientes del río, la hamaca se mecía por su cuenta.

—Cuando la barca se mece, el dolor disminuye —dijo Mardonio mientras yo descendía la escalerilla. La pierna infectada estaba desnuda, hinchada, negra. Dos esclavos ahuyentaban las moscas. El sándalo que ardía en el brasero no lograba disimular el olor a carne podrida que llenaba la cabina—. Feo, ¿verdad?

—Sí —dije resueltamente—. Córtatela.

—No. Necesito las dos piernas.

—Se puede morir de una infección como ésa.

—Lo peor ya ha pasado. O eso dicen. Si no es así… —Mardonio se encogió de hombros; luego hizo una mueca de dolor, a causa del esfuerzo.

A nuestro alrededor se oían los ruidos habituales de un puerto activo. Hombres que gritaban, maromas que crujían, el golpeteo de las barcas circulares babilonias que se movían contra la corriente.

—¿No te molesta el ruido?

Mardonio movió la cabeza.

—Me gusta. Cuando cierro los ojos, pienso que estoy con la flota.

¿Quieres venir conmigo la primavera próxima?

—¿A Tracia? —No sé cómo pude tener tan poco tacto como para mencionar el sitio en que había sido herido, y en que había perdido parte de la flota en una tormenta.

Mardonio frunció el ceño.

—Sí, también a Tracia, donde tus parientes se han rebelado.

—Abdera puede haberse rebelado, pero no la familia de Lais. Son pro-persas.

—Conocí a tu abuelo. No sabía que era tan rico.

—No lo conozco, lo siento. Sé que ha sido siempre leal al Gran Rey.

—Es griego. —Mardonio tiró de los cordeles de su hamaca para que describiera un arco mayor—. ¿Por qué incitas a Jerjes con esos cuentos de la India? —dijo, acusándome.

—Me ha preguntado. Le he contado. Si quieres, te contaré lo mismo. Nuestro futuro está en oriente.

—Dices eso porque has sido educado en la frontera oriental. —Mardonio parecía irritado—. No sabes cómo es Europa. Qué rica en plata, grano, gente.

—Darío intentó conquistar Europa, ¿recuerdas? Sufrió una grave derrota.

—Eso es traición —dijo Mardonio, sin preocuparse por moderar sus palabras—. El Gran Rey nunca ha sido derrotado.

—Ni su comandante herido.

Siempre hablé con Mardonio como un igual. Supongo que no le agradaba, pero, como Jerjes, él y yo habíamos sido como uno durante tantos años, no podía

protestar. Por otra parte, me quería más que yo a él. Eso siempre le da a uno cierta ventaja. Y como yo no podría conducir jamás un ejército, no representaba la menor amenaza para él. Mardonio pensaba, además, que sus palabras podían influir sobre mis consejos a Jerjes.

—Ese fue un estúpido error. —Mardonio cambió de posición en la hamaca. Traté de no mirar la pierna herida, y, por supuesto, no pude mirar en ninguna otra dirección.

—Nada se opone a que conduzcas los ejércitos a la India.

Yo estaba absolutamente convencido de la llamada política oriental, y jamás he dudado de ella, hasta hoy. Pero Mardonio era el ejecutor de la política occidental. Su tarea no era sencilla. El Gran Rey había perdido interés por Europa después de su derrota en el Danubio. Pasaba su tiempo preocupándose por las tribus del norte e imaginando medios para ganar más dinero. En general, Darío no había tenido verdadero deseo de nuevas conquistas hasta que yo encendí su imaginación con mis relatos de la India y de Catay.

Durante varias horas, Mardonio y yo conversamos en esa fétida cabina, cuyo constante movimiento me mareaba un poco. Aunque Mardonio no ignoraba mi audiencia privada con Darío, era demasiado agudo para preguntarme qué se había hablado. Quizá ya lo supiera. No había demasiados secretos en la corte de Persia. Todo el mundo sabía que yo había llegado a Babilonia con Jerjes.

—Quiero que Jerjes conduzca la próxima expedición a Grecia. Yo seré el segundo. —Mardonio, según pude ver, se figuraba que eso era sutil.

—Atosa no lo dejará ir —respondí, sin la menor sutileza.

—Pero Amestris lo obligará. —Mardonio sonrió—. Tiene gran influencia sobre nuestro amigo.

—Eso he oído decir. ¿Quiere ella que él vaya?

—Por supuesto. Odia que yo reciba todos los honores. No se lo reprocho. Por eso deseo compartir el crédito de la conquista de Europa.

—Exactamente, ¿qué parte de Europa esperas adquirir?

Era una pregunta importante. En aquellos días, sabíamos aún menos que ahora acerca de la extensión y variedad de las tierras occidentales. Los navegantes fenicios nos habían proporcionado una visión correcta de los puertos reales y potenciales de la costa norte del Mediterráneo. Pero el interior de ese continente tan densamente poblado de bosques y en su mayor parte deshabitado, era entonces, como hoy, un misterio. Y, a mi juicio, no valía la pena desvelarlo.

—Inicialmente deberíamos destruir Atenas y Esparta y traer aquí a los habitantes, como hicimos con los milesios. Luego, ocupar Sicilia. Es una isla enorme, donde se puede cosechar bastante trigo para alimentar a toda Persia, lo cual nos tornaría menos dependientes de esta maldita cebada. —Mardonio hizo una mueca—. Si quieres comprender a los babilonios, piensa en cebada, y en vino de palma. Viven sólo de eso, y míralos.

—Son bastante guapos, para ser gente de cabeza negra.

—No hablo de belleza. No los quiero como gente de placer. Quiero soldados, y aquí no hay ninguno.

Pero muy pronto los hubo. Casi toda la facción griega de la corte se nos unió

en la cabina.

Abracé al viejo Hipias.

—Esta será mi última campaña —susurró, junto a mi oído. Aunque era viejo y tenía los dientes flojos, aún podía montar como si él y el caballo fueran un solo ser—. Anoche soñé que mi madre me sostenía en sus brazos. Éste es siempre un buen signo. Ahora estoy seguro de que pronto estaré en Atenas, ofreciendo un sacrificio a Atenea.

—Esperemos que sea así, tirano —respondí cortésmente.

Demarato no se mostró cortés.

—Esperemos que haya una campaña. —El espartano me miró con desagrado, y los demás siguieron su ejemplo. Incluso la cara rosada de Milo parecía entristecida ante la idea de que yo pudiera ser, verdaderamente, un enemigo.

Mientras yo me excusaba, Mardonio insistía en que volviera a visitarlo.

—La próxima vez tendré un mapa de Europa para ti, de esos que alegran los ojos de un rey. —Rió. Los conspiradores griegos no lo acompañaron.

El sol ardía mientras trepaba los escalones que llevaban del embarcadero a la baja puerta que marca el fin de la avenida de Bel-Marduk, donde me esperaban mis guardias y el heraldo. Ya casi me había olvidado: aún no estaba acostumbrado a los placeres y molestias del rango. Una cosa es recibir honores en un país extraño como Magadha, donde uno no sabe nada de la gente y se preocupa aún menos, y otra andar o cabalgar por la principal avenida de Babilonia rodeado de guardias con las espadas desenvainadas mientras la clara voz de un heraldo ordena «¡Paso al ojo del rey!». Y el paso se abre. La gente se aparta como si un ojo de rey fuera fuego que pudiera quemarla, cosa que es.

Cuando la corte está en Babilonia, la ciudad está atestada. Los templos no se ocupan solamente de los servicios rituales y de la prostitución ritual, sino además de otras cosas más importantes, como el préstamo y el cambio de moneda. Se dice que la banca fue inventada por los babilonios. Quizá sea verdad. Pero también lo es que en otros lugares, y en forma independiente, los indios y los habitantes de Catay han descubierto sus propios sistemas. Siempre me sorprendió el hecho de que las tasas de interés fuesen por lo general las mismas en todas partes del mundo. Y sin embargo, ha habido poco o ningún contacto regular entre las tres tierras. Esto me parece francamente misterioso.

Continué mi camino a pie por las estrechas y retorcidas callejuelas laterales. Gracias al heraldo y a los guardias, logré llegar al despacho principal de Egibi e hijos sin demasiados codazos ni escupidas. Los cabezas negras se vengan de sus amos persas escupiéndoles cada vez que una multitud lo bastante grande les proporciona suficiente cobertura.

La fachada del establecimiento de banca más importante del mundo es un desnudo muro de barro donde hay una sencilla puerta de cedro con una ventanilla. Apenas me acerqué, la puerta se abrió. Esclavos negros con cicatrices rituales en la cara me llevaron hasta un pequeño patio donde fui recibido por el cabeza de la familia, un hombrecillo sonriente llamado Shirik. Cuando mi heraldo proclamó la presencia del ojo del rey, cayó de rodillas. Con un gesto respetuoso, le ayudé a incorporarse.

Shirik era amistoso, observador, y no estaba en modo alguno asustado. Me condujo a una habitación alta y larga cuyas paredes estaban cubiertas de estantes en

que se alineaban miles de tabletas de arcilla.

—Algunos de estos registros tienen más de un siglo —dijo—. Datan de los tiempos en que nuestra familia llegó a Babilonia. —Sonrió—. No, no éramos esclavos. Una leyenda dice que éramos prisioneros judíos traídos aquí después de la caída de Jerusalén. Pero nunca fuimos esclavos. Estábamos establecidos en Babel mucho antes de que llegaran.

Aparecieron Fan Ch'ih y el hombre de Catay que atendía a Shirik. Nos sentamos ante una mesa redonda, rodeada de tabletas de arcilla que representaban millones de ovejas, toneladas de cebada, lingotes de hierro, y casi todos los arqueros que se habían acuñado.

Creo que no hubiera sido un mal banquero si no hubiese sido tan cuidadosamente educado para no ser un sacerdote ni un guerrero. Aunque poseo el noble desdén persa por el comercio, me falta la pasión persa por la guerra, la caza y el exceso de vino. Aunque poseo un profundo conocimiento de la religión de los sacerdotes, no sé con certeza qué es verdad. Aunque una vez oí la voz del Sabio Señor, confieso ahora, en mi edad anciana, que oír y escuchar son dos cosas muy distintas. Estoy desconcertado por la creación.

Shirik fue inmediatamente al asunto.

—Estoy dispuesto a financiar una caravana a Catay. Me ha causado gran impresión Fan Ch'ih. Y también a mi colega, del ducado vecino de Wei. —Shirik señaló a su asistente amarillo, una criatura poco atractiva, con un ojo ciego y la palidez de una piedra lunar. Shirik era un hombre muy preciso. Sabía que Wei no era un reino, sino un ducado. En la medida en que podía obtener la información que necesitaba —o mejor, ansiaba—, conocía las cosas con exactitud. Con excepción de Darío, jamás he conocido a un hombre con tan apasionado interés por los detalles. —Naturalmente, hay dificultades —dijo Shirik, empezando por poner al prestatario a la defensiva.

—Numerosas, pero solubles, señor Shirik.

Fan Ch'ih estaba empezando a hablar una especie de persa que complementaba adecuadamente el de Shirik, perfectamente fluido pero de extraño acento. Shirik era babilonio, y hasta el día de hoy las gentes de Babel tratan de no aprender el persa, por el motivo, jamás admitido, de que tarde o temprano los persas se irán o serán absorbidos por la antigua y superior cultura de Babilonia.

Durante un rato, hablamos de los accesos a Catay. Aparentemente, lo más seguro era ir por tierra desde Shravasti hasta los pasos de la montaña. Todos concordábamos en que el viaje por mar era interminable, y que la huella que va desde Bactria hacia el este era peligrosa a causa de las tribus escitas. Mientras hablábamos, Shirik movía los discos de marfil de un ábaco con tal rapidez que se veían confusamente, como las alas de un colibrí.

—Por supuesto, una sola caravana no vale la pena. —Shirik nos ofreció vino en copas de oro macizo, cuya brillante riqueza contrastaba con las polvorientas tabletas que cubrían los muros, comparables a ladrillos de una ciudad muerta. Sin embargo, esas tabletas, enteramente vivas a pesar de su aspecto, habían hecho posibles las copas de oro.

—Digamos que la caravana llega a Lu o a Wei. Y que otra caravana retorna a Babilonia con mercancías que superan el valor de las transportadas por la primera. Si

esto ocurre, las probabilidades de que la primera caravana no llegue son de siete a uno; y de once a uno las de que, si lo hace, la segunda caravana no logre retornar a Babilonia.

Supuse que, de algún modo, había calculado estas probabilidades por medio del ábaco.

—Pero estoy dispuesto a correr el riesgo. Durante cinco generaciones nuestra familia ha deseado abrir una ruta entre Babilonia, es decir, Persia, y Catay. Siempre hemos mantenido conexiones con los reinos de la India. —Shirik se volvió hacia mí—. El mercader y banquero con quien has hecho arreglos en Varanasi es un valioso colega. Por supuesto, jamás nos conoceremos en esta vida, pero logramos mantener correspondencia una o dos veces por año, y hacer algunos negocios.

Antes de que pasara una hora, Shirik formuló una propuesta concreta.

—Creo que esta empresa sería un gran éxito si acompañaras la caravana como embajador del Gran Rey al Reino Medio. Como sabes, los habitantes de Catay aún pretenden que su imperio existe.

—Existe —dijo Fan Ch'ih— y no existe.

—Una observación digna del Buda —respondió Shirik.

Me asombró oír el nombre del Buda en boca de un banquero babilonio, a dos mil millas de las costas del Ganges. Había muy pocas cosas que Shirik ignorase acerca del mundo con el que negociaba.

—Y sugeriría con toda humildad que partieras antes del comienzo de la campaña de primavera.

—No habrá campaña de primavera —dije.

En el rostro de Shirik apareció una sonrisa amable y secreta.

—¡No puedo contradecir al ojo del rey! Soy demasiado humilde. Pero si, por alguna razón extraña, hubiese un ataque combinado por mar y tierra contra Eretria y Atenas, su coste sería inmenso. Si esa campaña se llevara a cabo, Egibi e hijos deberían contribuir de alguna manera, lo cual harían de muy buena gana. Pero, a la luz de esos gastos militares, sugeriría al ojo del rey que hoy nos honra con su presencia que murmurara al oído del glorioso monarca, cuyo ojo es, una palabra sobre la conveniencia de enviar una embajada a Catay antes de que la flota persa abandone Samos.

—Este año no habrá una guerra griega —repetí, insistiendo firmemente en mi ignorancia—. He hablado… —Casi llegué a cometer el error que un cortesano más debe temer: repetir en público una conversación privada con el Gran Rey.

—Con el almirante Mardonio, quizás. —Hábilmente, Shirik me salvaba de la indiscreción—. Tu querido amigo, el más amado después de tu preferido, el príncipe de la corona, el señor Jerjes, virrey de Babel… Sí, sí, sí. —Me trataba, en realidad, como un filósofo griego que, siendo además un esclavo, se dirige al hijo del amo. Era a la vez humilde e imponente; cortés y desdeñoso.

—Sí —respondí—. Acabo de hablar con Mardonio. No habrá guerra. Él no está físicamente capacitado para conducir la expedición.

—La segunda parte es desgraciadamente cierta. El señor Mardonio no conducirá las fuerzas del Gran Rey. Pero habrá guerra. La decisión ya está tomada. El mando quedará dividido. No te he contado un secreto de estado; porque si fuera un

gran secreto, ¿cómo lo conocería el pobre Shirik, de la casa de Egibi? Uno de los dos comandantes será Artafrenes, el hijo del sátrapa de Lidia. El otro será Datis, el medo. Seiscientas trirremes se congregarán en Samos, y luego partirán hacia Rodas, Naxos, Eretria y Atenas. Pero ya sabes todo esto, señor. Te complaces en permitir que un hombre humilde como yo repita lo que saben todos los asistentes a los consejos del Gran Rey.

Hice lo posible por simular que yo era, verdaderamente, un depósito de secretos de estado. Pero aquello me cogía totalmente por sorpresa. No me asombraba que el banquero supiera más cosas que yo; pero estaba convencido de que Mardonio nada sabía acerca de la campaña de primavera, y de que Jerjes ignoraba los planes de su padre. Si Shirik estaba en lo cierto, la facción griega había persuadido una vez más al Gran Rey, por razones desconocidas, a comprometerse en una guerra en el oeste.

Concordé con Shirik en que la embajada y la caravana debían viajar unidas. Le dije que propondría esa embajada al Gran Rey. Pero mientras trazábamos nuestro plan sólo podía pensar en la duplicidad de Darío. Había prometido una invasión de la India. Naturalmente, los Grandes Reyes no están obligados a cumplir las promesas formuladas a sus esclavos. Según sus propias palabras, el interés de Persia estaba en el este. ¿Por qué había cambiado de idea?

En aquellos días, a Jerjes le placía vagabundear, disfrazado, por Babilonia. Llevaba un manto caldeo y cubría con la capucha su reveladora barba cuadrada. Con la cara cubierta, parecía un comerciante no muy opulento de algún pueblo ribereño. Cuando Atosa le reprochaba esas aventuras, solía responder:

—Si me quieren matar, me matarán. Cuando esto deba suceder, sucederá. —Y así fue, en efecto.

En nuestra juventud, debido a los cuidados de Atosa, Jerjes nunca estaba solo. Los guardias lo seguían de cerca a todas partes. Aun así, esas escapadas siempre me preocupaban un poco.

—¿Por qué te expones así?

—Me divierte. Y además, como nadie sabe anticipadamente, ni siquiera yo mismo, a dónde pienso ir, no es posible una emboscada, ¿no te parece?

Jerjes y yo nos fugamos, de incógnito, al día siguiente al de mi conversación con Shirik. Despedí a mi heraldo y a mis guardias. Los guardias personales de Jerjes estaban vestidos como granjeros que se dirigen al mercado. Jerjes me llevó al barrio de los burdeles privados, muy superiores a los establecimientos del templo. En una buena casa privada se podía cenar bien, escuchar música y entretenerse con muchachas procedentes de todas partes del mundo. Eran siempre limpias y, con frecuencia, encantadoras.

La casa favorita de Jerjes se encontraba en un callejón, entre el muro posterior del templo de Ishtar y el mercado de camellos. La propietaria era una mujerona de bigotes, que ignoraba quiénes éramos, pero recordaba con fingido afecto al bello joven persa de ojos grises que le pagaba bien y nunca creaba dificultades. En la puerta nos saludó con la frase acostumbrada:

—Jóvenes príncipes, sois como el sol en un sitio oscuro. ¡Entrad, entrad!

Hablaba la lengua de la antigua corte de Babilonia, lo cual resultaba algo desconcertante. Había pasado en ella su infancia y había sido, según afirmaba,

concubina del rey Nabonides. Pero las otras propietarias de prostíbulos del distrito sostenían que no había sido concubina del rey, sino su cocinera. La malicia babilónica es siempre ingeniosa y divertida, cuando no se refiere a uno mismo.

—Esa vieja loca —decía una competidora de su misma edad— cree realmente que ha sido la reina de Babilonia. Era apenas la última de las últimas, y no comprendo cómo personas de calidad pueden acercarse a su casa. Sufre todas las enfermedades, y en verdad no es una mujer sino un eunuco. ¿No lo sabían? ¿No han advertido su barbita?

Como siempre, pagamos por adelantado. Como siempre, pagué yo por ambos: el príncipe de la corona no puede llevar dinero. A Jerjes le encantaba hacerse pasar por un mortal ordinario. Nos condujeron luego a una gran habitación en el piso superior de la casa, donde nos echamos en divanes bajos.

Conociendo la preferencia de Jerjes por el vino de Helbon, la patrona nos envió una docena de jarros, servido cada uno por una muchacha diferente, lo cual era una agradable manera de mostrar la mercancía de la casa. En otra habitación, alguien tocaba música frigia. Cuando la última muchacha se marchó, relaté a Jerjes mi conversación con Shirik.

Jerjes se reclinó sobre un cojín, con la copa en la mano. Cerró los ojos y murmuró:

—No.

—¿No te lo ha dicho el Gran Rey? —pregunté. En la cálida habitación, el incienso lo impregnaba todo, aun el vino. No comprendo por qué esa empalagosa fragancia agrada tanto a la gente. Porque es rara, supongo. El sátrapa de Arabia entrega al Gran Rey más de sesenta mil libras anuales como tributo.

—Mi padre jamás me dice nada. Hablamos de construcciones. Hablamos de todo esto —Jerjes hizo un gesto amplio con el que intentaba abarcar la satrapía de Babilonia— y de cómo debería ser gobernado, que no es como yo lo hago. Él no está de acuerdo conmigo. —Jerjes suspiró—. Datis no es ninguna amenaza. Pero mi primo Artafrenes…

—Esperemos que haya heredado las dotes militares de su padre. Yo estaba en Sardis cuando fue incendiada, gracias a la negligencia del viejo.

—Pero Gobryas nunca sirvió para la guerra, y mira a sus hijos. —Jerjes sonrió por primera vez desde el momento en que yo le había comunicado las noticias—. Al menos, Mardonio no estará al frente del ejército. —Jerjes dio una palmada, y apareció una joven en la puerta, que era muy baja—. Quiero música de Lidia, y comida de Lidia.

Sin dilación aparecieron ambas cosas. Mientras nos servían un plato tras otro, sonaban las melodiosas arpas de doce cuerdas. Entre bocado y bocado, hablábamos.

—Yo hice todo lo posible —dijo—. Le pedí a Darío que avanzáramos hacia el oriente en la primavera próxima.

Jerjes metió la mano en una olla de barro con carne de cabrito aderezada con miel y piñones.

—Y él, ¿qué dijo?

—Estaba de acuerdo. «Si —contestó—, deberíamos ir hacia el este.» Es su estilo habitual: dijo «deberíamos» y me hizo creer que lo haríamos. Pero… es extraño. Estaba verdaderamente impresionado por lo que tú le habías contado.

—Entonces, ¿por qué…?

—No lo sé. Nunca sé por qué. Es evidente que los griegos de la corte influyen sobre él. Hipias, en particular. Es como si tuviera algún poder sobre mi padre. No sé cuál. Pero cada vez que Hipias dice: «Juro por Atenea y Poseidón que volveré a sacrificar en la Acrópolis» —Jerjes imitaba a la perfección la engolada y ahora algo cascada voz del anciano griego—, a Darío se le llenan los ojos de lágrimas y proclama que lo ayudará.

—¿Y el rey de Esparta?

—Pregúntale a tu madre —respondió Jerjes con amargura—. No tengo trato con él. Supongo que desea nuestra ayuda para recuperar el poder. ¿Qué otra cosa podría ser? Se dice que es un buen soldado. Esperemos que Lais le enseñe a bañarse de vez en cuando.

—Lais y yo nos hemos peleado.

—¿Por los griegos?

Asentí.

—Y por ti. Y por Mardonio.

Jerjes se apoyó sobre un codo. Se aproximó tanto que la suave barba ondulada rozaba mi mejilla. Yo alcanzaba a percibir el aroma de sándalo de sus ropas y la calidez de sus labios cuando murmuró junto a mí oído:

—¿Es ella quien está envenenando a Mardonio?

Me aparté.

—No —dije con voz serena—. No me parece que la muchacha lo quiera.

—Me han dicho que sí, que se consume por él, gota a gota…

Jerjes se divertía con nuestro juego.

—Me parece que la muchacha —respondí— desea convencer a otra persona de que está enamorada. Pero no lo está.

Jerjes asintió.

—Comprendo. Sin embargo…

Para mi deleite, aparecieron dos bailarinas indias. Eran dos hermanas gemelas procedentes de Taxila, y se sorprendieron cuando les hablé en su idioma. Les pedí que bailaran al modo de las bayaderas, y ellas consintieron de inmediato. Jerjes estaba fascinado por el movimiento de sus vientres. Durante un intervalo me dijo que no estaba totalmente seguro de la sucesión.

—No hay forma de que nadie te reemplace.

Confieso que me aburrían un poco sus recelos, que yo creía infundados. Jerjes había sido durante años el príncipe de la corona. No tenía rival posible.

—Gobryas aún aspira a que su nieto sea el sucesor. —Jerjes parecía obsesionado—. Y Artobazanes no ha olvidado nunca que fue, en un tiempo, príncipe de la corona.

—Debo decir que yo casi lo había olvidado.

Hallándose la corte en Ecbatana, Darío anunció repentinamente que partía hacia la frontera noreste; y como las leyes de Persia —en realidad, de Media— exigían que si el gobernante abandonaba el país designara un heredero, escogió a su hijo mayor, Artobazanes. En aquel momento, Jerjes y yo teníamos trece o catorce años. No me preocupé hasta que Lais me preguntó cómo había reaccionado Jerjes. Cuando

respondí que no había reaccionado de ninguna manera, movió la cabeza. Años después, Jerjes me dijo que se había esforzado terriblemente por ocultar su terror.

—Después de todo, si Darío no hubiese retornado, Artobazanes habría sido Gran Rey, y todos los hijos de Atosa habríamos sido ejecutados.

Mientras apurábamos los jarros de vino, Jerjes habló de su hermano Ariamenes, otra potencial amenaza. Ariamenes era sátrapa de Bactria, un territorio predispuesto a la rebelión.

—Los espías aseguran que tiene la intención de ocupar mi lugar.

—¿Cómo?

—El veneno. La rebelión. No sé.

—¿Qué piensa Atosa de… su hijo?

—Es Atosa quien me ha puesto sobre aviso. —Jerjes movió la cabeza, con expresión de asombro—. ¿Sabes? De todos mis hermanos y medio hermanos el único que me gusta es Ariamenes. Y quiere matarme.

—A menos que tú lo mates antes.

Jerjes asintió.

—Infortunadamente, Bactria está lejos. Por eso he pensado —apoyó su mano en mí hombro— en la posibilidad de que fueses por la ruta del norte a Catay… pasando por Bactria. —Jerjes guiñó sus ojos de gato.

Sentí un frío glacial.

—Es una misión terrible.

¿Cómo haría —pensaba con angustia— para matar al sátrapa de Bactria en su propia capital?

—Todavía no te ha sido encomendada. Pero recuerda que un día puedes verte obligado a demostrar tu amor a tu cuñado.

Lo miré sin comprender del todo, a través de la bruma generada por el vino. Entonces Jerjes me abrazó, jubiloso.

—He tenido una disputa con los jueces. Pero he vencido. El día de año nuevo te casarás con mi hermana.

—No soy digno.

Era la respuesta convencional. Pero, por una vez, me parecía acertada. ¿Quién era yo para casarme con la hija del Gran Rey? Se lo dije, así como también otras cosas por el estilo. Pero Jerjes ignoró mis reparos.

—Es necesario que formes parte de la familia. Al menos, yo lo necesito. Y Atosa está de acuerdo.

—¿Y el Gran Rey?

—Al principio no le gustó. Pero luego empezó a hablar de Zoroastro; dijo que había decepcionado a los seguidores de tu abuelo, a quienes valoraba por encima de todos los Magos. Tú conoces sus arengas cuando quiere obtener algo por nada. De todos modos, cuando terminó, ya estaba convencido de que siempre se había propuesto casarte con una de sus hijas para mezclar la sangre de Ciro el Grande con la del santo Zoroastro. Mezclar mi sangre, porque él no tiene más relación con Ciro que tú.

El resto de aquel día que pasamos en el burdel es nebuloso para mí.

Recuerdo que vomité. Recuerdo que compartí con Jerjes las gemelas indias.

Recuerdo que la propietaria del lugar me dio una poderosa poción que aclaró mi mente y me produjo dolor de cabeza.

Al ocaso, Jerjes y yo retornamos con paso incierto al nuevo palacio, a través de la compacta muchedumbre. Al pie del zigurat pregunte:

—¿Con cuál de tus hermanas me casaré?

—Con… Oh… —Jerjes se interrumpió, esforzándose por recordar. Luego movió la cabeza—. No lo recuerdo. Sólo conozco a dos de las cinco. De todos modos, Atosa dice que es la mejor. ¿Por qué no le preguntas a Lais, que conoce el harén?

—No nos hablamos.

—Entonces, a Atosa. O, sencillamente, espera. —Jerjes sonrió a la luz del poniente—. ¿Cuál es la diferencia? Te casarás con una aqueménida, y eso es lo único que importa en este mundo.

Por razones desconocidas, el Gran Rey volvía una vez más su mirada hacia el oeste. No habría, durante su reinado, una expedición al oriente. Me despedí con tristeza de Fan Ch'ih. Me casé, con gran satisfacción, con la hija del Gran Rey; y durante los cinco años siguientes desempeñé varios cargos importantes en la corte de Darío, y obtuve el envidiado título de amigo del rey, que aún retengo pero que no me atrevería a usar en la corte actual. Siempre he pensado que el título y la posición real de una persona deberían coincidir en la medida de lo posible.

Como ojo del rey, fui enviado a inspeccionar las ciudades de Jonia. Esa misión me agradó. Fui recibido con gran pompa, no sólo a causa de mi rango, sino por ser medio griego. Y pude, además, visitar Abdera, donde conocí a mi abuelo, quien me recibió como a un hijo único. Era un hombre rico y lleno de ingenio. Era un sofista, antes de que fuese creada la tribu. Por supuesto, Protágoras era un joven leñador de sus tierras, y es probable que haya ejercido influencia sobre mi abuelo. O mi abuelo sobre él. También conocí a mi tío, tu abuelo Demócrito, que tenía en aquel momento dieciocho años. Sólo se interesaba por el dinero. No agregaré más sobre un tema que conoces mejor que yo.

Me dispuse luego a volver al hogar. El tranquilo viaje por mar desde Abdera terminó en Halicarnaso, donde desembarcamos en una clara madrugada, cuando aún se veían estrellas en el oeste. Mientras descendía a tierra, casi esperaba ver a ese joven que había sido yo, allí mismo, asombrado no sólo ante su primera visión del mar, sino ante el maduro espectro de ese importante ojo del rey en que había de convertirse. Pero en lugar de mi joven yo de entonces vi a un Mardonio de carne y hueso, y más adulto. Estaba sentado en el extremo del muelle, entre pescadores que descargaban sus redes.

—¡Paso al ojo del rey! —aulló mi heraldo.

Mardonio se puso de pie y se inclinó.

—Bienvenido a Halicarnaso —dijo.

—¡Almirante! —exclamé. Mientras lo abrazaba, sentí su cuerpo flaco bajo el pesado manto. Habían pasado dos años desde el día en que fuera herido, y aún no se había recobrado. Pero aunque su rostro era pálido, sus vivos ojos azules reflejaban la luz del mar de la mañana con la transparencia de los ojos de un niño.

—Estoy enteramente fuera del mundo —dijo, cuando entrábamos a la calle que asciende la colina hasta el palacio de Artemisia—. Olvidado. Invisible.

—Invisible para la corte. Pero no olvidado. ¿Qué haces aquí?

Mardonio se detuvo al pie de la colina. Respiraba con fuerza y el sudor brillaba en su frente.

—Cuando me quitaron el mando, le dije al Gran Rey que deseaba retirarme de la corte.

—¿Para siempre?

—¿Quién sabe? Quiero decir, el único «siempre» verdadero es la muerte. ¿No es así, querido primo? —Me dirigió una mirada extraña—. ¿Quién hubiera pensado que te casarías con alguien de nuestra familia?

—Su familia —imité su tono—, querido primo.

—Y también mía, por sangre. Y tuya por matrimonio. Y por el infalible afecto de Jerjes. —Mientras iniciábamos el ascenso hacia el palacio del mar, Mardonio cogió mi brazo. No cojeaba en realidad, sino que se tambaleaba. Su cuerpo se desplazaba de lado a lado; se esforzaba por no apoyarse demasiado en la pierna herida. A mitad de camino se desprendió de mi brazo—. Lo peor es subir —suspiró, y se dejó caer sobre una saliente de roca.

Me senté a su lado. Abajo, las casas de la ciudad parecían dados arrojados contra el áspero borde del canal púrpura que separaba el continente de las montañas verde oscuro de la isla de Cos. El hogar del dios Pan, pensé. Y me contuve. Recordé a los piratas que residían en esas hermosas montañas, la negligente administración civil de la isla, los impuestos atrasados. Yo estaba totalmente posesionado de mi papel: el inspector estricto, el absolutamente incorruptible ojo del rey.

Mardonio dijo entonces:

—Apenas el joven Artafrenes y Datis se marcharon a Grecia, yo vine a Halicarnaso. Y aquí he estado desde entonces.

—¿Recuperando fuerzas?

—Sí. —Mardonio me dirigió una mirada casi desafiante—. Espero recobrar también el mando el año próximo.

—¿Pero habrá campaña el año próximo? ¿Con qué motivo, después de que Atenas sea destruida? —Arranqué un pequeño pez petrificado incrustado en la piedra caliza, una reliquia de los tiempos de la inundación de Babilonia.

—El motivo es la Magna Grecia. Sicilia. Italia. —Mardonio sonrió—. Nunca te he mostrado mi mapa, ¿verdad?

—No. Pero tampoco te he mostrado yo mi mapa de los reinos de la India.

—Nunca estaremos de acuerdo.

—No. Pero ¿por qué te preocupas? —dije con cierta amargura—. Siempre ganas. Tienes hechizado al Gran Rey. Cuando dices que ataque a los griegos, él ataca.

—Hipias es el hechicero —respondió Mardonio, seriamente—. Y ruego que sus conjuros sean todavía efectivos. Está con la flota, a pesar de su edad. Todos nuestros griegos están allí, excepto Demarato, que se ha quedado en Susa con el Gran Rey para él solo.

—¿Qué crees que desea Demarato?

—El mundo. ¿Qué otra cosa merece la pena? —gritó Mardonio junto a mi oído. Su cara pálida enrojeció bruscamente durante un instante. En aquel momento comprendí que no sólo se recuperaría, sino que además volvería a tener, si no el mundo, el mando de las fuerzas del Gran Rey.

Un pastor se acercó con su rebaño. Se inclinó: dijo algo en su dialecto y se alejó. Era evidente que no sabía quiénes éramos. Apenas unos extranjeros en camino al palacio del mar.

Mardonio reaccionó como yo.

—Gobernamos a millones de personas —dijo, con cierto asombro—, y ni siquiera conocen nuestros nombres.

—Quizá los nuestros no. Pero sí el de Darío, el Gran Rey.

Mardonio movió la cabeza.

—Ese pastor no sabe quién es Darío.

Yo no lo creía, de modo que hicimos una apuesta. Mientras Mardonio descansaba, atravesé el rebaño de cabras para aproximarme al pastor, que parecía alarmado. Le dije algo; él respondió. Yo encontré tan difícil de comprender su primitivo dialecto dorio como él mi griego de Jonia. Finalmente, logramos coincidir en un lenguaje sencillo y adecuado a mi finalidad, que consistía en preguntarle:

—¿Quién es tu soberano?

—Demetrio, joven señor. Es el dueño de toda esta parte de la colina, y del rebaño.

—¿Y quién es el amo de Demetrio?

El hombre frunció el ceño y reflexionó. Mientras se debatía contra ese nuevo concepto, un piojo aprovechó el momento de calma para descender velozmente desde el pelo, sobre la oreja izquierda, hasta la poblada barba que brotaba en las mejillas. El piojo halló refugio seguro y yo me sentí complacido: los que no son por naturaleza cazadores, toman partido por las presas.

—No lo sé —respondió por fin.

Señalé el palacio gris, en lo alto.

—¿Y la reina?

—¿Reina? —Articuló la palabra como si no la hubiese oído nunca.

—La señora que vive allí.

—¡Ah, la señora! Sí, la he visto. Monta a caballo como un hombre. Es muy rica.

—Es la reina de Halicarnaso.

El hombre asintió. La frase no era familiar para él.

—Sí, sí —dijo—. Las cabras se extravían, joven señor.

—¿Pero quién es el amo de ella?

—Su marido, supongo.

—Es viuda. Pero hay una persona por encima de ella: es su soberano.

Nuevamente yo había pronunciado una palabra poco familiar.

—¿Soberano? —repitió—. Pues… yo no vengo mucho a este lado de la colina. Por aquí hay mucha gente que yo no conozco.

—Pero sin duda habrás oído el nombre del Gran Rey. Es tu soberano y también mi soberano; y todo el mundo conoce su nombre.

—¿Cuál es, joven señor?

A Mardonio le encantó ganar la apuesta. Yo no me sentía feliz.

—Debe de haber algún modo de llegar a esta gente —dije.

—¿Para qué preocuparse? Él cuida sus cabras, y paga algún tipo de alquiler a un propietario que paga impuestos a la reina, quien entrega su tributo al Gran Rey. ¿Qué más podemos pedirle a un pastor? ¿Por qué le importaría saber quiénes somos nosotros o el Gran Rey?

Mientras continuábamos la ascensión, el sudor cubrió la cara de Mardonio como una cálida lluvia de la India.

—La corte no es el mundo —dijo con cierta brusquedad.

—No —respondió el ojo del rey—. Pero es nuestro mundo, y también el de ellos, lo sepan o no.

—Nunca has estado en el mar.

Era una respuesta críptica. Cuando le recordé que había atravesado el mar del sur, movió la cabeza.

—No quería decir eso. Nunca has gobernado tu propia nave. No hay nada semejante.

—Sí, señor del mar —contesté con amable burla. Pero no pudo responder: estaba nuevamente sin aliento. Nos sentamos sobre una columna rota, justamente frente al palacio, a ver cómo los suplicantes entraban y salían.

—¿Qué noticias tienes de Jerjes? —Mardonio secó su rostro con la manga. Se había disipado el frío de la mañana, y ahora el calor parecía brotar de la tierra misma.

—Está en Persépolis —dije—. Se dedica a las construcciones.

—¿Construcciones? —Mardonio recogió una piña—. Eso no es vida. —Abrió las duras hojas en busca de piñones; no los halló, y arrojó la piña contra el árbol del que había caído—. Le he dicho al Gran Rey que Jerjes debía conducir los ejércitos contra Atenas. —Era mentira, pero no hice comentarios—. Darío estuvo de acuerdo.

—Sin embargo, no se le permitió.

Mardonio frotó su mano contra la áspera superficie de granito de la columna.

—Jerjes necesita victorias —dijo, acariciando la piedra como si fuera un caballo—. El año pasado, cuando comprendí que no estaría en condiciones de marchar a la guerra, aconsejé a Darío que detuviera la ofensiva de primavera al oeste y enviara el ejército a tu país de monos.

—¿Eso es verdad? —La pregunta era ruda, porque yo ignoraba la respuesta.

—Un noble persa no puede mentir —repuso Mardonio, sin sonreír—, ni siquiera cuando lo hace. —Parecía apenado—. Sí, es verdad. Yo sólo quiero una cosa: ser el conquistador de Grecia. Y no deseo compartir esa distinción con Datis ni con Artafrenes. Prefería que este año Jerjes condujera el ejército hasta más allá del río Indo.

—Así, el año próximo, tú marcharías hacia el oeste.

—Sí. Eso es lo que deseaba, pero no conseguí.

Le creí. Después de todo, no era un secreto que ambicionaba ser el sátrapa de los griegos en Europa. Como ahora era probable que el joven Artafrenes alcanzara ese elevado cargo, cambié de tema.

—La reina Artemisia, ¿está contenta con su posición?

Mardonio rió.

—¿Con cuál? Tiene varias.

—Hablo como ojo del rey. Ella ignora al sátrapa. Trata directamente con el Gran Rey. El sátrapa no está satisfecho.

—Pero Artemisia sí, y la gente también. Esta es una ciudad doria, y los dorios tienden a amar a sus familias reales. Y además, como he descubierto, ella es popular también por sí misma. Cuando expulsé a los tiranos de Jonia, también la expulsé a ella. Entonces me envió un mensaje: si yo deseaba reemplazar una dinastía tan antigua como los dioses de los arios, me decía, tendría que combatir con ella en el campo.

—¿En combate singular?

—Esa era la implicación.

Mardonio sonrió.

—De todos modos, le envié un mensaje afectuoso, seguido por mi persona.

—¿Te dio la bienvenida en el suelo?

—En el trono. Y luego en la cama. Los suelos son para la gente muy joven. Es una mujer excelente y daría… mi pierna mala por casarme con ella. Pero eso no es posible, de modo que vivo abiertamente con ella, como si fuera un rey consorte. Es asombroso. Los dorios no se parecen a los demás griegos. Ni a nadie. Las mujeres hacen lo que se les antoja. Heredan propiedades. Y hasta tienen sus propios juegos olímpicos como los hombres.

No he conocido otra ciudad de Doria que Halicarnaso. Sospecho que es la mejor, así como Esparta es la peor. La independencia de sus mujeres molestó siempre a Jerjes, que en cierto momento de su reinado se había divorciado o había despedido a todas sus esposas o concubinas dorias porque no podía soportar su melancolía. ¡Verdaderamente se sentían secuestradas en el harén! No hay una sola cosa absurda que no se encuentre, más tarde o más temprano, si uno viaja lo suficiente.

Artemisia nos recibió en una habitación larga y baja con pequeñas ventanas que daban hacia el mar y hacia la isla verde oscuro de Cos. Estaba algo menos delgada que antes; pero su pelo seguía siendo dorado y el rostro era agradable a pesar de una flamante papada.

El heraldo me anunció, como era costumbre. La reina se inclinó, no ante mí, sino ante mi cargo, como era costumbre. Y después de darme la bienvenida a Halicarnaso, le hablé del afecto del Gran Rey por su vasalla. En voz poderosa juró obediencia a la corona persa, y luego nuestro séquito se marchó.

—Ciro Espitama es un inspector muy estricto. —Mardonio estaba ahora de buen humor—. Ha jurado aumentar una vez y media el tributo que pagas. —Se tendió sobre un estrecho diván colocado de tal modo que desde allí podía ver el puerto a través de una ventana. Me dijo que pasaba la mayor parte de su tiempo mirando entrar y salir los barcos. Esa mañana, al amanecer, había reconocido las velas de mi nave, y había cojeado hasta el puerto para acudir a mi encuentro.

—Mi tesoro es del Gran Rey —respondió, formalmente, Artemisia, muy erguida en su alta silla de madera. También yo estaba sentado en una silla, no tan alta—. Así como mi ejército y mi persona.

—Diré eso al señor de todas las tierras.

—Le dirás también que cuando Artemisia dice que es suya, es verdad. Aunque no para el harén; para el campo de batalla.

Debo de haber demostrado sorpresa. La sentía. Pero Artemisia hablaba con plácida seriedad.

—Así es. Estoy siempre lista para conducir mi ejército a todo combate que el Gran Rey disponga. Había esperado unirme a la ofensiva de primavera contra Atenas, pero Artafrenes declinó mi ofrecimiento.

—Y ahora nos consolamos mutuamente —dijo Mardonio—. Dos generales sin una guerra.

Artemisia era algo masculina para mi gusto. Tenía muy buena figura, pero el bello rostro duro que volvía hacia mí era el de un guerrero escita. Sólo le faltaba el bigote. Sin embargo, Mardonio decía que, entre los centenares de mujeres que había conocido, era ella con quien más le placía hacer el amor. No se sabe nunca cómo son realmente los demás.

Hablamos de la guerra en Grecia. No habíamos tenido noticias desde que Artafrenes incendiara la ciudad de Eretria, reduciendo a sus habitantes a la esclavitud. Era presumible que ya hubiese ocupado Atenas. Como Mardonio había eliminado a los tiranos de Jonia, los elementos democráticos de Atenas eran pro-persas y no se esperaba que la ciudad ofreciera gran resistencia. La mayoría de los hombres públicos de Atenas eran pro-persas, o estaban pagados por Persia, o ambas cosas.

Mientras yo hablaba de nuestra victoria en Eretria, Mardonio guardó silencio; Artemisia parecía preocupada. No era un tema que pudiese cautivar a nuestro león herido. Ella interrumpió mi profundo análisis de la situación militar en Grecia.

—Hemos sabido que te has casado recientemente con la hija del Gran Rey.

Mardonio se reanimó.

—Sí, ahora es mi primo. Un día es una especie de Mago que se emborracha con haoma, y al día siguiente se convierte en miembro de la familia imperial.

—No soy un Mago. —Siempre me ha molestado que la gente diga eso, como Mardonio sabía perfectamente. Los amigos de la infancia son así, cuando no son enemigos abiertos.

—Eso es lo que él dice. Pero sitúalo junto al altar del fuego, y cogerá las ramas sagradas, y cantará que…

—¿Cuál de las nobles esposas es la madre de tu mujer? —Artemisia interrumpió firmemente a Mardonio.

—La reina Atosa —respondí formalmente—, hija de Ciro el Grande, en cuyo honor he recibido mi nombre. —Me sorprendió un poco que Artemisia no conociera ya el nombre de mi esposa. Aunque tal vez lo conociera y fingiera lo contrario.

—Estamos tan lejos —dijo—. ¿Sabes que nunca he visitado Susa?

—Vendrás conmigo cuando vuelva a la corte —dijo Mardonio, que subía y bajaba lentamente su pierna herida, ejercitando los músculos.

—No creo que eso sea conveniente. —Artemisia nos dedicó una de sus raras sonrisas. Sonriendo, parecía femenina y hasta hermosa—. ¿Cuál es el nombre de tu esposa?

—Parmys —respondí.

Demócrito quiere saber más acerca de mi matrimonio. Le ha intrigado el nombre de mi esposa. También me ocurrió eso a mí. Después de escuchar los denuestos de Atosa contra la Parmys que era esposa de Darío, casi no pude creer lo que oía cuando el chambelán de la corte anunció que me casaría con la hija de Atosa llamada Parmys. Le pedí al eunuco, recuerdo, que me repitiera el nombre. Lo hizo y agregó: «Es la más hermosa de las hijas de la reina». Era una fórmula convencional de la corte, que puede significar lo contrario, o nada. Pregunté si se llamaba Parmys en honor de la hija del usurpador, pero el chambelán no pudo o no quiso responder.

Atosa tampoco fue muy explícita.

—Parmys es un nombre significativo para los aqueménidas, y eso es todo. Verás que tiene muy mal genio y que es inteligente; dos cualidades que yo no desearía en una esposa si fuera un hombre, cosa que, desgraciadamente, no soy. Pero, de todos modos, sólo importa lo que es, y no cómo es. Tómala. Si se pone insoportable, pégale.

La tomé. Una vez le pegué. No sirvió de nada. Parmys era una mujer de temperamento violento y fuerte voluntad, una especie de Atosa totalmente

descaminada. Físicamente se parecía a Darío. Pero los rasgos que parecían bellos en la cara del Gran Rey le sentaban muy mal a ella. Cuando nos casamos, Parmys tenía quince años y estaba horrorizada de su casamiento conmigo. Había esperado, por lo menos, a uno de Los Seis; y en el mejor de los casos, quizás, la corona de algún reino vecino. Para empeorar aún más las cosas, era una devota adoradora de los demonios, y se tapaba los oídos ante la sola mención de Zoroastro. En una ocasión me ofendió de tal modo que le di un violento golpe en la cara con el revés de la mano. Cayó sobre una mesilla y se quebró la muñeca izquierda. Se dice que las mujeres aman al hombre que las trata con violencia. No fue así en el caso de Parmys, que desde ese instante me odió más que nunca.

Durante varios años, yo viví en mi propia casa en Susa. Parmys compartía las habitaciones reservadas a las mujeres con Lais. Es innecesario decir que a Lais le encantaba Parmys. La perversidad de Lais no tiene fin. Yo no tenía concubinas, porque no tenía lugar suficiente, y no tomé otras esposas, de modo que las dos mujeres pasaban mucho tiempo juntas. Jamás sentí deseos de saber de qué hablaban. Puedo imaginar demasiado bien el tono de sus conversaciones.

Cuando una hija nació muerta, dejé de ver a Parmys. Y cuando Jerjes llegó a ser Gran Rey, le pedí que volviera a hacerse cargo de ella, lo cual hizo. Murió mientras yo estaba en Catay. Es una historia muy lamentable, Demócrito, y no veo qué sentido puede tener insistir en ella.

Interrogué a Artemisia sobre sus relaciones con el sátrapa. Como ojo del rey, yo estaba resuelto a deshacer entuertos y a crear cierta cantidad de problemas necesarios. Artemisia respondió a mis preguntas con serenidad y buen humor.

—Tenemos excelentes relaciones. Él jamás viene a verme; yo jamás voy a verlo. Pago el tributo directamente al tesoro de Susa, y el tesorero parece contento. Él sí me ha visitado varias veces.

—¿Quién es el tesorero? —A Mardonio le agradaba simular que no conocía los nombres de los funcionarios de la cancillería, convencido como estaba de que él era demasiado importante para ocuparse de simples empleados. Pero sabía, como sabíamos todos, que el imperio estaba gobernado por los funcionarios de la cancillería, y los eunucos del harén.

—Baradkama —respondí—. Se considera que es hombre honesto. Sé que cuando pide un informe de lo que se gasta en Persépolis, si falta una sola pieza de madera de cedro, ruedan las cabezas.

—Desearía ser igualmente bien servida —dijo Artemisia— en la pequeña escala de mi reino.

De pronto se oyó una lira en la habitación vecina. Mardonio gimió y Artemisia se irguió aún más en su silla.

Había en la puerta un hombre alto y rubio, vestido como los mendigos. Traía una lira en cada mano y un bastón en la otra. Tocaba la lira, más bien torpemente, con la mano que sostenía el bastón. Luego se interrumpió y avanzó, golpeando el suelo con el bastón, como hacen muchos ciegos. Yo no. Al parecer, poca gente sabe que los ciegos sienten la presencia de los obstáculos. No conozco la razón, pero es un hecho. Yo casi nunca tropiezo, y no podría llevarme por delante una pared. Sin embargo, algunos ciegos, por lo general los mendigos, anuncian su defecto golpeteando el suelo con un

bastón cuando caminan.

—¡Salud, oh reina! —La voz del ciego era fuerte y nada agradable—. Salud, nobles señores. Permitid que un humilde bardo intente alegraros con las canciones de su antepasado, el ciego Homero, que nació en Cos, bendecida por las montañas y los rápidos ríos. Sí, pertenezco a la familia de aquel que cantaba a los argivos atacantes de Troya, la de altas puertas. Y canto los versos que Homero componía sobre la bella Helena y el falso Paris, el pederasta Patroclo y su pequeño e irritable Aquiles, el señorial Príamo y su calamitosa caída. ¡Oíd!

Entonces, el bardo cantó algo terriblemente extenso, acompañándose con una lira tañida de modo muy imperfecto. La voz no sólo era desagradable, sino ensordecedora. Lo más extraño de todo era lo que cantaba. Como toda persona que habla griego, yo sabía de memoria gran cantidad de textos homéricos, y pude reconocer muchos de los versos que caían —o mejor, se proyectaban— de los labios del ciego, como piedras lanzadas por una honda. Primero cantaba un verso de la *Ilíada*, destacando burdamente los seis pies; después seguía con un verso totalmente nuevo, de siete pies, que con frecuencia desmentía lo dicho anteriormente. Yo tenía la sensación de encontrarme en uno de esos sueños que se padecen después de una cena lidia demasiado abundante.

Cuando finalmente el poeta se interrumpió, Mardonio estaba inmóvil como un muerto; Artemisia seguía muy erguida en su silla y el ojo del rey lo contemplaba todo con asombro.

—Ciro Espitama —dijo Artemisia—, te presento a mi hermano, el príncipe Pigres.

Pigres se inclinó profundamente.

—Un humilde bardo se complace en cantar para un señor argivo.

—En realidad, soy persa —respondí, estúpidamente—. Quiero decir, medio griego…

—¡Lo sabia! ¡Los ojos! ¡La frente! ¡Esa gallardía, tan parecida a la de Aquiles!

—Entonces, ¿no eres ciego?

—No. Pero sí un verdadero bardo, descendiente de Homero, que vivió más allá de ese estrecho. —Señaló la ventana. Aunque Homero no nació en Cos, sino en Kíos, no dije nada—. Su música fluye por mis venas.

—Eso me han dicho —respondí cortésmente. Luego recordé su caracterización de Aquiles—. Creo que Aquiles era mayor que Patroclo, si bien ambos eran amantes al modo griego.

—Debes permitir algunas licencias de mi inspiración, noble señor. Pero no es un secreto: mi antepasado creía que Aquiles era el menor, aunque no se atrevía a decirlo.

—Pigres es Homero redivivo —dijo Artemisia. No podría asegurar que haya hablado en serio. Mardonio nos daba la espalda. Roncaba.

—El Ulises persa duerme —susurró Pigres—. Debemos hablar en voz baja —agregó, alzando la voz—. Pero hay un largo camino desde aquí hasta su hogar en Ítaca, donde su esposa Penélope planea su muerte, porque le gusta ser reina de Ítaca y tener su harén lleno de hombres.

—Pero sin duda Penélope recibió complacida a Ulises y… —Me interrumpí.

Había comprendido, aunque tarde. Pigres estaba loco perdido. Oí decir después que Pigres se fingía loco porque temía a Artemisia, quien se había apoderado de la corona, que legítimamente pertenecía a su hermano, a la muerte de su padre. Si esta historia era cierta, lo que había comenzado como una representación había terminado por convertirse en realidad. Si usas una máscara demasiado tiempo, al fin te pareces a ella.

Durante los años del reinado de Artemisia, Pigres había reescrito el total de la Ilíada. Después de cada línea de Homero, Pigres añadía una propia. El resultado era enloquecedor, particularmente si él lo cantaba. También escribió un relato insólitamente bueno acerca de un combate entre ranas y ratones, que con toda modestia atribuía a Homero. Una tarde de verano me cantó esta obra con voz agradable y me divirtió profundamente la agudeza con que se burlaba de las pretensiones de la clase guerrera aria, a la cual yo pertenecía y no pertenecía. Aplaudí con sinceridad.

—Es una obra maravillosa —dije.

—Debería serlo —respondió, echando hacia atrás la cabeza y fingiéndose ciego—. Homero la compuso. Yo solamente soy su voz.

—¿Eres Homero redivivo?

Pigres sonrió, se puso un dedo sobre los labios y se alejó de puntillas. Muchas veces me he preguntado qué habrá sido de él, en el húmedo palacio del mar de Artemisia.

Estaba en Halicarnaso cuando llegaron malas noticias de Grecia. He olvidado quién trajo el mensaje. Supongo que algún barco mercante. Tampoco recuerdo con exactitud qué nos dijeron. Pero Mardonio y yo nos alarmamos tanto que salimos de Halicarnaso a la mañana siguiente y fuimos juntos a Susa.

# 5

Hasta el día de hoy los atenienses consideran la batalla de Maratón como la mayor victoria militar en la historia de las guerras. Exageran, como de costumbre. Lo que ocurrió fue lo siguiente:

Hasta que Datis saqueó Eretria y quemó los templos de la ciudad, Atenas estuvo dispuesta a rendirse. El partido democrático ateniense estaba encabezado por los alcmeónidas, el clan de nuestro noble Pericles. Habían dicho que si Persia les ayudaba a expulsar al partido aristocrático, reconocerían complacidos el poder del Gran Rey. No está claro qué planeaban hacer con Hipias. Aunque el partido democrático se había aliado en muchas ocasiones con los pisistrátidas, la época de los tiranos tocaba a su fin, y aun la palabra —una palabra que antes había sido el reflejo de la divinidad de la tierra— era ahora una maldición.

Jamás he comprendido por qué los tiranos cayeron en semejante descrédito. Quizá los griegos hayan llegado a ser la más voluble de las razas por la facilidad con que se aburren. No pueden soportar que las cosas continúen como estaban. A sus ojos, nada viejo puede ser bueno, ni nada nuevo malo, hasta que se vuelve viejo. Les agradan los cambios radicales en todo, excepto en su idea de que ellos mismos son un pueblo profundamente religioso, lo cual no es cierto. Los persas somos lo contrario. Los Grandes Reyes ascienden y descienden, con frecuencia de modo sangriento; pero la institución de la monarquía es tan inmutable en Persia como en la India y Catay.

Cuando Datis destruyó Eretria, perdió la guerra. Si se hubiera aliado con los demócratas de la ciudad, éstos habrían ofrecido a Darío la tierra y el agua. Y, con el apoyo de Eretria, Datis habría continuado su avance y Atenas le habría dado la bienvenida.

Demócrito cree que los atenienses habrían resistido aunque Eretria no hubiera sido destruida. Lo dudo. Años más tarde, cuando el principal comandante griego, Temístocles, fue desterrado por el pueblo al que había salvado, fue a Susa. He hablado muchas veces con él acerca de los griegos en general y de los atenienses en particular. Temístocles creía que sin el incendio de Eretria, jamás se hubiera librado la batalla de Maratón. Pero los atenienses presos del pánico, llamaron a sus aliados en su defensa. Como siempre, los espartanos enviaron sus excusas. Esa raza beligerante es notablemente ingeniosa cuando se trata de inventar excusas para no hacer honor a sus alianzas militares. Aparentemente, la luna estaba llena, o era nueva, o las dos cosas. Aunque jamás he investigado el asunto, no me extrañaría que el tesoro persa hubiese pagado a los reyes espartanos para que permanecieran inmóviles. Baradkama se quejaba siempre de que, de entre todos aquellos que recibían fondos secretos del tesoro, los espartanos eran los más codiciosos y los menos dignos de confianza.

Sólo los habitantes de Platea respondieron al desesperado llamamiento de los atenienses. Y así los atenienses y los plateos se dispusieron en la llanura de Maratón, justamente frente al estrecho canal que separa Eretria del Ática, bajo el mando del ex-tirano Milcíades. Con habilidad política consumada, este antiguo vasallo del Gran Rey se había hecho elegir general de Atenas, con el apoyo de los conservadores. Naturalmente, era odiado por los demócratas. Pero, a causa del error de Datis en

Eretria, ambas facciones se unieron y lograron detener a nuestras fuerzas. No; no volveré a librar una batalla que, en este momento, reviven a su gusto y placer los ancianos en todas las tabernas de la ciudad. Diré, sí, que las bajas atenienses fueron tan numerosas como las persas. ¿Pero quién, en Atenas, lo cree?

En buen orden, nuestras tropas embarcaron. Datis ordenó entonces que la flota se hiciera a la mar directamente hacia el Pireo. Esperaba apoderarse de Atenas antes de que el ejército griego regresara de Maratón. Cuando la flota de Datis rodeó el Cabo Sunion, los alcmeónidas le hicieron saber que la ciudad estaba desguarnecida y que podía atacar.

Pero justamente al salir de Faliron, Datis fue demorado por los vientos; y cuando pudo pasar, el ejército ateniense estaba ya dentro de los muros, y la expedición persa había llegado a su fin. Datis inició el regreso. En Halicarnaso sólo nos enteramos de un hecho: Datis y Artafrenes habían regresado.

Nunca he visto con tan buen ánimo a Mardonio. Empezó a ganar peso, y hasta de vez en cuando olvidaba cojear.

—El año próximo estaré al frente del ejército —dijo, mientras salíamos de Halicarnaso, a caballo. Pesaba en el aire el aroma de la uva en sazón; el terreno estaba salpicado de cargados olivos—. Ellos ya han tenido su oportunidad —repetía—, ¡y han fracasado! Yo lo sabía. Hace años, la sibila de Delfos dijo que moriría señor de toda Grecia. —Se volvió hacia mí, resplandeciente—. Ven conmigo. Te haré gobernador de Atenas… No, eso no… No te gustaría gobernar un montón de ruinas. Te daré Sicilia.

—Preferiría la India —respondí.

Pero ninguno de ambos sueños había de cumplirse.

Darío estaba furioso por el fracaso de Datis. Por lealtad a Artafrenes padre, no echó la culpa al hijo. Pero lo situó en la lista de los inactivos, para alegría de Jerjes. Sin embargo, cuando el príncipe de la corona preguntó si podía conducir la próxima expedición contra Atenas, el Gran Rey contestó que no había dinero. Necesitaba tiempo para volver a llenar el tesoro, construir una nueva flota, entrenar más hombres.

Los últimos años de la vida de Darío fueron inesperadamente pacíficos. Había aceptado el hecho de que ya no volvería a conducir un ejército. Creía también —erróneamente— que no había un general digno de su confianza. Aunque Mardonio siempre fue su favorito, el Gran Rey trataba a su ambicioso sobrino como a un hombre de su misma edad, con parecidos achaques.

—Qué pareja hacemos —decía Darío en los jardines de Ecbatana, cogido del brazo de Mardonio—. Dos viejos soldados veteranos. Mira tu pierna. Yo ya me la hubiera cortado. Una pata de palo no ocasiona ningún inconveniente, una vez que acaban tus días de combate. Y los nuestros se han acabado. ¿No es triste?

A Darío le encantaba torturar a Mardonio. No comprendo por qué. Después de todo, quería a su sobrino más que a cualquier otro hombre de nuestra generación. Supongo que, al comprender Darío que no volvería a la guerra, quería que Mardonio compartiera su dolor. Porque era dolor lo que se veía en los ojos de Darío cuando contemplaba a los jóvenes oficiales en sus ejercicios.

Mardonio no se sentía precisamente encantado al verse excluido del personal en actividad. En una oportunidad, en los jardines de Ecbatana, le vi bailar una

horrorosa jiga para demostrar a Darío qué bien había sanado su pierna. En verdad, Mardonio nunca logró volver a caminar bien. Por otra parte, podía montar a caballo sin dificultad, así como ir en carro, atado.

Durante los últimos años del reinado de Darío, la corte se tomó emocionante —y peligrosa— por las intrigas y las contraintrigas. No recuerdo con placer aquellos días. En primer lugar, no tenía nada que hacer. Después de ser felicitado por mis tareas como ojo del rey, fui liberado de mis responsabilidades, pero no se me dio otro puesto. Sin embargo, nunca pedí el favor real. Era aún el yerno de Darío, y poseía el título de amigo del rey. Pero ocurría algo que frecuentemente sucede en las cortes: no tenía la menor utilidad para el soberano. Y pienso, además, que cuando Darío me veía, recordaba esas vacas con que había soñado y que jamás serían suyas. A nadie le gusta que le recuerden lo que no ha logrado en su vida.

Era evidente para la corte que la época de Darío se acercaba a su fin. Es decir, en teoría comprendíamos que no podía vivir mucho más, pero en realidad ninguno de nosotros podía concebir el mundo sin él. Darío había sido el Gran Rey durante toda nuestra vida. No habíamos conocido otro monarca. Ni siquiera Jerjes podía imaginarse verdaderamente en el sitial de Darío; y ciertamente, a Jerjes no le faltaba confianza en su propia majestad.

Atosa continuaba imperando en el harén. Había hecho todo lo posible para impulsar una política oriental, y había fracasado. Pero en aquellos últimos años, ningún plan aventurero tenía probabilidades de atraer a Darío. Pasaba la mayor parte del tiempo con su consejo privado. Veía diariamente a Aspathines, el comandante de la guardia, y al tesorero Baradkama. Darío estaba poniendo su casa en orden.

La súbita muerte de Gobryas aclaró la atmósfera. Pocas semanas más tarde, el antiguo príncipe de la corona, Artobazanes, se retiró de la corte y se instaló en Sidón. Jamás retornó a Susa. Atosa había vivido lo bastante para ver la derrota completa del partido de Gobryas.

Aunque los griegos estaban menos a la vista que de costumbre, Demarato era uno de los íntimos de Darío. Sin duda, las brujerías de Lais habían dado excelente resultado. Y había que reconocerle un mérito: ahora Demarato era mucho más limpio y no olía como un zorro enjaulado. Los demás griegos habían muerto o perdido el favor del Gran Rey.

Jerjes continuaba construyendo palacios. No tenía otra cosa que hacer, excepto reclutar secretamente a los hombres y eunucos que necesitaría después de la muerte de Darío. Más o menos por esa época Jerjes conoció a Artabanes, un joven oficial lejanamente emparentado con el clan Otanes. Artabanes era pobre y ambicioso. A su tiempo, Jerjes habría de concederle el mando de su guardia personal, mientras elegía como chambelán, en la segunda sala de la cancillería, a Aspamitres, un eunuco de singular encanto.

Jerjes y Mardonio estaban otra vez tan próximos como… Iba a decir hermanos, pero en una familia real el parentesco no suele engendrar lealtad, sino derramamiento de sangre. En todo caso, eran nuevamente amigos y se pensaba que Mardonio sería el general en jefe de Jerjes. De este modo, con gran cuidado y sutileza, Jerjes eligió a los hombres que causarían su ruina. No podría decir, sin embargo, que una sola de sus designaciones fuera desacertada. Hay, en última instancia, buena y

mala fortuna. Mi amigo tenía mala fortuna; algo que yo ignoraba, pero que él supo siempre.

Durante el último año de la vida de Darío, visité varias veces a los Egibi, con el fin de enviar una caravana privada a la India. Pero siempre había algo que salía mal. Aproximadamente por entonces, recibí un mensaje de Caraka: había enviado un segundo convoy de hierro desde Magadha. Por desgracia, en algún punto entre Taxila y Bactra, la caravana desapareció. Supongo que fue capturada por los escitas. Antes de separarnos en la India, Caraka y yo habíamos creado un código privado. Por eso pude saber, mediante lo que parecía un sobrio informe comercial, que Koshala ya no existía, que Virudhaka había muerto y que Ajatashatru era el amo de toda la llanura del Ganges. Como el príncipe Jeta gozaba del favor de Ajatashatru, mi mujer y mis dos hijos —el segundo era también un varón— estaban perfectamente. Aparte de eso, nada sabía. Extrañaba a Ambalika, en particular en las pocas ocasiones en que estaba con Parmys.

Cinco años después de su partida, Fan Ch'ih me envió un mensaje. Aún no había llegado a Catay. Su caravana, decía, continuaba avanzando. Había encontrado un nuevo camino de acceso a Catay y tenía grandes esperanzas de abrir una ruta de la seda entre Persia y Catay. Leí la carta a Jerjes, quien se interesó lo bastante para enviar una copia al Gran Rey. Un mes después, me entregaron el formal recibo del consejero de oriente, y luego, el silencio.

En cierto sentido, Mardonio provocó la muerte de Darío. A medida que recuperaba su salud, volvía a convertirse en el centro de lo que había sido el partido griego de la corte. Era particularmente cortejado por Demarato. Dicho sea de paso, yo había prohibido a Lais que recibiera griegos en mi casa. Cuando yo me encontraba en Susa, me obedecía. Pero apenas me alejaba, convergían allí todos los parásitos griegos de la corte. Y nada podía hacer, aparte de expulsar a Lais; y eso no se hace con una bruja tracia.

Mardonio quería una última guerra griega; Jerjes, una victoria en cualquier parte. Mardonio tentaba a Jerjes con la gloria. Juntos conquistarían Grecia. Jerjes sería el comandante en jefe, Mardonio el segundo. Como no se hablaba de la India, yo estaba excluido de los consejos. No me disgustaba. Yo siempre había desaprobado las guerras griegas, porque conocía a los griegos. Jerjes no los conocía.

Tengo la impresión de que Darío deseaba la paz. Aunque en su momento se había enfadado con Datis por su fracaso en Atenas, ciertamente no volvió a pensar en el asunto. En realidad, Darío jamás tomó en serio a Atenas ni a ninguna otra ciudad griega. Era natural: los líderes griegos venían a Susa constantemente a pedir ayuda para traicionar a sus ciudades nativas. Darío admiraba a los griegos como soldados, pero le hartaban sus disputas internas. Finalmente dijo:

—Dos campañas son suficientes.

La primera había sido un éxito poco importante; la segunda no había arrojado un resultado concreto y, además, había costado mucho. No hacía falta una tercera campaña.

Eso no detuvo a Mardonio. Presionó a todo el mundo, incluida Atosa, quien finalmente aceptó que había llegado el momento de que Jerjes saliera al campo de batalla. El retiro de Artobazanes hizo mucho por aplacar sus temores; Jerjes, al

parecer, no tenía rivales. Estas presiones combinadas sobre Darío estaban destinadas a tener un desastroso éxito.

El Gran Rey nos reunió en el salón de las setenta y dos columnas, en Susa. Aunque yo no presentía que aquélla pudiera ser la última aparición de Darío en público, recuerdo haber reflexionado acerca del cambio experimentado por el joven y vigoroso conquistador que yo había visto por vez primera en el mismo lugar. Allí donde un león se había movido entre nosotros, un frágil anciano trepaba ahora al trono. El Gran Rey tenía sesenta y cuatro años.

Demócrito quiere saber qué edad tenía Jerjes en aquel momento. Jerjes, Mardonio y yo teníamos treinta y cuatro años. Herodoto afirma que Jerjes sólo tenía dieciocho. Esto es lo que se llama historia. Aunque nuestra juventud nos había abandonado, la ancianidad estaba tan lejos de nosotros como la infancia.

Mientras Jerjes ayudaba a su padre a subir al alto trono de oro, todas las miradas estaban clavadas en el desfalleciente soberano y en el sucesor. Darío llevaba la puntiaguda corona de guerra. Con la mano derecha aferraba el cetro de oro. Con toda la discreción posible, Jerjes cogió el brazo inútil de su padre y lo apoyó en el brazo del trono.

Jerjes descendió.

—¡El rey de reyes! —exclamó, en una voz que recorrió todo el salón—. ¡El Aqueménida!

Todos permanecíamos de pie, con las manos en las mangas. Mirando la primera fila de jóvenes príncipes y nobles, pensé en Jerjes, en Mardonio, en Milo, en mí mismo, años atrás. Ahora un nuevo grupo de nobles nos reemplazaba, así como Jerjes reemplazaría en breve a la disminuida figura del trono. Nada recuerda tanto el paso imparcial del tiempo como la inmutable corte de Persia.

Cuando Darío habló, la voz sonó débil pero bien timbrada.

—El Sabio Señor exige el castigo de los atenienses que han incendiado nuestros templos sagrados en Sardis.

Era la fórmula que usaba la cancillería para justificar una expedición contra los griegos occidentales. Discutí más de una vez con el chambelán por este motivo. También hablé con Jerjes. Hice todo lo posible para conseguir que se modificara la fórmula, pero la cancillería es como esa montaña del proverbio, que no se mueve. Cuando dije que al Sabio Señor seguramente le encantaba que esos templos hubiesen sido destruidos, por los griegos o por quien fuese, nadie prestó la más mínima atención. Tampoco tuve el apoyo de la comunidad zoroastriana. Para no perder sus privilegios en la corte, preferían, y aún hoy prefieren, ser los más ignorados. Hace largo tiempo que olvidaron la orden de convertir a todos aquellos que siguen a la Mentira. Para ser honesto, también yo lo he hecho. Sólo la comunidad de Bactra es todavía relativamente pura y militante.

—Hemos ordenado la construcción de seiscientas trirremes. Hemos levado tropas en todos los puntos del imperio. Hemos aumentado el tributo que deben pagar las satrapías.

Darío señaló con el cetro a Baradkama, que leyó la lista de los nuevos impuestos. Había suaves suspiros en el salón, cuando los allí presentes escuchaban los aumentos que afectaban a sus propiedades. Aunque los clanes persas están exentos de

toda clase de impuestos, se espera que proporcionen el núcleo del ejército persa. En cierto sentido, quienes pagan más caro cuando el Gran Rey marcha a la guerra son los persas.

Una vez que el tesorero hubo concluido, Darío agregó:

—Nuestro hijo y heredero Jerjes mandará la expedición.

Jerjes había esperado toda su vida esa orden, pero su rostro no cambió de expresión.

—Nuestro sobrino Mardonio mandará la flota.

Esto era una sorpresa. Todo el mundo esperaba que Mardonio fuera designado segundo. Quizás el cargo de almirante implicase lo mismo, quizá no. El Gran Rey prefirió no dar más explicaciones. Yo miré a Mardonio, situado a la derecha del trono, con los labios curvados debajo de la cuidada barba. Mardonio estaba feliz. Yo no. Iría a Grecia con Jerjes. Si sobrevivía, quizás un día pudiera regresar a la India para ver a Ambalika y a nuestros hijos. Confieso que me sentía profundamente deprimido. No veía ningún futuro para Persia en el oeste. Y, más precisamente, sólo veía un futuro para mí en el oriente. El fracaso de mi matrimonio con Parmys hacía que Ambalika me pareciera doblemente deseable. Demócrito quiere saber por qué no tomé otras esposas. La respuesta es simple: no tenía bastante dinero. Y, en el fondo de mi mente, siempre había pensado que un día me establecería con Ambalika en Shravasti, o la traería a Persia, con mis hijos.

Al concluir la audiencia, Darío usó el brazo derecho para incorporarse. Durante un instante, se mantuvo inmóvil, vacilando un poco.

El peso del Gran Rey descansaba completamente sobre la pierna derecha. Cuando Jerjes hizo el gesto de ayudarle, Darío le indicó que no se moviera, y comenzó su lento, penoso, titubeante descenso del trono.

Cerca del suelo, adelantó su debilitada pierna izquierda pero no calculó bien. Había un peldaño más. Como una alta puerta dorada que se cierra, el Gran Rey giró sobre la pierna derecha y cayó muy lentamente, o esa fue la impresión de la asombrada corte, de cara contra el suelo. Aún sostenía el cetro, pero la corona cayó y vi, con horror, que el círculo de oro letal rodaba hacia mí.

Me arrojé al suelo sobre el vientre. Como no había precedentes de lo que acababa de ocurrir, todos nos fingimos muertos mientras Jerjes y el chambelán de la corte auxiliaban a Darío.

Mientras lo llevaban, medio a rastras, escuché la fatigosa respiración y vi unas gotitas de sangre sobre el suelo rojizo y opaco. Se había cortado el labio; se había lastimado el brazo bueno. El Gran Rey había empezado a morir.

No hubo guerra griega aquel año ni el siguiente. La postergación no se debió a la enfermedad de Darío, sino a que Egipto se rebeló para no pagar los nuevos impuestos. El ejército reunido para la conquista de Grecia fue utilizado para la pacificación y castigo de Egipto. Desde un extremo a otro de la tierra, los heraldos proclamaron que Darío conduciría el ejército en la primavera y que Egipto sería destruido.

Pero tres meses más tarde, mientras la corte estaba en la cálida Babilonia, y Susa sepultada bajo la peor nevada que nadie recordara, murió el Gran Rey, a los sesenta y cuatro años de edad. Había reinado durante treinta y seis.

La muerte acaeció —precisamente en ése, de todos los lugares— en el dormitorio de Atosa. Después de una disputa. Había ido a discutir con ella, o eso era lo que Atosa decía.

—Yo traté de serenarlo, como siempre.

Estábamos en sus apartamentos privados en Babilonia. Era la víspera del día en que debíamos partir hacia Pasargada para el funeral de Darío y la coronación de Jerjes.

—Yo sabía que estaba muy enfermo. También él lo sabía. Pero estaba enfurecido, no tanto conmigo cuanto consigo mismo. No podía soportar su propia debilidad, y no se lo reprocho. Tampoco yo puedo soportar la mía. Pero vino, secretamente, en una litera de mujer, con las cortinas corridas. No podía caminar. Sufría de incontinencia. Estaba dolorido. Allí. —Atosa señaló un lugar situado entre su silla y yo—. Yo sabía que se estaba muriendo. No creo que él lo supiera. Uno no lo sabe. En cierto momento, cuando se está enfermo, toda noción del tiempo se detiene y uno cree que nunca morirá, porque aún está aquí y no está muerto. Pero sí lo está, y eso es todo. Y nada lo cambiará.

»Traté de entretenerlo. Cuando éramos jóvenes jugábamos a charadas y juegos de palabras. Le gustaban, ¿no es raro?, y cuanto más complicados, mejor. Así que traté de distraerlo, y le propuse varios juegos. Pero no se dejaba distraer. Censuró a Jerjes. No dije nada. Me censuró. No dije nada. Yo sé cuál es mi lugar. —Atosa era proclive a exagerar cuando buscaba producir algún efecto—. Luego Darío elogió a nuestro hijo Ariamenes… «Es el mejor de todos mis sátrapas —dijo—. Gracias a él hemos expulsado de Bactra a las tribus del norte.» Ya sabes cómo le gustaba hablar a Darío de esos salvajes. «Quiero que Ariamenes conduzca el ejército a Egipto. Lo he mandado llamar» —agregó Darío—. Y en ese punto creo que no pude guardar silencio. «Le has prometido a Jerjes el mando esta primavera —le dije—: Y Jerjes es tu heredero.»

Darío empezó a toser. Aún puedo oír ese terrible ruido.

Para mi sorpresa, vi correr las lágrimas sobre el rostro de Atosa. Su voz, sin embargo, era perfectamente firme.

—Me gustaría poder decir que nuestro último encuentro fue apacible —continuó Atosa—. Pero no lo fue. Darío jamás pudo olvidar que recibió de mí la única legitimidad que poseía en este mundo, y odiaba esa dependencia. No sé por qué. Quizás haya ganado su corona con astucia; pero junto con la corona me recibió a mí, y por mí llegó a ser el padre del nieto de Ciro. ¿Qué más podía desear? No comprendo. Siempre me resultó difícil comprenderlo. Aunque en estos últimos años lo había visto muy poco. Y, por supuesto, su mente estaba trastornada por la enfermedad. Eso era visible. Pero jamás pude pensar que se le ocurriera llamar a Ariamenes. «Iniciarás una guerra civil —le dije—. Ariamenes querrá ser tu sucesor. Pero nunca lo permitiremos. Te lo aseguro.» Sí, me mostré muy dura. Y Darío estaba furioso. Trató de amenazarme, pero no pudo. La tos lo había dejado sin aliento. Me miró con rabia e hizo el gesto de un cuchillo que corta una garganta. Y eso me irritó tanto que yo lo amenacé. «Si llamas a Ariamenes —dije— te juro que iré en persona a Pasargada. Elevaré con mis propias manos el estandarte de los aqueménidas. Convocaré a los clanes y designaremos Gran Rey al nieto mayor de Ciro.» Y entonces…

Atosa se echó hacia atrás en su silla.

—Darío alzó el brazo derecho, con el puño en alto. Luego, el brazo cayó a su lado. Abrió mucho los ojos. Me miraba como solía mirar a los extraños. ¿Recuerdas? Con cortesía y distancia. Y dejó de respirar, sin dejar de mirarme, casi amablemente.

Atosa parpadeó. Sus ojos estaban secos ahora. Y ella misma era pura decisión.

—Ariamenes está en marcha hacia Susa. Habrá guerra civil.

Pero, gracias a Jerjes, no fue así. Al día siguiente al de la muerte de Darío, Jerjes salió de Babilonia a la cabeza de los diez mil inmortales. Ocupó el palacio de Susa y el tesoro. Desde Susa, envió a su suegro Otanes a parlamentar con Ariamenes. Nunca llegué a conocer todos los detalles de la reunión. Sé que hizo innecesario el derramamiento de sangre. Supongo que habrá recibido una gran compensación en dinero. De todos modos, como prueba de buena voluntad, Ariamenes concordó en acudir a la coronación de Jerjes en Pasargada. Debo elogiar a Jerjes por no haber condenado a muerte a su presuntuoso hermano. En estos asuntos, la benevolencia suele ser un error; es raro que un hombre perdone a quien lo ha perdonado. Pero Ariamenes, como se comprobó, fue una excepción a esta regla. Fue siempre leal a su hermano, y más tarde murió como un héroe en las guerras griegas.

En los comienzos, Jerjes comprendía a los hombres; y su vanidad.

## 6

Un día claro y frío, el cuerpo de Darío fue colocado en la tumba de roca, junto al viejo Hystaspes y a la infortunada Parmys —cuyos restos serían trasladados en breve por exigencia de Atosa.

Vestido como un simple guerrero, Jerjes entró en el pequeño templo del fuego situado frente a la tumba de Ciro. Los demás aguardamos afuera. Jamás he sentido tanto frío. Era ese tipo de día helado que congela los pelillos de la nariz, mientras el sol brilla con una intensa luz que no calienta. Recuerdo que el cielo estaba totalmente despejado, excepto por los blancos penachos de las hogueras donde pronto se sacrificarían mil bueyes al Sabio Señor.

Dentro del templo, los Magos ofrecieron a Jerjes un plato de leche cuajada, dátiles, hierbas. Después de probar esos alimentos tradicionales, vistió el manto bordado de oro de Ciro. Ariamenes le tendió la corona de guerra de Ciro; Jerjes la sostuvo en la mano hasta que el Archimago indicó el momento exacto del solsticio de invierno. En ese instante propicio, Jerjes colocó la corona sobre su cabeza y se convirtió en Gran Rey. En realidad, el solsticio de invierno ya había ocurrido, más temprano; pero los Magos, desgraciadamente, no suelen ser demasiado precisos en esas cosas.

Cuando Jerjes apareció en la puerta del templo, lo vitoreamos hasta quedar sin voz. Nunca me he sentido más conmovido que aquel día invernal, mientras mi amigo de toda la vida, vestido con el manto de Ciro, sostenía en alto el cetro y el loto. Pensé entonces, lo recuerdo, que la corona de Jerjes, con sus torrecillas de oro, parecía un fragmento terrenal, o mejor extraterrenal, del mismo sol. Y así empezó el reinado.

La corte permaneció un mes en Persépolis. En ese tiempo redacté la primera proclama. Está grabada en una alta roca, cerca de la tumba de Darío. Jerjes deseaba comenzar con el elogio de sí mismo, imitando a los antiguos reyes elamitas, que siempre amenazan al lector con su tremendo poder. Pero lo convencí de que imitara a su padre, que había iniciado su primera proclama alabando al Sabio Señor. No es necesario decir que toda la comunidad zoroastriana ejercía gran presión sobre mí.

Cuando, finalmente, Jerjes aceptó reconocer la primacía del Sabio Señor, por primera y única vez en la vida adquirí popularidad entre mis numerosos tíos, primos y sobrinos. Años más tarde se sintieron aún más complacidos, cuando logré convencer a Jerjes de que abandonara toda pretensión de gobernar Egipto y Babilonia con el favor de los dioses locales.

«Un gran dios es el Sabio Señor, que ha creado esta tierra, que ha creado al hombre, que ha creado la paz para el hombre.» La última frase era una contribución de Jerjes: como a la mayoría de los gobernantes, no le gustaba la guerra en sí. «Que ha hecho rey a Jerjes, rey de muchos, señor de muchos…» Y así sucesivamente. Luego enumeramos todas las tierras que gobernaba. Aunque los últimos disturbios de Bactria se mencionaban de modo un tanto amenazador, no se hablaba de la rebelión egipcia. Era un asunto demasiado delicado. Logré también que Jerjes denunciara a los devas y a sus adoradores en términos más duros que los de Darío. Pero Jerjes echó a perder en parte el efecto al consagrar una característica del Sabio Señor denominada

*arta*, o justicia. Si se considera arta como un mero aspecto de la divinidad, no hay blasfemia. Pero en estos últimos años, la gente del pueblo —con el apoyo de ciertos Magos— ha mostrado tendencia a considerar estos aspectos parciales del Sabio Señor como dioses en sí. Temo que el mismo Jerjes se haya inclinado a esta herejía. Dirigía sus plegarias tanto a Arta como al Sabio Señor, e incluso llamó a su hijo, el actual Gran Rey, Artajerjes.

Cuando Jerjes anunció que la corte permanecería un mes en Persépolis, me sorprendió que deseara separarse durante tanto tiempo del harén. Cuando se lo dije, sonrió.

—No sabes qué alivio es prescindir del consejo de Atosa y Amestris.

Le parecía auspicioso, además, comenzar su reinado en el corazón de la tierra persa, rodeado por los jefes de los clanes.

Quince mil personas, las más importantes del imperio, asistieron a la cena de la coronación, en el jardín principal del palacio de invierno de Darío. Vi la lista de animales inmolados para esa fiesta. No creo que haya quedado en las colinas un buey, una oveja o un ganso. A pesar de este inmenso gasto, la reunión fue un éxito, o por lo menos eso pensamos. Los nobles comieron y bebieron durante nueve horas. Muchos enfermaron; todos estaban maravillados. La terrible gloria real había sido transferida, del modo más apropiado, al legítimo Aqueménida. Esto era muy poco común.

Jerjes cenó con sus hermanos en una alcoba situada junto al salón en que nos encontrábamos cien de los amigos del rey. La alcoba estaba separada del salón por una gruesa cortina verde y blanca, que fue luego descorrida. Jerjes vino a beber con nosotros. Y más tarde, salimos al jardín, donde la ovación de los clanes resonó como las olas del océano cuando golpean rítmicamente la costa gobernadas por la luna. Sí, Demócrito: debajo de la superficie del océano exterior hay poderosas corrientes que no existen en el Mediterráneo, donde la causa de las olas son los vientos caprichosos. No, no conozco la razón. De alguna manera, las mareas oceánicas obedecen a las fases de la luna, como los períodos de las mujeres.

Yo estaba sentado entre Mardonio y Artabanes. Nos hallábamos tan borrachos como todos los demás. Sólo Jerjes parecía sobrio. Mezclaba agua con el vino, cosa que rara vez hacía. Estaba en guardia. Después de todo, al pie de su dorado diván se encontraba Ariamenes. El frustrado usurpador era un joven robusto, con los brazos de un herrero. Yo sentía aún profundas sospechas. Como todos, menos Jerjes.

Me agradó mucho Artabanes. No puedo decir que lo tomara muy en serio, aunque sabía que Jerjes se proponía nombrarlo comandante de la guardia de palacio, una posición de inmenso poder, puesto que el comandante de la guardia no sólo protege al Gran Rey sino que supervisa el funcionamiento cotidiano de la corte. Como Darío siempre había mantenido a sus comandantes de guardia, con rienda corta, supuse que Jerjes haría lo mismo.

Artabanes era un hircanio rubio y de ojos azules, uno o dos años menor que nosotros. Se rumoreaba que le agradaba beber en un cráneo humano. Fueran cuales fuesen sus hábitos privados, sus maneras en público eran sumamente refinadas. Ciertamente fue respetuoso conmigo. Temo haberlo encontrado algo obtuso; ésta era exactamente la impresión que él deseaba dar. Como se comprobó, los obtusos éramos nosotros.

El comandante de la guardia suele ser controlado, en la corte persa, por el chambelán. Un soberano hábil hace todo lo posible para mantener enfrentados a ambos funcionarios, lo cual no es difícil. Como el chambelán debe tener acceso al harén, es siempre un eunuco. Y como los guerreros viriles suelen despreciar a los eunucos, es normal que haya una hostilidad suficiente entre el comandante de la guardia y el chambelán de la corte. Por recomendación de Amestris, Jerjes había designado ya a Aspamitres para este último cargo. Y, en general, la corte estaba satisfecha. Todo el mundo sabia que Aspamitres siempre daba algo valioso a cambio de las dádivas que recibía. Era, además, un excelente administrador, como descubrí el día de la coronación de Jerjes.

A la altura del tercer plato, Mardonio y yo estábamos moderadamente ebrios. Recuerdo que se trataba de venado, preparado exactamente a mi gusto: adobado con vinagre y acompañado por crestas de gallo. Había comido un trozo. Luego me volví hacia Mardonio, que estaba más ebrio que yo y hablaba de guerras, como era su costumbre.

—Egipto es mejor que nada —dijo—. No me importa, en verdad. Sólo quiero servir al Gran Rey. —Aún no estábamos acostumbrados a la idea de que ese tremendo título pertenecía definitivamente a nuestro amigo de la infancia—. Pero, de todos modos, hemos perdido un año… —Mardonio eructó y olvidó de qué hablaba.

—Desde Grecia —dije—. Lo sé. Pero Egipto es más importante que Grecia. Egipto es rico. Y es nuestro. O lo era. —En ese instante, busqué un nuevo trozo de venado; hallé la fuente, pero no había más. Proferí una maldición.

Mardonio me miró sin comprender. Luego rió.

—No debes disputar a los esclavos lo que queda en la fuente.

—Pues eso es lo que haré.

De inmediato apareció Aspamitres a mi lado. Era joven, pálido, de aspecto inteligente, y no tenía barba. Eso significaba que había sido castrado antes de la pubertad, como los mejores eunucos. Había observado todo desde su puesto, junto al diván dorado de Jerjes.

—¿No habías terminado?

—No. Ni el almirante tampoco.

—Castigaremos a los responsables.

Aspamitres era un hombre riguroso. En un instante, el venado reapareció. Aquella misma noche, más tarde, seis criados fueron ejecutados. A causa de esto, el animado comercio de los alimentos de la mesa real disminuyó considerablemente, aunque jamás desapareció por completo. Es difícil desarraigar las costumbres antiguas. Pero, al menos durante los primeros años del reinado de Jerjes, se podía concluir la cena relativamente sin zozobras. Esa mejora debíamos agradecérsela a Aspamitres.

Se rumoreaba que desde los diecisiete años Aspamitres era el amante de la reina Amestris. No lo sé. Repito solamente lo que se decía. Aunque las damas del harén, e incluso las reinas, tendían a mantener complejas relaciones con sus eunucos, dudo que nuestra venerada reina madre, Amestris, usara de este modo a Aspamitres, si bien su miembro genital se consideraba insólitamente grande para una persona castrada a los diez u once años.

Demócrito me cuenta ahora el último chisme del ágora. Los griegos creen, al parecer, que la reina madre mantiene actualmente relaciones con el chambelán de la corte, un eunuco de veintitrés años que usa barba y bigote artificiales. Puedo asegurar a los atenienses amantes de los escándalos que la reina madre tiene ahora setenta años, y que es indiferente a los goces de la carne. En verdad, siempre ha preferido el poder al placer, como su predecesora la reina Atosa. No me parece imposible que la joven Amestris haya mantenido relaciones con eunucos. Pero eso ocurría en otro mundo, ahora perdido.

Ese mundo perdido era hermoso para nosotros. En particular ese invierno, en Persépolis, todo parecía posible. Menos una cosa: volver a vivir con comodidad. Los palacios no estaban terminados. En realidad, no había una verdadera ciudad. Sólo las cabañas de los trabajadores y un nuevo conjunto de edificios construidos en torno al tesoro de Darío. Esas salas, esos depósitos, pórticos y despachos, eran utilizados temporalmente para alojar a los funcionarios de la cancillería.

Mardonio y yo compartíamos una habitación pequeña, helada y sin ventilación, en el harén del palacio de invierno. Como las habitaciones femeninas sólo debían alojar la relativamente modesta colección de esposas y concubinas de Darío, eran inadecuadas para la verdadera ciudad de mujeres de Jerjes. Por consiguiente, la primera orden del Gran Rey fue impartida a sus arquitectos. Debían extender las habitaciones de las mujeres hacia el tesoro. Y finalmente, parte del antiguo edificio del tesoro fue derribada para dar espacio al nuevo harén.

Una tarde, Jerjes me hizo llamar.

—Ven a ver la tumba de tu tocayo —dijo.

Cabalgamos juntos la considerable distancia que había hasta la tumba de Ciro el Grande. La pequeña capilla de caliza blanca, con su galería de delgadas columnas, se erguía sobre una alta plataforma. La puerta de piedra estaba labrada como madera. Detrás de esa puerta, yacía Ciro en un lecho de oro.

Aunque el Mago que custodiaba la tumba era evidentemente un adorador de demonios, entonó en nuestro honor un cántico al Sabio Señor. Digamos, de paso, que aquel sacerdote residía en una casa situada junto a la tumba, y una vez por mes sacrificaba un caballo al espíritu de Ciro. Una antigua costumbre aria, que Zoroastro deploraba.

Jerjes ordenó al Mago abrir la tumba. Juntos entramos a la mohosa cámara en que el cuerpo de Ciro, conservado en cera, descansaba sobre su lecho. Junto a éste había una mesa de oro cubierta de maravillosas joyas, armas, vestiduras, que brillaban a la luz vacilante de la tea que Jerjes sostenía en alto.

Es una extraña sensación la que se tiene al mirar a un hombre célebre muerto más de medio siglo atrás. El cadáver estaba vestido con pantalones rojos y un manto de placas de oro superpuestas. El manto cubría casi por entero el cuello, para ocultar la herida abierta por el hacha del bárbaro. Como al descuido, Jerjes lo desplazó, revelando la oscura cavidad.

—Atravesó su columna vertebral —dijo Jerjes—. No era un hombre hermoso, ¿no te parece? —Jerjes miraba críticamente el rostro cubierto de cera.

—Era anciano —susurré. Excepto por el tono ceniciento de la piel, Ciro podía estar dormido; yo no deseaba despertarlo por nada del mundo. Estaba espantado.

Jerjes no lo estaba en absoluto.

—Querría que de mi cuerpo se ocuparan los egipcios —dijo, censurando a los embalsamadores de Ciro—. Tiene mal color. Y mal olor.

Jerjes respiró el aire húmedo e hizo una mueca. Pero yo sólo olía los diversos ungüentos utilizados por los embalsamadores.

—Duerme en paz, Ciro el Aqueménida. —Jerjes saludaba jovialmente al fundador del imperio—. Tu descanso es merecido. Te envidio. —Yo nunca supe con certeza cuándo Jerjes hablaba en serio y cuándo no.

Jerjes había instalado su despacho en lo que se llamaba el anexo de Darío, aunque había sido totalmente construido por Jerjes cuando era el príncipe de la corona. Calias me dice que ahora Fidias está copiando ese hermoso edificio. Le deseo buena fortuna. El anexo fue el primer edificio del mundo rodeado de pórticos por todas partes. Demócrito duda que sea así. También yo lo dudaría si pasara todo mi tiempo con los filósofos.

Poco después de la visita a la tumba de Ciro, Jerjes me hizo llamar oficialmente. Aspamitres me recibió en el vestíbulo del anexo. Como siempre, estaba ansioso por agradar. En verdad, gracias al celo de Aspamitres, la indolencia y las malas maneras de los funcionarios de la cancillería de Darío habían desaparecido de la noche a la mañana. Los funcionarios se mostraban activos y dispuestos, y continuaron así durante más o menos un año. Luego volvieron a ser indolentes. Pero eso es característico en los funcionarios de la cancillería y, desde luego, en los eunucos.

Pasé por entre las mesas de trabajo dispuestas en hileras entre columnas de colores brillantes, hechas de madera y recubiertas de yeso. Ésta es la forma más barata de construir columnas. Y es más fácil decorar el yeso que la piedra. Se dice que Fidias se propone hacer de mármol todas sus columnas. Si se le consiente esa locura, es obvio que Atenas verá su tesoro vacío. Todavía hoy no se han terminado de pagar las columnas de granito de los principales edificios de Persépolis.

Braseros de carbón hacían agradable el ambiente en la habitación de Jerjes; el incienso que ardía en dos trípodes de bronce lo tornaba desagradablemente acre. Es cierto que el incienso siempre me ha dado dolor de cabeza, sin duda porque lo asocio con el culto de los demonios. Zoroastro fustigaba el uso del incienso y del sándalo, por ser los aromas preferidos por los demonios. Aunque nuestros Grandes Reyes proclamaban su creencia en el Sabio Señor, permiten que ciertos pueblos los consideren como dioses. No me agrada esta paradoja. Pero es más fácil cambiar el curso del sol que alterar el protocolo de la corte persa.

Jerjes estaba sentado ante una mesa, en aquella habitación sin ventanas. Por un instante, a la luz de la lámpara, lo vi, con temor, semejante a Darío. Me dejé caer al suelo. En alta voz, Aspamitres recitó mi nombre y mis títulos. Y luego, inmediatamente, desapareció.

—Levántate, Ciro Espitama. —La voz era la de mi amigo Jerjes. Me puse de pie mirando al suelo, como era la costumbre.

—El amigo del rey puede mirar a su amigo. Por lo menos, cuando estamos a solas. —De modo que lo miré, y él a mí. Sonreímos. Pero nada era como había sido, ni volvería a ser así. Era el rey de reyes.

Jerjes fue directamente a la cuestión.

—Debo componer mi autobiografía antes de ir a Egipto; esto significa que no hay mucho tiempo. Quiero que me ayudes a escribir el texto.

—¿Qué desea hacer saber al mundo el rey de reyes?

Jerjes empujó hacia mí una pila de deteriorados papiros, cubiertos con la escritura elamita.

—Es la única copia de la autobiografía de Ciro que hemos podido encontrar en la casa de los libros. Ya ves que está casi deshecha. Al parecer, nunca la reescribió. El texto no muestra cambios posteriores al año de mi nacimiento. A propósito: habla de mí. De todos modos, tendremos que trabajar a partir de esto.

Miré el texto elamita.

—El lenguaje es muy anticuado —dije.

—Tanto mejor —respondió Jerjes—. Quiero parecerme a Darío, quien se asemejaba a Cambises, que recordaba a Ciro, quien imitaba a los reyes de Media y así hasta el principio, sea cual fuere. —Pensé, recuerdo, que aunque Darío siempre hablaba del seudo-Mardos como un predecesor, Jerjes no lo mencionaba jamás.

El Gran Rey y yo trabajamos durante tres días y tres noches para redactar la autobiografía oficial. Cuando terminamos, se enviaron copias a todas las ciudades del imperio, como expresión visible de la voluntad y el carácter del soberano. Jerjes describía en primera persona su progenie, sus logros y sus intenciones. Esa parte final revestía particular importancia, puesto que el testamento personal del Gran Rey se podía usar en la corte como un complemento del código oficial.

La forma de trabajar era la siguiente: Jerjes me explicaba qué quería decir. Yo tomaba notas. Cuando estaba listo para dictar, llamaba a mis secretarios. Yo dictaba en persa, pero mis palabras eran traducidas simultáneamente al elamita, al acadio y al arameo, las tres lenguas escritas de la cancillería. Siempre me ha maravillado la rapidez con que los secretarios de la cancillería podían traducir frases persas a otras lenguas. En aquellos tiempos, rara vez se escribía en persa. Y posteriormente se harían traducciones al griego, al egipcio y al indio.

Una vez terminada la obra, se la leían a Jerjes en las tres lenguas. Él escuchaba atentamente y luego introducía cambios y aclaraciones. En última instancia, la tarea más importante de un Gran Rey consiste en escuchar cada palabra de un texto de la cancillería. Al comienzo de su reinado, Jerjes examinaba cuidadosamente todo texto redactado en su nombre para asegurarse de que reproducía fielmente su pensamiento. Al final, sólo oía música y los chismes del harén.

La noche del tercer día, los secretarios leyeron la versión corregida, y Jerjes aplicó personalmente su sello al texto en tres lenguas. Creo que, en general, nuestro trabajo era superior al informe vanidoso y poco exacto de Darío sobre su usurpación.

Cuando Aspamitres y los secretarios se retiraron, Jerjes dio una palmada. El copero apareció como un fugaz fantasma. Sirvió el vino, bebió de la copa de Jerjes, y partió tan raudamente como había venido. A Jerjes siempre le divertía este ritual.

—Todo el mundo piensa que si el vino está emponzoñado, el copero caerá muerto en el acto. ¿Y si fuera un veneno lento? Tanto él como yo podríamos tardar meses en morir.

—¿Eso se hace para evitar que el copero envenene al soberano?

—Sí, si no dispone de un antídoto. Pero un asesino hábil podría matarnos sin

que nadie se enterara. —Jerjes sonrió—. Recuerda cómo puede matar Lais con sus pociones tracias.

Me embarazaban las referencias a la reputación de Lais como bruja y envenenadora. No sé de nadie a quien haya matado personalmente. Pero sé que preparaba compuestos para Atosa, y no es un secreto que si una dama del harén disgustaba a la reina, más tarde o más temprano sufría alguna misteriosa enfermedad mortal.

—Es extraño estar aquí. —Jerjes parecía inesperadamente melancólico—. Nunca creí que llegara a ocurrir.

—Pero era evidente que Darío se estaba muriendo.

—Por supuesto. No creía, sin embargo, que él… —Jerjes hacia girar su copa roja y negra entre las manos, como un alfarero de Samos—. Soy demasiado viejo.

Lo miré sorprendido, sin poder contestar.

Jerjes se quitó su pesado collar de oro y lo dejó caer sobre la mesa de cedro. Ociosamente se rascó.

—Soy demasiado viejo para… —Se interrumpió. No hablaba conmigo sino consigo mismo—. No he tenido victorias. Es decir, victorias reales. —Hizo tamborilear los dedos sobre su copia de nuestra obra—. He reprimido revueltas. Pero no he agregado un solo puñado de tierra al reino de mi padre. Todo lo que he hecho ha sido construir.

—Eres el constructor más grande que ha existido —dije. No era exagerado. Creo que Jerjes es… fue… no; es el más importante creador de edificios y ciudades que haya habido nunca, aun recordando a esos provincianos que construyeron hace tantos años los aburridos obeliscos y pirámides de Egipto.

—¿Tiene eso alguna importancia? —Nunca había visto a Jerjes tan desanimado. Era como si la posesión de todas esas tierras no le inspirara alegría, sino dolor y preocupación—. Tengo la sensación de haber dilapidado totalmente mi vida. Me he limitado a esperar y esperar, y ahora tengo treinta y cinco años y…

—Eso no es ser viejo. Y piensa en Mardonio.

—Ya lo he hecho. —Jerjes sonrió—. Vacila, como un anciano. No; esto… —con un rápido gesto Jerjes dibujó en el aire la corona— debería haber llegado hace diez años, cuando tenía la misma edad de Darío en el momento en que mató al Gran Rey.

—¿Al Gran Rey? —Miré con sorpresa a Jerjes—. ¿Quieres decir al usurpador Gaumata?

—Quiero decir al Gran Rey. —Jerjes concluyó su copa de vino y secó sus labios con la manga bordada—. ¿No lo sabías?

Negué con la cabeza.

—Pensaba que sí. Creía que Atosa se lo había dicho a Lais. Sin duda, tu madre es más discreta que la mía. De todos modos, ya es hora de que conozcas el sangriento secreto de la familia.

Con frecuencia, el príncipe que confía un secreto decreta simultáneamente la pena de muerte a quien lo escucha. Sentí frío. No quería escuchar lo que escuché. Pero no podía evitarlo. Jerjes estaba ansioso por que yo supiera lo que, en aquel momento, apenas un puñado de personas conocía.

—Darío no fue nunca un aqueménida. Estaba emparentado lejanamente con

la familia, como todos los jefes de clan. Cuando Cambises se dirigió a Egipto, designó regente a su hermano Mardos. Se resolvió que, si a Cambises le ocurría algo, Mardos sería el Gran Rey. Cambises fue envenenado en Egipto. No sé por quién. Cambises mismo creyó que los responsables eran los sacerdotes locales. El veneno era de acción lenta. Sufrió terriblemente. A veces parecía trastornado, pero luego volvía en sí y estaba totalmente lúcido. —Jerjes se detuvo. Frotaba ociosamente el collar de oro con el pulgar—. A pesar de lo que nos han enseñado, Cambises fue un soberano tan grande como su padre Ciro.

Escuché, sin poder casi respirar.

—Cuando llegó a Susa la noticia de que Cambises estaba enfermo, Mardos se consagró Gran Rey. Cambises se enteró, denunció a su hermano e inició el regreso. En el camino, Cambises fue nuevamente envenenado, esta vez por alguien muy próximo. Se dijo, como debes recordar, que se cortó con su propia espada. Creo que esa parte de la historia oficial es cierta. Pero la espada había sido untada con el veneno fatal, y Cambises murió. Mardos pasó a ser, entonces, el legítimo Gran Rey, sin ningún rival. Era muy popular.

»Empezaron a correr rumores. Se decía que Mardos no era el verdadero Mardos; que éste había sido asesinado por un par de Magos, dos hermanos, y que uno de ellos, Gaumata, personificaba al muerto. Como todo el mundo sabe, Darío y Los Seis mataron al falso Mardos, y Darío se convirtió en Gran Rey. Luego Darío se casó con Atosa, hija de Ciro, mujer y hermana de Cambises, y también mujer y hermana del supuesto seudo-Mardos. Luego, Darío nombró legítimo sucesor de los aqueménidas a su hijo, es decir, a mí.

Jerjes dio una palmada. Apareció el copero. Si había oído algo, no lo demostró. Tampoco se habría atrevido.

Cuando se marchó, hice la pregunta obvia.

—¿A quién mató Darío?

—Mi padre mató al Gran Rey Mardos, hermano de Cambises e hijo de Ciro.

—Pero sin duda Darío creyó matar al Mago Gaumata…

Jerjes movió la cabeza.

—No había ningún Mago. Sólo estaba el Gran Rey, y Darío lo mató.

En silencio, bebimos vino.

—¿Quién —pregunté, aunque conocía la respuesta— envenenó la espada de Cambises?

—El escudero del Gran Rey —respondió Jerjes, sin particular emoción—. Darío, hijo de Hystaspes. —Jerjes se irguió—. Ahora lo sabes.

—No quería saberlo, señor.

—Pero así es. —Nuevamente percibí la tristeza de Jerjes—. Y sabes que soy quien soy porque mi padre mató a mis dos tíos.

—¿De qué otro modo se conquista el trono? —dije—. Ciro mató a su suegro y…

—Eso fue en la guerra. Pero lo que te he contado es indigno. De modo traicionero, y sin otro motivo que elevarse, un miembro de los clanes persas mata a los caudillos de su propio clan. —Jerjes sonrió con los labios cerrados—. Cuando me hablaste de esos dos reyes indios asesinados por sus hijos, pensé en mi padre. Me dije:

pues bien, no somos muy distintos. También nosotros somos arios. Pero no debemos ignorar, como tampoco esos indios, que quien rompe la más sagrada de las leyes, así como sus descendientes, queda maldito.

Jerjes creía firmemente que sería castigado por las acciones de su padre. Yo no estaba de acuerdo. Le respondí que si él seguía el camino de la Verdad, al Sabio Señor no le importaría que su padre hubiese seguido a la Mentira. Pero Jerjes estaba habitado por los demonios y las oscuras potencias que mi abuelo había intentado desterrar del mundo. Jerjes pensaba que el hijo debía pagar con su sangre lo que el padre no había sido obligado a pagar. Más tarde o más temprano, creía, los viejos dioses vengarían la muerte de dos Grandes Reyes; y sólo la sangre sagrada puede lavar las manchas de sangre sagrada.

—¿Hystaspes lo sabía?

—Sí. Y estaba horrorizado. Esperaba expiar el crimen de Darío entregándose a Zoroastro. Pero eso no es posible, ¿verdad?

—No —respondí, demasiado atontado para poder ofrecer consuelo—. Sólo el mismo Darío podría haberlo hecho, con la ayuda del Sabio Señor.

—Eso me parecía.

Jerjes dio vuelta a su copa sobre la mesa. Había acabado el vino. Estaba perfectamente sobrio.

—De modo que hay sangre en mi trono. Atosa considera que es normal. Pero ella es mitad meda; no piensa como nosotros acerca de estas cosas.

—¿Cuándo has sabido todo esto?

—De niño. En el harén. Los viejos eunucos murmuraban. Yo escuchaba. Por fin, le pregunté a Atosa. Al comienzo mintió. Pero insistí. «Si no sé la verdad —le dije— ¿cómo podré apoderarme de la terrible gloria real?» Entonces me lo dijo. Es una mujer feroz. Pero no necesito decírtelo. Te ha salvado la vida. Y también me ha salvado la vida, y me ha puesto en el trono.

—¿Cómo logró salvar su propia vida? —pregunté.

—Con astucia —respondió Jerjes—. Cuando Darío mató a Mardos, en seguida hizo llamar a Atosa. Pensaba matarla, porque sólo ella sabia con certeza que la persona asesinada era realmente su esposo y hermano, el verdadero Mardos.

—¿No lo sabía también el resto del harén?

—¿Cómo hubieran podido? Cuando Cambises vivía, su hermano Mardos era el regente. Un regente no se apodera del harén de su hermano. Pero cuando se supo que Cambises había muerto, Mardos se casó de inmediato con Atosa, con gran satisfacción por parte de ella, porque Mardos era su hermano favorito. Un año más tarde, Darío llegó a Susa y difundió el rumor de que Mardos no era Mardos, sino un impostor. Mató al supuesto impostor, y sólo quedaba en la tierra una persona que sabía la verdad. Atosa.

He oído tres versiones de lo ocurrido a partir de ese momento: las de Atosa, Lais y Jerjes. Varían un poco, pero el sentido general es el siguiente:

Cuando Darío visitó a Atosa en el harén, la halló sentada ante la estatua de tamaño natural de Ciro el Grande. Ella llevaba la diadema real en la frente. Estaba por completo serena, o al menos daba esa impresión. Con un gesto, despidió a sus sirvientes. Y luego, como una cobra de la India, atacó la primera.

—Has matado a mi esposo y hermano, el Gran Rey Cambises.

Cogió a Darío totalmente por sorpresa. Él esperaba que Atosa se echara a sus pies, suplicando por su vida.

—Cambises ha muerto de una herida —respondió Darío, poniéndose a la defensiva, un error que jamás habría cometido en la guerra—. Una herida que se hizo él mismo, por accidente.

—Tú eras el amigo del rey y escudero suyo. Tú habías emponzoñado la punta de la espada.

—Que tú lo digas no lo convierte en verdad —respondió Darío, recobrándose—. Cambises ha muerto. Esto es un hecho. No es asunto tuyo cómo ha muerto.

—Lo que concierne a los aqueménidas me concierne, porque soy la última de ellos. Tengo pruebas de que has matado a mi esposo y hermano, el Gran Rey Cambises.

—¿Cuál es la prueba?

—No me interrumpas —silbó Atosa. Cuando quería, podía asumir el tono de una verdadera pitonisa—. Soy reina y aqueménida. Y sé que has matado también a mi esposo y hermano, el Gran Rey Mardos.

Darío dio un paso atrás y se detuvo.

—Era tu marido, pero no tu hermano. Era un Mago llamado Gaumata.

—Era tan Mago como tú. Era un aqueménida; tú no lo eres ni lo serás nunca.

—Soy el Gran Rey. Soy aqueménida. —Darío colocó su silla de marfil entre la reina y él, según la versión de Atosa—. He matado a un Mago, impostor y usurpador…

—Tú eres el usurpador, Darío, hijo de Hystaspes. Con una palabra mía a los clanes, toda Persia se levantará en rebeldía.

Esto devolvió la cordura a Darío. Apartó la silla y se acercó a la reina.

—No dirás esa palabra —le dijo—. ¿Comprendes? Porque si alguien prefiere creer que el Mago era en realidad Mardos, morirá.

—Sigue adelante, pequeño aventurero. Mátame y luego verás lo que ocurre. —Atosa lo miró con su sonrisa más encantadora. Debía de ser una bella sonrisa en aquel tiempo. Y en ese momento, Atosa se sintió inusitadamente atraída por el usurpador de pelo rojizo y ojos azules, según le dijo a Lais. El hecho de que Darío y ella tuvieran la misma edad acrecentaba esa inesperada lujuria.

Y Atosa hizo entonces el movimiento más osado de su vida.

—He despachado agentes a Babilonia, Sardis y Ecbatana. Si muero, revelarán a los comandantes militares de nuestras ciudades leales que Darío ha cometido dos regicidios. Cambises era admirado; Mardos, amado. Recuerda que eran los últimos hijos de Ciro el Grande. Las ciudades se rebelarán, te lo aseguro. Tú eres solamente un joven atrevido. Todavía…

Ese «todavía» fue el comienzo de un elaborado tratado de paz, cuya principal condición fue propuesta por Atosa. Si Darío se casaba con ella, y designaba heredero a su primer hijo, reconocería que el muerto era un Mago a quien se había visto forzada a aceptar como marido. Aunque hubo mutuas concesiones, el articulo principal del tratado fue respetado por ambas partes.

Demócrito quiere saber si realmente Atosa había enviado esos agentes a Babilonia y a las demás ciudades. Por supuesto que no. Atosa nunca era más

espléndida que cuando improvisaba con un buen motivo. ¿Si Darío le creyó? No lo sabremos nunca. Pero, a causa de esa treta de Atosa, Darío admiró —y temió— siempre a Atosa. Durante los treinta y seis años siguientes hizo lo posible por apartarla del gobierno; en algunas ocasiones logró cierto éxito. Por su parte, Atosa fue feliz con el joven regicida. Sin duda veía en él a un magnifico administrador del imperio de su padre. El resultado de ese tratado, tan manchado de sangre, fue Jerjes. Pero, infortunadamente, él pertenecía a esa clase de hombres que percibe la necesidad del equilibrio final de las cosas: como Darío no había purgado sus crímenes, su hijo debía pagar por ellos.

No he expuesto la verdad, Demócrito, sólo para confundir a ese hombre de Halicarnaso. Al contrario. Su versión es un hermoso cuento para niños, y Darío es su héroe. La historia real es más tenebrosa, y no constituye ningún crédito para nuestra casa real. Pero considero necesario explicar la verdad, para que se comprenda la naturaleza personal de mi amado Jerjes. Desde el instante mismo en que conoció las verdaderas circunstancias del acceso de su padre al trono, imaginó con absoluta claridad su propio y sangriento fin. Este presentimiento explica por qué era como era, y por qué hizo lo que hizo.

Afortunadamente, antes de que el mes terminara, Jerjes había dejado de lado su melancolía. Hizo trabajar día y noche ambas salas de la cancillería; contó personalmente el oro y la plata del tesoro. Juntos, inspeccionamos el contenido de la casa de los libros. Leí para él toda clase de antiguos informes, en particular los que se referían a la India y a Catay.

—¿Quieres volver, verdad? —Ambos estábamos cubiertos del polvo de las viejas tabletas de arcilla, los mohosos papiros y cintas de bambú.

—Sí, señor. Querría volver.

—Te prometo que dentro de dos años —Jerjes se sacudió el polvo de la barba— iremos. Cuando Egipto esté en paz nuevamente. No he olvidado lo que me has dicho. No he olvidado que, tarde o temprano, aunque sea ya demasiado viejo, debo aumentar mi patrimonio.

Los dos sonreímos. Ya no se esperaba de mí que tomara seriamente las referencias de Jerjes a su avanzada edad. Pero, mirando hacia atrás, creo ahora que él estaba convencido de que sus días como guerrero habían terminado antes de empezar. La guerra es para hombres muy jóvenes.

Antes de que la corte saliera de Persépolis, Jerjes me designó nuevamente ojo del rey y me encomendó acompañar a Ariamenes a Bactria. Debía usar no sólo mis ojos, sino también mis oídos. Aun cuando Jerjes había tratado a su hermano con benevolencia, no confiaba en él. Y en aquel momento, conociendo mejor a su familia, no podía pensar que sus dudas eran frívolas.

Ariamenes aceptó mi compañía con razonable buena voluntad. A pesar de la numerosa comitiva que nos acompañaba, nos vimos obligados a pagar un humillante tributo a los bandidos que controlan el acceso a las montañas persas.

No reconocí Bactra. Después del gran incendio, toda la ciudad había sido reconstruida, y se parecía más a Shravasti o a Taxila que a Susa. Lo que había sido un pobre establecimiento de frontera era ahora una gran ciudad oriental, nada persa.

Al comienzo, Ariamenes me miraba con gran recelo. Pero finalmente llegamos

a llevarnos bien. Y todavía mejor porque no pude encontrar prácticamente ninguna irregularidad en su gobierno. Me pareció un hombre misterioso. Hasta hoy no he logrado imaginar por qué se lanzó a la rebelión, aunque fuese un breve impulso. Supongo que el aislamiento y la distancia de Bactria tuvieron algo que ver. Más allá de las montañas, hacia el sur, está la India; por el desierto, hacia el este, se encuentra Catay; al norte, los fríos bosques y las áridas llanuras de las tribus. La civilización no comienza hasta que uno ha recorrido trescientas millas hacia el oeste. Bactria está en los confines de todas partes, y no es ninguna de ellas.

Es, además, tanto un lugar como un estado de ánimo salvaje, violento, extático. Los Magos de Bactria, seguidores de la Mentira, se cuentan probablemente entre las personas más extrañas de la tierra. Se embriagan constantemente con haoma. Su crueldad es casi increíble. A pesar de las enseñanzas de Zoroastro y las prohibiciones de tres Grandes Reyes, persisten en la práctica de atar a los enfermos y a los agonizantes junto a los muertos. Desollados por el sol o helados por las nevadas, los agonizantes claman a gritos una ayuda que nadie se atreve a ofrecerles. Perros y buitres se ceban en ellos como en los cadáveres.

Cuando me quejé de esto a Ariamenes, me contesto:

—Nada puedo hacer. Los bactrianos temen más a los Magos que a mí. ¿Por qué no los detienes tú? Eres el heredero del profeta: a ti te escucharan.

Ariamenes se divertía a mis expensas. Sabía que donde el mismo Zoroastro había fracasado, su nieto no tendría mayor éxito. Sin embargo, hablé de esto con los jefes de la comunidad zoroastriana. La mayoría de sus miembros estaba emparentada conmigo, y varios se mostraron bien dispuestos. Eran, en general, personas… mundanas, por así decirlo. Pretendían seguir a la Verdad, pero buscaban dinero y honores. Me aseguraron que esa terrible costumbre sería abolida. Se conserva, no obstante, hasta hoy.

Se había construido un gran altar en el lugar en que Zoroastro había sido asesinado. Tuve una sensación de extrañeza ante la gran mesa abrasada por el fuego; los bajos peldaños que conducían hacia ella habían rebosado en una ocasión de dorado haoma y de sangre. Dije una plegaria. Mi primo, el jefe de la orden, pronunció una respuesta. Luego, frente al altar del fuego, describí ante una docena de mis parientes —hombres pequeños y morenos, con aspecto de caldeos— la muerte del profeta y repetí las palabras que el Sabio Señor se dignó decirme a través de esos labios… ¿muertos?

Estaban profundamente conmovidos. También yo lo estaba. Sin embargo, mientras decía esas palabras familiares, no logré recordar verdaderamente cómo habían sonado cuando las oí por vez primera. La repetición me había privado mucho antes del verdadero recuerdo. Pero, ante el altar, tuve una brusca vislumbre de mí mismo como un niño fascinado por la presencia de la muerte y la deidad.

Luego me llevaron a la habitación de los pergaminos. Una docena de escribas escuchaba allí a los viejos miembros de la comunidad recitar textos de Zoroastro. Mientras los ancianos cantaban, los versos, o gathas, eran registrados. Como había escuchado algunos gathas de labios de mi abuelo, pude observar que se habían hecho leves alteraciones. Me pregunté si eran deliberadas. En algunos casos, las palabras de mi abuelo parecían haber sido modificadas para acomodarse a una nueva generación;

pero lo más frecuente era que el recitador olvidara el original. Por esto, aunque de mala gana, he llegado a la conclusión de que es importante registrar ahora estos textos, mientras los errores son relativamente pocos.

¿Cómo, dónde, por qué, cuándo empezó esta tendencia universal a poner todo por escrito? Las palabras de Zoroastro, el Buda, Mahavira, Gosala, el maestro K'ung, serán conservadas para las futuras generaciones; pero, paradójicamente, es mucho más fácil corromper un texto escrito que la memoria de un sacerdote, si éste ha aprendido un millón de palabras y no se atreve a modificar una sola por temor a perder el resto. Es muy fácil escribir un texto nuevo en un pergamino y sostener que es viejo y auténtico.

A lo largo de toda mi vida, las manifestaciones de Zoroastro contra el uso indebido del haoma se han ido alterando para adecuarse a la tradición de los Magos. Recientemente, la cualidad del Arta, o justicia, ha sido convertida en una deidad separada. Y el deva Mitra jamás ha sido eliminado de la fe zoroastriana. Mi último primo viviente dice con profunda convicción: «¿Acaso no es Mitra el sol? ¿Y no es el sol el símbolo del Sabio Señor?». Y de este modo, con gran sigilo, los demonios regresan, uno a uno. Mi abuelo sólo cambió de lugar algunos acentos. Eso fue todo.

Cuando dije a la comunidad que Jerjes había prometido reconocer solamente a un dios, el Sabio Señor, todo el mundo se mostró encantado.

—Sin embargo —observó el jefe zoroastriano—, los Magos que siguen a la Mentira tampoco deberían seguir al Gran Rey.

Con cierto detalle, me informaron acerca de las batallas cotidianas entre nuestros Magos y los otros, y de los infinitos desacuerdos entre los zoroastrianos de la corte y los de Bactra.

Aunque hice lo posible por mostrarme completamente a su servicio, tuve la sensación de haber decepcionado a los oscuros y pequeños hombres de la frontera. Esperaban que yo fuera uno de ellos y se encontraban con un hombre de ojos azules que hablaba el persa de la corte. Como ojo del rey, pertenecía casi por entero al mundo secular; y sin duda les parecía tan extraño como a mí que, entre todos los hombres del mundo, fuese yo el único que había escuchado la voz del Sabio Señor. A causa de ese momento de mi infancia se me considera, aun hoy, el hombre más santo de Persia. Es ridículo. Pero lo que somos rara vez es lo que deseamos ser; lo que deseamos se nos niega, o cambia con las estaciones.

¿No tengo razón, Demócrito? Ahora que ha llegado para mí el invierno y que el hielo es negro, sé exactamente qué soy y quién soy. Un cadáver de honor.

**L I B R O S E I S**



Catay

# 1

Dos años después del acceso de Jerjes al trono, fui designado embajador ante todos los reinos, estados y ducados que comprende la lejana tierra que llamamos Catay, un mundo que ningún persa ha visto jamás. El viaje que yo había esperado hacer con Fan Ch'ih se realizaba ahora en compañía de una caravana financiada por Egibi e hijos. Llevaba dos intérpretes de Catay y una escolta militar integrada por varios soldados, de infantería y de caballería, bactrianos.

La segunda sala de la cancillería —no es necesario decirlo— se opuso a esta embajada; pero el Gran Rey había hablado y, por lo tanto, para justificar lo que el tesorero consideraba dinero ya invertido, se me encomendó que inaugurara formalmente una ruta comercial entre Persia y Catay, tarea equivalente a la construcción de una escalera a la luna. Yo estaba, sin embargo, dispuesto a intentarla, y feliz de hacerlo. Aunque hubiera preferido seguir el camino que pasaba por la India —y ver a Ambalika y a mis hijos— la carta de Fan Ch'ih decía claramente que la ruta del norte, a través del río Oxo, era la más breve, aunque también la más peligrosa, para llegar a Catay. De modo que fui por el norte. Esto, como se demostró, era una estupidez. La estupidez, no olvidemos, es una característica de la juventud. Demócrito me dice que también él hubiera ido a Catay por el camino más corto. O sea que el punto queda comprobado.

Fan Ch'ih me había dicho que, como el hierro fundido es allí virtualmente desconocido, Catay sería un excelente mercado para el mejor metal persa, y también para los mejores artesanos. Egibi e hijos estaban de acuerdo, y financiaron la caravana a pesar de las abundantes probabilidades de que jamás retornara, calculadas por Shirik con su ábaco. Sin embargo, estaba dispuesto a correr el riesgo.

—Si logras abrir una ruta por el norte —dijo— tendremos por vez primera una auténtica ruta de la seda.

Es tradicional que todo acceso por tierra a Catay reciba el nombre de ruta de la seda. A cambio del hierro fundido, Egibi e hijos deseaban mil y una cosas, desde seda hasta huesos de dragón para usos medicinales. Afortunadamente para mí, los desórdenes gástricos del viejo Shirik sólo se calmaban con la infusión de polvo de huesos de dragón de Catay. Y por este motivo tenía un interés personal, además del comercial, en el éxito de nuestra misión.

Al comienzo de la primavera salí de Bactra hacia el oriente. Mi descripción del largo viaje al este se encuentra bajo llave en un cofre de hierro en la casa de los libros de Persépolis, y sólo el Gran Rey tiene la llave, siempre que no la haya perdido. En menos de un año encontré un camino a Catay que nadie en el oeste conocía anteriormente. Pero como soy persa y amigo del rey, no tengo la intención de revelar a los griegos absolutamente ningún detalle de mi viaje a Catay. Y además, sin los mapas ni las observaciones de estrellas que hicimos, sólo podría proporcionar una vaga descripción de un viaje realizado hace ¿cuántos años? Treinta y ocho, me parece.

Después de cruzar el río Oxo, recorrimos millas de tierras de pasto, pobladas por las tribus del norte. Nos atacaron más de una vez; pero como yo llevaba mil soldados bactrianos, no pudieron hacernos daño. No olvidemos que los bactrianos

están estrechamente relacionados con esos bravíos nómadas que habitan las estepas y el desierto.

¡El desierto! Sin duda, ese desierto oriental es el más grande del mundo. Ciertamente, es el más fatídico. Todos nuestros caballos murieron. La mayoría de los camellos sobrevivió, aunque no muchos de los hombres. De los dos mil soldados, conductores de camellos y servidores que salieron de Bactra una clara mañana de primavera, sólo doscientos logramos atravesar con vida un desierto que parecía no concluir nunca, salvo —breve y cruelmente— en sus asombrosos espejismos. De repente, veíamos todos un rápido torrente de montaña, o una cascada o la nieve cayendo sobre un profundo bosque. Invariablemente, algunos de nuestros hombres se lanzaban a lo que creían un lago o un río, y algunos morían con la boca llena de arena ardiente.

Aunque en el desierto oriental abundan los oasis, es necesario un buen guía para encontrarlos. No teníamos ese guía. Las tribus del desierto se ocuparon de esto. En verdad, si no hubiéramos sabido que Catay estaba en la dirección del sol naciente, nos habríamos perdido sin remedio. Con todo, el viaje nos llevó un mes más de lo debido, y costó muchas vidas. Hacia el final, para evitar tanto los espejismos como el calor, viajábamos sólo por la noche. Apenas el sol aparecía sobre el liso horizonte gris, cavábamos huecos en la arena como los perros salvajes de la India y, con las cabezas cubiertas de tela, dormíamos como cadáveres.

A pesar de mis largas conversaciones con Fan Ch'ih, yo sabía muy poco acerca de la geografía catayana. Sabía que la mayor parte de los estados de Catay se encontraba entre los ríos Yang Tsé y Amarillo; pero ignoraba en absoluto qué distancia los separaba y en qué mar desembocaban. Fan Ch'ih me había dicho que su país natal, Lu, estaba situado en la cuenca del río Amarillo. Aparte de esto, mi desconocimiento de Catay y de su extensión era completo.

El desierto terminaba en unas praderas donde unos pastores de cara amarilla nos miraban desde una distancia prudente. No intentaron molestarnos. Como había abundantes fuentes y caza, pudimos subsistir sin dificultad. Finalmente, cuando empezaba a hacer frío, llegamos a las fuentes occidentales del que era, como vimos más tarde, el río Amarillo, un arroyo oscuro, profundo y sinuoso que corría entre sierras bajas, cubiertas de coníferas. Aquel debía de ser el hogar ario de los antepasados.

Acampamos en un bosquecillo de bambúes al borde del río. Mientras los hombres se bañaban y pescaban, hice el inventario. Habíamos perdido muchos hombres y caballos, pero, gracias a la indestructibilidad de los camellos, aún conservábamos la mayor parte de nuestro cargamento de hierro y suficientes armas para defendernos de cualquier amenaza que no fuera un ejército. Durante la semana en que estuvimos acampados junto al río, envié una docena de mensajeros en todas direcciones. Sólo uno regresó, como prisionero de un ejército que procedió a rodearnos.

Un millar de jinetes nos miraban con el mismo asombro con que nosotros los mirábamos. Aunque estaba acostumbrado al tono amarillento de Fan Ch'ih, aquellos hombres tenían el color de la miel oscura. Sus rostros eran redondos, con la nariz achatada y los ojos oblicuos. Vestían gruesas túnicas acolchadas y unas curiosas capas.

Parecían formar parte de sus caballos, pequeños y de patas cortas. Y de ese modo, un día gris, mientras caía la primera nieve de la estación, conocí la caballería, recientemente organizada, del ducado de Ch'in, el más occidental de los estados de Catay.

Durante casi seis meses mis dos servidores catayanos me habían estado enseñando los rudimentos de su compleja lengua. Pude, por lo tanto, comunicarme con el comandante de caballería. No había, de todos modos, gran cosa que decir. Fuimos escoltados, en carácter de prisioneros, hasta Yang, la capital de Ch´in.

No recuerdo gran cosa del viaje, pero me sorprendió que el comandante no hubiese oído hablar jamás de Persia. Y recuerdo también que, cuando le dije que nuestro cargamento de hierro estaba destinado al ducado de Lu, rió y escupió en el suelo, expresando así el desdén de Ch'in por Lu.

Había imaginado que las ciudades de la gente amarilla serían parecidas a las de la llanura del Ganges. Pero descubrí con asombro que la gente de Yang era silenciosa y hasta torva. Todos vestían igual, con largas túnicas grises. Las calles de la ciudad recordaban al campamento de un ejército. La conducta pública estaba cuidadosamente reglamentada. Los hombres debían andar por un lado de la calle, y las mujeres de clase baja por el otro. Las mujeres de clase alta vivían decorosamente recluidas. Aun la plaza del mercado era fantasmagóricamente silenciosa. Una horda de inspectores controlaba constantemente las pesas de los vendedores y las monedas de los compradores. Quienes infringían alguna de las numerosas leyes eran muertos o mutilados. A lo que parecía ser la mitad de la población le faltaba una oreja, una mano o la nariz. No vi una sola sonrisa en público. Tampoco entre los soldados, que estaban en todas partes.

Durante los primeros días en Ch'in me pregunté si Fan Ch'ih me había engañado deliberadamente. Este no era el Catay que él había descrito. Posteriormente descubrí que Ch'in no sólo es distinto del resto del Reino Medio: no se parece a ningún otro lugar del mundo, con la posible excepción de Esparta.

Los miembros de mi caravana fueron confinados en un depósito vacío situado junto a la muralla de la ciudad. Yo fui escoltado, más o menos respetuosamente, hasta un bajo edificio de madera construido en el centro de la ciudad donde fui, menos respetuosamente, encerrado en una pequeña celda.

Nunca me he sentido más desolado. Aunque podía hacerme entender, nadie me hablaba. Hombres silenciosos me traían alimentos. No intentaban mirarme; era obvio que, cuando lo hacían, les alarmaba lo que veían. Los ojos azules les impresionaban, y la piel clara les disgustaba. Afortunadamente, yo no tenía pelo rojo; de lo contrario, hubiera sido sacrificado sin dilación a alguno de sus supuestos dioses estelares.

No fui maltratado. Simplemente, no fui tratado de ninguna manera. Una vez por día me daban de comer: arroz o una especie de sopa de carne. Si yo intentaba hablar, los sirvientes aparentaban no haber oído. Durante un tiempo pensé que eran sordomudos.

Finalmente, fui llamado a la presencia, no del duque de Ch'in, ante quien estaba acreditado, sino del jefe del consejo de ministros, una criatura anciana y cortés que se parecía un poco al hombre de Catay que había conocido en el despacho de

Shirik en Babilonia. El primer ministro se llamaba Huan y algo más. He olvidado su segundo nombre. Pero nunca logré desentrañar los nombres de Catay. Todo hombre de rango posee un nombre público, un nombre privado, uno secreto y el de algún atributo, además de sus diversos títulos. También el vestido está relacionado con el rango. Algunas personas usan piel de zorro, otras lana de oveja o seda roja, y todas llevan un cinto del que cuelgan ornamentos enjoyados que denotan el rango, la familia y el país de origen. Es un sistema bastante bueno. Como se advierte de inmediato la importancia de un desconocido, siempre se sabe cómo tratarlo.

La cámara de audiencias de Huan era como el interior de una caja de madera pulida. En su mayoría, los edificios oficiales de Catay son de madera; las casas de los pobres, de ladrillo con techado de paja. Sólo se hacen de piedra las fortalezas, más bien bastas. Las construcciones se orientan hacia los cuatro puntos cardinales, que se suponen dotados de características propias. Si uno duerme con la cabeza hacia el norte, por ejemplo, morirá.

Aunque entonces no lo sabía, estaba confinado en la casa del primer ministro. Como principal funcionario de estado del duque P'ing, Huan presidía un consejo de seis ministros, miembros de las seis familias nobles que dominaban en Ch'in. Aparentemente, el duque P'ing era adicto, a una poderosa bebida a base de mijo fermentado, y por eso había pasado la mayor parte de su reinado recluido en su palacio, con la sola compañía de sus concubinas y de otros bebedores. Una vez por año se presentaba en el templo de sus antepasados y hacía un sacrificio al cielo. Aparte de esto, su influencia sobre la administración del estado no era mayor que la que podía tener uno de esos antepasados.

No es necesario aclarar que yo ignoraba todo esto en el momento de mi primer encuentro con el primer ministro. Huan me recibió con lo que yo imaginé la más exquisita cortesía de Catay; en realidad, me trató como a un esclavo caro.

Huan me indicó que me sentara en cuclillas frente a él. Aunque más tarde aprendería a hablar correctamente la lengua de Catay, ésta nunca dejó de sorprenderme. En primer lugar, los verbos no tienen tiempos. Jamás se sabe si algo ya ha ocurrido, si está ocurriendo o si ocurrirá. En segundo lugar, como los nombres no son singulares ni plurales, tampoco se puede saber con exactitud cuántas carretas cargadas de seda se recibirán a cambio del hierro fundido que se entrega. Y sin embargo, hay que decir, en honor a la verdad —cosa a la que su lengua no contribuye—, que los habitantes de Catay no sólo son excelentes comerciantes, sino que, además, suelen ser honestos.

Mientras exponía los títulos del Gran Rey y describía breve pero vívidamente su poder, Huan escuchó cortésmente. Luego respondió:

—Supongo que has venido a comerciar con nosotros. —Cada vez que enunciaba una frase asentía con la cabeza, como si deseara asegurarse de que estábamos de acuerdo.

—Sí. A comerciar con todos los estados de Catay.

Volvió a mover la cabeza, pero ahora el gesto indicaba desacuerdo. El resultado era desalentador.

—Sí. Sí. Pero, en realidad, no. Sólo existe un Catay. Sólo un Reino Medio. Todas las divisiones que se pueden observar en el seno del Reino Medio son temporales,

desgraciadas y, además —agregó en tono triunfal—, inexistentes.

—Sí, sí. —Le imité, incluso en la forma de asentir—. Pero sé que hay un duque aquí, en Ch'in, y otro en Lu y otro en Wei…

—Es verdad, es verdad. Pero cada duque impera solamente por la voluntad del hijo del cielo; sólo él posee el mando, puesto que sólo él desciende del Emperador Amarillo.

Nada de aquello tenía para mí el menor sentido, pero persevere.

—Sí, señor Huan. Conocemos a ese poderoso monarca. Y el Gran Rey le envía su saludo a través de mi indigna persona. Pero ¿puedo preguntar dónde se encuentra?

—Donde está. ¿En qué otro lugar podría ser? —La cabeza de Huan subía y bajaba. Parecía inusitadamente feliz.

—Entonces debo ir a su encuentro. Iré a donde está.

—Sí. Sí. —Huan suspiró. Nos miramos. Durante los años siguientes, había de oír toda clase de variaciones sobre el tema del emperador que está y no está en un lugar que existe y no existe. En verdad, no ha habido un verdadero emperador del cielo en trescientos años. Aunque el duque de Chou se llama a sí mismo emperador, todos lo desprecian.

La gente de Catay es casi tan imprecisa como la de la India cuando se habla del pasado. Pero todos concuerdan en que hace mucho tiempo existió una dinastía de emperadores llamada Shang. Durante varias generaciones, estos emperadores poseyeron el mandato del cielo, aquello que nosotros llamaríamos la terrible gloria real. Pero, hace setecientos u ochocientos años, el mandato fue retirado, como siempre ocurre, más tarde o más temprano, y una tribu occidental de bárbaros ocupó el Reino Medio, estableciendo una nueva dinastía, llamada Chou.

El primer emperador Chou se llamaba Wen. Le sucedió su hijo Wu. Dos años después de recibir el mandato —es decir, después de asesinar al último de sus adversarios Shang—, Wu enfermó gravemente, y ni siquiera el caldo de huesos de dragón pudo curarlo. Entonces, su hermano menor Tan, duque de Chou, se ofreció al cielo a cambio de su hermano. A propósito de esto: el cielo de Catay se diferencia del ario, o de cualquier otro cielo que yo haya oído mencionar, en que es un lugar sombreado, presidido no por uno o varios dioses, sino por los antepasados muertos, a partir del primer hombre, el llamado Antepasado o Emperador Amarillo. Por lo tanto, el virtuoso Tan no se dirigió al equivalente ario del Sabio Señor, sino a tres antepasados reales anteriores. Debo hacer notar que la religión de ese pueblo es muy particular. En verdad, no es una religión. Aunque sus así llamados dioses estelares no difieren de nuestros demonios, el culto de estas deidades menores no es esencial para el bienestar del estado, que se funda en el mantenimiento de la armonía entre el cielo y la tierra. Esta se logra observando puntualmente las ceremonias destinadas a honrar a los antepasados.

Los tres reyes muertos recibieron con tal agrado el ofrecimiento de Tan, que permitieron a Wu recuperarse de su enfermedad. Y, no contentos con ello, no pidieron la vida de Tan a cambio de su benevolencia. Tan es un héroe para muchos habitantes de Catay, como su padre Wen. Como Wu es la encarnación de la crueldad militar, no siempre se lo admira. Los duques de Ch'in, como es obvio, afirman ser descendientes directos de Wu, y niegan la legitimidad del pretendiente Chou, que desciende de Wen.

Los ch'inos hablan constantemente de hegemonía, y se consideran los únicos con derecho a ella. En este caso, hegemonía significa dominio de todos los belicosos estados que componen actualmente el Reino Medio. Hasta ahora, el cielo ha protegido a los hombres de Catay, negando el mandato a los duques de Ch´in. Como descubrí más tarde, los gobernantes de Ch'in son odiados por todos los pueblos de Catay, incluidos los ch'inos, a quienes oprimen. Al hablar de gobernantes, no me refiero a los duques, sino al consejo de seis que gobierna Ch'in y, en especial, a Huan, que es uno de los hombres más notables que he conocido, así como también uno de los peores.

Estuve cautivo durante seis meses. Mis hombres fueron vendidos como esclavos, y el mineral de hierro fue confiscado. Logré salvar mi vida convenciendo a Huan de que solamente yo conocía el proceso de fundición del mineral de hierro. En verdad, había aprendido mucho al respecto, de los herreros que había llevado a Magadha. En aquel momento, Persia era la nación más adelantada del mundo en el terreno de la fundición de hierro. Y Catay la más atrasada. Ahora, gracias a mi visita, los ch'inos son competentes herreros.

Fui bastante bien tratado. Con cierta frecuencia, cenaba a solas con Huan. Ocasionalmente lo acompañaba en sus visitas a otros nobles. Pero jamás fui presentado al duque.

Tan pronto como llegué a la conclusión de que no estaba en peligro inmediato, empecé a hacer a Huan tantas preguntas como él me formulaba. Le agradaba lo que le parecía un bárbaro candor. Pero no siempre mis preguntas.

—¿Por qué no ha sido reemplazado el duque? Después de todo, no gobierna.

—¡Qué horror! —Huan parecía escandalizado. Rápidamente trazó unos signos mágicos, quizá para alejar el mal, sobre la alfombrilla en que estaba sentado con las piernas cruzadas. Nos encontrábamos en una habitación de cielo raso bajo, frente a un jardín en que había una hilera de fragantes ciruelos en flor—. Oh, es demasiado, demasiado brutal. Aun cuando lo diga una persona que viene del otro lado del desierto.

—Perdón, señor Huan. —Miré humildemente el suelo de madera pulida.

—Es tan terrible oír ese pensamiento expresado, que me estremezco. Me duele la mente. —Puso sus manos sobre el estómago, donde las gentes de Catay creen que reside el alma—. Nuestro duque es sagrado porque desciende del emperador Wu. Él, y sólo él, posee el mandato del cielo. Aun un bárbaro debe saberlo.

—Lo sé, señor Huan. Pero como vos mismo habéis dicho, el Reino Medio no está aún bajo su dominio. Entre el cielo y la tierra no hay todavía el equilibrio necesario.

—Es verdad. Verdad. Pero así es, por supuesto.

Sí: eso es exactamente lo que dijo. Jamás me acostumbré por completo a la forma en que la lengua de Catay confunde el futuro, el pasado y el presente.

Aparentemente, Huan decía que el mandato del cielo era ya del duque P'ing. Pero quería decir en realidad que algún día lo poseería, porque ya era suyo y siempre lo había sido, por ser él quien era. En la lengua de Catay hay gran sutileza e infinita confusión.

—Pero, mientras tanto, hay un emperador en Loyang.

—No es un emperador. Es el duque de Chou.

—Sin embargo, desciende de Wen, el padre de Wu. Y Loyang es la capital sagrada del Reino Medio.

—Aun así, es solamente uno de los quince duques del Reino Medio. Y de esos quince duques, sólo once descienden de uno u otro de los veinticinco hijos del Emperador Amarillo, que inventó el fuego, cuyos descendientes salvaron al mundo de la inundación y recibieron del cielo el gran plan con sus nueve divisiones. Ese plan pasó luego a manos de su descendiente, el emperador Wu, y luego, a través de las generaciones, a las de él, el que mira hacia el sur.

Huan se inclinó en la dirección de la residencia del duque. La expresión «el que mira hacia el sur» designa al emperador por mandato del cielo. No sé por qué. Sin duda, un astrólogo podría hallar la explicación. Muchas veces be pensado que esto puede tener alguna relación con la estrella aria, la estrella del norte. De todos modos, en las festividades públicas, el emperador está siempre al norte de su pueblo.

Cuando ha recibido el mandato, el emperador es un vivo reflejo del cielo, esa fantasmal residencia de una línea de emperadores que se remonta al Antepasado Amarillo. Este último creó todas las cosas cuando abrió una especie de huevo cósmico, cuya mitad superior se convirtió en el cielo, y la inferior en la tierra. Sólo si el hombre conquista el favor del cielo se puede mantener la armonía entre las dos mitades de ese todo dividido. Como es natural, los ritos religiosos poseen en Catay enorme importancia. Como muchos pueblos primitivos, creen que no tendrán cosecha de otoño si, por ejemplo, el festival de primavera no se ha representado bien. Se trata de una ceremonia sumamente intrincada, con numerosos actores, músicos y bailarines, en que actúa también el gobernante, quien tiene el privilegio exclusivo de dirigirse a los antepasados reales; éstos contemplan su vida y sus obras, y pueden sonreír o fruncir el ceño.

—De modo que el duque P'ing ha recibido ya la designación del cielo. —Incliné mucho la cabeza al pronunciar el nombre del duque, y aún más al mencionar el cielo.

—Sí, sí. —Huan sonrió. Pero, naturalmente, el duque P'ing no había recibido el mandato celeste, como tampoco el pretendiente de Loyang. Ésta es la causa de la crisis de Catay. No hay un gobernante catayano que no sueñe con obtener la hegemonía y el mandato del cielo, en ese orden. Y parece muy poco probable que un gobernante logre alguna vez someter a sus vecinos como lo hicieron Ciro y aun Ajatashatru.

Por lo que puedo decir, el Reino Medio es mayor que la llanura del Ganges, pero más pequeño que el imperio persa. Hace cien años, el estado septentrional de Tsin estuvo a punto de conseguir la hegemonía; pero luego el estado de Ch'iu, en el sur, se tornó tan poderoso como Tsin, y por eso ninguno de ambos obtuvo el mandato celeste. Así estaban las cosas cuando yo estuve en Catay, y dudo que haya habido cambios. A pesar de sus protestas, ningún gobernante desea la reunión del Reino Medio, a menos que se haga bajo su imperio. Y así se mantiene allí el equilibrio, o el desequilibrio.

Al comienzo de mi cautiverio logré enviar un mensaje a Fan Ch'in en Lu. Aunque él representaba mi única esperanza de retornar alguna vez a Persia, no sabía si tenía poder para liberarme puesto que jamás se me dijo cuál era mi situación. Si yo

era un esclavo, Fan Ch'ih podría comprarme. Pero cuando sugerí a Huan que podía recibir un rescate por mi libertad, respondió:

—Tú eres un huésped de honor.

Inmediatamente, dio una palmada y fui escoltado hasta mi celda, cuya puerta no estaba cerrada porque no había forma de escapar. Yo era tan notorio en Ch'in como un negro en Susa. Todavía más. Hay cientos de negros en Susa, y yo era el único hombre blanco en Ch'in.

Cuando llegué a hablar la lengua local con cierta facilidad, Huan me interrogó detalladamente acerca de la administración de Persia. Aunque nunca demostró interés por el Gran Rey, le encantaba visiblemente que le hablara de la forma de fijar los precios en el mercado, del control de la población por medio de la policía y el servicio secreto, y otros temas similares de la vida en Persia y en los reinos de la India.

Recuerdo una reunión en que verdaderamente fui tratado como un huésped de honor por Huan, a quien le gustaba presentarme ante sus amigos nobles. En aquella ocasión estaba presente la mayor parte del consejo de estado. Estábamos arrodillados en alfombrillas; los criados trajeron taburetes, que colocaron delante de cada invitado. Habría querido sentarme en el mío, pero eso es precisamente lo que no se puede hacer en una cena formal catayana. El taburete se usa solamente para apoyarse. Como hasta los catayanos se fatigan de permanecer arrodillados varias horas, emplean el taburete para reclinarse y desplazar su peso.

Frente a cada comensal hay varios platos y tazas. A un ministro le corresponden ocho platillos; yo tenía seis. A la izquierda había un plato de carne cocida con el hueso, y un bol de arroz. A la derecha había un plato de carne en rodajas y un tazón de sopa. Este orden no varía nunca. En torno de estos platos se disponen otros con carne picada y asada, cebollas al vapor y encurtidos. En invierno se sirve pescado hervido, con el vientre hacia la derecha del convidado; en verano, hacia la izquierda. La carne desecada se coloca a la izquierda. El pico de las jarras apunta al invitado. Y así todo.

El ritual de una cena en Catay es casi tan complicado como una ceremonia religiosa. Por ejemplo, si se posee un rango inferior al del dueño de casa, como ellos consideraban que era el mío, hay que coger un plato que contenga arroz, mijo u otro grano. Entonces uno se inclina ante el dueño de casa y rechaza el plato, fingiendo que se va a marchar. El anfitrión se pone de pie e implora al invitado que se quede, lo que éste hace. No he sabido de un invitado que se retirase realmente. Pero como todo lo que puede ocurrir en el mundo ha ocurrido alguna vez, también eso habrá acontecido.

Había otras sutilezas que se debían respetar, pero las he olvidado.

Por otra parte, no creo posible olvidar la espléndida cocina de las casas nobles catayanas. Aun los alimentos cocidos que se compran en el mercado tienen gran calidad, y no hay placer comparable al de cenar a bordo de una barca amarrada a los sauces del río Wei durante la luna de verano.

Una vez cumplidas las diversas ceremonias, una cena catayana puede llegar a desarrollarse tan al modo de los sofistas como en Atenas. Aunque, por supuesto, las maneras catayanas son más formales que las atenienses, ¿Cuáles no lo son? Con todo, las conversaciones en casa de Huan eran a veces concretas y precisas. Hasta se podía oír alguna discusión cuando se había bebido demasiado vino de mijo.

Recuerdo la primera ocasión en que probé el famoso cochinillo asado, nombre que describe de manera bastante inadecuada un plato muy complejo. Primeramente, el cochinillo, relleno de dátiles, se envuelve en barro y paja. Una vez asado, se rompe la capa de barro y la carne, en rodajas, se fríe en grasa fundida; después, las rodajas se hierven con hierbas durante tres días y tres noches y se sirven con vinagre y escabeche de carne. No hay nada tan delicioso en toda Lidia. Creo que me atraqué en la mesa de Huan; se supone que no se debe hacer eso en una cena catayana, pero todo el mundo lo hace.

Huan me explicó cómo estaba preparado el cochinillo, y yo alabé, con absoluta sinceridad, el resultado.

—Pero en tu país los alimentos se deben preparar de modo parecido. —Movió la cabeza enérgicamente— alentándome.

También yo moví la cabeza.

—No, no —dije—. Habéis logrado una perfección que nosotros aún estamos buscando.

—Oh, no. —Huan se volvió a los demás invitados y agregó—: A pesar de su curioso nombre y su característica palidez, Ciro Espitama es un arma muy aguda.

«Arma aguda» es la expresión que se emplea en Catay para designar a una persona inteligente.

Los demás me miraron con algo más que mera cortesía. No creo que hubieran visto nunca a un blanco. Se sorprendieron visiblemente cuando hablé en su lengua. Por ser un extranjero, se esperaba que gruñera como un cerdo.

Un noble me preguntó educadamente por Persia. ¿Dónde estaba? ¿A qué distancia? Cuando respondí que estaba mil millas al oeste de Champa, puerto que todos conocían, una docena de cabezas se movieron con incredulidad.

—Me ha dicho —agregó Huan con una sonrisa casi por completo exenta de dientes— que en su país todos los hombres están subordinados al estado, y que sólo éste mide lo bueno y lo malo.

Los nobles asintieron sonriendo, y yo los imité. Naturalmente, jamás le había dicho a Huan nada semejante.

—Pero sin duda —dijo un anciano—, aun en un país bárbaro los decretos del cielo deben privar sobre los del estado.

Huan miró las vigas del cielo raso como si fueran el cielo.

—Cuando el gobernante ha recibido el mandato, su poder es absoluto. ¿No es así que ocurre en esa bendita nación? —Huan sonreía.

—Sí, señor Huan. —No pensaba contradecir a mi captor.

—Pero habrá seguramente —el anciano se volvió hacia mí, feliz de poder decirme lo que hubiera querido decir al primer ministro— ciertas leyes del cielo que vuestro gobernante debe cumplir.

Huan respondió en mi lugar.

—No. No las hay, puesto que posee el mandato. Estos bárbaros occidentales creen, como nosotros, que el estado es una cadena: se inicia con el individuo, que está sujeto a la familia, la cual está sujeta a la ciudad, que se somete al estado. Cada uno de sus eslabones debe ser suficientemente resistente. Y cada uno contribuye al todo, que es el estado. En la bendita nación de nuestro huésped de honor —inclinó la cabeza

hacia mí— los hombres ya no viven como al comienzo, cuando cada hombre vivía para sí. En ese tiempo, si se reunían dos hombres, había dos ideas diferentes acerca de lo bueno y de lo malo; esto era lamentable, porque nadie puede negar que el sufrimiento en el mundo ha comenzado con el desacuerdo entre los hombres acerca del bien y del mal. Pues bien: los bárbaros de Persia son más sabios que nosotros. Sí, sí. Creen que si se permite a cada hombre pensar y actuar a su antojo, no puede haber orden, armonía ni estado. Y por esto, el sabio gobernante que recibe el mandato del cielo debe decir a su pueblo que lo que él considera bueno, es bueno para todos los hombres, así como lo que considera malo es malo para todos. Desde luego, siempre hay quien desobedece; entonces el rey persa ha dicho: «Si se alza alguna voz contra el bien oficial, quien escuche esa voz deberá dar aviso a su superior». ¡Qué gran sabiduría contiene esta norma! Todo el mundo está obligado a informar al gobernante, o a sus funcionarios, de todo mal que se cometa, o que se piense cometer. ¿El resultado? ¡La felicidad perfecta! Los bárbaros occidentales han eliminado todo desorden o falta de armonía. Y cada ciudadano sirve a un estado fundado sobre… ¿cómo era esa frase maravillosa, Ciro Espitama? Ah, sí: el principio de acuerdo con el superior.

Huan se inclinó hacia mí, como si yo fuera el imaginario monarca persa que había inventado ese insensato sistema de gobierno. Pocos años más tarde supe que aquella cena ofrecida por Huan había tenido una importancia histórica. Durante más de una generación los nobles de Ch'in habían discutido apasionadamente cómo se debía gobernar el estado. Huan creía que la única forma de gobernar Ch'in consistía en esclavizar al pueblo en una medida jamás intentada antes en Catay ni en ninguna otra parte, ni siquiera en Esparta. Todo el mundo era alentado a espiar a los demás. Las familias eran divididas para poder desplazar a los hombres capaces al ejército, a la agricultura, a la construcción de caminos o a lo que fuera. Como los mercaderes y artesanos tendían a ir y venir a su gusto, Huan propuso la proscripción de estas actividades. Y para establecer la absoluta primacía del estado se esforzó, secretamente, por destruir su propia clase, la aristocracia.

Como es obvio, los nobles no estaban del todo satisfechos con las teorías de Huan, para no hablar de sus prácticas. Había, en aquella cena, bastante disidencia cortés. Algunos años más tarde, la disidencia se tornó menos cortés y Huan fue asesinado por un grupo rival. Pero había hecho bien su trabajo. Aunque los mercaderes y artesanos continuaron prosperando, y la aristocracia retuvo su poder, los hombres y mujeres comunes fueron obligados a residir en barracones y a vivir una vida totalmente reglamentada por el estado. Todo aquel que objetaba las leyes celestiales de Huan era cortado en dos a hachazos. Sus restos se exponían a ambos lados de la puerta de la ciudad.

Mientras devorábamos el cochinillo asado, el anciano siguió hablando con Huan por mi intermedio.

—En los tiempos de nuestros antepasados, cada hombre vivía según los dictados de su naturaleza íntima, y había en el mundo mucha solidaridad y pocas peleas. Sin duda, tu rey persa quiere que sus súbditos vivan como nuestros antepasados, en armonía con el cielo y consigo mismos.

Huan batió palmas con alegría.

—Cuando le pregunté esto mismo a este sabio bárbaro, me dijo, y espero

recordarlo bien…

—Así será, así será, señor Huan —dije, como una de esas aves de la India a las que se enseña a hablar.

—Me dijo que los hombres eran buenos en los tiempos primitivos porque había pocos, y las cosas abundaban. Pero hoy hay muchos hombres y las cosas son escasas. Aun en el remoto tiempo del emperador Yu la vida era tan dura que el mismo Yu trabajaba en los campos, y así perdió, según se cuenta, todo el vello de las pantorrillas. Pero existen hoy diez mil veces más hombres que en la época de Yu. Así, para el bien común, debemos gobernarlos, de modo que no se molesten unos a otros. ¿Cómo se puede hacer esto? Confieso que ni siquiera yo mismo era lo bastante perspicaz para imaginar una solución, hasta que tu sabio rey persa me dio la respuesta. —Huan se inclinó hacia mí, obligándome a una reverencia tan profunda que mi vientre produjo un gorgoteo. Los catayanos atribuyen gran importancia a estos ruidos, y rogué que el producido por mi estómago repleto no fuera sedicioso en modo alguno—. «Aprovecha la naturaleza humana —ha dicho el rey persa—. Como los hombres tienen preferencias y rechazos, puedes gobernarlos por medio de la recompensa y el castigo, las dos asas que emplea el gobernante para conservar su dominio.»

—Pero si esas… asas… no son suficientes, ¿qué prescribe el sabio rey persa? —El anciano me miraba. Sus ojos estaban enrojecidos, y las venas de sus sienes latían con fuerza. Era evidente que odiaba a Huan.

—La palabra empleada por el sabio persa es «fuerza» —respondió Huan con amabilidad—. La fuerza es el material que mantiene sujetas a las masas.

A pesar de la maravillosa comida, no recuerdo una cena más alarmante. A través de mí, Huan desafiaba a los demás nobles. Afortunadamente para los habitantes de Ch'in, no todos los nobles estaban de acuerdo con los rígidos preceptos de Huan; y él mismo no era sino el primero entre sus iguales. Sin embargo, por su obra, las vidas de las personas comunes fueron tan modificadas que sólo el colapso del estado podría librarlas de la esclavitud a que habían sido condenadas. Al menos, los espartanos son adiestrados para amar su estado, y por eso se resignan a aceptar sus vidas embrutecidas. Pero los habitantes de Ch'in no aman a sus gobernantes.

La cena concluyó y todos pidieron al cielo que otorgara larga vida al duque. Me asombró un poco la vehemencia con que se dirigían al cielo los invitados. Después de todo, el duque no poseía ningún poder. Y sin embargo, los nobles lloraban con auténticas lágrimas ante la idea de que pudiera morir. Atribuí su emoción al vino de mijo. Pero tres meses más tarde, cuando el duque P'ing murió, comprendí que era verdadera.

Ese día nefasto, me despertó al alba el clamor de las campanas, al que sucedió el batir irregular de los tambores. De un extremo al otro de la ciudad se oían lamentos.

Me vestí de prisa y corrí al patio mientras Huan trepaba a su carroza. Estaba vestido con ropas viejas y parecía un mendigo. Con un grito, el conductor azuzó a los cuatro caballos y partieron.

Uno de los criados de la casa dijo:

—El duque murió justamente antes de la salida del sol. Dicen que había bebido demasiado vino. Llamó a un eunuco para que le ayudara a vomitar, pero en

lugar de vino vomitó sangre. ¡Hoy es un día terrible para Ch'in! ¡Un día verdaderamente negro!

—¿Era un hombre tan amado?

—Sí, por el cielo. De otro modo, no habría llegado a ser el que mira al sur. Y ahora se ha marchado.

El hombre se echó a llorar. Al parecer, todo el mundo lloraba en Ch'in. Yo estaba asombrado. Sabia que el duque P'ing no había sido popular. O mejor, que sólo había sido una marioneta ceremonial, manipulada por las seis familias. ¿Dónde estaba entonces la razón de tantas lamentaciones?

Lo descubrí durante el funeral. Yo estaba con la servidumbre de la casa de Huan, en la plaza en cuyo centro se encuentra la residencia ducal. El edificio era menos suntuoso que el palacio del primer ministro, pero había, frente a la entrada, una hilera de mástiles: las banderas expresaban que quien vivía allí había recibido el mandato del cielo. Ese día sin viento las banderas negras y rojas pendían inmóviles y cargadas de presagios bajo el sol ardiente. No parecía haber siquiera aire; yo me sentía sofocado, aunque bostezaba constantemente detrás de la manga. Quizás ello se debiera no sólo al calor, sino a la pesada respiración de las diez mil personas reunidas solemnemente y en perfecto silencio ante la puerta. Aunque los habitantes de Ch'in deben ser los más tranquilos y obedientes de la tierra, su silencio me parecía muchas veces peligroso; como el preludio de un terremoto.

Las puertas del palacio se abrieron. Aparecieron Huan y el consejo de estado, seguidos por un palanquín lacado, sostenido por los hombros de una docena de soldados, donde reposaba el cuerpo del duque, vestido de seda roja y adornado con mil joyas. En el pecho llevaba un espléndido disco de jade verde oscuro, símbolo del favor del cielo.

Una larga procesión de esclavos emergió del palacio con cofres de seda, trípodes de oro, tambores de piel, estatuas de marfil, armas brillantes, pantallas de plumas y un lecho de plata. Estos objetos, de altísimo coste, estaban destinados a decorar la tumba ducal. Yo conocía ese coste. Huan me había pedido que calculara el monto completo para incluirlo en el presupuesto que se presentaría al consejo de estado cuando se designara al nuevo duque.

En el extremo opuesto de la plaza, Huan y los demás ministros se pusieron a la cabeza del cortejo que, como vimos luego, alcanzaba una milla de largo. Justamente detrás de las carrozas de los nobles había una arrastrada por ocho caballos blancos. El cuerpo del duque P'ing estaba atado a un asiento, de modo que parecía conducir los caballos. El efecto era verdaderamente desagradable. Los objetos destinados a la tumba se encontraban en otros vehículos, junto a varios centenares de damas del harén, que lloraban y gemían detrás de sus velos.

El cortejo tardó más de una hora en llegar a la puerta del sur. Allí Huan hizo un sacrificio a algún demonio local. Luego guió el cortejo por un camino zigzagueante hasta el valle donde eran sepultados los reyes, debajo de montículos artificiales bastante similares a los de Sardis.

Inesperadamente, un hombre alto y delgado me invitó a subir en su carroza lacada y dijo:

—Tengo pasión por los hombres blancos. Tenía tres, pero dos han muerto y el

otro está muy enfermo. Puedes besarme la mano. Soy el duque de Sheh, primo del último duque de Ch´in y de los duques de Lu y de Wei. Todos los duques estamos emparentados, pues tenemos como antepasado común al emperador Wen. ¿De dónde has venido?

Traté de explicárselo. Aunque el duque nada sabia de Persia, había viajado más hacia el oeste que cualquier otro habitante de Ch'in.

—Pasé un año en Champa —dijo—. No puedo decir que me haya gustado. El clima era demasiado cálido o demasiado lluvioso. Y la gente es demasiado oscura para mi gusto. Esperaba que hubiera blancos como tú, pero, según me dijeron, si deseaba ver blancos debía viajar por lo menos medio año más. No pude soportar la idea de estar tanto tiempo fuera del mundo. —Pellizcó mi mejilla y miró fijamente el pliegue de carne entre sus dedos—. Te vuelves rojo —observó, encantado—. Como mis otros esclavos blancos. No me cansa nunca ver cómo el rojo va y viene. ¿No te vendería Huan?

—No sé con certeza —respondí cautelosamente— si soy un esclavo.

—Por supuesto que lo eres. Eres un bárbaro, aunque no lleves la túnica ceñida del lado izquierdo. Deberías hacerlo. Nos gusta más. Y deberías llevar el pelo suelto. Si te preocupas por parecer civilizado se pierde toda la gracia. De todos modos, eres un esclavo, desde luego. Vives en casa del ministro. Y haces lo que él te ordena. Un esclavo. Lo que no comprendo es por qué Huan no te lo ha dicho. Es una maldad. Aunque es una persona tan tímida… Probablemente cree de mala educación decirte directamente que eres un esclavo.

—Podría ser también un prisionero de guerra.

—¿De guerra? ¿De qué guerra? —El duque de Sheh se puso de pie y miró a su alrededor—. No veo ningún ejército —dijo.

El campo verde y gris parecía ciertamente pacifico mientras el cortejo fúnebre se movía como una silenciosa e interminable serpiente entre las escabrosas colinas de caliza que delimitaban el cementerio de los duques.

—He venido como embajador del Gran Rey.

El duque se interesó moderadamente por mi historia. Aunque Persia no significaba nada para él, tenía perfecto conocimiento de Magadha. Cuando le dije que estaba casado con la hija de Ajatashatru, se mostró impresionado.

—He conocido a varios miembros de esa familia, incluso a un tío de Ajatashatru, virrey de Champa cuando yo estaba allí. —El duque se mostraba ahora excitado y feliz—. No dudo que tu dueño podrá obtener un espléndido rescate del rey, y por eso debo apartarte de Huan. Luego te venderé a tu suegro. ¿Sabes?, siempre me falta dinero.

—Hubiera creído que el amo de Sheh disponía de grandes riquezas otorgadas por… el cielo.

Lentamente, empezaba yo a aprender el complejo estilo catayano. Ninguna palabra pronunciada significa lo que parece; y el lenguaje de la mano, el brazo y el cuerpo, que nunca dominé, es increíblemente complicado.

—Sheh ya no es lo que era, y jamás he puesto el pie allí. Viajo con mi corte, visito a mis numerosos primos y colecciono huesos de dragón. Seguramente has oído decir que poseo la mayor colección de huesos de dragón del mundo. Lo que has oído

es verdad. Y como siempre la llevo conmigo, debo mantener diez mil carros, y eso es muy costoso. Pero si te puedo vender al rey de Magadha, seré rico.

El duque de Sheh era un fantástico personaje que divertía sobremanera a los catayanos. Era hijo ilegítimo del duque de Lu, y su nombre real era Sheh Chu-liang. Descontento con su origen, se decía duque de Sheh. Pero Sheh no es un país. La palabra significa terreno sagrado; designa el montículo de tierra que se yergue en el camino de acceso a cada estado de Catay. El duque gustaba de imaginar que antiguamente había existido, en alguna parte, un estado llamado Sheh, del cual era el duque hereditario. Absorbido por vecinos codiciosos, el estado de Sheh había dejado de existir. Y de ese mundo perdido sólo quedaba el duque errante. A los nobles de Catay les encantaba discutir si era o no un duque, por ser hijo de Lu. Por otra parte, como su descendencia del emperador Wen era incuestionable, todos los soberanos de Catay estaban obligados a recibir a su honorable primo. El duque viajaba constantemente de una corte a otra, y podía así reducir al máximo sus gastos. Tenía una veintena de ancianos servidores, catorce caballos igualmente ancianos, seis carros —diez mil es una expresión catayana corriente que significa incontables— y una carroza con el eje partido.

Algunos pensaban que el duque era enormemente rico pero muy avaro. Otros creían que era pobre y que vivía del comercio de huesos de dragón. Buscaba esos inmensos fragmentos de huesos que parecen de piedra, en el oeste, donde abundan; luego los vendía a los médicos del este, donde los dragones son escasos. Por fortuna, jamás vi uno de esos temibles seres; pero se me dijo que el duque había matado más de treinta.

—En mi juventud, naturalmente. Ahora me temo que no podría.

Pintaba constantemente imágenes de esas bestias, que vendía en cuanto encontraba un comprador.

Mientras el cortejo fúnebre se aproximaba a la elevación que señalaba, según pretende el pueblo de Ch'in, la tumba del emperador Wu, el duque sugirió que meditáramos algún medio para que Huan me dejara en libertad.

—Debes tener alguna influencia sobre él. Quiero decir, si así no fuera, ya te habría eliminado. Como tantos hombres tímidos, Huan se aburre con suma facilidad.

—No creo tener la menor influencia sobre el ministro. Me utiliza para cosas pequeñas. Por el momento, le llevo las cuentas.

—¿Eres buen matemático? —El duque se volvió y me miró de soslayo. El sol estaba a la altura de nuestros ojos, y parecía haber quemado el aire. Nunca tuve tanta dificultad para respirar como en la estación cálida de Ch'in.

—Sí, señor duque. —Tenía tal deseo de que me comprara que estaba dispuesto a decir cualquier mentira—. Mi pueblo construyó las pirámides, donde se expresa el conocimiento de la matemática celeste.

—He oído hablar de ellas —respondió el duque, impresionado—. Pues bien. Pensaré algo. Y piensa tú también. Es una pena que no seas un criminal: cuando un nuevo duque asciende al trono siempre hay una amnistía para los criminales. Aunque también podríamos convencer al nuevo duque de que te libere. Si Huan consiente, lo cual dudo. Por otra parte, si eres libre, ¿cómo puede venderte? ¿Es un verdadero problema, no?

Asentí. Estaba decidido a aceptar todo lo que ese loco encantador dijera. Era mi única esperanza de salir de Ch'in, de donde estaba ansioso de escapar. Esa ansiedad aumentó, si tal cosa era posible, a causa de la ceremonia fúnebre que se desarrolló ante la tumba del emperador Wu.

Carros y carrozas formaron un semicírculo ante la elevación cónica donde reposaba, si no el legendario Wu, al menos un monarca de indudable antigüedad: la colina estaba cubierta de pinos enanos —símbolos de la majestad— que demoran mil años en crecer y adquirir esas formas hieráticas y graciosas tan admiradas por los catayanos.

Como los vehículos estaban ordenados según el rango, el duque de Sheh y yo estábamos muy cerca del primer ministro, y podíamos ver perfectamente lo que ocurría. Detrás de nosotros, en silenciosas hileras, varios miles de personas comunes cubrían las colinas bajas de color gris plateado.

No sé qué clase de ceremonia esperaba ver. Supuse que habría sacrificios, y los hubo. Encendieron hogueras al sudoeste de la elevación, y mataron gran cantidad de caballos, ovejas, cerdos y palomas.

El gobierno demostraba su ingenio, como en todas las cosas, en la distribución de los animales sacrificados. Cada persona recibía un trozo de carne asada al entregar una vara marcada, y sólo uno. Por lo tanto, siempre había suficiente para todos y no se producían esos indignos tumultos que echan a perder las ceremonias en Babilonia e incluso en Persia. Se me dijo que Huan era el responsable de esta innovación, que luego adoptaron todos los estados de Catay. Cuando intenté introducir el principio de las varas marcadas entre los Magos, lo rechazaron. Preferían el caos que rodea sus ritos inundados de haoma.

El nuevo duque se encontraba al norte. Solo, como exigía el ceremonial. Parecía tan viejo como su predecesor, o aún mayor. Según el duque de Sheh, no era uno de los hijos del muerto sino un primo. Los ministros habían rechazado a los hijos del duque P'ing en favor de un oscuro primo «notorio por su estupidez».

—Es la persona ideal desde el punto de vista de los ministros.

—¿Son siempre los ministros quienes eligen al soberano?

—El que ha recibido el mandato del cielo sólo designa ministros a sus leales esclavos.

La voz del duque se había tornado bruscamente aguda. A medida que lo conocía, resultaba más evidente que, si bien no era dos personas separadas dentro del mismo cuerpo, ciertamente poseía dos modalidades enteramente diferentes. Una era confiada y traviesa, y se caracterizaba por una voz grave. La otra, expresada en una voz monótona y atiplada, era un verdadero misterio. Con todo, me decía claramente que no eran el momento ni el lugar oportunos para hablar de la anómala posición de sus ducales primos. Como supe pronto, carecen de poder, con raras excepciones, y sus reinos son gobernados por ministros y otros administradores hereditarios. El mandato del cielo sólo es un dorado ensueño de algo que jamás se alcanza y que quizá no existió nunca.

Con voz potente, el nuevo duque de Ch'in se dirigió a sus antepasados. No comprendí una sola palabra. Mientras hablaba con el cielo, los esclavos llevaban los cofres, los trípodes, los muebles a lo que parecía una cueva natural al pie de un

empinado barranco de caliza. Se oía música constantemente: como se trataba de trescientos instrumentos tañidos al mismo tiempo, el efecto resultaba extrañísimo para un oído extranjero. Más tarde conocí mejor la música de Catay. Me encantaban en particular unas piedras de distinto tamaño que producen un sonido delicioso cuando se golpean con martillos.

Cuando el duque concluyó su alocución a los antepasados, doce hombres cargaron sobre sus hombros el palanquín en que habían vuelto a colocar el cuerpo del duque P'ing. La música se interrumpió. En silencio, hombres y palanquín desaparecieron en la caverna. Cuando ya no se vio más el cuerpo, todo el mundo dejó escapar el aliento retenido. El efecto fue fantasmagórico, como la primera ráfaga de una tormenta de verano.

Me volví hacia el duque de Sheh. Estaba agazapado como un ave durante la muda, junto a su carroza, con los ojos brillantes clavados en la caverna. Cien mujeres veladas avanzaban hacia ella lentamente. Algunas eran las esposas del muerto, otras sus concubinas, esclavas, bailarinas. Una procesión separada de hombres y eunucos seguía a las mujeres, encabezada por el noble anciano que había asistido a la cena del cochinillo asado. Algunos de los hombres eran oficiales de la guardia; otros eran cortesanos de alto rango. Eran seguidos por músicos, que llevaban sus instrumentos; por cocineros y criados con mesas de bambú en las que se había servido un sofisticado banquete. Uno a uno, las mujeres y los hombros penetraron en lo que evidentemente no era una cueva sino un enorme salón excavado en la roca.

Cuando hubo desaparecido en el interior de la cueva el último de los que resultaron ser quinientos hombres y mujeres, el nuevo duque volvió a dirigirse a sus antecesores del cielo. Esta vez logré comprender en parte lo que decía. Elogiaba a sus mayores, llamándolos por su nombre. Eso llevó bastante tiempo. Luego les pidió que aceptasen a su predecesor en el cielo. Se refería al duque P'ing como «el de la infinita compasión». En Catay jamás se menciona el nombre exacto de una persona muerta, por el excelente motivo de que su espíritu podría volver a la tierra y habitar el cuerpo de quien la evoca. Si el hombre de la infinita compasión era aceptado por el cielo, el duque juraba no omitir uno solo de los ritos que mantienen en armonía el cielo y la tierra. Pidió la bendición de sus antepasados para el huérfano. Yo ignoraba a quién se refería: luego supe que el nuevo gobernante suele llamarse a sí mismo el huérfano o el solitario, puesto que necesariamente su padre, o su predecesor, ha muerto. A su esposa principal la llama «esa persona»; y los demás la conocen como «esa persona del duque». Y ella se denomina a sí misma «el muchachito». No sé por qué. El pueblo de Catay es muy peculiar.

Oímos música. Provenía de la boca de la caverna. Aparentemente se desarrollaba allí una fiesta. Durante una hora permanecimos inmóviles mirando hacia el norte, mientras el nuevo duque miraba hacia el sur. Durante una hora escuchamos la música procedente del interior de la cueva. Luego, uno por uno, los instrumentos callaron. El último sonido fue el de una campana de bronce al ser tañida. Ahora todos los ojos estaban fijos en la entrada de la cueva. El duque de Sheh, a mi lado, temblaba. Pensé que estaba enfermo; pero estaba únicamente inquieto.

Cuando la campana de bronce calló, el duque de Sheh dejó escapar un largo suspiro. Todo el mundo suspiró, en realidad, como si hubiesen estado previamente de

acuerdo. De pronto, los hombres que habían llevado el palanquín emergieron de la entrada. Cada uno traía en la mano derecha una espada; todas las espadas chorreaban sangre.

Gravemente, los hombres saludaron a su nuevo amo, que alzó su rostro al cielo y lanzó un aullido como el de un lobo. Todos sus súbditos respondieron con un aullido unánime. Jamás he sentido tal horror. Los que yo había tomado por hombres, no eran sino lobos disfrazados. Y ahora, ante mis ojos, recuperaban su naturaleza verdadera. También el duque de Sheh se unió al aullido. Con el hocico hacia el cielo, dejaba ver unos dientes sobrenaturalmente largos.

Todavía escucho a veces aquel terrible aullido, cuando revivo en sueños el espantoso momento en que doce hombres cubiertos de sangre emergieron de aquella caverna después de hacer cumplido su tarea. Quinientos hombres y mujeres habían sido asesinados para que sus cadáveres pudieran atender a su amo durante toda la eternidad.

Aunque el sacrificio humano, en verdad, no es desconocido en nuestra parte del mundo, jamás he sabido que se practicara en la escala de Catay. Se me dijo que cuando muere un verdadero hijo del cielo, mil miembros de la corte son ejecutados, lo cual explicaba la extraña intensidad de las plegarias por la salud del duque al final de la cena del cochinillo asado. Vivo, el duque merecía el menosprecio general; muerto, podía llevar a muchos consigo. En realidad, según la costumbre de Ch'in, sólo uno de los miembros del consejo de ministros era sacrificado, después de haber sido sorteado. La suerte y el ingenioso Huan quisieron que el viejo ministro que lo había desafiado durante la cena extrajese la varilla más corta.

La caverna fue cerrada y sellada. Hubo música, bailes, una fiesta. Posteriormente se construiría un túmulo que cubriera la entrada de la tumba. Parece innecesario decir que el sepulcro de un duque constituye una tentación tan grande para los ladrones que los objetos hermosos y caros que se colocan junto al cadáver suelen estar en circulación poco después del funeral.

Huan se negó a venderme al duque de Sheh.

—¿Cómo podría vender a un embajador, libre de ir y venir a su gusto?

—En ese caso, señor Huan, quizás haya llegado el momento de que me marche en compañía del duque de Sheh.

Mi amo sonrió ante esta impertinencia.

—Sin duda, no arriesgarás tu vida en compañía de un hombre que busca dragones en el desierto, combate con bandidos y se casa con brujas. ¡Oh, el duque de Sheh es un hombre peligroso! Jamás podría permitir que alguien a quien he llegado a querer corra tales riesgos en una tierra extraña. ¡No, no y no!

Era su última palabra. Pero yo estaba decidido a huir. Cuando se lo dije al duque, se demostró inesperadamente lleno de recursos.

—Te disfrazaremos —susurró.

Nos encontrábamos en la audiencia semanal del primer ministro. Suplicantes de todo Ch'in se acercaban a Huan, quien estaba de pie, en un extremo de la habitación de cielo raso bajo, entre dos trípodes de oro que simbolizaban su autoridad.

El primer ministro recibía a cada suplicante con una serena cortesía muy alejada de sus feroces puntos de vista políticos. Era lo bastante sagaz para saber que

no es posible esclavizar a un pueblo sin ganárselo primero. Hay que convencerlo de que su camino es el nuestro, y de que las cadenas forjadas para él son apenas ornamentos necesarios. En cierto sentido, los Grandes Reyes siempre lo han entendido así. Desde Ciro hasta nuestro actual señor, Artajerjes, los diversos pueblos del imperio han vivido una existencia muy parecida a la anterior. Sólo deben al Gran Rey su tributo anual, y a cambio reciben de él la seguridad y la ley. Huan había logrado convencer a los bárbaros y remotos habitantes de Ch'in de que, si bien había habido una época de oro en que los hombres vivían en libertad, esa época había concluido porque —cuánto le gustaba emplear esa frase— «ahora había demasiados hombres y demasiadas pocas cosas».

En realidad, Catay tiene una población inferior a la necesaria, y muchas regiones de gran riqueza están deshabitadas. Excepto por una media docena de ciudades con poblaciones de cien mil habitantes, Catay es un país de aldeas con murallas de piedra que se alzan en el ondulado terreno situado entre los dos grandes ríos. El territorio está cubierto en gran parte, sobre todo en el oeste, por densos bosques, y en el sur hay junglas semejantes a las de la India. Por consiguiente, con la excepción de los disciplinados y controlados habitantes de Ch'in, los catayanos tienden a la trashumancia. Si una inundación destruye una granja, el granjero y su familia se limitan a recoger los arados y la piedra ancestral del hogar, y se dirigen a otra región, donde comienzan de nuevo, pagando tributo a un nuevo señor.

Los viajeros más importantes son los shih. No hay una palabra —ni una clase— equivalente en Grecia ni en Persia. Para saber quiénes son los shih, hay que comprender el sistema de clases de Catay.

En la cumbre se encuentra el emperador, o hijo del cielo. Ha existido y quizás existirá, pero, ciertamente, no existe. Mientras digo esto, comprendo cuán sabio es el idioma catayano, carente de pasado, futuro y presente. Por debajo del emperador, hay cinco órdenes de nobleza. El título más elevado es el de duque. Con raras excepciones, como el duque loco de Sheh, los duques son los gobernantes titulares y a veces reales de los estados, es decir que equivalen a nuestros reyes y tiranos. Así como nuestros reyes y tiranos reconocen al Gran Rey como jefe supremo y fuente de legitimidad, cada uno de estos duques ha recibido su autoridad, en teoría, del hijo del cielo, que no existe. Si existiera —es decir, si ejerciera la hegemonía sobre el Reino Medio—, sería probablemente el duque de Chou, descendiente directo del emperador Wen, que estableció la hegemonía Chou sobre el Reino Medio. Por cierto, no lo sería el duque de Ch'in, quien desciende del brutal Wu, hijo de Wen.

El hijo mayor de un duque es un marqués. Cuando un duque muere, aquél se convierte en duque a su vez, salvo si ocurre —y ocurre con mucha frecuencia— algún accidente. Los demás hijos son también marqueses. Pero sólo el hijo mayor del segundo hijo conserva este título; los demás hijos descienden al siguiente orden de nobleza, y sus hijos, a su vez, al inferior; y los de éstos al de barón. Los hijos de un barón —el orden aristocrático más bajo— son shih. Durante los seis o siete siglos transcurridos desde el establecimiento de la hegemonía Chou, los descendientes de Chou han llegado a ser varias decenas de miles. Los que no poseen rango son shih, es decir, una especie de caballeros que sólo conservan un privilegio hereditario: pueden emplear un carro de guerra, si son capaces de mantenerlo.

En los últimos años el número de caballeros ha aumentado considerablemente. Se los encuentra en todas partes. Muchos se especializan en la administración, como hacen nuestros eunucos. Otros son oficiales del ejército. Abundan los maestros. Y unos pocos se dedican, como los zoroastrianos, a observar las normas religiosas que mantienen la debida armonía entre el cielo y la tierra. Finalmente, los caballeros administran la mayor parte de las naciones de Catay, sirviendo a los funcionarios hereditarios del estado que han logrado usurpar el poder, cuando no la divinidad, de los duques.

En los caminos de Catay pululan estos ambiciosos caballeros. Si uno de ellos no consigue un puesto, por ejemplo, en el ministerio de policía de Lu, se trasladará a Wei, donde quizá sus servicios sean más apreciados. Por ser la humanidad como es, un caballero tiene más posibilidades de empleo cuanto más lejos está de su tierra nativa.

Por esta razón, en todo momento hay miles de ellos en viaje. Como tienden a mantener estrecha comunicación entre sí, constituyen una especie de pequeño reino medio. En el lugar que ocupaba el hijo del cielo, hay ahora diez mil caballeros que gobiernan Catay; y aunque los estados están constantemente en guerra unos contra otros, los caballeros logran con frecuencia mitigar la barbarie de sus amos; excepto en Ch'in, donde tienen poca o ninguna influencia sobre Huan y sus despóticos amigos.

Por último, ha aparecido un nuevo elemento en el sistema de clases. Hay ahora una nueva categoría —no podemos llamarla clase— de gentilhombres. Cualquiera puede ser gentilhombre si observa el camino del cielo, un asunto más complejo al que me referiré cuando hable del maestro K'ung, o Confucio, como también lo llaman. Se le atribuye la invención del concepto de gentilhombre, que interesa sobremanera a los caballeros y prácticamente a nadie más.

Mientras Huan escuchaba las peticiones y quejas del pueblo, el duque de Sheh y yo planeábamos mi fuga.

—Debes afeitar tu barba. —El duque simulaba admirar un biombo de plumas—. Te haré llegar ropas de mujer. Viajarás como una de mis concubinas.

—¿Una concubina blanca?

—Precisamente el tipo de concubina que encantaría al duque de Sheh, como todo el mundo sabe. —El duque parecía divertido—. Pero no correremos riesgos. Oscurecerás tu rostro. Te enviaré un tinte que yo mismo uso. Y, por supuesto, llevarás velo.

—¿Registrarán tu comitiva?

Yo conocía los estrictos puestos de guardia de las puertas de la ciudad de Yang, y los dispersos por todo Ch'in. La gente intentaba permanentemente huir del racionalísimo gobierno de Huan.

—¡No se atreverán! Soy también un soberano. Pero si lo hacen… —El duque hizo el gesto universal del soborno.

De repente apareció Huan a nuestro lado. Tenía el don de la ubicuidad silenciosa. Siempre me hizo pensar en la sombra en el suelo de una rápida nube.

—Señor duque… honorable embajador… veo que admiráis mi biombo de plumas.

—Sí —respondió serenamente el duque de Sheh—. Estaba a punto de explicar a tu huésped su significado. —Mis ojos no se habían apartado del biombo, pero sólo

entonces lo vi. Ocho pájaros negros sobre un cielo de tormenta.

—Sin duda conoces su significado. —Huan se volvió hacia mí—. Nuestro señor de Sheh nada ignora acerca de nuestra familia ducal, que es también su familia.

—Por cierto. El bisabuelo del hombre de la infinita compasión era también mi tío abuelo. Su nombre era P'ing. Un día recibió a un grupo de músicos del norte. Le dijeron que conocían todas las melodías que se habían ejecutado en la corte del emperador Wu. El duque P'ing no lo creyó. ¿Quién lo habría creído? Todo el mundo sabe que casi toda la música sagrada de la vieja corte Chou ha sido irremediablemente corrompida u olvidada completamente. Eso fue lo que les dijo. Pero el maestro del grupo, que no era ciego, detalle sospechoso puesto que un maestro de música debe ser ciego, afirmó: «Demostraremos que somos capaces de acercar el cielo a la tierra».

De modo que comenzaron a tocar. La música era extraña y como de otro mundo. De otro mundo, pero no del cielo. Ocho pájaros negros llegaron del sur y danzaron sobre la terraza del palacio. Luego un terrible viento barrió la ciudad y las tejas del palacio fueron arrancadas. Los vasos rituales se rompieron. El duque P'ing cayó enfermo y durante tres años nada, ni siquiera una hoja de hierba, creció en Ch'in.

Huan me dirigió una sonrisa.

—El señor duque conoce bien esa triste, esa instructiva historia. Siempre la he tomado con seriedad. A decir verdad, es por eso que siempre he tenido cerca este biombo. Así jamás tendré la tentación de oír la música indebida. No queremos ver, nunca más, que ocho aves negras vienen del sur.

Esa misma noche, el mayordomo del duque sobornó a uno de los criados de Huan, que me visitó a medianoche en mi celda. Me entregó una navaja, pintura para la cara y ropas de mujer. Me transformé rápidamente en una dama catayana inusitadamente alta. Luego seguí al criado por el palacio apenas iluminado, temerosamente consciente del crujido del suelo cuando me deslicé junto a un par de guardias dormidos —es decir, drogados— y salí por una puerta lateral que se abría sobre un jardín rodeado de muros. Allí me esperaba el mayordomo del duque de Sheh. Afortunadamente, no había luna, y tampoco estrellas, por las densas nubes, cargadas de lluvia.

Como almas en pena, corrimos por las callejuelas estrechas y retorcidas; nos escondíamos en los portales cuando aparecía un contingente de la guardia nocturna, cuyas linternas de bronce proyectaban haces de luz semejantes a ofensivas lanzas. Como a ningún ciudadano se le permitía abandonar su casa entre la puesta y la salida del sol, Yang parecía una ciudad fantasma. El mayordomo tenía una autorización especial, pero yo no, y no sabia qué excusa podría dar él si éramos detenidos. Afortunadamente, una tormenta cayó sobre la ciudad con el estruendo de diez mil tambores.

Bajo un diluvio llegamos hasta la puerta de la ciudad, donde los carros del duque de Sheh estaban listos para la partida. El mayordomo alzó las tablas del suelo de uno de ellos, y me ordenó esconderme en un espacio algo más pequeño que yo mismo. Apenas logré acomodarme, las tablas fueron vueltas a clavar. Aunque el bramido de la tormenta no me permitió oír la orden de partida dada por el duque, sentí la brusca sacudida del carro cuando el conductor hizo avanzar las mulas para atravesar la puerta.

Como yo había imaginado, la policía de Ch'in nos alcanzó dos días más tarde, en el paso de Hanku. Los carros fueron minuciosamente registrados, y se descubrió mi escondite. Pero yo no estaba en él. El duque había tomado la precaución de colocar guardias ocultos a lo largo del camino desde Yang. Sabía que, cuando mi ausencia fuera advertida, Huan sospecharía de él. Los guardias se enviaban señales uno a otro por medio de escudos de bronce, muy pulidos, que reflejaban la luz del sol.

Cuando supimos que la policía se acercaba, me escondí en un árbol. Los carros continuaron su camino. Y el duque ofreció a la policía una soberbia demostración. Les recordó que era primo de su nuevo duque, y descendiente directo del emperador Wen, del Emperador Amarillo y de todos los demás. Pero de todos modos, permitiría que registraran los carros, y esperaba que sus antepasados celestes no castigaran con excesivo rigor su sacrílega conducta.

Los policías revisaron cuidadosamente a cada uno de los miembros del séquito del duque, hombre o mujer, y también los carros, y se sorprendieron inmensamente al no encontrarme. En un estado estrictamente reglamentado como Ch'in, nadie desaparece sin la colaboración oficial. Finalmente, permitieron que el convoy continuara la marcha pero, para mi horror, lo acompañaron durante cinco días. Sólo se retiraron cuando la comitiva del duque llegó hasta el monumento de piedra que marca la frontera entre Ch'in y Chou.

No sólo me vi obligado a mantenerme fuera de la vista de la policía, sino también fuera del alcance de las manadas de lobos que me miraban curiosamente con sus ojos semejantes, en la noche, a diminutos fuegos verdes. Yo dormía en los árboles, llevaba siempre un grueso bastón, y maldecía constantemente el hecho de que mi disfraz de mujer no incluyera armas. Vi un oso negro, y otro pardo. Si ellos me vieron, no demostraron interés. Aunque se suponía que aquellos oscuros bosques estaban habitados por bandidos, no encontré un solo ser humano. Si no hubiese podido oír, de vez en cuando, los ruidos de los carros del duque, me habría sentido enteramente fuera del mundo de los hombres.

Cuando hallaba un lago o una corriente, bebía como beben los animales, a cuatro patas. Me alimentaba de extrañas bayas, frutas y raíces. Me sentí enfermo varias veces. En cierta oportunidad, creí ver un dragón entre la media luz del bosque. Pero el dragón era sólo una aguda punta de jade brillante verde y blanco, la más hermosa de las piedras.

En la confluencia de los ríos Wei y Tai, escondido en un bosquecillo de plumosos arbustos, vi cómo la policía saludaba al duque de Sheh y partía de regreso. En la margen opuesta del Tai se veían los campos cultivados de Chou. Pasar de Ch'in a Chou era como pasar de la noche al día.

Ya en Chou, el duque fue recibido con deferencia por el comandante de frontera, que examinó superficialmente su pasaporte y lo saludó graciosamente mientras iniciaba la marcha hacia Loyang, capital del Reino Medio. Mi propia entrada en Chou fue menos formal. Atravesé el río Tai oculto debajo de una burda balsa de ramas de sauce.

El duque se asombró al verme.

—¡Qué alegría! —exclamó, dando palmadas—. Ahora podré enriquecerme con el rescate de Magadha. Estoy feliz. Y bastante sorprendido. Estaba seguro de que si

te salvabas de los lobos, caerías en manos de los hombres lobos. —Era la primera vez que escuchaba, y por supuesto en suelo de Chou, cómo llamaban los catayanos civilizados a los bárbaros de Ch'in.

El duque me ofreció alimentos de su propia reserva de provisiones y me regaló una de sus amplias túnicas de hebras finas y de tejido abierto, y un manto casi nuevo de cordero negro. Una vez arrancados los emblemas ducales, parecía un caballero, ni más ni menos. Sin embargo, yo me sentía incómodo. Por primera vez desde la adolescencia no tenía barba. Parecía exactamente un eunuco. Pero como, por suerte, muchos catayanos no usan barba, no era, al menos, demasiado conspicuo.

Por vez primera desde mi llegada a Catay, empecé a divertirme. Aunque todavía era un cautivo, si no un esclavo, el duque era un excelente compañero, ansioso por mostrarme el verdadero Catay.

—No debes fundar tu idea del Reino Medio en lo que conoces de Ch'in, que sólo es una parte, a pesar de que sus duques son descendientes bastante irregulares del emperador Wu. ¡Aun así, esos burdos provincianos aspiran a la hegemonía! Pero el cielo es benévolo, y nadie ha recibido aún el mandato. Cuando esto ocurra, no dudo que el elegido será mi querido primo el duque de Chou. Te parecerá interesante, aunque con defectos. Actúa como si fuese ya el hijo del cielo, el colmo de la presunción. Por supuesto, la totalidad de los duques de Chou se ha hecho la misma ilusión por considerar que el último decreto del cielo había recaído en su antecesor. Pero eso ocurrió hace trescientos años, y el mandato se perdió cuando una profana horda de bárbaros y nobles lo mató. El hijo del emperador, huyendo, llegó aquí, a Chou, y se proclamó emperador. No tenía, desde luego, la hegemonía. Era, por lo tanto, únicamente, duque de Chou. Y por eso no tenemos ahora más que una sombra del hijo del cielo en Loyang, sombra de la capital de un verdadero Reino Medio. El duque de Chou es casi emperador. Pero eso no es suficiente, ¿no? Sobre todo, porque Chou es uno de los ducados más débiles y tarde o temprano alguno de los vecinos —seguramente los hombres lobos— lo conquistarán. Mientras tanto, todos miramos hacia Loyang con lágrimas en los ojos y esperanzas en nuestros vientres.

Luego el duque me habló de su bisabuela, que había sido también bisabuela del actual duque de Chou. Era una mujer infinitamente orgullosa que siempre se refería a sí misma llamándose el muchachito. Un día, el ala del palacio en que residía se incendió, y todas las damas huyeron excepto el muchachito, que permaneció en su salón adivinando el futuro con sus palillos. Cuando una criada pidió a la duquesa que abandonara el palacio en llamas, la anciana señora respondió:

—El muchachito sólo puede abandonar el palacio escoltada por el hijo del cielo, o por un pariente varón cuyo rango no sea inferior al de marqués; además, naturalmente, el muchachito no debe ser vista jamás, fuera del palacio, sin una dama de compañía de mayor edad.

Luego siguió echando los palillos, un entretenimiento popular en Catay.

La criada corrió a buscar a alguien de rango suficiente para acompañar a la duquesa. Pero nadie superaba el titulo de conde, ni había una dama de compañía mayor que la duquesa. Con los rostros cubiertos por paños mojados, el conde y la criada entraron en el palacio ardiente, y vieron a la anciana señora sentada en su alfombrilla de seda, disponiendo los palillos.

—Por favor, esa persona del hijo del cielo —dijo el conde, que era también su sobrino—, ven conmigo.

La duquesa se indignó.

—Es inaudito. No puedo abandonar mis habitaciones sin la compañía de una mujer mayor y de un hombre de la familia, cuyo rango no sea inferior al de marqués. Proceder de otro modo sería inconveniente.

Y así la duquesa murió quemada en nombre de las conveniencias, que son fundamentales para los catayanos. La muerte de tal dama fue una fuente de infinitas discusiones. Algunos consideraban que debía ser admirada y emulada; otros, que era un personaje ridículo.

—Después de todo —me dijo luego Fan Ch'ih—, no era una virgen ni una joven recién casada. Era una mujer muy anciana y no debía preocuparse por quién la acompañaba. No era modesta. A decir verdad, era vanidosa, como todos los demás miembros de la casa de Chou. Y la vanidad nunca es conveniente a los ojos del cielo.

Mientras nos aproximábamos a las afueras de Loyang, el tránsito aumentaba. Toda clase de hombres y mujeres se dirigían a la ciudad. Los ricos viajaban en carrozas o en literas. Los campesinos pobres llevaban sus productos cargados a la espalda. Granjeros y mercaderes iban en carretas tiradas por bueyes. La gente común estaba bien vestida y sonreía. No sólo en esto se diferenciaban de los sombríos habitantes de Ch'in, sino también en que éstos tenían el color del bronce y las narices achatadas, en tanto que los de Chou eran de piel más clara y de rasgos más delicados. Todos los indígenas catayanos tienen pelo negro, ojos negros, cabeza redonda y carecen casi por completo de vello corporal. Es curioso: tal como hacemos nosotros con los babilonios, la clase guerrera de Chou, que conquistó el Reino Medio aproximadamente al mismo tiempo que los arios penetraban en Persia, India y Grecia, los denomina «el pueblo de pelo negro». ¿De dónde vinieron los Chou? Los catayanos señalan el norte. Sería interesante descubrir antepasados comunes.

Entramos en Loyang por una alta puerta de piedra, enclavada en una simple muralla de ladrillo. Me sentí inmediatamente en casa. Las multitudes eran como las de Susa o Shravasti: gente que ríe, grita, canta, anuncia a voz en cuello sus mercancías, escupe, compra, vende, juega o come en una gran cantidad de puestos callejeros.

Cerca del mercado central, el duque compró una carpa hervida en uno de esos puestos.

—La mejor carpa de Catay —declaró el duque, mientras separaba un trozo y me lo ofrecía.

—Jamás he probado un pescado mejor —dije, con cierto grado de sinceridad.

El duque sonrió al vendedor.

—Lo primero que hago siempre en Loyang es venir aquí. ¿No es verdad? —Su cortesía era impecable, aunque tenía la boca llena.

El hombre se inclinó, deseó larga vida al duque, y recibió una moneda. Luego el duque adquirió una gran hoja enrollada que contenía abejas fritas en su propia miel. Alabó cálidamente el alimento, pero su sabor era extraño. Desde los días de Lidia la miel nunca me ha agradado mucho.

El duque de Sheh ocupaba siempre habitaciones en un gran edificio situado frente al palacio ducal.

—Esta casa pertenecía a unos amigos de mi familia —dijo, con cierta vaguedad. Después de todo, era cierto que estaba vinculado con todo el mundo—. Luego fue vendida a un mercader que alquila las habitaciones a alto precio, a todos menos a mí. Me hace un precio especial, porque soy miembro de la familia imperial.

Aunque el duque no me trataba como a un cautivo, eso era yo, y no lo ignoraba. Me encontraba siempre en su habitación, o en la habitación de su

mayordomo, nunca fuera de su vista o de la de algún miembro de su comitiva.

Después de Ch'in, Loyang me pareció un lugar tan encantador que tardé cierto tiempo en comprender que tanto la ciudad como la nación estaban al borde del derrumbe económico. Los estados vecinos se habían apoderado de la mayor parte de Chou. Sólo la figura ambiguamente divina del duque impedía que los gobernantes de Cheng o de Wei ocuparan Loyang. En verdad, todo el mundo parecía apoyar en cierta medida la ficción de que el duque era el hijo del cielo, al mismo tiempo que le robaban sus tierras y se burlaban, a sus espaldas, de sus pretensiones.

Loyang tenía el aspecto asombrado de una gran capital que acaba de perder el imperio que la sostiene. Babilonia posee el mismo aire de leve decadencia y decepción. Abundaban en Loyang la música, los juegos, los juglares, y, naturalmente, las ceremonias.

Asistimos a los ritos de año nuevo, que se celebran en el templo de los ancestros de los duques de Chou. Seguramente el edificio era muy hermoso cuando se construyó, hace tres siglos, poco después de la llegada del último hijo del emperador.

El templo tiene un techo alto y empinado, cuyas tejas están dispuestas formando un hermoso diseño de olas en el que se alternan el oro y el verde. Las columnas de madera están decoradas con las intrincadas imágenes de follaje que sólo el hijo del cielo puede usar. Los cimientos son de piedra, y las paredes de madera oscura, cubiertas de armas antiguas y modernas. En teoría, todo el arsenal del estado se guarda en el templo ancestral del gobernante. En la práctica, sólo se depositan allí armas simbólicas. Cuando el gobernante era simplemente un jefe de clan, aseguraba su poder con la propiedad directa de todas las armas; pero así era hace mucho, cuando la comunidad no pasaba de ser una familia que obedecía a su padre, quien era el hijo no sólo de su propio padre y jefe, sino también del cielo.

En un extremo del vasto interior hay una muy curiosa estatua de terracota, que representa a un hombre, de tamaño mayor que el normal. Esta vestido como un guerrero de la dinastía anterior a la de Chou. Tiene la boca cubierta por un triple sello. En la base hay una inscripción: «Cuanto menos se dice, menos se debe reparar». No se sabe por qué tiene que haber un monumento a la prudencia en el recinto ancestral de los Chou; a menos, naturalmente, que el mensaje sea perfectamente explicito y signifique exactamente lo que dice.

El hijo del cielo era un hombre ágil y pequeño, de cuarenta años, con una larga barba en punta. Vestía un exquisito traje ceremonial: en la espalda se destacaba un dragón bordado en hilo de oro. En una mano traía un gran disco de jade verde con un mango de marfil, el símbolo exterior del caprichoso mandato del cielo.

El duque de Chou estaba solo, dando la espalda al altar, en el lado norte del salón. Entre él y la corte se encontraban el mariscal de la izquierda y el de la derecha, los principales funcionarios del reino. Luego estaban los sacerdotes hereditarios, y después los maestros de música y de ceremonias, los cortesanos y los huéspedes de Chou. Debido al elevado rango del duque de Sheh —tan dudoso como el del supuesto hijo del cielo— pudimos ver de cerca la casi interminable ceremonia.

—Esto es una burla —murmuró el duque de Sheh—. Un escándalo. Cuando se oyó la música de la sucesión, el duque se mostró particularmente indignado.

—Esto únicamente se puede tocar en presencia de quien posee a la vez el

mandato y la hegemonía. Es un sacrilegio.

La música de la sucesión fue compuesta hace más de mil años. Cuando se toca, unos bailarines con fantásticos vestidos representan el pacifico acceso al trono de un emperador legendario llamado Shun. Cuando la ejecución y la pantomima son perfectamente realizadas, esta música tiene el poder, según se supone, de unir con perfecta armonía el cielo y la tierra.

Demócrito pregunta cómo puede recordarse una melodía durante mil años. Esto mismo querrían saber muchos catayanos a cuyo parecer la música original ha sido corrompida o totalmente olvidada a lo largo de los siglos. Según su criterio, la que ahora se escucha en Loyang es una imitación del original, y por eso ha sido retirado el mandato del cielo. No lo sé. Sólo puedo decir que el efecto es inquietante para oídos —y ojos— occidentales.

Cuando la música y la danza cesaron, el duque de Chou pidió al Emperador Amarillo que el cielo bendijera al Reino Medio. El hijo del cielo, entonces, procedió a reintegrar su poder a todos los señores de Catay. Esta parte de la ceremonia era tan impresionante como carente de sentido.

Solemnemente, el duque de Chou indicó a los señores del Reino Medio que se acercaran. Quince hombres magníficamente vestidos se acercaron, agachados, al duque. Conviene mencionar aquí que, cuando una persona se presenta ante otra de rango superior, baja la cabeza, inclina el cuerpo y dobla las piernas para mostrarse lo más pequeña que puede.

Casi junto al duque, las quince figuras resplandecientes se detuvieron. Entonces los mariscales, el de la izquierda y el de la derecha, entregaron al duque quince tabletas de bronce con la hermosa y para mí definitivamente incomprensible escritura de Catay.

El duque cogió la primera tableta y se volvió a un anciano con hábito plateado.

—Acércate, querido primo.

El anciano avanzó como un cangrejo hacia el duque.

—Es la voluntad del cielo que continúes sirviendo como nuestro leal esclavo. Coge —puso en manos del anciano la tableta— este símbolo de la voluntad celeste de que continúes sirviendo, a nosotros y al cielo, como duque de Wei.

Esto me causó profunda impresión. En aquel polvoriento salón, cuyas oscuras vigas habían desaparecido parcialmente por obra de las termitas, estaban reunidos todos los duques de Catay para que el hijo del cielo confirmara su autoridad. Había once duques de los estados interiores, y cuatro de los llamados reinos exteriores. Cada vez que un duque recibía el emblema de la autoridad renovada, se oía música, los sacerdotes cantaban y el duque de Sheh reía muy suavemente. No osé preguntarle el motivo. Al comienzo pensé que sentía rencor por la inexistencia de Sheh. Pero cuando el duque de Ch'in recibió con avidez el símbolo de la soberanía, advertí sorprendido que no era el mismo hombre que aullaba como un lobo ante el túmulo funerario del emperador Wu.

—No es el duque —susurré.

—Por supuesto —respondió mi excéntrico amo.

—¿Quién es entonces?

—Un actor. Los quince duques son representados por actores. Año tras año, el

hijo del cielo finge renovar la autoridad de los verdaderos duques. Es un gran escándalo. Pero ¿qué otra cosa puede hacer mi pobre amigo? Los verdaderos duques no vendrían jamás a Loyang.

—Creía que habías dicho que todos lo aceptan como hijo del cielo.

—Así es.

—¿Y por qué no le rinden honores?

—Porque no es el hijo del cielo.

—No comprendo.

—Tampoco él. Y sin embargo, no es difícil. Mientras fingen aceptar que él es hijo del cielo, ninguno de ellos puede reclamar el mandato. Por eso es tan necesaria esta representación. Como cada uno de los duques sueña con apoderarse del mandato, han acordado entre todos que, por ahora, lo mejor es actuar como si el duque de Chou fuera lo que afirma ser. Pero tarde o temprano algún duque conseguirá la hegemonía. En ese momento, Loyang se desvanecerá como un sueño y el río Amarillo se tornará rojo por la sangre.

Mientras los duques-actores se retiraban, el hijo del cielo proclamó:

—Aquí, al norte, se encuentra el solitario. ¡Aquí está el mandato del cielo!

Hubo entonces un tremendo estallido debido a los músicos, y cien hombres con fantásticas tocas de plumas y colas de animales iniciaron una serie de danzas tan extraordinarias como las que recuerdo haber visto en Babilonia, donde se puede ver absolutamente todo. En mitad de un remolino de vivos colores y extraños sonidos, el hijo del cielo desapareció.

—Es la música de los cuatro puntos cardinales —dijo el duque—. A los puristas no les agrada. Pero a los puristas no les agrada ninguna innovación. Yo, personalmente, prefiero la música moderna a la antigua. Es herética, por momentos; pero ésta es una época de herejías. ¿Una prueba? No hay un duque en Sheh.

No recuerdo cuánto tiempo permanecimos en Loyang. Pero sí que me sentía prácticamente libre, por primera vez desde mi captura. Fui a numerosas cenas con el duque, a quien le encantaba mostrarme. No es que yo inspirara gran interés. Los catayanos en general, y los cortesanos de Loyang en particular, se preocupan muy poco por el mundo situado más allá de lo que ellos llaman cuatro mares. Lo que es peor, tenía rasgos extraños y hablaba su lengua con acento desagradable, dos deficiencias que no suelen concitar popularidad. Para mi asombro, y para decepción del duque, a casi nadie le importaba el mundo occidental. Lo que no es el Reino Medio, no existe. A los ojos de los catayanos, los bárbaros somos nosotros, y ellos son los civilizados. He podido comprobar que, si uno viaja hasta llegar lo bastante lejos, la izquierda se convierte en la derecha, el arriba en abajo, y el norte en el sur.

Sin embargo, me resultaba muy atractivo el deterioro general de la corte de Loyang. Los cortesanos sólo querían divertirse. Se entretenían con juegos de palabras que yo no podía seguir. Decían maliciosos chismes unos de otros. Comían bien en sus platos astillados, bebían alegremente en sus copas desportilladas, llevaban con elegancia sus gastadas vestiduras.

Andando por Loyang, se percibía que alguna vez había sido una capital imponente, si bien algo primitiva. Y también que esos días habían pasado para siempre. Como fantasmas, los servidores del hijo del cielo realizaban sus ceremonias,

haciendo gala de ineptitud, según el duque de Sheh; y así como los fantasmas revisten carnes lujuriosas, ellos gozaban de la vida como si sospecharan que la gloria no volvería y que la corte en que servían era sólo una desvaída sombra de un mundo definitivamente perdido.

Visitamos el Salón de la Luz, un antiguo edificio construido en honor del Sabio Señor; quiero decir, del cielo. Es curioso que ambos conceptos me parezcan intercambiables. Sin embargo, cuando hablé del Sabio Señor a los sacerdotes de Catay, se sintieron incómodos, cambiaron de tema, y hablaron del Emperador Amarillo, de los descendientes reales, del mandato… ¡ese eterno mandato! No podían, no querían enfrentarse a la idea de que, hay un principio inicial y orientador del universo. Ignoran por entero la existencia de una guerra entre la Verdad y la Mentira. Su mayor interés es el mantenimiento de un armonioso equilibrio entre la nebulosa voluntad del cielo y las turbulentas locuras de la tierra. Creen que esto puede lograrse observando cuidadosamente las complejas ceremonias dedicadas a los antepasados.

El duque se sorprendió al encontrar el Salón de la Luz atestado de músicos, juglares y vendedores de comida. El efecto era muy alegre, pero muy poco religioso.

—¡No comprendo por qué permite esto!

—¿Qué debería hacerse aquí? —Miré, fascinado, a un grupo de enanos que hacían complicadas acrobacias para el deleite de una multitud que arrojaba pequeñas monedas a los pequeños ejecutantes.

—Nada. Se supone que éste es un refugio en el que uno puede contemplar la idea de la luz. Y, naturalmente, se realizan aquí ceremonias religiosas. El duque debe de cobrar alquiler a los vendedores. Pero, aun así, es una vergüenza, ¿no te parece?

No respondí yo sino una voz melodiosa a nuestras espaldas.

—¡Una verdadera vergüenza, señor duque! ¡Es lamentable! Pero esa es la condición del hombre, ¿no es verdad?

El dueño de esa persuasiva voz era un hombre de barba gris y ojos inusitadamente abiertos para tratarse de un catayano. Unos ojos brillantes de buen humor, o quizá de tristeza. Las dos cosas suelen confundirse, como ese hombre extraordinario se complacería, más tarde, en demostrar.

—¡Li Tzu! —El duque saludó al sabio con una exquisita combinación de respeto y condescendencia. Si no lo he dicho antes, *tzu* es la palabra catayana que significa maestro o sabio. Me referiré a Li Tzu como el maestro Li.

—Este —dijo el duque— es el yerno del rey de la opulenta Magadha. —El duque no olvidaba jamás ese vínculo, que consideraba la base de su futura riqueza—. Ha venido aquí para civilizarse. Y ahora conocerá —se volvió hacia mí— al hombre más sabio del Reino Medio, el guardián de los archivos de la casa de Chou, el maestro de las tres mil artes…

El duque elogió generosamente al maestro Li. Como tantos nobles y empobrecidos, se sentía obligado a compensar con efusivos cumplidos y primorosas maneras el esplendor y la dignidad que no podía permitirse ostentar.

El maestro Li mostró algo más que un interés cortés por mí. Fue también el primer catayano que advirtió a primera vista la imposibilidad de que yo fuese nativo de Magadha. Aunque no había oído hablar de Persia, conocía la existencia de una tierra en que habitaba un pueblo de ojos azules, más allá del río Indo. Y como deseaba

saber lo que nosotros sabíamos, nos invitó al duque y a mí a cenar con él en los alrededores del parque destinado a los sacrificios a la tierra.

—Al solitario le ha alegrado permitirme el uso del viejo pabellón. Comeremos frugalmente y hablaremos del Tao.

La palabra *tao* significa el camino. También posee muchos otros sutiles significados, como descubriría luego.

Recorrimos nuestro mundanal camino a través de un grupo de bailarinas semidesnudas. Por lo que pude ver, no bailaban. Sólo se paseaban por el Salón de la Luz, aguardando a que alguien comprase sus favores. Al duque le horrorizaba esta blasfemia.

—Jamás pensé que un hijo del cielo, por más… —Con gran cordura, no terminó la frase.

Lo hizo serenamente el maestro Li.

—… compasivo que sea. Así es, el huérfano es profundamente compasivo. Sólo desea que el pueblo sea feliz. No se esfuerza por alcanzar lo imposible. Es adepto del wu-wei.

En la lengua de Catay, *wu-wei* significa no hacer nada. Para el maestro Li, el arte de no hacer nada es el secreto del gobierno y también el de la felicidad humana. ¿Si eso quiere decir no hacer realmente nada? No, Demócrito. El maestro Li dice algo todavía más extraño. Ahora trataré de explicarlo.

Continuamos andando por las bulliciosas callejuelas de Loyang. No sé por qué me sentía tan cómodo allí. Supongo que era por el mucho tiempo que había pasado en el desierto, en el bosque, en el salvaje reino de Ch'in. La gente de Chou es sin duda la más alegre del mundo; y si encuentran triste su permanencia en el mundo, saben disimularlo con elegancia. Y como mucha gente atareada, practican el wei sin saberlo. Sí, Demócrito: es una paradoja. Pronto la examinaremos.

El espacio reservado a los sacrificios en honor de la tierra es un parque situado al norte de la ciudad, no lejos del promontorio cónico que se encuentra en el acceso a todas las ciudades de Catay, y que recibe el nombre de *sheh*, o terreno sagrado, y simboliza el estado. Está siempre cerca de un bosquecillo de árboles característicos de la región, y que se consideran sagrados. En Chou, el árbol sagrado es el castaño.

El tercer mes de cada año se realiza en ese parque el llamado festival de la terraza de primavera. No es en verdad una representación única, sino una sucesión alternada de representaciones, danzas y ceremonias. Si el festival de la terraza de primavera no se cumple bien —con precisión ritual—, habrá una cosecha pobre o ninguna. La terraza es una elevación natural donde los adoradores pueden instalarse para contemplar las ceremonias. En esa única oportunidad, los hombres y las mujeres pueden mezclarse libremente. Como el festival es el momento más importante del año para todos los catayanos, los magnates intentan alcanzar el favor del cielo —y el del pueblo— financiando sus costos, como se hace también en ciertas ciudades griegas. Originariamente, este culto a la fertilidad se asemejaba al que aún se celebra en Babilonia, donde hombres y mujeres se prostituyen para obtener buenas cosechas. Pero, con el tiempo, el festival de la terraza de primavera se ha tornado muy decoroso. Y también inadecuado, según el duque y el maestro Li. No lo sé. Por alguna razón,

nunca asistí a esa ceremonia en los años que pasé en el Reino Medio. Si lo hubiera hecho, tampoco habría sabido si la representación era correcta o incorrecta.

Cuando pasamos junto al montículo de tierra, el duque de Sheh observó, con alivio, que no crecía en su superficie una sola brizna de hierba.

—Si el terreno santo no se mantiene perfectamente limpio… —El duque hizo una señal para conjurar el mal. Luego se inclinó ante el altar de la tierra, que es cuadrado porque así creen los catayanos que es la tierra. Piensan también que el cielo es redondo; al sur de todas las ciudades hay un altar redondo consagrado al cielo.

El maestro Li nos condujo por un estrecho puente de piedra hasta un hermoso pabellón situado sobre una elevación de terreno calizo rodeado por una corriente estrecha, rápida y espumosa. Debo reconocer que no he visto nunca una región más extraña ni más bella que el campo de Catay, al menos en la zona situada entre los dos grandes ríos. Las colinas adoptan todas las formas imaginables, y los árboles son totalmente distintos de los occidentales. En todas partes se encuentran inesperadamente cascadas, hondonadas, panoramas de fresca profundidad verde azul, tan mágicamente acogedores como peligrosos, porque Catay es una tierra habitada por fantasmas, dragones y proscritos. No vi fantasmas ni dragones, pero sí muchos bandidos. Los paisajes hermosos y aparentemente vacíos están llenos de riesgos para el viajero. Pero dondequiera que se vaya en este mundo, los hombres echan a perder la belleza de las cosas.

El pabellón estaba hecho de ladrillo amarillo y tenía un empinado techado de tejas. En todas las junturas crecía el musgo, y de las vigas, envueltas en telarañas, colgaban murciélagos. El viejo criado que preparó nuestra comida trataba al maestro Li como a un igual. A mí y al duque nos ignoraba. No nos preocupamos. Cenamos de buena gana pescado fresco mientras oíamos el ruido tranquilizador de la rápida corriente entre las rocas.

Nos arrodillamos en unas rústicas esteras y el maestro Li habló del significado, o de un significado, del Tao.

—Literalmente —dijo—, Tao significa un sendero o un camino. Una carretera. O un camino inferior. —Noté que sus manos parecían de frágil alabastro, y comprendí que debía de ser más anciano de lo que había pensado inicialmente. Supe luego que tenía más de cien años.

—¿Dónde —pregunté— comienza el camino, es decir, tu camino?

—Mi camino empezaría conmigo. Pero yo no tengo un camino. Yo soy parte del Camino.

—¿Cuál es?

El duque de Sheh emitió una especie de zumbido de satisfacción y comenzó a limpiar sus dientes con un palillo. Le encantaban las conversaciones de este tipo.

—El que es. La unidad original de toda la creación. El primer paso de un hombre por el Camino consiste en ponerse en armonía con las leyes del universo, con lo que llamamos el siempre-así.

—¿Y cómo se hace para lograrlo?

—Imagina el Camino como de agua. El agua siempre busca el terreno más bajo, y rodea todas las cosas. —Tuve la extraña sensación de encontrarme nuevamente en la llanura del Ganges, donde las cosas complejas se expresan con tal

sencillez que se tornan profundamente misteriosas.

Para mi sorpresa, el maestro Li leyó mi mente.

—Mi querido bárbaro, piensas que soy deliberadamente oscuro. Pero no lo puedo evitar. Después de todo, la doctrina del Camino ha sido llamada la doctrina sin palabras. Por lo tanto, todo lo que diga carecerá de sentido. No puedes saber lo que es para mí el Camino, como yo no puedo sentir el dolor de tu rodilla izquierda, que mueves constantemente porque aún no te has acostumbrado a nuestra manera de estar sentados.

—Percibes mi incomodidad sin sentirla en realidad. Quizás yo pueda percibir el Camino sin seguirlo.

—Muy bien —dijo el duque, y eructó para demostrar su satisfacción, no sólo por la comida, sino por nuestras palabras. Los catayanos consideran el eructo como la más sincera expresión de la mente, alojada en el estómago.

—Concibe entonces el Camino como algo en que no hay oposición ni diferencia. Nada es caliente. Nada es frío. Nada es largo. Nada es corto. Estos conceptos sólo tienen sentido en relación con otras cosas. Para el Camino, todos son uno.

—Para nosotros son muchos.

—Eso es lo aparente. Pero no hay diferencias reales entre las cosas. En esencia, sólo existe el polvo del que estamos hechos, un polvo que adopta formas temporales, pero nunca cesa de ser polvo. Es importante saber esto. Y es igualmente importante saber que no es posible rebelarse contra este hecho natural. La vida y la muerte son la misma cosa. Sin una, no puede existir la otra. Ninguna de ambas existe si no es en relación con la otra. Sólo existe el siempre-así.

Aunque yo encontraba aceptable esta concepción de una unidad original, no podía desdeñar las diferencias que el maestro Li ahogaba tan alegremente en su mar del siempre-así.

—Pero no hay duda —dije— de que un hombre debe ser juzgado por sus acciones. Hay buenas y malas acciones. La Verdad y la Mentira… —Hablé entonces como nieto de Zoroastro. Cuando concluí, el maestro Li respondió con una curiosa parábola.

—Hablas sabiamente. —El anciano inclinó cortésmente la cabeza—. Naturalmente, en la conducta relativa de una vida dada hay acciones correctas e incorrectas, y estoy seguro de que concordaríamos acerca de lo que conviene o no conviene. Pero el Camino va más allá de esas cosas. Te daré un ejemplo, si me lo permites. Imagina que eres un artesano del bronce…

—En realidad, maestro Li, es un fundidor de hierro, útil arte que los bárbaros dominan. —El duque me miró como si él me hubiera creado a partir del polvo original unificado.

El maestro Li ignoró la digresión del duque.

—Eres un artesano del bronce. Quieres fundir una campana, y tienes preparado un molde para el metal fundido. Y cuando quieres verter el metal ardiente, el bronce se niega a fluir. Dice: «No quiero ser una campana. Quiero ser una espada, como la espada inmaculada de Wu». Como fundidor de bronce, estarías consternado ante ese metal tan travieso, ¿no es verdad?

—Sí. Pero el metal no puede elegir su molde. La elección es del artesano.

—No. —La palabra, suavemente dicha, no tenía un efecto menos terrible que el hilo de Gosala—. No puedes rebelarte contra el Camino. No puede tu mano rebelarse contra tu brazo ni el metal contra el molde. Todas las cosas son parte del universo, que es el siempre-así.

—¿Cuáles son las leyes fundamentales? ¿Y quién fue su creador?

—El universo es la unidad de todas las cosas, y aceptar el Camino es aceptar el hecho de esa unidad. Vivo o muerto, eres para siempre parte del siempre-así, cuyas leyes son simplemente las leyes del devenir. Cuando la vida llega, es la hora. Cuando la vida se va, también es natural. Aceptar con serenidad todo lo que pueda ocurrir es ponerse más allá de la pena o de la alegría. Así sigues el Camino, por medio del wu-wei.

Volvía a desconcertarme el término, que significa, literalmente, no hacer.

—¿Pero cómo puede funcionar nuestro mundo si somos totalmente pasivos? Alguien debe fundir el bronce para hacer campanas y espadas.

—Cuando decimos no hacer, queremos decir no hacer nada que no sea natural o espontáneo. ¿Eres arquero?

—Sí. Fui educado como un guerrero.

—También yo. —El maestro Li era lo menos parecido a un guerrero que se pudiera imaginar—. ¿Has notado que fácil es dar en el blanco cuando practicas ociosamente?

—Sí.

—Pero, cuando compites con otros, cuando hay un premio dorado, ¿no encuentras más difícil acertar que si estás solo o si no compites?

—Sí.

—Si te esfuerzas demasiado, te pones tenso. Cuando estás tenso, no estás en tu mejor estado. Pues bien: a evitar esa tensión es a lo que tiende el wu-wei. O para decirlo de otro modo, abandona la conciencia de ti mismo en todo lo que haces. Sé natural. ¿Alguna vez has descuartizado un animal?

—Sí.

—¿Encuentras difícil separar las partes del cuerpo?

—Sí. Pero no soy un carnicero ni un Mago… quiero decir, un sacerdote.

—Tampoco yo. Pero he observado a los carniceros cuando trabajan. Son siempre veloces, siempre precisos. Lo que es difícil para nosotros, es fácil para ellos. ¿Por qué? Una vez pregunté al jefe de carniceros del solitario cómo hacía para desmembrar un buey en el tiempo que me podía llevar a mí limpiar un pez pequeño. «En verdad, no lo sé —dijo—. Mis sentidos parecen paralizarse, y mi espíritu, o lo que sea, se apodera de mí.» Esto es wu-wei. No hagas nada que no sea natural, que no este en armonía con los principios de la naturaleza. Las cuatro estaciones vienen y se van sin ansiedad porque siguen el Camino. El hombre sabio contempla este orden, y empieza a comprender la armonía implícita en el universo.

—Concuerdo en que es sabio aceptar el mundo natural. Pero aun el más sabio de los hombres debe hacer todo lo posible para apoyar el bien y derrotar el mal…

—Oh, querido bárbaro, esa idea de hacer es la que genera todas las dificultades. No hagas. Eso es lo mejor que se puede hacer. Conserva la actitud de no

hacer. Arrójate al océano de la existencia. Olvida lo que llamas bien y mal. Como ninguna de las dos cosas existe si no es en relación con la otra, olvida esa relación. Deja que las cosas se ocupen de sí mismas. Libera tu propio espíritu. Trata de ser tan sereno como una flor o un árbol. Todas las cosas auténticas retornan a su raíz, sin saber que lo hacen. Esas cosas —la mariposa, el árbol— que carecen del conocimiento jamás abandonan el estado de la sencillez original. Si se tornaran conscientes, como nosotros, perderían su naturalidad. No encontrarían el Camino. Para un hombre, la perfección sólo es posible en la matriz. Después, es como la piedra en bruto antes de que el escultor la cincele, echando a perder la piedra. En nuestra vida, aquel que necesita de los demás está encadenado para siempre. El que es necesitado por los demás está eternamente triste.

Yo no podía aceptar la pasividad de la doctrina del Camino, así como no podía comprender las ventajas del nirvana budista.

Interrogué al maestro Li acerca del mundo real, o del mundo de las cosas, porque la palabra real suele inspirar a los sabios taoístas una serie de preguntas sobre la naturaleza de lo real.

—Comprendo lo que dices. O empiezo a comprender —me apresuré a añadir—. Aunque no siga el Camino, me has dado una imagen de él. Estoy en deuda contigo. Pero hablemos de los hechos. Es preciso gobernar los estados. ¿Cómo se puede hacer esto si el gobernante practica el wu-wei?

—¿Existe acaso un gobernante tan perfecto? —el maestro Li suspiró—. Este atareado mundo tiende a impedir el conocimiento del Camino.

—Nosotros, los duques, podemos apenas vislumbrar el Camino que seguís vosotros los sabios. —El duque de Sheh parecía muy satisfecho consigo mismo, y también algo soñoliento—. Sin embargo, honramos vuestro viaje. Lamentamos nuestra posición alta y atareada. Esperamos que nos digáis cómo gobernar nuestro pueblo.

—Lo ideal, señor duque, sería que el sabio príncipe gobernante vaciara las mentes de las personas mientras llena sus vientres. Debería debilitar su voluntad y fortalecer sus huesos. Si la gente carece de conocimiento, carecerá también de deseo. Si carece de deseo, sólo hará lo que es natural que hagan los hombres. Y entonces, el bien será universal.

Desde el punto de vista de la ciencia del estado, esto no se diferenciaba gran cosa de los brutales preceptos de Huan.

—Pero —respondí respetuosamente— si un hombre adquiere conocimiento y si luego quiere cambiar su destino, o aun cambiar al estado, ¿cómo debería responder el sabio gobernante?

—Ese príncipe debería matarlo. —El maestro Li sonrió. Entre sus dos largos incisivos, sólo había oscuras encías. Se parecía de pronto a uno de los murciélagos que dormían por encima de nuestras cabezas.

—Entonces, ¿los seguidores del Camino no tienen inconveniente en tomar vidas humanas?

—¿Por qué? La muerte es tan natural como la vida. Además, el que muere no se pierde. Al contrario. Apenas se marcha, está más allá de todo mal.

—¿Renacerá su espíritu?

—Ciertamente, el polvo se reorganizará de nuevo. Pero tal vez no es eso lo que llamas renacer.

—Cuando los espíritus de los muertos van a las Fuentes Amarillas —pregunté—, ¿qué ocurre?

En Catay, cuando alguien muere, la gente común dice que se ha ido a las Fuentes Amarillas. Si les preguntas dónde está ese lugar y qué es, las respuestas son confusas. Por lo que he podido entender, la idea de las Fuentes Amarillas es muy antigua. Se trata, en apariencia, de una especie de limbo eterno como el Hades griego. No hay un juicio. Los buenos y los malos comparten el mismo destino.

—Yo pienso que las Fuentes Amarillas están en todas partes. —El maestro Li frotó sus manos. ¿Un gesto mágico?—. Si están en todas partes, entonces nadie puede ir, porque ya está allí. Pero, naturalmente, el hombre nace, vive, muere. Aunque es parte del todo, su breve existencia lo induce a rechazar la totalidad. Pues bien, nosotros seguimos el Camino para no rechazar la totalidad. Es evidente para todos, o casi todos —se inclinó hacia mí—, que cuando el cuerpo se descompone, la mente se desvanece con el cuerpo. Quienes no conocen el Camino encuentran esto lamentable, y hasta terrorífico. Nosotros no estamos asustados. Como nos identificamos con el proceso cósmico, no nos resistimos al siempre-así. Ante la vida y la muerte el hombre perfecto no hace nada, así como el verdadero sabio nada origina. Se limita a contemplar el universo hasta que él pasa a ser el universo. Esto es lo que llamamos la misteriosa absorción.

—No hacer nada —empecé.

—… es una inmensa tarea espiritual —concluyó el maestro Li—. El sabio no tiene ambiciones. Por lo tanto, no fracasa. El que nunca fracasa siempre logra éxito. El que siempre logra éxito es todopoderoso.

—No hay respuesta para eso —dije—, maestro Li. —Estaba acostumbrado a esos argumentos circulares que son, para los atenienses, lo mismo que la rueda de la doctrina para los budistas.

Ante mi asombro, el duque objetó ante la teoría del maestro Li sobre la mejor forma de gobierno.

—Sin duda —dijo—, quienes siguen el Camino se han opuesto siempre a la pena de muerte, dado que ningún hombre tiene el derecho de pronunciar tan terrible sentencia contra otro. Hacerlo es lo contrario del wu-wei.

—Muchos seguidores del Camino concuerdan contigo, duque. A mí, personalmente, me parece un asunto sin importancia. La naturaleza es despiadada. Las inundaciones nos ahogan. Nos morimos de hambre. La peste nos mata. La naturaleza es indiferente. ¿Debe el hombre ser distinto de la naturaleza? Por supuesto que no. Sin embargo, me agrada una idea: quizás fuese mejor dejar que el mundo siguiera su Camino sin tratar de gobernarlo, puesto que un buen gobierno es imposible. Todo el mundo sabe que cuanto mayor es el número de buenas leyes que impone el gobernante, más ladrones y bandidos surgen para romperlas. Y todo el mundo sabe que si el gobernante recauda demasiados impuestos, la gente muere de hambre. Pero él no deja de hacerlo; ni dejan de hacerlo ellos. Entonces, vivamos en perfecta armonía con el universo. No hagamos leyes de ninguna clase, y seamos felices.

—Sin ley, no puede haber felicidad —respondí con firmeza.

—Probablemente no —dijo volublemente el maestro Li.

—Estoy seguro de que debe existir una manera correcta de gobernar —dije—. Ciertamente, todos conocemos bien las maneras incorrectas.

—No hay duda. ¿Pero quién lo sabe? —Se inclinaba como un junco ante cada argumento. Yo me impacientaba.

—¿Y qué —pregunté— puede saber un hombre?

La respuesta fue instantánea.

—Que ser uno con el Camino es ser como el cielo, y por lo tanto invulnerable. Que si posee el Camino, aunque su cuerpo deje de existir, no será destruido. El Camino es como una copa que nunca se vacía y nunca necesita que la llenen. Todas las complejidades se reducen a la sencillez. Todos los opuestos se combinan, los contrastes se armonizan. El Camino es tan sereno como la eternidad misma. Busca solamente la unidad.

El maestro Li calló. Eso era todo.

El duque se mantenía muy erguido, con la cabeza alta. Dormía profundamente y roncaba con suavidad. Más abajo, el agua resonaba como una concha junto al oído.

—Dime, maestro Li —pregunté——, ¿quién ha creado el Camino?

El anciano miró sus manos, ahora plegadas.

—No sé de quién es hijo.

## 3

Jamás fui presentado al hijo del cielo. Al parecer, no existía ningún protocolo para la recepción de un embajador bárbaro, que era, además, un esclavo. Asistí a varias ceremonias presididas por el duque de Chou. Siempre se mostraba como una deidad, y parecía perfectamente adaptado a su papel simbólico. Según mi amo, eso era bueno, porque él «es menos inteligente que la mayoría de las personas».

Salíamos a pasear frecuentemente con el maestro Li y sus discípulos. Era obvio que las tareas del archivista de Chou no eran demasiado pesadas: siempre estaba libre para discutir extensamente su teoría sin palabras. Desdeñaba graciosamente el dogma del bien y el mal de mi abuelo, sosteniendo que la unidad primigenia eliminaba esas pequeñas divisiones. Preferí no demostrar oposición. Le hablé de Gosala, de Mahavira, del Buda, de Pitágoras. Sólo el Buda le pareció interesante.

Admiraba las cuatro nobles verdades y pensaba que el triunfo del Buda sobre sus sentidos estaba relacionado con el wu-wei.

—¿Pero cómo puede estar tan seguro —preguntaba el maestro Li— de que al morir se extinguirá?

—Porque ha alcanzado la iluminación perfecta.

Estábamos junto al altar de la tierra. El alto viento desprendía las hojas de los árboles. Se acercaba el invierno. Una docena de jóvenes de la clase de los caballeros se mantenía a respetuosa distancia.

—Si eso piensa, no la ha alcanzado. Porque aún está pensando. —Este banal juego de palabras encantó a los jóvenes, que sonrieron para expresar su aprobación.

El duque dijo:

—¡Qué sabiduría! ¡Qué sabiduría!

No defendí al Buda. Después de todo, ni el camino de Catay ni las nobles verdades budistas me atraen. Ambos exigen el abandono del mundo que conocemos. Comprendo que esto pueda ser muy deseable, pero no imagino cómo lograrlo. Sin embargo, me siento agradecido al maestro Li: inadvertidamente, lo que se dijo aquella tarde ante el altar de tierra inició la cadena de sucesos que tornó posible mi regreso a Persia.

El maestro Li estaba sentado en una roca. Los jóvenes formaban círculo alrededor. Uno preguntó:

—Maestro, cuando el espíritu Nube encontró el Caos, le preguntó cuál era el mejor medio para armonizar el cielo y la tierra, y el Caos repuso que no lo sabía.

—El Caos es sabio —respondió el maestro Li, asintiendo.

—Muy sabio —dijo el joven—. Pero el espíritu Nube afirmó: «Las personas me parecen un modelo de juguete. Debo hacer algo para restaurar el equilibrio de sus asuntos».

—Presunción —observó el maestro Li.

—Pura presunción —repitió el joven. Pero continuó—. El espíritu Nube preguntó: «¿Qué puedo hacer? Las cosas marchan muy mal en la tierra». El Caos concordó en que los principios básicos eran constantemente violados y la verdadera

naturaleza de las cosas, constantemente subvertida. El Caos dijo que la razón de ello radicaba en…

—… el error de gobernar a los hombres. —El maestro Li completó la frase, evidentemente parte de un viejo diálogo—. Sí. Era ésa, y lo es todavía, una aguda observación.

—Pero —dijo el joven— el espíritu Nube no estaba satisfecho…

—Jamás lo está. —El manto del maestro Li flameaba al viento, y su fino pelo blanco se levantaba sobre su cabeza—. Pero debía haberse convencido cuando el Caos le dijo que la idea de hacer es la que ocasiona todas las dificultades en el mundo. ¡Desiste! —Bruscamente, la voz del maestro Li sonaba como una campana de bronce golpeada por un martillo un día ventoso.

—Pero, maestro Li, ¿debemos obedecer al Caos y no al espíritu Nube? —El joven parecía estar preguntando verdaderamente algo, en lugar de participar en una letanía.

—En este asunto, sí. Particularmente, porque el Caos ha dicho: «Nutre tu mente. No te apartes de la posición de no hacer nada, y las cosas se ocuparán de ellas mismas. No preguntes los nombres de las cosas; no intentes imaginar la obra secreta de la naturaleza. Todas las cosas florecen por sí mismas».

—Es hermoso —dijo el duque de Sheh.

—Para ti, la palabra Caos… —empecé.

—… es una de las palabras con que designamos el cielo —terminó el maestro Li.

—Comprendo —respondí, sin comprender. Como nada puede florecer sin orden, el cielo debe ser la antítesis del Caos. Pero no me sentía dispuesto a desafiar al viejo maestro a un debate. Tenía una ventaja. Conocía el significado de todas las palabras de su lenguaje. Y ése es el secreto del poder, Demócrito. No, no explicaré todavía por qué.

Uno de los jóvenes no parecía tan de acuerdo como los demás con el elogio de la inactividad del maestro Li. Se adelantó con la cabeza inclinada. Era delgado y todo su cuerpo temblaba, no sé si por el frío o por temor.

—Pero seguramente, maestro, el deseo del espíritu Nube de armonizar el cielo y la tierra no debe descartarse. Después de todo, ¿por qué elevamos aquí nuestra plegaria a la tierra? —El joven hizo una reverencia ante el altar.

—Ah, sí: debemos observar las normas correctas. —El maestro Li ajustó su manto y aspiró la aguda fragancia de la nieve en el aire.

—¿Desaprobaría el Caos esa observancia?

—No, no. El Caos la aceptaría tan naturalmente como… el transcurso del año. O el sueño invernal de las raíces en la tierra. No hagas nada que no sea natural, y los ritos son naturales, y todo ha de salir bien.

—Entonces, maestro, ¿aceptas que si un gobernante pudiera, solamente por un día, someterse al ritual, todos los que viven bajo el cielo responderían a su bondad?

El maestro Li miró al joven con el ceño fruncido. Los demás discípulos tenían los ojos muy abiertos. Aun el duque prestaba atención. Se había dicho una herejía. El joven se estremeció convulsivamente, como afiebrado.

—¿A qué bondad te refieres? —La voz de Li, normalmente seductora, era

chillona.

—No lo sé. Sé únicamente que, por medio del ritual correcto, se puede alcanzar la bondad. Y para que el estado florezca, la bondad debe originarse en el gobernante mismo. No puede obtenerse de otros.

—El hijo del cielo refleja el cielo, que es todas las cosas, como sabemos. Pero esa bondad… ¿qué es si no el wu-ei?

—Es lo que se hace, tanto como lo que no se hace. Es no hacer a los demás lo que no nos gustaría que nos hiciesen. Si puedes conducirte de este modo, no habrá sentimientos de oposición a ti, ni tampoco…

El maestro Li dejó escapar una carcajada no muy ceremoniosa.

—Estás citando al maestro K'ung. Y, sin embargo, debes saber que él y yo somos tan diferentes como el lado iluminado y el oscuro de una colina.

—Pero sin duda, oscura o iluminada, es la misma colina —respondió humildemente el duque.

—Eso no se lo debemos al maestro K'ung. O Confucio, como lo llama el vulgo. Deberías ir a Wei, muchacho. —Dos discípulos ayudaron al maestro Li a ponerse de pie. El joven tembloroso permanecía en silencio, con los ojos clavados en el suelo—. O a donde esté en este momento Confucio. Nunca se queda mucho tiempo en un lugar. Siempre es recibido con deferencia. Y luego pronuncia arengas y fastidia a los funcionarios, y aun a los gobernantes. ¡Si una vez intentó dar una lección al mismo hijo del cielo! Fue lamentable. Pero es natural: es un hombre necio y vano, que sólo piensa en cargos públicos. Anhela distinciones y poder en el mundo. Hace años desempeñó algún pequeño puesto en el ministerio de policía de Lu. Como sólo es caballero, nunca podrá ser ministro, como desea. Ahora ha ido a Wei: el primer ministro considera, según sus propias palabras, que Confucio es un hombre «engreído, poco práctico, con muchas rarezas, como la preocupación obsesiva por los detalles de las ceremonias anticuadas». —El maestro Li se volvió hacia el duque de Sheh—. Creo que, más tarde, tu primo —el maestro Li sonrió en el viento helado—, el duque de Wei, cuando aún vivía, le ofreció un cargo menor.

El duque asintió.

—Mi primo, el incomparable, le concedió un cargo de alguna clase. Pero luego el incomparable murió. Su muerte fue muy similar —me dijo— a la que visitó al Compasivo en Ch'in. Ninguno de ambos podía dejar de beber vino de mijo. Pero el incomparable era tan encantador como aburrido el compasivo. —El duque se volvió hacia el maestro Li—. En realidad, Confucio se marchó de Wei antes de que muriera el incomparable…

—Hemos oído decir que hubo una disputa entre Confucio y el ministro del incomparable. —El maestro Li alzó el manto sobre su cabeza. Todos sentíamos frío.

—Si la hubo, se ha apaciguado. Ayer, el hijo del cielo me dijo que Confucio estaba nuevamente en Wei, donde goza de la alta estima de nuestro joven primo, el duque Chu.

—Los caminos del cielo son misteriosos —repuso el maestro Li.

Yo estaba congelado y aburrido por tanta charla acerca de un hombre de quien nada sabía. Fan Ch'ih solía citar a Confucio, pero casi no recordaba sus palabras. No es fácil conocer profundamente a un sabio, y menos de segunda mano.

—Confucio ha sido invitado por el duque Ai a retornar a Lu —dijo el joven tembloroso. Su cara tenía el mismo color ceniza de las nubes en el cielo invernal. La luz menguaba.

—¿Estás seguro? —El duque condescendió a mirar al joven.

—Sí, señor duque. Acabo de llegar de Lu. Quería quedarme y conocer a Confucio. Pero me vi obligado a regresar.

—Lo siento —susurró el maestro Li. La malicia daba un aire casi juvenil a su viejo rostro.

—También yo, maestro —respondió directamente el joven—. Admiro a Confucio por todas las cosas que no hace.

—Es célebre por lo que no hace. —El duque parecía muy serio, y me guardé cuidadosamente de reír.

El maestro Li advirtió mi expresión y me dedicó una sonrisa cómplice. Luego se volvió hacia el joven.

—Dinos cuáles son las cosas que él no hace y que tú más admiras.

—Cuatro cosas no hace que yo admiro. No da nada por sentado. Nunca está demasiado seguro. No es obstinado. Y no es egoísta.

El maestro Li respondió al desafío del joven.

—Aunque es verdad que Confucio no suele dar nada por sentado, es sin duda el hombre más seguro, obstinado y egoísta de los cuatro mares. Sólo una vez lo vi. Me pareció respetable hasta que empezó a adoctrinamos acerca del modo correcto de observar esta o aquella ceremonia. Mientras lo escuchaba, me dije: «¿Quién podría vivir bajo el mismo techo con este hombre, que muestra tal suficiencia? En su presencia, el blanco más puro parece manchado, y el más alto poder parece inadecuado». —Estas dos últimas frases rimaban, y fueron muy bien dichas, con el acompañamiento del viento norte. Los discípulos aplaudieron. El joven tembloroso no lo hizo. Luego, la luz abandonó el cielo, y se iniciaron la noche y el invierno.

En el camino de regreso, el duque habló con afecto de Confucio.

—Nunca fui un discípulo, por supuesto. Mi rango lo hacía imposible. Pero solía escucharlo cada vez que estaba en Lu. Y también lo vi varias veces en Wei. Y ahora que lo pienso, no lo vi en…

Mientras el duque divagaba, yo tenía un sólo pensamiento: «Debemos ir a Lu, donde podré encontrar a Fan Ch'ih. Si aún vive, me pondrá en libertad».

En los días siguientes demostré tal interés por Confucio que el duque se entusiasmó.

—Es en verdad el hombre más sabio que vive entre los cuatro mares. Y probablemente un dios, así como un íntimo amigo mío. Por supuesto, el maestro Li es maravilloso. Pero como habrás observado, no pertenece realmente a este mundo; ya es una parte del Camino, en tanto que Confucio es un guía que nos puede conducir al Camino.

Al duque le gustó tanto esta última afirmación que la repitió.

Yo respondí, arrebatado:

—Lo daría todo por estar a los pies de ese divino sabio. —Suspiré—. Pero Lu está tan lejos.

—No está nada lejos. Hay que seguir el río, hacia el este, unos diez días. Un

viaje muy fácil. Pero tú y yo debemos ir hacia el sur, a través de la gran llanura, hasta el río Yang Tsé, y de allí al puerto de Kweichi, y luego… al país del oro.

Pero yo había plantado una semilla que alimentaba cotidianamente. El duque se tentó.

—Después de todo —decía—, Lu tiene varios puertos de mar. Son inferiores a Kweichi, pero pueden servir.

Al parecer, era posible encontrar en ellos un barco para ir a Champa. Aunque partir desde Lu tornaba más largo el viaje por mar, acortaba el viaje por tierra. El duque reconoció además que no le agradaba atravesar la gran llanura con un convoy de huesos de dragón. En la gran llanura pululaban los ladrones. Y también que Lu era un excelente mercado para los huesos de dragón.

Cada día el duque se sentía más tentado por la idea de ir a Lu.

—Soy tío carnal del duque Ai, un joven encantador que lleva ahora once años en el trono. Mi medio hermano, su padre, era un gran músico, aunque no mi otro medio hermano, su tío. Este tío fue duque hasta que los barones lo expulsaron, como sabrás. Aunque, naturalmente, no lo sabes. ¿Cómo podrías?

Caminábamos por un bosquecillo, cerca de la colina donde se abandonaba a los recién nacidos no deseados para que murieran. Los llantos felinos de los niñitos agonizantes se mezclaban con el parloteo de las aves que volaban hacia el sur. Los catayanos dejaban morir a todos los niños varones deformes y a la mayor parte de las niñas. Así mantenían el equilibrio de una población que no parecía crecer excesivamente. Nunca pude comprender cómo la costumbre del abandono de los niños era practicada con tal decisión en un país tan enorme, rico y despoblado.

Naturalmente, esta práctica es universal y necesaria. Ninguna sociedad desea demasiadas hembras fértiles, en particular si el suelo es pobre para sostener una gran población, como ocurre en los estados griegos. Sin embargo, tarde o temprano las ciudades griegas muestran exceso de población. Cuando esto ocurre, se envían grupos de personas a iniciar una nueva colonia en Sicilia o en África, o dondequiera que los lleven sus naves. El resultado es que actualmente las colonias griegas se extienden desde el Mar Negro hasta las columnas de Hércules, y esto se debe a la aspereza del terreno en el Ática y en la mayoría de las islas del Egeo. Los griegos afirman con orgullo que sus proezas en la guerra y los deportes se deben a la estricta selección y la decisión con que eliminan a los varones imperfectos y a las niñas no deseadas. Sólo permiten sobrevivir a los fuertes, y en especial a los hermosos, o eso aseguran. Demócrito cree, sin embargo, que los atenienses se han descuidado en estos últimos años. La mayor parte de la población masculina de esta ciudad —dice— es más bien fea y proclive a toda clase de enfermedades, en particular las de la piel. No lo sé. Soy ciego.

Cuando pregunté a Fan Ch'ih por qué los catayanos sostienen que hay demasiada gente en su hermoso mundo vacío, empleó las mismas frases usadas por el dictador Huan: «Cuando éramos pocos y había muchas cosas, existía la felicidad universal. Ahora que hay pocas cosas y muchos hombres…». Supongo que esto debe tener alguna raíz religiosa, que jamás logré descubrir. Cuando la gente de Catay decide no decir algo, es exquisita y tediosamente poco informativa.

El duque recordó a su medio hermano, el duque Chao, expulsado de Lu unos

treinta años antes.

—Era un hombre de mal genio. Mucho mayor que yo. Aunque no era el favorito de nuestro padre, era el heredero. Todo el mundo lo reconocía, incluidos los ministros hereditarios. Chao siempre me respetó. En verdad, y es importantísimo recordarlo, reconocía en privado que yo tenía la prioridad, porque mi título, heredado de mi madre, la duquesa de Sheh, es el más antiguo del Reino Medio.

Yo sabía que mi amo había inventado la dinastía y el país. En realidad, era el hijo de la tercera esposa o de la primera concubina del viejo duque de Lu. Nadie lo sabía con certeza. Pero todos reconocían que habría merecido el titulo de marqués si no hubiese preferido ser, por propia invención, el duque de un país sagrado e inexistente.

Mi fantástico protector miró hacia la colina donde yacían, entre diez mil huesecillos blancos, media docena de niños de color azul ceniciento. Ociosos buitres cerníanse en el brillante cielo invernal. Recordé los muertos y los agonizantes de Bactra. Dije, para mis adentros, una plegaria por los niños que morían.

—Cosas triviales pueden desencadenar grandes catástrofes. —El duque hizo una pausa. Demostré atención. En el Reino Medio, jamás se sabe qué es un disparate y qué un proverbio. A oídos extranjeros, las dos cosas suenan peligrosamente igual.— Sí —agregó el duque, componiendo los ornamentos de jade, oro y marfil de su cinto—. Una pelea de gallos cambió la historia de Lu. ¡Una mera riña de gallos! El cielo no cesa de burlarse de nosotros. Un barón de la familia Chi poseía un formidable gallo de pelea. Un pariente de la familia ducal tenía otro. Decidieron un combate, que se realizó en la parte exterior de la gran puerta sur de la capital. ¡Oh, qué día trágico! Yo estaba allí. Era muy joven, por supuesto. Un muchacho.

Supe después que el duque no había asistido a esa célebre riña. Repetía constantemente que sí había estado, y yo no dudaba de que había terminado por creer su propia historia. Me llevó muchos años acostumbrarme a las personas que mienten sin motivo. Como los persas no deben mentir, en general no mienten. Nosotros tenemos un horror racial a la mentira, que se remonta al Sabio Señor. Los griegos no tienen este sentimiento, y mienten haciendo gala de gran imaginación. También los catayanos. El duque de Sheh mentía por placer. Pero tal vez no le esté haciendo justicia. En él, la verdad y la fantasía estaban tan mezcladas que seguramente jamás sabía cuál era cuál. Vivía en un mundo propio que se encontraba en ángulo recto, o agudo —como habría dicho Pitágoras—, con el siempre-así.

—El barón Chi puso un veneno sutil, pero de acción rápida, en los espolones de su gallo. Después de una breve escaramuza, el ave del duque cayó muerta. No necesito decirte que hubo bastantes pasiones malsanas ese día de sol junto a la gran puerta del sur. Media ciudad estaba allí, incluido el mismo duque Chao. La familia Chi estaba feliz. No así la familia ducal. Hubo toda clase de disputas mientras el barón recogía sus bolsos de monedas. Luego, el malvado barón se retiró al palacio de Chi a pasar la noche. Por la mañana, había una multitud ante las puertas. El veneno había sido descubierto. El duque, furioso, se presentó en persona con su guardia personal, y ordenó que arrestaran al barón. Pero éste había huido, disfrazado de criado, hacia Key. El duque Chao lo persiguió. Luego…

Bruscamente, mi amo se sentó sobre un tronco. Su aspecto era grave y

majestuoso.

—Estos son malos tiempos para el Reino Medio. —Bajó la cabeza como si alguien pudiera oírnos, aunque era obvio que estábamos completamente solos—. La familia Chi acudió en ayuda de su pariente. También los Meng y los Shu. Estas son las tres familias de barones que gobiernan ilegalmente en Lu. Junto al río Amarillo, sus tropas atacaron el ejército de mi hermano. Si: el duque de Lu, designado por el cielo, el descendiente del Emperador Amarillo, el descendiente del duque Tan, de Chou, fue atacado por sus propios esclavos y obligado a atravesar a nado el río Amarillo y a refugiarse en el ducado de Key. Y aunque el duque Chao fue amable con él, no pudo ayudarle a recobrar su legítimo lugar. La familia Chi es demasiado poderosa, su ejército privado es el mayor del Reino Medio, y gobiernan en Lu. En verdad, y me estremece decirlo, el jefe de la familia ha usado más de una vez la insignia ducal. ¡Qué impiedad! ¡Qué impiedad! El cielo debería haber demostrado su voluntad allí mismo. Pero el cielo guardó silencio. Y mi pobre hermano murió en el exilio.

Justamente cuando la manga estaba por cubrir nuevamente los ojos del duque, una bandada de aves negras distrajo su atención. Estudió su formación, buscando algún presagio. Si lo encontró, nada dijo; pero sonrió, y yo interpreté que ése era un buen presagio para mí.

—¿Quién fue el sucesor de tu hermano?

—Nuestro hermano menor, el de corazón abierto. Luego él murió, y le sucedió su hijo, mi encantador sobrino el duque Ai.

—¿Y la familia Chi?

—Obedecen ahora al duque en todo. ¿Cómo podrían no hacerlo? De otro modo, se opondrían a la voluntad del cielo. Los verás temerosos ante la presencia del heredero del glorioso Tan.

Me sentí lleno de júbilo. Iríamos a Lu.

Era primavera cuando salimos de Loyang. Se habían abierto las primeras flores de los almendros, y los campos pasaban del castaño rojizo del lodo al verde y al amarillo. Los rosales silvestres, a los costados del camino, parecían nubes rosadas caídas a tierra. Debo decir que todo parece posible cuando se abren las hojas nuevas. Para mí, la primavera es el mejor momento del año.

Viajábamos por tierra. Una o dos veces el duque intentó usar las barcas del río, pero la corriente era demasiado rápida. Digamos, a propósito, que estas barcas pueden desplazarse no sólo río abajo sino también río arriba. Para viajar contra la corriente, las barcas son atadas con sogas a grupos de bueyes que avanzan por caminos especiales, excavados en la piedra blanda que bordea el río. De este modo se puede navegar aún por las gargantas estrechas durante todo el año, excepto al principio de la primavera, cuando las inundaciones inesperadas tornan peligroso el viaje fluvial.

Me encantaba el campo. El suelo es rico. Los bosques son mágicos. Y nunca estábamos lejos del plateado río. Por la noche, el suave ruido de la corriente entraba a formar parte de los sueños, agradables y tranquilizadores.

De vez en cuando, nuestro camino nos acercaba a la costa. Había unas islas de extrañas formas que parecían arrojadas a las aguas plateadas por algún dios o por algún demonio. Muchas se asemejaban a minúsculas montañas de piedra caliza

cubiertas de pinos y cipreses. En cada isla había por lo menos un altar consagrado a la deidad local. Algunos mostraban una refinada construcción coronada por tejas de cerámica; otros, más burdos, habían sido edificados en los tiempos del Emperador Amarillo, o así se decía.

En un bosquecillo de bambúes de color verde claro y amarillo, el mayordomo del duque lanzó un terrible grito.

—¡Señor duque! ¡Un dragón!

Espada en mano, el duque echó pie a tierra y se situó detrás de la rueda posterior de su carroza. Todos los demás se desvanecieron en el bosquecillos excepto una docena de caballeros que habían decidido acompañarnos desde Loyang. Desenvainaron sus espadas. Yo me sentí alarmado. Y curioso.

El duque olió el aire.

—Sí —susurró—. Está cerca. Es muy viejo. Muy feroz. Sígueme.

El duque se abrió paso por entre los bambúes; los nuevos vástagos se inclinaban como si él fuera un viento celestial. Luego lo perdimos de vista. Pero pudimos oír su agudo grito:

—¡Muere! —Y luego el ruido de una gran bestia alejándose estrepitosamente por el bosquecillo.

Un momento más tarde, el duque reapareció, con el rostro brillante de sudor.

—Ha escapado, por desgracia. Si tan sólo hubiese ido montado a caballo, ahora tendría su cabeza. —El duque secó su rostro con la manga—. Por supuesto, todos ellos me conocen. Por eso me cuesta más matarlos.

—Pero si son solamente bestias —dije—. ¿Cómo pueden conocer a una persona por su reputación?

—¿Y cómo te conoce tu perro? También él es una bestia, ¿verdad? Por otra parte, los dragones son una clase aparte. No son bestias ni seres humanos, sino otra cosa. Y son prácticamente inmortales. Se dice que algunos son tan antiguos como el Emperador Amarillo. Y conocen a su enemigo, como acabas de ver. Me miró durante un instante y huyó despavorido.

Posteriormente, uno de los caballeros me dijo que realmente había logrado ver al supuesto dragón, y que era un búfalo.

—Yo estaba junto al mayordomo, en el primer carro. O el mayordomo es ciego, o simulaba ver un dragón deliberadamente.

Luego, el joven caballero me contó una divertida historia acerca del duque. Tan divertida era, que antes de salir de Catay pude oír al menos doce versiones de ella.

—Como sabes, el duque de Sheh tiene una verdadera pasión por los huesos de dragón, pero también por los dragones mismos.

—Oh, sí —respondí—. Ha matado muchos.

El joven caballero sonrió.

—Eso afirma él. Pero en el Reino Medio quedan muy pocos dragones, excepto en la mente del duque de Sheh.

Me sorprendió. Después de todo, hay dragones en casi todos los países, y muchos testigos dignos de confianza describen combates con ellos. Cuando yo era niño, hubo uno muy famoso en Bactria. Se alimentaba de niños y de cabras. Finalmente, murió o se alejó.

—Pero si hay tan pocos —pregunté—, ¿cómo se explica la cantidad de huesos de dragón que ha coleccionado el duque, sobre todo en el oeste?

—Son huesos muy, muy antiguos. En alguna época, ha de haber habido millones de dragones entre los cuatro mares; pero eso era en los tiempos del Emperador Amarillo. Los huesos que se encuentran hoy son tan viejos que se han vuelto de piedra. Pero tu duque pierde la cordura cuando habla de dragones vivos, ¿sabes?

—Es muy cuerdo. Se gana muy bien la vida vendiendo huesos de dragón.

—Desde luego. Pero su pasión por los dragones vivos es otra cosa. Hace algunos años visitó Ch'u, una región salvaje del sur, sobre el río Yang Tsé, donde aún se hallan dragones. Naturalmente, corrió la voz de que un famoso matador de dragones había llegado a la capital, donde se alojaba en una habitación del segundo piso de una pequeña casa de huéspedes.

»Una mañana, al alba, el duque se despertó sobresaltado. Sintiendo que alguien lo espiaba, se levantó, fue hasta la ventana y abrió las celosías y allí, con los dientes descubiertos en una sonrisa amistosa, había un dragón. Aterrorizado, el duque se lanzó escaleras abajo. En el salón principal, tropezó sobre algo que parecía una alfombra enrollada. Pero no era una alfombra: era la cola del dragón, que lo saludaba azotando el suelo del salón. El duque se desvaneció de inmediato. Y por lo que sabemos, jamás el duque de Sheh se ha vuelto a acercar a un dragón vivo.

Aunque nunca osé preguntar al duque si esta historia era verídica, él mismo aludió a ella el primer día que pasamos en Ch'u-fu.

La capital de Lu se parece mucho a Loyang, pero es considerablemente más antigua. Está construida en forma de damero, como es característico en las ciudades fundadas por la dinastía Chou. Pero entre las cuatro anchas avenidas rectas, hay incontables calles laterales por donde no pueden pasar dos personas a la vez, a menos que se aprieten contra el muro, con el constante peligro de verse empapadas por el contenido de un bacín. Sin embargo, los olores de una ciudad de Catay son más bien agradables, porque en cada cruce de calles se cocinan en braseros alimentos especiosos, y tanto en las casas privadas como en los edificios públicos se queman maderas perfumadas.

Las personas mismas tienen un olor curioso, pero no desagradable, como he observado anteriormente. La muchedumbre en Catay huele más a naranjas que a transpiración. No sé por qué. Tal vez la piel amarilla tenga alguna relación. Por cierto, comen pocas naranjas y se bañan mucho menos frecuentemente que los persas, cuyo sudor tiene un olor más fuerte. Por supuesto, nada puede compararse a la fragancia de esos pantalones de lana que los jóvenes atenienses se ponen en otoño y no cambian hasta el otoño del año siguiente. Demócrito me dice que los jóvenes de clase alta se bañan diariamente en el gimnasio. Dice que no solamente usan aceite para dar brillo a la piel, sino también agua. Pero entonces, ¿por qué, cuando están limpios, vuelven a ponerse esos inmundos pantalones de lana? En asuntos como éste, Demócrito, no contradigas los restantes sentidos de un ciego.

El palacio ducal no se diferencia mucho del palacio del hijo del cielo; es decir, es viejo, está deteriorado y las banderas que flamean ante la puerta principal están desgarradas y polvorientas.

—El duque no está. —Mi amo podía leer el mensaje de las banderas con la misma facilidad con que yo puedo, o podía, leer una inscripción acadia—. Entonces debemos presentarnos al chambelán.

Me sorprendió comprobar que en el vestíbulo del palacio sólo había un par de guardias soñolientos ante la puerta del patio interior. A pesar de las afirmaciones en contrario de mi amo, el duque de Lu tenía tan escaso poder como el supuesto hijo del cielo. Sin embargo, el duque de Chao poseía, al menos, un papel simbólico, y su palacio de Loyang estaba siempre atestado de peregrinos de todas las regiones del Reino Medio. Para las personas sencillas, nada importaba que el mandato del cielo fuera una ficción. Igualmente venían a contemplar al solitario, a recibir su bendición, a traerle ofrendas en dinero o en especies. Se dice que el duque de Chao vive solamente de las ofrendas de los fieles. Aunque el duque de Lu es más rico que su primo de Loyang, es infinitamente menos opulento que cualquiera de las tres familias señoriales de Lu.

Mientras esperábamos al chambelán, el duque me contó su versión de la historia del dragón. Era muy parecida a la que me había referido el joven caballero; pero el protagonista no era el duque sino un cortesano pretencioso, y su moraleja era la siguiente: «Evita el falso entusiasmo. Por simular ser lo que no era, un hombre muy necio recibió un susto de muerte. En todas las cosas, se debe ser fiel a la verdad». El duque podía ser notablemente sentencioso; pero, en verdad, jamás he conocido a un mentiroso verdaderamente inspirado que no demostrara su lírica aprobación a la virtud de la sinceridad.

El chambelán saludó al duque con gran respeto y me miró con cortés asombro; explicó luego que el duque Ai se encontraba en el sur.

—Esperamos que llegue en cualquier momento. Los mensajeros lo vieron ayer. Puedes imaginar, señor duque, cuán grande es nuestra angustia.

—¿Por qué mi ilustre sobrino ha salido de caza? —el duque alzó una ceja, una señal de que necesitaba mayor información.

—Creí que lo sabias. Hace tres días que estamos en guerra. Y si el duque no informa de esta situación a los antepasados, perderemos. Es una crisis terrible, señor. Como ves, Lu está en pleno caos.

Recordé las plácidas muchedumbres que acababa de ver en las calles de la capital. Evidentemente, el caos era un asunto muy relativo en el Reino Medio; como ya he observado, la palabra con que en Catay se designa el caos, sirve también para nombrar el cielo, y la creación.

—Nada hemos oído, chambelán. ¿Con quién es la guerra?

—Con Key.

Cada vez que se hablaba de la hegemonía, tema tan frecuente, se consideraba siempre que lo más probable era que esa nación, situada al norte del río Amarillo, recibiera el mandato del cielo. Los orígenes de la riqueza de Key se encontraban en la sal. Hoy, Key es sin duda el más rico y adelantado de los estados de Catay. A propósito: allí se acuñaron las primeras monedas catayanas, lo cual hace de Key una especie de Lidia del oriente.

—El ejército de Key está ante las puertas de piedra. —Esto es, la frontera entre Key y Lu—. Nuestras tropas están preparadas, por supuesto. Pero no obtendrán la victoria hasta que el duque concurra al templo de los antepasados y se dirija

primero al Emperador Amarillo y luego a nuestro fundador, el duque Tan. Sólo después de que él informe, recibiremos sus bendiciones.

—¿Habéis consultado ya el caparazón de la tortuga vidente?

—El caparazón está preparado. Pero sólo el duque puede interpretar el mensaje del cielo.

En los momentos de crisis, en todos los reinos de Catay, se cubre de sangre la parte exterior de una concha de tortuga. El augur principal apoya luego contra la parte interior una vara de bronce al rojo, hasta que aparecen, en la superficie cubierta de sangre, figuras o dibujos. Teóricamente, sólo el gobernante puede interpretar estas señales del cielo pero, en realidad, es el augur principal quien sabe hacerlo. Es un proceso aún más complejo que el que supone la forma habitual de adivinación del Reino Medio, consistente en arrojar unos palillos. Cuando caen al suelo al azar, se examina la relación en que han caído, según un antiguo texto llamado el *Libro de las Mutaciones*. El comentario correspondiente no se distingue mucho de las expresiones de la pitonisa de Delfos. La única diferencia es que ese libro no pide oro a cambio de sus profecías.

El chambelán nos aseguró que, tan pronto como el duque Ai hubiese cumplido sus obligaciones ceremoniales, recibiría a su ducal primo. Aunque el ducal primo sugirió con bastante claridad que una invitación a permanecer en el palacio no sería rechazada de inmediato, el chambelán prefirió no comprenderlo. Ofendido, el duque se retiró.

Fuimos luego al mercado central, donde el mayordomo del duque estaba ya negociando con los vendedores de huesos de dragón. No sé por qué me divertía a tal punto en los mercados de Catay. Es obvio que por venir de tan lejos. Después de todo, hay mercados en todas partes. Pero los catayanos tienen más imaginación que otros pueblos. Su forma de exhibir los alimentos hace pensar en una exquisita pintura o escultura, y la variedad de cosas en venta es infinita: cestos de Ch´in, banderas de Cheng, cordones de seda de Key, diez mil cosas.

El duque era demasiado importante para conversar directamente con los revendedores de su mercancía, pero respondía a sus profundas inclinaciones con una serie de gestos hieráticos. Mientras tanto, en voz bajísima, me decía:

—Yo sabia que no debíamos venir al sur. Si hay una guerra, nos cogerá. Y lo que es peor: mi sobrino estará demasiado atareado para ocuparse debidamente de mí. No habrá recepción oficial, no se reconocerá mi rango, no tendremos un lugar de residencia. —Esto último era lo que más le molestaba. Odiaba pagar por su alojamiento, y también por cualquier otra cosa.

Advertí que la guerra no interesaba en absoluto a la gente del mercado.

—¿Por qué no están más inquietos? —Le pregunté al duque, mientras atravesábamos el gentío. Todo parecía maravillosamente vívido a la luz del cielo bajo. Por alguna razón, el cielo parece más próximo a la tierra en Catay que en ninguna otra parte. Quizá sea porque mira constantemente a los duques, tratando de decidir a quién otorgarle el mandato.

—¿Por qué habían de estar inquietos? Siempre hay alguna guerra entre Lu y Key. Es un fastidio para el duque y la corte, pero a la gente común verdaderamente no les preocupa.

—Pero podrían morir. La ciudad podría ser incendiada…

—Aquí no tenemos ese tipo de guerras. Esto no es Ch'in, donde la guerra es un asunto sangriento, porque los ch'inos son hombres lobos. No. Nosotros somos civilizados. Los dos ejércitos se encuentran en las puertas de piedra, como es tradicional. Hay una o dos escaramuzas. Algunos centenares de hombres mueren o son heridos. Se cogen prisioneros para el cambio o el rescate. Y luego se hace un tratado. Nuestros pueblos aman los tratados. En este momento, hay diez mil tratados celebrados entre las naciones del Reino Medio. Como cada uno de ellos será seguramente roto, se necesitarán nuevos tratados para reemplazar los viejos.

En realidad, los asuntos del Reino Medio no eran tan buenos ni tan malos como el duque me inducía a pensar. Sesenta años antes, el primer ministro del débil estado de Sung había organizado una conferencia de paz. Se declaró un armisticio y durante diez años hubo paz en el Reino Medio. Diez años es mucho tiempo en la historia humana. Aunque en épocas recientes ha habido muchas guerras menores, todo el mundo profesa los principios del armisticio de Sung. Así se explica por qué todavía ningún gobernante aislado considera llegado el momento de conquistar la hegemonía.

El duque propuso que fuéramos al templo principal.

—Estoy seguro de que encontraremos allí a la familia Chi, cometiendo sus blasfemias habituales. Sólo el heredero legítimo del duque Tan puede hablar con el cielo. Pero la familia Chi hace lo que se le antoja, y su jefe, el barón K'ang se complace en pretender que es el duque.

El gran templo del duque Tan es tan imponente como el de Loyang, y mucho más antiguo. El duque Tan fundó Lu hace seis siglos. Poco después de su muerte, se erigió el templo en su honor. Por supuesto, siempre se miente acerca de la verdadera edad de los edificios. Como los templos de Catay son en su mayor parte de madera, estoy bastante seguro de que aun el templo más antiguo es simplemente una recreación —como el renacimiento del fénix— de un original desaparecido mucho antes. Pero los catayanos sostienen, al igual que los babilonios, que como siempre ponen gran cuidado en copiar exactamente el original, nada cambia.

Frente al templo, había mil soldados de infantería en posición de combate. Llevaban túnicas de cuero. Arcos de madera de olmo pendían de sus hombros, y tenían largas espadas sujetas al cinto. Estas tropas estaban enteramente rodeadas por niños, mujeres y vendedores de comida. En el otro extremo de la plaza, se asaban los animales sacrificados sobre las hogueras del altar. El ánimo de la multitud era más festivo que guerrero.

El duque preguntó a uno de los guardias de la puerta del templo qué ocurría. El guardia dijo que en el interior se hallaba el barón K'ang, quien se dirigía al cielo. El duque parecía verdaderamente disgustado cuando se reunió conmigo.

—Es realmente horrible. Y sacrílego. Él no es el duque.

Yo sentía curiosidad por saber qué ocurría dentro del templo. Mi amo hizo todo lo posible por explicármelo.

—El falso duque dice a los antepasados, que no son sus antepasados, que el reino ha sufrido un ataque. Dice que si el cielo y los antepasados le sonríen, cortará el paso al enemigo en las puertas de la ciudad. Y mientras tanto, les ofrece los sacrificios,

la música y las plegarias habituales. Más tarde, el comandante general se cortará las uñas y…

—¿Qué hará qué?

El duque parecía sorprendido.

—Los generales de ustedes, ¿no se cortan las uñas antes de la batalla?

—No. ¿Porqué?

—Porque cuando muere alguien conocido, nos cortamos las uñas en señal de respeto, antes del funeral. —Y como en la guerra mueren hombres, nuestro comandante general se prepara por anticipado para el funeral, vistiendo un traje de luto y cortando sus uñas. Luego conduce su ejército, a través de la puerta de los malos presagios, que aquí es la puerta baja del norte, y se dirige al campo de batalla.

—Hubiera creído que un general sólo querría asociarse con buenos presagios.

—Así es —respondió el duque, con cierta irritación. Como la mayoría de la gente que gusta de explicar cosas, odiaba contestar preguntas—. Nos movemos por caminos opuestos, como hace el cielo. Salimos por la puerta del infortunio y regresamos por la afortunada.

En mis viajes he aprendido que las normas religiosas, en general, carecen de sentido si no se penetra en los misterios profundos del culto.

—Luego, el comandante dirige trece oraciones al número trece.

—¿Por qué el trece?

El duque compró a un vendedor un pequeño lagarto frito. No me ofreció un trozo, lo cual interpreté como una mala señal. Sin duda, para él era buena.

—Trece —contestó, con la boca llena— es un número significativo porque el cuerpo tiene nueve aberturas —recordé la tremenda descripción que de estos orificios hacía Sariputra— y cuatro miembros. Nueve y cuatro da trece, es decir un hombre. Después de la celebración del número trece, que es el hombre mismo, el general reza para que sus hombres estén libres de puntos de muerte. Un punto de muerte —agregó rápidamente, antes de que yo pudiera preguntar nada— es la parte del cuerpo menos resguardada por el cielo y, por lo tanto, la más indefensa ante la muerte. Hace años me dijeron cuál era mi punto de muerte, y desde entonces he tenido gran cuidado de no exponerlo nunca. En verdad…

Pero yo no llegaría a saber nada más acerca del punto de muerte del duque. En aquel momento, las puertas de bronce del templo se abrieron de par en par. Los tambores fueron golpeados con varas de jade, y se oyeron campanas. Los soldados alzaron brillantes banderas de seda. Todos los ojos estaban ahora clavados en el vano de la puerta, donde se encontraba el dictador hereditario de Lu.

El barón K'ang era un hombre bajo y grueso, con el rostro tan liso como una cáscara de huevo; vestía una túnica de luto. Solemnemente, nos volvió la espalda y se inclinó tres veces ante los antepasados. Luego, un hombre alto y hermoso, vestido también de luto, salió del templo.

—Es Jan Ch'iu —dijo el duque—. El mayordomo de la familia Chi. Él conducirá el ejército de Chi a las puertas de piedra.

—¿No hay ejército en Lu?

—Sí. El ejército de Chi.

Como la mayoría de los catayanos, el duque no concebía la idea de un ejército

nacional. En casi todos los países, cada clan posee sus propias tropas. Como el clan más poderoso es el que tiene más tropas, ejerce el mayor poder en el reino. La única excepción a esta regla es Ch'in, donde el barón Huan ha logrado reunir en un ejército único todas las tropas de sus amigos y, además, a todos los hombres aptos del país. El resultado es un estado militar espartano, y una anomalía en el Reino Medio.

Para asegurar la victoria, el dictador y su general cumplieron una serie de ritos misteriosos a plena vista del pueblo.

—¿Quién ganará la guerra? —pregunté.

—Key es un estado más rico y más poderoso que Lu. Pero Lu es particularmente antiguo y sagrado. Todo lo que a los ojos del pueblo del Reino Medio es bueno y sabio, está asociado con el fundador de esta ciudad, el duque Tan.

—Pero para ganar una guerra no basta con ser bueno, sabio ni antiguo.

—Por supuesto que sí. El cielo, y no los hombres, es quien decide estas cosas. Si sólo se tratara de hombres, los lobos de Ch'in nos esclavizarían a todos. Pero el cielo refrena a los lobos. Supongo que ésta será una guerra breve. Key jamás osaría socavar el equilibrio del mundo conquistando Lu, aunque pudiera, lo cual es dudoso. Jan Ch'iu es un excelente general. Y además, es devoto de Confucio. Hasta fue con él al exilio. Pero, hace siete años, Confucio le dijo que su tarea estaba aquí, y desde entonces es el mayordomo de los Chi. A mi juicio, tiene muchas buenas cualidades, aunque sea un hombre del común. Y por eso siempre he sido amable con él. —Era el máximo elogio del duque.

El dictador abrazó al general. Se ofreció a cada soldado la carne del sacrificio. Cuando todos hubieron comido, Jan Ch'iu gritó una orden, que no comprendí. Desde el lado opuesto de la plaza, avanzó hacia nosotros un carro con dos hombres.

Como de costumbre, el duque reconoció al oficial del carro. Siempre decía que le habían sido presentadas más personas que a cualquier otro habitante del Reino Medio.

—Es el segundo. También es discípulo de Confucio. En realidad, los protegidos de Confucio administran los asuntos de la familia Chi, y por esto el barón K'ang lo ha hecho llamar después de tantos años. —El duque miró al segundo, que saludaba ahora al dictador—. No puedo recordar su nombre. Pero es un ser peligroso. Le oí decir una vez que ninguno de nosotros debería vivir del trabajo ajeno. Me asombré. Y también se asombró Confucio, me alegra decirlo. Recuerdo su respuesta, que con frecuencia he citado: «Debes hacer lo que te corresponde por tu situación, así como el hombre común debe hacer lo que le corresponde. Si eres sabio y justo, él te mirará, con su hijo atado a la espalda. Así que no pierdas tiempo en cultivar tu propio alimento. Deja eso al campesino». Y Confucio también defendió otro punto importante…

Dejé de escuchar. Había reconocido al segundo. Era Fan Ch'ih. Pensé rápidamente. ¿Me acercaría a él de inmediato? ¿O debía esperar su regreso de la guerra? ¿Y si moría? Si así era, sabía que pasaría el resto de mi vida como un esclavo del duque loco del país inexistente. Durante nuestra permanencia en Loyang había terminado por comprender que el duque tenía una mente demasiado dispersa para emprender el largo y azaroso viaje a Magadha. Sería su esclavo durante el resto de mi vida; le seguiría de un lugar a otro como un mono amaestrado al que se muestra en

todas partes, pellizcándole la mejilla para que los catayanos vieran cómo el color rojo aparecía y desaparecía. Entre una vida así, y la muerte, elegí entonces la muerte, o la libertad. Tomé esa decisión en la plaza atestada, ante el gran templo de Lu.

Me abrí paso por entre la muchedumbre, pasé por debajo del cordón de soldados y corrí hacia Fan Ch'ih. Cuando estaba a punto de hablarle, dos miembros de la guardia de Chi se apoderaron de mis brazos. Yo me encontraba a pocos metros del barón K'ang, cuyo rostro se mantenía imperturbable. Jan Ch'iu frunció el ceño. Fan Ch'ih parpadeó.

—¡Fan Ch'ih! —grité. Mi amigo me volvió la espalda. Sentí terror. Según las leyes de Catay, yo era en ese momento un esclavo fugitivo. Podía ser condenado a muerte.

Mientras los guardias me arrastraban, dije en persa:

—¿Así tratas al embajador del Gran Rey?

Fan Ch'ih giró sobre sus talones. Me miró un instante. Luego se volvió hacia Jan Ch'iu y dijo algo que no pude oír. Jan Ch'iu hizo una seña a los guardias, que me dejaron en libertad. Agachado, al modo de Catay, me acerqué a Fan Ch'ih. No había sentido un temor semejante desde el día en que, de niño, me había acercado, arrastrándome por la alfombra, a la reina Atosa.

Fan Ch'ih descendió del carro y mi corazón, que se había detenido, volvió a latir. Mientras me abrazaba, susurró en persa:

—¿Cómo? ¿Qué eres? Habla pronto.

—Fui capturado en Ch'in. Soy ahora esclavo del duque de Sheh. ¿Has recibido mis mensajes?

—No.

Fan Ch'ih se apartó. Se dirigió al barón K'ang. Se inclinó respetuosamente. Intercambiaron palabras. Aunque el rostro del dictador, semejante a un huevo, no demostró ninguna emoción, el huevo mismo se inclinó muy levemente. Entonces Fan Ch'ih subió al carro. Jan Ch'iu montó en su caballo negro. Se oyeron órdenes. Mitad caminando, mitad corriendo, las tropas de la familia Chi atravesaron la plaza y se dirigieron a la puerta baja de los malos presagios, en el norte.

Los ojos del barón K'ang estaban fijos en su ejército. Yo no sabía qué hacer. Tenía miedo de haber sido olvidado. Cuando el último soldado abandonó la plaza, el duque de Sheh apareció a mi lado.

—¡Qué acción absurda! —dijo—. Estoy avergonzado. Te has conducido como un bárbaro. ¡Vamos! ¡Inmediatamente! —Tiró de mi brazo. Yo permanecí inmóvil, como si tuviera los pies clavados a la roja tierra apisonada.

Bruscamente, el dictador nos miró. El duque de Sheh asumió sus modales cortesanos.

—Querido barón K'ang, es un placer verle este día, entre todos los días, en que la victoria aguarda a mi querido sobrino, el duque de Lu.

Las costumbres de Catay son esencialmente rígidas. Aunque mi amo no era otra cosa que un empobrecido embaucador, todas las cortes de Catay lo recibían como a un duque; y aunque no hay un verdadero duque del Reino Medio que no sea mirado con desdén por los ministros hereditarios, todos son tratados, en privado y en público, como personajes celestiales y verdaderos descendientes del Emperador Amarillo.

El barón K'ang esbozó, con la menor expresividad posible, el movimiento físico obligado cuando un barón, aunque sea el jefe de un estado, se encuentra en presencia de un duque. Cuando el barón habló, la voz era tan inexpresiva como el rostro.

—Tu sobrino, de quien soy esclavo, debe llegar antes de la caída de la noche. Supongo que te instalarás en su casa.

—En verdad, no estoy seguro. Acabo de hablar con el chambelán. Parecía, muy aturdido, lo cual era comprensible. Después de todo, hoy es un día de la tortuga, algo nada común. Pero tampoco es muy común la visita de un tío del duque, ¿no es verdad, barón?

—El cielo parece dispuesto a ampararnos, duque. Serás bienvenido en mi triste morada.

—Te lo agradezco profundamente. Yo mismo buscaré a tu mayordomo. No necesitarás preocuparte por mí. —El duque de Sheh se volvió hacia mí—. Ven —agregó.

En ese instante, miré al barón K'ang. Su mirada estaba fija en un punto situado detrás de mí, en el duque.

—Tu esclavo permanecerá conmigo.

—Grande es tu generosidad. Naturalmente, esperaba que pudiera dormir en palacio, pero no pensaba pedírtelo.

—Se quedará en palacio, duque. Será mi huésped.

Así fui liberado. El duque de Sheh estaba furioso, pero nada podía hacer. El barón K'ang era el dictador, y eso era todo.

Un respetuoso vicemayordomo me asignó una habitación en el palacio de Chi y me dijo:

—El amo te recibirá esta noche, después de los augurios de la tortuga.

—¿Soy un esclavo? —pregunté concretamente.

—No. Eres un apreciado huésped del barón K'ang. Puedes ir y venir a tu gusto; pero como el duque de Sheh puede intentar recobrarte…

—No iré ni vendré. Me quedaré aquí, si es posible.

Pasada la medianoche, el dictador me llamó a su presencia. Me recibió con cordialidad por lo que yo podía ver. Ni su cara ni su cuerpo traicionaban la menor emoción. Cuando concluí la serie prescrita de inclinaciones, muecas y movimientos de la mano, me indicó que me sentara en una estera, a su lado. Detrás de un biombo de plumas, dos mujeres tocaban una melodía plañidera. Pensé que eran concubinas. La habitación estaba iluminada por una sola lámpara de bronce en que se quemaba ese tipo de aceite que los catayanos llaman de orquídea. Aunque en realidad no está hecho con orquídeas, que no tienen fragancia, olía delicadamente a flores. Era muy caro.

—Como ves, te he situado en un lugar de honor, a mi derecha —dijo el barón.

Incliné la cabeza. Pero estaba desconcertado. En el Reino Medio, el lugar de honor es a la izquierda del dueño de casa.

El barón anticipaba mi asombro.

—En tiempo de paz, el puesto de honor es el de la izquierda. En tiempo de guerra, el de la derecha. Estamos en guerra, Ciro Espitama. —Pronunció el nombre extranjero sin dificultad. Se decía que su memoria era la más precisa de Catay—. Ya no

eres un esclavo.

—Estoy agradecido, señor barón —comencé.

Un cortés movimiento de su mano me interrumpió.

—Fan Ch'ih ha dicho que eres pariente del Gran Rey, que gobierna más allá del desierto del oeste. Y también que lo has tratado dignamente. No podemos, por lo tanto, hacer menos por ti que tú por nuestro amigo y pariente.

Las lágrimas acudieron a mis ojos. Estaba abrumado.

—Mi gratitud será eterna…

—Me limito a seguir, en esto, la sabiduría de Confucio.

—He oído en todas partes las alabanzas a ese divino sabio —respondí—. Es casi tan admirado como lo eres tú…

—El barón me permitió que lo elogiara extensamente; tanto, que comprendí hasta qué punto su cara inexpresiva era una obra de arte, así como una dura tarea. Como la mayoría de los hombres en el poder, el barón K'ang podía absorber infinitas alabanzas, y encontró en mí un panegirista como no podía haber otro entre los cuatro mares de Catay. Se sintió tan complacido que pidió un vino hecho de ciruelas fermentadas. Mientras bebíamos, hizo innumerables preguntas sobre Persia, Magadha, Babilonia. Le fascinó mi descripción de la vida de la corte en Susa. Quiso saber en detalle cómo se gobernaban las satrapías. Le interesó, en particular, que yo conociera el arte de fundir el hierro. Esperaba que pudiera instruir a sus herreros. Me pidió una descripción de las armas, los escudos y los carros de guerra persas.

Luego, de repente, se interrumpió apesadumbrado.

—No es justo que dos hombres educados hablen tanto de la guerra, una actividad que conviene dejar en manos de los zafios que en ella se destacan.

—Sin embargo, en estas circunstancias, señor barón, esta conversación es comprensible. Tu país está en guerra.

—Razón de más para que mi pensamiento se ocupe de las cosas que verdaderamente importan. Como por ejemplo, dar al reino siquiera un día de paz perfecta. Si esto llegara a ocurrir, un dulce rocío con sabor a miel caería sobre las tierras.

—¿Ha ocurrido alguna vez una cosa así, señor barón?

—Todas las cosas han ocurrido. Todas las cosas ocurrirán. —Creo que fue eso lo que dijo. No se puede estar seguro, en un lenguaje sin tiempos de verbo—. ¿Hasta cuándo nos honrarás con tu presencia?

—Me gustaría retornar a Persia lo antes posible. Pero, naturalmente… —No terminé esa frase, que sólo él podía concluir.

—Naturalmente —repitió. Pero abandonó el tema—. He visto esta noche, en la corte, al duque de Sheh. —Algo parecido a una sonrisa empezó a alterar la parte inferior del huevo—. Parecía muy confundido. Dijo que eras su amigo, tanto como su esclavo. Que te había salvado de los hombres lobo. Que esperaba viajar contigo a Magadha, donde reina tu suegro. Que juntos, como socios, podríais abrir una ruta permanente de comercio hacia Champa y Rajagriha.

—Me retenía para pedir rescate. Jamás hablamos de una ruta de comercio.

El barón K'ang asintió cordialmente.

—Sí —dijo, empleando el modo informal. Hay dos clases de «sí» en el lenguaje

Catay. Uno es formal, otro informal. Me pareció una buena señal que eligiera el informal—. Tengo gran interés por el rey Ajatashatru. A principios de su reinado escribió al hijo del ciclo, en Loyang. Se enviaron copias de su carta a todos los duques. Tu terrible suegro decía que le interesaba comerciar con nosotros. Supongo que aún le interesa.

—Oh, sí. Esperaba también que yo fuera el nexo.

No podía creer en lo que yo mismo decía. Obviamente, mi larga y estrecha relación con el duque de Sheh me había tornado tan fantasioso como él; y además, el vino de ciruelas era inesperadamente fuerte y embriagante. Hablé largamente de mi misión, consistente en reunir Persia, la India y Catay. Describí en detalle una ruta circular de Susa a Lu, pasando por Bactra y Ch'in, que retornaba luego, por Champa, Shravasti y Taxila, a Susa. Era un disparate. Pero el barón se mostró cortés y, al contrario de la mayoría de los gobernantes, escuchó atentamente. A su manera poco enfática, hacia rápidos juicios en voz baja. Era muy perspicaz para advertir la palabra significativa que no se había pronunciado, y también las notas falsas. Llegué a admirar al barón e incluso a quererlo. Pero siempre me inspiró temor.

Cuando finalmente callé, para mi propio alivio, dijo que también él soñaba con una ruta semejante. Un cumplido. Después de todo, había sido el sueño de muchos viajeros durante siglos. No sabía casi nada de Persia y del oeste, dijo, pero sí algo de los reinos de la llanura del Ganges. Los describió con considerable conocimiento, y dijo por fin:

—Ahora Ajatashatru es el monarca universal. Ha destruido Koshala. Excepto por unas pocas repúblicas montañesas, posee la hegemonía —hizo una pausa— de la India.

—Ajatashatru es en verdad un magnifico guerrero y un gobernante justo.

El vino de ciruelas producía epítetos más aptos para inscribir en las rocas e instruir a los campesinos que para adornar una conversación con el hombre que parecía, y hasta el momento era, mi liberador.

—Es raro —dijo el barón, cuando finalmente dejé de decir tonterías— que Persia, y ahora la India, posean monarcas que han recibido el mandato del cielo.

—Pensaba que el mandato sólo podía recaer en el hijo del cielo, el amo del Reino Medio.

—Es también lo que siempre hemos creído. Pero ahora comenzamos a comprender cuán grande es el mundo más allá de los cuatro mares. Sospecho que somos tan sólo un grano en un vasto granero. Pero, de cualquier manera, interpreto como un buen augurio que el mandato haya sido concedido una vez más, aunque sea a los bárbaros y en tierras lejanas.

—Quizá —dije precipitadamente— le sea concedido al duque de Lu.

—Quizá —respondió el barón—; o a algún otro.

Un criado trajo unos huevos que habían sido conservados bajo tierra varios años. Los comimos con unas cucharillas diminutas. Tenían un delicado sabor mohoso. Aunque enterré huevos más tarde, en Susa y en Halicarnaso, siempre se pudrían. O bien el suelo de Catay es distinto del nuestro, o preparan los huevos de algún modo secreto.

El barón se cuidó de formular más preguntas que yo. Su curiosidad sobre el

oeste era insaciable. Pero todo le inspiraba curiosidad. Era como los griegos.

Cuando me atreví a formular una interrogación acerca de los augurios de la caparazón de tortuga, movió la cabeza.

—No puedo hablar de eso. Debes perdonarme.

Sin embargo, el tono de su voz expresaba que los augurios habían sido muy propicios.

—Habitualmente, nuestras relaciones con Key son muy buenas. Pero cuando dieron asilo al duque Chao, que no era un buen hombre, temo, se creó cierta tensión entre ambos reinos. Nos pareció un acto poco amistoso el que albergaran a nuestro enemigo tan cerca de las puertas de piedra, donde podía establecer un punto de reunión para todos los descontentos. Y protestamos. Pero el anciano duque de Key era un hombre obstinado. Además, le agradaba crear dificultades. De modo que alentó las pretensiones de nuestro antiguo duque. —El barón suspiró con suavidad y eructó vigorosamente—. Por fortuna, siguiendo el curso natural de las cosas, el duque Chao murió. Después, todo marchó bien entre nuestros dos países. O eso creíamos. Pero luego… Pues, estamos viviendo un período muy interesante. —Los catayanos utilizan la palabra «interesante» como los griegos la expresión «catastrófico»—. El duque Ting sucedió a su hermano Chao, y a mi indigno abuelo se le encomendó el cargo de primer ministro. Estaba tan poco capacitado y era tan poco deseado como yo mismo. —Así suelen expresarse los nobles de Catay: se parecen mucho a los eunucos cuando se preparan para saquear la alacena del harén—. A la muerte de mi abuelo, uno de sus secretarios, un ser llamado Yang Huo, se nombró a sí mismo primer ministro. Como era sólo un caballero, eso no era correcto. Nos sentimos profundamente desalentados.

El barón depositó su cucharilla. Escuchamos la actividad de su mente tortuosa; es decir, el gorgoteo de su estómago. Luego nos sirvieron albaricoques en conserva, la fruta más apreciada en Catay. Nunca me gustaron los albaricoques, pero comí con visible deleite todo lo que me ofreció el dictador.

Como era habitual, conocí por otras personas, y no por el barón K'ang, el motivo de ese profundo desaliento. Yang Huo se apoderó del gobierno; fue dictador absoluto durante tres años. Como tantos gobernantes ilegítimos, era muy popular entre la gente común. Intentó incluso aliarse con el duque contra las tres familias de barones. «Sirvo al duque Ting como primer ministro —solía afirmar— para que la dinastía Chou recupere su justa supremacía en Lu. Cuando esto ocurra, el mandato del cielo descenderá sobre nuestro duque, heredero del divino Tan.» El duque Ting tuvo el suficiente buen sentido para mantenerse a la mayor distancia posible del usurpador. Distancia en sentido literal: pasaba casi todo el tiempo cazando. Sólo acudía a la capital cuando debía dirigirse a los antepasados. Debo reconocer que, en su lugar, yo hubiera establecido una alianza con Yang Huo. Juntos, ambos podrían haber destruido a las tres familias de barones. Pero el duque era poco emprendedor. Y no tenía la imaginación ni el conocimiento necesarios para considerarse un verdadero gobernante. Durante cinco generaciones, su familia había sido dominada por las otras tres. Por lo tanto, él salía a cazar.

Llegó un momento en que Yang Huo dio un traspiés. Trató de matar al padre del barón K'ang. Pero las fuerzas de Chi se reunieron con su jefe, y Yang Huo huyó a Key con la mayor parte del tesoro nacional. El gobierno de Lu pidió la entrega del

rebelde y del tesoro robado. Como esta petición fue ignorada, las relaciones entre Lu y Key empeoraron.

El barón me aseguró que, mientras hablábamos, Yang Huo planeaba su retorno para crear, según sus propias palabras, «un Chou del este»; es decir, la restauración del imperio celestial anterior. Yang Huo debía de ser un hombre muy convincente. Tenía, por cierto, muchos admiradores secretos en Lu, particularmente entre los defensores de las viejas costumbres. Por lo que sé, jamás regresó. La familia Chi es demasiado poderosa y el barón K'ang es, o era, demasiado inteligente y formidable. Cuando yo lo conocí, hacía ocho años que era primer ministro. Aunque era un dictador absoluto, temía a Yang Huo. También le había preocupado la reciente rebelión de uno de sus mejores comandantes, el guardián del castillo de Pi.

Desde el desmembramiento del imperio Chou, los nobles construían sus propias fortalezas. Al comienzo, esos castillos estaban destinados a proporcionar protección contra ladrones y ejércitos hostiles. Sin embargo, gradualmente, las fortalezas se convirtieron en los signos exteriores visibles del poderío de las familias. Por medio del matrimonio, la traición o la rebelión abierta, cada familia intentaba ocupar tantas plazas fuertes como pudiera. Como la familia Chi domina la mayor cantidad de plazas fuertes de Lu, impera sobre un millón de personas, en insegura alianza con sus rivales, las familias Meng y Shu. No es necesario decir que el duque carece de castillos. En verdad, sólo posee su palacio, para cuyo mantenimiento jamás tiene bastante dinero. Yang Huo había prometido cambiar totalmente esta situación. Había llegado a hablar de derribar los castillos de la familia Chi. Sospecho que no fue la tentativa de asesinato del viejo barón, sino esta amenaza a las fortalezas, la causa de la caída de Yang Huo.

Doce años antes de mi llegada a Lu, el guardián del castillo de Pi se rebeló contra sus amos Chi. Durante cinco años logró conservarlo. Finalmente, se vio obligado a abandonarlo y refugiarse en Key. No era un secreto que el barón K'ang lo consideraba el instigador principal de la guerra entre Lu y Key, aunque según otros ese honor correspondía a Yang Huo. De todos modos, el guardián del castillo se había convertido inteligentemente en el nuevo apoyo de la familia ducal. También él deseaba crear «un Chou del este».

El barón habló de esa rebelión. Como siempre, de manera muy poco directa.

—Evidentemente, es voluntad del cielo el negarnos una vida serena. Sin embargo, hacemos sacrificios al cielo y cumplimos todos los ritos tradicionales. Por desgracia, hay, en el norte, quien desea nuestra ruina… —El barón K'ang hizo una pausa para ver si yo había comprendido el doble sentido. Así era. Key está al norte de Lu; pero la frase «al norte» se refiere también al emperador celestial—. Veo que comprendes. Me refiero, por supuesto, a Key, que alberga a nuestros enemigos. No sé por qué. Nunca hemos tolerado entre nosotros a un solo opositor a su gobierno. Es imposible medir a los hombres, ¿no es verdad?

Asentí. En realidad, jamás me ha parecido difícil medir a los hombres. Se ocupan exclusivamente de su propio interés. Por otra parte, suelo encontrar misteriosa la manera en que los hombres interpretan o explican, por ejemplo, el hecho de la creación.

Mientras estaba con el barón K'ang en aquella habitación apenas iluminada,

mientras la delicada música llenaba el aire, más con la reverberación de un sonido que con un sonido, supe que el barón se proponía utilizarme. Con su estilo elíptico me estaba poniendo a prueba. Era como si aplicase calor al interior del caparazón de tortuga para poder leer los misteriosos signos que necesariamente aparecerían en la superficie exterior recubierta de sangre. Permanecí tan inmóvil, como… un caparazón de tortuga.

—Nuestro sueño es la restauración de la casa de Chou —dijo, de modo algo inesperado.

—¿Es inminente?

—¿Quién lo puede saber? De todos modos, primero la hegemonía, luego el mandato.

De repente, dos diminutas líneas paralelas arrugaron el sector superior de la cáscara de huevo. El barón frunció el ceño.

—Algunos creen que es posible invertir el proceso. Aunque yo no lo creo así, muchos hombres, sabios y no tan sabios, creen que ése es el caso. Que si se devuelve al legitimo duque su antigua primacía terrenal recibirá también el mandato del cielo. Ciertos… aventureros han alentado recientemente esta falsa idea. Por eso, nuestro ejército se encuentra en este momento en las puertas de piedra. Es fácil tratar con los aventureros. —La parte superior del huevo había recuperado su tersura—. No tememos a los traidores. Pero tememos, y respetamos, a nuestros divinos sabios. ¿Conoces las enseñanzas de Confucio?

—Sí, señor barón. Fan Ch'ih me habló mucho de él cuando estábamos en el oeste. Y, por supuesto, todos los hombres educados hablan de él. Aun el maestro Li. —Agregué con una sonrisa. Empezaba a percibir la dirección del viento.

—Aun el maestro Li —repitió. La parte inferior del huevo mostró durante un instante dos pequeñas curvas. El dictador había sonreído—. No se quieren entre sí esos dos sabios. —Hablaba en voz suave—. Confucio regresa a Lu, a petición mía. Ha estado lejos durante catorce años. Durante ese tiempo, ha viajado a casi todas las regiones situadas dentro de los cuatro mares. Le agrada creer que fue desterrado por mi admirado padre, el primer ministro. Pero te aseguro que no fue así. Confucio nos ha desterrado a nosotros. Es muy estricto. Cuando el duque de Key obsequió a mi padre un grupo de bailarinas religiosas —la expresión usada por el barón era similar a la empleada en Babilonia para las prostitutas del templo—, Confucio pensó que mi padre no debía aceptar el regalo porque era inconveniente. Mencionó el motivo tradicional: las bailarinas estaban destinadas a debilitar la resolución de su nuevo dueño. Cortésmente, mi padre dijo que el regalo era, a su juicio, señal de que el gobierno de Key pedía excusas por albergar al traidor Yang Huo. Entonces Confucio renunció a todos sus cargos. Era el principal magistrado de la ciudad de Chung-fu, un lugar encantador que debes visitar mientras estás aquí. Era también asistente del administrador de construcciones… no, no, me equivoco, ya había sido ascendido. Era viceministro de policía, cargo de importancia que desempeñaba con gran competencia.

Miré al barón. Hablaba a la pared, detrás de mi cabeza. La dirección del viento era ahora inconfundible. Sabía que yo era amigo de Fan Ch'ih. Fan Ch'ih era discípulo de Confucio, así como el mayordomo Jan Ch'iu. Yo empezaba a atar cabos.

Até el primero.

—¿Confucio fue a Key?

—Sí.

Bebíamos vino de ciruelas; escuchábamos música; nos pasábamos uno a otro un liso fragmento de jade para refrescar las manos.

Nunca he conocido a nadie, en ningún país ni momento, que ocupara un lugar comparable al de Confucio en el Reino Medio. Por su nacimiento, era el primer caballero de Lu. Esto significaba que su rango era inmediatamente posterior al de los ministros de estado. Sin embargo, provenía de una familia pobre. Su padre, se decía, había sido un oficial menor en el ejército de la familia Meng. Como las demás familias de barones, los Meng tenían una escuela para los hijos de sus súbditos. Confucio fue el estudiante más aventajado que asistiera nunca a esa escuela. Estudió las *Odas*, las *Historias*, *El libro de las mutaciones*, se convirtió en un experto en el pasado para ser más útil en el presente. Como hijo de un primer caballero, recibió también instrucción militar. Fue un excelente arquero hasta que la edad nubló su vista.

Confucio se mantenía y mantenía a su familia —se había casado a los diecinueve años— trabajando para el gobierno. Creo que su primer empleo fue en los graneros del estado. Sin duda, llevó bien sus cuentas, porque poco a poco ascendió los peldaños de la carrera gubernamental cuya cumbre, para un caballero, era un puesto como el que él había merecido en el ministerio de policía.

Decir que Confucio no era popular, en general, es poco. No sólo sus compañeros de tarea sentían odio y resentimiento hacia él, sino también los funcionarios superiores. La razón era evidente. Era insoportable. Sabía exactamente qué se debía hacer y cómo, y no era nada tímido para expresar su opinión a los superiores. Sin embargo, por irritante que fuera, valía demasiado; por eso avanzó tanto en su carrera. A los cincuenta y seis años era viceministro de policía y eso debía haber sido todo. La carrera de un administrador de éxito. No era querido, pero sí admirado. Una autoridad reconocida en el imperio celeste de los Chou. Aunque nunca escribió un texto, fue el principal intérprete de los libros de la época. Se dice que había leído tantas veces el *Libro de las mutaciones* que las cintas de cuero usadas para mantener unidas las páginas de corteza de bambú debían ser reemplazadas constantemente. Había gastado el cuero tanto como la paciencia de sus colegas en la administración de Lu.

En cierto momento, Confucio se convirtió en maestro. Nunca logré descubrir cómo ni cuándo. Quizás haya ocurrido gradualmente. A medida que se tornaba más viejo, instruido y sabio, los jóvenes le hacían preguntas sobre unas y otras cosas. A los cincuenta años, tenía seguramente treinta o cuarenta discípulos de tiempo completo, jóvenes caballeros, como Fan Ch'ih, que le escuchaban con avidez.

Aunque no era muy distinto de los filósofos que uno puede ver, o mejor dicho oír, en Atenas, prácticamente no aceptaba dinero de sus jóvenes alumnos; y tampoco hacía preguntas, como hace Sócrates, para conducir a los jóvenes a la sabiduría. Confucio respondía preguntas, y muchas de sus respuestas procedían del verdadero archivo que era su memoria. Conocía la historia íntegra de la dinastía Chou, tanto la escrita como la recordada, y también la de sus predecesores, los Shang. Si bien muchos catayanos creen que Confucio es un sabio divino, uno de esos raros maestros enviados

por el cielo y que hacen tanto daño, él desmentía firmemente su divinidad y, por añadidura, su sagacidad. Con todo, llegó a ser tan famoso fuera de Lu que hombres de todas partes del Reino Medio acudían a su presencia. Recibía cortésmente a todos, y hablaba de lo que era y de lo que debía ser. Su idea de esto último fue la causa de sus dificultades.

Confucio inició su vida como cliente de la familia Meng. Luego los Chi le confiaron cargos. Pero a pesar de la protección de los barones, él no les permitió olvidar nunca que habían usurpado las prerrogativas de los duques. Quería la rectificación de esta situación, por medio, primero, de la restauración de la forma original de los ritos Chou y, segundo, de la cesión de los derechos ilegales de los barones al duque legitimo. Si se hacían ambas cosas, el cielo quedaría complacido y otorgaría su mandato.

Esto no encantaba, precisamente, a los barones. Pero la familia Chi fue indulgente con el sabio, hasta el punto de preferir a sus discípulos como administradores. No tenían, por otra parte, muchas opciones: todos los confucianos estaban magníficamente preparados por su maestro para la guerra y para la administración. Y como, en definitiva, Confucio se esforzaba por mantener la paz entre los estados, los barones no podían oponerse a él, al menos de manera abierta.

Confucio concurrió con frecuencia a conferencias de paz, donde invariablemente abrumaba a los demás participantes con sus conocimientos. A veces llegaba a mostrarse útil. Pero, a pesar de su larga experiencia como administrador y como diplomático, jamás tuvo tacto. El barón K'ang me dio un célebre ejemplo de las brusquedades del sabio.

—Poco antes de abandonar Lu por vez primera, Confucio asistió a una celebración en el templo ancestral de nuestra familia. Al ver que mi padre había contratado sesenta y cuatro bailarinas, se enfureció. Recordó que el duque sólo podía disponer de ocho bailarinas cuando se dirigía a los antepasados, y afirmó que mi padre no debía tener más de seis. ¡Cómo se lo reprochó! Mi padre se divirtió muchísimo.

La historia real no era tan divertida. Confucio dijo con toda claridad que el antiguo primer ministro estaba usurpando de modo flagrante las prerrogativas de la soberanía y que seguramente la cólera del cielo caería sobre él. Cuando el barón le sugirió que se ocupara de sus propios asuntos, Confucio se retiró. Mientras salía de la habitación, le oyeron decir:

—Si se puede soportar a este hombre, ¿qué no se podrá soportar?

Mi abuelo, debo reconocer, jamás fue tan lejos.

Confucio intentó inducir al duque Ting a desmantelar las fortalezas de las tres familias de barones. Sin duda, el duque lo habría hecho. Pero no tenía poder. De todos modos, Confucio y él conspiraron, aunque fuese sólo por un instante, contra las tres familias. Es muy probable que fueran los responsables de la rebelión del castillo de Pi. ¿Las pruebas? Poco después de la huida a Key del guardián del castillo, Confucio renunció a todos sus cargos y se marchó de Lu.

Hay distintas versiones de lo ocurrido en Key. Todo el mundo concuerda, sin embargo, en que tanto Yang Huo como el custodio de Pi intentaron utilizar los servicios de Confucio. Los dos prometieron derrocar a los barones, restaurar al duque

y darle el cargo de primer ministro. Se dice que Confucio se sintió tentado a aceptar el ofrecimiento del guardián del castillo. Pero el plan no siguió adelante porque este último jamás unió sus fuerzas con las de Yang Huo. Fan Ch'ih está seguro de que, si así hubiera ocurrido, ambos habrían podido expulsar a los barones y restaurar al duque. Pero la desconfianza mutua de los dos aventureros era tan grande como su odio a los barones.

Confucio no permaneció mucho tiempo en Key. Aunque sus conversaciones con los rebeldes no dieron fruto, Confucio conquistó la admiración del duque de Key, quien le invitó a formar parte del gobierno. Confucio se interesó; pero el primer ministro de Key no deseaba semejante competidor en su administración y la oferta fue retirada.

Durante los años siguientes, Confucio recorrió varios estados, buscando trabajo. En ningún momento se propuso ser un maestro profesional. Pero como siempre, en la vida, recibimos aquello que no buscamos, era asediado en todas partes por quienes anhelaban ser sus discípulos; jóvenes caballeros y aun nobles. Aunque aparentemente Confucio hablaba de la restauración de los antiguos usos para complacer al cielo, era en realidad el líder de un movimiento muy radical que se proponía, sencillamente, expulsar a la corrompida, todopoderosa y creciente nobleza, para que volviera a haber un hijo del cielo capaz de mirar, hacia el sur, a sus leales servidores, en su mayoría caballeros altamente capacitados de la nueva orden confuciana.

Estos eran los antecedentes del retorno de Confucio a Lu, a sus setenta años. Aunque no era considerado una amenaza personal para el régimen, sus ideas preocupaban a tal punto a los nobles que el barón K´ang decidió poner punto final a las idas y venidas del sabio. Le envió una embajada, en nombre del duque. Le imploraba su retorno, con el cebo de un alto cargo. Confucio mordió el anzuelo. Ahora estaba en camino de Wei a Lu.

—Esperemos —dijo el barón— que nuestra pequeña guerra con Key haya terminado para cuando vuelva.

—Así sea la voluntad del cielo —respondí piadosamente.

—Oirás a Confucio hablar mucho del cielo. —Hubo una larga pausa. Contuve la respiración—. Te alojarás aquí, cerca de mí.

—Es un honor… —No se me permitió terminar.

—Y ya me ocuparé de que puedas volver, de alguna manera, a tu tierra nativa. Mientras tanto… —El barón miró sus manos pequeñas y suaves.

—Te serviré en todas las formas posibles, señor barón.

—Sí.

Y de este modo, sin más palabras, quedó resuelto que durante mi estadía en Lu yo espiaría a Confucio e informaría secretamente al barón, quien temía a Yang Huo y al guardián del castillo, miraba con profunda sospecha a su propio comandante de la guardia, Jan Ch'iu, y veía con profunda desazón la fuerza moral de Confucio y de sus enseñanzas. A veces, conviene más afrontar que evitar lo que se teme. Por eso, el barón llamaba a Confucio. Quería conocer lo peor.

## 4

La capital de Lu me recordaba Loyang. Por supuesto, todas las ciudades de Catay se parecen un poco. En todas se ven tortuosas callejuelas increíblemente estrechas, ruidosas plazas de mercado, silenciosos parques donde se elevan los altares consagrados al cielo, a la lluvia y a la tierra. La ciudad de Ch'u-fu era más antigua que Loyang, y olía a madera carbonizada, a consecuencia de medio milenio de incendios. Aunque yo lo ignoraba en aquel momento, en los estados florecientes como Key, cuya capital era tan admirada como Sardis por nosotros, se consideraba que Lu era atrasado. Sin embargo, el duque de Lu era el heredero del legendario Tan, cuyo nombre estaba en todos los labios, así como Ulises es constantemente citado por los griegos. Pero mientras Ulises es famoso por su astucia, Tan era noble y sacrificado: el modelo del perfecto gobernante de Catay, o, más exactamente, del perfecto caballero, una categoría inventada o recuperada por Confucio. No todos los caballeros eran perfectos. El ideal confuciano es una conducta correcta o decorosa. Trataré de describir, cuando sea oportuno, qué significa eso.

Siempre que Confucio tenía algo importante que decir, lo atribuía a Tan. Decía invariablemente: «Sólo transmito lo que me han enseñado. Jamás he creado algo por mí mismo». Supongo que lo creía y que, en cierto sentido, podía ser verdad. Todo ha sido dicho antes; y si uno conoce el pasado histórico, siempre puede hallar un venerable pretexto para cualquier acción. Un aforismo.

Dos semanas después de mi instalación en el palacio de Chi, concluyó la guerra entre Lu y Key. Jan Ch'iu y Fan Ch'ih habían logrado una notable —es decir, inesperada— victoria. Habían conquistado incluso la ciudad de Lang, del otro lado de la frontera. Se decía que Yang Huo y el guardián del castillo de Pi habían sido vistos combatiendo con el ejército de Key contra sus propios compatriotas. En este sentido, los catayanos son como los griegos. La lealtad para consigo mismo les atrae más que el patriotismo.

Demócrito se irrita. Trae a colación a los aventureros persas que derrocan a un Gran Rey a quien han jurado lealtad. Pero no es exactamente lo mismo. Es verdad, hemos tenido nuestra proporción de usurpadores. Pero no conozco un solo caso en que un persa de rango, resentido, se haya unido a un ejército enemigo para invadir su país natal.

Fui tratado como un huésped de la familia Chi, y hasta recibí el título de huésped de honor. También fui invitado a la corte ducal. Aunque el duque Ai carecía de poder, el barón K'ang no sólo respetaba su preeminencia en las ceremonias, sino que además consultaba con él los asuntos de estado. Si bien no se recuerda un caso en que el barón siguiera el consejo del duque, sus relaciones eran, en lo superficial, correctas.

Cuando el ejército de la familia Chi retornó victorioso a la capital, asistí a una recepción en honor de los héroes en el Largo Tesoro, un edificio situado justamente frente al palacio ducal. Como miembro de la comitiva del primer ministro, usé por vez primera el delantal de la corte, una curiosa prenda semicircular de seda que se lleva debajo de un ancho cinto de cuero del que cuelgan las diversas insignias del rango, de

oro, plata, jade y marfil. No es necesario decir que mi cinto sólo llevaba una perillita de plata, que me identificaba como huésped de honor.

Unos cincuenta cortesanos seguimos al barón K'ang al salón principal del Largo Tesoro. Este edificio había sido antes no sólo el tesoro, sino también la fortaleza de los duques. Cuando el duque Chao intentó recobrar su legitimo poder, se refugió en el Largo Tesoro. Pero las tropas de las tres familias dominaron a sus guardias e incendiaron el edificio. Chao escapó al fuego, pero no el edificio. Se discutió bastante si se reconstruiría o no ese símbolo del poder ducal. Finalmente, el barón K'ang dio su permiso, y el Largo Tesoro resurgió de sus cenizas el año anterior a mi llegada a Lu.

En el norte del salón se encontraba el duque Ai. Era un hombre delgado y bien parecido, con las piernas típicas de los cazadores, es decir, esas piernas acostumbradas a curvarse a los lados del caballo. Vestía una sorprendente túnica azul y oro, que había pertenecido al legendario Tan.

Ya estaban allí los miembros de las familias Meng y Shu, así como la comitiva del duque. En ella vi al irritado duque de Sheh. Al menos a mí, me miró con irritación.

El barón K'ang se inclinó ante el duque Ai, le deseó larga vida y lo felicitó por su victoria sobre Key. Luego el barón le presentó a Jan Ch´iu; el duque respondió con un discurso tan arcaico y celestial que comprendí muy poco.

Mientras el duque Ai hablaba, examiné el salón, largo y alto, réplica exacta del que había sido destruido por el fuego. Frente al duque había una gran estatua, más bien burda, del duque Tan. Y no había otro mobiliario, a excepción de los cortesanos. Con sus brillantes trajes constituían un espectáculo hermoso; el salón parecía un jardín en primavera, y no una reunión de hombres torvos y ambiciosos.

Después de las palabras desde el norte, hubo música y danzas rituales. Y abundante vino de mijo, del que todo el mundo bebió en demasía. En cierto momento, el duque desapareció; una triste señal del poder perdido: el protocolo universal requiere que nadie abandone una habitación antes que el gobernante. Pero en Lu gobernaba el barón K'ang, no el duque Ai.

Apenas se marchó el duque, los concurrentes empezaron a moverse por el salón, con muchas inclinaciones, agachadas y trotes. La etiqueta catayana siempre me pareció a la vez ridícula y angustiosa. Por otra parte, a Fan Ch'ih tampoco le atraía mucho la forma en que actuábamos nosotros en Babilonia.

Finalmente, como debía suceder, el duque de Sheh me encontró. Había bebido demasiado.

—Si vivo diez mil años…

—Elevo mi plegaria porque así sea —respondí rápidamente, mientras me agachaba y retrocedía como si él fuera un verdadero duque.

—… no encontraré jamás tanta ingratitud.

—No podía hacer otra cosa, señor duque. Caí prisionero.

—¿Prisionero? —Señaló la perillita de plata—. ¡Huésped de honor! Tú, a quien yo he salvado de una muerte segura… Eres un esclavo. Mi esclavo. Yo te he alimentado. Te he tratado como un ser humano. ¡Y ahora has olvidado a tu benefactor, a tu salvador!

—De ningún modo. Mi gratitud será eterna. Pero el barón K'ang…

—… ha sido víctima de algún hechizo. Puedo reconocer los síntomas. Pues

bien: he puesto sobre aviso a mi sobrino el duque. Te vigilará. Un paso en falso y…

Nunca sabré a dónde me habría llevado ese paso en falso, porque Fan Ch'ih se interpuso entre nosotros.

—Querido amigo —me dijo—. Señor duque —dijo a mi antiguo amo.

—Congratulaciones por este día de triunfo —murmuró el duque, en respuesta a Fan Ch'ih, y se alejó. No volví a verlo. Sin embargo, fui sincero cuando dije que siempre le agradecería el haberme salvado de los hombres lobos de Ch'in.

Fan Ch'ih quería saber en detalle lo que me había ocurrido. Le conté todo lo mejor que podía. Movía constantemente la cabeza.

—No es posible, no es posible —repetía, mientras yo narraba mis vicisitudes en el Reino Medio. Cuando quedé sin aliento, dijo:

—Gracias a ti he podido regresar. Me ocuparé de que regreses a Persia. Es una promesa.

—También el barón K'ang me ha prometido ayuda.

Fan Ch'ih parecía preocupado. Era una expresión poco habitual en su cara alegre.

—No será fácil, por supuesto. Ni inmediato.

—Quizá sea posible encontrar un barco que se dirija a Champa y…

—Pocos barcos salen para Champa. Y los que salen, rara vez llegan. Los que llegan… suelen llegar sin pasajeros.

—¿Barcos piratas?

Fan Ch'ih asintió.

—Te robarían y te arrojarían por encima de la borda la primera noche. No. Debe ser tu propio barco, o un barco del gobierno, con su carga. Infortunadamente, el estado no tiene dinero. —Fan Ch'ih abrió las manos, con las palmas hacia arriba: luego las volvió hacia abajo. Ese gesto, en Catay, expresa el vacío, la nada, la pobreza—. En primer lugar, Yang Huo robó la mayor parte del tesoro. Luego, hubo que reconstruir esto. —Señaló con un gesto el salón, de donde empezaban a retirarse los cortesanos, como grandes flores—. Y después, otras dificultades; y ahora esta guerra con Key que hemos logrado no perder. —Los catayanos se complacen en el sobreentendido y las frases enigmáticas.

—Habéis logrado una magnífica victoria. Habéis agregado nuevo territorio a Lu.

—Lo que hemos ganado no es igual a lo que hemos perdido. El barón K'ang deberá ordenar nuevos impuestos. Eso significa que tendrás que esperar hasta que haya dinero. Quizá, el año próximo.

Hice lo posible por mostrarme alegre. En verdad, me sentía desolado. Habían pasado casi cinco años desde que partiera de Persia.

—Por motivos egoístas, estoy encantado de que hayas venido. —Fan Ch'ih sonrió. Su cara parecía la luna de otoño—. Ahora podré devolver cuanto has hecho por mí en Babilonia.

Le respondí que nada había hecho, y otras cosas por el estilo. Y luego pregunté:

—¿Hay en Lu una casa de banca como Egibi e hijos?

—No. Pero sí tenemos toda clase de comerciantes, capitanes de mar y

personas codiciosas.

De alguna manera surgió en la conversación el nombre de Confucio. No recuerdo exactamente el contexto. Pero sí que de repente los ojos de Fan Ch'ih se iluminaron de placer.

—¿Recuerdas lo que te he contado del maestro K'ung?

—Oh, sí. ¿Cómo podía olvidarlo? —Mi entusiasmo no era fingido: tenía una tarea que cumplir.

Fan Ch'ih me cogió el brazo y me llevó a través del salón. Aunque las maneras de los restantes cortesanos eran tan precisas y exquisitas como siempre, sus voces eran un poco demasiado altas. Todo recordaba la corte persa, con una excepción: el gobernante de Catay —o, en este caso, los gobernantes— se marcha a la primera señal de ebriedad, en tanto que el Gran Rey se queda hasta el fin. Debido a esta antigua costumbre persa, Herodoto dice ahora que el Gran Rey sólo determina la política cuando está ebrio. La verdad es lo contrario. Un escriba recoge todo lo que se dice en una reunión real donde se bebe; y toda orden dictada por el soberano cuando está ebrio es cuidadosamente examinada a la luz neutral del día siguiente. Si la decisión no es del todo coherente, es cuidadosamente olvidada.

Seguí a Fan Ch'ih. Vi cómo el barón K'ang se deslizaba por una puerta lateral. Había recibido la victoria de sus tropas con la misma ecuanimidad con que tomaba todo. Era, en muchos sentidos, un gobernante modelo. Siempre lo admiraré, aunque me pareciera extraño, como todo su mundo.

Bajo la estatua del duque Tan estaba Jan Ch´iu, rodeado por una docena de amigos. Una rápida mirada me dijo que todos pertenecían a la clase de los caballeros, incluido el mismo general. Fan Ch'ih me presentó a su jefe. Cambiamos las formalidades habituales. Luego, con gran parsimonia, Fan Ch'ih me condujo hacia un hombre anciano, alto y delgado, de cara pálida, grandes orejas, frente prominente, barba rala y una boca más adecuada para los requisitos nutritivos de una liebre herbívora que para los de un hombre comedor de carne. Los dos dientes frontales eran tan largos que, aun con la boca cerrada, se veían las puntas amarillentas apoyadas sobre el labio inferior.

—Maestro K'ung, si me lo permites, te presentaré a mi amigo de Persia, yerno de dos reyes…

—… huésped de honor —agregó, con precisión, Confucio: había visto el símbolo de mi ambiguo rango.

—Primer caballero —respondí. Yo también había llegado a ser un competente lector de cintos. Intercambiamos las formalidades habituales. Aunque Confucio era meticulosamente fiel a la etiqueta en cuanto decía, daba la impresión de una gran sinceridad. Hay que conocer el lenguaje de Catay para comprender lo difícil que es esto.

Fui presentado luego a media docena de discípulos del maestro, que habían compartido su exilio. Se encontraban nuevamente en su hogar. Parecían muy satisfechos de sí, en particular un pequeño anciano de espaldas agobiadas que, como supe, era el hijo de Confucio, aunque parecía tener la edad de su padre. No recuerdo que se haya dicho nada importante. La conversación se refirió solamente a la victoria de Jan Ch'iu, que él atribuyó modestamente a las enseñanzas de Confucio. Creo que lo

decía convencido.

Algunos días más tarde, Fan Ch'ih me llevó a la casa de su amo, un edificio impersonal junto al altar de la lluvia. Como la esposa de Confucio había muerto mucho antes, se ocupaba de su cuidado una hija viuda.

Por las mañanas, Confucio hablaba con cualquier persona que lo visitara. El resultado era que, en un instante, el patio interior de la casa se llenaba de jóvenes y no tan jóvenes, y el maestro se veía con frecuencia obligado a llevarse a todos al bosquecillo situado junto al altar de la lluvia.

Por las tardes, recibía a sus amigos o discípulos. Eran la misma cosa, porque él no dejaba nunca de ser un maestro, ni sus amigos, discípulos. Le hacían constantemente preguntas sobre política y religión, el bien y el mal, la vida y la muerte, la música y el ritual. Solía responder con citas, muchas veces del duque Tan. Y si se le exigía, adaptaba la cita a la pregunta precisa.

Recuerdo vívidamente mi primera visita a su casa. Yo estaba en la parte posterior del patio. Entre el sabio y yo había un centenar de estudiantes en cuclillas en el suelo. Como ya he dicho, Confucio no aceptaba dinero, o sólo muy poco, de aquellos jóvenes. Recibía, en cambio, regalos, si eran modestos. Le agradaba decir:

—Nadie que deseara instrucción ha quedado sin ella, por pobre que sea, aunque sólo pueda traer un poco de carne desecada. —Había sin embargo un limite. No perdía tiempo con los necios—. Sólo enseño a quienes hierven de inquietud y de avidez, y desean saber todo lo que yo sé. —Llamaba «pequeños» a sus discípulos, como si fueran niños.

Como yo conocía apenas vagamente los textos que mencionaba Confucio, no era exactamente el ideal de un discípulo que hierve de avidez e inquietud. Sin embargo, cuando el maestro hablaba en su voz pausada y más bien aguda, yo escuchaba atentamente, aunque sólo comprendiera a medias el texto citado. Cuando interpretaba un escrito antiguo, Confucio era tan claro como las aguas del río Choaspes.

Recuerdo una pregunta que le hizo un joven decididamente ávido e inquieto:

—Si nuestro señor duque invitara al maestro K'ung a servir en el gobierno, ¿qué haría el maestro?

—Esto podría ser un indicio —me dijo al oído Fan Ch'ih.

Confucio miró durante un momento al joven. Luego citó una antigua máxima:

—Cuando te llamen, acude; cuando te aparten, ocúltate.

A Fan Ch'ih le encantó esa elegante evasión. A mí no me impresionó mucho. Nadie ignoraba que Confucio había pasado su vida tratando de encontrar un jefe que le permitiera gobernar el estado o, al menos, escuchara su consejo. Aun a los setenta años, su ambición era tan vigorosa como siempre.

—¿Querrías interpretar esa cita, maestro? —El joven estaba nervioso. Me pregunté si el barón K'ang le habría ordenado que formulara esa pregunta—. Muchos creen que te han llamado para guiar el estado.

Confucio sonrió. Conservaba la mayor parte de sus dientes.

—Piensas que te estoy ocultando algo, pequeño, algún secreto. Lo sé. Pero créeme; no tengo secretos. Si los tuviera, yo no sería yo mismo.

—Excelente —susurró Fan Ch'ih.

Sólo recuerdo otro intercambio de palabras ocurrido aquella mañana. Otro joven, sincero y obtuso, dijo:

—En mi pueblo dicen que tienes fama de ser muy sabio, pero se preguntan por qué nunca has hecho nada ni te has hecho un nombre por ti mismo.

Los demás discípulos se quedaron boquiabiertos. Confucio se echó a reír. Estaba verdaderamente divertido.

—Tus amigos tienen toda la razón. Jamás me he destacado en nada. Pero nunca es demasiado tarde, ¿verdad? Comenzaré a practicar. Hoy mismo. ¿Qué será? ¿Tiro al arco? ¿Carreras de carros? Pues eso. Carreras de carros. Y me presentaré en las carreras apenas esté preparado.

Todo el mundo rió con alivio.

Volví a ver a Confucio por la tarde. Esa vez sólo se encontraban allí doce de sus amigos más íntimos. Mi presencia no parecía importarle. Pensé, recuerdo, que quizá fuera verdad lo que había dicho, y no tuviese secretos. Pero si los tenía, era mi deber descubrir cuáles eran e informar al barón K'ang.

Confucio estaba sentado en una estera, en el salón de huéspedes, entre el más antiguo de sus discípulos, Tzu-lu, y el más querido, el joven pero enfermizo Yen Hui. En el fondo se encontraba su hijo, prematuramente envejecido, y al frente, el hijo de éste, Tze-ssu. Confucio trataba a su nieto como a un hijo, y al hijo como a un mero conocido, porque era un necio. Esto parece ser una ley en las familias; sea el padre lo que fuere, el hijo no lo es.

Los discípulos especulaban abiertamente acerca de los planes del barón K'ang con respecto a Confucio. También el maestro.

—He regresado porque me aseguraron que era necesario aquí; y ser necesario es servir al estado en cualquier puesto.

Yen Hui sacudió la cabeza.

—¿Por qué habría de gastar el maestro su valioso tiempo en asuntos oficiales? —Yen Hui hablaba en voz tan baja que todos debíamos volvernos hacia él y hacer pantalla con las manos—. ¿No es mejor que nos hables a nosotros, los jóvenes caballeros que venimos a verte, y a los funcionarios del estado que te consultan? ¿Por qué habrías de cargarte con el ministerio de policía si sólo tú puedes explicar a los hombres las costumbres de los antepasados para conducirlos así a la bondad?

Tzu-lu respondió a Yen Hui.

—Has oído decir diez mil veces al maestro: «El que no tiene rango en el estado no puede discutir su política». Pues bien; el barón K'ang ha llamado a Confucio. Eso significa que tiene necesidad de él. Eso significa que el estado de armonía con el que soñamos desde los tiempos de los Chou está muy cerca.

Hubo una larga discusión de ambos puntos de vista. Confucio escuchó a ambos interlocutores, como si esperara oír palabras de cegadora sabiduría. Pero ciertamente, el hecho de no verse enceguecido por lo que oía no le sorprendía en exceso. Tzu-lu era un anciano audaz, de ningún modo la persona que se esperaría ver en compañía de un sabio. Yen Hui, por el contrario, era suave, contemplativo, distante.

Fan Ch'ih habló de la estima que el barón K'ang sentía por Confucio. En verdad, el primer ministro había mencionado recientemente la posibilidad de designar a Confucio juez supremo. Para la mayoría de los allí presentes, éste era un

honor justificado. Todos preferían ignorar un hecho: como Confucio no era más que un caballero, no podía ejercer absolutamente ningún cargo oficial importante.

Cuando Confucio habló, finalmente, no se refirió directamente al tema.

—Como todos saben, cuando tenía quince años decidí aprender. A los treinta, tenía los pies firmemente apoyados en el suelo. A los cuarenta, ya no sufría… perplejidades. A los cincuenta, conocía las demandas del cielo. A los sesenta, me sometí a ellas. Ahora he llegado a los setenta años. —El maestro miró el borde de la estera en que estaba sentado. Cuidadosamente, alisó una arruga imperceptible para los demás. Luego alzó la vista—. He llegado a los setenta años —repitió—. Puedo seguir los dictados de mi propio corazón, porque lo que deseo no sobrepasa ya los límites de lo que es justo.

Nadie sabía cómo interpretar aquello. Pero no fue necesario, porque en ese momento Jan Ch'iu entró en la habitación con una noticia.

—Nuestro señor desearía que el maestro fuera a visitarlo a palacio.

Yen Hui se entristeció. Y todos se entristecieron cuando Jan Ch'iu agregó:

—Me refiero a nuestro señor el duque Ai.

Confucio sonrió a sus discípulos, consciente de su decepción.

—Pequeños —dijo suavemente—: si tuviera que elegir una sola frase del *Libro de las Canciones* que pudiera resumir todas mis enseñanzas, seria: «Que no haya maldad en tus pensamientos».

Pocas veces vi en privado al barón K'ang. Como la victoria contra Key había agotado el tesoro nacional, el primer ministro pasaba los días imaginando nuevos e ingeniosos impuestos que los ciudadanos de Lu, igualmente ingeniosos, generalmente lograban evadir. Recordé cómo el ruinoso coste de las guerras griegas había obligado a Darío a imponer tan pesados tributos que Egipto se había rebelado.

Finalmente, después de varios encuentros con Confucio, fui a presentarme directamente al barón K'ang en el Largo Tesoro. Lo encontré sentado en la cabecera de una mesa enorme, cubierta de tiras de bambú, donde estaban anotadas las cuentas del estado. En una segunda mesa, los funcionarios ordenaban otras tiras de bambú, escribían, sumaban y restaban. Detrás del barón, la estatua del duque Tan miraba al cielo raso.

—Perdón —dijo el barón sin ponerse de pie—. Éste es el día en que examinamos el inventario del estado. Un día de desaliento, me temo.

En Catay, como en la India, cada estado guarda sus reservas de grano. Cuando el cereal escasea, se venden las reservas con una pequeña ganancia. En los momentos de abundancia, el cereal se mantiene fuera del mercado. El estado retiene también armas, utensilios agrícolas, telas, carros, bueyes y caballos, no sólo para venderlos cuando es necesario, sino como reservas a utilizar en los malos tiempos, o en momentos muy especiales. Para nadie era un secreto que todo escaseaba en Lu, incluida la ley de las monedas, recortadas de modo bastante poco sutil.

Mientras avanzaba de puntillas, los hombros agachados y fingiendo humildad e incredulidad con apropiados movimientos de la cabeza —la forma correcta de acercarse a un funcionario de alto rango—, el barón indicó que me sentara a su lado en un taburete bajo.

—Espero, huésped de honor, que tus días en esta indigna ciudad no sean

demasiado desventurados.

Los catayanos pueden hablar de este modo durante horas enteras. Afortunadamente, el barón K'ang sólo emitía sonidos tan convencionales de tanto en tanto. Por lo general, era absolutamente directo. Se parecía en esto a Darío, a Darío el mercader, no a Darío el Gran Rey.

—Has visto cuatro veces a Confucio.

Asentí. No me sorprendía mucho que me hubieran espiado.

—El duque Ai lo ha recibido varias veces, como corresponde.

—Pero tú no lo has recibido, señor barón. —Formulé la pregunta como si fuera una afirmación, un arte persa de gran utilidad, todavía desconocido en el Reino Medio.

—La guerra.

El barón señaló con un gesto a los funcionarios de la otra mesa. Eso significaba que aún no había hablado en privado con Confucio.

—Confucio piensa que lo has llamado para utilizarlo. Ésa es mi impresión.

—Esa es también mi impresión.

El barón K'ang parecía solemne, indicio seguro de que se divertía. Durante los tres años que pasé en Lu, llegué a conocerle hasta el punto de poder leer fácilmente su rostro. Finalmente, casi no cambiábamos palabras. No era necesario. Nos comprendíamos perfectamente. Y también comprendí desde el principio que debería trabajar muy duro para verme libre de aquella encantadora jaula.

Expuse mi informe. Repetí todas las cosas interesantes que había dicho Confucio, y casi todas las palabras de Fan Ch'ih acerca de su maestro. Cuando terminé, el barón dijo:

—Debes resultar interesante para Confucio.

—No estoy seguro de que eso sea posible.

Me permití una sonrisa prohibida. En presencia del superior, el cortesano debe mostrarse siempre humilde y aprensivo. Esto último no es difícil en las volubles cortes de Catay.

La dinastía Chou logró, magistralmente, mitigar la naturaleza destructiva del hombre mediante intrincados rituales, normas, maneras y melodías. Un cortesano debía conocer trescientas reglas rituales básicas. La estera en que se sentaba debía ser lisa; la ropa de cama debía medir exactamente una vez y media la longitud del durmiente; no se debía mencionar el nombre de los muertos recientes. Además de las trescientas reglas, el verdadero caballero debía conocer, y practicar también, otras tres mil de menor importancia. Estar con un catayano verdaderamente puntilloso es una experiencia muy turbadora para el extranjero. Hace constantemente misteriosos gestos con la mano mientras mira al cielo o al suelo, mueve los ojos de lado a lado, susurra plegarias, acude en nuestra ayuda cuando no es necesario, pero no cuando cierto grado de ayuda podría ser útil. Los silencios del barón K'ang, sus frases crípticas, el uso o no uso de sus músculos faciales, formaban parte del código de los nobles, algo modificado en honor del extranjero. Sin embargo, cuando están en la intimidad, los poderosos —en todas las partes del mundo— tienden a olvidar muchas de las ceremoniosas maneras que muestran en público. Darío escupía; y reía como un soldado.

—Debes resultar interesante para Confucio. —El barón me ordenaba espiar directamente al maestro K'ung.

—¿Qué temas debería suscitar para… avivar su interés? —De ese modo acepté la misión.

—Eres el nieto de un sabio. Eso le interesará. —Después de una larga y aburrida enumeración de temas presuntamente interesantes, el barón fue al centro del asunto—. El tema de Key reviste gran importancia para Confucio, y también para mí. Creo que muy pronto recibiremos noticias insólitas de Key. No sé cuál será su respuesta cuando eso ocurra. Después de todo, está muy cerca del duque Chien. Y ha visto muchas veces al guardián de Pi.

—¡El traidor! —exclamé, con la indignación debida.

—Esa es la calificación que merece, en verdad. No olvido que el guardián le ofreció el cargo de primer ministro, si él le ayudaba a traicionar a su tierra nativa.

Me sentí intrigado por primera vez.

—¿Aceptó Confucio?

—Eso es lo que debes descubrir. Por cierto, el guardián defendió vivamente la devolución del poder al duque de Lu, aunque, como sabemos, el duque de ningún modo ha perdido una sola partícula del poder recibido de sus antepasados celestiales. —La convicción de que el gobernante hereditario es todopoderoso, es una de las normas rituales esenciales, de entre las tres mil trescientas propias del cortesano. Todo lo que hacia el dictador lo hacía en nombre del duque Ai.

—¿Cuál era el motivo de la guerra? ¿La restauración, como falsamente afirman, del duque?

—Sí. El guardián de Pi convenció al duque Chien de que era el momento apropiado para atacar. Naturalmente, a Key no le disgustaba la idea de reducir nuestro territorio, o de absorberlo, Pero, hace un año, Confucio cruzó el río Amarillo y se estableció en Wei. No sé por qué. Me gustaría saberlo. ¿Se había dejado persuadir por el guardián, como le ocurría tantas veces con todo el mundo? ¿O era un ardid destinado a lograr que no lo creyéramos vinculado con nuestros enemigos de Key o con la reciente guerra?

Jamás había oído hablar tan directamente al barón. Respondí con igual claridad.

—¿Crees que Confucio es un agente secreto del guardián de Pi?

—O del duque Chien. Ahora bien: si lo es, sólo tiene importancia por una razón —el barón me miró a los ojos, algo que un caballero catayano jamás debe hacer—: sus discípulos ocupan posiciones en todos los ministerios de nuestro gobierno. El mejor de mis generales es un confuciano devoto. Tu amigo, mi segundo mayordomo, Fan Ch'ih, daría la vida por su maestro. Pues bien. Yo preferiría que nadie tuviera que dar su vida ¿Comprendes?

—Sí, señor barón.

El barón K'ang temía que los confucianos de su propio gobierno se aliaran con las fuerzas del duque Chien y lo derrocaran, particularmente en aquel momento, puesto que carecía de recursos para librar una segunda guerra. El barón había llamado a Confucio no sólo para vigilarlo, sino también para neutralizar su poder si había una nueva guerra. En cierto modo, yo era, para el barón, un agente ideal. Era un

extranjero: a nadie debía lealtad excepto al barón, puesto que sólo él podía enviarme de regreso a mi hogar. Aunque no confiaba en mí más que yo en él, ninguno de los dos tenía demasiadas opciones. Acepté la misión de buena fe. Trataría de ser interesante para Confucio. No era empresa fácil, porque a los catayanos no les importa el mundo más allá de los cuatro mares. Afortunadamente, Confucio era una excepción. Le fascinaba el mundo de las cuatro regiones bárbaras, es decir, al norte, al sur, al este y al oeste del Reino Medio. En realidad, cada vez que se sentía deprimido decía: «Creo que cogeré una balsa para navegar hacia el mar». Esta expresión indica, en Catay, el hecho de establecerse en alguna parte salvaje e incivilizada del mundo.

—¿Cómo haré para estar a solas con él? —pregunté al barón K'ang.

—Llévalo a pescar —respondió el barón, retornando a la deplorable tarea de intentar salvar de la ruina un estado al borde del derrumbe económico.

Como de costumbre, el barón tenía razón. Confucio sentía verdadera pasión por la pesca. No recuerdo exactamente cómo logré que se reuniera conmigo junto al río que corre a través del bosque de sauces, justo al norte de los altares de la lluvia; pero allí estábamos los dos, solos, una clara mañana al comienzo del verano, ambos equipados con cañas de bambú, sedales, anzuelos de bronce y cestos de mimbre. Confucio jamás pescaba con red.

—¿Qué placer puede proporcionar? —preguntaba—. Sólo tiene sentido si el sustento depende de coger muchos peces.

Con una vieja vestidura acolchada, Confucio estaba sentado con las piernas cruzadas sobre la ribera verde y húmeda. Yo estaba a su lado, sobre una roca. Recuerdo todavía cómo la superficie plateada de la lenta corriente reflejaba la luz del sol. Y también que en aquel blanco cielo de primavera no sólo brillaba un sol brumoso, sino también una media luna semejante al cráneo de un fantasma.

Todo el río era nuestro. A propósito: fue aquélla la primera vez que pude observar al maestro sin sus discípulos. Me pareció muy agradable, y de ningún modo sacerdotal. En verdad, sólo se mostraba desagradable cuando alguien poderoso obraba de modo incorrecto.

Era, como descubrí, un diestro pescador. Cuando un pez mordía el anzuelo, movía suavemente el sedal de un lado a otro, como si no fuera una mano humana sino la propia corriente la causa del movimiento. Y entonces, en el momento exacto, lo recogía.

Después de un largo silencio, dijo:

—Si tan sólo uno pudiera seguir siempre así, día tras día…

—¿Pescando, maestro?

El anciano sonrió.

—Eso también, huésped de honor. Pero me refería al río, que nunca se detiene y siempre es el río.

—El maestro Li diría que todo es ya una parte del siempre-así.

No hay mejor forma de hacer que un hombre baje la guardia que mencionar a sus rivales. Pero Confucio no se dejó arrastrar por el tema del maestro Li. En cambio, me preguntó acerca del Sabio Señor. Respondí con la extensión que acostumbro. Escuchó sin hacer comentarios. Tuve la impresión de que le interesaba más la vida cotidiana de un buen zoroastriano que la guerra entre la Verdad y la Mentira. También

demostró curiosidad por los diversos sistemas de gobierno que había encontrado en mis viajes. Le dije lo que podía.

Confucio me pareció un hombre formidable, a pesar de que no podía apreciar de ningún modo los vastos conocimientos que se le atribuían en el Reino Medio. Como nada sabía de los rituales, las odas, las historias que él guardaba en su memoria, no podía deleitarme por la facilidad con que citaba esas antiguas obras. En realidad, no siempre podía decir cuándo citaba un antiguo texto y cuándo extrapolaba. Hablaba siempre con gran sencillez; no era como tantos griegos, que tornan difíciles las cosas más simples mediante la sintaxis, y luego, triunfalmente, aclaran lo que han logrado oscurecer con una sintaxis aún más compleja.

Me asombró descubrir que aquel sabio tradicionalista chocaba frecuentemente con las opiniones corrientes. Por ejemplo, cuando le pregunté cuál había sido el último oráculo del caparazón de tortuga, respondió:

—El caparazón pidió que lo reunieran con la tortuga.

—¿Es un proverbio, maestro?

—No, huésped de honor; es un chiste. —Confucio mostró, con su sonrisa, toda la longitud de sus dos dientes delanteros. Como muchas personas que sufren deformaciones dentales, padecía también trastornos gástricos, por lo cual era muy admirado. En Catay, las turbulencias en esa región del cuerpo significan que allí actúa constantemente una mente superior.

Confucio habló luego de la pobreza del estado.

—Ayer el duque Ai me preguntó qué debía hacer. Le pregunté si el estado había recibido todos los impuestos y respondió que sí; pero la guerra había costado tanto que no quedaba nada.

—Será preciso aumentar los impuestos —dije, recordando la sombría imagen del barón trabajando en el Largo Tesoro.

—Pero eso sería muy poco inteligente y muy poco justo —repuso Confucio—. Después de todo, si en los buenos tiempos el gobernante se complace en participar de la abundancia, en los malos tiempos debería aceptar el hecho de no poder gastar tanto como desearía.

Transmití al barón este comentario; tal vez, pensé, Confucio pretenda debilitar el estado para el caso de un ataque de Key. El barón lo creía posible, pero poco probable.

—Siempre ha pensado lo mismo —dijo—. Cree que el pueblo debe al estado una parte fija de su ingreso, y nada más; y se irrita cuando el gobierno altera lo que considera un contrato sagrado.

Confucio me habló de un sabio a quien había conocido en su juventud. Aparentemente, ese estadista, primer ministro de uno de los ducados menos poderosos, recopiló y ordenó todas las leyes del Reino Medio y las hizo inscribir en bronce. De modo parecido actuó Darío cuando nos dio nuestro código de leyes. Ese sabio, llamado Tzu-Ch'an, elaboró también una serie de disposiciones económicas nuevas, para horror de los conservadores. Pero sus reformas demostraron ser tan eficaces que hoy es uno de los catayanos modernos más admirados. Por cierto, Confucio no escatimó elogios a su mentor.

—Tzu-Ch'an poseía las cuatro virtudes del perfecto caballero. —Un pez tiró

del sedal del maestro: delicadamente, él dirigió la caña río abajo, y luego río arriba, de modo más vivo—. Ha mordido el anzuelo —anunció, feliz.

—¿Cuáles son las cuatro virtudes? —pregunté. Todo está numerado al este del río Indo.

Mientras atraía el sedal cautelosamente, enumeró esas preciosas cualidades:

—El perfecto caballero es cortés en la vida privada. Es puntilloso en sus tratos con el príncipe. Da a la gente común no sólo lo que le debe, sino algo más. Y es, por fin, absolutamente justo en sus relaciones con quienes le sirven y con el estado.

—Tzu-Ch'an me parece un divino sabio —respondí amablemente. En realidad, el divino sabio me parecía un maestro del lugar común, de esos que sólo los tontos citan extensamente.

Confucio dejó que el pez se fatigara junto a la orilla.

—Dudo que veamos un divino sabio en nuestro tiempo. Pero siempre podemos tener la esperanza de encontrar a un perfecto caballero.

—Se considera que lo eres, maestro. Y todavía más. —Le hablé como a un gobernante.

Pero Confucio no estaba tan seguro de sí como la mayoría de los hombres eminentes.

—Lo que se considera que soy, y lo que soy, son cosas diferentes. Como el pez, que es una cosa en el agua y otra en la fuente. Soy un maestro porque nadie me permite conducir los asuntos de un estado. Soy como una calabaza amarga: nadie la come, todos la cuelgan de la pared como decoración.

Dijo esto sin visible rencor. Luego alzó el pez —una carpa de buen tamaño— y lo depositó en el suelo. Con gestos rápidos, lo desprendió, lo arrojo al cesto de mimbre, puso un nuevo cebo en el anzuelo y lanzó nuevamente el sedal, todo esto en el tiempo que le llevaría a una persona ordinaria dar a una pregunta una respuesta que conoce.

Cuando felicité a Confucio por su pericia como pescador, rió y dijo:

—No tengo un alto cargo. Por eso tengo tantas habilidades.

—Se dice que el duque de Key te ha ofrecido un puesto de importancia.

—Eso se refiere al viejo duque. Y fue hace muchos años. Posteriormente he hablado con su hijo. El duque Chien es un hombre serio.

Pero no tengo influencia en Key.

—Eso es evidente, maestro. —Empecé a cumplir la misión encomendada por el barón K'ang. Simultáneamente, pesqué un pez.

—¿Por qué es tan evidente, huésped de honor?

Confucio era uno de esos raros sabios que hacen preguntas para saber lo que ignoran. En general, los sabios de este mundo prefieren enredar al oyente con preguntas cuidadosamente construidas, para extraer respuestas que reflejen su visión inmutable. Esto es muy fácil de hacer, Demócrito, como has visto hace unos días, cuando obligué a Sócrates a responder a mis preguntas. Te oigo sonreír en la oscuridad que me rodea perpetuamente. Pues un día verás que tengo razón. La sabiduría no comenzó en el Ática, aunque aquí termine.

—A causa de la reciente guerra, maestro, a la que te hubieras opuesto.

—No estaba en Key cuando empezó la guerra. —Confucio miró mi sedal tenso—. Río abajo, con suavidad —aconsejó. Yo moví la caña, pero no con suavidad, y

perdí el pez—. Es una lástima —agregó—. Se requiere gran delicadeza. Pero, después de todo, he pescado en este río toda mi vida. Conozco las corrientes. ¿Cómo puede creer nadie que yo pudiera alentar la guerra? Eso me sorprende.

Confucio sabía exactamente qué estaba pescando yo. No era posible engañarlo en su propio terreno, y no lo intenté.

Fui directamente al grano.

—Se piensa que deseabas restaurar en el poder al duque con el auxilio del guardián de Pi.

Confucio asintió, y dejó de atender su sedal.

—Es verdad que he hablado con el guardián. Es verdad que me ofreció un cargo. Es verdad que respondí «no». Es un aventurero, y un hombre poco serio. —El anciano me miró de repente. Sus ojos eran más claros que los de la mayoría de los catayanos—. También es verdad que nunca habrá un equilibrio adecuado entre el cielo y la tierra si no restauramos las ceremonias, la música, la dinastía y las costumbres antiguas. Vivimos en malos tiempos porque no somos buenos. Dile eso al barón K'ang. —No le molestaba que me hubieran asignado la misión de espiarlo. Es más: me utilizaba como un medio de comunicación con el primer ministro.

—¿Qué es la bondad, maestro?

—Toda persona que se somete al ritual es buena. —Una nube de mosquitos nos rodeó—. No te muevas —dijo—. Se irán. —Nos quedamos muy quietos. No se fueron. Me vi respirando mosquitos. El maestro parecía indiferente a ellos—. Un caballero o un gobernante —la sonrisa mostró nuevamente sus dientes delanteros—, y una misma persona puede ser las dos cosas, como sabes… no debe hacer nada que se oponga al ritual. Debe tratar a todas las personas del mismo modo cortés. No debe hacer a nadie lo que no quisiera que le hiciesen a él.

—Pero si un gobernante condena a muerte a un hombre por un crimen, sin duda hace una cosa que no querría que nadie le hiciera a él.

—Es presumible que el condenado a muerte haya desafiado el ritual, haciendo el mal a los ojos del cielo.

—¿Y si estaba sirviendo a su país en una guerra?

Confucio y yo luchábamos ahora contra los mosquitos. Él con su abanico; yo con mi sombrero de paja de ala ancha. Finalmente, los mosquitos empezaron a retirarse en grupos, como unidades militares.

—La guerra implica una serie distinta de rituales. El buen gobernante debe estar en guardia y evitar cuatro cosas feas cuando su nación está en paz.

Nuevamente los números. Como se esperaba que preguntara cuáles eran esas cosas, lo hice. Mientras tanto, el último de los repulsivos insectos desapareció.

—Primeramente, condenar a muerte a un hombre sin enseñarle lo que es justo. Eso es salvajismo. En segundo lugar, esperar que una tarea esté concluida en cierta fecha sin advertir al obrero. Eso es opresión. En tercer lugar, dar órdenes imprecisas cuando se quiere un cumplimiento perfecto. Eso es atormentar. Finalmente, dar a alguien de mala gana lo que se le debe. Eso es odioso y mezquino.

Como era imposible negar la fealdad de esas cosas, no hice comentarios. Confucio no los esperaba.

—¿A qué llamas un ritual, exactamente, maestro?

En Catay se usa constantemente la palabra ritual, y significa mucho más que la observancia religiosa.

—Los antiguos ritos de Chou nos purifican, y el sacrificio a los antepasados une con perfecta armonía el cielo y la tierra, siempre y cuando el gobernante sea bueno y los ritos se cumplan adecuadamente.

—Vi las ceremonias de los antepasados en Loyang. Temo haberlas encontrado desconcertantes.

Confucio había cogido otro pez. La caña de bambú se curvó como un arco. El pez era pesado, pero la mano del pescador era ligera.

—Cualquiera que comprenda en su totalidad los sacrificios ancestrales puede ocuparse de todo asunto terreno con tanta facilidad como yo —con un enérgico movimiento, Confucio tiró de la caña hacia arriba, y una gran brema voló sobre nuestras cabezas. Ambos reímos de placer. Siempre es agradable ver algo maravillosamente bien hecho—... cojo este pez. —Cuando Confucio completó la frase, el pez cayó sobre un arbusto de lilas. Lo fui a buscar, y el maestro dijo—: Las ceremonias de los antepasados se parecen un poco a la pesca. Con un tirón demasiado violento, rompes el sedal o la caña. Si tiras con poca fuerza, pierdes el pez y quizá también la caña.

—De modo que ser bueno es obrar de acuerdo con la voluntad del cielo.

—Por supuesto. —El anciano guardó su última presa.

—¿Qué —pregunté— es el cielo?

Confucio se demoró bastante más que de costumbre en poner el cebo en su anzuelo. No respondió hasta que hubo vuelto a lanzar su sedal. Observé que la luna diurna había desaparecido. El sol brillaba oblicuamente en el cielo blanco.

—El cielo da la vida y la muerte, la buena y la mala fortuna. —No ignoraba que no había respondido a mi pregunta. Nada dije. Él continuó—: El cielo es el lugar donde mora el primer antepasado. Cuando sacrificamos al cielo, es a él a quien dedicamos el sacrificio.

Cogí una anguila. Pensé que la anguila ondulante daba una excelente imagen de Confucio hablando del cielo. No contestaba específicamente, por la excelente razón de que no creía en el cielo, ni tampoco en el supuesto primer antepasado.

Confucio era ateo. Yo estaba seguro. Pero creía en el poder del ritual y la ceremonia, tal como los concebía la dinastía Chou, desaparecida mucho antes, porque era un verdadero devoto del orden, el equilibrio y la armonía en los asuntos humanos. Como la gente común cree en toda clase de dioses estelares, y como la clase gobernante cree que desciende directamente de una serie de antepasados celestiales que vigilan atentamente desde lo alto, Confucio procuraba utilizar esas antiguas creencias para obtener una sociedad armoniosa. Ponía el acento sobre la dinastía Chou porque, aparte del encanto de las admoniciones del duque Tan, el último hijo del cielo era un Chou. Por lo tanto, para crear un Reino Medio unido, era necesario hallar un nuevo hijo del cielo, preferiblemente de esa familia. Como Confucio temía, con razón, que apareciera un gobernante inconveniente, siempre destacaba la importancia de las supuestas virtudes de la vieja dinastía. Aunque estoy seguro de que había creado buena parte de lo que decía, Fan Ch'ih me juró que Confucio sólo se limitaba a interpretar textos antiguos.

—Entonces, sólo interpreta lo que conviene a las situaciones presentes —respondí. A Fan Ch'ih eso no le parecía mal.

Cuando le conté la broma de Confucio acerca de la concha de tortuga, frunció el ceño.

—Eso no es correcto.

—¿Por qué?

—El arte de la adivinación procede de los antepasados. Ellos nos han dado el *Libro de las Mutaciones*, que el maestro venera.

—Sin embargo, sonreía.

Fan Ch'ih no estaba contento.

—No es un secreto que el maestro se interesa menos de lo debido por la adivinación. A decir verdad, ha llegado a decir que el hombre construye su destino cuando cumple las leyes del cielo.

—Y no cree que el cielo exista.

—Si piensas eso —respondió Fan Ch'ih escandalizado—, no has comprendido a Confucio. Naturalmente, eres un bárbaro. —Sonrió—. Sirves a un dios que ha creado el mal como un pretexto para torturar a sus otras creaciones.

No dignifiqué tal blasfemia con una respuesta.

Por lo que sé, Confucio era el único catayano a quien no le importaban los fantasmas, los demonios ni el mundo de los espíritus. Casi se podía pensar que no creía en ellos. En varias oportunidades le hice preguntas sobre ello, pero jamás recibí una respuesta satisfactoria.

Recuerdo que, mientras trataba de desprender la anguila del anzuelo, pregunté:

—¿Y los muertos? ¿Adónde van? ¿Son juzgados? ¿Vuelven a aparecer? ¿Nacen de nuevo? —Los movimientos del animal me impedían arrancar de su boca el anzuelo—. ¿No hay cierto mérito en obrar bien? ¿No merece eso una recompensa del cielo? Y si no es así, entonces…

—Convendría que me permitieras desprender esa anguila —dijo el maestro. Con un solo gesto diestro, lo hizo y la metió en el cesto. Luego se secó las manos en la hierba—. ¿Cuánto sabes de la vida? —pregunto.

—No sé si comprendo bien lo que quieres decir. Conozco mi propia vida. He viajado a países lejanos y conocido toda clase de personas…

—Pero no a todas las razas ni a todos los hombres, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Entonces, huésped de honor, si todavía no lo sabes todo de la vida, ¿cómo puedes comprender la muerte?

—Y tú, maestro, ¿comprendes la vida?

—No, desde luego. Sé unas pocas cosas. Me encanta aprender. He tratado de comprender este mundo. Escucho a todos. Pongo a un lado lo que parece dudoso y soy cauteloso con el resto.

—¿No crees en la revelación divina?

—¿Por ejemplo?

Le hablé de la ocasión en que yo había oído la voz del Sabio Señor. Describí también la visión de Pitágoras, la iluminación del Buda, las experiencias ultraterrenas

de nuestros propios Magos —inducidas, naturalmente, por el haoma; pero aun así verdaderas visiones— y el anciano escuchó atentamente. Sonreía, o esa era la impresión que daba. Las puntas de sus dientes estaban constantemente a la vista. Quizá fuera ése el motivo por el cual su expresión habitual era de amable diversión.

Cuando terminé, Confucio recogió el sedal y guardó ordenadamente su equipo de pesca. Hice lo mismo, con menos orden. Por un instante, pensé que había olvidado de qué estábamos hablando. Lo ayudé a ponerse de pie, porque sus articulaciones eran débiles, y él dijo con tono despreocupado:

—He oído muchas historias como ésas. Antes me impresionaban inmensamente. Tanto, que finalmente decidí entregarme a la meditación. Pasé un día entero sin probar alimento, y una noche sin dormir, intensamente concentrado. ¿Y qué crees que ocurrió?

Por primera vez me hablaba de modo informal. Yo había sido aceptado.

—No lo sé, maestro.

—Nada. Absolutamente nada. Mi mente estaba totalmente en blanco. No veía nada. No comprendía nada. Por eso, ahora creo mejor estudiar las cosas reales del mundo real.

Anduvimos lentamente por entre los árboles situados justamente detrás de los altares. Las personas que pasaban reconocían y saludaban a Confucio; él respondía con benevolencia, cortesía y distancia.

Un caballero apareció de pronto junto a los altares.

—¡Maestro! —dijo con fervor.

—Tzu-Kung. —El maestro respondió con mera corrección a su efusividad.

—Traigo una gran noticia.

—Dime.

—¿Recuerdas que te pregunté si había un precepto según el cual se pudiera y se debiera actuar durante todo el día y todos los días?

Confucio asintió.

—Sí, recuerdo. Te dije: «Nunca hagas a los demás lo que no te gustaría que te hicieran a ti».

—Eso fue hace más de un mes. Ahora, maestro, gracias a ti, puedes creerlo, tampoco deseo yo hacerle a nadie lo que no deseo que me hagan.

—Querido mío —dijo Confucio, palmeando el brazo de Tzu-Kung—, todavía no has llegado exactamente a ese punto.

## 5

Presenté mi informe al barón K'ang. No sé qué impresión le causó el relato de mi primera conversación con Confucio. Escuchó con gravedad. Luego me pidió que tratara de recordar todo lo que se había dicho acerca del antiguo guardián de Pi. Parecía más interesado por él que por el duque de Key.

Finalmente, me atreví a decir que me parecía sumamente improbable que un hombre como Confucio intentara derrocar un gobierno. El barón K'ang movió la cabeza.

—No conoces a ese gran hombre tan bien como nosotros. Desaprueba el actual gobierno. Ya has oído lo que dijo acerca de mi venerado padre, el primer ministro hereditario: «Si es posible soportar a este hombre, todo se puede soportar…» Pronunció abiertamente estas palabras, antes de su primer exilio.

—¿Por qué tu padre no lo condenó a muerte?

El barón hizo con una mano el gesto de arrojar algo.

—Aceptamos su mal genio porque es Confucio. Y también porque él conoce los caminos del cielo. Debemos honrar al sabio. Y también vigilarlo atentamente.

—¿A los setenta años, barón?

—Oh, sí. Los anales del Reino Medio hablan de muchos ancianos malvados que intentaron destrozar el estado.

Luego, el barón dijo que debía enseñar a los artesanos del estado a fundir el hierro. También debía ver a Confucio tan frecuentemente como me fuera posible, e informar con regularidad. El barón me concedió derecho de acceso diario a su presencia, lo cual significaba que podía acudir a la corte cuando lo deseara. Por alguna razón, jamás fui invitado a las reuniones de las familias Meng o Shu. Pero siempre fui bien recibido en la corte ducal.

Me dieron también un salario modesto, una casa agradable, aunque glacial, cerca de la fundición, dos criados y dos concubinas. Las mujeres de Catay son, con gran ventaja, las más hermosas del mundo, y las más sutiles cuando se trata de dar placer a los hombres. Llegué a querer extraordinariamente a aquellas dos muchachas. Cuando Fan Ch'ih le habló a Confucio de mi concupiscencia, el maestro rió y dijo:

—Toda mi vida he buscado un hombre cuyo deseo de elevar su fuerza moral fuese tan fuerte como su impulso sexual. Pensé que tal vez nuestro bárbaro lo fuese. Ahora debo seguir buscando.

En general, Confucio no reía mucho. Al menos, en la época en que yo lo conocí. Muy poco después de su retorno, las cosas empezaron a marchar mal. Yo estaba en la corte el día en que el duque Ai anuncio:

—Mi querido primo, el duque de Key, ha sido asesinado.

A pesar del protocolo, se oyó en la habitación un sofocado grito de sorpresa. Aunque el primer caballero no abrió la boca, no se movió ni hizo el menor gesto incorrecto, se puso muy pálido.

Al parecer, una de las familias de barones de Key había decidido apoderarse del poder, del mismo modo en que la familia Chi había derrocado a los duques de Lu. El amigo y protector de Confucio había sido asesinado ante las puertas del templo de

sus propios antepasados. Cuando el duque Ai terminó de hablar, Confucio pidió permiso para dirigirse al trono en su carácter de primer caballero.

Cuando se le concedió el permiso, dijo:

—Pido excusas por no lavar primeramente mi cabeza y mis miembros, como debe hacer quien suplica. Pero jamás creí posible encontrarme en una situación comparable a la de este día terrible. —Aunque la voz del anciano se quebraba continuamente por la tensión, hizo un elocuente discurso afirmando que el asesinato de un monarca legítimo era una afrenta al cielo que debía ser castigada—. En verdad, si este crimen no es vengado de inmediato, quizá todas las naciones se enajenen la simpatía del cielo.

La respuesta del duque fue digna.

—Comparto el horror del primer caballero ante el asesinato de mi primo. Haré lo que pueda para vengarlo. —El duque parecía adecuadamente indignado, como corresponde a un hombre sin poder—. Sugiero ahora que se lleve este asunto ante el consejo de los Tres.

Confucio acudió directamente a presencia del barón K'ang, quien dijo sin ambages que nadie, en Lu, podía hacer nada respecto de un crimen cometido en Key.

Confucio estaba furioso, pero nada podía hacer.

Aquella noche, Fan Ch'ih vino a mi casa, cerca de la fundición. Mientras las dos muchachas nos servían tortas de arroz fritas —en esos días de posguerra todos vivíamos frugalmente—, Fan Ch'ih me dijo:

—Esperábamos esto desde el final de la guerra.

—¿El asesinato del duque?

Fan Ch'ih asintió.

—Quería restaurar el poder del duque Ai. Pero al perder la guerra, perdió también el apoyo de sus propios barones. Y éstos, con cierta ayuda externa, lo mataron.

—¿Ayuda externa?

Recordé inmediatamente lo que había dicho el barón K'ang acerca de ciertos hechos que se avecinaban.

Fan Ch'ih llevó un dedo a sus labios. Indiqué a las muchachas, con un gesto, que se retiraran. Cuando estuvimos a solas, Fan Ch'ih dijo que el barón K'ang había conspirado con los barones de Key para matar al duque. Eso explicaba la ansiedad del barón por saber qué podía hacer o querer hacer Confucio y —lo que era más importante— en qué medida podía influir sobre Fan Ch'ih y Jan Ch'iu la predecible furia de Confucio por el asesinato de un príncipe que era también su amigo personal. El temor constante del barón K'ang era la traición, lo cual no era en modo alguno absurdo. Ciertamente, tenía todas las razones para sentir temor. Durante su vida, un siervo de Chi había llegado a ser el dictador de Lu; el guardián de su propio castillo se había rebelado, y el duque de Key había invadido su reino. ¿Quién podía censurar al barón por ser suspicaz?

—He procurado tranquilizar al barón —dije—, pero no creo que me tome muy en serio.

—Tal vez sí —respondió—. Tú vienes de afuera.

—¿Cuándo crees que podré estar… adentro?

Si bien mi vida en esa tierra encantadora, aunque más bien peligrosa, era agradable, la soledad me abrumaba con frecuencia. Todavía recuerdo vívidamente la sensación de suprema extrañeza que me dominó una mañana de otoño. Una de las muchachas me había pedido que fuera temprano al mercado a buscar un par de costosos faisanes. Recuerdo cuán fría era aquella madrugada. Recuerdo que aún flotaba en el aire la niebla de la noche. Recuerdo que el mercado era —es— una permanente felicidad. Durante la noche, los carros y las carretas entraban en la ciudad cargados de productos. Luego, las hortalizas y las raíces comestibles eran ordenadas exquisitamente, no de acuerdo con el precio, sino con el color, el tamaño y la belleza. En peceras redondas había peces de mar y de río, vivos, y también pulpos, langostinos y cangrejos. También era posible encontrar alimentos raros y caros: patas de oso, gelatinosos nidos de ave, aletas de tiburón, hígados de pavo real, huevos enterrados desde los tiempos del Emperador Amarillo.

La compra y la venta alcanzaban su punto máximo cuando salía el sol y la niebla empezaba a disiparse. Era una escena maravillosa, que solía encantarme. Pero precisamente aquella mañana, frente a una hilera de jaulas de mimbre con faisanes del color del bronce, la soledad cayó bruscamente sobre mí. Nunca me he sentido más alejado del mundo real. Yo estaba allí, rodeado por gentes de una raza extraña, cuya lengua apenas comprendía, y cuya cultura estaba muy lejos de todo lo que había conocido. Si realmente existe un Hades, o el hogar ario de los padres, estoy seguro de que uno debe sentirse en ese limbo como me sentía yo mientras miraba los faisanes con los ojos nublados por las lágrimas. Recordé un pasaje de Homero: el fantasma de Aquiles llora su antigua vida en el mundo, bajo el sol que jamás volverá a ver. En ese momento, hubiera preferido ser un pastor en las sierras de Susa y no el hijo del cielo. Aunque esos momentos de debilidad eran raros, eran terriblemente dolorosos cuando surgían. Todavía sueño a veces que estoy rodeado de gentes amarillas en un mercado. Cuando intento escapar, las jaulas de faisanes me cortan el paso.

Fan Ch'ih intentaba consolarme.

—Iremos juntos. Pronto. Al barón le agrada la idea. Y es natural. Después de todo, he encontrado, según creo, la ruta original de la seda a la India. Podríamos partir mañana, sólo que…

—¿No hay dinero?

Fan Ch'ih asintió.

—Es todavía peor de lo que piensas. El tesoro de Chi está prácticamente exhausto. El tesoro ducal ha estado siempre vacío.

—¿Y las familias Meng y Shu?

—También ellas sufren la escasez. La cosecha del año pasado fue mala. La guerra fue desastrosamente cara, y sólo conquistamos Lang, la ciudad más pobre de Key.

—Me has dicho que no hay aquí banqueros. Pero sin duda habrá ricos mercaderes dispuestos a prestar dinero al estado.

—No. Nuestros ricos fingen ser pobres. Y nadie presta dinero porque… bueno, aquí la vida es más bien incierta.

No más incierta que en cualquier otro lugar, pensé. Pero era cierto que los complejos procedimientos bancarios eran posibles en Babilonia, e incluso en

Magadha, debido a sus períodos relativamente largos de paz y estabilidad. El Reino Medio estaba demasiado fragmentado para que se pudiera establecer un sistema desarrollado de préstamos y créditos.

—Mañana —Fan Ch'ih parecía descontento, aunque estaba frente al plato de las cuatro estaciones, que a las muchachas les había llevado cuatro días preparar, y que a cualquiera le agradaría contemplar y saborear durante otros cuatro días—, el barón K'ang anunciará los nuevos impuestos. Se le cobrarán a todo el mundo. Nadie quedará exento. Sólo de esa manera podremos arrancar dinero a los ricos.

—Y arruinar a todo el mundo.

Me alarmé. Pocos meses antes se había cobrado el impuesto de guerra, para angustia de todos los ciudadanos. En ese momento, Confucio había advertido al gobierno que el impuesto era excesivo.

—Lo peor —había dicho Confucio— es que, cuando el estado toma tanto para sí, se reduce la capacidad de crear riqueza de la gente. Los bandidos del bosque nunca cogen más de los dos tercios de la caravana del mercader. Después de todo, el interés del bandido es que los mercaderes prosperen. Sólo de ese modo tendrá siempre algo que robar.

Pregunté a Fan Ch'ih si Confucio había sido consultado.

—No. El barón K'ang no quiere otra conferencia. Jan Ch'iu colocará la proclama en la pared del Largo Tesoro. Después, con sus soldados, irá casa por casa tratando de recoger lo que pueda.

—Espero que el barón sepa lo que hace.

—Sabe lo que debe hacer.

Fan Ch'ih no estaba nada satisfecho. Además del descontento público que crearían los nuevos impuestos, todo el gobierno estaba preocupado por la reacción de Confucio. Siempre me ha maravillado el temor que inspiraba ese hombre anciano y sin poder alguno. Aunque ningún gobernante estaba dispuesto a darle el cargo que ansiaba, ni a escuchar sus consejos políticos o religiosos, todos los funcionarios deseaban su bendición. No comprendo todavía cómo un sabio aislado, sin riqueza ni poder político, había logrado crearse aquella posición. Sin duda, el cielo le había entregado un mandato cuando nadie miraba.

El día en que los nuevos impuestos entraron en vigencia, yo estaba en casa de Confucio. Una docena de discípulos formaba un semicírculo en torno del maestro, quien estaba sentado con la espalda apoyada contra la columna de madera que sostenía el cielo raso de la habitación interior. El anciano parecía sentir dolor de espaldas, porque apoyaba primero el lado izquierdo y luego el derecho, contra la dura superficie de madera. Nadie mencionó el nuevo impuesto. Era demasiado conocido el punto de vista de Confucio al respecto. En cambio, todos hablamos —lo que no era inoportuno— de funerales y de duelos, de los muertos y de lo que se les debía. Tzu-lu estaba a la izquierda del maestro, Yen Hui a su derecha. En otra parte de la casa, el hijo de Confucio se moría. La muerte estaba en el aire.

—Ciertamente —dijo Confucio—, no se es nunca demasiado estricto cuando se trata del duelo. Es una deuda con nuestra memoria de los muertos. Yo me adheriría incluso a la vieja norma por la cual el hombre que ha llorado en un funeral por la mañana, no debe elevar su voz en el canto durante la misma noche.

Si bien todos concordaban en la puntual observación de los ritos fúnebres —en que, por ejemplo, no se debía ofrecer sacrificio a los muertos después de haber bebido vino o comido ajo—, había algunas diferencias en lo tocante a la duración del duelo en el caso de un padre, un hijo, un amigo, una esposa.

Un joven discípulo dijo:

—Estoy convencido de que un año de duelo es lo correcto por la muerte del padre. Sin embargo, el maestro insiste en que deben ser tres años.

—Yo no insisto en nada, pequeño. Simplemente me ajusto a la costumbre.

Confucio tenía el aire humilde que le era habitual, pero no pude dejar de observar las miradas algo ansiosas que dirigía al enfermizo Yen Hui.

—¿No se acostumbra suspender todos los asuntos cotidianos durante el duelo por el padre?

—Esa es la costumbre —respondió Confucio.

—Pero, maestro, si un caballero no practica todos los ritos religiosos durante tres años, los ritos decaerán. Si no toca música, olvidará el arte. Si no siembra sus campos, no habrá cosecha. Si no hace girar el hacha en el bosque, no habrá nuevo fuego cuando se apague el viejo. Sin duda, es más que suficiente pasar un año sin hacer estas cosas necesarias.

Confucio pasó la mirada de Yen Hui a su discípulo más joven.

—Después de un solo año de duelo, ¿te sentirías bien comiendo el mejor arroz y vistiendo el brocado más fino?

—Sí, maestro.

—Hazlo así, entonces. Por supuesto. Pero recuerda —la voz suave se elevó ligeramente— que si es un verdadero caballero quien escucha música durante el duelo, la melodía sonará ásperamente en sus oídos. Una buena comida no tendrá sabor. La cama cómoda parecerá de piedras. Por eso encuentra fácil, además de correcto, privarse de esos lujos. Pero si te sientes verdaderamente en paz cuando te los permites, sigue adelante.

—Sabía que lo comprenderías, maestro. —Con gran alivio, el discípulo se retiró.

Confucio movió la cabeza.

—¡Qué inhumanidad! El padre de ese joven ha muerto hace sólo un año y él quiere concluir el duelo ahora. Sin embargo, cuando era niño, pasó sus primeros tres años en brazos de sus padres. Uno pensaría que lo menos que podría hacer es llevar luto durante el mismo tiempo.

Aunque Confucio me alentaba a hacer preguntas, yo rara vez las hacía cuando había otras personas presentes. Prefería estar a solas con él. Había descubierto, por otra parte, que era más comunicativo cuando tenía el anzuelo en la mano. A veces, él mismo me hacía preguntas, y escuchaba atentamente las respuestas. Por lo tanto, me sorprendí a mí mismo cuando formulé una pregunta en presencia de los discípulos. Supongo que me sentía afectado por la tensión general. El hijo de Confucio agonizaba; Yen Hui estaba enfermo; el maestro estaba tan indignado por los nuevos impuestos que era evidentemente posible un cisma entre sus discípulos. Me oí preguntar entonces, procurando una distracción, pero también con el deseo de aprender:

—He visto que, en algunas partes del Reino Medio, se matan hombres y

mujeres cuando muere un gran señor. ¿Es esto justo, maestro, a los ojos del cielo?

Todos los ojos se volvieron hacia mí. Como no existe en la tierra una sociedad que no perpetúe usos antiguos que avergüencen profundamente a los contemporáneos reflexivos, la pregunta era evidentemente inoportuna.

Confucio movió la cabeza, como para condenar con un ademán una práctica que estaba obligado a explicar, si no a justificar.

—Desde los tiempos del Emperador Amarillo ha sido costumbre que los grandes, cuando mueren, lleven consigo a sus fieles esclavos. En el oeste, esta costumbre aún se mantiene, como has visto en Ch'in. Aquí en el este, somos menos tradicionalistas. Pero esto se debe al duque de Chou, cuyas palabras ponen este asunto a una luz diferente.

Siempre que Confucio mencionaba al duque de Chou se podía tener la seguridad de que se proponía subvertir las costumbres en el nombre del legendario fundador de Lu, cuyas afirmaciones jamás contradecían, en apariencia, los puntos de vista de Confucio.

—Como nuestros gobernantes desean ser atendidos en sus tumbas como lo fueron en sus palacios, deseo correcto y absolutamente tradicional, la costumbre ha sido matar hombres y mujeres útiles, caballos y perros. Esto es conveniente hasta cierto punto: ese punto ha sido aclarado por el duque de Chou con la misma belleza con que hacía todas las cosas. Observó que los cuerpos humanos se deterioran rápidamente y que muy pronto su carne se convierte en polvo. En poquísimo tiempo, la concubina más hermosa pierde sus formas y se transforma en arcilla. Dijo entonces el duque de Chou: «Cuando esos hombres y mujeres muertos se conviertan en arcilla, perderán su forma y su función original. Sustituyamos entonces la carne momentánea por figuras de arcilla cocidas al fuego que duren eternamente. En cualquiera de ambos casos, el gran señor estará rodeado por arcilla. Pero si las imágenes que lo rodean están hechas de una arcilla que conserva su forma, su espíritu podrá contemplar eternamente a sus leales esclavos».

Los discípulos quedaron satisfechos. No importaba que el duque de Chou hubiese dicho eso o no. Confucio había dicho que así era, y era suficiente. Por cierto, los catayanos inteligentes coincidían en que los sacrificios humanos en gran escala eran un inútil desperdicio. Además, según Confucio, la dinastía Chou los condenaba.

—Desde luego —observó Tzu-lu— los nativos de Ch'in tienen escasa consideración por la vida humana.

—Es verdad —dije—. Cuando le pregunté al dictador de Ch'in por qué se sentía obligado a condenar a muerte a tantas personas por delitos sin importancia, respondió: «Si te lavas la cabeza como es debido, perderás algunos pelos; si no te la lavas, perderás todo el cabello».

Percibí, para mi sorpresa, que la mayoría de los presentes estaba de acuerdo con Huan. Sin embargo, no se debe olvidar que los habitantes del Reino Medio tienden a aplicar la pena de muerte por delitos que nosotros castigaríamos con una simple mutilación o aun con unos latigazos.

El tema de los funerales, el duelo y lo que se debe a los muertos fascina a los catayanos aún más que a nosotros. Nunca comprendí por qué, hasta que Tzu-lu preguntó bruscamente al maestro:

—¿Saben los muertos que oramos por ellos?
Yo sabía —¿quién no?— que Confucio sentía profundo disgusto por esa pregunta imposible de responder.
—¿No te parece suficiente —respondió— que nosotros sepamos lo que hacemos cuando honramos a los muertos?
—No. Por ser el discípulo más antiguo y osado de Confucio, Tzu-lu no temía desafiar al maestro. —Si no existen espíritus ni fantasmas, no veo por qué debemos preocuparnos por servirlos o conquistar su buena voluntad.
—¿Y si existen? —Confucio sonreía—. Entonces, ¿qué?
—Habría que honrarlos, por supuesto, pero…
—Como no lo sabemos con seguridad, ¿no es mejor obrar como nuestros antepasados?
—Tal vez. Pero el coste de un funeral puede arruinar a una familia.
—Tzu-lu era obstinado. —Debe de haber otra forma, más razonable, de servir a la vez a los espíritus y a los seres vivientes.
—Mi viejo amigo, si no has aprendido a servir correctamente a los hombres mientras están vivos, ¿cómo puedes esperar servirles cuando están muertos? —Confucio miró, casualmente, al parecer, a Yen Hui, que sonrió. De pronto se veían, debajo de su piel fláccida, todas las características de su cráneo—. Además —prosiguió Confucio—, el mundo que importa es este mundo, el mundo de los vivos. Sin embargo, como amamos y respetamos a los que nos precedieron, observamos los ritos que nos recuerdan nuestra unidad con los antepasados. No es fácil comprender la verdadera significación de estos ritos, ni siquiera para el sabio. Para las personas comunes, todo el asunto es un misterio. Consideran que esas ceremonias están destinadas a apaciguar horrendos fantasmas. Y no se trata de eso. El cielo está lejos. El hombre está cerca. Honramos a los muertos para bien de los vivos.
Las evasiones de Confucio cuando hablaba del cielo siempre me fascinaban. Hubiera querido interrogarlo más profundamente, pero nos interrumpió la llegada de Jan Ch'iu y Fan Ch'ih, que permanecieron en el fondo de la habitación, en cuclillas, como escolares que han llegado tarde a la escuela.
Confucio miró largamente a Jan Ch'iu. Luego preguntó:
—¿Por qué has llegado tarde?
—Asuntos de estado, maestro —respondió Jan Ch'iu en voz baja.
Confucio movió la cabeza.
—No tengo ningún cargo; pero si esta noche hubiese habido reuniones de estado, lo habría sabido. —Se abrió un silencio embarazoso. Luego Confucio preguntó—: ¿Apruebas los nuevos impuestos?
—Esta mañana he colocado las nuevas órdenes en los muros del Largo Tesoro, por orden del barón K'ang.
—Eso es bien sabido. —Las puntas de los dientes delanteros no eran visibles. El anciano tenía tan apretada su boca de conejo que parecía extrañamente severo, como un dios-demonio del rayo—. No te he preguntado si habías colocado el anuncio de los impuestos. Te he preguntado si los aprobabas.
Jan Ch'iu parecía desolado y nervioso.
—Como mayordomo de la familia Chi, estoy obligado a obedecer las órdenes

del primer ministro.

Confucio estaba tan cerca de la furia como era posible para un hombre como él.

—¿En todas las cosas? —pregunto.

—Tengo obligaciones, maestro. Y tu norma ha sido siempre que se debe servir al señor legitimo.

—¿Aun cuando ello suponga cometer sacrilegio?

Jan Ch'iu parecía desconcertado.

—¿Sacrilegio, maestro?

—Sí, sacrilegio. La pasada primavera, el barón K'ang fue al monte T'ai, a ofrendar jade al espíritu de la montaña. Como sólo el soberano puede hacer esto, cometió sacrilegio. ¿Acompañaste al barón en esa ocasión?

—Sí, maestro.

—Entonces, también tú has cometido sacrilegio. —Confucio cerró de un golpe su abanico oficial—. ¿Has empezado a recoger los nuevos tributos?

Jan Ch'iu asintió, la vista clavada en el suelo.

—Lo que haces es injusto. Los impuestos son excesivos. El pueblo padecerá. Deberías haber tratado de detener al barón K'ang. Deberías haberle advertido de las consecuencias de su acción.

—Le dije que los impuestos… crearían resentimiento.

—Cuando el gobernante se niega a proceder justamente con su pueblo, su servidor está obligado a renunciar. Tu obligación era evidente. Deberías haber renunciado a tu cargo como mayordomo de la familia Chi.

Se oyó en la habitación el ruido sibilante del aire aspirado bruscamente. Estaba contemplando una escena que jamás había ocurrido anteriormente. Confucio acusaba a un discípulo, que era, además, uno de los hombres más poderosos del estado. Jan Ch'iu se puso de pie. Hizo una profunda reverenda a su maestro y se marchó. Fan Ch'ih se quedó. Sonriendo cordialmente, Confucio cambió de tema.

Durante cierto tiempo, Lu pareció estar al borde de la rebelión. Recordé la respuesta egipcia a los impuestos de guerra de Darío. No se puede llevar a la gente más allá de cierto punto: una vez que se alcanza ese punto, el gobernante debe esclavizar a su pueblo, o encontrar una excusa inteligente para retractarse de su posición.

Confucio pasó a ser el centro de los caballeros anti-Chi que servían al duque, y también a las familias Shu y Meng. Aunque los barones objetaban a los impuestos, no se atrevieron a enfrentarse al barón K'ang.

Como el duque Ai, pronunciaban frases crípticas. Como el duque Ai, nada hicieron. El ejército de la familia Chi no sólo era poderoso: era también leal al dictador. Y el día anterior al del anuncio de los nuevos impuestos, el barón K'ang había aumentado el salario de todos sus soldados. En tiempos difíciles, la lealtad es cara.

Durante ese período de tensión, pasé los días en la fundición. Como el barón K'ang no me llamó, no asistí a la corte Chi. Es innecesario decir que tampoco visité a Confucio. Y evité la corte ducal, permanente centro de la disidencia. En verdad, no vi a nadie, con excepción de Fan Ch'ih, que me visitaba con frecuencia. Era mi único nexo con el peligroso mundo de la corte.

A Fan Ch'ih le agradaba ver trabajar a los herreros en la fundición. El proceso le parecía fascinante. Yo hallaba fascinantes a los artesanos de Catay. Jamás he conocido gentes capaces de aprender a dominar nuevas técnicas con tal rapidez. Aunque yo estaba oficialmente a cargo de la producción de hierro del estado, poco tuve que hacer después de los primeros pocos meses. Los herreros catayanos sabían lo mismo que sus pares persas, y yo ya no era necesario.

Una semana después del anuncio de los impuestos, Fan Ch'ih me visitó. Dejé el trabajo en manos de mi asistente principal y salí del calor y el fulgor del metal fundido a una brumosa noche violeta, punteada por la lenta caída de grandes copos de nieve. Mientras caminábamos hacia mi casa, escuché las últimas noticias. En apariencia, el barón K'ang tenía pleno control de la situación. Se estaban recaudando los impuestos y el estado parecía razonablemente a salvo de disensiones internas.

—Pero el maestro se niega a ver a Jan Ch'iu. Y al barón K'ang.

Estábamos en la calle de los alfareros shang. Los shang son los hombres de pelo negro, anteriores a la dinastía Chou, que fueron conquistados por las tribus del norte. Antes de que los Chou llegaran al Reino Medio, los shang eran sacerdotes, administradores, maestros de lectura y escritura. Ahora no tenían poder. Se dedicaban a la alfarería. Pero en los últimos tiempos empezaban a abundar entre los caballeros confucianos, los provenientes del viejo linaje shang. Y de ese modo, gradualmente, la gente de pelo negro regresaba al poder, como aparentemente sucedía en todo el mundo. Zoroastro, el Buda, Mahavira, aun Pitágoras, revivían las antiguas religiones del mundo pre-ario, y el dios-caballo moría en todas partes, poco a poco.

—¿Confucio no corre peligro —pregunté— cuando desafía al barón K'ang? —Estábamos ante una tienda de cerámica. Como en toda tienda shang hay una linterna que ilumina los rojos, azules y amarillos de las piezas vidriadas como brasas en una hornalla, Fan Ch'ih parecía de pronto un arco iris andante.

Fan Ch'ih sonrió.

—Lu es «Chou del oriente». O eso es lo que pretendemos. Nuestro sabio divino está seguro, diga lo que diga.

—Pues él dice que no es un sabio divino.

—Es modesto; un claro signo de divinidad, si los hay. Pero es también cruel. Jan Ch'iu sufre.

—Podría acabar con el sufrimiento renunciando.

—No renunciará.

—Entonces, ¿prefiere sufrir?

—Prefiere el poder a la bondad. Esto es muy común. Pero quisiera ser tan bueno como poderoso, y esto no es común. Jan Ch'iu cree que es posible. El maestro no está de acuerdo.

Fan Ch'ih compró unas castañas asadas. Mientras las pelábamos, nos quemamos los dedos; mientras las comíamos, nos quemamos los labios. Los suaves y pertinaces copos de nieve caían constantemente del cielo de oscura plata al suelo de oscura plata.

—Debes hablar con él —dijo Fan Ch'ih, con la boca llena.

—¿Con Jan Ch'iu?

—Con el maestro. Eres una figura neutral, un extranjero. Te escuchará.

—Lo dudo. Pero además, ¿qué puedo decirle?

—La verdad. El estado padece porque no hay armonía entre el gobernante y el sabio divino. Pero si Confucio recibiera a Jan Ch'iu…

Prometí hacer lo que pudiera. Y volví a plantear el tema de mi retorno, una vez más.

Fan Ch'ih no era optimista al respecto.

—No se puede hacer nada este año. El tesoro todavía está en déficit. Pero sé que el barón K'ang está muy interesado en la ruta por tierra a la India.

—¿Tu ruta de la seda?

—Sí, mi ruta de la seda. Pero ese viaje es una gran empresa.

—Me estoy haciendo viejo, Fan Ch'ih.

Hasta el día de hoy, asocio la profunda soledad con la nieve que cae y las castañas ardientes.

—Reúne al barón K'ang y a Confucio. Si lo haces, conseguirás lo que deseas. —Aunque no le creí, dije que haría lo posible.

El día siguiente era el último del año, de modo que me dirigí al altar ancestral de Confucio. No podía haber elegido un momento peor. Los ritos de la expulsión estaban en su apogeo. Ésta es, sin duda, la ceremonia más ruidosa del mundo. Todo el mundo corre de un lado a otro haciendo sonar cornetas, tambores y matracas. Se cree que sólo se puede expulsar a los malos espíritus del año viejo y abrir el paso a los del año nuevo si se hace todo el ruido posible. Durante el rito de la expulsión, Confucio acostumbraba a acudir a la cumbre de los escalones del este del altar de los antepasados, con su traje de corte. Cuando el ruido alcanzaba el nivel más ensordecedor, hablaba en tono tranquilizador a los espíritus ancestrales. Les pedía que no se asustaran ni se sorprendieran por el escándalo, y que se quedaran donde estaban.

Pero, para mi sorpresa, Confucio no estaba en los escalones del altar. ¿Estaba enfermo? Corrí a su casa. O intenté correr, porque a cada paso me detenían las danzas de los exorcistas y sus locos oficiales.

Por unas monedas, un exorcista recorre las casas expulsando los malos espíritus. Acompañan al exorcista cuatro ruidosas personas que reciben el nombre de locos. No tiene importancia el que lo sean o no. Ciertamente, se conducen del modo más grotesco que quepa imaginar. Llevan una piel de oso cubriéndoles la cabeza y los hombros, y además pica y escudo. Cuando llegan a una casa, los locos provocan el éxtasis de los criados con terribles aullidos mientras el exorcista corre por la casa gritando epítetos a los malos espíritus instalados en el sótano, los aleros, las habitaciones posteriores.

La fachada enjalbegada de la casa de Confucio había sido untada con una pintura amarillo azafrán. Nunca supe que significaban esas manchas. Como la puerta principal estaba abierta, entré. Esperaba ver alguna clase de ceremonia religiosa. Pero no había sacerdotes ni discípulos en la habitación exterior, fría como una tumba.

Mientras cruzaba el salón, oí llantos en el interior de la casa. Pensando que podía haber un exorcista, me detuve y traté de recordar las normas correctas de etiqueta. ¿Estaba permitido entrar en la casa de alguien durante el rito de la expulsión?

Un discípulo que se había deslizado en la sala detrás de mí me informó.

—El hijo ha muerto —susurró—. Debemos dar el pésame al padre. —Me condujo a las habitaciones privadas.

Vestido de luto, Confucio estaba sentado sobre una estera, de espaldas a la columna de madera. En la habitación había varios discípulos. No sólo parecían tristes, sino también asombrados.

Saludé al maestro, que respondió con su habitual cortesía. Ambos hicimos los gestos exigidos en la más triste de las ocasiones. Cuando me arrodillé junto a Tzu-lu, él murmuro:

—No hay forma de consolarlo.

—¿Cómo se podría, puesto que el dolor supremo es perder al hijo mayor? —Era la frase tradicional.

—Ha perdido más que eso —respondió Tzu-lu.

Al principio no comprendí qué quería decir. En términos convencionales, lo peor que le puede ocurrir a un hombre es perder a su hijo mayor. Me uní a los cánticos; repetí las plegarias; emití sonidos de consuelo. Pero Confucio no sólo gemía según manda el rito, sino que lloraba verdaderamente.

Por fin, respetuosamente pero con firmeza, Tzu-lu dijo:

—Maestro, has abandonado todo recato. ¿Es correcto ese llanto?

Confucio dejó de gemir. Las lágrimas brillaban en sus mejillas como huellas de caracol.

—¿Es correcto? —repitió. Y antes de que Tzu-lu pudiera responder, volvió a echarse a llorar. Y al mismo tiempo dijo, con voz asombrosamente firme—: Si alguna muerte humana puede justificar abandonarse al llanto, es precisamente la suya.

Comprendí entonces que Confucio no creía en una vida posterior. Cualesquiera que fuesen sus palabras rituales acerca del cielo como residencia de los antepasados, él no creía que existiese ese lugar. Aun así, me sorprendió bastante que estuviese desmoralizado por la muerte de ese hijo que tan poco había significado para él. En verdad, había sido muchas veces una fuente de confusión para su padre. Había sido acusado en varias oportunidades de pedir dinero a los discípulos de Confucio y de guardárselo. Y lo peor era que había sido un necio.

Luego, un anciano a quien yo nunca había visto dijo:

—Maestro, dame tu carroza para poder construir con su madera un ataúd adecuado para mi hijo.

Me sentía cada vez más sorprendido. ¿Quién era aquel anciano? ¿Quién era el hijo muerto? Bruscamente, Confucio dejó de llorar y se volvió al anciano.

—No, amigo mío, no te la doy. Tú has perdido mucho, y yo también. No; yo he perdido el doble, porque he perdido a mi propio hijo y ahora también he perdido al tuyo, que era el mejor y el más sabio de los jóvenes.

Supe así que también Yen Hui había muerto. Dos veces, en rápida sucesión, el maestro había sido herido por… el cielo.

El padre de Yen Hui empezó a protestar en tono desagradable.

—Entonces, ¿no es importante que un joven valioso reciba todos los honores? ¿No era acaso el más sabio discípulo del hombre más sabio?

Confucio parpadeó. La pena fue reemplazada por el fastidio. Contrariamente a

lo que se suele pensar, los viejos siempre cambian de humor más rápidamente que los jóvenes.

—Tu hijo era como un árbol al que yo pude cuidar hasta que dio flores. Pero no vivió lo bastante para dar fruto. —Confucio hizo una pausa; respiró profundamente, y continuó con evidente emoción—: No puedo permitir que se use mi carroza para adornar el ataúd, porque cuando mi hijo fue sepultado, y no pretendo compararlo con Yen Hui, tampoco tuvo un ataúd adornado. Primero, porque no hubiese sido correcto y, además, porque soy el primer caballero y no puedo ir a pie hasta la tumba. La costumbre exige que vaya en carroza. Como ésa es la ley, no tenemos opción.

Aunque el padre de Yen Hui estaba claramente disgustado, no se atrevió a objetar. Pero Tzu-lu lo hizo.

—Sin duda, maestro, debemos enterrar a Yen Hui con toda la ceremonia posible. Podemos encontrar madera para adornar el ataúd sin privarte de tu carroza. Ciertamente, debemos honrar a Yen Hui. Se lo debemos al cielo, a los antepasados y a ti, que has sido su maestro.

Hubo un largo silencio. Luego Confucio bajó la cabeza y murmuró, como para sí mismo:

—El cielo me ha robado lo que era mío.

Tan pronto como hubo pronunciado esta blasfemia, el cielo respondió. Un exorcista irrumpió en la habitación, seguido por cuatro locos aulladores. Mientras bailaban, golpeando tambores y campanas, e insultando a todos los malos espíritus del año viejo, Confucio se deslizó fuera de la habitación; y yo atravesé la ciudad a toda prisa, para llegar al palacio de Chi.

Encontré a Fan Ch'ih en la parte del palacio equivalente, en Persia, a la sala segunda de la cancillería. Allí, los caballeros Chou de piel blanca y los caballeros shang de pelo negro se ocupaban de los asuntos cotidianos del estado. Nunca supe cuántos de esos funcionarios eran confucianos. Sospecho que la mayoría.

Fan Ch'ih estaba enterado de las dos muertes.

—Es muy triste. Yen Hui era un hombre notable. Todos lo extrañaremos.

—¿Y el hijo?

Fan Ch'ih hizo un gesto de indiferencia.

—Al menos, este infortunio nos da tiempo para respirar.

Jan Ch'iu se reunió con nosotros. Aunque parecía exhausto, me recibió con la cortesía que se le debe a un huésped de honor. También él conocía las noticias.

—Desearía acudir a su lado. Sé que sufre. ¿Qué dijo?

Repetí la frase de Confucio acerca del cielo.

Jan Ch'iu movió la cabeza.

—Eso no está bien, como él será el primero en admitir cuando su dolor se calme.

—En otros tiempos —agregó Fan Ch'ih—, jamás habría dicho esto, por dolorido que estuviera a causa de la voluntad del cielo.

Tanto Jan Ch'iu como Fan Ch'ih parecían más alterados por el insólito exabrupto de Confucio que por la muerte del ejemplar Yen Hui.

—¿Irás al funeral? —le pregunté a Jan Ch'iu.

—Por supuesto. Será muy importante. El padre se ha ocupado de eso.

Me sorprendí.

—Pero el maestro ha dicho que la ceremonia en honor de Yen Hui debía ser tan sencilla como la de su propio hijo.

—Tendrá una decepción —repuso Jan Ch'iu—. He visto los planes. El padre me habló de ello por la mañana. Huésped de honor —tocó ligeramente mi brazo con el dedo índice, un gesto de confianza—: como sabes, no soy persona grata en la casa del maestro. Sin embargo, es urgente que lo vea lo antes posible.

—Estará de duelo al menos durante tres meses —dijo Fan Ch'ih—. Y nadie podrá hablar con él… de otros asuntos.

—Tendremos que encontrar un medio. —Nuevamente el dedo índice, ligero como una mariposa, se apoyó en mi brazo—. Eres un bárbaro. Eres un sacerdote. Le interesas. Por encima de todo, jamás lo has disgustado ni irritado. Si quieres hacernos un bien, y quiero decir un bien al país, y no simplemente a la familia a la que sirvo, trata de arreglar un encuentro entre Confucio y el barón K'ang.

—Pero basta con que el barón lo llame. Como primer caballero, él tendrá que ir.

—No se puede llamar a un sabio divino.

—Confucio niega…

—En el Reino Medio —interrumpió Jan Ch'iu—, es el sabio divino. El hecho de que Confucio lo niegue con tal vehemencia, prueba sencillamente que es en verdad lo que sabemos. El barón K'ang necesita a Confucio. —Jan Ch'iu me miró a los ojos. Esto suele indicar que un hombre miente. Pero el mayordomo no tenía por qué mentirme—. Tenemos muchas, muchas dificultades.

—¿Los impuestos?

Jan Ch'iu asintió.

—Son exorbitantes. Pero, sin ellos, no podemos pagar al ejército. Sin el ejército…

Jan Ch'iu se volvió hacia Fan Ch'ih, quien me informó de las últimas amenazas al estado.

—Cerca del castillo de Pi hay una especie de terreno sagrado llamado Chuan-yu. El propio duque Tan le concedió la autonomía. Aunque se encuentra dentro de las fronteras de Lu, ha sido siempre independiente. La fortaleza de Chuan-yu es casi tan formidable como el castillo de Pi.

Empecé a comprender.

—De modo que el antiguo guardián de Pi…

—… intenta subvertir Chuan-yu. —La cara siempre alegre de Fan Ch'ih contrastaba con la tensión de su voz—. Sólo es cuestión de tiempo el que tengamos otra rebelión en el reino.

—El barón K'ang querría arrasar la fortaleza…

Jan Ch'iu jugaba con los ornamentos de su cinturón.

—«Si no lo hacemos ahora, tendrán que hacerlo mi hijo o mi nieto», ha dicho el barón. «No podemos permitir que una fortaleza tan poderosa esté en manos de nuestros enemigos. Por supuesto, Confucio se opondrá a un ataque a ese lugar sagrado, o a cualquier otro lugar sagrado.» —Jan Ch'iu me miró fijamente por segunda

vez. Yo estaba bastante asustado. Como tantos caballeros Chou, tenía los ojos amarillos de un tigre—. Como ministros del barón, estamos de acuerdo con él. Como discípulos de Confucio, estamos en desacuerdo.

—¿Crees realmente que alguien puede inducir a Confucio a hacer algo tan… incorrecto? —Yo comprendía el dilema, pero no le veía salida.

—Debemos intentarlo. —Fan Ch'ih sonrió—. Tú debes intentarlo. Dile que debe recibir al barón K'ang. Dile que se le ofrecerá un alto cargo. De otro modo…

—De otro modo, el barón arrasará igualmente la fortaleza.

—Sí —respondió Jan Ch'iu—. Pero esa fortaleza me preocupa menos que los últimos días de Confucio. Durante muchos años hemos trabajado para lograr un fin: llevar al poder al sabio divino para que pueda arreglar las cosas.

—¿Sugieres que sólo llegará al poder si permite que el barón haga una cosa indebida? —dije vivamente.

Jan Ch'iu se apresuró a tomar la ofensiva.

—El barón K'ang piensa, acertada o desacertadamente, que Confucio intentó derrocar a la familia Chi cuando entró en tratos con el traidor guardián de Pi. Acertada o desacertadamente, el barón cree que la última guerra fue instigada por Confucio. Y que quizás un día Confucio intente utilizar su prestigio en todo el Reino Medio para ocupar el sitio del hijo del cielo.

—Si eso fuera cierto, tu sabio divino sería culpable de traición. —No olvidé esbozar la sonrisa de la corte.

—Sí —respondió Jan Ch'iu sin sonreír—. Afortunadamente hemos ganado la guerra y nuestro antiguo enemigo, el duque de Key, está muerto.

Comprendí entonces toda la dimensión del asunto.

—El barón K'ang —iba a decir «asesinó al duque». Pero elegí la discreción—… logró salvar al estado —concluí mansamente.

Fan Ch'ih asintió.

—Ahora sólo nos falta eliminar a los rebeldes de Chuan-yu. Después podremos dormir en paz. Como los rebeldes de Chuan-yu son la última esperaza de los enemigos del barón, sólo esa fortaleza se interpone entre nosotros y la paz perfecta.

—Pero es necesario que el maestro esté de acuerdo en que sea desmantelada.

Jan Ch'iu movió la cabeza.

—Lo acepte o no, las murallas de Chuan-yu serán derribadas. Pero si lo acepta con sinceridad, se cumplirá el sueño de diez mil sabios. Confucio será invitado a dirigir el estado. Él ha dicho siempre: «Dadme tres años y pondré las cosas en orden». Querría que él tuviera esos tres años antes de que sea demasiado tarde. Todos lo queremos.

Nunca logré comprender a Jan Ch'iu. Creo que era auténticamente fiel a su maestro. Después de todo, había probado su lealtad al exiliarse con él unos años antes. Sin embargo, Jan Ch'iu era igualmente leal al barón K'ang. Esperaba construir un puente entre… el cielo y la tierra. Y si yo lo ayudaba a construir ese puente, podría volver a mi hogar. Ése fue el acuerdo a que llegamos en el palacio de Chi, la noche del negro día en que Confucio reprochó al cielo la muerte de Yen Hui. Mientras Fan Ch'ih me escoltaba hasta el vestíbulo del palacio de Chi, comenté la frialdad con que había tratado Confucio al padre de Yen Hui. ¿Por qué no podía tener Yen Hui un espléndido

funeral? ¿Y por qué no podía Confucio romper con la costumbre y caminar en lugar de ir en carroza?

—Temo que no hayas comprendido al hombre más sabio que ha vivido nunca —dijo Fan Ch'ih.

—¿Cómo podría comprenderlo, si yo no soy un sabio? —dije con la debida humildad catayana.

—Para Confucio, lo único que tiene importancia es la vida moral. Esto significa que si el deseo o el interés personal entra en conflicto con el proceder justo, el deseo o el interés deben ser desechados. Como hombre, desea honrar a Yen Hui. Pero como defensor de la rectitud, no puede infringir la conducta que sabe justa.

—¿De modo que el humilde Yen Hui debe recibir humilde sepultura?

—Sí. Un hombre tiene obligaciones para con el soberano, los padres, los amigos, la humanidad. A veces, estas obligaciones entran en conflicto. Evidentemente, el respeto al soberano es más importante que el deber para con un amigo. Por supuesto, abundan las ambigüedades. Para Confucio, el soberano legítimo es el duque Ai. Para nosotros, lo es el barón K'ang. En cierto sentido, Confucio tiene razón. En cierto sentido, nosotros tenemos razón. Pero no cede, y quizás tampoco nosotros cedamos. Y el resultado sólo puede ser la infelicidad.

—¿Quién determina, en definitiva, lo que está bien? —Estábamos ante la gran puerta del palacio.

—El cielo, huésped de honor.

—¿Qué es el cielo, vice-mayordomo Fan Ch'ih?

Mi amigo sonrió.

—El cielo es lo que está bien.

Ambos reímos. Pienso que los confucianos son, en la práctica, ateos. No creen en una vida futura ni en un día del juicio. No les interesa cómo ni para qué ha sido creado el mundo. En cambio, actúan como si esta vida fuera todo lo que hay y como si lo único importante fuera vivirla correctamente. Para ellos, el cielo es simplemente una palabra que designa la conducta correcta. Como la gente común tiene toda clase de sentimientos irracionales acerca del cielo, Confucio ha empleado inteligentemente la idea del cielo para dar autoridad mágica a sus pronunciamientos acerca de la forma en que los hombres deben tratarse unos a otros. Y para impresionar a las personas educadas, tanto Chou como Shang, ha tenido el cuidado de convertirse en el más profundo estudioso del Reino Medio. Por esta razón, no hay un solo texto Chou que no pueda citar en su propio beneficio. A pesar de mi profundo disgusto por el ateísmo y de mi irritación ante la severidad de Confucio, jamás he conocido a otro hombre con una conciencia tan clara de la forma en que se deberían conducir los asuntos públicos y privados. Aun Demócrito halla curioso mi recuerdo, sin duda deficiente, de sus palabras. Pero si uno elimina a un creador de todas las cosas, será una excelente solución reemplazar a ese creador por una idea muy clara de lo que es la bondad a escala humana.

Me esforcé por reunir al enfadado sabio y al irritado dictador. Al principio, hice pocos progresos. Confucio estaba de duelo por su hijo y por Yen Hui y, por otra parte, su propia salud se estaba deteriorando. A pesar de todo, continuaba su enseñanza. Estaba, además, interesado en escribir la historia de Lu.

—Creo que puede ser útil —me dijo—, mostrar cómo y por qué han carecido de poder diez generaciones de duques.

Le pregunté cuál consideraba él la razón principal de la decadencia del poder ducal y la elevación de los ministros hereditarios.

—Todo comenzó cuando los primeros duques cedieron en arrendamiento la recolección de los impuestos a la nobleza. —Los análisis de Confucio eran siempre muy precisos—. Llegó un momento en que los nobles empezaron a retener para sí el producto de los impuestos y, como todo el mundo sabe, quien controla el tesoro, controla el estado. También es un hecho que ninguna dinastía dura mucho más de diez generaciones. Y que si el poder está en manos de los barones —el anciano desplegó su sonrisa de conejo— es poco probable que puedan conservarlo durante más de cinco generaciones. Tengo la impresión de que hoy, después de cinco generaciones en el poder, las familias Chi, Meng y Shu no son ya lo que eran antes.

No me atreví a tratar directamente con el maestro. Cultivé en cambio mi relación con Tzu-lu, puesto que sólo él decía a Confucio lo que pensaba.

—Después de todo —me dijo Tzu-lu—, si yo no lo hubiera detenido, se habría unido con el guardián de Pi. Cuando ese bribón dijo que se proponía crear un Chou del este, Confucio le creyó. Le dije que seria un tonto si se vinculaba con el guardián. Si alguna vez tenemos un Chou en el este, será de modo natural y sólo porque el maestro ha aclarado a todo el mundo que eso no sólo es deseable, sino también posible.

Tzu-lu concordaba conmigo en que ya era hora de que Confucio hiciera la paz con el barón K'ang.

—No te preocupes —dijo Tzu-lu—, yo lo convenceré.

Después de arduas negociaciones, Confucio aceptó una invitación a visitar al barón en la llamada mansión del bosque. Un brillante día de verano, escoltados por una compañía de soldados de Chi, salimos de la ciudad en un coche ligero tirado por cuatro caballos.

—Espero —me había dicho el barón mientras se tomaban las últimas disposiciones—, que no se molestará si lo recibo en el viejo pabellón de caza de mi padre. Desearía que su rústica sencillez fuera grata para el sentido de las proporciones de Confucio. —La cara, semejante a un huevo, del barón no traicionó la menor emoción, como de costumbre, cuando añadió—: Tú, Ciro Espitama, huésped de honor, nos has prestado un servicio que no olvidaremos fácilmente.

El viaje a través del bosque fue muy agradable. Abundaban las aves de todas clases, recientemente llegadas del lejano sur; los árboles mostraban su primer follaje y las flores silvestres impregnaban el aire de una delicada fragancia que me hacía estornudar incontrolablemente.

La primera noche cenamos como reyes, carne de caza y peces recién cogidos.

Dormimos en tiendas. No vimos dragones, duendes ni bandidos. Pero a la mañana siguiente encontramos un solitario ermitaño; como la mayoría de los ermitaños solitarios, no podía parar de hablar. Nada afloja tanto la lengua como un voto de silencio. Aquel hombre no había cortado ni lavado su pelo ni su barba durante años. Moraba en un árbol cerca del sendero, y era muy conocido por los viajeros que recorrían esa región. Como los monos de la India, se precipitaba sobre los extraños que pasaban. Le complacía contrastar la sencilla perfección de su vida con la vida mundana de los demás. Los sabios ermitaños de Catay son tan fastidiosos como los de la llanura del Ganges; afortunadamente, son todavía menos generosos.

—Ah, maestro K'ung —saludó a Confucio, que había descendido para aliviar decorosamente sus necesidades en un bosquecillo de moreras silvestres.

Confucio devolvió cortésmente el saludo.

—Dime, maestro K'ung, ¿hay un crimen peor que tener demasiados deseos?

—El crimen consiste en tener un mal deseo —replicó Confucio suavemente. Estaba acostumbrado a los improperios de los sabios ermitaños. Ellos querían, como el Buda, acabar con un mundo que él sólo deseaba rectificar. Ellos se habían retirado; él no.

—¿Hay mayor desastre que no ser constante? —preguntó el hombre salvaje.

—Estar descontento con el propio papel en la vida podría considerarse un desastre.

Al sabio ermitaño no le gustaba nada que sus preguntas retóricas fueran contestadas tan literalmente.

—¿Existe algún infortunio mayor que la codicia?

—¿Y no depende eso de lo que se codicia? Codiciar lo que es bueno a los ojos del cielo no se puede considerar un infortunio.

—¿Sabes qué es el cielo?

—Para quienes siguen, como tú, al maestro Li —Confucio reconocía a su enemigo—, el cielo es el Camino, que no puede describirse con palabras. Imitaré al maestro Li, y tampoco yo lo describiré con palabras.

Tampoco esta respuesta gustó mucho al sabio ermitaño.

—Maestro K'ung, ¿crees en la importancia suprema del sacrificio a los antepasados, realizado por el hijo del cielo?

—Así es, en verdad.

—Pero ya no existe un hijo del cielo.

—Lo hubo. Lo habrá. Mientras tanto, se sigue practicando el sacrificio a los antepasados, aunque no es perfecto debido a la ausencia del solitario.

—¿Qué sentido tiene el sacrificio a los antepasados?

Confucio se desconcertó ante lo que debía ser, para él, la cosa más rara de esta vieja tierra: una pregunta nueva.

—¿Qué sentido tiene el sacrificio a los antepasados? —repitió.

—Sí. ¿Cómo empezó? ¿Qué significa? Explícamelo, maestro K'ung.

—No puedo. —Confucio miró al hombre como si fuera un árbol caído bruscamente en su camino—. Cualquiera que comprenda verdaderamente el sacrificio podrá manejar todas las cosas terrestres con tanta facilidad como yo hago ésta. —Confucio apoyó el índice de su mano derecha contra la palma izquierda.

—Si no puedes comprender el más importante de nuestros sacrificios, ¿cómo puedes conocer la voluntad del cielo?

—Me limito a transmitir la sabiduría de nuestros antepasados. Nada más. —Confucio empezó a rodear al árbol caído en su camino. Pero el ermitaño no estaba dispuesto a dejarlo partir: apoyó la mano en el brazo del maestro.

—Eso es incorrecto —dijo Fan Ch'ih, bajando el brazo del ermitaño. Mientras Confucio volvía a su lugar en el coche, la expresión del ermitaño estaba mucho más cerca del odio que del frío no hacer nada prescripto por los adeptos del siempre-así.

No pude resistir la tentación de provocar al ermitaño.

—¿Cómo —pregunté— llegó a existir todo esto? ¿Quién creó el universo?

Por un instante, pensé que el hombre no me había oído. No me miraba: tenía los ojos clavados en la espalda encorvada de Confucio. Pero luego, cuando yo estaba a punto de marcharme, dijo o citó:

—El espíritu del valle nunca muere. Recibe el nombre de hembra misteriosa. La puerta de la hembra misteriosa recibe el nombre de raíz del cielo y de la tierra. Está dentro de nosotros todo el tiempo. Por más que bebamos de ella, jamás se secará.

—¿Significa eso que provenimos de las aguas de algún vientre original? —El ermitaño no respondió a mi pregunta. En cambio, exclamó, dirigiéndose a Confucio:

—Maestro K'ung, ¿crees que debe pagarse el mal con el bien?

Confucio no miró al hombre, pero respondió:

—Si pagas el mal con el bien, ¿cómo harás para recompensar el bien?

¿Con el mal?

Cuando me instalé en el coche, oí susurrar a Confucio en voz bajísima:

—Ese hombre es un idiota.

—Como el maestro Li —observó Tzu-lu.

—No. —Confucio frunció el ceño—. El maestro Li es inteligente. Es malvado. Ha dicho que, como los ritos ancestrales se debilitan, se desvanecen la lealtad y la buena fe y comienza el desorden. A mi juicio, predica una verdadera doctrina del desorden.

Creo que no he visto en mi vida una casa privada tan hermosa como la mansión del bosque del padre del barón. Curiosamente, ninguno de mis compañeros había visto jamás esa morada construida por el viejo dictador a unas cincuenta millas al sur de la capital.

En el centro de un gran claro del bosque, se habían hecho una serie de terrazas; cuando uno subía los escalones hacia el alto edificio, tenía la sensación de flotar en lo que parecía un vasto mar verde, limitado al sur por una cadena de violentos picos cubiertos todavía por la nieve invernal.

Al pie de la primera terraza nos recibió un chambelán que nos acompañó hasta el nivel superior. La mansión del bosque era un complejo de salas, galerías y pabellones construidos sobre cuatro terrazas artificiales en el centro de una serie de jardines maravillosos. En cualquier punto que se estuviera, adentro o afuera, se veían el cielo, los árboles, las flores. El jardín y el palacio habían sido creados por los arquitectos de Ch'u, un país del sur, sobre el río Yang Tsé, famoso en todo el Reino Medio por sus espléndidos edificios, jardines, mujeres y también dragones, como había descubierto, para su espanto, el duque de Sheh.

Los lagos artificiales reflejaban la luz acuosa de aquel pálido mediodía.

Plantas acuáticas verde claro cubrían la superficie como una red, en cuyas delicadas mallas crecían los lotos. En la orilla se erguían las orquídeas amarillas como mariposas congeladas. Los jardineros estaban vestidos con pieles de leopardo: Ignoro la razón. El efecto no sólo era extraño, sino también misteriosamente hermoso. Me dijeron que era típico en los jardines de Ch'u.

En el nivel superior había un edificio de dos pisos, de piedra roja muy pulida. Inclinándose cortésmente, el chambelán nos condujo a un salón tan alto, ancho y largo como el total del edificio. Todos estábamos maravillados por la hermosura y levedad del interior; es decir, todos menos Confucio, que parecía particularmente sombrío.

El mármol gris verdoso del interior contrastaba vivamente con el rojo exterior. En el centro del salón, una enorme columna de mármol negro, tallada en forma de árbol, sostenía un cielo raso cuyas vigas radiales de madera de teca estaban esculpidas en forma de ramas cargadas de numerosos frutos dorados.

Frente a la puerta principal, un tapiz del color del martín pescador ocultaba la entrada al palacio. Cordeles o manos invisibles descorrieron el tapiz, revelando al barón K'ang. El dueño de casa estaba vestido sencilla, pero correctamente. Saludó al primer caballero correcta, pero no sencillamente. Los movimientos de cabeza, la agitación de las manos, el balanceo de los hombros, la ruidosa inhalación de aire, fueron infinitos. Era ésa, evidentemente, una ocasión suprema y cargada de significado.

Cuando Confucio correspondió con la respuesta adecuada, el barón nos condujo a una galería que dominaba una serie de jardines en terrazas escalonadas. Allí, una docena de bellísimas muchachas de Ch'u nos sirvieron un banquete. Las jóvenes completaban la decoración, e incluso la arquitectura, y todos estábamos fascinados con excepción de Confucio. Éste ocupó el lugar de honor y cumplió el ceremonial oportuno, pero manteniendo sus ojos apartados de las servidoras. Ninguno de nosotros sabía que hubiese en Lu semejante lujo. Aunque el palacio de la familia Chi en la capital era un gran edificio, era austero, como convenía al centro administrativo de un estado pobre. Por sus propias razones, el dictador había decidido mostrarnos un aspecto de su vida que pocos tenían el privilegio de ver. Estábamos impresionados, como él deseaba que estuviéramos. Confucio estaba sorprendido. ¿Era eso lo que quería el barón? Todavía hoy no estoy seguro.

La comida era deliciosa y bebimos demasiado vino oscuro como el jade, aromatizado con miel, mientras comíamos una serie de platos presentados al modo del sur. Es decir, alternando los alimentos amargos, los salados, los agrios, los picantes y los dulces. Recuerdo los siguientes: tortuga al vapor; ganso en salsa agria; pato a la cazuela; cabrito asado con mermelada; carne de grulla, desecada, con rábanos encurtidos; la famosa sopa agriamarga de Wu.

Excepto el barón K'ang y Confucio, todo el mundo devoraba con desagradable avidez. El sabio y el dictador comieron con moderación y bebieron apenas unos sorbos de vino.

Entre un plato y otro, jóvenes bailarinas ejecutaban las seductoras danzas de Cheng, acompañadas por cítaras, flautas, tambores y campanillas. Luego, una fascinante belleza de Wu cantó una serie de canciones de amor, que hasta Confucio se

sintió obligado a elogiar por su refinamiento, y también por su antigüedad. El maestro detestaba en general toda la música compuesta desde los tiempos de Chou.

Recuerdo jirones y fragmentos de la conversación, aún iluminada en mi memoria por el día espléndido, la comida, la música, las mujeres. En cierto momento, el barón se volvió hacia Confucio.

—Dime, maestro: ¿cuál de tus discípulos tiene mayor amor a la sabiduría?

—El que ha muerto, primer ministro. Infortunadamente, Yen Hui ha tenido corta vida. Ahora —dijo Confucio, mirando duramente a los discípulos que estaban presentes— no hay nadie que pueda ocupar su sitio.

El barón sonrió.

—Naturalmente, maestro, tú eres quien puede juzgar. Pero aun así, yo pensaría que Tzu-lu es sabio.

—¿Lo pensarías? —Confucio descubrió las puntas de sus dientes.

—Sí, y también que es una persona que merece un cargo oficial. ¿Estarías de acuerdo, maestro? —De este modo, sin mayor delicadeza, el barón sobornaba a Confucio.

—Tzu-lu es eficiente —respondió éste—. Por lo tanto, debería tener un cargo. —Tzu-lu se mostró embarazado.

—¿Y Jan Ch´iu?

—Es versátil —respondió Confucio—. Como tú sabes, puesto que ya posee un cargo.

—¿Y Fan Ch'ih?

—Como también sabes, es capaz de hacer las cosas.

Jan Ch´iu y Fan Ch'ih dejaron de gozar de la fiesta, mientras el barón se divertía a sus expensas. Además, éste se estaba comunicando secretamente con Confucio.

—Soy bien servido por tus discípulos, maestro.

—Desearía que la bondad fuera igualmente bien servida, primer ministro.

El barón prefirió no contestar a esa punzante respuesta.

—Dime, maestro: ¿cuál es la mejor manera de alcanzar el respeto y la lealtad de la gente común?

—¿Aparte del ejemplo? —Percibí de pronto que Confucio estaba en el pináculo de la ira, y que además no le había sentado bien la comida, a pesar de la frugalidad que había demostrado. El barón aguardaba, como si el maestro aún no hubiese hablado—. Trata dignamente a los hombres —agregó Confucio, después de fruncir el ceño y eructar—, y te respetarán. Eleva a los servidores del estado que tienen valor, y enseña a los incompetentes.

—¡Cuánta verdad! —El barón parecía encantado ante tal banalidad.

—Me complace que así te parezca. —Confucio estaba más amargado que nunca—. Ciertamente, jamás se debe hacer lo contrario.

—¿Lo contrario?

—No intentes enseñar a quienes valen. No eleves a los incompetentes.

Afortunadamente, la conversación fue interrumpida por una triste balada de Ts'ai. Cuando concluyó, sin embargo, el barón K'ang continuó formulando sus preguntas corteses y desafiantes.

—Como sabes, maestro, los delitos han aumentado enormemente desde el tiempo en que servías de modo distinguido como viceministro de policía. Tres veces han asaltado mi casa; me han robado a mí, que soy el humilde esclavo del duque. ¿Qué harías para detener esta epidemia de fechorías?

—Si las personas no adquirieran nada, primer ministro, no sería posible encontrar un ladrón dispuesto a robar. No habría nada que robar.

El barón ignoró ese… desatino. No se podía describir de otro modo la respuesta del maestro. Evidentemente, Confucio estaba indignado por la exhibición de riqueza que el barón se permitía mientras el estado se encontraba en la ruina.

—Sin embargo, maestro, no está bien robar. ¿Cómo podemos hacer, quienes gobernamos, para que la gente cumpla la ley?

—Si sigues un camino recto, ¿quién seguirá uno tortuoso?

Casi todos nos sentíamos, en aquel momento, incómodos. Algunos estaban ebrios. Pero el barón no demostró el menor desánimo.

—Creo, maestro, que cada uno de nosotros sigue un camino que considera recto. Pero si algunos escogen el camino tortuoso… ¿qué debe hacer con ellos el gobernante? ¿Condenarlos a muerte?

—Eres un gobernante, primer ministro; no un carnicero. Si deseas sinceramente el bien, el pueblo también lo deseará. El caballero es como el viento, y la gente común como la hierba. Cuando el viento recorre la pradera, la hierba se inclina. —Confucio había recuperado su serenidad habitual.

El barón asintió. Tuve la impresión de que escuchaba con gran atención. ¿Qué esperaba oír? ¿El sonido de la traición? Sentí angustia. Todos la sentíamos, excepto Confucio, cuya mente parecía por el momento sosegada, a diferencia de su estómago.

—¿Comprende la gente común las actitudes del caballero?

—No. Pero se la puede inducir, mediante el ejemplo adecuado, a imitarlas.

—Comprendo. —El barón tuvo un acceso de hipo, que los catayanos consideran una manifestación audible de la sabiduría. Hasta Confucio parecía menos severo, como si hubiese advertido la atención de su antagonista—. Dime, maestro: ¿es posible para el gobernante dar paz y prosperidad a su pueblo si no sigue el buen camino?

—No, primer ministro. No es posible.

—Entonces, ¿qué debemos pensar del último duque de Wei? Era un hombre de mala reputación, que se dejaba manipular por su concubina, una mujer, a quien, según creo, has visitado una vez.

Ante ese desagradable ataque, Confucio frunció el ceño.

—Si alguna vez he hecho algo malo —dijo—, ruego al cielo que me perdone.

—Sin duda el cielo te ha perdonado ya. Pero explícame: ¿Por qué no castigó el cielo a aquel mal gobernante? Pues murió hace diez años, feliz, viejo y próspero.

—El duque de Wei consideró conveniente contratar los servicios del mejor canciller, el más devoto gran sacerdote y el más lucido general del Reino Medio. Ése fue el secreto de su éxito. Al designar a su personal, seguía el camino del cielo. Eso no es corriente —respondió Confucio, mirando fijamente al dictador.

—Me atrevo a afirmar que pocos gobernantes han tenido tan capaces y virtuosos servidores como el indecoroso duque —dijo suavemente el dictador.

—Me atrevo a afirmar que pocos gobernantes han sido tan aptos para reconocer de inmediato la bondad y la virtud.

La serenidad de Confucio era total. Y devastadora. Todos estábamos muy nerviosos, con excepción del maestro y el dictador. Aparentemente, disfrutaban con el duelo que mantenían.

—¿Cuándo es bueno un gobierno, maestro?

—Cuando los próximos aprueban y los que están lejos se acercan.

—Entonces, nos honra el que tú, que estabas lejos de nosotros, te hayas acercado. —El barón habló muy cuidadosamente—. Rogamos porque tu presencia entre nosotros signifique la aprobación de nuestra política.

Confucio miró con cierta rudeza al primer ministro. Luego expresó la respuesta correcta, algo pobre.

—El que no posee un cargo en el estado no discute su política.

—Tus… pequeños poseen altos cargos. —El barón señaló a Jan Ch'iu y a Fan Ch'ih—. Ellos ayudan a crear buenas leyes y decretos sensatos…

Confucio interrumpió al dictador.

—Primer ministro: si insistes en gobernar al pueblo con leyes, reglamentos, decretos y castigos, el pueblo simplemente se alejará de ti y se dedicará a sus propios asuntos. Por otra parte, si gobiernas con la fuerza moral y el ejemplo personal, vendrán a ti por su propia cuenta. Serán buenos.

—¿Qué es la bondad, maestro?

—El camino del cielo, tal como lo practican los sabios divinos.

—Pero como tú eres un sabio divino…

—¡No! Yo no soy un sabio divino. Soy un hombre imperfecto. A lo sumo, soy un caballero. A lo sumo, he puesto un pie en el camino. Mi señor barón, la bondad es el reconocimiento de la posibilidad de amar todas las cosas. Aquel cuyo corazón tienda, aunque en pequeña medida, a la bondad, tendrá conciencia de esa posibilidad y hallará imposible no amar a un hombre.

—¿Aunque sea malvado?

—Especialmente al malvado. Perseguir la rectitud es una tarea de toda la vida. La disposición básica de un caballero de verdad es la rectitud, que él pone en práctica según el ritual y acrecienta modestamente, procurando que sea completa. Por cierto, alcanzar poder y riqueza, sin rectitud, es algo tan alejado del ideal del caballero como una nube flotante.

El barón era tan poco recto como la mayoría de los gobernantes, pero inclinó respetuosamente la cabeza.

—Entonces —dijo a la alfombrilla de seda en que estaba sentado—, ¿en qué consiste la rectitud, hablando en términos prácticos para un humilde servidor del estado?

—Si no lo sabes ya, no te lo podré decir. —Confucio estaba sentado muy erguido—. Pero como estoy seguro de que, en lo hondo de tu vientre, sabes qué es la rectitud, como cualquier otro caballero, recordaré que implica dos cosas: consideración y lealtad a los demás.

—Para ser considerado, maestro, ¿qué debo hacer?

—No harás a otros lo que no deseas que te hagan a ti. Esto es muy simple. En

cuando a la lealtad, se la debes a tu soberano si es recto. Si no lo es, debes transferir esa lealtad, aunque sufras al hacerlo.

—Dime, maestro: ¿has encontrado alguna vez a alguien que se preocupe profundamente por la rectitud y odie verdaderamente la maldad?

Confucio miró sus manos. Siempre me llamaba la atención la inusitada longitud de sus pulgares. Respondió en voz baja:

—No recuerdo a nadie que haya logrado hacer el bien con todo su empeño siquiera por un solo día.

—Sin duda, tú eres enteramente bueno.

Confucio movió la cabeza.

—Si lo fuera, no estaría aquí contigo, primer ministro. Hemos comido lujosamente mientras el pueblo ayuna. Eso no es bueno. No es recto. No es justo.

En cualquier otro lugar de la tierra, la cabeza de quien dijera algo similar habría sido separada de su cuerpo de inmediato. Todos estábamos aterrorizados. Pero, curiosamente, Confucio había hecho lo más inteligente que podía hacer. Al atacar abiertamente al dictador en el terreno moral, demostraba que no era políticamente peligroso para la familia Chi. Era, en el peor de los casos, una molestia. En el mejor, un ornamento de su régimen. El sabio que denuncia con truculencia los defectos de todos es con frecuencia el hombre más seguro del reino. Algo muy parecido ocurre con el bufón, a quien tampoco se suele hacer caso. Lo que temía el barón K'ang era que Confucio y sus discípulos estuviesen aliados con Key, y trabajaran secretamente para derrocar a las familias de barones y restaurar el poder ducal. Como luego se comprobó, la conducta de Confucio en el pabellón del bosque convenció al dictador de que nada debía temer de los confucianos.

El barón K'ang explicó extensamente a Confucio por qué el estado necesitaba nuevos recursos. Se excusó también por la opulencia de su casa.

—Fue construida por mi padre y no por mí —dijo—. Y era, en gran medida, un regalo del gobierno de Ch'u.

Confucio guardó silencio. La tempestad había pasado. Mientras se generalizaba la conversación, los movimientos de las bailarinas se hacían cada vez más eróticos, y no recuerdo cómo llegué a la cama aquella noche. Sólo que desperté, en la mañana siguiente, en una alcoba de madera roja con incrustaciones de azabache. Mientras me sentaba en la cama, una hermosa muchacha descorrió las largas cortinas de seda azul. Me ofreció una jofaina en cuyo interior se veía un fénix dorado elevándose de entre las llamas: el mejor de los augurios, pensé, mientras vomitaba. Jamás me he sentido peor, en un entorno más hermoso.

Los días siguientes fueron idílicos. Confucio mismo parecía satisfecho. Había un motivo: con gran pompa, el barón K'ang lo había designado ministro de estado. Al parecer, la calabaza amarga sería finalmente descolgada de la pared y utilizada.

O eso pensaban todos, menos Tzu-lu.

—Es el fin —me dijo éste—. El largo viaje ha terminado. El maestro jamás tendrá la oportunidad de gobernar.

—Pero es ministro de estado.

—El barón K'ang ha sido amable. E inteligente. Confucio ha sido honrado públicamente. Pero jamás será usado.

El último día que pasamos en la mansión del bosque, fui llamado a las habitaciones del barón K'ang.

—Nos has servido bien —dijo con notoria cordialidad. Durante un instante, la sonrisa se tornó realmente perceptible en su cara, lisa como un huevo—. Gracias, en parte, a tu habilidad, nuestro divino sabio no está ya alejado de nosotros. Y hay, además, paz en esta tierra: las fronteras están tan en calma como el sueño eterno del monte T'ai.

Como siempre, el estilo elíptico del dictador exigía una interpretación. Más tarde, Fan Ch'ih me dijo que aquella misma mañana la ciudadela sagrada de Chuan-yu había caído en poder de los ejércitos de Chi, y que sus fortificaciones habían sido desmanteladas. Y lo mejor —desde el punto de vista del dictador— era que no había habido respuesta en ningún otro punto de la frontera. El rebelde guardián de Pi era ya anciano. El rebelde Yang Huo, según se creía, había muerto. El nuevo duque de Key estaba preocupado por los asuntos internos. Por el momento, Lu y su dictador estaban en paz. Aunque no lo sabíamos, la recepción en la mansión del bosque era, para el barón K'ang, la celebración del éxito de una larga y tortuosa política, interior y exterior. La designación de Confucio como ministro del estado era un gesto simbólico, aunque vacío, calculado para complacer a los admiradores de Confucio y para poner fin al descontento de los caballeros que administraban el estado.

—Y también estamos en deuda contigo porque nos has enseñado el método occidental de trabajar el metal. Tu nombre, aunque es bárbaro, está ya registrado con honor en los anales de Lu. —El barón K'ang me miró como si yo acabara de recibir, de sus manos, un inmenso tesoro.

Con lágrimas en los ojos, agradecí esa extraordinaria demostración de estima. Escuchó un momento, mientras yo pronunciaba una frase de cortesía catayana tras otra, como un ceramista vidriando una fuente. Cuando finalmente me detuve para respirar, agregó:

—Deseo volver a establecer la ruta de la seda a la India.

—¿Volver, señor barón?

El barón asintió.

—Sí. En general se ignora, pero en los días de los Chou, cuando el hijo del cielo miraba hacia el sur desde Shensi, había un comercio regular, por tierra, entre nosotros y los bárbaros de la llanura del Ganges. Luego se inició un largo… interludio. Sin un verdadero hijo del cielo, muchas cosas no son lo que eran. Aunque la ruta de la seda nunca fue abandonada por completo, el comercio regular se interrumpió hace casi trescientos años. Pero yo siempre he mantenido, como mi inmaculado padre, buenas relaciones con Ch'u, la hermosa nación situada al sur. Quizá hayas visto con agrado los jardines al modo de Ch'u que aquí hemos hecho. Pues bien: no son nada en comparación con todo el país de Ch'u, que es un inmenso jardín regado por el río Yang Tsé.

El barón me contó, con cierta extensión, la historia de Ch'u. Con el corazón aleteando como un ave prisionera, fingí escuchar.

Finalmente, el dictador fue al meollo del asunto.

—Ahora que tenemos paz dentro y fuera del reino, y en parte gracias a ti, querido amigo, nuestro duque celebrará un tratado con el duque de Ch'u y, juntos,

patrocinaremos una expedición por tierra a la India. Llevarás al rey de Magadha presentes de nuestro jefe.

En aquel mismo momento, como por arte de magia, la habitación se llenó de mercaderes. Dos eran indios. Uno procedía de Rajagriha, el otro de Varanasi. Me dijeron que habían llegado a Catay por mar. Al sur de Kweichi habían naufragado. Se hubieran ahogado, pero dos de las sirenas que abundaban en los mares del sur los habían salvado. Esas criaturas vivían tanto bajo el mar como en tierra, al menos en remotas islas rocallosas, y se vestían hermosamente de algas. Las sirenas aman a los hombres; y cuando lloran —por lo general cuando han sido abandonadas por un marino humano— sus lágrimas forman perlas perfectas.

Discutimos dilatadamente la expedición. Aunque el barón K'ang había manifestado que ese viaje era una mera recompensa por mis servicios a la familia Chi, eso no era más que una típica exageración catayana, como pronto descubrí. En realidad, una vez por año, al menos, una caravana partía de Key a Lu, y luego continuaba hasta Ch'u. En cada etapa se agregaban nuevas mercancías. Supe también, con cierta amargura, que habría podido dejar Lu años antes. Pero el dictador había querido que yo me ganara el pasaje. Cuando lo hice, me permitió partir. En síntesis, era un gobernante admirable. Eso era indudable.

No recuerdo gran cosa del resto del tiempo que permanecimos en la mansión del bosque. Recuerdo que, a diferencia de los jubilosos Jan Ch'iu y Fan Ch'ih, Confucio no parecía feliz con su alto cargo. También Tzu-lu estaba apagado. No comprendí el motivo hasta que llegamos a las puertas de la ciudad. Mientras nuestra carroza trasponía la puerta interior, un centinela preguntó a uno de nuestros guardias:

—¿Quién es ese ilustre anciano?

—Un ministro de estado —respondió el guardia—. El primer caballero Confucio.

—Ah, sí. —El centinela rió—. El que siempre dice que se debe continuar intentado siempre, aunque no sirva de nada.

El rostro de Confucio no cambió de expresión, pero todo su cuerpo se estremeció, como de fiebre. El sordo Tzu-lu no había oído al centinela, pero advirtió el estremecimiento.

—Debes cuidar tu salud, maestro. Es la mala estación.

—¿Qué estación es buena? —Como luego se vio, Confucio estaba realmente enfermo—. ¿Y qué importa?

Confucio no se había rendido tanto ante el primer ministro como ante el tiempo. En la mansión del bosque había aceptado el hecho de que nunca dirigiría el estado. Esperaba ser útil de alguna manera. Pero el sueño de devolver la legitimidad a su tierra natal había terminado.

## 7

Los preparativos de la partida ocuparon el resto del verano. Se indicó a los mercaderes de Lu deseosos de comerciar con la India que reunieran sus mercancías en el depósito central. Me entrevisté con todos ellos, procurando ser útil. Prometí obtener en Magadha los privilegios que pudiera para esta o aquella materia prima o manufactura. Aunque el comercio con la India no era habitual, los mercaderes de Catay habían comprendido cabalmente lo que era valioso para los indios. Siempre he pensado que cada raza tiene una memoria completamente distinta de sus tradiciones orales y escritas. Hay cierto tipo de información que se transmite de padres a hijos. A pesar de que habían pasado tres siglos desde la época en que se comerciaba regularmente entre el este y el oeste, en su mayoría, los mercaderes catayanos parecían saber desde el momento de su nacimiento que la seda, las pieles, las perlas, los biombos de plumas, el jade y los huesos de dragón eran muy apreciados en occidente, donde abundaban el oro, los rubíes y las especias que los orientales codiciaban.

El jefe de la expedición era un marqués de Key. Me visitó en el curso del verano. Me ocupé de causar profunda impresión en él por mi vinculación con Ajatashatru, que era en aquel momento, según las últimas noticias, amo de toda la llanura del Ganges con la sola excepción de la república de Licchavi. A instancias del marqués, acepté ser el enlace entre la expedición y el gobierno de Magadha. No me pareció conveniente agitar la cuestión de si yo gozaba o no del favor de mi tempestuoso suegro. Por lo que sabia, Ambalika y mis hijos podían haber muerto. Ajatashatru podía estar loco. Ciertamente, si así lo deseaba, podía también condenarme a muerte por deserción, o por diversión. Los catayanos prudentes hablaban de él en tono preocupado.

—Nunca ha habido un rey más sanguinario —dijo Fan Ch'ih—. En los últimos años, ha arrasado una docena de ciudades, masacrando a decenas de miles de hombres, mujeres y niños.

Yo no ignoraba que Ajatashatru era peor de lo que sospechaban los catayanos; traté, por lo tanto, de presentarlo menos malo de lo que temían. De todos modos, debíamos correr el riesgo. Y yo estaba razonablemente seguro de que desearía abrir la ruta de la seda al tráfico regular. Y, en consecuencia, de que no intentaría inhibir el comercio robando y matando a los mercaderes acreditados. Eso me dije, al menos, y le dije al nervioso marqués de Key.

Poco después de volver de la mansión del bosque, Confucio cayó en cama. Una semana más tarde empezó a correr por todo el Reino Medio el rumor de que el sabio divino se moría.

Apenas oímos las noticias, Fan Ch'ih y yo corrimos a casa del maestro. La calle, frente a la casa, estaba atestada de jóvenes silenciosos y tristes, a la expectativa. Me permitieron entrar sólo porque iba con Fan Ch'ih.

Había treinta discípulos reunidos en la habitación exterior. Vestían de luto. Podía oler el humo de las hierbas aromáticas que se quemaban en el dormitorio. Esa fragancia, agradable para los hombres, es insoportable para los malos espíritus; al

menos, eso creen los catayanos.

En el dormitorio, alguien cantaba una endecha.

Cuando Fan Ch'ih la oyó, se echó a llorar.

—Eso significa que realmente va a morir. Sólo se canta cuando el espíritu abandona el cuerpo.

En Catay se cree que si no se implora al cielo y a la tierra que se ocupen del muerto, éste volverá y se apoderará de aquellos que no quisieron aplacar a ambas mitades del huevo original. Y también, que cada hombre posee dos espíritus. Uno, un espíritu de vida, que concluye cuando el cuerpo muere. El otro es el espíritu de la personalidad, que continúa existiendo mientras es recordado y honrado con sacrificios. Si el espíritu recordado no es debidamente honrado, la venganza del fantasma puede ser horrenda. Aun en aquel triste momento pensé, sin poder evitarlo, cuán confusas son todas las religiones. Confucio no creía en espíritus ni en fantasmas. Es presumible que tampoco sus discípulos creyeran. Sin embargo, en el momento de su muerte, Tzu-lu insistió en que se cumplieran todas las viejas ceremonias. Era como si mi abuelo, en el momento de su muerte, hubiese pedido a la diosa-diablesa Anahita que intercediera por él ante los guardianes del hogar ario de los padres.

Los discípulos del patio corearon la melodía. Me sentí incómodo y fuera de lugar. Y también auténticamente entristecido, porque había llegado a admirar a aquel anciano sabio e inflexible.

Luego la música se interrumpió. Tzu-lu apareció en la habitación exterior. Su aspecto era terrible, casi como si él fuera el agonizante. Jan Ch'iu estaba a su lado.

—El maestro está inconsciente. Está a punto de expirar. —La voz de Tzu-lu se quebró—. Pero si recupera el sentido, debemos honrarlo —Tzu-lu señaló el gran montón de ropas que sostenía con ambas manos un discípulo—. Estos son los trajes que debe usar el séquito de un gran ministro. Debemos ponérnoslos. ¡Deprisa!

Tzu-lu, Jan Ch'iu, Fan Ch'ih y otros cuatro discípulos vistieron esas ropas mal ajustadas. Luego entraron en el dormitorio, cantando alabanzas al ministro de estado. Como nadie me detuvo, los seguí.

Confucio estaba en una estera, con la cabeza hacia el norte, donde residen los muertos. Estaba muy pálido, y su respiración era irregular. En un brasero se consumían hierbas aromáticas.

Mientras Tzu-lu y otros empezaban a gemir, Confucio abrió los ojos. Parecía sorprendido, como un hombre a quien se despierta del sueño normal.

—¡Tzu-lu! —exclamó en voz sorprendentemente firme.

Los discípulos callaron, y Tzu-lu dijo:

—Gran ministro, estamos aquí para servirte en la vida como en la muerte. Hemos cumplido los ritos de la expiación. Hemos llamado a los espíritus del cielo, que se hallan arriba, y a los de la tierra, que moran abajo…

—Mi expiación ha comenzado hace largo tiempo. —El rostro pálido se oscurecía con el retorno de las fuerzas—. No necesito ritos. Lo que he hecho en vida es grato a los ojos del cielo, o no lo es. Todo esto es… superfluo. —El anciano parpadeó—. ¿Por qué estáis así?

—Somos el séquito de un gran ministro —dijo Tzu-lu entre lágrimas.

—Yo no soy un gran ministro.

—Eres el ministro de estado…

—Eso nada significa, como todos sabemos. Sólo el séquito de un gran ministro puede vestir esas ropas. —Confucio cerró los ojos—. Es un disfraz, Tzu-lu. —Luego volvió a abrir los ojos: parecían vivos y alerta.

La voz era también más fuerte—. Al fingir que soy algo que no soy, ¿a quién engañáis? ¿A la corte? Allí saben la verdad. ¿Al cielo? ¡No! —En las comisuras de sus labios apareció la huella de una sonrisa—. Prefiero morir conforme a mi humilde condición.

Tzu-lu no dijo nada. Jan Ch'iu rompió el incómodo silencio.

—Te he traído una medicina especial, maestro. —Jan Ch'iu tendió al anciano una pequeña botella con tapón—. Es un regalo del barón K'ang, que ruega por tu recuperación.

—Dile que le agradezco los ruegos. Y la medicina. —Con cierto esfuerzo, Confucio alzó la mano como para coger la botella. Pero cuando Jan Ch'iu intentó ponerla en su mano, Confucio apretó el puño y agregó—: Como no sé lo que hay en ella, no me atrevo a beber el líquido que contiene. Además —finalmente aparecieron los dientes delanteros y la sonrisa de conejo—, el primer ministro sabe, sin duda, que un caballero sólo puede aceptar medicinas de un médico cuyo padre y abuelo hayan servido ya a su familia.

Confucio no murió. A finales del verano pidió al barón K'ang un ministerio real. Se le dijo que no había ninguno vacante en aquel preciso momento, y el sabio comprendió que la calabaza amarga quedaría definitivamente colgada de la pared.

Con aparente buen ánimo, Confucio dividió su tiempo entre sus discípulos y el estudio de los textos Chou. Se dice que la escuela privada de Confucio era la primera del Reino Medio que no estaba vinculada a una familia noble. El mismo Confucio había sido educado en la escuela privada de la familia Meng. Y había llegado a ser el maestro de toda la clase de los caballeros, y también de muchos nobles. Y era además el creador de los gentilhombres. Antes de Confucio, nadie, por debajo del nivel de caballero, podía aspirar al rango —no, no el rango, sino la calidad— de gentilhombre. Confucio decía que cualquiera que siguiese el camino apropiado con diligencia podía convertirse en un gentilhombre. Los desposeídos y estudiosos Shang estaban complacidos; no así la nobleza Chou.

Confucio dedicó también bastante tiempo a examinar los anales de Lu. Consideraba importante saber exactamente qué había ocurrido durante los años en que los duques perdieron su poder. Pasó muchas horas felices y polvorientas con los anales que le proporcionó el duque Ai. En Catay, sólo las grandes familias poseían cierta cantidad de libros. Según Confucio, la mayoría de esos libros son un verdadero rompecabezas: están escritos, de arriba abajo y no de lado a lado, en tiras de bambú perforadas en la parte superior y unidas por una fina correa que pasa por los agujeros. Con el tiempo, las correas se desgastan y las tiras sueltas se desordenan. Confucio anhelaba poner en orden la mayor cantidad posible de textos Chou. Esto significaba separar los himnos a los antepasados de las canciones cortesanas, y así sucesivamente. Una empresa fabulosa. No sé si vivió para completarla. Lo dudo.

Lo vi por última vez detrás de los altares de la lluvia. Al verme, sonrió. Me uní al grupo de los discípulos y escuché durante un rato. Aunque no dijo nada que no

hubiese oído anteriormente, siempre era interesante observar cómo adaptaba su sabiduría a diferentes personas y situaciones. Le disgustaban sobre todo aquellos que se limitaban a repetir lo que habían aprendido de memoria, como las aves de la India.

—Estudiar sin pensar en lo que se ha aprendido es perfectamente inútil. Pensar sin haber aprendido es peligroso.

Por otra parte, tampoco le agradaban los hombres ingeniosos. Recuerdo que en una ocasión escuchaba a un hombre que le respondía, retorciéndolas, con sus propias palabras. El maestro tomó esta ingeniosa actitud con aparente serenidad. Pero mientras nos alejábamos, gruñó:

—¡Cómo odio la frivolidad! —No le habría gustado Atenas.

Creo, Demócrito, que aun tu maestro Protágoras estaría de acuerdo con la inflexibilidad de Confucio acerca de lo indispensable que resulta examinar lo que se ha aprendido. Confucio pensaba también que un maestro debe ser siempre capaz de reinterpretar lo viejo en términos de lo nuevo. Esto es obvio. Infortunadamente, es obvio también que pocos maestros son capaces de hacer otra cosa que repetir, sin interpretación, los textos antiguos. Para Confucio, la verdadera sabiduría consiste en conocer la extensión de lo que no se sabe tan bien como se sabe lo que se sabe. Prueba esto con tu amigo Sócrates, o con ese demonio con quien él suele hablar. Demócrito piensa que no soy justo con Sócrates. Si es así, se debe sin duda a que he conocido hombres grandes y sabios de una clase que no puede encontrarse en este lugar, ni en esta época.

Cuando Confucio y los discípulos llegaron al borde del río, dije:

—Maestro, me marcho. Quisiera despedirme.

Confucio se volvió a los discípulos.

—Id a casa, pequeños. —Luego entrelazó su brazo con el mío, un gesto de intimidad que rara vez se permitía, aun con Tzu-lu. Fuimos juntos hasta el lugar exacto en que habíamos estado pescando tres años antes—. Espero que alguna vez pienses en mí cuando estés… allí. —Tuvo la cortesía de no utilizar la expresión usual en Catay: «tierra de los bárbaros».

—Lo haré. Con frecuencia. He aprendido muchas cosas de ti, maestro.

—¿Lo crees? Por supuesto, me agradaría que así fuera. Pero somos tan diferentes.

—El mismo cielo cubre a Persia y a Catay. —Mi afecto por él era sincero.

—Pero los decretos no son los mismos. —El anciano mostró sus dientes de conejo—. Por eso crees aún en el Sabio Señor, y en el día del juicio y en ese terrible… ¿fin de las cosas?

—Sí. Pero aun así, nuestro camino de la rectitud, aquí, en la tierra, es también tu camino.

—El camino del cielo —corrigió. Estábamos en la orilla del río. Esta vez, él se sentó en la roca en que yo había estado la primera vez. Me arrodillé a su lado—. Ya no pesco —dijo—. He perdido la habilidad.

—¿Se pierde eso alguna vez?

—¿Qué no se pierde? Excepto la idea de la bondad. Y el ritual. Sé que te ríes secretamente de nuestras tres mil trescientas normas. No, no lo niegues. Te comprendo. Por eso me gustaría que me comprendieras. Sin el ritual, la cortesía es

aburrida. La cautela se convierte en timidez. La osadía se torna peligrosa. La inflexibilidad se reduce a dureza.

—Jamás me he reído de lo que dices, maestro. Pero a veces me desconcierta. Sin embargo, me has enseñado qué es un verdadero caballero, o qué debería ser. Y eso es lo que tú eres.

El anciano movió la cabeza.

—No. —Su voz era triste—. El verdadero caballero es bueno. Por eso, jamás es desgraciado. Es sabio. Por eso, nunca se asombra. Es valiente. Por eso, jamás tiene miedo. Gran parte de mi vida he sufrido miedo, infelicidad y asombro. No soy lo que hubiera querido ser. Y por eso, a decir verdad, he fracasado.

—Eres un maestro famoso.

—Un conductor de carros aceptable es más famoso que yo. No. No soy conocido. Pero no censuro al cielo, ni tampoco a los hombres. —Arrancó una hebra plateada de su frente bulbosa—. Me agrada pensar que en el cielo los hombres reciben una recompensa por la forma en que viven y por lo que han aspirado a ser. Si esto fuera verdad, me alegraría.

Escuchamos el griterío de las aves en los huertos vecinos, y las voces de las mujeres que intentaban evitar sus voraces ataques.

—¿Crees en el cielo, maestro?

—La tierra es un hecho. —El anciano golpeó el suelo cubierto de musgo.

—¿Es el cielo un hecho?

—Así nos lo han enseñado los Chou; y antes de los Chou, los Shang.

—Pero aparte de sus enseñanzas y rituales, ¿crees en él?

—Hace años, cuando estuve por vez primera en Key, vi y oí la danza de la sucesión. Quedé absorto. Nunca había comprendido, antes, cuán perfecta eran la belleza y la bondad. Durante tres meses no salí de mi asombro. Y finalmente comprendí cómo debía ser el cielo, puesto que había estado, en la tierra, tan cerca de la perfección y la bondad.

—¿De dónde venía esa música? ¿Quién la había creado?

Confucio plegó las manos, entrecruzando sus largos pulgares.

—Si te digo que venía del cielo, me preguntarás quién ha creado el cielo. Y no responderé, porque no es necesario saber lo que no podemos saber. Tenemos tanto que hacer aquí. En el nombre del cielo, hemos creado ciertos rituales que nos hacen posible trascender de nosotros mismos. En el nombre del cielo, estamos obligados a observar ciertas costumbres, maneras y formas de pensamiento que favorecen la armonía, la justicia, la bondad. Palabras que no es fácil definir. —El anciano frunció el ceño—. El único gran obstáculo que se interpone en mi camino, en el camino de todo hombre, es el lenguaje. Las palabras más importantes quedan oscurecidas por numerosos sentidos y sinsentidos. Si tuviera el poder de hacerlo, volvería a definir cada palabra —se interrumpió, sonriendo irónicamente—, para que se ajustara a su significado Chou original.

—Pero todas esas ceremonias, maestro. Quiero decir: ¿qué pensabas de la actitud de Tzu-lu cuando estabas enfermo?

Confucio frunció nuevamente el ceño.

—Aquellas vestiduras eran claramente blasfemas.

—Me refiero a las plegarias al cielo y a la tierra, por tu espíritu, cuando tú no crees en espíritus.

—Ese es un punto exquisito —respondió el maestro—. Yo estoy a favor del ritual, porque reconforta a los vivos, muestra respeto por los muertos, recuerda nuestra continuidad con todos los que se han ido antes. Después de todo, nos superan en número por millones; y por eso no creo en espíritus. Si esos fantasmas nos rodearan, no quedaría lugar para los vivos. Veríamos un fantasma a cada paso.

—¿Y las personas que dicen haber visto espíritus de los muertos?

Confucio me dirigió una rápida mirada oblicua, como si no supiera hasta dónde podía llegar.

—Pues bien —dijo—, he hablado con muchas personas que creen haber visto espíritus, y siempre les he preguntado lo mismo: ¿Estaba desnudo el fantasma? Esta pregunta les escandaliza, y responden invariablemente que el espíritu vestía las mismas ropas con que había sido enterrado. Pero sabemos que la seda, el lino, la lana de oveja, son cosas inanimadas. Y también sabemos que cuando un hombre muere, sus ropas se pudren al igual que su cuerpo. Entonces, ¿cómo puede vestirlas el fantasma?

No supe cómo responder a esto.

—Quizás el fantasma sólo aparente estar vestido —dije débilmente.

—Quizás el fantasma sólo sea aparente. Quizás no exista, salvo en la mente de un hombre asustado. Antes de nacer, formabas parte de la fuerza original.

—Eso se parece a lo que nos ha dicho Zoroastro.

—Lo recuerdo —dijo distraídamente Confucio. Jamás conseguí que se interesara por la Verdad—. Cuando mueres, vuelves a reunirte con la fuerza original. Como no tienes memoria ni conciencia de esa fuerza original antes de tu nacimiento, ¿cómo puedes conservar algo de esta breve conciencia humana cuando mueres y retornas a la fuerza original?

—En la India se cree que uno se reencarna en la tierra, en otra persona, o en la forma de otro ser.

—¿Para siempre?

—No. Se retorna continuamente, hasta que el actual ciclo de la creación concluye. La única excepción es la de aquellos que alcanzan la iluminación. Éstos se extinguen antes de que el ciclo de la creación termine.

—Y cuando se extinguen, ¿a dónde van?

—Es difícil describirlo.

Confucio sonrió.

—Me lo imagino. Siempre me ha parecido claro que el espíritu que anima el cuerpo humano está obligado a retornar, al morir, a la unidad original de donde vino.

—¿Para volver a nacer? ¿Para ser juzgado?

Confucio se encogió de hombros.

—Para lo que sea. Pero una cosa es evidente. No se puede volver a encender un fuego extinguido: Mientras arde en ti el fuego de la vida, puedes crear a un nuevo ser con tu simiente; pero cuando el fuego se apaga, nadie puede volverte a la vida. Los muertos, querido amigo, son frías cenizas. No tienen conciencia. Eso no significa, desde luego, que no debamos honrar su memoria, y a nosotros mismos y a nuestros descendientes.

Hablamos luego de la adivinación. Aunque él no era un creyente, pensaba que el rito era útil para los hombres. En todo lo que concernía al mejoramiento de las relaciones entre los hombres, Confucio me recordaba a un jardinero que estuviera incesantemente podando y atendiendo sus árboles para que dieran el mejor fruto.

Hablamos del estado.

—Estoy resignado —dijo—. Soy como el jarrón del duque Tan en el templo de los antepasados. ¿Lo has visto? —Cuando respondí negativamente, me dijo que el duque mismo había colocado allí ese jarrón en el momento de la fundación de Lu—. Cuando está vacío, se mantiene erguido y es muy hermoso. Pero cuando se lo llena, se inclina hacia un lado y vuelca todo su contenido en el suelo, lo cual no es hermoso. Pues bien: yo soy ese jarrón vacío. No puedo llenarme de gloria y poder, pero me mantengo erguido.

Finalmente, a la sombra de los antiguos altares de la lluvia, Confucio me dio el abrazo —ritual, ¿cómo podía ser de otro modo?— de un padre cuando despide a un hijo al que no ha de volver a ver. Mientras me alejaba, mis ojos estaban cegados por las lágrimas. No comprendo el motivo. No creo lo que él creía. Sin embargo, me parecía un ser absolutamente bueno. Y ciertamente no he encontrado, en mis viajes, una persona que pueda compararse con él.

**L I B R O S I E T E**



# Por qué el Ganges

# se tornó rojo

# 1

El viaje de Lu a Magadha por la ruta de la seda llevó casi un año. Pasé gran parte de ese tiempo enfermo. Como todos, a causa de las fiebres que imperan en esas horrendas junglas del sur. Aunque un tercio de los miembros de la expedición murió durante la marcha, el marqués de Key consideraba las pérdidas relativamente escasas.

No recuerdo ya en detalle la ruta exacta que seguimos. Si la recordara, no se lo diría a ningún griego. En su momento escribí un informe sobre el viaje; supongo que está bien guardado en la casa de los libros, en Persépolis.

Algunas veces, en aquel año terrible, dudé mucho volver a ver Susa. Y otras, eso dejó de importarme. La fiebre produce ese efecto. Uno prefiere morir a ser acosado día y noche por los demonios de la fiebre. Confucio cree que el mundo de los espíritus no existe. Si no es así, ¿qué y quiénes son esas criaturas de pesadilla que se apoderan de nosotros? Son reales en el momento mismo; por lo tanto, son demostrablemente reales. Demócrito discute mi lógica. Pero tú no has estado nunca enfermo, y menos aún perseguido por los demonios.

Nunca estuvo enteramente claro cuál era mi papel en la expedición.

Aunque yo era huésped de honor de Lu, y yerno del rey de Magadha, era también una especie de esclavo. El marqués de Key me trataba bastante bien. Aun así, yo percibía que me consideraba un objeto útil del que, llegado el caso, sería fácil deshacerse.

Cuando llegamos al puerto de Champa, sobre el Ganges, pedí permiso al marqués para adelantarme a la capital. Al principio se negó. Pero tuve suerte. Como el virrey de Champa me había conocido en la capital, me recibió con grandes honores, y el marqués ya no pudo mantenerme cautivo en lo que era, después de todo, mi propio país. Convine con el marqués un encuentro en Rajagriha. Luego partí de Champa con un contingente de tropas de Magadha. Es innecesario agregar que no tenía intención de ir a Rajagriha. Por una parte, no estaba ciertamente ansioso por volver a ver a mi suegro. Por otra, quería visitar a mi esposa y a mis hijos en Shravasti.

Veinte millas al este de Champa, me separé de mi escolta militar, que continuó su marcha a Rajagriha mientras yo me unía a un segundo destacamento de tropas de Magadha. Este último estaba apostado en la frontera de la república, y su comandante se sentía más que ansioso de acompañar al yerno del rey. En verdad, mi presencia le aterrorizaba. Pronto comprendí por qué.

Aunque ya en Catay había oído historias sobre la crueldad de Ajatashatru, tendí a desestimarlas. Sabía, por supuesto, que era despiadado. Como los cangrejos, había devorado a su propio padre. Sin embargo, ésa era antes la regla que la excepción en la llanura del Ganges. Y yo no creía, por cierto, que su crueldad fuera viciosa y desenfrenada. Pero me equivocaba.

Para comenzar, me asombró la medida de la devastación que pude observar en lo que había sido la próspera y orgullosa federación de repúblicas. En aquellos países conquistados que atravesábamos al marchar hacia el norte, la tierra misma daba la impresión de haber sido condenada a muerte. Nada crecía donde en otro tiempo había habido campos de mijo, huertos, tierra de pasto.

Cuando llegamos a un terreno cubierto de ladrillos ennegrecidos por el fuego, diseminados, el comandante dijo:

—Esta era la ciudad de Vaishali.

La destrucción había sido total. Perros, gatos y animales de presa; serpientes, lagartos y escorpiones, ocupaban las ruinas de la que había sido, apenas diez años antes, la próspera ciudad en que me habían mostrado el recinto del congreso y el altar de Mahavira.

—Naturalmente, el rey proyecta reconstruir la ciudad —dijo el comandante, pateando una pila de huesos.

—Cuando lo haga, sin duda rivalizará con Rajagriha —respondí. Aunque en todo momento tuve cuidado de mostrarme como el leal yerno de un rey al que los indios consideraban el más grande que nunca había existido, de tanto en tanto la curiosidad se apoderaba de mí—. ¿Hubo aquí gran resistencia? ¿Fue realmente necesario arrasar la ciudad entera?

—¡Oh, sí, señor príncipe! Yo estuve aquí. Tomé parte en la batalla, que duró ocho días. El mayor combate fue allí. —Señaló, hacia el oeste, las palmeras alineadas junto al río seco—. Los obligamos a retroceder desde la orilla. Cuando intentaron refugiarse en la ciudad, los detuvimos ante la muralla. El rey en persona encabezó la carga en la puerta principal. El rey en persona incendió el primer edificio. El rey en persona degolló al general republicano. El rey en persona volvió rojas las aguas del Ganges. —El capitán daba la impresión de estar cantando, antes que hablando. Las victorias de Ajatashatru se convertían ya en poemas para que las futuras generaciones pudieran cantar su gloria y su carácter sanguinario.

Doce mil soldados republicanos habían sido empalados a los lados del camino, desde Vaishali hasta Shravasti. Como la batalla final se había dado en la estación seca, los cuerpos se habían momificado bajo el sol. Como consecuencia de ello, los soldados muertos parecían todavía vivos; tenían las bocas abiertas, como si gritaran o intentaran aspirar el aire. La muerte debía de haber llegado lentamente en lo alto de las estacas de madera. Me sorprendió un poco descubrir que todos los hombres habían sido cuidadosamente castrados. Los indios abominan de esta práctica. Posteriormente, vi vender en Shravasti numerosos escrotos exquisitamente curtidos. Durante esa estación, al menos, estuvieron de moda como bolsas para el dinero. Las mujeres los llevaban atados a sus cinturones, en señal de patriotismo.

Bordeamos la frontera de lo que había sido la república de Licchavi. Aunque la capital había sido destruida, la república seguía combatiendo.

—Es un pueblo perverso —dijo el comandante—. El rey está muy furioso porque no se han rendido.

—No se le puede reprochar. Roguemos porque los castigue, y muy pronto.

—Oh, sí, señor príncipe. ¡Los odiamos, los odiamos! —Pero no había odio en la voz del joven comandante. Era una víctima de la ferocidad de Ajatashatru, tanto como las infinitas hileras de cadáveres oscuros y retorcidos de la izquierda y de la derecha.

Mientras avanzábamos por la carretera, hacia el norte, un buitre se posó en el hombro de un soldado momificado. Con curiosidad casi humana, hasta con delicadeza, el buitre miró la cuenca en que había habido un ojo y dio un picotazo experimental. No

encontró nada y remontó el vuelo. Había llegado tarde al banquete.

Un día de otoño, fresco, hermoso y sin nubes, entré en Shravasti. Afortunadamente, Ajatashatru había perdonado la capital de Koshala. Había salido de Shravasti cuando tenía veintisiete o veintiocho años de edad. Al retornar, tenía cuarenta años; mi cara estaba tan quemada por el viento y el sol que parecía una máscara de madera. El pelo que rodeaba la máscara estaba totalmente blanco, Y lo peor: el dueño de la máscara ya no era joven.

La casa del príncipe Jeta, junto al río, parecía no haber cambiado. Llamé a la puerta principal. Un criado me miró con suspicacia por una ventanilla. Le dije quién era, y echó a reír. Lo amenacé en nombre de Ajatashatru y desapareció. Un momento más tarde se abrió la puerta, y un respetuoso mayordomo me recibió. No me reconocía, pero, según me dijo, conocía la historia del hombre de occidente que había engendrado los dos hijos de Ambalika. Supe así que mi mujer y mis hijos vivían. En cuanto al príncipe Jeta…

Mi viejo amigo estaba sentado en el jardín interior. Y era verdaderamente viejo. No hubiera reconocido en esa demacrada criatura al hombre vigoroso que había conocido y admirado.

—Acércate —dijo. Como no se puso de pie para saludarme, me acerqué a su diván. Sólo cuando lo abracé descubrí que estaba totalmente paralizado del cuello para abajo.

—Fue el año pasado —dijo, como excusándose—. Hubiera preferido partir deprisa, pero se ha dispuesto que muera en lentas etapas. Es evidente que mi última encarnación no ha sido feliz. Y no debo quejarme. Al menos, he vivido lo suficiente para volver a verte.

Antes de que pudiera responder, se acercaron una mujer gruesa, de edad mediana, y dos jóvenes solemnes, de ojos azules. No reconocí a Ambalika hasta que habló.

—¡Cómo te has puesto! —atacó sin vacilar—. ¡Eres viejo, oh mi pobre marido… y señor! —Nos abrazamos. No diría que nuestro encuentro fue muy parecido al de Ulises y Penélope. Aunque tampoco tenía que matar a ningún pretendiente, por lo que sabía hasta aquel momento.

Mi hijo mayor era ya un hombre; el menor estaba al borde de la adultez. El cálido sol de la llanura del Ganges madura rápidamente todas las cosas, como si temiera que falte tiempo para la reproducción.

Los jóvenes me miraron con asombro. Devolví su mirada. La combinación de los ojos azules del norte con la piel oscura del sur era sorprendente. Ambos eran hermosos.

—También yo los encuentro encantadores —dijo Ambalika después de pedirles que se marcharan—. Pero aquí, por supuesto, los miran como a demonios, por esos ojos azules. Tienen infinitos problemas. Una vez que hayan crecido…

Ambalika se interrumpió. Nos miramos por encima del frágil cuerpo del príncipe Jeta. Como siempre, me hechizó el encanto de Ambalika. No he conocido una mujer con quien fuera tan delicioso estar. Se podía hablar con ella como con un hombre, aunque no un hombre de estado, como la reina Atosa. En cuanto a su apariencia… pues bien, el sol de la India había hecho su tarea. Estaba rechoncha. El

cuerpo no tenía formas, y tenía algo más que un doble mentón. Pero los ojos eran los mismos: brillaban exactamente como aquella noche en que habíamos mirado juntos la estrella del norte.

—Comienza —dijo el príncipe Jeta— por el principio.

Lo hice. Conté todo lo que, a mi parecer, podía interesarles. Me sorprendió que no quisieran hablar de Persia. Cuando me case, Ambalika no hablaba de otra cosa. Quería acompañarme a Susa. Pero ahora había perdido todo su interés por el occidente. Y por mí.

Catay, en cambio, les fascinaba. Como supe luego, el príncipe Jeta formaba parte de un consorcio interesado en la reapertura de la ruta de la seda.

—Ahora —pedí, con la garganta seca de tanto hablar—, contadme qué ha ocurrido aquí.

Ambalika hizo un delicado gesto de advertencia: nos espiaban. Luego, en voz extática, dijo:

—Mi padre es ahora el monarca universal. Estamos jubilosos por sus victorias, su bondad y su sabiduría. —Y agregó bastante más en ese mismo estilo, tan poco informativo.

Cuando le pregunté por el Buda, el príncipe Jeta dijo:

—Llegó al nirvana hace cuatro años.

—Después de una cena muy pesada, con cerdo y guisantes. —Ambalika hacía gala de su habitual imprudencia.

—Eso es sólo lo que se dice. —Al príncipe Jeta no le agradaba su ligereza—. Lo único que sabemos con seguridad es que nos abandonó en paz. Sus últimas palabras fueron: «Todas las cosas son transitorias. Buscad con diligencia vuestra salvación».

—¿Sariputra es aún la cabeza de la orden?

El príncipe Jeta movió la cabeza.

—Murió antes que el Buda. El jefe actual es Ananda. A propósito, todos residen aquí.

—Y discuten sin cesar lo que ha dicho o no ha dicho el Buda. —Ambalika era tan intolerante como siempre con el otro mundo y sus partidarios.

—Ananda es un fiel custodio —agregó el príncipe Jeta, sin gran convicción—. Se ocupa de que los monjes memoricen todo lo que ha dicho el Buda, como hacían durante su vida.

—Sólo que ahora —yo hablaba de mi triste experiencia personal con los sacerdotes— no está el Buda para corregirlos.

—Es verdad. Y no necesito decir que ya hay graves disidencias acerca de lo que dijo.

—Y habrá más.

A lo largo de los años me han asombrado e indignado sin cesar las nuevas doctrinas que los zoroastrianos atribuían a mi abuelo. Justamente antes de salir de Susa por última vez, visité al jefe de la orden. Cuando atribuyó a mi abuelo unos disparatados versos le dije, vivamente, que Zoroastro jamás había dicho nada semejante. El charlatán, inmutable, respondió: «Tienes razón. El profeta no dijo eso en vida. Me recitó esos versos durante un sueño, y me ordenó que los anotara al

despertar».

Así la Mentira derrota a la Verdad, al menos en el tiempo del largo dominio. Pero esos falsos sacerdotes sentirán el metal ardiente. Eso es indudable.

Las semanas siguientes fueron muy agradables. Aunque la robusta Ambalika ya no me atraía sexualmente, la encontré amistosa e inteligente. La primera noche que pasamos juntos, me llevó al terrado que dominaba el río. Recuerdo que la luna estaba en cuarto menguante, que el humo de las fogatas del muelle era tan acre como siempre, que nada cambia nunca en la India.

—Ahora nadie nos puede oír. —Estábamos sentados, juntos, en un diván, con la luz de la luna en los ojos. Hacia el este la cordillera del Himalaya se distinguía apenas como una masa oscura contra el cielo.

—¿Dónde está tu padre? —No tenía la intención de encontrar a esa voluble figura si podía evitarlo.

—En la estación seca se encuentra siempre con el ejército. Debe estar, sin duda, en algún punto de la frontera de Licchavi. Son muy obstinados. No comprendo por qué. Si se hubieran rendido, algunos se habrían salvado. Ahora los matará a todos.

—Es realmente el monarca universal, ¿no es verdad? —Como no sabía en qué medida mi esposa era partidaria de su padre, me mantuve a la defensiva.

—No ha habido sacrificio del caballo, pero… Sí, es el primero de todos los reyes de nuestra historia.

Contemplamos las estrellas fugaces, escuchamos una cítara desafinada que alguien tocaba más abajo.

—Supongo que te habrás vuelto a casar. —Ambalika formuló la pregunta sin particular énfasis.

—Sí. Estoy… Estuve casado con la hermana del Gran Rey. Pero ha muerto.

—¿Has tenido hijos?

—No. Mis únicos hijos son los tuyos.

—Es un honor. —El tono de Ambalika era grave, pero evidentemente se burlaba de mí.

Ignoré la burla.

—Por lo que sé, no hay precedentes de una persona como yo, que tenga hijos con la hija del rey de una tierra lejana.

—Persia es la tierra lejana —dijo vivamente Ambalika—. Nosotros estamos en nuestro hogar.

—Pensé que querías venir conmigo a Persia.

Ambalika rió.

—Tanto como a ti te agradaría que yo fuese contigo.

—Yo querría…

—¡No seas tonto! —De pronto se parecía mucho a la jovencita con quien me había casado—. No sabrías qué hacer conmigo, ni sabría yo qué hacer en un país lleno de hielo, nieve y gente de ojos azules. —Se estremeció ante esa idea.

—Pero nuestros hijos…

—Deben quedarse aquí.

—¿Deben? —Eso me enfureció bruscamente. Después de todo, eran mis hijos. Yo tenía gran deseo de llevármelos a Susa, con o sin su madre.

—Sí, deben. Y no tienes opción en este asunto. Ni la tengo yo —agregó—. Es la voluntad de mi padre. Le gusta tener dos nietos persas. Cree que un día le serán útiles.

—¿Para enviarlos en alguna embajada? Pero si no han visitado su país natal, ¿de qué le servirán?

—Ya verá cómo. No te preocupes. Ha mandado llamar al viejo Caraka. Para que les enseñe el persa.

—Me alegró que Caraka viviera. Según Ambalika, era el supervisor de las herrerías de Magadha.

—¿Y en Catay? —preguntó, cubriéndose mejor del cálido viento de la noche con su chal bordado de hilo de oro—. ¿No te has casado allí?

—Tuve dos encantadoras concubinas. Pero no una esposa.

—¿Y ningún hijo?

—Ninguno. Las mujeres de Catay dominan el arte de no tener hijos.

Ambalika asintió.

—He oído decir eso mismo. Por supuesto, aquí conocemos algunos conjuros de resultado infalible; salvo cuando fallan.

—Las mujeres de Catay beben cierta poción. Pero si les preguntan qué es, simplemente ríen. Son gente muy reservada. Mis dos muchachas eran, de todos modos, deliciosas. Te habrían gustado.

—Casi cualquier compañía me gustaría aquí. Como única esposa de un marido invisible, en la casa de un abuelo que no tiene concubinas menores de sesenta años, estoy muy sola. ¿Qué hiciste de esas muchachas cuando te marchaste de Catay?

—Envié a una a su pueblo, con el dinero necesario para conseguir marido. La otra fue admitida en casa de un amigo.

Fan Ch'ih estaba enamorado de mi segunda concubina, y me alegró sobremanera poder hacerle un presente que le agradaba de verdad.

—No podré gozar de su compañía —respondió Ambalika, con cierta tristeza—. Y muy pronto, tampoco de la tuya, ¿verdad?

—Debo presentar mis informes al Gran Rey —respondí.

—Y después de eso, serás demasiado viejo para poder volver aquí.

El estilo directo de Ambalika siempre me había sorprendido. Y encantado. En la oscuridad, mientras oía su voz clara y burlona, olvidé las opulentas carnes en que se había sumergido la delgada jovencita con quien me había casado en un momento tan remoto que parecía, aun entonces, otra vida.

—¿Querrías que me quedara?

—No lo creo —respondió—. Hemos estado separados demasiado tiempo.

—¿Y el rey?

Ambalika guardó silencio. Pasé mi brazo en torno de sus hombros. Fue un error. La ilusión de juventud creada por la oscuridad se disipó con el roce. Pero permanecimos abrazados durante algún rato. Luego ella me habló de la época sangrienta por la que habían pasado los países de la llanura del Ganges.

—Nos asustamos, especialmente cuando el ejército de Koshala fue destruido. Estábamos a punto de abandonar la ciudad cuando el rey nos mandó decir, secretamente, que debíamos quedarnos. Shravasti no seria tocada, porque era la residencia del Buda. —Rió suavemente junto a mi cuello—. El interés de mi padre por

el Buda no es mucho mayor que el mío. Pero sabía que el Buda era popular. Y también que la orden budista odiaba al rey Virudhaka por haber destruido la república de Sakya. Por supuesto, nadie sospechaba que mi padre eliminaría todas las demás repúblicas inmediatamente después de su coronación en Shravasti. Fuera como fuera, la gente recibió aquí a mi padre como a una especie de liberador. Y hasta el momento ha procedido bien.

—¿Lo has visto?

—Oh, sí. Estamos en muy buenos términos, y por supuesto, está encantado con sus nietos. Me ha preguntado muchas veces por ti. Espera volver a verte, llora…

—¿Todavía?

—Sí. Sólo que ahora hay muchos más motivos que antes para llorar.

Aparte de esa única frase, Ambalika no formuló otras críticas a su padre. Conviene recordar que el poder siempre atrae a las mujeres. No creo que llegue a existir nunca un conquistador lo bastante sanguinario para que la mayoría de las mujeres rechace acostarse con él, en la esperanza de dar a luz un hijo exactamente tan feroz como su padre.

Poco antes del carnaval anual que cae como el vendaval sobre Shravasti con sus días enteramente consagrados a los placeres, el príncipe Jeta y yo visitamos a Ananda en el monasterio budista. Yo acompañaba a pie la litera del príncipe Jeta.

—Rara vez abandono la casa —murmuró él mientras nos abríamos paso por entre la alegre multitud—. Pero quiero estar presente mientras hablas con Ananda. Le encantarán tus historias de Catay. —El príncipe Jeta había oído fascinado mis relatos acerca de Confucio y el maestro Li, y pensaba que el nuevo jefe de la orden budista se interesaría igualmente. Ésta fue la única señal de ingenuidad que advertí en mi antiguo amigo. Si hay una cosa que un sacerdote profesional detesta es que le hablen de una religión o un sistema de pensamiento rival.

El parque de bambúes integro pertenecía ahora a la orden budista. La cabaña en que había vivido el Buda estaba rodeada por una pared baja, y muy cerca se estaba construyendo un gran edificio nuevo.

—Un convento —explicó el príncipe Jeta—. Lo está construyendo Ambapoli. Ella será la monja superior.

—¿La cortesana de Vaishali?

—Sí. Vino aquí, con todo su dinero, después de la muerte del Buda. Y tuvo suerte.

—Sí. He visto las ruinas de Vaishali.

—Dedicará a la orden el resto de su vida. La admiro profundamente. Es una verdadera santa.

—Es muy anciana —no pude dejar de agregar. Es muy corriente que las cortesanas de éxito se vuelquen a la filosofía o la religión cuando su belleza se disipa. Será interesante ver qué ocurre con Aspasia.

Ananda tenía cierto parecido con el Buda, parecido que él no se esforzaba en disimular. Entre numerosas inclinaciones, el jefe del sangha escoltó la litera del príncipe Jeta hasta el salón principal del monasterio. Yo les seguía.

Varios cientos de jóvenes monjes recitaban las palabras del Buda. Vi que muchos usaban túnicas naranja recién hechas. Esto era una innovación. En los viejos tiempos, sólo podían vestir los harapos que habían mendigado.

Ananda nos condujo a una habitación de cielo raso bajo, detrás del tercer patio.

—Aquí es donde me esfuerzo en recordar —dijo.

Cuando se retiraron los portadores de la litera del príncipe Jeta, Ananda se volvió a mí.

—Es un placer que hayas vuelto —dijo—. Sariputra hablaba encomiosamente de ti.

El príncipe Jeta informó a Ananda de mis andanzas en Catay, y el sacerdote simuló interés. Pero fue el príncipe, y no Ananda, quien me pidió que explicara la sabiduría de los catayanos. Lo hice, brevemente. Ananda estaba cortésmente aburrido, y finalmente declaró:

—El maestro Confucio me parece demasiado mundano para ser serio.

—Cree que el mundo de los hombres es el único que hay —respondí—. Y por eso estima tan importante la conducta del hombre en el único mundo existente.

—En ese último punto, ciertamente concordaríamos. Y su noción del verdadero caballero se acerca mucho a la verdad, según nuestro conocimiento. Por eso me parece tan extraño que no haya descubierto aún algo tan evidente como el nirvana. Cuando parece encaminarse hacia las cuatro nobles verdades —Ananda produjo, chasqueando la lengua contra la mejilla inflada, un ruido vulgar— se detiene.

—No creo que le interese ir más allá de este mundo.

—Debemos compadecerlo por eso.

—Me parece innecesario compadecer a Confucio. —Hablé con más vehemencia de la prevista, y el príncipe Jeta desvió la vista hacia mí.

Ananda sonrió.

—Nuestra piedad es general, querido. Compadecemos a todas las cosas vivientes. Vivir es estar atrapado en el ciclo del nacimiento y la reencarnación. Sólo el que estuvo aquí y se marchó logró lo que debería ser la deliberada finalidad de todos los hombres.

—El maestro K'ung no estaría de acuerdo.

Me sorprendí a mí mismo al oírme hablar como un discípulo de Confucio. En verdad, me había horrorizado su absoluta indiferencia respecto del Sabio Señor. No sólo era indiferente a la idea de la creación: se negaba a aceptar aun la dualidad implícita en todas las cosas. Aunque Confucio pertenecía por completo a este mundo, lo defendí ante Ananda. La perversidad humana no tiene fin. Supongo que siempre se tiene la tentación de desafiar a quienes creen que ellos, y sólo ellos, poseen la verdad, o el camino, o la clave del misterio.

—¿Qué idea tiene Confucio de la muerte? —Ananda fingía interés para no defraudar al príncipe Jeta.

—Verdaderamente, no lo sé. Sospecho que no le parece importante. Le interesa la vida.

—Está prisionero en la vida, pobre hombre.

—¿Quién no está prisionero? Confucio es un hombre honesto. Con frecuencia está triste. Confiesa sus imperfecciones, cosa que muy rara vez he visto hacer a los hombres santos de este mundo. —Ananda soportó el insulto con una sonrisa amable—. Quería gobernar un estado para el bienestar general. Esto se le negó, y él sufrió. Confucio le dijo a todo el mundo que ese sufrimiento probaba que no era en modo alguno un sabio perfecto.

—Que no era un sabio perfecto —repitió Ananda—. ¿Estás seguro de que no mostró signos del deseo de romper el ciclo del nacimiento, la muerte y la reencarnación?

—No creo que reconozca la existencia de ese ciclo.

—Eso es ignorancia.

—No; ignorancia, no. Es otra clase de conocimiento. Cree en una unidad original de la que provenimos y a la que volveremos.

—Eso es muy, muy perceptivo. —Ananda se volvió al príncipe Jeta—. Una prueba de la sabiduría absoluta del Buda. En el bárbaro Catay, un maestro es capaz de vislumbrar la verdad. No la comprende, ¿veis?, pero la siente. —Ananda me sonrió—.

Nos complace profundamente saberlo. —La satisfacción del hombrecillo me irritaba sobremanera.

—Sin duda —respondí—, a Confucio también le encantaría saber que en un país lejano sus verdades son también percibidas, aunque oscuramente.

Ananda ignoró mis palabras y el desafío implícito. Miró al príncipe Jeta.

—Te agradará saber que finalmente hemos perfeccionado un sistema de desagües único, al menos en Shravasti. Hemos desviado las aguas de una corriente subterránea, de modo que ahora corre directamente por debajo de nuestras letrinas. Y también… —Habló con gran detenimiento de la higiene, un eterno problema en las ciudades de la India.

Finalmente, con cortesía, Ananda se volvió a mí.

—Creo recordar que cuando viniste aquí por primera vez, tenias teorías muy diferentes. En aquel momento creías en un dios supremo, un sólo creador del universo. Ahora, gracias a las enseñanzas de ese maestro de Catay, sólo te importa… la conducta en el mundo cotidiano.

No creí que recordara lo que había dicho acerca del Sabio Señor tantos años antes. Era una tontería. En lo que concierne a la memoria, el sacerdote profesional es peor —o mejor— que el poeta.

—No he cambiado —afirmé—. Aún creo en el Sabio Señor. Solo he mencionado las enseñanzas de Confucio para demostrar… —Me interrumpí, incapaz de recordar qué había querido decir al citar al mundano Confucio.

—Para demostrar las semejanzas entre su camino y el del Buda. Por supuesto. —Ananda sonrió, irritante—. Por cierto, tu sabio de Catay, al rechazar la idea de un dios creador, como Brahma o el Sabio Señor, muestra el principio de una verdadera inteligencia.

Acepté la blasfemia tan imperturbablemente, creo, como él había desviado mi desafío anterior.

—Es propio de alguien verdaderamente inteligente —contesté— el comprender que nada puede proceder de la nada. Por lo tanto, el mundo debe proceder de algo. El mundo ha debido ser creado, como lo fue, por el Sabio Señor.

—Pero a él, ¿quién lo creó?

—Él mismo se ha creado.

—¿A partir de qué?

—De la nada.

—Has dicho que nada procede de la nada.

Sí, Demócrito: había caído en la más antigua de las trampas. Me retiré ágilmente.

—No he querido decir «nada». Digamos que lo que había entonces, y hay ahora, y siempre habrá, es el siempre-así. —Sin pensarlo, me había apropiado del concepto del maestro Li—. Fue a partir del siempre-así que el Sabio Señor creó la tierra, el cielo y el hombre. Y luego la Verdad y la Mentira…

—Oh, querido —suspiró Ananda—, eso es muy primitivo. Perdóname. No quiero herir tus sentimientos. Pero aún tu amigo de Catay ha ido más allá de la noción de un dios celestial todopoderoso como el Sabio Señor, o Brahma, o el cielo, o como quieras llamarle. ¿Sabes?, una vez hubo un adepto de Brahma que se enfadó mucho

con el Buda. Finalmente le dijo: «¿Cómo puedes rechazar a Brahma, el creador? ¿No comprendes que toda pena o felicidad, todos los sentimientos del hombre, provienen de una deidad suprema?».

—¿Y qué respondió el Buda? —Era obvio que el príncipe Jeta no había oído antes esa parte de la doctrina. ¿Era, quizás, una revelación reciente?

—Citaré la respuesta del Buda —dijo Ananda. Cerró luego los ojos y empezó a cantar—: «Y así, debido a la invención de una suprema deidad, los hombres se tornan asesinos, ladrones, concupiscentes, mentirosos, calumniadores, corrompidos, charlatanes, envidiosos, maliciosos y malintencionados. Y por lo tanto, para quienes vuelven a caer en la creación de un dios que sea la razón esencial, no hay deseo, ni esfuerzo, ni necesidad de hacer o no hacer una cosa u otra».

—Muy bien —susurró el príncipe Jeta.

—Es un disparate —respondí, con enfado—. Eso es sólo una parte. Una vez que el Sabio Señor se hubo creado a sí mismo, y a su sombra maligna, creó al hombre y le dio una opción: servir a la Verdad o a la Mentira. Quienes sirvan a la Mentira sufrirán después del juicio final, en tanto que aquellos…

—Es muy, muy complicado —dijo Ananda—. Es típico en esas deidades supremas. Toda esa maldad. Toda esa tontería. Después de todo, sí es un dios supremo, ¿por qué ha permitido la existencia del mal?

—Porque así permite que cada hombre haga su elección.

—Si yo fuera una deidad suprema, no me tomaría la molestia de crear el mal, ni el hombre, ni cosa alguna que no me complazca. Temo que, si deseas explicar a tu deidad suprema, te veas obligado a ir hacia atrás. El mal existe. No puedes explicar por qué. Entonces conviertes a tu creador en una especie de cruel deportista que juega con la vida humana. ¿Son obedientes o desobedientes? ¿Los torturaré o no? Todo eso, querido hijo, es demasiado primitivo. Por eso hemos abandonado hace mucho la idea misma de una deidad suprema. Y lo mismo ha hecho, según entiendo, tu amigo Confucio. Él comprende, como nosotros, que aceptar semejante monstruo implica respaldar el mal, puesto que el mal es también su creación. Por fortuna, nosotros miramos más allá de Brahma, más allá del Sabio Señor. Contemplamos la naturaleza del universo y vemos que es un circulo sin principio ni fin. Para quien sigue el camino intermedio, es posible mirar directamente a través del circulo y comprender que es una ilusión… como la eternidad. Y finalmente, por razones prácticas, pensamos que los hombres se conducen mejor en un mundo donde no existe una deidad suprema que respalde la malignidad y confunda a los simples. Como tu Confucio ha dicho sabiamente, «El cielo está lejos. El hombre está cerca».

No continué la discusión. Los ateos siempre pueden vencer a los creyentes en el Sabio Señor. Nosotros sabemos que es verdad. Ellos, no. Yo me sentí próximo a Confucio porque no intentaba eliminar el cielo. Él aceptaba lo que no podía comprender. Pero el Buda desafiaba al cielo con su indiferencia. No creo que nunca haya existido sobre la tierra un hombre más arrogante. Él afirmaba: «Yo existo. Pero cuando deje de existir, no existiré más y no habrá ninguna existencia en ninguna parte. Lo que los demás creen existencia es pura ilusión». Esto quita el aliento.

Demócrito dice que a él no le quita el aliento. Cree que el Buda dice también otras cosas. La creación continúa, afirma Demócrito, y la única anomalía es el yo

defectuoso que observa la creación. Si se elimina ese yo, la materia permanece; está, como ha estado siempre. ¿El siempre-así? No puedo seguirlo. Para mí, lo que es, es.

# 3

Durante las semanas siguientes traté con los diversos comerciantes y corporaciones que deseaban negociar con Persia. Yo era en aquel momento una especie de mercader. Sabía qué se podía vender en Susa, y a qué precio. Me divertí mucho regateando en las tiendas instaladas en el mercado central. No es necesario decir que, cada vez que me entrevistaba con un mercader de importancia, o con el tesorero de alguna corporación, se mencionaba siempre el nombre de los Egibi. En cierto sentido, los Egibi eran una especie de monarca universal. Dondequiera que se vaya, los Egibi han llegado antes y ya han hecho sus negocios.

No encontré fácil hablar con mis hijos. Al principio se mostraban recelosos. Yo tenía la sensación de que les molestaban sus propias diferencias, y de que me hacían responsable de ellas. Sin embargo, logré conquistar la confianza del mayor. Estaba muy orgulloso de su abuelo el rey.

—Será el amo de toda la creación.

Estábamos atravesando el mercado central, y había visto cómo yo aceptaba los préstamos de una corporación de mercaderes. Debo decir que hizo todo lo posible por ocultar su desdén de guerrero por los comerciantes con quienes yo trataba.

—¿Qué quieres decir?

—El rey mira al oeste. El rey mira al este. —Sin duda, el muchacho citaba un texto de palacio.

—¿Crees que piensa en el país de tu padre? —pregunté.

El joven asintió.

—Un día todo el mundo será suyo. Nunca ha habido nadie como él. Y nunca ha habido antes un amo de toda la India.

—¿Toda la India? ¿Y Licchavi? ¿Y el reino de Avanti? ¿Y nuestra provincia de la India? ¿Y el sur?

Se encogió de hombros.

—Son detalles. Pero cuando Ajatashatru entró en esta plaza… Yo era muy niño… Recuerdo que era como el sol. Y la gente lo recibía como si fuera el sol después de las largas lluvias.

No le dije que quizás estuvieran aterrorizados ante su nuevo amo, comparable al sol del verano, que agosta los campos y los convierte en desiertos.

—¿Tú le gustas?

—Sí. Soy su favorito.

El joven tenía ya la estatura del guerrero que pronto sería. Aunque tenía mis ojos, y también los de Lais, la bruja de Tracia, era para mí un extraño. Sabía, sin embargo, que era ambicioso y enérgico. Se abriría paso en la corte de Magadha. De eso no había ninguna duda.

—¿Te gustaría conocer Persia? —pregunté.

Sus dientes eran muy blancos y su sonrisa, encantadora.

—¡Oh, sí! Mi madre me ha hablado mucho de Susa, Babilonia y el Gran Rey. Y siempre que Caraka viene a vernos, nos cuenta historias.

—¿Te gustaría volver conmigo? —No me atreví a mirarlo. En aquel país de

gente oscura, había algo extraño en un par de azules clavados en los propios, como si fueran espejos… sólo que uno de esos espejos estaba enmarcado por la oscuridad.

—Debo terminar mis estudios, padre. —Era la respuesta esperada—. Y luego iré a la universidad de Taxila. No lo deseo, pero mi abuelo me ha ordenado que estudie lenguas. Y debo obedecer.

—Tal vez quiera que seas un embajador, como yo.

—Sería un doble honor. —El joven era ya un cortesano.

Mi hijo menor era soñador y tímido. Cuando logré que hablara, me pidió que le narrara historias de dragones y sirenas. Trate de complacerlo con esos relatos. También le interesaba el Buda. Me parece posible que haya heredado de su bisabuelo ese tipo de mente que mira con toda naturalidad el otro mundo. De todos modos, ninguno de mis hijos quería marcharse de la India. Aunque no me sorprendió, me sentí decepcionado.

El día anterior al de la partida de mi caravana hacia Taxila, yo estaba junto a la litera del príncipe Jeta, en el terrado de la casa del río.

—Moriré pronto —dijo. Volvió la cabeza hacia mí—. Por eso me siento tan feliz de haberte visto nuevamente.

—¿Por qué? —pregunté—. Apenas muera, me olvidarás.—Al príncipe Jeta le gustaba reírse de la muerte, y yo trataba de hablar del tema con humor, lo cual no era tarea sencilla. Todavía hoy no me acostumbro a la idea de abandonar este cuerpo, aun reconociendo su decrepitud, para iniciar el largo camino hasta el otro extremo, si el Sabio Señor oye mis plegarias, del puente del redentor.

—Hablar contigo en mis últimos días puede alterar en forma importante mi destino. Quizá gracias a ti me encuentre más cerca de la salida cuando vuelva a nacer.

—Pienso que estás a sólo un paso del nirvana.

—Bastante más de un paso, me temo. Estoy ligado a la pena. Bien pudiera ser que mi próxima reencarnación fuera aún peor que ésta.

Miró su cuerpo paralizado.

—Sólo nacemos una vez —respondí—. Al menos, eso creemos nosotros —agregué cortésmente.

El príncipe Jeta sonrió.

—Lo que crees no tiene sentido, si me perdonas. No es posible imaginar un dios que coge un alma inmortal, le permite nacer una sola vez, juega con ella a su antojo y, luego de juzgarla, la condena al dolor o al placer para siempre.

—No es para siempre. En cierto punto, en la eternidad, todos seremos como uno.

—No estoy seguro de comprender bien tu idea de la eternidad.

—¿Quién comprende bien la eternidad? —Cambié de tema. Hablé de mis hijos—. Esperaba que retornaran conmigo. Y también Ambalika.

El príncipe Jeta movió la cabeza.

—No sería práctico. Se sentirían fuera de lugar, como tú aquí. Y además…

El príncipe Jeta se interrumpió. Había visto algo del lado opuesto del río. También yo miré. En la llanura, entre el río y las montañas, se veía algo que parecía una tormenta de polvo. Sin embargo, no había viento.

—¿Qué es eso? —pregunté—. ¿Un espejismo?

—No. —El príncipe Jeta frunció el ceño—. Es el rey.

Me estremecí bajo la cálida luz del sol.

—Creí que estaba en la frontera de Licchavi.

—Estaba allí. Ahora está aquí.

—Creo que me marcharé antes de que llegue.

—Demasiado tarde —dijo el príncipe Jeta—. Querrá verte.

—Como no sabe que estoy aquí, yo podría…

—Lo sabe. Sabe todo.

En la mañana siguiente, al alba, recibí la orden de aguardar al rey del otro lado del río. Me despedí de Ambalika como si fuera la última vez. Ella intentó calmarme.

—Eres su yerno. El padre de sus nietos favoritos. Nada tienes que temer. —Pero mientras hablaba, tuve la sensación de que me daba el adiós definitivo.

Nada hay en el mundo que pueda compararse con un ejército indio. En realidad, no se trata de un ejército, sino de una ciudad. Imagina una ciudad de tiendas ocupada por doscientos o trescientos mil hombres, mujeres, niños, elefantes, camellos, bueyes y caballos, y tendrás una idea de lo que es un rey de la India en pie de guerra. A los griegos les escandaliza el que el Gran Rey lleve a la guerra sus mujeres, sus muebles y sus botellas de agua del Choaspes; aunque aun a los inmortales se les permite llevar sus mujeres y sus esclavos personales. Pero cuando llega la hora del combate, el séquito y las provisiones persas quedan en la retaguardia, bien protegidos. En la India no ocurre lo mismo. La ciudad del rey no hace otra cosa que engullir al enemigo. En primer término, los elefantes cargan contra el otro ejército. Si el enemigo no tiene suficientes elefantes, la batalla concluye en ese punto. Si hay resistencia, entran en acción los lanceros y los arqueros. Mientras tanto, los mercados, las tabernas, los talleres y los arsenales invaden de tal modo el territorio del enemigo que éste es derrotado por la mera masa de personas y cosas que cae sobre él.

Cuando dos ejércitos de fuerzas similares se enfrentan, la victoria es del que logra matar al jefe enemigo. Si ningún jefe muere, el resultado es la infinita confusión de dos ciudades irremediablemente mezcladas. Se cuenta de ejércitos reales tan íntimamente entrelazados que debían celebrar una tregua para averiguar qué ocurría.

Al conductor de mi carro le llevó una hora llegar desde el primer puesto de guardia, al otro lado del río, hasta el centro del campamento, donde se erguía la tienda dorada de Ajatashatru. Yo tenía la sensación de estar más en un vasto bazar que en un emplazamiento castrense. Muy, muy lentamente atravesamos mercados, arsenales y mataderos para acceder al lugar en que habían instalado las tiendas del rey y de su corte.

En la entrada de la tienda real, el carro se detuvo y yo descendí. Un chambelán me condujo a una tienda vecina, donde un esclavo me ofreció un aguamanil de plata lleno de agua de rosas. Ritualmente, lavé mis manos y mi rostro, y un segundo esclavo me secó con una tela de lino. Me trataban respetuosamente, pero sin hablar. Una vez limpio, me dejaron solo. Aunque el tiempo transcurría lentamente, mi imaginación trabajaba a gran velocidad. Como suponía que sería condenado a muerte, no hubo forma de ejecución que no imaginara con perfecta nitidez en todos sus terribles detalles. Pensaba en la estrangulación lenta —que me inspira un horror particular—

cuando Varshakara apareció en la abertura de la tienda. Reaccioné casi como un nadador que cree ver un tronco flotante y advierte de repente que es un cocodrilo.

Pero el chambelán me tranquilizó.

—Casi no has cambiado —dijo, mientras nos abrazábamos.

—Tú eres el mismo.

En verdad, Varshakara estaba exactamente igual a como era tantos años atrás, en nuestro primer encuentro en Varanasi. Como consumado maestro que era en el arte de la traición, había pasado con toda delicadeza del servicio del padre asesinado al del hijo asesino. Tenía la barba rojo vivo, para compensar los anteriores dientes rojos, ahora ausentes.

Hablamos de Catay. Estaba ávido de cualquier fragmento de noticia y, afortunadamente, yo tenía bastante más que fragmentos para alimentar a esa ave de presa.

—Debes hacerme un informe —dijo por fin—. Estamos sumamente interesados en reabrir la ruta de la seda. Como le he dicho a tu compañero, que aún está en Champa, por si te interesa.

No me asombró saber que el chambelán había iniciado ya negociaciones con el marqués de Key. Me pregunté, con cierta incomodidad, qué habría dicho de mí ese colega catayano. Después de todo, lo había abandonado. Pero Varshakara no dijo una palabra más sobre el tema.

Después nos rodeó un ruido atronador: los tambores anunciaban la llegada de Ajatashatru. Salimos y miré con algún temor al que debía de ser el elefante más grande del mundo… un elefante blanco que se acercaba como una montaña enjoyada en lento movimiento. En la parte superior había un pabellón de plata incrustado de diamantes. Y dentro de esa estructura relumbrante había una inmensa figura dorada.

—¡Ajatashatru! —Todas las voces aclamaban al rey. A gritos, le lanzaban bendiciones. Los músicos creaban un terrible escándalo. Los suplicantes caían postrados en el polvo.

Cuando el elefante se detuvo, colocaron a su lado una escalera. Dos acróbatas profesionales se deslizaron hasta la cima. Luego ayudaron al rey a ponerse en pie y a descender, lentamente.

Ajatashatru era en aquel momento el hombre más gordo que he visto en mi vida. Pesaba tanto, en verdad, que sus piernas no podían soportar su cuerpo hinchado. A causa de ello, caminaba, como ahora, con un brazo encima del hombro de cada acróbata, o apoyándose en dos gruesos bastones de marfil. Mientras se arrastraba poco a poco hacia adelante, la cabeza, el cuello y los hombros se fundían en una sola masa. Parecía una enorme araña de oro.

Mis ojos se clavaron en el suelo cuando Ajatashatru se aproximó. Yo esperaba que se detuviera y me reconociera, pero pasó por mi lado sin una palabra. Yo miraba fijamente la alfombra roja. Como el Gran Rey, Ajatashatru jamás posaba los pies en la tierra.

Varias horas más tarde, Varshakara vino a buscarme, sonriendo de forma seductora. Por algún motivo, yo extrañaba sus colmillos sangrientos. Me pregunté si le habrían obligado a abandonar la masticación de las embriagantes hojas de betel. Hace poco, una persona entendida en esos asuntos me explicó que se puede mantener el

betel entre la mejilla y las encías desprovistas de dientes, y gozar de la embriaguez mental que provoca.

Varshakara me condujo ante la gran presencia. Ajatashatru estaba desparramado en un inmenso diván, rodeado por un millar de cojines cubiertos de plata. Había muy cerca una docena de mesillas repletas de comida y frascos de vino: y también, al alcance de la mano, una docena de muchachas y muchachos todavía impúberes. Las preferencias sexuales de mi suegro no habían sufrido cambios con la edad. He comprobado que los hombres siguen siendo en la ancianidad tal como han sido de jóvenes, aunque de nada les sirva.

Un muchacho de ocho o nueve años secaba amorosamente la cara del rey con una servilleta de lino. El cuerpo de Ajatashatru estaba perlado de sudor. No podía atravesar una habitación sin quedar exhausto. Aunque me pareció que su vida tocaba a su fin, su rostro se mantenía sin cambios. En todo caso, a causa de su gordura, mi suegro parecía mucho más joven que yo. He observado que en los países en que el calor es intenso y los cuerpos maduran y envejecen rápidamente, los hombres y mujeres engordan deliberadamente para conservar, si no la belleza de la adolescencia, el encanto infantil.

Ajatashatru resplandeció.

—¡Queridísimo! —Su vasta cara de bebé me miró con ansia, como si yo fuera una golosina. Luego abrió los brazos, de donde la grasa contenida por la seda colgaba como los acolchados de Sardis—. ¡Ven!

Fui. Mientras me inclinaba para besar la mano más próxima, tropecé y caí sobre el diván. Los muchachos rieron. Me aterroricé. En Susa —en cualquier corte— uno podía ser ajusticiado por semejante acercamiento al soberano. Pero fui perdonado.

El rey me cogió por debajo de los brazos y mitad me alzó, mitad me arrastró al diván como si yo fuera un muñeco. Evidentemente, los gruesos brazos eran aún poderosos. Cuando caí sobre el inmenso pecho, que olía a cien perfumes en conflicto, unos labios pintados de carmín besaron mi rostro exactamente como un niño derrama amor sobre un muñeco. Sobre un muñeco que destrozará en el momento siguiente:

—¡Querido! ¡Sin ti, la vida ha sido un peso, una cosa sin alegría! ¡Cuántas noches hemos llorado hasta la llegada del sueño, preguntándonos por qué nuestro yerno más querido, más amado, nos había abandonado! ¡Oh, malvado, malvado!

Mientras tanto, Ajatashatru me había cogido y arrojado a su lado. Me hundí en una pila de cojines: Me sentía como una frágil vasija junto a un elefante. Ignoraba la etiqueta apropiada para esa situación. Traté de mostrarme tan respetuoso y atento como me era posible, extendido junto al que debía ser el rey de mayor tamaño del mundo.

—¡Querido Darío! —Debo decir que me llamó continuamente Darío durante aquel encuentro. No es necesario agregar que no lo corregí. Como tantos monarcas absolutos, no tenía don de recordar los nombres. En Persia, el Gran Rey no aparece en público sin un chambelán que susurra a su oído los nombres de las personas que se le acercan.

—¡Qué hambre de verte ha padecido mi pobre niña! ¡Qué sed de saber dónde estabas! ¡Qué avidez de noticias! —Las palabras utilizadas por Ajatashatru daban la

pauta de lo que tenía en mente. De inmediato los niños le ofrecieron comida y bebida. No he conocido otro hombre capaz de hablar tan claro con la boca llena. Quizás ello se debiera a que pocas veces dejaba de comer o de hablar.

Cuando finalmente se me ofreció la oportunidad, le narre mis numerosos intentos frustrados de volver a Magadha. Mientras yo hablaba, el vino descendía ruidosamente por su garganta. Cuando le hablé de mi cautiverio en Catay, escuchó con gran atención. Entre los pliegues de grasa, los ojos negros eran tan brillantes como siempre. Cuando terminé mi relato, interrumpido a intervalos regulares por exclamaciones de alegría, sorpresa, afecto, Ajatashatru apuró un vaso de vino y dijo:

—Debes contar a Varshakara cómo es la ruta de la seda.

—Sí, señor rey.

—Detalladamente.

—Sí, señor rey.

—Y trazar un mapa.

—Lo haré con placer.

—Eres la persona que más quiero, ¿sabes? —Me abrazó—. Me mostrarás el camino a Catay, ¿verdad?

—¿Irás tú mismo a Catay?

—¿Por qué no? El año próximo será muy, muy aburrido. Los perversos rebeldes de Licchavi ya estarán vencidos, y Pardyota… ¿Lo recuerdas? El rey de Avanti. Se ha portado mal. Pero no creo que nos lleve más de un mes conquistar Avanti. Te quedarás y verás cómo le doy una lección. Te divertirás. Te lo prometo. Porque soy muy, muy buen maestro.

—Lo sé, señor rey. He visto las ruinas de Vaishali.

—¡Ah, cuánto me alegra! —Los ojos brillaron—. ¿Viste a los empalados a lo largo del camino?

—Sí. Era soberbio, señor rey. En verdad, nunca había visto tantos cautivos ejecutados de una sola vez.

—Tampoco yo. Como es natural, todos me dicen que he superado una especie de límite, pero ya sabes lo poco sincera que suele ser la gente. Con todo, creo honestamente que ningún rey ha empalado a tantos hombres malvados, como yo ese día. Fue una maravilla. Sin duda, nunca has oído tantos aullidos. Particularmente mientras los castrábamos, una vez empalados. Tuve miedo de ensordecer. Tengo el oído muy fino. ¿De qué hablábamos?

—De Catay, señor rey.

—Sí. Sí. Quiero ir en persona, con mi ejército principal. Podrías ser el guía.

Cuando le dije que, con buena suerte, su ejército no tardaría menos de tres años en llegar a la frontera del Reino Medio, empezó a perder el interés. Se estremeció cuando describí las húmedas junglas, los altos pasos montañosos, las fiebres y las penurias de ese largo viaje.

—Si es verdad lo que dices, no iré. Eso es evidente. Pero enviaré un ejército. Después de todo, soy el monarca universal, ¿no es verdad?

—Sí. ¡Oh, sí, señor rey!

—Y como Catay es una parte del universo, comprenderán inmediatamente que poseo… ¿cómo lo llaman?

—El mandato del cielo.

—Sí. Comprenderán que lo tengo desde hace ya largo tiempo. Aunque, pensándolo bien, tal vez fuese mejor ir hacia el oeste, ¿no crees? Las distancias son menores. Y no hay junglas. Y todas esas ciudades encantadoras. Y, naturalmente, Persia es parte de mi universo. ¿No es así, queridísimo?

—Oh, sí, señor rey. —Yo me sentía cada vez más preocupado. Si bien el ejército de Ajatashatru no era una amenaza para la satrapía de Bactria, y menos aún para el imperio persa, me vi a mí mismo como un mono sujeto por una correa mientras el rey se acercaba lentamente a Persia. Y al desastre.

Hice lo posible para disuadirlo de una aventura persa, pero Ajatashatru estaba eufórico con lo que llamaba continuamente «mi universo». Y se quejaba de los republicanos.

—Me han impedido ir hacia el poniente, hacia el levante, hacia la estrella del norte. Oh, sé cuán grande es mi universo, y qué poco tiempo tengo para visitar a todos mis pueblos, pero debo hacer el esfuerzo. Se lo debo a… al cielo. —Había comprendido con gran celeridad el sistema político-religioso de Catay. Le encantaba, por cierto, la idea de que la hegemonía es la causa del mandato. Como estaba seguro de poseer la primera, estaba dispuesto a recibir el segundo «tan pronto como haga algunos viajes para ver a mis pueblos amarillos, y también a los de ojos azules»—. ¡Ah, ser el amo de millones de personas con los ojos de mis nietos! Unos jóvenes encantadores, a propósito. Aunque sólo fuera por ellos, Darío, estaríamos en deuda contigo.

Y luego, en el curso de una comida muy variada y aparentemente infinita, llegaron malas noticias. El ejército de Avanti había entrado en Magadha. Varshakara parecía preocupado; Ajatashatru, fastidiado.

—¡Oh, qué hombre tan malo! ¡Qué mal rey! Ahora tendremos que matarlo. Muy pronto. ¡Querido! —El rey besó mi rostro como si fuera un plato. Luego me dio un tremendo empujón, y caí del diván—. Vuelve junto a tu encantadora esposa. Espéranos en Shravasti. Llegaremos antes de que comiencen las lluvias. Mientras tanto, convertiremos el reino de Avanti en un desierto. Es una promesa. Soy dios en la tierra. El igual de Brahma. El monarca universal. Recuerda mi afecto a… a… mi hija. —Había olvidado el nombre de Ambalika—. Y besa en mi nombre a tus dos encantadores muchachos de ojos azules. Soy un amante abuelo. Vete.

Mi último encuentro con Ambalika fue sorprendentemente alegre. Estábamos sentados, juntos, en la hamaca, en el centro del patio interior en el palacio del príncipe Jeta. Era uno de los pocos lugares en que no nos podía espiar. Le conté que había visto al rey.

—Se prepara para atacar Avanti.

—No tendrá una victoria fácil —respondió Ambalika.

—¿Crees que la guerra pueda durar más de una estación?

—Puede durar años, como ese disparate de Licchavi.

—Entonces no creo que quiera invadir Persia este año.

—¿Ha dicho que pensaba invadir Persia?

Asentí sin mayor énfasis.

—Pues… —Ambalika meditaba. Nos mecíamos entre los arbustos en flor—. Si fuera más joven, se me ocurre que quizá tuviese éxito. ¿No te parece?

—Persia es el imperio más poderoso de la tierra. —Era, a mi juicio, un comentario razonablemente neutral.

—Pero mi padre es el mejor general de la tierra. O lo era. Y ya no lo sabremos nunca. La guerra con Avanti se arrastrará largo tiempo, y mi padre morirá de indigestión, y tú… ¿qué harás tú?

—Volver a Susa.

—¿Con tu caravana?

Asentí. No le dije que proyectaba escabullirme, dejar la ciudad aquella misma noche, sin la caravana. Creo, sin embargo, que algo sospechó, porque dijo de repente.

—Quiero volver a casarme.

—¿Con quién?

—Con mi medio hermano. Me quiere. Es bueno con mis hijos. Seré su primera esposa, y viviremos aquí, en Shravasti. Es el virrey, ¿sabes? No creo que lo hayas conocido. De todos modos, debo casarme muy pronto, porque el príncipe Jeta morirá en cualquier momento. Y entonces su sobrino, un ser venenoso, heredará esta casa y nos quedaremos sin hogar.

—Pero tú ya estás casada —recordé.

—Lo sé. Pero puedo ser viuda, ¿verdad?

—¿Debo matarme? ¿O se ocupará de eso el rey?

—Nada de eso. —Ambalika me miró con una radiante sonrisa—. Ven, quiero mostrarte algo.

Fuimos a su habitación. Abrió un arcón de marfil y sacó un documento en papiro. Como me cuesta leer la escritura india, me leyó un informe sobre la deplorable muerte de Ciro Espitama, en Susa, en algún año del reinado del Gran Rey Jerjes.

—Pon entonces la fecha, más o menos dentro de seis meses. Y agrega al principio y al final algo escrito en persa, diciendo que esto viene de la cancillería. Para que parezca oficial, ¿sabes?

Yo también conocía las normas religiosas de la India.

—No puedes casarte. Es la ley.

Pero Ambalika había pensado en todo.

—He hablado con el sumo sacerdote. Dirá que tú y yo no estábamos casados como es debido. Los brahmanes siempre pueden encontrar un error en una ceremonia, si quieren. Querrán. Y me casaré muy discretamente con mi hermano.

—¿Y nunca volveremos a vernos?

—¡Espero que no! —La alegre crueldad de Ambalika traía una glacial reminiscencia de su padre—. De todos modos, no querrás volver. Y serás demasiado viejo.

—Mis hijos…

—Están donde deben estar —dijo serenamente.

Y así escribí una descripción de mi propia muerte, y falsifiqué la firma del primer funcionario de la cancillería de Susa. Y una hora antes del ocaso salí de la casa. No vi a mis hijos, ni al príncipe Jeta. Guardé las monedas que tenía en un cinturón de tela, que me puse. En el mercado compré un viejo manto, unas sandalias y un báculo. Y unos minutos antes de que cerraran por la noche la puerta del oeste, abandoné la ciudad.

No sé qué ha sido de mis hijos. Si hubiese creído que yo vivía, quizá Caraka me habría enviado mensajes. Pero supongo que cuando Ambalika anunció mi muerte, la creyó.

Tuve noticias de Ajatashatru por los Egibi. La guerra con Avanti fue tan larga e indecisa como había sido la guerra contra la república de Licchavi. Finalmente, en el noveno año del reinado de Jerjes, Ajatashatru murió, según se dijo de muerte natural. Como la sucesión era poco clara, el ilusorio imperio que había creado en la llanura del Ganges se disgregó rápidamente.

Cuando pienso en la India, el oro relumbra en la oscuridad, más allá de los párpados de mis ojos ciegos. Si recuerdo Catay, es plata lo que brilla; y vuelvo a ver, como si verdaderamente viera, la plateada nieve cayendo sobre los sauces de plata.

Oro y plata; ahora, oscuridad.

# L I B R O O C H O



La Edad de Oro

de Jerjes,

el Gran Rey

# 1

En la primavera del octavo año del reinado de Jerjes regresé a Susa, después de pasar seis años en el oriente, y el oriente del oriente. Ya no existía aquel resuelto joven que había partido de Bactria. Un espectro de mediana edad entró por las puertas de Susa. Me asombraba que la gente realmente pudiera verme. No me asombraba en absoluto que nadie me reconociera. Como me habían dado por muerto muchos años antes, era un fantasma para la corte. Y aún peor: era un fantasma para mí mismo.

Pero mi sensación de irrealidad se disipó rápidamente, o, mejor dicho, fue reemplazada por la irrealidad del mundo al que había regresado. Nada era igual. No; esto no es exacto. La cancillería seguía igual, como descubrí cuando me recibió, en la segunda sala, un vicechambelán a quien había conocido cuando era portador de vino del harén. Era un sirio al que le encantaba enterarse de todo. Le reprochaban con frecuencia que hiciese tantas preguntas. Le temían porque jamás olvidaba las respuestas.

—Esto es muy desconcertante, amigo del rey. —El eunuco empleó el último titulo que conservaba. Los funcionarios de la primera sala se habían apresurado a decirme que ya no era ojo del rey—. Naturalmente, estamos encantados de verte. Pero… —No terminó.

Respondí por él:

—Pero he sido declarado muerto, y el tesoro se ha apoderado de mis bienes.

—No ha sido el tesoro. En todo caso, una pequeña parte. Tu distinguida madre tiene en su poder casi todas tus propiedades.

—¿Vive todavía?

—Desde luego. Está en Sardis, con la corte.

—¿Sardis? —pregunté sorprendido—. ¿Desde cuándo traslada el rey su corte a Sardis?

—¿No has oído ninguna noticia? —La segunda sala da al jardín. Observé que la primavera era tardía.

—Muy pocas. Sé que las guerras griegas continuaron. Sé que el Gran Rey arrasó Atenas hasta los cimientos. —Lo había sabido en Shravasti, por boca de un agente de los Egibi—. Aparte de eso, no sé nada.

—Han ocurrido muchas cosas —dijo el vicechambelán.

Era, como se comprobó, una afirmación demasiado moderada. Poco después de mi partida hacia Catay, Jerjes había pedido a los sacerdotes de Bel-Marduk, como un presente, ciertos objetos de oro.

—No pedí nada sagrado —me explicó más tarde—. Pero igualmente se negaron. Fui demasiado misericordioso. No condené a muerte a nadie. En cambio, confisqué una cantidad de objetos de oro, los fundí y acuñé dáricos para pagar las guerras griegas. Después retorné a Susa.

Varias semanas más tarde, uno de los innumerables aspirantes a ese antiguo trono fue alentado por los sacerdotes de Bel-Marduk a declararse rey de Babel, lo cual hizo. Mató a nuestro horrible amigo Zopiro. Luego fue muerto, a su vez, por un rival que mantuvo a raya al ejército persa durante más de un año. Finalmente, Babilonia fue

tomada por el mejor general de Jerjes, su cuñado Megabizo, hijo de Zopiro, el sátrapa asesinado.

—La venganza del Gran Rey fue terrible —dijo el vicechambelán en tono de temeroso respeto—. Ordenó fundir la estatua de Bel-Marduk, para que nadie pudiera volver a repetir la ceremonia de coger su mano. Luego derribó todos los templos consagrados a Bel-Marduk y expulsó a los sacerdotes que no mató. Además, echó abajo las murallas de la ciudad y arrasó el zigurat. Confiscó las tierras y propiedades de los principales comerciantes…

—¿También las de los Egibi?

—No. —El eunuco sonrió—. Egibi e hijos está ahora en Susa. El Gran Rey dividió Babilonia en dos satrapías y abolió el título de rey de Babel. Se llama simplemente «Jerjes, el Gran Rey». Y hoy Babilonia es una ciudad de provincia y mil años de historia han terminado.

—¿Dónde pasa el invierno la corte?

—En Persépolis.

—Que es helada en invierno.

El eunuco suspiró.

—Somos esclavos leales. —Era la fórmula habitual, que yo repetí.

Cuando pregunté qué se había hecho de las toneladas de oro de Babilonia, respondió que se habían usado para la invasión de Grecia.

—Usado y gastado íntegramente, me temo —agregó el eunuco—. Esa guerra ha sido ruinosa.

—Pero triunfal. Atenas ha sido destruida.

—¡Ah, sí! ¡Por supuesto!

Sin embargo, el entusiasmo del eunuco era obviamente fingido. Un interrogatorio más profundo reveló una parte de la historia tan bien conocida aquí, en Atenas, que solamente la repetiré, Demócrito, para darte la visión del campo contrario.

Jerjes mandó en persona la invasión, partiendo de Sardis por tierra. Le acompañaban tres de los seis cuerpos de ejército, o sea sesenta mil hombres —y no sesenta millones, o cualquier otro número que mencione Herodoto para halagar a los atenienses—. Toda la flota seguía al ejército.

Entre los griegos cundía el pánico. Como el oráculo de Delfos y el de Atenas coincidían en que el Gran Rey era invencible, se sugirió que quizás a los atenienses les conviniera rendir la ciudad y trasladarse a Italia. Como si lo hubiera pensado mejor, el oráculo de Delfos anunció entonces que las murallas de madera de la ciudad podían ser útiles. El poco favorecido y poco estimado Temístocles interpretó, de modo más bien capcioso, que la expresión murallas de madera podía referirse a barcos de madera.

Pero el eunuco de la cancillería sólo conocía la versión de la corte, que expuso.

—Hace ahora exactamente dos años, el Gran Rey se encontraba en Troya, donde sacrificó mil animales a la diosa troyana.

Eso fue un golpe. Yo acababa de saber, con regocijo, que el Gran Rey, al suprimir sus títulos de faraón de Egipto y de rey de Babel, había rechazado también los dioses de esos países. Pero en cambio, por motivos más teatrales que políticos,

había ofrecido un importante sacrificio a una diosa troyana cuyo nombre ni siquiera el eunuco recordaba, en lugar de ofrecerlo al Sabio Señor.

—Pero el sacrificio estaba justificado, amigo del rey. Como sabes mejor que nadie, el Gran Rey conoce de memoria largos trozos del griego Homero. Entonces, después del sacrificio, entre las viejas ruinas, dijo: «Vengaré a Troya, destruida por los invasores griegos. Vengaré a mi antecesor el rey Príamo. Vengaré a toda el Asia por las inicuas crueldades de los griegos. Así como los griegos atacaron Asia para recobrar a una prostituta espartana, yo los atacaré para lavar una mancha deshonrosa que hemos tolerado durante muchas generaciones. Atenas arderá, como Troya. Atenas arderá como Sardis. Atenas arderá y yo mismo arrimaré la tea. Soy la retribución. Soy la justicia. Soy el Asia». Y después de esto, los ejércitos de Persia cruzaron el Helesponto y entraron en Europa.

La justificación de Jerjes para la invasión de Grecia era ingeniosa. Como no hay en la tierra un griego que no se enorgullezca personalmente del bárbaro ataque llevado a cabo por sus antepasados contra la ciudad asiática de Troya, el Gran Rey hacía ahora responsables a todos los griegos por los pecados de sus antecesores. Jerjes era, en esto, perfectamente sincero. Creía verdaderamente que, tarde o temprano, los dioses —que, por supuesto, no existen— exigen una estricta rendición de cuentas por cualquier ofensa que se les haga.

Al principio, la guerra marchó bien. La flota y el ejército, perfectamente coordinados, bajaron por la costa de Tesalia. En el camino, un rey de Esparta fue muerto con todos sus hombres. Cuatro meses después de su discurso en Troya, Jerjes estaba en el Ática. El jefe ateniense Temístocles ordenó la evacuación de la ciudad. La mayor parte de los hombres subió a bordo de esos barcos, que eran, dijo, las murallas de madera de Atenas. Cuidadosamente, Temístocles se atuvo a la letra, aunque no al espíritu, del oráculo de Delfos, y la mayor parte de los atenienses estuvo de acuerdo con él. No tenían opinión. Como las fuerzas persas eran invencibles, era cuestión de muerte en tierra o huida por mar.

En presencia de Jerjes, la ciudad de Atenas fue incendiada, y Troya, además de Sardis, quedó vengada. Entretanto, Temístocles se mantenía en comunicación secreta con Jerjes. El comandante ateniense formuló sus pedidos, habituales entre los griegos, de tierras y dinero, y Jerjes fue de buena gana indulgente con ese astuto enemigo. En prueba de buena fe, Temístocles dijo a Jerjes que la flota griega se aprestaba a partir hacia Sicilia y que, si deseaba una victoria total, debía atacar sin demora. Es curioso, pero sólo la reina Artemisia sospechó una emboscada. A propósito, Artemisia, de acuerdo con sus deseos, mandaba personalmente las fuerzas de Halicarnaso. No era competente en el campo de batalla, pero sí una aguda intérprete de la mente griega. Cuando Artemisia entraba en combate, usaba una barba artificial, modelada sobre la natural de Mardonio. Aunque profundamente molesto por ese disfraz, él nunca se quejó.

A pesar de la advertencia de Artemisia, Jerjes dio la orden de ataque. Un tercio de la flota persa se perdió por la deslealtad o la incompetencia de ciertos capitanes fenicios. Cuando Jerjes, con toda justicia, los castigó, los demás capitanes egipcios y fenicios desertaron y Persia quedó con media flota. Sin embargo, en tierra éramos imbatibles, y el Ática era nuestra. Los griegos concedieron a Temístocles, a pesar de su

doblez, crédito por una gran victoria naval. Y lo que comenzó como un acto de traición por su parte concluyó con la así llamada salvación de Grecia.

Jerjes no hizo responsable a Temístocles por el desastre. ¿Cómo hubiera podido? Los griegos no vencieron. Los persas perdieron, a causa de los capitanes fenicios. Luego, Temístocles advirtió a Jerjes que una avanzada de la flota ateniense ponía proa al Helesponto, con la orden de destruir el puente entre Europa y Asia. Para defender el puente, Jerjes se dirigió apresuradamente hacia Bizancio, por tierra. En su camino, pasó una noche con mi abuelo en Abdera, un gran honor, así como una fuente de infinitos problemas políticos para la familia de Lais. Hasta el día de hoy se los considera partidarios de los medos.

Jerjes dejó un cuerpo de ejército en Grecia, al mando de Mardonio. Un segundo cuerpo custodió la larga ruta que va desde el Ática hasta el Helesponto. El tercero fue empleado para mantener el orden en las ciudades jonias.

Como Mardonio controlaba todavía el continente griego, todos los jefes griegos que se oponían a la administración ateniense visitaron su cuartel general en Tebas. Los griegos antipersas estaban totalmente desmoralizados. Sin embargo, Mardonio se vio obligado a incendiar Atenas por segunda vez, para dar una lección al partido conservador. De todos los atenienses, sólo ellos se negaron a aceptar al Gran Rey como amo. Los conservadores, desmoralizados, continuaron pidiendo ayuda a Esparta, en vano. Es tradicional que los espartanos sean aliados infieles. Y además, lo que es más importante en este punto en particular, los líderes de Esparta suelen estar a sueldo de los persas.

Durante un tiempo, todo llevaba a pensar que Mardonio había tenido éxito en su misión. Pero el regente de Esparta, Pausanias, se tornó codicioso. Y al advertir que la luna estaba en posición auspiciosa, llevó al Ática al ejército espartano y pidió a Mardonio que le regalara un cofre de oro. Si lo recibía, se retiraría. Pero Mardonio deseaba una victoria total sobre Esparta y sus aliados griegos. No le dio el oro. También él era avaro, aunque de honores. Y cuando permitió que su avaricia fuera superada por su amor a la gloria, se destruyó. Siempre es un error actuar fuera de los límites del propio personaje.

Mardonio atacó al ejército espartano. Los espartanos fueron derrotados. Cuando trataron de huir, vieron que el camino al Peloponeso estaba bloqueado por nuestras tropas y que sus provisiones de víveres habían sido ocupadas.

Mardonio ya había conseguido lo que deseaba. Grecia era suya. Pero quiso un gesto final de triunfo. Montado en un caballo blanco, Mardonio condujo la carga final contra los restos del ejército espartano. En la confusión del combate, el caballo blanco fue muerto y Mardonio derribado. Antes de que pudiera ponerse de pie, con lentitud, debido a su invalidez, un griego dejó caer una piedra sobre su cabeza. Así murió mi amigo Mardonio, que había soñado ser el señor del mar en todas las islas y el amo de todos los griegos. Si una muerte puede ser buena, la de Mardonio lo fue. No sólo murió instantáneamente, sino creyendo que había logrado su deseo y que era el dueño de Grecia. Misteriosamente, jamás se encontró el cuerpo. Años más tarde, el hijo de Mardonio había de gastar una fortuna en la búsqueda de los huesos de su padre.

En el campo de Platea, se declaró al desleal Pausanias salvador de toda Grecia. Mientras tanto, Jonia se había rebelado y el ejército de Mardonio, comandado ahora

por Artabazo, tuvo que retornar al Asia, donde una parte importante de la flota persa había sido destruida en la playa del Cabo Mycala. Dos cuerpos de ejército persas habían sido derrotados por los griegos. Irónicamente, los aliados griegos obtuvieron a menos de cien millas al oeste de la corte del Gran Rey en Sardis la victoria militar decisiva que jamás habían logrado alcanzar en su propio territorio europeo.

Asombrado, escuché el relato del vicechambelán sobre los desastres acaecidos en Persia.

—Por esta razón —explicó— el Gran Rey no vendrá a Susa hasta el comienzo del verano, para el casamiento de su hijo Darío.

—Las guerras griegas han terminado —dije. ¿Qué más se podía decir? Mardonio está muerto, pensé. La juventud ha terminado.

El vicechambelán se encogió de hombros.

—Dicen que Pausanias desea convertirse en rey de Grecia. Si lo intenta, es posible que tengamos una guerra muy larga.

—O una paz muy larga.

Se acercó un eunuco anciano a quien yo había conocido, de niño, en el harén. Nos saludamos cálidamente. Luego me dijo:

—Puedes verla ahora mismo.

—¿A quién? —Lo miré sin comprender.

—Sí, a la reina madre.

—¿Atosa? —No podía creer que aún viviera.

Atosa tampoco. Su tamaño se había reducido hasta alcanzar el de una muñeca; como una muñeca, tenía una cabeza demasiado grande para el frágil y pequeño cuerpo.

Atosa descansaba en un lecho de plata, al pie de la estatua de Anahita. Cuando me prosterné, alzó por un instante la mano y la dejó caer luego sobre el cobertor. Así me saludó.

—Álzate. —La voz era tan grave como la de un hombre.

Nos miramos como un par de fantasmas que acaban de encontrarse en la puerta del hogar ario de los padres.

—¿Sorprendido?

Asentí torpemente.

Atosa sonrió, revelando su último diente. Aunque tuve alguna dificultad para comprender su dicción, la voz de la reina era tan firme como siempre, y los viejos ojos aún brillaban.

—Pareces muy viejo —dijo.

—Y tú, Gran Reina…

—Una cosa que han olvidado guardar en la tumba. Es ridículo vivir tanto tiempo.

—Una bendición para nosotros.

Con sorprendente facilidad, adopté el estilo cortesano. Temía haberlo olvidado. Las lenguas de Catay y de la India se mezclaban en mi mente con el persa y el griego y con frecuencia no lograba recordar las frases más sencillas. Aun hoy me cuesta encontrar las palabras. Mientras te hablo en griego, pienso en un persa terriblemente adulterado por las lenguas orientales. Y mis sueños son particularmente

poco satisfactorios. Como ya no veo nada en la realidad, rara vez veo algo en sueños. Pero oigo voces, aunque en muchas ocasiones no logro comprender qué intentan decirme.

Atosa interrumpió mis expresiones cortesanas con un gesto de la cabeza.

—Ponte allí —dijo, indicando un lugar situado entre la cabecera de la cama y la estatua de Anahita—. Me cuesta mover la cabeza y, en realidad, cualquier otra cosa. —Cerró los ojos. Por un momento, creí que se había dormido, o muerto. Pero simplemente estaba recuperando fuerzas—. No creo que esperaras encontrarme con vida. Ni a Mardonio sin ella.

—Lo primero es una alegría…

—… indescriptible. —Se estaba burlando de ambos—. Pero lo segundo es cosa muy grave.

—Yo tenía la impresión —estaba obligado a hablar con tacto— de que Mardonio era el responsable de todo lo… ocurrido en Grecia.

—Sí. Él conquistó Grecia. —Debajo del pesado esmalte, en las grietas, apareció algo así como un rubor—. Después lo mataron.

—¿Los griegos?

La boca de Atosa dibujó una línea recta. Esto no es fácil cuando se tiene un solo diente.

—Esperemos —respondió—. También es posible que haya sido cierta facción de la corte. El cuerpo nunca se halló, lo cual es raro tratándose de los griegos. A pesar de sus defectos, los griegos son de fiar cuando se trata de devolver los cuerpos de sus enemigos.

Aun en su lecho de muerte, Atosa continuaba tejiendo sus tramas. Como una vieja araña, todavía podía capturar cosas brillantes.

—Verás —dijo por fin— que la corte es muy distinta de lo que era en nuestra época. —Así, despreocupadamente, ella me acababa de convertir en su contemporáneo—. El centro es el harén.

—Así era también en… nuestra época.

Atosa movió la cabeza, e hizo un gesto de dolor.

—No. Darío gobernaba por medio de la cancillería. Yo pude conseguir algunas cosas de menor importancia. Pero no a través del harén. También yo debía utilizar la cancillería. Ahora hay, en el harén, quinientas mujeres. En Persépolis, las tres casas están tan llenas que el harén se ha expandido y ocupa todos los viejos edificios administrativos del palacio de invierno. Mi hijo… —Atosa se interrumpió.

—Ha sido siempre muy sensible. —Lo dije tan cuidadosamente como pude.

—Amestris es fuerte. Me felicito por haberla elegido. Comprende a las mujeres, a los eunucos y al Gran Rey. Pero no tiene el don de la administración. Yo he sido bien instruida. Ella no. ¿Te das cuenta de que soy la única persona en el mundo que recuerda a mi padre, Ciro? —Hacia el fin de su vida, Atosa tendía a apartarse del tema y decir en alta voz lo que normalmente se hubiera limitado a pensar—. Y casi nadie recuerda a mi hermano Cambises. Yo sí. Y recuerdo también quién lo mató. —Me dirigió una sonrisa confidencial. Había olvidado, si alguna vez lo había sabido, que Jerjes me había narrado la verdadera historia del sangriento acceso al trono de su padre. Luego Atosa recuperó el presente—. Cuento contigo para ayudar a mi hijo. Tú y

yo somos lo único que queda de los viejos tiempos. Y yo pronto me iré. Amestris se ocupa solamente de sus tres hijos, lo cual es normal. Pero además está celosa, lo cual es un peligroso error. A mí jamás me importó quién compartía el lecho de Darío. Que tampoco tenía tanto interés en las mujeres. Y yo, por supuesto, era un caso especial. No sólo una esposa: la socia del Gran Rey, la reina. Amestris es distinta. Muy distinta. Ha hecho matar, secreta y a veces no tan secretamente, a por lo menos veinte favoritas de mi hijo…

—¿Cómo se lo ha permitido él?

—No interrumpas. No tienes buenas maneras. En realidad, jamás las has tenido. Eres un Mago griego, o un griego Mago. Te encantará saber que Lais tiene ahora gran poder en el harén. Se ha tornado imprescindible para Amestris.

—¿Magia? —murmure.

—¿Magia? ¡Qué disparate! Veneno —Atosa parecía más bien divertida—. Cada vez que el Gran Rey se siente atraído por una muchacha, ésta pierde los colores al cabo de una semana. En la segunda semana sufre de espasmos gástricos. En la tercera abandona todo interés por el alimento. Y en la cuarta muere, aparentemente por causas naturales. Tu madre es ciertamente la mejor bruja que he conocido, y eso que he sido educada por caldeos. Demasiadas promesas de borracho. —Este súbito cambio de tema me desconcertó. Atosa escatimaba el tiempo que me tomaba el hacer las necesarias conexiones. No había mucho tiempo.

—¿Promesas de borracho? —repetí…

—Sí. Sí —respondió, irritada. Atosa siempre había odiado explicar lo que le parecía obvio—. Jerjes está más tiempo ebrio que sobrio. Cuando bebe, Amestris, o cualquiera que se le acerque, le pide algo, y él, por supuesto, concede lo que sea. Al día siguiente, comprende lo que ha hecho. Pero es demasiado tarde: el Gran Rey no puede faltar a su palabra.

Esto, Demócrito, es algo que los griegos nunca han logrado comprender. Un persa no puede mentir y, además, cuando ha hecho una promesa no puede retroceder. Atribuyo a esta noble costumbre o característica la mayor parte de los desastres que ha sufrido Persia.

Demócrito me recuerda que, en esta respuesta a Herodoto, he dicho ya que toda decisión adoptada en el consejo, en estado de ebriedad, es revisada al día siguiente a la luz del nuevo día, y aceptada o descartada en consecuencia. Así es. Pero me refería en ese pasaje a los grandes consejos y las reuniones de los encargados de la ley, y no a las ocasiones en que sólo el Gran Rey… no es él mismo. Por otra parte —y a esto me refiero ahora—, en ciertas oportunidades ceremoniales, las personas próximas al Gran Rey pueden pedirle cualquier cosa que deseen, y él está obligado a concederla. Como es evidente, un soberano perspicaz —y sobrio— siempre puede maniobrar para no otorgar algo que no desea. Y además, los íntimos del Gran Rey no se esfuerzan precisamente por disgustarlo abusando de sus privilegios. Ahora bien: si el Gran Rey, ebrio, pierde el control, pueden ocurrir cosas terribles. Cuando Jerjes cambió el mundo por el harén, las mujeres y los eunucos aprovecharon su estado de confusión.

—No sé qué influencia tienes sobre él. Yo diría que muy poca. Pero ella te recibirá.

Comprendí el rápido giro.

—¿La reina Amestris recibe hombres?

Atosa asintió.

—Todos concuerdan en que yo senté el precedente necesario. Naturalmente, jamás la verás a solas, como me ves a mí, indefensa ante ti, una fácil presa para la lujuria masculina. —Atosa se echó a reír de repente, y comprendí que nunca en toda mi vida había oído su risa. Se parecía a la de Darío. ¿O a la de Ciro? En sus últimos días, Atosa era como un hombre o, con mayor precisión, como un Gran Rey.

—Jerjes impulsa a Amestris a recibir a los encargados de la ley, los comandantes de la guardia, las personas a quienes él debería recibir.

No se gobierna así un imperio. Al menos, no durante mucho tiempo. ¿Sabes que se enamora? ¡Imagínate! Mi padre, mis hermanos, Darío… Ninguno tomó jamás seriamente a una mujer. Las mujeres son para el placer, y para nada más. Excepto yo, que jamás he dado mucho placer a nadie. Ni tenía por qué hacerlo. Soy parte del gobierno de Persia. Pero Jerjes tiene que estar siempre enamorado. Observa que he hablado en griego —dijo Atosa— para describir un estado de entusiasmo sexual que no es persa. O que no debería ser persa.

Atosa frunció el ceño tan vivamente que el esmalte blanco de su frente se agrietó como el lecho seco de un río en el verano. Con frases entrecortadas, casi sin aliento, continuó:

—La mujer de Masistes. Su medio hermano. Jerjes la encontró con Amestris. En el harén. En Sardis. Accidentalmente, por supuesto. Las mujeres estaban charlando. Jerjes aparece bruscamente. Ve a la esposa de su hermano. Se enamora de ella. Le envía mensajes. Regalos. Todo el mundo lo sabe. Es demasiado vergonzoso.

—¿Y la mujer? ¿Responde?

—No. Es una mujer inteligente. Y sencilla. No sé para qué la quiere Jerjes. Para sembrar la confusión, supongo. Y ha tenido éxito. Amestris está furiosa. Masistes está aterrorizado. La mujer es astuta. Tiene una hermosa hija de trece años. Jerjes ha dispuesto que esa niña se case con el príncipe de la corona. Cree que entonces la madre, llena de gratitud, se echará en sus brazos. Ciro Espitama, mi hijo perderá el trono. —Atosa se incorporó en su cama. El esfuerzo era enorme. También su voluntad—. Nos está destruyendo. Masistes es hijo de Darío. Es el sátrapa de Bactria. Es popular. Jerjes lo obligará a rebelarse.

—¿Qué se debe hacer?

—No lo sé. —Atosa cerró los ojos. La suave luz de la lámpara le molestaba—. Rara vez viene a verme. Sabe que desapruebo su forma de vida. También sabe que pronto estaré en un nicho de piedra, en la santa ciudad de Pasargada. Por lo tanto, no es necesario que se preocupe por mí.

Atosa abrió los ojos y me contempló con mirada especulativa.

—Tal vez tú todavía puedas hablar con él. Ruego a la diosa que te escuche. Hasta elevaré una plegaria al Sabio Señor —agregó—. Pero prepárate para una sorpresa. Jerjes no es el hombre que has conocido. Ni el hijo que he dado a luz.

Exteriormente, Jerjes había cambiado muy poco. Estaba algo más grueso, por la bebida, y tenía la barba teñida del mismo tono de zorro colorado que los barberos empleaban con Darío. Me trataba exactamente como cuando éramos muchachos.

Debo destacar que la llegada de la corte de Sardis era como la de un ejército invasor. El harén era tan enorme que el camino del noroeste estaba cubierto, a lo largo de cien millas, de carrozas y carretas que traían muebles y cofres de oro y plata y, por supuesto, a las mujeres, los eunucos y los esclavos domésticos. Como Lais viajaba siempre con sus fieles griegos —aunque sólo le fuesen fieles a ella—, fue de las últimas en llegar.

El Gran Rey concedió su primera audiencia poco después de su llegada. Cuando los ujieres me condujeron hasta él, me miró con asombro. Luego, alzando el cetro de oro, saludó y anunció su alegría por la afortunada conclusión de mi embajada. Aquella noche, más tarde, me hizo llamar para que me reuniera con él en su dormitorio.

A pesar de todos mis años en la corte, nunca había visto los fabulosos muebles del dormitorio del Gran Rey. Por una vez, la fábula coincidía con la realidad. Un siglo antes, el orfebre Teodoro, natural de Samos, había creado una primorosa vid de oro macizo cuyas ramas se entrelazaban alrededor y encima de la cama, una planta metálica que no producía uvas sino piedras preciosas. Frente al lecho se encontraba el famoso plátano de oro. Es un poco decepcionante, su altura es algo menor que la de un hombre. Siempre habíamos oído decir que un hombre podía estar de pie a su sombra. Junto a la cama, en un taburete de marfil, había un enorme cuenco de oro lleno de agua perfumada.

Jerjes estaba en la cama. A su lado había una mesa con varias botellas de vino de Helbon. Había dos copas de oro. Cuando me prosterné, dijo:

—Levántate. Ven aquí. ¡Déjame verte!

Me abrazó afectuosamente con el brazo izquierdo, mientras llenaba las copas con la mano derecha.

—Nunca creí volver a verte. Siéntate. En la cama. Olvida el protocolo. Nadie puede vernos, salvo los espías de Amestris. Miran por agujeros en las paredes. Una vez por mes hago sellar los agujeros. Una vez por mes ella los hace abrir. Le gusta saber quién se reúne conmigo en la cama. Esto la desconcertará. —Jerjes sonreía. A pesar de los gruesos bolsones de piel arriba y abajo de los ojos, parecía más joven de lo que era. Aparte de un leve temblor en una mano, tenía aire saludable. Ciertamente, se veía más joven que yo.

—Debes —dijo, después de mirarme largamente— llamar a mi barbero. Tiñe tu pelo. Todo el mundo sabe que tenemos la misma edad. Me pones en ridículo con todo ese pelo blanco.

Bebimos. Hablamos del pasado. De Mardonio.

—Oh, tuvimos una gran victoria. Toda Grecia era nuestra, con excepción del Peloponeso. «Espera», le dije antes de irme. «Los espartanos se rendirán o vendrán al Ática. Entonces podrás comprarlos. O destrozar su ejército.» Que es lo que hicimos.

Nosotros fuimos los vencedores en Platea. Pero eso no fue suficiente para Mardonio. No. Quería ser un héroe universal. Por eso se descuidó. Y lo mataron. Siempre lo hacen —agregó crípticamente—. Y perdimos la oportunidad de destruir al ejército de Esparta íntegro. Después, el asunto de Mycala… —Su voz se perdió. Yo hubiera querido saber, aunque no me atreví a preguntar, quién mataba siempre a los héroes universales—. De todos modos, volveremos pronto. —Jerjes resplandeció ante esta idea, efecto que fue literalmente destacado por el vino. En aquellos días, las mejillas de Jerjes enrojecían cuando bebía. Hacia el final de su vida, dejaron de enrojecer porque tenían constantemente un color de sangre fresca—. Gracias a mi regente espartano Pausanias, el vencedor de Platea. —Jerjes apuró la segunda copa de vino—. Quiere ser el rey de toda Grecia. En otras palabras, quiere ser yo mismo. Por eso ha pedido mi ayuda. Secretamente, por supuesto. Ahora está en Bizancio. Desea casarse con una de mis hijas. Y luego, con mi ayuda, ocupará Atenas. Y el resto.

—¿Puedes confiar en él?

—¡No, naturalmente! —Jerjes estaba más animado—. Pero nos será útil. Ya me ha enviado una cantidad de prisioneros persas, en señal de buena voluntad. ¿Cómo es esa vieja frase? No confíes en un griego que te hace regalos. Pues bien: no confío, pero lo creo capaz de crear bastantes dificultades a sus compatriotas. Otra cosa —agregó con intención—: ¿qué pensaste cuando Atosa te dijo que estoy condenado a perder el trono a causa del tiempo que paso en el harén?

Me espanté, y lo demostré.

—¿Es ése un tiempo perdido? —No se me ocurrió nada mejor.

—¿Cómo sé lo que ha dicho? —Jerjes sonrió—. Siempre lo sé. Preferiría que no fuera así. Pero no tengo opciones. Atosa es como la temperatura en Susa, demasiado cálida o demasiado fría. —Jerjes me sirvió una copa de vino de otra botella. Mientras bebía, me pregunté si no estaría envenenado—. Sí. Estoy enamorado de cierta persona que es, además, la esposa de mi hermano, y por eso no puedo ordenarle que me conceda su favor. Pero creo posible conquistarla. He dispuesto que mi hijo Darío se case con su hija. El muchacho es encantador, además. No he visto a la futura esposa. Pero es afortunada. Un día será la reina de Persia. Y lo que es más importante, a pesar de lo que pueda decir Atosa: la gratitud obligará a su madre a compartir este lecho. La semana próxima, pienso. Al día siguiente al de la boda.

Pasé una hora con mi viejo amigo. Mi primera impresión fue que apenas había cambiado. Pero cuando lo dejé, comprendí que había ocurrido algo muy extraño, o mejor dicho, que no había ocurrido. Jerjes no me hizo una sola pregunta acerca de la India o de Catay. Y en verdad, en los catorce años de vida que aún le restaban, jamás aludió a mis embajadas. Había perdido toda curiosidad por el mundo. Estaba encerrado en sí mismo. Nada le importaba, aparte del harén y de la conclusión de los edificios que había iniciado en su juventud.

Cuando los desconfiados espartanos, con toda justicia, ejecutaron a Pausanias por ser un agente persa, Jerjes apenas si advirtió que había perdido a su principal aliado en el mundo griego. Para entonces había llegado a convencerse a sí mismo de que había librado, como un buen hijo, la guerra que su padre había deseado librar. Carente de la buena fortuna de Darío, Jerjes no había logrado retener el control sobre la Grecia continental. Pero había tenido el placer de arrasar Atenas en dos ocasiones.

Había vengado Troya y Sardis y, en general, estaba satisfecho con el resultado de las guerras griegas.

Demócrito me recuerda una obra teatral de Esquilo, *Los persas*, que alguien me leyó cuando vine a Atenas por primera vez. Esa obra es totalmente disparatada. Puedo asegurarte, por ejemplo, que nunca oí a Jerjes elogiar a los atenienses, ni a otros griegos. Ciertamente, jamás los habría llamado valientes ni atrevidos. Y, ¿cómo dice ese ridículo verso? «Estos tristes ojos han visto sus violentas y espléndidas hazañas.» Léeme esa parte que me hacía reír. Cómo… Sí, debido a «un desventurado sino, he nacido para aplastar, para arruinar mí tierra natal».

En términos prácticos, Jerjes no sólo no arruinó su tierra natal, sino que creía haber gobernado bastante bien su patrimonio. Había querido dar una lección a los griegos, y lo había hecho. Sólo tenía una queja: el costo de la guerra.

—Hasta el último trozo de oro de Babilonia se gastó en Grecia. La enseñanza está a la vista: nunca hagas la guerra contra un país pobre, porque perderás, no importa cuál sea el resultado.

Dudo que este sentimiento hubiese podido atraer a Esquilo. Es difícil, para un griego, comprender que Grecia es pequeña y pobre; y que Persia es grande, y rica. Y que la vida es breve. Breve.

Asistí a la boda de Darío, príncipe de la corona, con la hija de Masistes. No conocía a las dos terceras partes de los invitados. Pero como la mayoría descendía de Los Seis, reconocí, aunque no los rostros, los nombres de la nueva generación. Ese matrimonio me dio también la oportunidad de recuperar mi sitio en la corte del Gran Rey, ahora entre los ancianos. Aunque era tratado con el respeto que se debe al amigo de toda la vida de un soberano de edad mediana, mi persona no interesaba verdaderamente a nadie. La corte estaba, como el Gran Rey, encerrada en sí misma. O más exactamente, yo había estado lejos demasiado tiempo. Además, no tenía dinero. Me llevó diez años recuperar las propiedades en poder del tesoro, para no hablar de las que estaban en manos de Lais, quien no estaba tan contenta como hubiese debido por volver a ver a su único hijo. Aunque he podido observar que muchas veces, a los padres les fascina sobrevivir a sus hijos adultos.

Como Lais había estado ocupando mis habitaciones en mi casa, sólo tras abundantes e inoportunas quejas aceptó trasladarse a las habitaciones de las mujeres. Si bien no estaba descontenta de verme vivo, mantuvo dentro de decorosos límites su natural alegría de madre.

—No teníamos, realmente, forma de saber. —Miraba con tristeza cómo sus arcas y divanes abandonaban mi dormitorio, rumbo al sector de las mujeres, bastante menos espacioso—. Además, la ley establece que, después de tres años de ausencia, se considere al ausente completamente muerto.

Lais apenas había cambiado. En todo caso, un leve aumento de peso tornaba suave y juvenil un rostro que a principios de su mediana edad empezaba a parecer demasiado duro y resuelto.

—Me proponía recibir algunos invitados esta noche. —Era el día siguiente al de la última ceremonia de la boda.

—Está bien —respondí cordialmente. Éramos antes viejos conocidos que madre e hijo—. ¿Me invitarás?

—¿No te pondrás desagradable? —dijo Lais, con aprensión.

—Son griegos. —Nadie cambia nunca, pensé—. ¿Todavía conspiras?

—Más que nunca. —Lais alzó la cabeza, recordando, sin duda, a la diosa Atenea—. Este es el momento que todos esperábamos. Nuestras perspectivas jamás han sido más brillantes.

—¿Brillantes? ¡Oh, sí! Gloriosas, en verdad. —No me pude contener—. Hemos perdido dos de nuestros seis cuerpos de ejército y media flota, y el tesoro está vacío. ¿Qué te hace pensar que nuestras perspectivas nunca han sido más brillantes?

Me lo explicaron. Largamente. Primero Lais. Luego, Demarato. Era todavía un hombre bien parecido, aunque algo carcomido por el tiempo. No estaba cómodo con sus vestiduras persas, y aunque llevaba en los pies decente calzado persa, admití que había aprendido a lavarse. Entre los emigrados griegos de la cena había un hermoso joven de Cos, llamado Apolónides. Jerjes le había tomado afecto. No, Demócrito: no por su belleza, sino por su habilidad como médico. No es necesario agregar que no se le permitía acercarse al harén. Normalmente, los médicos son los únicos hombres que pueden entrar y salir de esa parte del palacio, pero, según la tradición, deben ser muy viejos, como Demócedes, o decididamente feos, o las dos cosas. Aunque los eunucos vigilaban de cerca a los médicos, todo el mundo concordaba en que no se debía tentar al destino con un hombre como Apolónides.

—Mi primo Pausanias ha demostrado ya su buena fe. Ha devuelto a cinco de los gloriosos parientes del Gran Rey.

Demarato había aprendido a hablar un persa florido y más bien desagradable. En realidad, sus maneras eran ahora más persas que espartanas, aunque yo no lograba precisar si no era preferible su antigua y burda personalidad. Los espartanos no están acostumbrados al lujo ni a una relativa libertad. Cuando estas dos cosas coinciden, como ocurre en la corte persa, el espartano se desmoraliza.

—Pero sin duda Esparta no permitirá que Pausanias celebre una alianza con nosotros. —Desde un principio, yo estaba seguro de que Pausanias estaba condenado. Era arrogante, codicioso y estúpido. Estos atributos tienden a atraer la atención esmerada de esas diosas a quienes los griegos denominan, recelosamente, «las amables»; se trata, en realidad, de las furias.

—No conoces Esparta. —El antiguo rey de ese país era serenamente condescendiente. Pausanias es el regente. Puede hacer lo que desee mientras los éforos le sean fieles. Es decir, durante tanto tiempo como se ocupe de que no les falte dinero. Será el amo de toda Grecia, y, por supuesto, en nombre del Gran Rey.

Lais estaba muy emocionada, como siempre. Nada mejor que una conspiración griega para poner en sus ojos un destello de juventud. En lo que concierne a la política griega, Lais está decididamente loca.

Después de la cena, se unió a los conspiradores un hombre muy importante. Yo había conocido superficialmente a Megabizo cuando éramos jóvenes. Era hijo de Zopiro, el sátrapa mutilado de Babel a quien Jerjes y yo habíamos logrado evitar durante nuestro primer viaje a Babilonia. Durante mis años en oriente, Megabizo se había distinguido militarmente a tal punto que Jerjes le concedió como esposa a su hija Amystis. A propósito de esto: Megabizo tenía, de un matrimonio anterior, un hijo que llevaba el nombre de su abuelo Zopiro. Éste es el mismo Zopiro que estuvo hace

poco en Atenas creando dificultades a su tierra natal. Aunque es cierto que este joven tenía legítimos motivos de queja contra nuestra casa real, eso no justificaba que se condujera como un griego.

Físicamente, Megabizo era un gigante. Aún es un gigante, supongo: es un especialista en sobrevivir. No hace mucho, durante una cacería, salvó de un león al Gran Rey Artajerjes. Por desgracia, ningún súbdito puede matar a un animal antes de que el Gran Rey haya cobrado su primera presa. Aunque Artajerjes agradeció a Megabizo que salvara su vida, le disgustó profundamente el incumplimiento de una antigua costumbre. Megabizo fue condenado a muerte. Pero Amystis unió sus fuerzas con las de la reina madre Amestris, y ambas convencieron al Gran Rey de que enviase a Megabizo al exilio. Se dice que ahora está leproso. Pero todo esto pertenecía al futuro cuando nos encontrábamos bajo la atenta mirada de Lais.

Hubo la discusión habitual —es decir, interminable— de los asuntos griegos. Observé que Megabizo no se comprometía. Y también que me miraba fijamente, como una especie de señal. Eso me extrañó. Y finalmente, cuando los griegos empezaron a embriagarse, sugerí a Megabizo, con un gesto, que se reuniera conmigo en mi estudio, situado justamente al lado del comedor. Cuando salíamos de la habitación, Lais me echó una mirada llena de furia. ¡En mi propia casa!

—Me interesa el oriente —dijo Megabizo. No necesito decir que ni siquiera una orquesta lidia hubiera regocijado mis oídos más que esa sencilla frase.

Durante una hora hablamos de la India y de Catay. Tuve con su general la conversación que jamás tendría con Jerjes. En la mente de Megabizo no había ninguna duda acerca de nuestro futuro.

—Por supuesto, ahora no hay dinero. —Pero la gigantesca cabeza decía «sí» en lugar de «no»—. Pasarán varios años antes de que podamos organizar una invasión.

—¿Querrías?

—Tanto como tú. —Nos miramos. Luego nos dimos un apretón de manos. Éramos aliados. En la otra habitación, los griegos cantaban canciones de amor milesias.

—¿Qué piensas de Pausanias? —pregunte.

—¿Qué se puede pensar de un salvador de Grecia que un año más tarde nos ofrece Grecia en venta a cambio de una esposa real y una túnica de seda? Es una nube que pasa.

—Cuando pase…

—Cruzaremos el indo.

—Darío soñaba con vacas.

—Entonces —dijo Megabizo— tú y yo seremos los pastores. Para su hijo.

Por desgracia para Persia, Jerjes prefería pastorear mujeres. Y a medida que envejecía, se interesaba más por las que no podía o no debía tener. En el preciso momento en que hablábamos, eufóricos, de nuestra política respecto del oriente, Jerjes acababa de enamorarse de la nueva esposa de su hijo. Incapaz de seducir a la madre, se dedicaba ahora a la hija.

Como Amestris, la actual reina madre, ha sido durante tanto tiempo una potencia en la corte persa, intentaré corregir la falsa impresión que cunde en el

mundo griego. Como su predecesora y modelo, la reina Atosa, Amestris es muy política. Por ser hija de Otanes, tiene sus propias rentas privadas; esto significa que no depende económicamente del Gran Rey. Hasta he llegado a sospechar que a veces era verdad lo contrario. Aunque Amestris recibe a los hombres como si ella misma fuera un hombre, jamás ha habido la más mínima señal de escándalo. Con un hombre. Los eunucos son otra cosa. De todos modos, Amestris es demasiado formidable para un asunto amoroso. Como Atosa, siempre se ha dedicado a sus hijos. Como Atosa, ha logrado obligar a un Gran Rey renuente a otorgar el título de príncipe de la corona a su hijo mayor. Parecería ser una regla regia en todas partes la renuencia del soberano a designar a su heredero, por una cantidad de razones perfectamente obvias aunque no siempre sensatas.

En Susa, Amestris ocupa la llamada tercera casa del harén. Cuando Jerjes agrandó el palacio, amplió considerablemente el espacio destinado a las habitaciones de la reina. Esta tiene ahora su propia cancillería, así como numerosos apartamentos para sus damas de compañía y sus eunucos. Tradicionalmente, en la corte persa, la reina madre tiene primacía sobre la reina consorte. En teoría, cuando Jerjes se convirtió en Gran Rey, la tercera casa le hubiera correspondido a su madre. Pero Atosa prefería sus viejas habitaciones.

—No me importa mucho dónde estoy —dijo con una sonrisa irónica—, mientras esté. Me alegra que Amestris ocupe la tercera casa.

Por sorprendente que parezca, las relaciones entre ambas mujeres eran buenas. Amestris no olvidó nunca que Atosa la había hecho reina; y al contrario que la mayoría de la gente, Amestris no odiaba a quienes la habían ayudado. Sabía, además, que la vieja reina controlaba aún la cancillería. Se dice que nunca se designó un sátrapa sin el consentimiento de Atosa. También participaba en la elección del comandante militar de cada satrapía, encargado de vigilar la administración local. La combinación de los sátrapas, relativamente independientes, con los comandantes militares, directamente sometidos al Gran Rey, es un arte sutil. Un error puede provocar una guerra civil.

Al menos una vez al día, Amestris visitaba a Atosa en sus habitaciones. Ambas comparaban sus notas sobre asuntos de estado, asistidas muchas veces por Aspamitres, el chambelán de la corte. Éste era lo bastante sagaz para servir lealmente a las dos reinas.

Aunque me decepcionaba que la política oriental volviera a quedar en la nada, hallaba la vida cotidiana de la corte sumamente agradable. Según las estaciones, pasábamos de Persépolis a Susa, a Ecbatana, y nuevamente a Persépolis. La vida era serena y espléndida. Y también feliz. Yo todavía tenía ambiciones. Quería gloria, para mí y para Jerjes.

Pero el Gran Rey prefería combatir en el harén, y no en la llanura del Ganges o en las costas del río Amarillo. Por eso la hegemonía mundial es todavía un sueño.

Un mes después de la boda de Darío con la hija de Masistes, y al día siguiente al de la infortunada noche en que Jerjes sedujo a su nuera, conocí a la reina Amestris. Yo estaba a solas con la reina Atosa. La anciana Atosa ya no fingía necesitar un acompañante. Por otra parte, Amestris, relativamente joven, se conducía con tanta libertad como un hombre. Durante aquellos años dorados, las mujeres de palacio

fueron las más libres del mundo. Naturalmente, si se sorprendía a una mujer del harén con un hombre, ella era estrangulada y él enterrado vivo. Un destino bastante peor que el del adúltero ateniense, obligado a recibir en el ano un enorme puerro, algo que en esta ciudad puede causar tanta satisfacción como incomodidad.

Amestris es una mujer alta, delgada, frágil. Tiene voz melodiosa, ojos oscuros, piel blanca. Se ruboriza con facilidad, y sus maneras son suaves y vacilantes. Aunque parece muy distinta de su predecesora, es tan enérgica como ella. Sospecho que Atosa, a quien he conocido mejor, era la más inteligente de las dos. Sin embargo, Amestris lleva ahora más tiempo que Atosa gobernando Persia. Esta última debía compartir el poder con Darío, en tanto que Amestris jamás ha compartido su poder con nadie. Gobierna a su hijo Artajerjes como gobernó a Jerjes. Y gobierna bien. Por cierto, se le debe conceder, en buena medida, el crédito por la larga paz de Persia. Yo, que tiemblo de frío en esta casa llena de corrientes de aire, soy un decrépito símbolo de esa paz.

Amestris entró sin ceremonias en el dormitorio de Atosa.

—Ha comenzado —susurró. Entonces me vio—. ¿Quién es?

—Es Ciro Espitama, tu cuñado —respondió Atosa dulcemente—. Al menos, lo fue. Estaba casado con Parmys.

Amestris me ordenó volver a ponerme de píe. Me pareció amable, y hasta tímida.

—Hemos seguido con interés tus aventuras en oriente —dijo formalmente—. Debes venir a la tercera casa y ampliar tu relato.

Amestris no sólo posee un grupo de espías de primera, sino también una memoria excelente. Siempre sabe con toda exactitud quién sirve para qué y cómo utilizarlo mejor. A los ojos de Amestris, yo representaba la política oriental, y a Zoroastro. Como ninguno de los dos temas le interesó jamás, no he estado nunca muy cerca de ella, lo cual ha sido bueno, a mi entender.

Atosa me despidió. Aguardé en el gran salón en que sus secretarios preparaban su correspondencia. Una hora más tarde me llamó. Amestris se había marchado. La máscara de esmalte blanco de Atosa parecía un jarrón resquebrajado. Me contó lo ocurrido. Y luego dijo:

—Mi hijo está loco.

—¿Qué se puede hacer?

Atosa movió la cabeza.

—Nada. Él seguirá adelante. Pero ahora, su hijo lo odia, lo cual es peligroso. Y Amestris odia a la chica, lo cual es peligroso… para esta última. Y también para la madre. Amestris la considera responsable. Yo no. Le he dicho: «Conozco a la esposa de Masistes. No es como otras mujeres. Cuando le dijo que no a Jerjes, fue sincera». Pero Jerjes es obstinado. Esperaba conquistarla con este casamiento y fracasó. Y ahora se ha enamorado de la hija. Amestris dice que tan pronto como le dio la bienvenida en la casa de su hijo, la quiso. Y ahora ya la tiene.

Atosa se hundió en la montaña de pequeños cojines de la cama. Sus ojos enrojecidos ardían como el fuego del Sabio Señor. En voz dura y baja hizo una predicción.

—Hablo en presencia de Anahita, la diosa verdadera. Esta casa estará de duelo. —Atosa contempló el rostro de la diosa. Murmuró una plegaria caldea. Después

me miró—. Acabo de pedir a la diosa que me conceda un deseo. Que en esta casa, construida por mi padre, el próximo funeral sea el mío.

Anahita escuchó la plegaria de Atosa. Dos días más tarde, la vieja reina murió durante el sueño. Como la corte estaba a punto de partir hacia Persépolis, todo el mundo comentaba cuán oportunamente había muerto. No sería necesaria una expedición especial a Pasargada para el funeral. El cuerpo iría con la corte, como si aún viviera.

**3**

La muerte de Atosa conmovió a Jerjes más de lo que yo hubiera podido esperar.

—Era nuestro último nexo con los comienzos.

Jerjes estaba en su carroza dorada. Como amigo del rey, yo lo acompañaba. Nos encontrábamos ante las hondonadas purpúreas que demarcan el limite de la santa Pasargada.

—Mientras vivió —agregó Jerjes— estuvimos a salvo.

—¿A salvo, señor?

—Tenía poderes. —Hizo una especie de señal mágica. Simulé no advertirlo—. En vida, logró mantener alejada la maldición. Ahora que se ha ido…

—El Sabio Señor nos juzgará a todos en su debido momento.

Pero mis invocaciones a la piedad y a la sabiduría del Sabio Señor no impresionaban a Jerjes. A medida que pasaba el tiempo se acercaba más al culto de los demonios. Llegó a trasladar a su propio dormitorio la estatua de Anahita; no quedaba fuera de lugar junto al plátano de oro. En definitiva, no cumplí mi promesa a Hystaspes. No logré convertir a Jerjes a la Verdad.

Acabo de calcular que Atosa no podía tener más de setenta años en el momento de su muerte. Esto me sorprende, porque actuaba siempre como si hubiese estado presente en la creación del mundo. Con el tiempo, Atosa no envejeció, sino que se marchitó, como una hoja de papiro puesta al sol sobre una roca. Una hoja en la que estaba escrita casi toda la historia del imperio persa.

La muerte de la reina Atosa arrojó una sombra sobre las festividades del año nuevo. Jerjes estaba taciturno. La reina Amestris se había desvanecido. Masistes se mostraba aprensivo. El príncipe de la corona odiaba a todo el mundo. Según Lais, sólo la princesa de la corona estaba contenta. Lais solía visitar la primera y la segunda casa del harén, y me contó, algo extrañada, que todas las mujeres envidiaban a la muchacha. Ésta era tan bonita como estúpida. Por esa estupidez cometió un error fatal. Esto fue lo que hizo: Amestris había tejido con sus propias manos un manto para Jerjes. A la muchacha le gustó y pidió a Jerjes que se lo regalara. Como un tonto, él se lo regaló. La princesa usó ese manto durante una visita a la tercera casa del harén. Amestris la recibió con cordialidad, y hasta con ternura. Simuló no reconocer el manto. Conviene destacar aquí que es imposible saber lo que Amestris piensa o siente. Una sonrisa de simpatía puede preceder a la ejecución sumaria, y el ceño fruncido puede indicar que uno está a punto de recibir lo que desea ansiosamente. Pero nadie necesitaba ser especialmente sabio para comprender que, tarde o temprano, Amestris se vengaría de ese insulto.

Aquel año, la celebración del año nuevo en Persépolis fue inusitadamente magnífica. Durante la larga procesión yo mismo guié la carroza vacía en que se instala, si así lo desea, el Sabio Señor. Aunque el gran salón de las cien columnas todavía no estaba terminado, Jerjes reunió allí su corte: todos los sátrapas del imperio, los nobles, los funcionarios y los jefes de clan le rindieron homenaje con una flor.

Más tarde, en privado, rodeado por sus amigos íntimos y su familia, el Gran

Rey ungió su cabeza, según la costumbre. En esa ocasión, los presentes tienen el derecho a pedirle lo que desean; sea lo que sea, él no puede negarse. No es necesario agregar que esas peticiones rara vez son excesivas. Después de todo, siempre se es el esclavo del Gran Rey.

Ese año particularmente desgraciado, la ceremonia de la unción se había realizado como de costumbre. Siempre hay un poco de comedia en esa reunión de amigos. Esa vez le tocó a Demarato proporcionar la diversión. Estaba ebrio y más charlatán que de costumbre, además de osado. Le pidió al Gran Rey permiso para entrar en Sardis con una corona real, «puesto que soy para siempre rey de Esparta».

Jerjes se sintió desconcertado durante un instante ante esa desvergüenza que, en cualquier otra ocasión, habría sido un grave delito. Por suerte, Megabizo salvó la situación observando que Demarato no tenía cerebro que cubrir con una corona. Todo el mundo rió, y pasó la crisis.

Jerjes se paseaba entre sus amigos; no daba nada que no hubiera dado habitualmente en esa ocasión, y todo el mundo estaba satisfecho. Luego se retiró al harén. A propósito: cuando nos dejó, estaba completamente sobrio.

Lais estaba en el harén y me contó lo que ocurrió a continuación.

—La reina Amestris se deshacía en sonrisas. Besó las manos del Gran Rey. Luego susurró a su oído lo que parecía una frase cariñosa. Él parecía aterrorizado. Dijo: «¡No!», en voz alta. Ella respondió: «Sí», con su dulce voz aniñada. Ambos salieron de la habitación. Nadie sabe qué hicieron ni qué dijeron. Pero al regresar, Jerjes estaba blanco, y Amestris sonreía. Le había pedido a Jerjes la vida de la esposa de Masistes, y Jerjes se vio obligado a conceder su deseo.

Amestris había tenido la astucia de no pedir el castigo de la verdadera culpable, la princesa de la corona. La muchacha formaba parte de la familia real; la madre, no. Y lo que era más relevante: Amestris consideraba que la madre era responsable de la relación entre Jerjes y su nuera.

Jerjes llamó a Masistes y le pidió que se divorciara de su mujer. Llegó a ofrecerle en matrimonio a una de sus propias hijas para reemplazarla. Como Masistes no tenía idea de lo que había ocurrido, respondió que era ridículo que se alejara de una esposa que era también la madre de sus hijos.

Jerjes se enfureció y los hermanos disputaron. Cuando Masistes se marchó, dijo:

—Señor, no me has matado todavía.

Masistes regresó a su hogar y encontró a su mujer aún con vida. Pero le habían cortado la lengua y los senos, y estaba ciega. Masistes y sus hijos huyeron a Bactria, donde se rebelaron. Pero no podían competir con Megabizo. En pocos meses Bactria fue dominada, y Masistes fue condenado a muerte con toda su familia.

En general se ignora que Jerjes no volvió a hablar con Amestris ni a poner el pie en la tercera casa. Curiosamente, esto no afectó el poder de la reina. Continuó actuando políticamente. Continuó y continúa gobernando Persia. Lo que es aún más extraño, pronto estuvo en excelentes términos con la princesa de la corona. Amestris podía seducir a quien quisiera. Tenía fascinados a sus hijos. Y entre los tres, fue particularmente útil y agradable para el segundo, nuestro actual Gran Rey Artajerjes. En suma, Atosa eligió bien a su sucesora.

Los doce años siguientes fueron los más felices de mi vida. Reconozco que estaba ya en mi mediana edad. Reconozco que mi amigo Jerjes se había retirado del mundo. Pero aun así, todavía recuerdo esa época como particularmente espléndida. No hubo guerras importantes, y la vida de la corte fue más placentera que nunca. Nunca, ni antes ni después, han gozado de mayor libertad las mujeres del harén. Las que deseaban un amante no tenían demasiadas dificultades para procurárselo. Creo que a Jerjes todas aquellas intrigas le divertían. Y ciertamente era complaciente, siempre que la conducta de las mujeres no fuera escandalosa.

Sólo la reina Amestris estaba por encima de toda sospecha. Es decir, jamás tuvo un amorío con un hombre. Era demasiado sagaz para dar a Jerjes el menor motivo para invocar la ley de los arios. Pero mantuvo una larga y muy discreta relación con el eunuco Aspamitres.

Amystis, la hija de la reina, no fue tan cautelosa. Tuvo abiertamente una serie de amantes, lo cual enfureció a su marido, Megabizo. Cuando éste se quejó a Jerjes, el Gran Rey le respondió, según se supone:

—Nuestra hija puede hacer lo que desee.

Igualmente se supone que Megabizo respondió:

—Y si se le ocurre romper nuestras más antiguas leyes, ¿se lo permitirás?

—Dado que es una aqueménida, no puede romper nuestras leyes.

Al reconsiderar ahora el pasado, comprendo que este diálogo, o uno muy similar, fue el principio del fin. El príncipe de la corona odiaba a Jerjes, porque había seducido a su esposa. A Megabizo le indignaba que los adulterios de Amystis fueran perdonados por su padre. Y algo más. Algunos años antes, un miembro de la familia real había seducido a una nieta virgen de Megabizo. En esa oportunidad, Jerjes había actuado con energía. Ordenó que el seductor fuera empalado. Pero el harén defendió al culpable, un hombre llamado Sataspes. Para complacer a las damas, Jerjes ordenó a Sataspes que navegara hasta rodear toda el África, algo que solamente los fenicios han logrado, según afirman. Durante uno o dos años, Sataspes anduvo remoloneando por el norte de África. Luego regresó a Susa, y dijo que había cumplido la orden. Nadie le creyó, y fue condenado a muerte.

Ni siquiera entonces quedó satisfecho Megabizo. Había querido una reparación en el mismo momento, no dos años más tarde. Finalmente, la propia reina se convirtió en una enemiga. Fue Amestris quien tornó posible que la terrible gloria real pasara a su hijo.

En el otoño del vigésimo primer año del reinado de Jerjes, yo me encontraba en la Tróade con Lais. Jerjes había regalado a Demarato una considerable propiedad, y el antiguo rey de Esparta era más un criador persa de caballos que un conspirador griego, un cambio totalmente favorable. Aunque Lais y Demarato vivían juntos como marido y mujer, ella nunca quiso casarse. Le gustaba demasiado su libertad. Y además, no quería compartir la considerable fortuna que había amasado a lo largo de los años, gracias a su amistad con Atosa.

—Voy y vengo a mi aire —solía decir, y sin duda aún ahora lo repetirá, en

Thasos, si vive.

Estábamos en los establos de Demarato, inspeccionando un semental árabe recién recibido. Era una mañana gris y nublada, y el viento del sur olía a arena. Un criado vino desde la casa, gritando:

—¡Ha muerto! —Y así concluyó esa época maravillosa.

Por lo que sé, ocurrió lo siguiente: con el beneplácito de la reina, Aspamitres y el comandante de la guardia, Artabanes, mataron a Jerjes mientras dormía. Una tarea fácil, puesto que hacía muchos años que Jerjes no se iba a la cama sin beber antes media docena de botellas de vino de Helbon. También mataron al conductor de su carro —y también cuñado—, Patiramfes.

La noche del crimen, el príncipe de la corona, Darío, estaba en el pabellón de caza del camino a Pasargada. Cuando Darío se enteró de la noticia, volvió a toda prisa a Susa, y cayó en una trampa. Todo el mundo sabía que Darío odiaba a su padre y, además, que deseaba, como es natural, ser Gran Rey. Los conspiradores afirmaron que Patiramfes había matado al Gran Rey por orden de Darío, y que eso había obligado al leal Artabanes a matar a Patiramfes.

Luego, los conspiradores visitaron a Artajerjes, entonces de dieciocho años, y le dijeron que su hermano Darío era el responsable de la muerte de su padre. Si Artajerjes accedía a la ejecución de su hermano, prometieron, sería el Gran Rey. Tengo motivos para creer que Artajerjes sabía exactamente qué había ocurrido, aun en aquel mismo momento. Pero Artabanes controlaba la guardia de palacio, y Artajerjes nada podía hacer. Hizo lo que se le pidió. Al día siguiente, cuando Darío llegó a Susa, fue arrestado por Artabanes. Acusado de regicidio por los encargados de la ley, fue ejecutado.

No sé cuál fue exactamente la participación de la reina en la ejecución de su hijo mayor. Aunque había aprobado la muerte de Jerjes, no puedo creer que tuviera que ver con la de Darío. Sospecho que, cuando los acontecimientos se precipitaron, perdió el control de la situación. Sé que cuando se enteró, por sus espías, de que Artabanes proyectaba asesinar a Artajerjes y erigirse en Gran Rey, convocó a Megabizo y estableció con él una alianza secreta. Como comandante del ejército, Megabizo era aún más poderoso que el comandante de la guardia. Y aunque Megabizo había tolerado el asesinato de Jerjes, era leal a la dinastía.

Con la mitad de un cuerpo de ejército, Megabizo dominó a la guardia de palacio y Artabanes fue muerto. Luego Aspamitres fue arrestado. Por ser el amante de la reina, el chambelán de la corte creyó que se salvaría. Pero había intentado suplantar a los aqueménidas, y Amestris ardía de furia. Fue la reina misma quien condenó a Aspamitres a la llamada pena de la artesa, una especie de ataúd de madera que cubre el tronco y deja los miembros y la cabeza expuestos al sol y los vientos, a los insectos y los reptiles. De todas las penas, la de la artesa es considerada la más lenta y desagradable. Es decir, después de la ancianidad.

*Yo, Demócrito, hijo de Atenócrito, deseo incluir en este punto de la narración de mi tío abuelo Ciro Espitama una conversación que mantuve con él aproximadamente una hora después de que me dictara la historia de la muerte de Jerjes. Creía haber respondido, como buen zoroastriano que era, a todos los interrogantes esenciales. Pero era en realidad demasiado inteligente para ignorar las pruebas en contra. Aunque estoy*

*casi seguro de que no habría querido que yo reprodujera las palabras que pronunció en esa ocasión, creo mi deber hacerlo, no sólo en su memoria, sino también en honor a nuestra intención conjunta de transmitir sus palabras.*

*Salimos a pasear por el ágora. Era verano y hacía mucho calor. El cielo parecía un metal calentado hasta el azul, y las calles, blancas como huesos calcinados, se veían desiertas. Los atenienses estaban en sus casas, comiendo, o en los gimnasios, para huir del calor. Era la hora del día en que a mi tío más le agradaba andar por la ciudad. «No hay atenienses», decía. «No hay ruido. No hay gritos.» Debido a la cantidad de ropa que vestía, jamás tenía calor. Años más tarde, cuando viajé a Persia, me vestí al modo persa y descubrí que uno se siente fresco en el día más cálido si lleva ropas ligeras que no toquen la piel.*

*En el pórtico del Odeón, Ciro decidió sentarse a la sombra. Siempre supo exactamente dónde estaba, en el ágora o en cualquier otra parte a la que lo hubiesen llevado una sola vez. Nos acomodamos en un peldaño del Odeón. Al frente, el monte Lycabeto parecía más extraño que nunca, como una roca irregular arrancada por un titán. Irracionalmente, a los racionales atenienses les desagrada la montaña. Dicen que es porque en ella moran los lobos, pero yo creo que se debe a que la montaña no combina con el resto del paisaje.*

*—Desde que regresé de Catay supe que el asunto tendría un fin sangriento. Por eso me alejé. De la corte; de Jerjes nunca me alejé. Era para mí más que un hermano. Como un gemelo, o mi otro yo. Desde que se fue, soy sólo la mitad de lo que he sido.*

*—Y él... ¿qué es ahora?*

*—El Gran Rey está en el puente de la redención. —Ciro no dijo nada más, ni había más que decir, porque si Zoroastro está en lo cierto, Jerjes ha de estar burbujeando en un mar de metal en fusión.*

*—¿Y si supones —dije— que no hay puente, ni Sabio Señor?*

*—¿Cómo puedo suponer semejante cosa?*

*Pero como el anciano suponía precisamente eso durante buena parte del tiempo, estaba pendiente de mi respuesta.*

*—Zoroastro dice que en un tiempo el Sabio Señor no existía. Pues bien: ¿no es posible que al morir vayamos a ese lugar, sea cual fuere, del que él vino?*

*Ciro silbaba una extraña melodía que debía de tener algún significado religioso, porque la silbaba cada vez que se enfrentaba con una contradicción o con una omisión en la teoría de Zoroastro. A propósito: conservaba casi todos sus dientes, y podía comer cualquier cosa.*

*Por fin respondió:*

*—No hay manera de contestar a esa pregunta.*

*—Entonces, quizás los orientales tengan razón, y no haya por qué resolver el problema de la creación.*

*En realidad, ahora conozco la respuesta; pero en aquel momento era ignorante. Estaba en el principio de una búsqueda que lleva toda la vida, a cuyo triste fin Ciro ya había llegado. Triste, porque la única pregunta importante seguía —para él— sin respuesta.*

*El anciano silbó un momento, con los ojos cerrados. Una de sus pálidas manos retorció apretadamente un mechón de su barba, una señal de que estaba profundamente sumido en la meditación.*

*—Se equivocan —dijo por fin—. Todo lo que percibimos empieza y termina en alguna parte. Como una línea trazada en la arena. Como… un trozo de cordel. Como la vida humana. Lo que intentan en el oriente es cerrar la línea. Crear un círculo. Sin comienzo. Sin final. Pero pregúntales quién ha trazado el círculo. Y no tienen respuesta. Se encogen de hombros. «Está allí», dicen. Creen que pueden girar y girar. Para siempre. Infinitamente. ¡Desesperadamente! —gritó la última palabra; y se estremeció de horror ante la idea de que no hubiera un fin para las cosas—. Vemos un comienzo definido. Un final definido. Vemos el bien y el mal como principios enfrentados y necesarios. Uno debe ser recompensado después de la muerte; el otro, ser castigado. La totalidad sólo se logrará al final del final.*

*—Que es el comienzo… ¿de qué?*

*—La perfección. La divinidad. Un estado desconocido para nosotros.*

*Pero en esa concepción hay un fallo. Zoroastro no sabe para qué fin ha sido creado el Sabio Señor.*

*—Sin embargo, ha sido creado. Lo es. Lo será. Pero… —El anciano abrió mucho los ojos ciegos—. Falta algo. Algo que no he logrado encontrar en esta tierra, en el curso de una larga vida. —De modo que, según él mismo reconocía, la búsqueda de Ciro había fracasado. Sin embargo, al narrar con tal detalle su fracaso, hizo posible que yo comprendiera lo que él no había logrado comprender: la naturaleza del universo.*

*No sé con certeza hasta qué punto creía el anciano en la primitiva teología de su abuelo. Ciertamente, una deidad que crea seres vivos para torturarlos debe ser, por definición, perfectamente maligna. Dicho de otro modo, el Sabio Señor no creó a Arimán. El Sabio Señor es Arimán, si hay que ser consecuente con la lógica —si es ésta la palabra*

*adecuada— del mensaje de Zoroastro.*

*Mi tío, justo es reconocerlo, fue profundamente conmovido por lo que oyó en el oriente. Aunque continuó siendo mecánicamente dualista, parecía pensar, en las horas negras, que quizás el circulo simbolizara mejor nuestra situación que una línea recta con un principio y un fin.*

*En última instancia, no hay línea recta ni circulo. Pero, para comprender cómo son las cosas, es preciso ir más allá de esta fase infantil de la existencia humana. Es preciso abandonar los dioses y los demonios, juntamente con las nociones de bien y de mal, que son relevantes en la vida cotidiana, pero que nada significan en relación con la unidad material que contiene todas las cosas y las hace una, La materia es todo. Todo es materia.*

# 5

Asistí a la coronación de Artajerjes en la santa Pasargada. Aunque volví a ser designado, generosamente, amigo del rey, no quise valerme de ese privilegio. A los soberanos jóvenes no les agradan las reliquias de los anteriores reinados, de modo que me dispuse a retirarme a mis propiedades, al sur de Halicarnaso. Mi vida pública había terminado; al menos eso creí.

Poco antes de marcharme de Persépolis fui convocado por el Gran Rey. Naturalmente, me asusté. ¿Quién deseaba perjudicarme? Esa era la pregunta que uno siempre se hacía cuando el ujier alzaba su vara oficial y declamaba:

—El amo convoca a su esclavo. Ven conmigo.

Artajerjes se encontraba en un pequeño despacho del palacio de invierno. No recuerdo por qué no estaba viviendo en el nuevo palacio de Jerjes. Supongo que, como de costumbre, se estaría construyendo algo.

A los dieciocho años, Artajerjes era un joven bello, aunque frágil. Como aún su barba no estaba plenamente florida, su rostro tenía cierto aire femenino. En la infancia había sufrido una enfermedad que había afectado su brazo y su pierna izquierdos. En consecuencia, la mano derecha era considerablemente más grande que la izquierda. Y por esto, cuando deseamos hablar del Gran Rey sin mencionar su nombre, lo llamamos el de la larga mano.

De pie, a la derecha del Gran Rey, estaba el nuevo comandante de la guardia, Roxanes, una figura imponente que se había distinguido en las guerras griegas. A la izquierda se encontraba el bien parecido médico Apolónides: gozaba de gran favor porque hacía poco que había salvado la vida del Gran Rey, aquejado de unas fiebres devastadoras.

Como siempre, Artajerjes me trató con cordialidad. Y como siempre en su presencia, me desconcertó ver los ojos de Jerjes implantados en una cara totalmente distinta. Era como si mi querido amigo me mirara a través del rostro de su hijo.

—Tenemos necesidad de ti, amigo del rey. —La voz del joven era todavía débil, a causa del reciente acceso de fiebre.

Anuncié que estaba dispuesto a dar la vida por mi nuevo amo.

Artajerjes fue directamente al asunto.

—La viuda de Artabanes es griega. Por esa razón, Artabanes albergaba a un exiliado griego. Como estabas muy cerca de mi padre el Gran Rey, y como eres además medio griego, quiero que traduzcas para mí lo que este hombre tenga que decir, y que luego me des tu opinión sobre él.

Artajerjes dio una palmada con su corta mano izquierda contra su larga mano derecha. Las puertas de cedro se abrieron, y dos ujieres trajeron a un hombre bajo y macizo ante la presencia real. Hubo una larga pausa durante la cual el hombre y el Gran Rey se miraron, desdeñando el protocolo. Luego, lentamente, el hombre se dejó caer sobre sus rodillas y, con igual lentitud, se prosternó.

—¿Quién eres, griego? —preguntó Artajerjes.

La respuesta llegó desde el suelo.

—Soy Temístocles, hijo de Neocles. Soy el general ateniense que destruyó la

flota del Gran Rey Jerjes.

Artajerjes me miró. Algo titubeante, traduje ese asombroso discurso. Para mi sorpresa, Artajerjes sonrió.

—Dile que se ponga de pie. No recibimos todos los días a un enemigo tan famoso.

Temístocles se puso de pie. El espeso cabello gris crecía tres dedos por encima de unas rectas cejas negras que sombreaban los ojos negros, luminosos, alertas. Era obvio que no temía al Gran Rey, ni a nadie. Pero era rápido y previsor, y estaba lleno de tacto.

—¿Por qué Artabanes no te presentó a mi padre?

—Tenía miedo, señor.

—¿Y tú no?

Temístocles sacudió la cabeza.

—¿Por qué habría de tenerlo? En dos ocasiones serví correctamente a tu padre.

—Mi padre no consideró útil un servicio como la destrucción de un tercio de su flota en Salamina. —Artajerjes se estaba divirtiendo.

—No, señor. Pero inmediatamente antes del encuentro, dirigí un mensaje al Gran Rey. Le dije que la flota griega se preparaba para huir. Le dije que era ésa la oportunidad de atacar.

—Atacó —respondió Artajerjes—. Y de nada sirvió.

—Atacó, señor; y habría ganado la batalla si no lo hubieran traicionado sus propios capitanes fenicios.

Esto era a la vez verdad y mentira. Es innecesario aclarar que yo no pensaba exceder los límites de mis humildes funciones de intérprete. Artajerjes escuchó atentamente mi traducción literal. Luego asintió.

—¿Cuál fue —preguntó— el segundo servicio que prestaste a mi padre?

—Le advertí, con otro mensaje, que parte de la flota griega se proponía destruir el puente entre Asia y Europa.

—Es verdad —dijo Artajerjes.

Nuevamente, esto era verdad y mentira al mismo tiempo, y muy típico de aquel astuto griego. Como Temístocles deseaba que los griegos resistieran y derrotaran a los persas, obligó a Jerjes a atacarlos. De este modo forzó a los griegos a luchar por sus vidas, cosa que hicieron. Luego los fenicios desertaron y los griegos ganaron la batalla, o, para ser preciso, los persas la perdieron. Esto fue una sorpresa tanto para los griegos como para los persas. La advertencia de que el puente sobre el Helesponto sería destruido fue el golpe maestro de Temístocles. Quería que Jerjes se marchara de Europa. Como dijo a sus amigos de Atenas: «No destruyáis en ninguna circunstancia ese puente. Si no permitimos a Jerjes retornar a Persia, tendremos un león suelto en Grecia. Si cortamos la retirada al Gran Rey, saldrá de debajo de su parasol dorado con una espada en cada mano y con el ejército más poderoso del mundo a sus espaldas».

Así, Temístocles logró servir al mismo tiempo a Grecia y a Persia. Pero como los griegos desconocen la gratitud, Temístocles fue condenado al ostracismo. Más tarde, cuando Pausanias intentó obtener su ayuda para subvertir Grecia, se negó a

unirse a la conspiración. Esto era poco griego por su parte. O quizás no confiara en Pausanias. Infortunadamente, en el juicio que se siguió a Pausanias, se presentaron cartas ambiguas de Temístocles, y los atenienses ordenaron a este último retornar con la intención de condenarlo a muerte por traición. Entonces, Temístocles huyó a Persia, a casa de Artabanes, cuya esposa estaba emparentada con la madre de Temístocles. Era una dama de Halicarnaso.

Cuando se considera la reciente y peculiar ley del general Pericles, en cuya virtud nadie puede ser ciudadano de Atenas si ambos padres no son nativos, se debe destacar que ahora los dos mayores comandantes de Atenas, Temístocles y Cimón, no serian admitidos como ciudadanos. Las madres de los dos eran extranjeras.

—Háblanos —dijo el Gran Rey— de ese fastidioso griego que practica la piratería en nuestras aguas.

—¿Piratería, señor?

Temístocles no lograba interpretar todavía el estilo oblicuo de nuestros Grandes Reyes, que siempre afectan ignorar el nombre y el país de origen de todas las personas. Hasta el fin de su vida, la reina Atosa sostuvo que Atenas estaba en el África y que sus habitantes eran unos enanos negros como el carbón.

—Eurimedonte —dijo Artajerjes con sombría precisión.

El Gran Rey conocía el lugar. Todos los persas lo conocen. Los griegos que se jactan de Maratón, Platea y Salamina como victorias maravillosas no comprenden que ninguno de esos encuentros tuvo la menor significación para Persia. El hecho de que los griegos lograran resistir en las ciudades incendiadas del Ática no les bastó para cubrirse de gloria militar. Pero en Persia hubo una terrible conmoción ante la victoria obtenida por Cimón en la desembocadura del río Eurimedonte. Muchas veces he pensado que, en realidad, la terminante victoria de Cimón en suelo persa fue el principio del fin de Jerjes. A partir de ese momento, la política del harén y la política del ejército empezaron a converger, y el Gran Rey fue derrocado.

—Cimón, hijo de Milcíades… —empezó Temístocles.

—Nuestro traicionero sátrapa.

Los persas no olvidarán nunca que Milcíades fue durante muchos años un leal esclavo del Gran Rey, quien le otorgó vastas propiedades en el Mar Negro.

—El vencedor de Maratón…

—¿Dónde es eso? —Artajerjes parpadeó con los ojos de su padre.

—Es un lugar sin importancia. —Dada mi posición como interprete, pude observar la ágil mente de Temístocles en acción. Mientras medía al Gran Rey, ajustaba rápidamente su propio estilo—. De todos modos, señor, ese pirata es también mi enemigo.

—¿Quién puede aprobar la piratería? —Artajerjes miró a Roxanes, envarado por el disgusto hacia ese hombre a quien siempre llamó «la serpiente griega».

—En Atenas, señor, hay dos partidos. Uno anhelaría la paz con el rey de reyes. Yo pertenezco a él. De nuestro lado está la gente común. Contra nosotros están los terratenientes, que derribaron a los tiranos. Hoy, Cimón es lo que yo fui ayer, el general de Atenas. La causa de la gente común sufrió una derrota cuando fui condenado al ostracismo.

—Pero, sin duda, eso significa que la mayoría de la gente común votó contra

ti. —Artajerjes vacilaba entre seguir simulando ignorancia acerca de esa insignificante ciudad africana y la habitual pasión de los hombres muy jóvenes por ganar un punto y ser considerados inteligentes. Jerjes no cometió jamás ese error. Quizás hubiese sido mejor que lo cometiera.

—Sí, señor. Pero habían sido azuzados contra mí por los conservadores antipersas. Se dijo que yo estaba conspirando con Pausanias para destruir los estados griegos. De todos modos, como quizás hayas oído decir, señor, los griegos se cansan muy pronto de sus jefes. Que yo haya sido jefe del pueblo no significa que al pueblo le agradara mi autoridad.

—Ahora eres un exiliado, y el pirata ataca tierras continentales de nuestros imperios. ¿Qué debemos hacer?

—Tengo un plan, señor.

Temístocles era el griego más sutil que he conocido nunca. Siempre encontraba la manera de hacer, al menos una vez, lo que se proponía. Era un verdadero Ulises. Antes de revelar su plan al Gran Rey, pidió un año para aprender el persa. Dijo:

—Vuestra lengua es como una de vuestras extraordinarias alfombras: intrincada, refinada, hermosa. No puedo expresarme por medio de un intérprete, por hábil que sea.

El Gran Rey otorgó a Temístocles ese año. También le dio una hermosa propiedad en Magnesia. Luego le dio a besar su larga mano, y lo despidió.

Cuando Temístocles se hubo alejado de la presencia real, Artajerjes aplaudió con ambas manos, se puso de color rosa subido y exclamó:

—¡Lo tengo! ¡Tengo al griego!

Como se comprobó, Temístocles no tenía otro plan que esperar el inevitable ostracismo de Cimón, que se produjo cuatro años más tarde. En esos años, Temístocles no sólo aprendió a hablar persa sin acento, sino que recibió el gobierno de Magnesia. Se le encargó también la construcción de una nueva flota y la instrucción de nuestros marinos al modo griego. En aquel tiempo, las naves persas eran fortalezas flotantes, difíciles de dominar en el combate, que se incendiaban con facilidad. Temístocles modernizó la flota persa.

¿Habría dirigido una expedición contra los suyos? Los conservadores de Atenas sostienen que ésa era su intención. Elpinice está convencida, ciertamente, de que era un traidor. Pero ella sólo piensa en la gloriosa memoria de su hermano Cimón. Yo pienso que Temístocles solamente quería vivir y morir en paz y comodidad, cosa que logró. Murió cinco años después de su llegada a nuestra corte. Algunos dicen que se suicidó. Yo estoy seguro de que no fue así. Es una ley general que los grandes, hombres no viven mucho una vez que se alejan del pueblo al que han ennoblecido.

Durante los diez años que pasó Cimón en el exilio, el poder de Atenas se deterioró visiblemente. Una tentativa de invadir Egipto fue aplastada por Megabizo. En realidad, todo lo que emprendió el llamado partido del pueblo fracasó, excepto la conquista de la isla de Egina y una o dos escaramuzas victoriosas en los alrededores de Atenas. Sin Temístocles ni Cimón, Atenas fue —y es— un lugar sin particular interés para el mundo.

Cuando Cimón regresó del exilio, se le entregó el mando de la flota. Pero había

perdido sus mejores años. Y, lo que era peor, también los atenienses habían perdido esos años. Cuando Cimón murió en Chipre, el imperio ateniense terminó, y el imperio persa estuvo seguro. Efialtes y Pericles han sido un modesto relevo de aquellos héroes.

No repitas estos pensamientos, Demócrito, ante quienes podrían disentir con un hombre anciano que ha visto más en este mundo de lo que se proponía —y mucho menos quería— ver.

6

Mis últimos años en Persia eran, pensaba yo, simplemente, mis últimos años. Gocé del retiro. Nunca fui a Susa. Me ocupé de redactar informes para la segunda sala de la cancillería. Escribí sobre Ajatashatru, Catay, la ruta de la seda. Mi trabajo fue acogido con cortesía y consignado de inmediato a la casa de los libros.

Tuve frecuentes encuentros con la comunidad zoroastriana. Ahora, de viejo, era tratado con deferencia. Pero jamás logré interesar a los zoroastrianos en las ideas de deidad o no deidad que había encontrado en el oriente. También observé, con más resignación que alarma, que la singularidad del Sabio Señor se estaba fragmentando. Los viejos dioses-demonios retornaban disfrazados de aspectos del Uno que es Dos pero volverá a ser Uno nuevamente al final del tiempo del largo dominio. Los dioses-demonios no se rinden fácilmente. Hace poco, el Gran Rey erigió un altar a Arta, la justicia, como si esa cualidad fuera un dios aparte.

El ostracismo de Cimón tuvo una buena consecuencia Quiero decir para Persia. Cuando Cimón reinaba en Atenas, no había ninguna posibilidad de paz entre el imperio y los aliados griegos. A su caída, el líder democrático Efialtes restauró rápidamente el poder de la asamblea del pueblo. Cuando Efialtes, en recompensa por sus esfuerzos, fue asesinado, el mando pasó al joven Pericles, cuya primera decisión fue la paz con Persia. Envió a Persépolis una embajada cuya cabeza era Calias.

Y así fue que, a mis sesenta años, recibí la orden de comparecer ante el Gran Rey en Persépolis. Yo estaba tranquilo. Era natural: ya no siento angustia ni temor cuando alguien poderoso me llama, sin excluir a nuestro potentado local, el general Pericles. Podría decir, parafraseando a Confucio, que la muerte está cerca y los reyes lejos.

No había visitado Persépolis desde el momento de la coronación de Artajerjes. Cuando me presenté en el palacio de invierno, era un desconocido para todos, excepto unos pocos eunucos de la segunda sala de la cancillería, que lloraron al verme. Los eunucos tienen tendencia al sentimentalismo cuando envejecen. Yo no. Más bien al contrario. Pero es verdad que nosotros, los ancianos, somos lo único que queda del reino de Darío, y del gran mediodía de Persia. Y tenemos mucho de que hablar, y aun de que llorar.

Me alojaron en una habitación extremadamente fría e incómoda del palacio de Jerjes, que estaba —y seguramente aún está— inconcluso. Mi servidumbre se instaló en el barrio pobre que ha crecido fuera de las murallas del recinto real.

Debo decir que abrigaba cierta esperanza de que me condenaran a muerte por algún crimen imaginario. Estaba perdiendo la vista, y eso significa que uno está obligado a escuchar atentamente a las demás personas. La crueldad definitiva. Y además… había terminado mi jornada. Lamentablemente, gozaba de un alto favor.

No me llamó el Gran Rey, sino la reina madre, Amestris. Había decorado espléndidamente la tercera casa del harén. Aunque las habitaciones eran pequeñas, las había tornado opulentas. En aquella en que me recibió, las paredes estaban totalmente cubiertas de hojas de oro que imitaban las hojas del loto. Ella misma parecía envuelta en el mismo material. Tan pronto como se retiraron los ujieres,

quedamos a solas. Supuse que era un tributo a mi avanzada edad.

—Eres el último —susurró Amestris; y se ruborizó.

Al cabo de tres días en la corte, me había acostumbrado a ser aclamado, con gran reverencia, como «el último». Emití algunos ruidos inarticulados de anciano, para demostrar a la reina que no sólo era el último, sino que pronto el último también desaparecería. Quién sería, después, el último, me pregunté. Tal vez ella misma. Amestris no había envejecido bien. Estaba muy delgada, y el bonito rostro de antes tenía profundas arrugas. Sin embargo, casi no llevaba pintura. Supongo que el aspecto grotesco de Atosa en sus últimos años fue una advertencia para su nuera.

—Siéntate —dijo. Eso demostraba claramente que, a sus ojos, yo estaba casi muerto. Como estaba, y estoy, bastante achacoso, me dejé caer, agradecido, en un taburete junto a su silla de marfil. Amestris olía a mirra. Este costosísimo ungüento había sido tan abundantemente frotado sobre su rostro que la piel floja y arrugada tenía un extraño brillo nacarado.

—Tú querías a mi marido el Gran Rey. —Las lágrimas afloraron a sus ojos. Me pareció que eran totalmente sinceras. Después de todo, es posible consentir en la muerte de una persona amada. Yo no hubiese podido. Pero los aqueménidas pueden, y lo hacen—. Somos los últimos de quienes lo han querido.

Al menos, podía compartir con alguien mi condición terminal. Pero elegí el tacto.

—Sin duda, nuestro Gran Rey, y sus hermanos y hermanas…

—Los jóvenes no sienten lo que nosotros sentimos —dijo vivamente—. Tú has conocido a Jerjes como hombre y como amigo. Yo, como marido. Ellos solamente han conocido al Gran Rey. Además, los niños no tienen corazón. ¿No ha sido ésa tu experiencia?

—No conozco a mis hijos.

—¿Te refieres a los dos hijos que has dejado en la India?

—Sí, Gran Reina. —La casa de los libros contenía toda clase de informaciones sobre mí, o sobre cualquier otro miembro de la corte, reunidas a lo largo de los años por los agentes secretos. Me pregunté de repente por qué Amestris se habría tomado la molestia de llamarme. Me sentí un tanto incómodo. Aunque anhelo la muerte, la tarea concreta de morir puede tener sus aspectos desagradables.

—Estaban vivos el año pasado. La cancillería ha recibido un informe bastante detallado de nuestra misión comercial en Shravasti. Pero tu esposa Ambalika ha muerto. Las mujeres no duran mucho en ese clima.

—Así es, señora. —No sentí nada. Ambalika había desaparecido para mí después de aquel encuentro final en que ella había decidido tan resueltamente mi muerte oficial.

—Ambalika se casó con su hermano después de tu partida. Debo reconocer que no alcanzo a comprender sus costumbres. Quiero decir, ella era todavía tu esposa. Por supuesto, las mujeres siempre son malignas. —Con el ceño fruncido, Amestris volvió al tema de los hijos. Pensaba mucho en los suyos. Era del dominio público que la Gran Reina odiaba a su hija Amystis, cuyo apasionado romance con el hermoso Apolónides era notorio. Después de recordar largamente a Jerjes, Amestris fue al tema—. Los griegos quieren la paz. O eso dicen.

—¿Qué griegos, Gran Reina?

Amestris asintió.

—Ese es siempre el problema, ¿no es verdad? Por el momento, tenemos aquí dos embajadas. Una de Argos, ciudad muy amada por Jerjes, si es posible amar algo tan… tornadizo como una ciudad griega. La otra viene de Atenas.

Sin duda, demostré sorpresa.

Amestris asintió.

—También nosotros nos hemos sorprendido. Creemos que vienen de buena fe. ¿Pero quién puede saberlo? El embajador ateniense es Calias, el cuñado de Cimón.

—¿Un aristócrata?

—Sí. Y eso significa que es antipersa. Pero, sea él como sea, ha sido designado por el actual gobierno, que es democrático, para negociar con nosotros.

Amestris podía hablar con claridad, cosa negada al Gran Rey, quien debe en todo momento conducirse casi como una deidad, rodeando cada átomo de una argumentación, sin hacer nunca distinciones específicas. Por otra parte, Amestris es un poco como un eunuco de gran categoría: lee incesantemente los informes de la cancillería y sabe mil y un detalles acerca de mil y una cosas, pero con frecuencia no capta lo principal, cosa que hacía infaliblemente Atosa.

—El nieto de Hipias se ocupa de la embajada de Argos —dijo Amestris, con su sonrisa tímida—. Hemos pensado que podía ser poco delicado emplear al nieto del tirano como intermediario ante los demócratas atenienses. Nos agradaría, en consecuencia, que tú trataras con Calias.

Acepté la misión.

Desde el principio, Calias y yo nos llevamos muy bien. Me contó su historia de Maratón. Las primeras veces me gustó mucho. Después me aburrió. Hoy me agrada nuevamente. En esta vida hay muy pocas cosas que se conserven iguales; es, por lo tanto, un placer, oír a un hombre que persiste en narrar, año tras año, la misma historia con las mismas palabras. En el torbellino que es este mundo, el aburrimiento de Calias es una constante.

Mostré Persépolis a Calias y al resto de su embajada. Se impresionaron como correspondía, no sólo ante la riqueza de Persia —para la cual estaban preparados—, sino también ante las extraordinarias maravillas arquitectónicas creadas por Jerjes. Dos de los atenienses eran constructores. Uno era amigo de Fidias, y estoy seguro de que justamente detrás de esta casa, entre el ruido y los ladrones, se está construyendo ahora una réplica del palacio de invierno de Persépolis, como un símbolo del genio ateniense…

No estoy autorizado a revelar los detalles del tratado. Eran secretos hace catorce años, cuando se iniciaron las conversaciones, y son secretos ahora que la paz está en vigencia, después de la oportuna muerte de Cimón en Chipre, hace tres años. Puedo decir, eso sí, que cada parte se ha comprometido a mantenerse dentro de su propia esfera. Persia no interferirá en el Egeo. Grecia no interferirá en Asia Menor. En contradicción con la leyenda, no hay un tratado firmado y sellado, porque el Gran Rey sólo puede celebrar tratados con sus iguales. Como es el rey de reyes, no tiene iguales. Por lo tanto, sólo puede dar su asentimiento a un tratado. Y como los sentimientos persas eran todavía violentamente antigriegos a causa de aquel asunto de la

desembocadura del río Eurimedonte, las negociaciones se llevaron en secreto. Sólo el Gran Rey, la reina madre y yo conocemos todos los detalles.

Cuando finalmente Cimón murió y el general Pericles asumió firmemente el control del estado, el tratado fue aceptado por ambas partes y yo fui enviado a Atenas como símbolo corpóreo de nuestro magnífico acuerdo. Esperemos que la paz dure más que este símbolo, que no tiene la menor intención de soportar otro invierno en esta horrible ciudad, esta casa llena de corrientes de aire, esta alocada política.

Tú enterrarás mis restos, Demócrito. Quiero retornar lo antes posible a la unidad original. ¡Qué curioso desliz! He citado al maestro Li. No he querido decir unidad original, por supuesto. Me refiero al Sabio Señor, de quien proviene nuestro espíritu, y a quien nuestro espíritu, purificado por la Verdad, ha de regresar al final del tiempo del largo dominio.

Para tu satisfacción, Demócrito, debo reconocer que durante mi última audiencia con la reina madre, me encantó y alegró la presencia de un eunuco de veinte años llamado Artoxares. Nos ayudó inmensamente a elaborar los detalles del tratado. Si es verdad que Amestris goza de sus incompletos favores, la alabo por su buen gusto. Artoxares es no sólo inteligente, sino también bello. Se dice que mantiene relaciones con Apolónides, el amante de Amystis. Temo que un día esas dos poderosas damas se enfrenten. Cuando eso ocurra, me sentiré, por primera y única vez, contento de vivir en Atenas, en el exilio.

**L I B R O N U E V E**



La Paz de Pericles

## 1

Anoche, el general Pericles celebró el tercer año de mi embajada con una velada musical en casa de Aspasia. Como todo lo que se relaciona con mi embajada, pocas veces reconocida y aún menos bien vista, la fiesta se celebró en relativo secreto, y a último momento. Poco antes del ocaso, cuando me disponía a acostarme, Demócrito trajo la noticia de que el general quería verme. Atravesamos deprisa la ciudad, con el rostro oculto por chales, para que los conservadores no pudiesen pensar que el infame representante del Gran Rey conspiraba con Pericles para esclavizar Atenas.

Dos policías escitas montaban guardia en el extremo del sendero —no se le puede llamar calle— que lleva a la casa de Aspasia. Preguntaron a Demócrito qué hacíamos allí. Él dio un santo y seña, y nos permitieron continuar.

Yo tenía demasiado calor al llegar. Los veranos son aquí tan cálidos como fríos los inviernos. En realidad, el clima es casi tan malo como en Susa, si tal cosa es posible. Pero lo cierto es que yo soy, ahora, muy sensible al calor y al frío. Anoche, cuando entramos en casa de Aspasia, estaba empapado en sudor.

Demócrito asegura que el interior es muy elegante. Pero ¿cómo puedes saberlo? A pesar de la riqueza de tu bisabuelo, la casa de Abdera donde has nacido era, por decir lo menos, rústica. De todas las casas atenienses, la única que me parece cómoda y espléndida es la de Calias. Tengo conciencia, por cierto, de que hay tapices sobre el suelo de mármol y de que arden en los braseros maderas de dulce fragancia.

Se entra en casa de Aspasia por un largo y estrecho corredor, de cielo raso bajo, que conduce a un pequeño patio. A la derecha hay una sala con un pórtico, no mucho más grande que la habitación en que nos encontramos ahora, tratando de eludir el calor del sol.

Advertí de inmediato que estábamos en casa de una dama milesia. Costosos perfumes adornaban el aire, y los músicos tocaban con tal suavidad que no era preciso escuchar la música. Esto es muy raro en Atenas, donde los ciudadanos tienen tan poco sentido musical que, cuando asisten a un concierto, se esfuerzan por oír cada nota tratando de imaginar por qué deberían sentirse encantados. Los griegos de Jonia, en el Asia Menor, son distintos. Consideran la música como un complemento de la conversación, de la comida e incluso del amor. La música forma parte del aire que respiran, no es una ecuación matemática que sólo un Pitágoras puede resolver.

Cuando llegamos, había una docena de personas. Demócrito dice que había, en realidad, diez invitados, y varios esclavos de Sardis, que servían la comida o tocaban música. Fui recibido por Evangelos, el mayordomo de Pericles. Aunque este famoso personaje suele estar en el campo, ocupado en cuidar las granjas —y los dos hijos legítimos— del general, había pasado en Atenas toda la semana pasada, celebrando junto a los demás atenienses el trofeo de la victoria que la asamblea había votado otorgar a Pericles. En apariencia, el motivo era la reconquista de Eubea; pero en realidad, se refería a la decisión con que Pericles trató al rey de Esparta cuando el ejército espartano ocupó el Ática el invierno pasado, mientras los atenienses se apretujaban detrás de sus largas murallas.

Cuando el mensaje de rendición de los espartanos llegó a Eleusis, la asamblea estuvo tentada de obedecer. Después de todo, el ejército espartano era el mejor del mundo griego. ¿Para qué resistir? Atenas es una potencia marítima, no terrestre. Pero Pericles no tenía la menor intención de rendirse. Arregló un encuentro secreto con el rey de Esparta, un adolescente de anchos ojos que jamás había salido del Peloponeso. Conscientes de la juventud e inexperiencia del rey, los suspicaces ancianos de Esparta asignaron a un asesor especial la tarea de vigilar de cerca al joven rey. Pero, como Pericles observó más tarde, este tipo de precaución sólo supone en Esparta la duplicación del precio. El rey recibió tres talentos de oro, que debía recoger en Delfos; al asesor —un agudo estadista— se le entregaron allí mismo siete talentos. Tan pronto como el rey y el asesor cobraron su dinero, el ejército espartano se marchó a su casa. Los ancianos multaron al joven rey con una enorme suma, mientras el consejero huía a Sicilia, donde, presumiblemente, goza ahora de su fortuna.

—Sólo tengo un problema —dijo Pericles en la fiesta—: explicar el pago de ese dinero a la asamblea.

El consejo de Aspasia fue muy directo.

—Cuando presentes tus cuentas, di simplemente: «por gastos indispensables, diez talentos».

Tengo el presentimiento de que Pericles hará exactamente eso. Por cierto, nadie ignora que los espartanos fueron sobornados. Cuando felicité a Pericles por haber pagado un precio tan bajo por la paz, su respuesta fue pesimista:

—No he comprado paz —dijo—. He comprado tiempo.

Pero mi relato no es ordenado. Aunque el general Pericles no estaba en la casa cuando llegamos, Aspasia compensó su ausencia con ventaja. Tiene una voz encantadora, canta canciones milesias con gran delicadeza, recita poemas mejor que nadie. Por supuesto, creo que no hay en la tierra una lengua más hermosa que el griego de Jonia bien hablado. Sí, Demócrito: es aún más bello que el persa.

—He querido conocerte desde el día que llegaste a Atenas. —Aspasia retenía mi mano entre las suyas. Cada palabra que decía parecía verdadera.

Cuando elogié su valor por haberme invitado a su casa, se echó a reír.

—Siempre me han considerado medizante. Personalmente, no me preocupa. Sin embargo, hay momentos en que… —La voz se perdió. Maldije una vez más mi ceguera. ¡Qué no habría dado por estudiar su rostro! Demócrito dice que Aspasia es pequeña, y que está algo más delgada que el invierno pasado. El pelo es castaño claro y no está teñido. O eso cree. No eres todavía tan experto en estas cosas como lo soy, o lo era, yo.

Aspasia me presentó a varios hombres. Uno era Formio, mano derecha de Pericles en la asamblea. Otro era un general llamado Sófocles. Hace años, cuando él tenía pocos más de veinte, escribió una tragedia que ganó el primen premio en el festival de Dionisos. El viejo Esquilo se enfureció tanto al verse en segundo término, después de ese joven principiante, que se marchó a Sicilia, donde aquella águila de buena vista puso fin a su rivalidad con una tortuga bien apuntada. Siempre me encanta recordar la muerte de Esquilo.

Sófocles constituye en Atenas una especie de escándalo porque persigue, abiertamente, a los jóvenes de su propia clase. Por alguna razón, esto es tabú en esta

ciudad. Aunque se alienta a los ciudadanos atenienses a tener relaciones con muchachos adolescentes, apenas un joven tiene barba, debe dejar de tener relaciones sexuales con otros ciudadanos. Se espera que se case y forme una familia. Y una vez cumplida esta obligación, se le induce a buscar un muchacho para continuar con… el adiestramiento, supongo, de un nuevo ciudadano y soldado. Estas costumbres no son desconocidas en otras partes, especialmente entre nuestros primos arios, las tribus del norte. Aun así, no termino de comprender el poderoso tabú contra las relaciones sexuales entre hombres adultos, ciudadanos de Atenas. Aunque los hombres que prefieren ese tipo de sexualidad pueden encontrar fácilmente esclavos y extranjeros, dos ciudadanos adultos que deseen una relación pierden todo derecho a la función pública.

Hasta ahora, Sófocles ha logrado tener funciones públicas y, a la vez, seducir a jóvenes ciudadanos. Pero Pericles está profundamente preocupado por él. Hace poco ha dado una reprimenda a su amigo y colega.

—Debes dar ejemplo —dijo el comandante en jefe—. Nunca toques a uno de tus soldados. Aparta la vista cuando se bañan.

Sin embargo, Sófocles continúa escandalizando a los atenienses. Se dice que cuando visita a un amigo, se ordena a los jóvenes de la casa que se escondan. A propósito de este tema: como el general Pericles no ha demostrado jamás el menor interés por los muchachos, se dice de él que no tiene corazón. Ésta es una sociedad muy peculiar.

Aspasia me condujo a un diván. Me senté en el borde, y ella a mis pies, como una nieta. Nos trajeron vino. Oí risas de muchachas. Aunque Aspasia no procure mujeres a Pericles, como mantienen sus enemigos, ciertamente logra atraer a su casa a las cortesanas de más talento de la ciudad. Hace muchos años que no lo pasaba tan bien como anoche. Aunque a mi edad estos placeres son no sólo incorrectos, sino también peligrosos, me agradó recordar —por primera vez desde que abandoné la India— cuán satisfactoria es la reunión de mujeres inteligentes con hombres de primer rango. Esto es algo impensable en Persia. Por eso, supongo, es preciso reconocer a los atenienses la invención de una nueva y magnífica forma de sociedad.

Demócrito cree que ese reconocimiento se le debe, de modo específico, a Aspasia. Me dice que las demás cortesanas atenienses no son así, y que en sus reuniones tienden a ser obtusas y a coger borracheras. Demócrito debe saberlo. Merced a la principesca asignación de su padre, puede pasar tanto tiempo como desee en las casas de las cortesanas. Y también ha logrado escapar de las garras de un hombre adulto. En general, debes dar las gracias por un destino que ha sido —hasta ahora— benigno. No es extraño que rías tan a menudo.

Pregunté a Aspasia por Anaxágoras.

—Está en Corinto.

—¿Volverá?

—No lo sé. Así lo espero.

—Yo estoy seguro. Escuché la defensa de Pericles.

Cuidadosamente velado, yo había asistido a la asamblea. Tucídides atacó a Anaxágoras y a sus teorías. Pericles defendió a su amigo, e ignoró sus teorías. No puedo decir que ninguno de ambos oradores me impresionara mucho. Pericles habla

con gracia y fluidez y es capaz, cuando lo desea, de dar una nota frigia de pasión. Utilizo un término musical porque el general utiliza su voz como un instrumento. Pero en el juicio de Anaxágoras, la lira de Pericles enmudeció. Los dos oradores estaban preocupados por los acontecimientos recientes: la invasión espartana, la pérdida de Beocia, la rebelión de Eubea. En cierto sentido, se enjuiciaba a Pericles, en un momento en que es más necesario que nunca. En definitiva, cuando la asamblea decidió que Anaxágoras no era un ateo ni un medizante, lo que hizo fue reafirmar su confianza en Pericles. Tucídides tomó a mal su derrota en la asamblea, y prometió volver al ataque en otra oportunidad. No dudo que lo hará. Con todo tacto, Anaxágoras se marchó de Atenas después del juicio. Debo decir que lo extraño casi tanto como Pericles.

Felicité a Aspasia pon el vino, la música, y la fragancia del aire.

Aspasia rió. Era un agradable sonido.

—Mi casa debe parecerte muy pobre, en comparación con el harén del Gran Rey.

—¿Cómo sabes que conozco el harén?

—Eras el confidente de la vieja reina, y gozas del favor de la reina madre. Lo sé todo acerca de ti. —Era verdad. A juzgar por las apariencias, las mujeres griegas del harén persa han logrado mantener la comunicación con sus iguales de las ciudades griegas. Me sorprendió lo mucho que sabía Aspasia de la vida de la corte—. Es natural —agrego—. Mi padre sirvió al Gran Rey, como los conservadores nos recuerdan todos los días.

—El Gran Rey amaba la ciudad de Mileto —respondí. En realidad, Mileto ha dado más trabajo a Persia que todas las demás ciudades griegas del Asia Menor juntas. Jerjes quería arrasarla.

Pericles se acercó tan silenciosamente que no advertí su presencia hasta que sentí una mano sobre mi hombro y oí su famosa voz murmurando:

—Bienvenido, Ciro Espitama.

—General. —Traté de ponerme de pie, pero la mano en el hombro me obligó a permanecer sentado.

—No te muevas, embajador. Me sentaré a tu lado.

Aspasia fue a buscar vino para el general. Observé que la fiesta continuaba como si el general no estuviera en la habitación. El cuerpo sentado a mi lado en el diván era, aun en la oscuridad, una formidable presencia. Ignoraba que Pericles fuera tanto más alto que yo.

—No te hemos atendido como corresponde —dijo—. Pero no ha sido porque lo quisiéramos así.

—Comprendo, general.

—Sabes que fui yo quien envió a Calias a hacer la paz en Susa.

—Sí, ya entonces lo sabía.

—Espero que sepas también que me opuse a la expedición egipcia. Era, desde luego, una flagrante violación de nuestro tratado. Pero como nunca he podido presentar el tratado a la asamblea, tampoco podía invocarlo en aquel momento. De todos modos, presentado o no, el tratado está absolutamente en vigencia, en lo que concierne al actual gobierno.

—El Gran Rey diría lo mismo.

—Hemos vivido para ver este día. —El general unió ruidosamente sus palmas, ¿con alegría? Su voz no me lo decía con certeza—. Has conocido a Temístocles. —Era una afirmación, no una pregunta.

—Sí. Fui su intérprete cuando acababa de llegar a Susa.

Pericles se puso de pie. Me ofreció su brazo, un firme y musculoso brazo de soldado. Me erguí.

—Me gustaría hablar contigo —dijo—. En privado.

Me guió a través del salón. Aunque se detuvo a cambiar unas palabras con algunos hombres, no se dirigió a otra mujer que Aspasia. Me llevó a un cuarto pequeño que olía a encierro y a viejo aceite de oliva.

—Éste es mi lugar de trabajo. —Me ofreció un banco. Estábamos tan cerca que olía su sudor, similar al bronce calentado.

—Yo tenía veintiocho años —dijo— cuando Temístocles fue condenado al ostracismo. Creía entonces que era el hombre más grande que ha producido esta ciudad.

—Pero… —Inicié una respuesta de cortesano, pero el general me interrumpió. No le agrada mucho la adulación… al estilo persa. Como buen griego, ansía la variedad ática.

—He cambiado de idea —continuó Pericles—. Era un hombre codicioso. Recibía dinero de todo el mundo. Aun del tirano de Rodas, lo cual es inexcusable. Y hay algo peor: después de aceptar el dinero del tirano, nada hizo por ayudarle.

—Tal vez, de esa manera, Temístocles deseara probar que era un verdadero demócrata. —No pude contener la tentación de una pequeña broma a expensas del partido de Pericles.

La broma fue ignorada.

—Temístocles probó solamente que su palabra no tenía valor. Pero en su momento fue nuestro mayor jefe militar. Y, lo que es más importante, comprendía el mundo mejor que cualquier otro hombre que yo haya conocido.

—¿Mejor que Anaxágoras?

—Anaxágoras comprende muchos secretos de la creación. Esas cosas son profundas e importantes. Pero yo hablaba de política. Temístocles sabía qué harían las personas mucho antes que ellas mismas. Podía ver el futuro. Podía decir qué ocurriría a continuación, y no creo que hubiese recibido ese don de Apolo. No. Creo que podía predecir el futuro porque comprendía profundamente el presente. Por eso quería saber…

—Pericles se interrumpió. Tuve la sensación de que miraba fijamente.

—¿Qué deseas saber, general?

—Qué te dijo Temístocles de Atenas, de Esparta, de Persia. Como es natural, si no quieres hablar, comprenderé.

—Te diré lo que pueda —respondí sinceramente—. Es decir, lo que puedo recordar. Mi memoria del pasado reciente no es demasiado buena. Podría repetir cada palabra dicha por el Gran Rey Darío hace treinta años; pero he olvidado la mayor parte de lo que me dijo Tucídides en el Odeón el invierno pasado.

—Tienes suerte. También yo querría olvidar a Tucídides. Pero no me deja. Es

un luchador, ¿sabes? Y peligroso. De esos que se aferran y luego, disimuladamente, muerden. Atenas es demasiado pequeña para nosotros dos. Tarde o temprano, uno de ambos deberá retirarse. Porque…

Pericles se interrumpió nuevamente. Tiene cierta tendencia a la autocompasión, expresada en una forma peculiar: simula no comprender a la oposición. En la última reunión de la asamblea, su conducta fue positivamente infantil. Era criticado por gastar demasiado dinero del imperio en construir nuevos edificios. En lugar de decir que, si no invertía el dinero, media población quedaría sin trabajo, Pericles respondió: «Está bien. Utilizaré mi propio dinero para terminar los edificios. Pero entonces, estarán todos dedicados a mí, y no a la ciudad». Como se había ensayado cuidadosamente de antemano un coro de negación, obtuvo los fondos pedidos, y salvó su fortuna.

Pericles toma los asuntos políticos de un modo demasiado personal. Pero ésta es una ciudad pequeña; y como los hombres públicos se conocen demasiado bien, sus ataques recíprocos son siempre personales y destinados no sólo a herir, sino también a lograr, que la herida se infecte.

De todos modos, urgido por Pericles, hice lo posible por evocar la única conversación privada que mantuve con Temístocles. Había sido en Magnesia, uno o dos años antes de su muerte. No puedo recordar por qué estaba yo en esa parte del mundo. Pero recuerdo que cuando corrió la voz de que se acercaba el amigo del rey, Temístocles me envió un mensajero. ¿Querría yo ser su huésped en la casa del gobernador? Naturalmente, por ser yo persa, me agradó que aquel gran hombre me recordara; naturalmente, por ser él griego, comprendí que deseaba algo de mí.

Era el final de una tarde, en verano, creo. Estábamos sentados en una hermosa galería situada sobre los jardines de su espléndida propiedad. A lo largo de los años, Temístocles había amasado una enorme fortuna que, de un modo u otro, logró sacar de Atenas antes de perder el poder.

—Ha habido un malentendido entre el sátrapa de Sardis y yo. —Temístocles sirvió vino con sus propias manos—. No es cosa grave, pero… —Al modo griego, derramó un poco de vino en el pavimento—. Hace años —continuó— erigí, en Atenas, una estatua llamada el aguador. Lo hice en recuerdo de una época en que fui supervisor de aguas, tarea muy difícil que creo haber cumplido no demasiado mal. La estatua era de bronce. De estilo antiguo, desde luego, pero a todo el mundo le gustaba. Pues bien; después de la caída de Atenas, los persas llevaron la estatua al templo de Hera, en Sardis.

Sí, Demócrito. Eso dijo: «la caída de Atenas».

—Pregunté entonces al sátrapa si podía comprar la estatua y enviarla nuevamente a Atenas, ¿sabes?, como un símbolo de la paz entre persas y griegos. El sátrapa se enfureció. Me acusa ahora de insultar al Gran Rey, de traición, de…

Temístocles enumeró con extensión considerable las amenazas del sátrapa. Estaba verdaderamente preocupado por ese intercambio. Hice lo posible por tranquilizarlo. Le dije que hablaría con la cancillería y con la tercera casa del harén. Por cierto, el tratado de paz era más importante para el Gran Rey que una mera estatua. Infortunadamente, por esa época, a los atenienses se les ocurrió atacar nuestra provincia de Egipto. Indignado, el Gran Rey ordenó a Temístocles que

reuniera la flota. Una semana más tarde, Temístocles murió, según se dijo, a consecuencia de una mordedura de caballo. Y la estatua del aguador se conserva hasta hoy en Sardis.

Después de asegurar a Temístocles que el Gran Rey no se dejaría influir por un mero sátrapa de Lidia, hablamos de mil y una cosas. Temístocles tenía una mente veloz y curiosa. Hizo muchas preguntas y escuchó muchas de, si no todas, mis respuestas.

También yo formulé interrogantes. Entre otras cosas, acerca de Egipto. Aun en aquel momento, era públicamente sabido que ciertos elementos opositores, en el interior de Egipto, estaban buscando ayuda exterior. ¿Los atenienses ayudarían a los egipcios a rebelarse contra Persia? La respuesta de Temístocles fue clara:

—A menos que los atenienses estén completamente locos, lo cual, según mi experiencia personal, no es imposible —sonrió—, jamás atacarán el continente del África o del Asia. ¿Qué sentido tendría? Nunca podrían vencer. No son bastantes.

Repetí esta conversación a Pericles, que murmuró:

—Sí, sí. Tenía razón. En eso de que no somos bastantes. Sigue, por favor.

Le conté el resto de lo que recordaba. El diálogo con Temístocles continuó aproximadamente así:

—Estoy igualmente seguro de que Atenas tampoco tiene nada que temer del Gran Rey —dijo él, mirándome de soslayo para ver hasta qué punto yo tomaba en serio semejante afirmación de un protegido de los persas.

Me mantuve neutral.

—Ya no gozo de la confianza del Gran Rey. Pero estoy de acuerdo contigo. El Gran Rey sólo desea conservar lo que posee. Si mis plegarías son escuchadas, algún día avanzaremos hacia el este…

—Y si mis plegarias son escuchadas, los atenienses avanzarán hacia el oeste.

—¿Dijo hacia dónde? —Pericles estaba tan cerca que alcancé a sentir en mi mejilla el calor de su rostro.

—Sí. Habló de Sicilia, de Italia. «Europa debe ser griega», dijo. «Debemos mirar hacia el oeste.»

—¡Así es! ¿Y qué dijo de mí?

Me divirtió constatar que Pericles tiene la vanidad habitual en el hombre público. Afortunada o infortunadamente, el hombre público casi siempre termina por confundirse con el pueblo al que conduce. Cuando el general Pericles piensa en Atenas, piensa en él. Cuando se ayuda, ayuda a Atenas. Como Pericles es capaz e inteligente, además de astuto, Atenas debería ser afortunada.

Aunque no logré recordar si Temístocles había mencionado a su heredero político, inventé libremente. Nunca se está bajo juramento cuando se habla con un gobernante.

—Temístocles opinaba que eras el sucesor natural de su sucesor Efialtes. Me dijo que no tomaba seriamente el hecho de que una maldición pesara sobre ti por descender de los alcmeónidas…

Sentía curiosidad por conocer la reacción de Pericles: muchos griegos estiman que él y su familia padecen una maldición divina porque, dos siglos antes, uno de sus antepasados mató a un enemigo en un templo.

—Como se sabe, la maldición cesó cuando nuestra familia reconstruyó el templo de Apolo en Delfos.

Esa frase hecha no me reveló si Pericles creía o no en el imperio de la maldición. Si es así, Atenas sufrirá, porque Pericles es Atenas, o al menos eso es lo que él cree. A medida que envejezco, tiendo a creer más en la longevidad de las maldiciones. Jerjes esperaba ser asesinado; y estoy seguro de que en el final no debe de haber demostrado sorpresa, suponiendo que le hayan concedido un instante de reflexión antes de que la terrible gloria real se alejara de él, en un torrente de sangre.

Desempeñé el papel del cortesano.

—Temístocles hablaba de ti con respeto. No así de Cimón, a quien odiaba. —Esto último era verdad.

—Cimón era un hombre peligroso —respondió Pericles—. Jamás debí permitir que regresara. Pero Elpinice fue más inteligente que yo. Sí, esa vieja perversa me confundió. Aún no sé cómo lo consiguió. Dicen que es bruja. Quizá sea cierto. Se presentó ante mí vestida como una novia. Yo estaba escandalizado. «Eres demasiado vieja —le dije— para vestirte y perfumarte de ese modo.» Pero discutió conmigo como un hombre, y logró convencerme. Cimón regresó. Y ahora está muerto, mientras Tucídides… La ciudad es demasiado pequeña para los dos. Uno debe retirarse. Pronto.

Pericles se irguió. Nuevamente el robusto brazo me ayudó a ponerme de pie.

—Volvamos a reunirnos con los invitados, y a celebrar la paz con Esparta y la paz con Persia.

—Celebremos, general, la paz de Pericles. —Dije eso con absoluta sinceridad.

Pericles respondió con lo que también me pareció absoluta sinceridad:

—Querría que las generaciones futuras dijeran de mí que ningún ateniense ha vestido de luto por mi causa.

*Yo, Demócrito de Abdera, hijo de Atenócrito, he ordenado estas memorias de Ciro Espitama en nueve libros. He pagado por su transcripción, y ahora pueden ser leídas por los griegos.*

*Una semana después de la recepción en casa de Aspasia, Ciro Espitama murió, rápidamente y sin dolor, mientras me oía leer a Herodoto. Esto sucedió hace casi cuarenta años.*

*Durante este tiempo he viajado por muchos países. He vivido en Babilonia y en Bactra. He ido hasta la fuente del Nilo y hasta las costas del río indo, por el este. He escrito muchos libros. Sin embargo, cuando este año regresé a Atenas, nadie me conocía, ni siquiera el gárrulo Sócrates.*

*Creo que Ciro Espitama estaba en lo cierto cuando decía que la maldición de los alcmeónidas continuaba. Pericles era un gran hombre con un destino aciago. En el momento de su muerte, hace veinte años, Atenas sufría el embate exterior del ejército espartano y el interior de una plaga asesina.*

*Ahora, después de veintiocho años de constante y debilitadora guerra, Atenas se ha rendido a Esparta. Esta primavera, las largas murallas han sido derribadas. En el*

*momento en que escribo estas líneas, hay una guarnición espartana en la Acrópolis.*

*Merced, en gran medida, a la educación que recibí de Ciro Espitama, he logrado, en el curso de una larga vida, descubrir las causas de los fenómenos celestiales y de la creación misma.*

*Los primeros principios del universo son los átomos y el espacio vacío; todo el resto es, meramente, pensamiento humano. Los mundos como éste son ilimitados en número. Nacen y perecen. Pero nada puede nacer de lo que no existe, ni retornar a lo que no existe. Además, los átomos esenciales no tienen límite de número ni cantidad, y hacen del universo un vértice en que se generan todas las cosas compuestas: el fuego, el agua, el aire, la tierra.*

*La causa de que todas las cosas nazcan es el incesante torbellino al que llamo necesidad: todo ocurre conforme a la necesidad. De este modo, la creación es constantemente creada y recreada.*

*Como Ciro Espitama empezaba a sospechar, o tal vez a creer, no hay principio ni fin en una creación que fluye en un tiempo verdaderamente infinito. Aunque en ninguna parte he podido ver una huella del Sabio Señor de Zoroastro, el concepto del Sabio Señor bien podría ser traducido por el círculo que simboliza el cosmos, la unidad original, la creación.*

*Pero he escrito acerca de estos temas en otra parte, y los menciono únicamente para expresar mi gratitud al anciano cuya historia me es grato dedicar a la única sobreviviente de una época de brillo: Aspasia, esposa de Lysicles, el mercader de ovejas.*

***